Eugenio Fuentes

WENDY

SERIE
RICARDO
CUPIDO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

1. Un saco de huesos

2. جَمَال

3. Gemelos

4. Un vídeo erótico

5. Paula

6. La pena máxima

7. Familia

8. Gamma

9. Pepper

10. Retorno a Mistralia

11. Búsqueda

12. Cisne

13. El pasado

14. Gusanos

15. Amor

16. Tu mamá

17. Asfixia

18. Malas noticias

19. Desaparecido

20. Dron

21. Viaducto

22. Pesadilla

23. Un Hummer negro

24. Adriana Beleza

25. Asamblea

26. Mensajes

27. Grulla

28. Wifi

29. Ceguera

30. El mercurio

31. Percebes

32. Funeral

33. Malinche

34. Berta y Trino

35. Medio millón en la basura

36. Colirio

37. Los Tigres de Sinaloa

38. Ambulancia

39. Secuestro

40. Polígono

41. Weekend

42. Sumario

43. Nala

44. El cuerpo

45. Grabaciones

46. Última conversación

47. Hogar

Agradecimientos

Créditos

WENDY

Eugenio Fuentes

TUSQUETS EDITORES

1

Un saco de huesos

En cuanto ve el control que la Guardia Civil ha montado en la autovía, Sami sabe que van a registrarlo. Sus rasgos son inconfundiblemente bereberes y, aunque ha nacido en España, en situaciones semejantes siempre lo han considerado sospechoso. Lo más probable es que hayan instalado el control en busca de drogas y él es un candidato a camello para los guardias, que de un vistazo seleccionan a los conductores a los que hay que registrar. Para colmo, se ha fumado un porro media hora antes de salir, porque estaba nervioso, y es probable que lo noten en su olor y en sus pupilas. Y en efecto, una guardia con los galones de sargento le señala el arcén.

—Documentación, por favor. Y apague el motor.

Sami le entrega la documentación de su Renault Express de segunda mano a un agente alto y fuerte, que comprueba si coincide con la matrícula.

—¿Su carnet de conducir?

El guardia lo revisa con atención, con el ceño fruncido al leer que, a todos los efectos y a pesar del nombre y los apellidos árabes, él es español y nacido en España, adonde habían emigrado sus padres años antes de su nacimiento. Comprueba que la foto corresponde con su aspecto y finalmente parece conforme y le devuelve la documentación.

—Abra la puerta de atrás, por favor.

—No llevo nada —dice sin bajarse, con un perfecto acento, que a menudo sorprende a quienes lo escuchan.

Un segundo guardia se acerca con una labradora de color negro que tira con fuerza de la correa como si hubiera detectado algo y lo olisquea por la ventanilla abierta. El guardia dice:

—A *Mica* no le gustan ni el olor a hachís ni quienes lo consumen. Abra el cenicero y baje del coche.

Abre el cenicero, que por fortuna está limpio, porque se fumó el porro antes de entrar en el coche. Sin embargo, le hacen el test de alcohol y el de drogas, que a los cinco minutos indica positivo por cannabis.

El primer guardia repite:

—Abra el portón.

Aunque no es creyente, Sami susurra una plegaria mientras abre la puerta de la Express. Para entonces ya hay otros dos guardias a su alrededor, alertados por la perra, que ladra excitada marcando un bulto informe bajo una lona. El guardia alto la levanta y descubre un saco de arpillera. Lo toca intentando adivinar su contenido.

—¿Qué lleva ahí?

—Nada —responde en una voz tan baja que no lo entienden.

—¿Qué es esto?

—Nada.

—Ábralo.

Cuando abre el saco, otro guardia ya está tras él, lo empuja contra la Express y le ordena:

—Apoya las manos en el coche, bien abiertas. ¡Que yo vea si llevas limpias las uñas! Y abre las piernas.

Sami siente vergüenza y rabia cuando lo cachea de forma concienzuda, con un impudor al que no está acostumbrado. Al

menos, suspira, no lo ha hecho una mujer. Al terminar, el agente mantiene una mano entre sus omóplatos empujándolo contra el coche. Todos se tensan cuando el agente alto grita:

—¡Mi sargento!

La guardia que le ha ordenado detenerse va hacia ellos.

—Creo que debe ver esto.

Desde su posición, apoyado contra el coche, con las manos en lo alto de la helada carrocería, ve cómo la mujer se pone unos guantes quirúrgicos para tocar el saco.

—Son huesos.

—Eso parece.

—Y creo que son de niño.

A Sami el corazón le da un vuelco y siente que la circulación de la sangre le cambia de sentido, que el oxígeno se le escapa de los pulmones y es como si tragara humo.

—Tráelo aquí —ordena la sargento.

Lo empujan hasta el portón, donde la mujer lo mira a los ojos y le pregunta:

—¿Qué llevas en el saco?

Sami intenta responder, pero ninguna palabra le sube garganta arriba.

—Un regalo de Navidad —bromea otro de los guardias.

—¿Qué llevas en el saco?

—No lo sé —dice al fin, con una voz que le cuesta reconocer como suya. No va a hablar, no va a explicar nada, lo negará todo recordando el consejo mil veces repetido de su padre cuando contaba cómo había llegado a España desde Túnez, vía Marruecos, en una patera. Para no ser devueltos a su país, destruían sus papeles y se negaban a dar ningún dato sobre su identidad.

—Son huesos —dice uno de los guardias.

—Huesos de niño. Supongo que alguna vez te han hecho una radiografía.

Para entonces, todos en el control están en guardia, excitados por el hallazgo, satisfechos como una pandilla que hubiera salido a la playa con un detector de metales en busca de monedas y bisutería y hubieran encontrado una pulsera de brillantes.

—¿Estás grabándolo?

—Sí.

—Vamos a verlo.

Abre el saco para que lo capte la cámara y, en efecto, se ven algunos huesos. No queda ninguna duda cuando aparece la mirada vacía de una calavera infantil.

—¿De dónde los has sacado?

Sami no contesta.

—¿De quién son los huesos?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Llevas un saco de huesos de niño en tu coche y no sabes de dónde los has sacado?

La guardia lo mira con dureza, es evidente que no lo cree. Para entonces, le han doblado los brazos hacia atrás y lo han esposado.

—Son huesos humanos —dice el agente alto—, y más te vale decirnos de dónde proceden si no quieres que empecemos a pensar cosas raras.

—Tengo derecho a... —protesta, pero no sabe qué añadir.

—¿Derecho? Tus derechos son incompatibles con llevar un saco de huesos humanos en tu coche —dice la sargento. Si él sabe reclamar, la mujer sabe hacerlo callar.

Envuelto en la hostilidad de los guardias y de los ocupantes de dos coches que observan su detención antes de que les permitan marcharse, Sami vuelve a sentir el rechazo que ha experimentado

tantas veces en el colegio, en el instituto, en la vida cotidiana, en un país que, a pesar de todo, considera como suyo. Es español a todos los efectos y no siente apego hacia la aldea del Atlas tunecino de donde procede su familia y adonde han ido en vacaciones ni ninguna nostalgia ancestral por las casas sin ventanas, las chilabas, las sandalias para caminar por la arena, el canto del muecín, el cuscús ni los dátiles, aunque le sigue gustando el té con yerbabuena. Cuando ve una palmera no piensa en el desierto y su cielo anaranjado. No celebra el Ramadán. Sin embargo, está claro que muchos españoles no lo consideran un compatriota, nunca ha perdido del todo esa sensación y cree que los suyos todavía tardarán otra generación en superarla... Aunque la verdad es que tampoco los musulmanes hacen todo lo posible por integrarse y a veces se siente en tierra de nadie: sufre el desdén de los españoles históricos y el recelo de los de origen árabe... Quizá sus hijos, Azahara y Karim, que sacan excelentes notas en el colegio, sean algún día ciudadanos españoles de pleno derecho y nadie cuestione su apellido, el tono de su piel, la boca grande o el tipo de cabello. Tal como los están educando, tampoco la religión pesará en ellos, probablemente hablarán más con Alexa que con Mahoma.

Pero de momento él todavía sigue oscilando entre el rechazo que detecta en los demás y su propia admiración por cómo funciona España, por sus modos de vida, por sus estructuras administrativas y políticas, por la libertad en la vida personal y en las calles, por su riqueza, sus costumbres, su idioma. Incluso acaba de comprar regalos de Reyes para sus hijos, para que no se sientan diferentes de sus compañeros cuando vuelvan a clase el día 8, después de las vacaciones, y hasta le gusta el frío de la Navidad que blanquea el aliento de los ateridos y malhumorados guardias civiles. Ahora, con las manos esposadas, nota caer sobre su cabeza la fuerza de su

organización, el poder del Estado cuando se pone en marcha. Se siente minúsculo frente a la Guardia Civil, frente a las leyes y frente a la sargento que comienza a impartir órdenes:

—¡Que nadie más toque el coche! Avisa a la grúa. A él le leemos sus derechos y nos lo llevamos. No hemos encontrado hierba, pero hemos encontrado huesos. Llamo a casa a ver qué nos dicen.

La sargento se sienta al volante de uno de sus Land Cruisers y, a través del parabrisas, el esposado Sami la ve hablando mientras lo mira. Al cabo de dos minutos vuelve a salir y ordena:

—Levantamos el control. Volvemos al cuartel a ver de qué va todo esto.

Muy joven, todavía menor de edad, Sami había cometido algunas gamberradas que traspasaban el límite de lo legal y por las que su padre había tenido que pagar más de una multa. Lo más grave había sido transportar un kilo de hachís hasta Madrid, de lo que, por fortuna, nadie se había enterado. Pero superados sin mayores consecuencias los turbulentos años adolescentes de rebeldía e insatisfacción, nunca había vuelto a infringir ninguna ley.

Y ahora, sin embargo, por una acción piadosa, está esposado en una habitación con una sola puerta y ninguna ventana del cuartel de la Guardia Civil de Breda a la espera del interrogatorio. Le han informado de sus derechos y enseguida le han recordado unos lejanos antecedentes juveniles. Le han quitado el cinturón, los cordones de las deportivas, el móvil, las llaves de casa y las del coche. Lo han fotografiado para el reconocimiento facial y le han tomado las huellas digitales. Un funcionario con guantes de látex de color azul le ha apretado los dedos, uno a uno, en un tampón

electrónico. Por fortuna, no le han frotado las encías con un bastoncillo para extraer su ADN, como había llegado a temer. En un primer momento lo han encerrado en una celda donde huele a materia muerta más que en el tanatorio donde trabaja. Luego le han dejado hacer una llamada y ha telefoneado a Fátima, su mujer, contándole lo que ocurre, para que avise a su hermano Hasán y busquen a un abogado. Está asustado y no sabe qué hacer. Teme que lo incriminen con temas yihadistas y que se complique lo que solo ha sido un enorme error, por obediencia a los mandatos de Alá, en el que no cree.

Lleva más de dos horas esperando en la habitación, solo, sin duda como una estrategia para ablandarlo, aunque él cree que solo se ablandan los inocentes, los culpables siguen siendo duros, cuando abren la puerta sin llamar y aparecen la sargento y el guardia civil alto y fuerte que ya conoce, que también luce unos galones que no sabe qué significan. Ha visto suficientes películas y series para saber que habrán estado observándolo desde el otro lado del espejo. Ahora la sargento coloca tras ella un trípode con una pequeña cámara, la enciende y la enfoca hacia él. Inicia la grabación y, después de identificarse como la sargento Andrea Solana y el cabo Gonzalo Yelmo, y de decir el lugar, la fecha y la hora, se dirige a él:

—Sami Cherif. ¿Puedes contarnos por qué llevabas esta mañana un saco de huesos en tu coche?

—Es un asunto privado —se limita a responder.

—En este país, unos huesos humanos nunca son asunto privado —dice Yelmo.

—¿De quién son los huesos, Sami?

—¿A quién has matado? —pregunta Yelmo.

—Yo no he matado a nadie. Es un asunto privado —responde. Lo pone nervioso la avidez de la cámara, el piloto rojo de la grabación,

aunque procura no mirar hacia ella.

La mujer, Andrea, pone una mano sobre el antebrazo de su compañero para calmarlo, y le dice:

—Escúchame, Sami. Sabemos quién eres. Hemos visto tus antecedentes con un tal... Hasán.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo. Era menor de edad.

—Te ficharon en un par de peleas. Y también provocasteis un incendio de pastos.

—No fue intencionado.

—Está en tu expediente. Y todo eso se lo pasaremos a la jueza cuando te pongamos a su disposición.

—No fue intencionado —repite, ganando tiempo para pensar. En realidad, fue una tontería que ni siquiera recordaba, pero que ellos sí recuerdan. Tenían dieciséis años, estaban empezando a fumar y, jugando con un mechero en una caseta abandonada del extrarradio, les prendieron fuego a unos papeles que había en un rincón y el fuego se les fue de las manos. Cuando se quisieron dar cuenta, tenían encima a una patrulla de la policía municipal que los había identificado y denunciado, aunque enseguida quedó claro que se trataba de un accidente y todo acabó con una multa.

—En todo caso, has progresado. Mejor dedicarte a quemar cadáveres en el tanatorio que a provocar incendios —dice la sargento hojeando sus papeles—. También sabemos que tienes familia: mujer y dos hijos, Azahara y Karim, de siete y cinco años. Que trabajas en la funeraria y que tus jefes, al menos hasta ahora, no tienen quejas de ti. Nos han dicho que están satisfechos contigo, que cumples los horarios, incluso en el Ramadán, y que no racaneas con las tareas. —Andrea cierra la carpeta y añade—: Me aburre recurrir a los papeles, pero quiero dejarte muy clara tu situación.

Prefiero hablar las cosas ahora que estás más tranquilo, porque en el control diste positivo por cannabis.

Sami escucha mirando a los ojos a la sargento para demostrar que es inaccesible a las presiones, pero ante la última información inclina la mirada hacia la mesa.

—Por tu trabajo sabes mucho de huesos, ¿no? —Yelmo toma el relevo enseguida, sin darle respiro, sin dejar de picotearlo, pero Sami piensa que todo es una estrategia, que solo lo está empujando para que se eche en brazos de la sargento, más tranquila, pero también incansable en su interrogatorio. Tiene que cuidarse sobre todo de ella, de ese tipo de guardias amables y astutos que detrás de una pregunta esconden una trampa y otra pregunta camuflada de algún modo retorcido, porque en realidad no esperan una respuesta sino una confesión de culpabilidad.

—Escúchame bien, Sami. El forense ya está analizando los huesos y en unas horas sabremos mucho sobre ellos, puede que incluso identifiquemos a quién pertenecían. Tendremos toda la información y habrá dos posibilidades: o nos lo dices ya mismo, antes de que lleguen los de Madrid, con lo cual tendremos en cuenta tu colaboración, o lo averiguamos nosotros y agravarás tu condena por obstrucción a la justicia. Callándote no vas a ganar nada que no ganes hablando. ¿Tienes algo que ver con esos huesos?

—No, nada.

—Sería la primera vez que sorprendemos a alguien con restos humanos que no tiene nada que ver con una muerte.

—¿De quién son los huesos que llevabas en tu coche? —martillea Yelmo silabeando muy despacio, con tanta claridad como si le estuviera dando clases de castellano.

—Es un asunto privado.

—De acuerdo —suspira Andrea—. Vamos a aceptar que tú no has deshuesado a nadie. Pero vas a decirnos de dónde los has sacado. Sabes que mover restos humanos sin autorización es un delito.

Sami no responde y Andrea insiste:

—¿Adónde los llevabas?

Sami no responde, como si no comprendiera el idioma.

—¿Quién más lo sabía?

Sami no responde.

—¿Quién más lo sabía?

Ante el silencio, Yelmo detiene la ametralladora y se levanta de la mesa.

—A mí se me ha acabado la paciencia. Lo mandamos a la jueza y que ella se encargue —se dirige a Andrea, como si él no estuviera delante—. Me voy a tomar un café.

Andrea espera a que salga de la habitación y, consciente de que ese diálogo de sordos no lleva a ningún lado, propone:

—Sami, vamos a hablar de tú a tú.

—¿De tú a tú? Tú eres policía y yo estoy detenido. No es posible hablar de tú a tú.

—De acuerdo. —La sargento también se ha cansado—. Estás perdiendo tu oportunidad. En un par de horas llegarán los de Madrid y te pasaremos con ellos.

—¿Quiénes son los de Madrid?

—Seguro que lo adivinas.

—No.

—Antiterrorismo. Creen que hay algo extraño en todo este asunto. El hecho de que los restos pertenezcan a un niño agrava tu situación. Ya han salido de Madrid y vienen hacia acá, te queda poco tiempo, no tardarán en llegar.

Andrea recoge la carpeta, apaga la cámara y también se marcha.

De nuevo a solas, a la espera del abogado que le enviará Fátima, Sami recuerda que todo comenzó a cambiar muy deprisa, tres años antes, tras la muerte de su padre, que trabajaba en una finca ganadera con una casa rural, Medialdea, a tiempo completo, y completo significaba trabajar los siete días de la semana durante los doce meses del año, porque el ganado no celebra los festivos, como decía el dueño, que lo controlaba como si tuviera un cronómetro en las manos. Sami trabajaba con él a temporadas en la siega y recogida del pasto, en las revisiones de paredes y alambradas, en cualquier tarea ocasional. Su padre murió pisoteado por un semental charolés en celo, que descargó en él su frustración por impedirle acceder a una novilla destinada a ser inseminada por el veterinario. Como su padre había comentado alguna vez que quería ser enterrado en Túnez con los suyos, en contacto con la tierra y mirando hacia La Meca, la familia trasladó el cadáver a su aldea y su madre ya no quiso volver a España. Aunque les habían racaneado una indemnización laboral por el accidente, tenía recursos para vivir allí abajo sin problemas.

Los hijos, españoles a todos los efectos, siguieron en Breda. Sami siempre creyó que la brutal muerte de su padre impidió que el dueño de Medialdea lo contratara para ocupar su lugar, temeroso de que no olvidara la trágica muerte de su padre pisoteado, pues algo así perdura en la memoria. En cambio, contrató a su cuñado Hasán. A Sami, sin empleo fijo, casado con Fátima y con dos niños pequeños, un día le llegó una oferta del INEM para trabajar temporalmente en el crematorio de Breda, construido, como al

reclamo del humo, en unos terrenos del extrarradio donde antes había un almacén de carbón y leña.

—¿Crematorio? —se sorprendió Fátima cuando se lo contó. Con ella estaba su hermano Hasán, que había ido a llevarles unas verduras y hortalizas del huerto que cultivaba en Medialdea. Vivía en la casita de los guardeses—. ¿Qué es crematorio?

—Una funeraria de los cristianos. Donde ellos queman a los muertos.

—¿Donde queman a los muertos?

—Sí.

—Pero Alá prohíbe quemar los cadáveres —dijo Hasán con su habitual tono rápido y vivaracho—. Si quemas a un muerto te condenarás.

—A los cristianos no les importa que los quemen, porque creen que el día del Juicio Final su dios volverá a recomponerlos como eran. Y al crematorio no llevan cuerpos de musulmanes.

—Quemas el cadáver de uno de los tuyos y terminas quemando el Corán —dijo Hasán.

Fátima, dubitativa, miró a su hermano y luego miró a Sami.

—¿Quemar cadáveres? No sé, no sé.

—Si no acepto este trabajo, me pondrán el último de la lista y no sé cuánto tiempo tardarán en ofrecerme otro.

—Sabéis que yo puedo ayudaros —dijo Hasán.

—Ya nos has ayudado muchas veces.

—¿Cuánto pagan? —preguntó Fátima.

—Mil cuatrocientos euros. Y dos pagas extra.

Fátima abrió los ojos. No era indiferente a las cuestiones religiosas, pero las colocaba un escalón por debajo del bienestar familiar. Si los intereses de su familia implicaban cierta lasitud de los

preceptos islámicos, seguro que Alá la comprendería y sería misericordioso con ella.

—Y si trabajo en días de fiesta, las horas extra se pagan mejor.

—Pues tendrás horas extra, porque los muertos no respetan horarios —bromeó Hasán.

Aunque con prevención por parte de Fátima y con recelo por parte de su cuñado, Sami aceptó el empleo en el crematorio con la promesa de que nunca quemaría el cuerpo de un musulmán. El contrato temporal se convirtió en fijo y desde entonces les había ido muy bien..., hasta unas horas antes. Algunas veces, al principio, Fátima, recelosa de que aquel trabajo fuera honrado, no dejaba que se acercara a ella por las noches diciéndole que olía a ceniza. Cuando hablaba por teléfono con sus parientes de Túnez, daba rodeos para ocultar la profesión de su esposo, como si se avergonzara de ella. O quizá era que a las mujeres no les gustaba quemar. Siempre habían sido las guardianas del fuego en el hogar, de los braseros para combatir el frío, del uso racional de las brasas, ellas no prendían grandes hogueras ni usaban las llamas como destrucción. O al menos Sami no recordaba ninguna historia sobre mujeres pirómanas. Tampoco sabía de mujeres que hubieran quemado a los hombres, siempre eran hombres quienes quemaban a las mujeres. Pero después de comprobar cómo cada mes llegaba un buen sueldo, cómo se iba ampliando el tiempo de cotización a la Seguridad Social, cómo en navidades y en verano no solo le pagaban la extra, sino que le pagaban aunque no trabajara y le permitían irse de vacaciones y presumir de bienestar ante sus familiares, Fátima ya no quería que dejara el empleo y se enfadaría mucho si lo hiciera. Sami no podía perder un trabajo que lo había salvado de la elección que algunos de sus amigos todavía presentaban como inevitable: la delincuencia o la pobreza.

Y todo parecía estable y seguro hasta que unos días antes del control en la carretera llegaron al tanatorio varias cajas con huesos procedentes del cementerio municipal de Breda. Se había quedado pequeño y habían aprobado la construcción de un columbario sobre la parcela donde se enterraba a los desconocidos, a los mendigos, a quienes no tenían familiares ni recursos. Habían exhumado los huesos de las tumbas con más de cinco años de antigüedad y sin titularidad conocida y los habían enviado en bolsas estancas al tanatorio para su incineración a cargo de los fondos municipales. El dueño le encargó a Sami la tarea.

Había siete bolsas de adultos y una más pequeña, de un niño. Sami vació el contenido de las siete bolsas de los adultos en un ataúd deteriorado en exposición que serviría como arca y, cuando abrió la bolsa más pequeña, correspondiente al esqueleto de un niño, distinguió entre los huesos un pequeño objeto filiforme, delgado como un gusano. Era un colgante. El cordón se le deshizo entre las manos, pero sopló para limpiar de polvo el nombre, fundido en plata: جَمَال.

Desde la muerte de su padre y el regreso de su madre a Túnez, Sami apenas hablaba con nadie en árabe. Habían dejado de usarlo en casa, de modo que el idioma estaba desapareciendo de sus labios, pero el nombre escrito en plata le devolvió su sonido.

—Jamal —susurró.

Jamal. El nombre encendió una chispa de luz en su memoria, pero se apagó enseguida, antes de que pudiera iluminar nada. Dedujo que se trataba del esqueleto de un niño musulmán, por el colgante que le habían puesto al cuello, como si previeran que algún día sería necesario para su identificación.

—جَمَال—leyó y repitió—: Jamal.

—¿Qué tal vas?

Casi pegó un grito, sobresaltado por la voz del dueño del tanatorio, que había aparecido a sus espaldas. Instintivamente, devolvió el pequeño colgante al saco para que no lo viera, como si estuviera cometiendo un robo.

—Bien.

—Ya sabes que con estos no hay que conservar las cenizas —le recordó mientras observaba por encima los huesos buscando los posibles objetos metálicos de titanio, de plata y a veces alguna pieza de oro, porque cada vez había más cadáveres que no eran cien por cien combustibles. No encontró nada y regresó a la oficina.

De nuevo solo, Sami, visiblemente alterado, tuvo que refugiarse en el cuarto de baño para pensar con calma. Tras un rato de dudas, escondió en el almacén, detrás de los útiles de limpieza, la bolsa con los huesos de un niño musulmán. Les había prometido a Fátima y a Hasán que no quemaría cadáveres de musulmanes y necesitaba tiempo para encontrar una solución. No era religioso, pero conservaba una especie de respeto ancestral por las viejas creencias familiares, como si pudiera ocurrir algo aciago si actuaba contra ellas.

Por la noche, Fátima, cansada de oírlo removiéndose en la cama, le preguntó qué le pasaba y Sami le contó que les habían llevado al tanatorio para su cremación los huesos de un niño árabe llamado Jamal. Y que le habían encargado a él la tarea.

—¿Se llamaba Jamal? ¿Y era un niño musulmán?

—Sí. Calculo que de siete u ocho años.

—¿Y estaba enterrado en la zona municipal?

—Sí.

Fátima dio un salto en la cama, se sentó y encendió la luz de la mesilla. Se llevó las manos a la boca, con los ojos muy abiertos.

—Sami, sé quién era Jamal.

—¿Lo sabes?

—Sí. Y tú también lo conociste.

—¿El hijo de...? —recordó de pronto.

—Sí, el hijo de Dalila.

—¡No puede ser!

La historia había ocurrido seis o siete años atrás. A Dalila la había abandonado su marido, acusándola de impiedad y de provocar conflictos en la convivencia. El marido había regresado a Túnez, aunque alguien había dicho que se había ido más lejos, a Siria o a Irak. Con un hijo pequeño y sin recursos ni apoyo, Dalila había terminado trabajando en un club de alterne, concitando así el definitivo rechazo de la comunidad que hubiera podido ampararla. Vivía en una casa vieja, pequeña y mal ventilada y una mañana madre e hijo aparecieron muertos por inhalación de los gases emitidos por una estufa de butano. La investigación determinó que había sido un accidente, pero el rumor levantó su negro vuelo sobre la comunidad musulmana para propagar que Dalila, sola y desesperada, había acabado voluntariamente con su vida y con la de su hijo.

Sin nadie que se hiciera cargo de los cadáveres, los servicios sociales del ayuntamiento los habían enterrado en la zona destinada a esos casos, hasta que, unos años después, con la ampliación para el columbario, habían exhumado los huesos y los habían enviado al tanatorio para su cremación. Los huesos de la madre podrían ser cualquiera de los siete esqueletos que habían ardido mezclados con los otros, pero al menos los del pequeño Jamal podían ser salvados de la cremación que prohibía Alá.

—No puedes quemarlos, Sami —le dijo Fátima.

—Ya te he dicho que los escondí antes de tomar una decisión.

—No puedes quemarlos —repitió—. Hiciste una promesa.

—¿Y qué hago con ellos?

—¡No grites, los niños están dormidos!

—¿Qué hago?

—Enterrarlos según nuestras costumbres.

—¿Dónde? No tenemos un sitio para hacerlo.

Fátima se quedó pensativa.

—Ya hay cementerios para musulmanes.

—Pero no en Breda.

—Pues podríamos llevarlos.

—¿Cómo? Eso supondría contar toda la historia y no creo que nadie la creyera. Además, puede ser peligroso. Está prohibido trasladar restos humanos.

—Nadie tendría por qué saberlo, Sami. Los llevaríamos en el coche.

—¿Llevaríamos? No. En todo caso, los llevaría yo solo. No voy a mezclarte en esto.

Fátima volvió a quedarse pensativa.

—Alá nos está tratando bien, no nos falta de nada. Tú tienes trabajo, yo me apaño con la limpieza de algunas casas y Karim y Azahara van bien en el colegio. Debemos corresponderle de alguna forma para que nos permita seguir así.

Y de ese modo habían elaborado un plan: por la mañana, Sami había hablado por teléfono con el imán de la capital autónoma y le había contado toda la historia. El imán lo había escuchado, había elogiado su decisión de no quemar los huesos de Jamal, a quien Alá acogería en su seno. Él hablaría con el encargado del cementerio musulmán de la capital y lo arreglaría todo. Lo único que debía hacer Sami era trasladar los restos de forma discreta, sin decir nada a nadie. En caso de problemas, debería dejar al imán fuera de la historia.

2

جَمَال

—¿Tienes un rato libre para tomar un café? —le propuso el Alkalino por teléfono.

Media hora más tarde, Cupido llegó al bar donde se habían citado. El hilo musical desplegaba una música cascabelera de villancicos y el fondo de la barra estaba decorado con ristras de luces, espumillones navideños y nieve de poliuretano, que resultaba acorde con la ausencia de nieve en las montañas. El Alkalino ya esperaba sentado ante una mesa donde miraba concentrado un vaso de zumo de naranja.

—Esta mañana vino a verme una mujer —le dijo en cuanto se retiró el camarero—. Está muy angustiada porque a su marido lo han detenido con un saco de huesos en el coche.

—¿Con un saco de huesos?

—De huesos humanos. Huesos de un niño.

—Espera, espera. ¿Por qué te lo cuenta a ti? ¿Por qué no se busca a un abogado?

—Me conocen. Es un matrimonio de origen árabe.

—¿De qué país?

—De Túnez, aunque ellos ya nacieron en España. Tienen dos hijos. Viven cerca de mi casa y algunas veces les he regalado hortalizas del huerto.

—Y como el marido está detenido, su mujer ha ido a hablar contigo.

—Sí. Se llama Fátima. Él tal vez no lo habría hecho, pero es como si las mujeres tuvieran una especial intuición para saber a quién acudir en caso de desesperación. No les importa pedir ayuda tanto como nos importa a los hombres, quizá porque no lo consideran una humillación.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero ¿por qué te lo cuenta a ti? —insistió.

—Porque sabe que tengo un amigo que hace de policía —sonrió—. Le contesté que no eres policía, que eres detective privado.

—¿Y no entendía la diferencia?

—Al contrario, la entendía perfectamente y por eso quiere tu ayuda. No se fía de quienes ella llama *la policía*.

—¿Quién le había hablado de mí?

—¿Quién? Cualquiera. Desde que hace años resolviste aquel asesinato de la excursionista en El Paternóster, toda la comarca sabe que aquí vive un detective más eficaz que la Guardia Civil.

—No exageres.

—En cualquier caso, Fátima quiere que ayudes a su marido. Le sugerí que sería mejor que ella misma hablara contigo, pero prefiere que yo haga de intermediario y me lo contó todo.

—Pues entonces, cuéntamelo desde el principio.

El Alkalino le contó lo ocurrido el día anterior y Cupido le preguntó:

—¿Y cuál es tu opinión?

—Después de escucharla, mi opinión es que este asunto no tiene nada que ver con un delito de sangre ni, menos aún, con temas yihadistas. Ni siquiera se trata de un delito. La historia viene de seis años atrás, y creo que lo inquietante es la procedencia de esos

huesos infantiles. No es mucho tiempo, pero parece muy lejana porque mientras tanto ¡han sucedido tantas cosas! Hemos pasado por dos elecciones generales, han muerto algunos reyes, dos papas y varios millones de personas por una pandemia global, hay una guerra en Europa y otra en su costado, el mundo entero se está asfixiando de calor y se están desencadenando por todos lados danas devastadoras.

Por primera vez dio un trago al zumo de naranja, se humedeció la boca y le contó que seis años atrás murieron dos personas, una madre, prostituta, y su hijo Jamal, y que fueron enterradas en una zona del cementerio destinada a gente sin recursos. Una zona que recientemente se había ampliado para construir un columbario. Entre los restos exhumados para poder llevar a cabo las obras estaban los huesos de un niño árabe llamado Jamal, que ahora iban a ser incinerados.

—¡Y le encargan la tarea precisamente al empleado musulmán de la funeraria!

—Tampoco es tanta casualidad si solo hay dos operarios. Sami decide no quemarlos y dos días después lo detienen llevando un saco de huesos en el coche. Entre los huesos hay un colgante de hilo de plata con un nombre, Jamal. ¿Sabes cómo entierran los musulmanes a sus muertos?

—Ni idea.

—Como toda cultura basada en una religión, dan una gran trascendencia a la muerte. Si se trata de un hombre, se ocupan los hombres; si el cuerpo es de una mujer, se ocupan las mujeres. Lavan el cadáver con jabón y agua templada, porque creen que el difunto nota cómo lo están tratando, y lo perfuman con almizcle. Una vez limpio, lo envuelven en tres telas si es hombre, en cinco si es mujer, ya sabes cómo separan los sexos. Y solo entonces los

entierran en contacto directo con la tierra, sin ataúd, con la cabeza en dirección a La Meca y recostados sobre el lado derecho.

—¿Y no admiten la cremación?

—De ninguna manera. Sería como si lo quemaran vivo.

—Pero Sami trabaja en un crematorio.

—Pero Sami solo quema cuerpos de cristianos —replicó rápido el Alkalino.

—No sabía que supieras tanto de huesos —bromeó el detective.

—Ni siquiera conozco los míos —sonrió—. He superado más de la mitad de la vida, estadísticamente al menos, y aunque tengo algunas vísceras demasiado trabajadas, puedo decir que no tengo ni un solo hueso roto.

—¿Estás seguro de que él no es culpable de nada? —insistió todavía.

—No puede haber culpables donde no hay víctimas. Todo lo más habrá cometido una falta administrativa.

—Si toda esa historia es cierta, ¿por qué Sami no la cuenta?

—Porque está convencido de que la Guardia Civil no va a creerlo por ser quien es. La vez anterior que lo pararon en la carretera, como tenía en regla toda la documentación del coche, le pusieron una multa de doscientos euros por llevar un ambientador colgado en el espejo retrovisor.

—Yo también lo llevo —dijo Cupido.

—Pero tú no has dado positivo en un control antidrogas por haberte fumado un porro. Tú no te llamas Sami ni tu piel es del color del desierto.

—Sospecho que no es tanto el color de la piel como la pobreza. Los odian porque son pobres, y eso también es ser racista.

—Entonces yo también cometo ese pecado, porque me revuelven el estómago los hiperricos.

—Volvamos a Sami y al saco de huesos —dijo Cupido, temiendo que el Alkalino se desviara del tema.

—De acuerdo. La Guardia Civil cree que hay algo oculto y delictivo en el asunto de los huesos, cuando todo se resume en que Sami trabaja en un tanatorio.

—Si es así, Gallardo va a seguir presionándolo.

—Lo hará, pero no conseguirá nada. Puedes llevar el caballo hasta el agua, pero no puedes obligarlo a beber. No, a Sami no hay quien le haga desistir de su idea: si revela que entre los huesos hay un pequeño colgante de plata, cree que se quedarán con él o que dirán que él lo puso allí para justificar su traslado. Y se limitará a repetir una y otra vez que no sabe por qué han aparecido en su coche. Es muy tozudo y no acepta consejos. Yo lo creo y me gustaría ayudarlo, pero no sé cómo. Dudo que Gallardo me escuchara y no puedo demostrar que todo ocurrió de esa manera.

—¿Y crees que yo sí?

—Sí, tú sí —respondió convencido el Alkalino.

Al detective le pareció una petición extraña, pero, de todos modos, notó cómo su cabeza comenzaba a activarse.

—Desde luego, es una situación insólita: un incinerador de huesos que se mete en problemas con la ley y perderá su trabajo por intentar salvar unos huesos de la incineración.

—Tú podrías ayudarlo.

—Si el problema es tan complicado, ¿no sería mejor que buscara a un abogado? —repitió.

—Ninguno creería esta historia. Y Sami necesita a alguien que crea en él.

—Veré qué puedo hacer —le prometió—. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que todo se resuelva sin salir de Breda. Ahora mismo no quiero dejar sola a Senda.

Al día siguiente se entrevistó con Sami en la celda del cuartel. Si alguien podía sentir desconfianza previa hacia él por el tono de su piel, por el lugar de donde procedía y por la belicosa religión que profesaba, sus prejuicios desaparecerían al contemplar su mirada franca y el acento sincero de su voz. A Cupido, que fuera europeo o bereber le resultaba indiferente. Nunca había hecho una causa moral de la raza ni iba a hacerla ahora. ¡Era tan obvio que todo se limitaba a ser culpable o inocente, independientemente del sexo, la edad, la religión o el número de pie que se calzara!

A continuación, Cupido pidió hablar con Gallardo. Estaba en su despacho y no le hicieron esperar.

—¿Vienes a saludarnos? —le preguntó el teniente, inquieto, porque solo aparecía por el cuartel por asuntos relacionados con una investigación.

—Sí. Y de paso a preguntar por ese chico que tenéis abajo.

—¿El moro?

—No es moro, es español.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué vais a hacer con los huesos?

—Así que también te lo han contado, ¿eh?

—Sí.

—Debemos averiguar de dónde los sacó. Y después, informar a Madrid.

—Creo que deberíais buscar bien entre los huesos.

—¿Buscar? ¿Qué es lo que hay que buscar?

—Un colgante.

—¿Un colgante? Lo habríamos visto.

—Quizá lo habéis confundido con un simple alambre manchado de polvo o de tierra.

Gallardo ya había despegado la espalda del sillón y se había puesto alerta. El detective pensaba tan rápido que le costaba seguirle el ritmo. Se levantó de repente y dijo:

—Ven conmigo.

Salieron del despacho y llamó a Andrea y a Yelmo, los encargados de la investigación, para que estuvieran presentes. Los cuatro bajaron al sótano y abrieron la puerta de seguridad de una pequeña habitación donde se custodiaban las pruebas y los alijos de droga. Andrea cogió una bandeja, similar a las de los aeropuertos, que contenía el saco de huesos. Se puso unos guantes de plástico y comenzó a buscar en el fondo hasta encontrar el colgante, pequeño e inadvertido, como un pequeño hilo de tierra, con la caligrafía árabe difícil de reconocer si no se supiera que era caligrafía: جَمَال. Gallardo, poco convencido, se inclinó para observarlo con atención y recelo, sin tocarlo, como observaría una moneda falsa.

—¿Y esto es un colgante?

—Era el nombre del niño árabe muerto. Se llamaba Jamal. Lo enterraron con él en la parcela municipal del cementerio —dijo Cupido—. Sami no quiso quemar los huesos en el tanatorio y simplemente iba a enterrarlos mirando hacia La Meca, porque ese es el precepto de los musulmanes.

—Tendríamos que comprobarlo.

—Adila —dijo Andrea.

Gallardo la miró pensativo unos segundos, sin acabar de comprender. Hacía algún tiempo que Cupido no lo veía y por un momento le pareció anclado en su carrera, sin más ascensos ni reconocimientos, resignado a no alcanzar ya nunca la tercera estrella que durante años había creído reservada para él en un cajón de la

calle Guzmán el Bueno, mientras Andrea progresaba en prestigio y en el escalafón. Enfrascado en trámites administrativos, cada vez hacía menos trabajo de calle, su primera vocación, la que le hizo crecer.

—Vete a buscarla —le pidió.

Adila era la asistenta árabe que tenían en casa.

Andrea regresó acompañada de una mujer árabe, de mediana edad, con un pañuelo en la cabeza. Estaba asustada entre tantos uniformes y Gallardo la tranquilizó tocándole el brazo.

Volvieron a bajar al sótano, abrieron la habitación y le mostraron el colgante, que habían dejado en la mesa, alejado de los huesos, dentro de una bolsa de pruebas.

—¿Puedes decirnos qué es esto, Adila?

La mujer lo miró con atención un segundo y, después de asegurarse en un español ratonero de que su declaración no sería utilizada como prueba de cargo contra nadie, dijo sin dudar:

—Un colgante.

—¿Y qué pone?

—Jamal.

Al día siguiente la jueza dejó en libertad a Sami y ordenó que los huesos del niño Jamal fueran entregados a la comunidad musulmana para que los enterraran según sus ritos.

—No sé cómo lo consigues, pero siempre terminas haciendo las preguntas adecuadas en el momento preciso, no antes de que puedan responderte, y sin esperar a que ya sepa la respuesta todo el mundo —le dijo Gallardo a Cupido—. Y no sé si felicitarte o mandarte a la mierda.

El detective se encogió de hombros.

—Supongo que es algo que aprendes cuando has escuchado muchas mentiras.

—Siempre sabes lo que deberíamos saber nosotros —insistió, receloso porque una vez más se les había anticipado y, al mismo tiempo, agradecido porque les había resuelto un asunto que amenazaba con complicarse con el fantasma del yihadismo.

—Hago lo mismo que vosotros: mirar alrededor.

—Pero tú ves más. Cualquiera diría que siempre llevas una linterna encendida.

—Me limito a escuchar sin prejuzgar nada, porque al final uno termina viendo lo que busca —replicó, aunque sabía que era cierto, que casi siempre, cuando lograba concentrarse en una investigación hasta el punto de excluirse de la vida, la realidad terminaba por desvelarle su cara más secreta. No practicaba ninguna magia ni brujería, no tenía una capacidad extrasensorial ni un hipocampo excepcionalmente desarrollado, pero cuando se armaba de paciencia ante un enigma, pensaba en su solución y dedicaba más tiempo al caso que investigaba que a los quehaceres y necesidades de su propia vida, al final lograba atrapar los detalles más escurridizos, encender algún filamento incandescente apagado en las sombras y alcanzar la luz.

Solo entonces descansaba y dejaba completamente de pensar. Creía que a un detective podía perdonársele cualquier carencia, menos la indolencia y la ineficacia. Podía ser alcohólico, vanidoso, frío, ambicioso, torpe para la vida personal... Incluso le venía bien padecer alguno de esos defectos, pero no el de ser perezoso e idiota.

Dos días más tarde el Alkalino lo citó en el Europa y, después de comentar el desenlace de la historia, le dijo:

—Van a estudiar la modificación de la normativa municipal para permitir los enterramientos musulmanes en un apartado del cementerio.

—Me parece bien —dijo Cupido.

—Es estupendo que las leyes vayan por delante de las religiones. Oímos mil veces al día que la justicia es una balanza, pero con demasiada frecuencia vemos cómo funden su metal para convertirla en un martillo con que aplastar a quienes no son como nosotros. En este caso, no ha sido así.

Cupido iba a marcharse, porque tenía que comprar un regalo de Navidad para Senda y no sabía bien qué elegir. Cada vez más, prefería regalar un viaje sorpresa, o una comida en un restaurante especial, cualquier experiencia antes que un objeto, porque consideraba que no les faltaba nada material y que tenían más cosas de las necesarias.

—Si esperas cinco minutos, va a llegar Sami —le dijo el Alkalino, mirando la hora en el móvil—. Ya sé que la de detective es la profesión en la que menos veces dan las gracias los clientes, que consideran que solo sois sucedáneos de la policía para encargaros de los asuntos sucios que no entran en sus atribuciones... y que el sucedáneo siempre es inferior al original. Pero no es este el caso. Quiere agradecértelo personalmente. Le he dicho que no aceptarás dinero por algo que no era un encargo. No sabe cómo pagarte y me ha preguntado qué regalo puede hacerte.

Sami apareció por la puerta de la cafetería, se acercó a ellos un poco cohibido entre los clientes contagiados del aire festivo de la Navidad y saludó a Cupido apretándole la mano entre sus dos manos mientras le decía:

—Muchas gracias, muchas gracias por tu ayuda.

—No tienes por qué dármelas. Yo no hice nada. Tú mismo me habías señalado la solución.

—Yo no la veía allí encerrado, me interrogaban y luego me dejaban solo muchas horas —dijo hablando en un castellano sin acento, solo las consonantes sonaban más largas y sinuosas.

—La Guardia Civil cuenta con muchos recursos para debilitar la moral de un sospechoso, y uno de ellos, y no de los menos efectivos, es hacerle esperar —dijo el Alkalino.

Sami asintió. Era joven, delgado y despierto. La pequeña cabeza le daba un aire atlético, aunque nada en su apariencia sugería la práctica de ningún deporte que no fuera correr como una liebre al aire libre. Y en ella brillaban dos ojos pequeños, negros e inteligentes, unos pómulos altos y unos labios oscuros, tras los cuales se entreveían unas hileras de dientes algo desordenadas. Los pequeños huesos de Jamal acababan de ser enterrados según sus ritos y estaba deseoso de olvidar aquel episodio.

—Estoy en deuda contigo —le dijo a Cupido al despedirse, después de haberse empeñado en abonar las consumiciones—. Te la pagaré algún día.

3

Gemelos

El bebé dio una patada y Senda dijo:

—¿Lo has notado?

Cupido puso la mano en la tripa y en respuesta se produjo un nuevo movimiento, como un pequeño pero indomable tam-tam que los llamara desde lejos.

—Creo que el otro se ha sentido celoso y quiere que también le hagamos caso.

Senda estaba muy guapa, con los labios hinchados de las inminentes parturientas y un asomo de pecas en la nariz y en los pómulos. Le seguía pareciendo increíble que al abrazarla estuviera abrazando a tres corazones que latían al mismo tiempo, pero esa sensación no duraría mucho, porque por la tarde habían asomado las primeras contracciones. El dolor le percutía en la espalda, a la altura de los riñones, y poco a poco se le había ido irradiando hacia las caderas. Ahora le llegó otra, más intensa, provocada por el movimiento en la tripa, como si dentro se estuvieran colocando.

—Siete minutos desde la anterior —dijo Cupido después de mirar el cronómetro del móvil.

—Pues nos vamos al hospital. Ya no esperamos más.

Llevaban varias semanas preparándose para aquel momento, habían asistido juntos a las charlas, lo habían repasado todo y, sin embargo, ahora le surgían dudas, no sabían bien qué hacer. Senda

comenzó a levantarse pesadamente del sillón y Cupido la ayudó a incorporarse. Cogió el bolso con todo preparado y, cuando subieron al coche, que había dejado junto a la puerta, Senda miró el reloj del salpicadero.

—Las tres. Es buena hora.

—Siempre es buena hora para un nacimiento —intentó animarla.

Arrancó despacio y condujo hacia el hospital sin hacer movimientos bruscos, sobre todo cuando advirtió la nueva contracción que le hacía fruncir el ceño, apretar los dientes y agarrarse con fuerza al cinturón de seguridad. Con su habitual resistencia al dolor, no se quejaba y Cupido le dijo:

—Si tienes que gritar, grita.

Senda extendió la mano hasta su brazo y se lo apretó con fuerza.

—Tengo un poco de miedo. No habrá complicaciones, ¿verdad?

—¡Claro que no! Todo saldrá bien.

—¿Quién crees que nacerá primero?

—No lo sé. Quizá él le cederá el paso —sonrió Cupido.

—Tengo miedo de no resistir y que el segundo bebé... ¡Hay muchos problemas en el parto de gemelos!

—Todo saldrá bien. Ya no estamos en los tiempos de Elvis Presley.

También a él el corazón le latía desbocado por la esperanza y, al mismo tiempo, por el terror a que algo saliera mal. Esperaba que la naturaleza hubiera escogido la mejor mitad de sus genes para fundirlos con la mejor mitad de los de Senda, desechando defectos y carencias, para crear las dos criaturas más felices del mundo. Pero no había podido resistirse a buscar en internet los riesgos y allí estaba el miedo a un accidente, a que nacieran con alguna de aquellas indetectables enfermedades raras con dos nombres, como si uno solo no bastara para expresar toda su gravedad. Y no podía

permitirse que Senda lo notara: las manos no le temblaban al volante y su voz transmitía calma.

Al llegar al hospital, los auxiliares la sentaron en una silla de ruedas y se la llevaron pasillo adentro mientras él se encargaba de formalizar el ingreso. Una auxiliar y una enfermera se ocuparon de prepararla y luego, al hacerle la ecografía, el ginecólogo observó con seriedad la pantalla.

—El primer bebé está encajado, preparado para salir. El segundo...

—¿Sí? —preguntó Senda, inquieta.

—Se ha dado una vuelta sobre sí mismo... De momento no representa un problema, pero lo vamos a vigilar.

—¡Ah!

—No te preocupes, sabemos lo que hay que hacer en todas las circunstancias. Estamos acostumbrados a madres que prácticamente nos sueltan al niño en la misma puerta, antes de que las hayamos sentado en la silla de ruedas, y a madres que tenemos que enviar de vuelta a casa porque les falta una semana. Ahora te llevaremos a la habitación y te acompañaremos todo el tiempo.

Una matrona joven la llevó a una habitación anexa al paritorio, limpia y silenciosa, sin demasiada luz, y la instaló en una cama muy alta. Se acercó a la cabecera y le cogió la mano.

—Me llamo Mabel, y voy a estar aquí cerca para todo lo que necesites. Vamos a ver cómo va esto. ¿Es tu primer parto?

—Sí.

Le tomó la tensión y las pulsaciones y comenzó a auscultar el vientre.

—Me gusta la forma de tu tripa. No está deformada, a pesar de llevar gemelos. Es muy bonita.

—¿Bonita? Gracias. Nunca me lo habían dicho.

—Es que hay hombres muy sosos —replicó mirando a Cupido, a quien le ordenó—: Ahora, espera fuera unos minutos.

Mabel se puso los guantes y la reconoció delicadamente.

—Tranquila, todo va bien, pero todavía falta. Has dilatado tres centímetros. No quiero que te quedes todo el tiempo en la cama, es bueno que camines un poco por la habitación para mover los huesos.

—Vale.

—Solo tienes que pensar en ti y en tus hijos, todo lo demás es secundario.

—Lo sé.

—Ahora mismo, en todo el mundo no está ocurriendo ninguna cosa más importante que la que ocurre en esta habitación —insistió —. Así que relájate y mentalízate para cuando llegue el momento. Entonces, cuando yo te lo diga, respira y empuja.

Salió de la habitación y regresó el detective.

—¿Qué te ha dicho?

—Que todo va bien, pero que espere. Llevo no sé cuántas horas con dolores y solo he dilatado tres centímetros.

—¿Tres? —dijo comparándolo mentalmente con el tamaño de un bebé.

—Sí. Pero la matrona es muy amable. No da la sensación de que solo le importa el niño y de que la madre no es más que una yegua —añadió, porque en alguna de las revisiones había tenido esa impresión.

El viaje en coche, el control de la matrona y los movimientos parecían haber estimulado la dilatación, porque el intervalo entre contracciones bajó a cinco minutos y le dejaba poco tiempo para recuperar el aliento. Llegó otra, más fuerte, y se arqueó como si quisiera apartarse del dolor que le nacía al final de la espalda.

—Estoy cansada y no sé bien lo que tengo que hacer —se quejó.

—Hay que esperar, ellos sí lo saben —dijo Cupido.

—¿Ellos? ¿Los médicos?

—Los bebés.

A Senda saber eso no le calmaba el dolor, pero no dijo nada. No podía quejarse del detective, que había estado cerca de ella durante todo el embarazo. Había sido paciente con las pequeñas manías que la asaltaban en los primeros meses, con su radical intolerancia a los malos olores, con su vigilancia casi obsesiva de la limpieza, con la adaptación de su organismo al nuevo estado, con los subibajas del estómago; había sabido disfrutar con ella del bienestar general del quinto y sexto mes y había estado pendiente de las piernas hinchadas, del dolor de espalda, la incomodidad, las digestiones pesadas y el cansancio de los últimos meses, pero no le preguntaba cada cinco minutos si se encontraba bien o si le apetecía tomar algo, como si ella tuviera un antojo distinto cada día. No protestaba cuando ella ponía el aire acondicionado de la casa a veinte grados porque no soportaba los repentinos ataques de calor que la acometían y que parecían emanar de su vientre. Se acostaba con delicadeza a su lado y la abrazaba por la espalda, a veces una mano apoyada en su tripa, procurando que sus largas piernas y brazos no estorbaran sus movimientos. La había acompañado siempre que podía a los análisis y consultas con el ginecólogo y a las clases de preparación al parto para saber también él a lo que se enfrentaban. Si se aburría en aquellas sesiones, había disimulado muy bien su aburrimiento cuando, al terminar, las futuras madres se quedaban en la puerta del centro comentando los detalles o lo que esperaban del parto.

Ambos creían en la trascendencia y autonomía del amor, no pensaban que solo era un espejismo biológico al servicio de la

perpetuación de la especie, y por eso no habían buscado el embarazo, pero, al producirse, él recibió la noticia con alegría, compartiendo su euforia desde el primer momento. Cuando Senda vio las dos rayitas rosas del positivo en el test, se preguntó por su reacción cuando se lo dijera. Él nunca se había opuesto a tener hijos, pero tampoco había manifestado ningún deseo y, ante un hecho consumado, no estaba segura de su respuesta. Sin embargo, la reconfortó su alegría al conocer la noticia. No se mostró asustado por contribuir a traer un niño a un mundo donde el futuro era más incierto que nunca. Le pareció admirable que después de todo lo que había visto en su trabajo, después de haber conocido a fondo la violencia, el odio, la codicia, la venganza, todavía tuviera fe.

Solos y sin experiencia, pero también sin familias invasivas dando consejos sobre alimentación o cuidados de los futuros bebés, los dos se habían informado de lo que suponía un embarazo gemelar y sobre cada una de las fases del parto, asombrados y entusiasmados por el misterio de la geminación, del que no conocían antecedentes familiares, y por el posterior desarrollo y crecimiento de los bebés. Nunca habían sido tan conscientes del funcionamiento de las glándulas y de la distribución de los órganos dentro del cuerpo, donde no quedaba ningún espacio desaprovechado.

Y ahora estaba allí, tranquilo, a su lado, aunque, si hubiera podido, le habría traspasado su dolor y su fatiga. Él podía llegar a conocer muy bien a las personas a las que investigaba, pero no tenía ni idea de la naturaleza de aquellos latigazos que le bajaban desde la espalda al útero. Cuando terminara, le haría prometer que no habría más embarazos ni más niños.

—Ayúdame a caminar un poco.

—Sí.

Por el tono de voz, le pareció que también él estaba un poco asustado, a pesar de que no era fácil asustarlo. Era fuerte, aunque no exhibiera ninguna de las características de los hombres fuertes. Había superado algunos momentos en que peligró su vida sin ceder al miedo y tampoco había manifestado nunca temor a ninguno de los perjudicados por sus investigaciones, aunque algunos seguían por allí cerca, en Breda.

Mientras paseaban por la habitación, Senda sintió de pronto el calor que le corría por el interior de las piernas antes de comprender que había roto aguas.

—Llama.

Cupido pulsó el timbre y enseguida apareció Mabel, que de nuevo le indicó que esperara en el pasillo. Senda se acostó en la cama, le colocaron un parche en el vientre y la monitorizaron. Cuando volvió Cupido, desde la puerta se oía en la máquina un continuo latido.

—¿Eres tú?

—Son los bebés —respondió Senda esbozando una sonrisa que cortó en seco una nueva contracción mientras el volumen y la frecuencia de los latidos aumentaba, como el sonido de un tren que se acercara hasta pasar por la habitación, resonara allí durante unos largos segundos, bum-bum, bum-bum, bum-bum, para alejarse al fin y debilitarse. Los dos pequeños corazones que latían con fuerza irregular volvieron a apaciguarse en el tocógrafo.

—¿Uno suena más fuerte que el otro?

—Dice Mabel que lo importante es que los dos sean regulares.

A medida que pasaba el tiempo los intervalos entre las contracciones iban disminuyendo. El ritmo cardiaco de los bebés se aceleraba y se paraba, se aceleraba y se paraba y al cabo de unos minutos aumentaba de nuevo. Al volver la matrona, Senda le comentó, frustrada por la lentitud de la dilatación, por el círculo

vicioso de contracción-distensión-contracción que no parecía generar ningún avance:

—Es como si me fuera haciendo más blanda, pero por dentro tengo una piedra cada vez más dura.

Llegó una nueva contracción y Mabel le pidió:

—Respira, respira, respira hondo, como te han enseñado.

Pasó la contracción y la examinó de nuevo.

—Todavía hay que esperar.

Tres horas más tarde comenzaba a amanecer cuando Senda sintió una contracción más fuerte y prolongada que la obligó a agarrarse a las barras laterales de la cama hasta que se le pusieron blancos los nudillos. Cuando pasó, se le había empapado el pelo de la frente y unas diminutas gotas de sudor le brillaban en el pecho.

—¡Una más como esta y empezará todo!

—Sí —dijo Cupido, admirado de su fuerza.

—Creo que la profesora de las clases de preparación al parto nos mintió al decir que este es un momento maravilloso.

Se quedó en silencio, recuperando fuerzas, mientras oían en el pasillo la conversación por teléfono del familiar de una paciente que se felicitaba por la rapidez del parto:

—Sí, todo ha ido muy rápido, ha sido como abrir una botella de champán. Llegó, dio un taponazo y ya estaba aquí el niño... Sí, todo bien.

En la siguiente visita, Mabel dijo por fin que había llegado el momento. Le dio a Cupido un gorro, una bata azul y unas fundas para el calzado.

—Tienes que ponerte esto.

Senda le había pedido que estuviera a su lado y, cuando Cupido se lo comentó al Alkalino unos días antes, este dijo:

—Míralo bien todo. Todos hemos visto y leído tantas historias que comienzan con un crimen que será bonito escuchar por una vez el relato de un nacimiento.

Condujeron a Senda hasta el paritorio, donde ya la estaba esperando la matrona, que se sentó frente a sus piernas y le ordenó a Cupido que se colocara en la cabecera. Le puso las manos en las rodillas y le pidió:

—¡Empuja, empuja ahora!

Senda se apoyó en un grito para empujar.

—Respira y vuelve a empujar.

Senda, obediente, seguía sus indicaciones sin demasiado resultado hasta que la matrona exclamó:

—¡Ya asoma la cabeza! ¡Empuja, empuja!

Senda agarró con fuerza la mano del detective y apretó los dientes mientras se le hinchaban las venas del cuello.

—¡Un poco más, un poco más!

En un nuevo esfuerzo salió la cabeza, todavía con la boca y las narinas llenas de moco y de líquido amniótico. Mabel le dio un pequeño giro para facilitar el encaje de los hombros en el canal y enseguida apareció el bebé.

—¡Es la niña!

Desde lo alto, Senda vio que la matrona la agarraba por las piernas, la ponía boca abajo y le daba una ligera palmada en las nalgas sin que reaccionara. La segunda fue como encender un chisquero que prendiera una llama y el llanto se sobrepuso a todos los demás ruidos del paritorio. A Cupido le pareció que ese era el sonido de la felicidad. Mabel la limpió y la envolvió en una sábana. Senda cerró los ojos, pero los abrió enseguida al sentir que le ponía a la niña en el pecho.

—Cógela, está deseando abrazar a su madre para decirle lo bien que lo está haciendo.

Senda la besó, pareció olerla y susurró su nombre, para que supiera cómo se llamaba:

—Laura.

Mabel esperó un momento a que la sintiera sobre sí antes de retirarla, entregársela a una enfermera y volver junto a ella. Le puso de nuevo las manos en las temblorosas rodillas y le dijo:

—Vamos, que no has terminado tu trabajo.

—Lo sé, pero no sé si tengo fuerzas.

—Claro que las tienes. Y ya has hecho lo más difícil. ¡Empuja, empuja! No vas a poder evitar que nazca tu hijo, no va a quedarse dentro, aquí no hay plan B. Así que cuanto antes comiences a empujar, mejor para todos. ¡Respira y empuja!

A pesar de la dilatación, el segundo bebé se resistía a salir, como si al quedarse solo allí dentro, sin su hermana, se sintiera cómodo, con más espacio para moverse. Parecía haberse agarrado al útero y se negaba a desprenderse. Desde su posición en la cabecera, Cupido distinguió que el líquido amniótico se había oscurecido, tal vez por el meconio, y comenzaba a alarmarse y gritaba en su cabeza: «¡Sal de ahí, pequeño! ¡Sal ya de ahí!», cuando Mabel ordenó:

—¡Respira y empuja! El bebé se ha hecho caca y está deseando salir. ¡Empuja!

Senda empezó a empujar dando un prolongado grito mientras la matrona hacía algo allí abajo, introducía los dedos y, coordinando sus movimientos con el empujón, al fin lograron que el bebé saliera con un ruido de succión para emitir enseguida un potente y ronco vagido que los sorprendió a todos. Mabel cortó el cordón umbilical.

—Es un protestón, pero es educado —dijo sonriendo—. Ha dejado que la chica pase delante. Ahora —se dirigió de nuevo a Cupido—,

tienes que salir. Vamos a terminar de curarla.

Poco más tarde llevaron a los tres a la habitación. No sabía qué hora era, pero le parecía que el parto había durado días. A Senda le habían dado algunos puntos y a los gemelos les habían hecho los primeros test. El detective los miró con un profundo asombro y agradecimiento, pero también con sorpresa, porque hasta un año antes no había contemplado la posibilidad de ser padre. Nunca había sentido la llamada de la especie, pero sus hijos eran un regalo que le llegaba de otro mundo, del mejor de los mundos, para llenar un hueco que hasta entonces no era consciente de haber tenido y del que solo ahora advertía su profundidad y su tamaño. Nunca le había dolido, porque el vacío no dolía, pero le había impedido una plenitud que ahora sí sentía.

Se agachó a besarla y le dijo:

—Nadie podría haberlo hecho mejor.

—No lo sé —murmuró—. Hubo un momento extraño, cuando ya había nacido Laura, en que me veía sin fuerzas... y notaba que Raúl se quedaba quieto dentro, como si tuviera miedo a salir.

—No pienses eso y descansa.

Cupido siempre había afrontado sus relaciones desde el presente: no se preguntaba por la duración ni por el futuro, pero ahora sabía que era distinto y que Raúl y Laura los unían con un vínculo indestructible.

Toda su vida recordaría cada uno de los detalles del nacimiento de Laura, del posterior momento de terror ante el color oscuro del líquido amniótico y de su desesperado ruego por la tardanza de Raúl: «¡Que salga, que salga ya!».

Sintió una necesidad irreprimible de oler, de besar, de tocar a sus hijos y cogió a cada uno en un brazo. Observó sus pequeñas orejas todavía aplastadas, que se irían despegando poco a poco, el lanugo

bajo la fontanela, donde se advertía el rápido latido de la sangre, ligeramente más claro el de Laura, un poco más espeso el de Raúl, los tiernos huesos redondeados bajo la piel, todavía sin aristas, las diminutas uñas, tan perfectas. Laura había comenzado a entreabrir los ojos y, a la luz del sol que entraba por la ventana, le pareció que tenían el color verdoso de su madre, aquel tono cálido y húmedo del musgo que crecía en la cara norte de las rocas y los robles, y en el musgo, dormidas, las mismas gotas de rocío. Raúl, en cambio, los mantenía cerrados, con los párpados hinchados, como si hubiera llorado dentro del vientre. Los dos tenían cosas de Senda y de él, pero al mismo tiempo eran distintos a ellos, dos milagrosos microcosmos independientes, girando en sus propias órbitas.

Sin decirlo, sintió alivio porque no tenían seis dedos, ni una mancha extraña en la cara, ni un labio partido, ni rigidez en ningún miembro. Todo su anhelo se cumplía en ellos con la misma armonía con que la naturaleza cristalizaba el agua a cero grados o le daba tres hojas al trébol. Su piel era suavísima y limpia, sin ninguno de los humores del parto, sin ninguna cicatriz, sin ninguna marca de las que, sin duda, la vida terminaría imprimiéndoles. Las cicatrices llegarían, pero ahora todo lo que podía hacer era prolongar ese momento, disfrutar de cada segundo con ellos dos en brazos.

«De modo que esto es tener hijos», pensó, «esta mezcla de amor y fragilidad y sacrificio y la absoluta certeza de que no hay nada en la vida que no esté dispuesto a hacer para protegerlos.»

—Laura. Raúl —les dijo, saboreando sus nombres, que repetiría mil millones de veces a partir de aquel momento. Fueron las dos únicas palabras que se le ocurrieron. No tenía otras para expresar lo que sentía, porque las palabras solo podrían traicionar una emoción tan intensa, tan intensa. No tenía duda de que era un buen detective porque no podía evitar serlo, del mismo modo que no podía evitar

ser alto o tener los ojos negros, pero no sabía si también sería un buen padre. No les daría el mundo entero aunque lo tuviera, tendrían que ganarse algo con su propio esfuerzo, pero haría todo lo necesario para satisfacer las necesidades de aquellas dos pequeñas vidas que tenía en los brazos: alimento, descanso, limpieza, estímulos, ayuda para moverse, para caminar, para dormir..., aunque sin duda aparecerían problemas, porque ninguna familia es perfecta. En ese momento era puro sentimiento, solo un sentimiento primitivo y feroz de protección provocado por aquellas dos criaturas que, desde sus brazos, quizá lo escuchaban y entreveían su alta silueta por la abertura de sus hinchados párpados. Le parecía increíble que el mundo entero se concentrara en dos seres tan pequeños y que todo lo demás se volviera intrascendente. Senda y él sabían que había quienes tenían hijos y eran desgraciados, pero ahora ellos dos eran doblemente felices.

Los acostó en sus cunas y se quedó en silencio, viendo cómo Senda, agotada, cerraba los ojos y al fin podía dormir. En una hora, el comienzo ensangrentado y estrepitoso de la vida había dado paso a una paz limpia y silenciosa.

4

Un vídeo erótico

—Pero ¿en qué estaba pensando? —pregunta, irritado, el «King» Quintana.

—No lo sé... Supongo que quería celebrar el *hat trick* que la noche anterior le había marcado al Inter para pasar la eliminatoria de la Champions —especula Jimena.

—¿Y lo celebra grabándose con el teléfono mientras..., mientras echa un polvo con una admiradora? —La expresión suena extraña en el presidente, siempre tan comedido, sin levantar la voz ni en los peores momentos, hablando en un tono cortés y amable que, sin embargo, no admite negativa ni réplica—. ¿Quién es ella?

—Es una actriz...

—¿Actriz?

—Bueno, aspirante a actriz.

—¿Cómo se llama?

—Wendy Paraíso.

—¿Wendy? Cada día hay más nombres estrafalarios... y hasta con faltas de ortografía. ¿Qué significa? ¿De dónde viene?

—De Gwendolyne. Fácil de decir, pero no de deletrear. Gwendolyne Barnes Paraíso —responde Jimena sin necesidad de consultar la elegante *tablet* color azul medianoche que siempre lleva encima, como un apéndice biónico.

Jimena es rápida y eficaz y esas cualidades la han elevado hasta el despacho del King, no tanto como consejera, pero algo más que secretaria: una ayudante personal dinamo, que se carga de más energía cuanto más se mueve, capaz de atender al mismo tiempo varios asuntos diferentes y de naturaleza muy distinta, que nunca demora más de unos segundos la aparición de las dos rayitas celestes que confirman que ha leído los wasaps que le envían. En sus ojos brilla esa firme expresión de quien no tiene dudas, convencida de desempeñar el trabajo adecuado en el lugar y el momento precisos.

El King hace un gesto con la mano como si apartara algo de su vista, le da la espalda y, con actitud napoleónica, mira hacia la Castellana, treinta pisos más abajo, por donde circulan los coches, los taxis que siempre le recuerdan la camiseta del Rayo Vallecano. Había sido constructor y había llegado hasta allí arriba cuando, en una operación visionaria y con un instinto asesino para los negocios, vendió poco antes del estallido de la burbuja inmobiliaria sus enormes urbanizaciones costeras, con tantas viviendas como un distrito postal, para pasar al terreno emergente de las renovables.

El despacho es enorme y muy lujoso y parece más el salón del trono que un despacho: granito verde brasileño en suelos y encimeras y maderas nobles por todos lados. Entre sus paredes, el King ha hecho grandes negocios, insaciable en su afán de riquezas, a lo que parece dedicarse en exclusiva, porque mantiene un gran hermetismo sobre su vida privada, aunque cuanto más se guarda, más curiosidad despierta. Nadie sabe los nombres ni el número de miembros de su familia ni se le ha descubierto nunca un devaneo o una debilidad, no se le conoce otra pasión que la avaricia. Allí ha negociado compraventas de empresas y acciones en jornadas agotadoras de dos días, porque en esas circunstancias despliega una

autodisciplina prusiana y una infatigable capacidad de trabajo. Allí ha movido más millones de euros que en las oficinas de algunos bancos y ha sobornado voluntades y promovido traiciones con su sobrehumana intuición para adivinar siempre quién estaba dispuesto a venderse. Y la leyenda afirma que en ningún trato ha perdido dinero. Cada vez que allí arriba movía un dedo, sonaba el tintineo de una caja registradora y podía oírse el susurro de nylon de los fajos de billetes de quinientos euros al ser contados. De aquellas actividades había resultado que no era un hombre muy popular, pero al King la popularidad le era indiferente. Asentado en su rascacielos, muy en su papel de Rey de los Vientos, en lo más alto de la pirámide económica desde donde dicta sus ucases, esa Wendy Paraíso aspirante a actriz de la que Jimena le habla le parece lejana, ajena y, sobre todo, muy irritante.

—¿Y cómo pudo llegar hasta Gamma? Creía que a los nuestros los tenemos protegidos.

—Asistió a la fiesta que dimos para anunciar al nuevo patrocinador. Los chinos querían que fuera a lo grande y que también asistieran jugadoras. Nosotros invitamos a Celeste, la mediapunta del CFF La Sagra...

—Sí, la ficharemos para la próxima temporada.

—Usted dio el visto bueno, quería que viniera para conocer nuestro ambiente, y Celeste acudió con la actriz. Son amigas. Parece que le gustó a Gamma, que comenzó a hablar con ella, la invitó a una copa... y una hora más tarde le pidió que lo acompañara a un hotel.

—¿Y ella aceptó?

—Gamma me dijo literalmente —Jimena compone con dos dedos el gesto de comillas—: «Ellas siempre aceptan».

Quintana niega con la cabeza y pregunta:

—¿Hasta qué punto debemos preocuparnos?

—Si el vídeo sale a la luz pública, estallará un escándalo... hasta que otro escándalo lo desplace. Los asuntos de sexo son muy aparatosos, pero por fortuna no suelen ser duraderos. Pero lo ideal, claro está, es que nadie se entere.

—Quiero ver las imágenes otra vez.

Jimena conecta a la gran pantalla del despacho su *tablet,* sobre la que teclea con dedos de largas uñas postizas, protocolarias en la profesión. El vídeo, de dos minutos, se lo han enviado a Gamma desde un número desconocido, quizá porque no han podido enviárselo directamente a Ramiro Quintana, cuyo número privado es uno de los secretos mejor guardados del país. Y Gamma ha acudido a Jimena, que siempre está a su sombra para resolver problemas de índole delicada. Jimena sabe todos los secretos de los jugadores, maneja información confidencial, lava sus trapos sucios, hace la llamada adecuada en el momento adecuado. En las imágenes, tomadas por el propio Gamma, se ve al futbolista desnudo en la cama haciendo el amor con una mujer rubia, atractiva. Ella está encima y Gamma, con el brazo extendido, graba mientras ella se mueve y gime con intensidad. El sonido está muy alto y los gemidos y los húmedos ruidos resultan escandalosos en el pulcro y alto despacho de la Castellana. Los dos amantes no están fingiendo ni el vídeo representa una escena teatral, no es un montaje ni está creado por inteligencia artificial. Transmite una turbadora sensación erótica de una pareja captada mientras hacen el amor, sin ningún propósito comercial ni publicitario. Es una grabación robada de la pura intimidad entre un hombre y una mujer follando. Jimena baja el volumen.

—No se puede decir que no tenga buen gusto —dice el King con ironía.

—Puede haber más imágenes —informa Jimena.

—¿Más?

—Puede ser. No tenemos garantía de que no haya una segunda parte. Gamma dice que grabó más tiempo.

—¿Más tiempo? ¿Qué pretendía? ¿Crearse sus propias películas porno? ¿Es que no tiene suficiente con Adriana? —se enfada el King, Jimena nunca lo había visto tan irritado.

—No podemos estar seguros de lo que dice Gamma. En una situación así, es lógico que no controlara demasiado.

Jimena ha puesto el vídeo en bucle y ahora se aprecia que durante unos segundos la mujer gira la cabeza y mira a la cámara con la que Gamma la graba.

—Al menos, ella estaba de acuerdo —deduce Quintana—. Sabía que la estaba grabando.

—Está claro. Solo sí es sí.

—Pero dices que no ha sido ella quien se lo ha enviado.

—Gamma asegura que no ha sido ella. De hecho, cuando él la ha llamado para contárselo, la chica lo ha amenazado con denunciarlo si el vídeo se difunde y lo ha obligado a jurar que lo borrará.

—Siempre cabe la posibilidad de que, en un descuido, a lo largo de la noche, ella se lo hubiera copiado.

—Puede ser —admite Jimena—. Pero Gamma insiste en que le han hackeado el móvil.

—Han pasado tres días. ¿No podría ser que haya intervenido una tercera persona?

—No creo, necesitaría conocer las claves de acceso. Sin embargo, Gamma, aquella noche, pudo dejarlo encendido en la mesilla un minuto para ir a beber... o al baño...

—¿Has hablado con ella..., con Wendy?

—No. Su teléfono está apagado y no la localizamos. Tampoco ha vuelto a tener ninguna actividad en sus redes sociales. *Missing*. Y sabemos muy poco de ella.

—¿En qué estaría pensando? —insiste Quintana, enfadado con su futbolista brasileño. El Iberia CF siempre ha mantenido una decidida vocación latinoamericana, de cuyas canteras sigue importando jugadores. La última estrella es Gamma, un delantero centro extraordinario sobre el que siempre se repite el mismo chiste: en su nacimiento, su madre creía que traía gemelos, pero solo era Gamma, que venía con un balón en los pies. Aunque su nombre completo es Luiz Felipe da Gamma Leite, en el dorsal de su camiseta solo lleva escrito GAMMA junto al número 9 y la prensa también juguetea con su nombre en algunos titulares llamándolo *Ganman,* el apodo se lo ha puesto Manolo Lama, por su capacidad para mejorar el juego, pues no es un simple delantero centro rematador, un *killer* del área. Aunque golea con destreza, es capaz tanto de las más delicadas vaselinas como de los más violentos cañonazos, tiene un trato exquisito con el balón y le gusta bajar al medio para ayudar a los centrocampistas, abrir huecos, desordenar las defensas. Por todas esas virtudes ha sido el ganador del último Balón de Oro—. Hemos pagado cien millones por él, pero Gamma tiene la cabeza vacía, todo el talento se le fue a los pies.

—Tiene la cabeza tan llena de aire como el balón —apuntala Jimena. Y añade con una sonrisa que, al ver la expresión del King, pasa a ser irónica—: Por eso se entienden tan bien.

Quintana la mira sin aceptar su broma y le ordena:

—Para ya el vídeo. —Jimena detiene las imágenes con un toque en la *tablet*—. ¿Lo sabe Adriana?

—No, pero Gamma teme que, si le han enviado el vídeo a él, también puedan enviárselo a ella.

—¿Estás segura de que no sabe nada?

—Estoy segura. La Emperatriz del Amazonas es muy celosa y si hubiera visto esas imágenes habría montado un escándalo, lo habría colgado en sus redes sociales y lo habría echado de casa... O habría cogido a los niños y se habría ido con ellos a Brasil.

—Tenemos un problema —suspira el King—. Pero ahora hay que ayudarlo. Ese vídeo no puede salir a la luz. Se convertiría en *trending topic* en cinco minutos y destrozaría a Gamma, lo despellejarían. Y ya sabemos cómo le afectan estas cosas y cuánto necesita la tranquilidad para rendir en el campo. Enseguida pierde la concentración. Me imagino las burlas, las pancartas y los cánticos cuando jugáramos fuera de casa. No podemos permitírnoslo ahora mismo, con los rivales soplándonos en la nuca, en el momento decisivo de la temporada. Ese vídeo le haría daño a él y dañaría la institución, nuestra imagen... Este equipo lleva más de un siglo de historia y grandeza y no podemos tolerar que una cosa así la manche. Las camisetas sucias se lavan en casa.

Excepto en la junta de accionistas, Jimena nunca ha oído a Quintana hablar tanto, sin rastro de excitación, pero sin vacilaciones, y eso significa que hay que acabar con el problema utilizando todos los medios a su alcance, aunque el King no haya pronunciado esas palabras. Está irritado por verse obligado a dedicar tanto tiempo a un asunto estúpido que le impide dedicarse a sus negocios.

—Estas cosas no nos pueden pasar a nosotros.

Jimena agacha la cabeza, como si ella fuera de algún modo responsable del problema, y oculta un ligero estremecimiento porque no es la primera vez que detecta, por debajo de la cortesía del presidente, un timbre de amenaza.

—¿Qué sabemos de ella?

—Todavía muy poco. Que es muy atractiva. Que ya no es una niña, tiene treinta años. Y que sin duda es lista y muy atrevida.

—¿Le va bien como actriz?

—No. Y tiene que buscarse la vida como puede.

—¿Qué hace?

—Menos la calle, de todo. Ha trabajado de camarera, de azafata, de bailarina, en grupos de teatro *amateur,* a la espera de un papel protagonista. También... —consulta la *tablet*— como narradora de audiolibros. Pero nunca ha despegado. Una más entre las diez mil actrices que caminan por Madrid.

—¡Demasiadas aspirantes para poco espectáculo!

—Conozco su tipo. Chicas... y chicos que llegan a la ciudad seguros de que allí los espera una gran historia donde ellos serán los protagonistas, aunque la mayoría no supera la casilla de salida. Chicas desorientadas, sin nadie que les indique por dónde sale el sol, dejándose guiar por Google Maps hasta el ático de un pintor que busca una modelo o hasta un sótano donde les han dicho que ensaya un grupo de teatro y donde soportan horas de espera interminable para un *casting* tras el que no se las contrata, a pesar de exhibir su sonrisa más encantadora o de entregar un *book* con el rostro bien photoshopeado para ocultar las arrugas, agrandar los ojos y blanquear los dientes. Chicas sin mucho equipaje que trasladar porque hacen muchas mudanzas, vestidas con ropa barata o de saldos de marcas que saben combinar tan bien que no lo parece. Suelen decir que nunca tienen frío y fingen ser la rubia tonta para no ser considerada una rival. Su propiedad más valiosa es un móvil con el que hacer buenas fotos.

—¿Todavía siguen creyendo en esos sueños? —pregunta el King, genuinamente extrañado.

—Mueren las soñadoras, pero quizá nunca mueren los sueños —se atreve a responder.

El King no lo sabe, pero durante una época Jimena fue como esa Wendy a la que ahora buscan, otra *ladette* a la búsqueda de la gran ovación, luchando por el mismo botín, una más de aquellas chicas decididas, que bebían y consumían más que los chicos, con más vida sexual que ellos y un vocabulario más atrevido, que lucían camisetas con la leyenda I CAN DO IT MYSELF. La mayoría no consiguió nada y algunas regresaron a sus orígenes, desengañadas y con la imposibilidad de ser felices sin una ayuda química. Ella había sido otra Wendy Paraíso, solo que un poco más lista y más calculadora y con más suerte. De aquella época le queda un provocador tatuaje en el ombligo, como una pintura de guerra que solo enseña a contadas personas.

También Jimena ha hablado mucho y Quintana la ha escuchado con atención, interesado de pronto por ese pasado suyo antes de convertirse en su ayudante, y su tono ha removido algo dentro del King, que recuerda que en la juventud no puedes ser feliz si no te aman. Pero enseguida aparta a un lado ese chispazo sentimental, porque hace años decidió cambiarlo por otro más práctico: no se puede ser feliz si no te respetan. Y ahora, indiferente a la vida privada de sus trabajadores, se felicita de tener a Jimena a su servicio, uno de esos cargos casi invisibles, tan sumisos al jefe como implacables con los subordinados. Sus fracasos no la han hecho solidaria con los fracasos ajenos. Su conocimiento de los ambientes de la noche, su experiencia para buscarse la vida, su contacto con la malicia, sin duda agudizan su instinto de sabueso y la hacen más eficaz. Si ella tuvo dentro los mismos diablillos inquietos que la chica a la que ahora buscan, hay más posibilidades de que la encuentre.

—¿Podrás localizarla?

—Estoy tras ella. Tenía... o ha tenido una habitación alquilada en un piso particular. Pero ya no está allí.

—Debes encontrarla antes que ningún periodista y antes de que el vídeo llegue a más gente.

—Lo sé y creo que no será difícil. Hoy día, con internet se puede encontrar a cualquiera —dijo palmeando su *tablet*—. A cualquiera.

—Eso espero. Si no lo hacemos rápido, luego no podremos detenerlo. Si alguien ha oído algo, pronto estarán tras ella todos los programas de cotilleos del mundo.

Jimena asiente, sabe que la gente encuentra en las desgracias de los famosos una secreta complacencia: que paguen por ser tan guapos y tan ricos, por sus lujos y su vida de fantasía, que se jodan ahora como todo hijo de vecino. Pero prefiere ser optimista ante su jefe y dice:

—Además, tenemos buenos contactos en la policía para ayudarnos.

—No, a la policía no. No ha cometido ningún delito y alguien terminaría preguntando por qué tanto interés por nuestra parte. Debemos encontrarla nosotros. Pregunta a los amigos de Gamma... dentro y fuera del vestuario.

—Lo he hecho. Pero nadie sabe nada.

—¿Y Celeste? Fue quien la llevó a la fiesta.

—He hablado con ella, pero no sabe nada de Wendy. No le coge el teléfono.

—A Gamma hay que blindarlo. ¿Le has cambiado el móvil?

—Le he borrado el vídeo de la memoria para evitar filtraciones..., y para evitarle a él tentaciones de enseñárselo a alguien.

—De acuerdo. Yo también hablaré con él. Dedícate solo a esto y de la forma más discreta. Prefiero que te encargues tú sola. Tienes

mano libre con los gastos —dice, con esa seguridad de quien posee una enorme riqueza de la que no debe dar cuenta a nadie.

—La necesitaré, porque quizá tenga que saltarme alguna norma de la Ley de Protección de Datos Personales.

—¿Saltarte una ley? Yo creo que hemos creado demasiadas leyes, hay tantas leyes que no nos dejan respirar. Haz lo que sea necesario, pero encuéntrala.

—La encontraré..., aunque Madrid es grande —dice todavía.

Quintana la mira pensativo.

—¿Wendy es de Madrid?

—No. Es de fuera.

—¿Entonces cómo sabes que sigue aquí?

—No lo sabemos.

—¿De dónde es?

—De... de Breda —ahora sí tiene que buscar en la *tablet,* en la que teclea rápidamente—. Una pequeña villa de interior. Nunca la había oído. Supongo que..., viviendo en un sitio así, una chica inquieta o ambiciosa puede tener razones para querer venir a Madrid.

—¿De Breda? ¿No fue allí donde mataron hace unos pocos años a aquella ingeniera nuestra, en nuestra planta de aerogeneradores?

—Sí, me lo han contado. Yo no estaba todavía en la empresa.

—Búscala también por allí. La gente sin domicilio tiende a refugiarse en su tierra, al final no pueden evitarlo. De allí era también aquel detective que contratamos... Ricardo Cupido. —Recuerda al fin.

—Con ese nombre, ¿se puede ser un buen detective?

—Lo es, a pesar del nombre —dice el King—. Es un tipo que, cuando se implica en una investigación, se implica a fondo. Localízalo y llámalo. Quizá pueda ayudarnos. Quizá él comprenda

mejor que nosotros a esas chicas de las que has hablado, que vienen del interior y las deslumbran la opulencia, los famosos y las luminarias de la capital.

—Cuando la encontremos, no sé si será fácil convencerla de que nos entregue todas las imágenes, si es ella quien las tiene.

—Le pagaremos bien. Y si ella no ha enviado el vídeo, quizá sepa quién lo ha hecho. A ella tampoco le gustará que media España la contemple desnuda en una cama. Utiliza ese argumento a nuestro favor. Dale la oportunidad de justificarse, de alegar que Gamma la engañó, que le juró que borraría las imágenes en cuanto terminaran... Tú sabrás cómo hacerlo sin que nos perjudique.

5

Paula

—¿Ya te levantas? —murmura Berta sin abrir los ojos.

—No puedo dormir más —responde Trino con la lengua gorda por el alprazolam, y aunque traga con esfuerzo, el barro del somnífero se le agarra a la garganta y la voz no sale limpia de las cuerdas vocales. A pesar de las diminutas pastillas, ya no duerme la noche de un tirón. Cada vez se despierta más temprano y no puede seguir dando vueltas en la cama sin hacer nada, prisionero entre las sábanas. Se levanta dos o tres veces para ir al baño, a veces tanteando en la oscuridad, tropezando con la silla, abotargado por la medicación, y ella teme que en cualquier momento se produzca una caída con malas consecuencias.

Trino entra en el cuarto de baño. Tira de la cadena y, al salir, escucha la respiración calmada de Berta, que se ha vuelto a amodorrar, de modo que cierra sin hacer ruido la puerta del dormitorio, avanza por el pasillo y se asoma a la habitación de Paula. Su nieta duerme profundamente, abrazada a Kolo, el peluche de koala que Jaime le había comprado porque el koala se sube muy alto a los árboles igual que él se subía muy alto a las torretas eléctricas. La felpa está gastada en la nariz, a fuerza de besarlo, y Berta ha tenido que remendarlo varias veces porque se le salía el relleno. Paula no acepta que se lo cambien por ningún otro.

Baja a la cocina, donde el reloj marca las seis y media, toma un vaso de agua y apura el café del día anterior, que le ayuda a espabilarse, a la espera del verdadero desayuno con fruta y tostadas que luego tomará con Berta, la comida que más disfrutan, una o dos horas más tarde. *Buscapiés* sube a su silla —a esperar cualquier bocado que quiera darle—, en cuyo asiento ha ido formando a lo largo de los años un vellocino gris tan espeso que le sirve de cojín. Deja la taza en la pila y la cafetera colando el café y baja al sótano. Recoge algunos juguetes desordenados de Paula y mira la caja fuerte que está montando. Para tenerlo ocupado, un día Berta le había pedido:

—Quiero que me instales una caja fuerte.

—¿Para qué?

—Para guardar algo de dinero que voy a sacar del banco. ¿No has oído a la ministra?

—No. ¿Qué ha dicho?

—Que guardemos en casa dinero suficiente para unos cuantos meses, por si todo se complica con la situación internacional, con tantas guerras.

—¡Si lo dice la ministra...! —respondió él con incredulidad.

—Además, así guardamos también la pistola.

Berta sabía que ese argumento lo convencería, porque Trino le había dicho a menudo que necesitaban un escondite seguro para la Star 28 PK que ella había conservado después de treinta y cinco años trabajando como policía. Al jubilarse, le habían dicho que se fuera a casa y dejara en la comisaría la pistola, pero ella se la había llevado porque estaba legalmente permitido. A Trino el arma nunca le ha gustado, lo pone nervioso y cree que algunas personas con una pistola comienzan a hacer cosas que sin ella nunca harían. En una ocasión en que la empuñó, le sorprendió su peso, confundido

por la facilidad con que Berta la manejaba, por la firmeza de su pulso, por la controlada tensión del índice sobre el gatillo. A él nunca le han apuntado con un arma de fuego ni él ha apuntado a nadie, pero a Berta la han herido de bala y ella ha matado con bala, y aunque nunca habla de aquel episodio, sin duda lo recuerda bien. Berta no se había tomado en serio su petición de esconderla hasta que ella misma se lo propuso.

—¡Ah, por fin te has convencido! —le dijo Trino.

—No tenía prisa. La pistola no es un peligro para ti. Eres tan prudente que no te imagino pegándote un tiro en el pie por jugar con ella —bromeó, aunque alguna vez, al verlo tan abatido desde la muerte de Jaime, se le había pasado por la cabeza la imagen de Trino empuñándola y...—. Pero creo que ha llegado el momento de hacerte caso. En un hogar no puede haber armas al alcance de los niños.

Esa fue la excusa para la instalación de la caja fuerte, y, aprovechando un hueco en las bajantes, la ha encastrado en el muro, oculta tras el panel de herramientas. Ha tardado una semana, porque ya lo hace todo muy despacio, sin la antigua satisfacción que siempre le procuraban las tareas manuales, las chapuzas, el arreglo de averías y desperfectos. Tiene peor vista, con los ojos velados por incipientes cataratas, y a veces se detiene dudando ante cualquier trabajo, como si escuchara a los lóbulos de su cerebro discutiendo sobre qué instrucciones dar a los músculos implicados, pero finalmente ha hecho un buen trabajo. Ha perdido lucidez en la cabeza, pero no la habilidad en las manos, y así lo reconoció Berta cuando la vio terminada:

—Te ha quedado muy bien.

—Sí, aunque me ha costado mucho. Cada vez soy más lento.

—No. Es que el mundo va demasiado rápido —replicó Berta, aunque era cierto, a menudo es desesperantemente parsimonioso, se mueve muy despacio, como si caminara con zuecos, y a ella le dan ganas de cogerlo por los hombros y darle una buena sacudida.

Lo cierto es que desde la muerte de Jaime le resulta casi indiferente cualquier cosa que no sean Berta y Paula, su mujer y su nieta, y si no fuera por ellas, quizá ya habría puesto fin a todo aquello. Desde la muerte de su hijo, algunas noches se pregunta por qué y para qué vive, abatido por una pena que de repente lo asalta de un modo absoluto, le corta cualquier iniciativa y le hace caminar como un zombi, lobotomizado por el dolor. Berta, que resiste mejor, acostumbrada a las tragedias por su trabajo, tiene que insistir entonces para que cuide su higiene, para que coma, para que beba y se hidrate, para que se distraiga con tareas sencillas como aquella, en la casa o en el patio, porque su cabeza ya no es la de aquel contable que hacía rápidos cálculos mentales mientras hablaba con ella de cualquier cosa, y ahora ya solo tiene capacidad para procesar una sola información. Ya no confía en él para memorizar las claves bancarias ni para conducir en trayectos largos, aunque lo cierto es que ambos han perdido el gusto por salir, por viajar, por hablar con la gente. El lugar donde mejor se encuentran es en casa, como en un refugio.

Trino nunca ha sido un atleta ni un hombre muy activo, pero al menos era cuidadoso y concienzudo, cualidades imprescindibles para un contable de una gestoría que en su vida no desempeñó otro oficio. Un único trabajo, una única empresa, una única mujer. Su talento matemático siempre le gustó a Berta, porque llenaba una carencia que ella sufría, incapaz de sentarse ante un papel a hacer cálculos sin equivocarse.

Se habían conocido treinta y siete años antes, después de un atraco a una gasolinera de una franquicia de la que Trino era contable. Dos encapuchados habían irrumpido de madrugada en ella, habían vaciado la caja y el más fuerte, muy violento, había golpeado ferozmente al empleado con un palo de *hurling* por resistirse a entregarles el dinero, algo que, al principio, les había hecho pensar que se trataba de extranjeros; también el más bajo lo había pateado en el suelo cuando ya no se movía. El empleado había estado un mes en coma y había perdido la vista de un ojo.

Trino gestionó ante el seguro y ante la policía la documentación para la denuncia, demostró la suma de dinero robado según los tickets y facturas y el valor de los daños ocasionados. Y a Berta, todavía novata, la destinaron a aquella investigación. Los asaltantes mostraban una obsesiva fijación con las gasolineras de la franquicia, como si la odiaran por algo personal. Sin un patrón de fechas, horas o lugares, se repitieron nueve atracos por las estaciones de servicio del sur de Madrid, siempre con un coche diferente, todos robados. Estaban a finales de los ochenta y en las calles eran frecuentes los pequeños atracos de navajeros enganchados a la heroína, de los quinquis de la Transición, que tanto miedo daban entonces y tan olvidados están ahora. Pero aquellos asaltos tenían una mayor gravedad.

Por entonces no había cámaras de seguridad y la policía no disponía de pistas sobre unos delincuentes que no dejaban huellas ni rastros y que ejercían una violencia innecesaria. Berta se obsesionó con su captura y pidió que la liberaran de otras tareas para dedicarse en exclusiva a esa investigación. No podía dejar de pensar en ellos y, al terminar su horario de trabajo, camuflada bajo un peinado *mullet* y una cazadora de cuero, a veces cogía su coche, con el mapa desplegado en el asiento del copiloto donde había marcado

con un círculo todas las gasolineras, y conducía hasta alguna de las que podían ser atracadas. Repostaba mil pesetas o se quedaba aparcada en la sombra, desde donde ver sin ser vista, esperando, esperando, esperando, escaneando los coches, sobre todo los que llegaban con dos ocupantes.

Y una noche, gracias a su tenacidad, mientras esperaba medio oculta entre dos camiones en el aparcamiento de tierra de una gasolinera, comiendo un sándwich y escuchando la transmisión de un partido de fútbol donde el comentarista torturaba el idioma, vio llegar, muy despacio, un Renault 12 del que bajó el conductor para repostar. Berta distinguió dentro del vehículo la silueta de otra persona.

El empleado llenó el depósito, devolvió la pistola al soporte del surtidor y caminó con el conductor hacia la oficina, pero Berta vio que el copiloto, un hombre corpulento, también salía del coche y caminaba tras ellos mirando hacia los lados para comprobar que no había testigos. ¡Podían ser ellos!

Arrojó el sándwich al asiento, liberó la trabilla de la Star y caminó hacia la gasolinera. No había llegado a la puerta de la oficina cuando salieron los dos —el más fuerte con una pistola en la mano— y se sorprendieron al verla caminando hacia ellos.

—¡Alto! ¡Policía! —les gritó.

El corpulento empujó al otro hacia el coche y disparó hacia Berta, que apenas tuvo tiempo de esconderse tras un expendedor de bebidas sobre el que rebotaron dos balazos que reventaron el cristal. Oyó arrancar el coche y asomó la cabeza. El atracador, protegido tras una columna mientras el conductor daba marcha atrás para recogerlo, le disparó de nuevo.

—¡Alto! ¡Policía! —volvió a gritar.

Berta sintió un golpe seco en el hombro izquierdo, disparó a la defensiva y lo vio caer hacia atrás y estremecerse compulsivamente en el suelo durante unos instantes. La bala le había atravesado la garganta y no tardó en morir. El otro huyó, pero lo apresaron unas horas más tarde. Era una mujer.

El expediente se cerró con una felicitación de sus superiores. Berta había sido herida en el hombro, pero no quedó ninguna duda de que había disparado en defensa propia contra dos atracadores violentos y crueles. Con la mujer en la cárcel, ningún familiar del hombre atendió a los requerimientos para que se hicieran cargo del cadáver.

Fue la primera y única vez que Berta había matado. Pero matar a alguien, incluso en defensa propia, suponía cruzar una frontera que muy pocas personas cruzaban. ¿Cuántas? ¿Una por cada diez mil? No, matar no era fácil. Trino y ella nunca habían vuelto a hablar del tema.

La franquicia había recuperado una buena parte del botín y quiso agradecerle personalmente a Berta su dedicación y tenacidad para resolver el asunto. Y Trino, que hasta entonces no había tenido otro contacto con ella que el profesional, fue el encargado de acercarse a la comisaría para transmitirle ese propósito.

—La empresa quiere entregarte una gratificación personal por el excelente trabajo que has hecho.

—¿Gratificación personal? Lo tenemos prohibido. Alguien podría acusarme de corrupción —exageró bromeando—. Si queréis hacer una donación, podéis entregarla a la fundación de huérfanos de la policía.

—Se lo comunicaré a la empresa. Pero, entonces, déjame que te invite a cenar.

—Eso sí lo acepto —dijo Berta, que había trabajado muy a gusto con aquel empleado tímido y diligente cuyos informes y datos tenían

una claridad y una precisión envidiables.

Cuando la vio llegar a la puerta del restaurante donde la había citado, vestida con elegancia y con tacones, le pareció una mujer distinta de la que había visto durante aquellos meses, con uniforme y botas reglamentarias, pero no más atractiva.

—No los encontrábamos porque buscábamos a dos hombres y eran un hombre y una mujer, como empecé a sospechar después del tercer atraco —comentó Berta durante la cena—. Ella lo disimulaba muy bien con ropas masculinas y con los movimientos corporales, quedándose en silencio y casi siempre en segunda fila, según cuentan los testigos.

—Entonces, formaban una buena pareja.

—¿Buena? No sé si buena. Una buena pareja es la que, por una vez, te ayuda a esconder el cadáver, pero al mismo tiempo te advierte de que no vuelvas a matar.

Aunque a los dos les pareció que se conocían desde mucho tiempo antes, cuando se acostaron varias citas más tarde, en el pequeño apartamento de Berta, tuvieron la sensación de enfrentarse a algo desconocido. Ni Trino, un anónimo contable, había imaginado nunca que tendría como pareja a una policía diez años más joven que él, diez centímetros más alta y con una pistola en el cajón de la mesilla, ni Berta, una policía vocacional y decidida, había imaginado que se sentiría tan a gusto con un contable de baja estatura, con un nombre muy raro, Trinitario —aunque todos lo llamaban Trino—, de manos blancas más aptas para teclear en un ordenador que para ningún ejercicio físico, el típico representante de aquel mundo apacible y civil, dócil y obediente a las normas de convivencia, al que ellos debían proteger, según le habían repetido tantas veces en la Academia de Ávila. Sin embargo, se entendieron muy bien en la cama. Trino se sorprendió por la naturalidad con que Berta orinaba

en el cuarto de baño, sin intentar disimular el ruido en el sanitario, y Berta se sorprendió de la solvencia amatoria de Trino.

Desayunaron juntos a la mañana siguiente, con la abundante fruta que Berta incluía siempre en su dieta y que Trino incorporó a su costumbre desde entonces, y cuando se despedían, ella le preguntó sonriendo:

—¿Cuándo vamos con el segundo asalto?

Trino la miró sorprendido durante dos segundos, los que tardó en comprender que no se refería a los atracos a las gasolineras, y sonrió al captar su sentido.

—Estaría bien el fin de semana.

—Me ha gustado mucho.

Había sucedido el enamoramiento.

Los siguientes encuentros no fueron menos gratos, de modo que, diez meses más tarde, fueron a pasar un fin de semana en Breda para conocer la tierra de los padres de Berta y donde ella seguía conservando la casa familiar.

Demasiado tímido para hacer en público una declaración de amor, a Trino siempre le habían parecido algo ridículos aquellos tipos que convocaban a las televisiones y se arrodillaban ante las cámaras para pedir la mano de la amada, pero al terminar la cena a la que la había invitado en el mejor restaurante de la comarca, sacó un anillo y le pidió:

—Extiende la mano.

Berta obedeció y él le introdujo en el anular un anillo con un brillante.

—¿Y esto?

—Esto es para pedirte que te cases conmigo.

Berta se levantó, rodeó la mesa y lo besó.

—Quiero casarme contigo. Me haces muy feliz.

Trino extrajo entonces del bolsillo interior de la chaqueta un sobre con la reserva de un viaje a París de cuatro días.

—Es mi regalo de aniversario.

—¿Ya ha pasado un año?

—Sí. Hace un año tuvimos nuestro primer asalto —dijo, recordando aquella fecha que le parecía como el primer día de un viaje al extranjero que estaba resultando sumamente grato.

Se casaron sin demorarlo mucho y decidieron tener hijos, sin hacer caso de una nebulosa superstición de la familia de Berta que condenaba a los primogénitos y que la mente matemática de Trino consideró una absoluta tontería. Berta se quedó embarazada en dos ocasiones, pero sufrió abortos espontáneos sin que los médicos supieran establecer la causa. Cuatro años más tarde, cuando ya habían acordado en una clínica de fertilidad un tratamiento para la reproducción asistida, el embarazo arraigó con los mejores augurios. Cuando nació el bebé lo bautizaron con el nombre de Jaime, decididos a conseguir que fuera un niño muy feliz, puesto que ellos dos se sentían inmensamente felices con el hijo que tanto habían deseado. Y ahora Jaime, su hijo amado, ya no estaba...

En el dormitorio, la chicharra del despertador del móvil, programado a las ocho, despierta ahora a Berta, que había vuelto a dormirse. Escucha los ruidos de la casa y oye a Trino, siempre tan puntual, trasteando en la cocina con el desayuno, de donde le llega el sabroso aroma a café. Sin levantarse, conecta la wifi del móvil y le entra un wasap de su amiga Simona:

Ya tengo los gusanos. Ven a recogerlos cuando quieras.

Se los había ofrecido unos días antes, y aunque en un primer momento dudó en aceptarlos, por los malos recuerdos del envenenamiento de los anteriores, le parecieron un buen regalo para

Paula. A pesar de su apariencia, los gusanos de seda no eran un mal modelo para vivir: comían alimento verde, construían un refugio de seda donde daban lo mejor de sí mismos hasta vaciarse y donde asegurar la permanencia de la especie y, cuando ya no tenían más que ofrecer, salían al aire y desaparecían discretamente, sin dar la lata a nadie.

Pasa por el aseo, abre la ventana, por donde entra el canto juerguista de dos mirlos en el jardín, se viste de calle y va a la habitación de Paula, que duerme boca abajo, con las sábanas un poco revueltas. Recoge a Kolo del suelo, se sienta en la cama, le da un beso a su nieta, le sopla en el rostro y le canturrea:

—¡Buenos días, su señoría!

Buscapiés viene a ayudar a despertarla, sube a la cama de un salto y le lame la oreja. Paula entreabre los ojos, sonríe, abraza al perrillo, se gira hacia su abuela y extiende los brazos para recibir su beso. Una arruga de las sábanas le ha dejado una marca roja en la mejilla, como una fina cicatriz.

—¡Abu!

—¿Qué tal has dormido?

—Bien.

—¡Pues arriba, que tenemos que ir al cole!

—Esta noche han venido los tucos a mi cama —le cuenta mientras Berta la viste con la ropa que le planchó anoche y que todavía huele a suavizante.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Siempre la inquietan los visitantes nocturnos de esos sueños, no sabe bien de qué se trata. Paula dice que no son personas, ni animales, ni criaturas imaginarias, que todos se parecen pero todos son diferentes, pero no distingue cuántos hay, ni su edad, ni si hay

chicos y chicas. Preocupados, fueron a consulta con una psicóloga, que les preguntó por sus padres y, al conocer su historia, los despachó diciéndoles que los tucos eran amigos invisibles que Paula había inventado para compensar la carencia de padres y que eran beneficiosos para ella... siempre que no siguiera hablando con ellos cuando llegara a los doce años.

Se agacha para atarle los cordones de las deportivas y bajan a la cocina, donde Trino está limpiando de la encimera las chispas de aceite que han saltado de los dos huevos fritos que excepcionalmente ha engullido esa mañana, como si tuviera treinta años y tuviera que irse a trabajar. Ha envejecido mucho en los dos últimos años, la espalda se le ha encorvado y le tiemblan las manos. Berta advierte un olor a quemado que comienza a aplastar el aroma a café y del que Trino, todavía ralentizado por el alprazolam, no se ha dado cuenta. Aprovechando que va al baño, expulsa las tostadas y las arroja a la basura sin decirle nada. Pone otras dos mientras calienta en el microondas el colacao para Paula.

Cuando Trino regresa, el reloj de la torre da cinco campanadas.

—¿Las cinco? —pregunta Trino con enfado, como si la locura del reloj, que comenzó en el incendio de 1936, lo molestara personalmente—. ¿Es que en este pueblo...?

—Pueblo, no. Villa —lo corrige Berta.

—¿Es que en esta villa no hay un relojero que ponga orden en el toque de las horas?

—¡Cómo se nota que fuiste contable! —bromea Berta—. ¿Qué importancia tiene? Diga lo que diga el reloj, tú vas a vivir lo mismo.

Se sientan a desayunar y quince minutos después Berta es la primera en levantarse. Le pregunta a Paula:

—¿Tienes todo guardado en la mochila?

—Sí.

—Pues nos vamos.

En la puerta del colegio, madres y padres charlan de vacunas, de los profesores, de las elecciones a la AMPA y de actividades extraescolares. Hay también algunos abuelos con sus nietos, porque los padres estarán trabajando, no porque estén muertos o desaparecidos. Pero Trino y ella hacen al mismo tiempo el papel de padres y abuelos, de cocineros y educadores, de paseantes y de cuentacuentos. Cuidan bien a Paula, que no falta ni un solo día a clase y nunca llega después de sonar el timbre —ni ellos tarde a recogerla—, lleva siempre en la mochila el material necesario, luce las ropas tan limpias como las de un ángel y cumple puntualmente sus revisiones médicas. Y si lamentan esa situación no es por el esfuerzo que les supone, sino por las carencias que sufre Paula, que, de un modo u otro, tendrán consecuencias cuando crezca. Berta ha sido policía durante treinta años y, por ser mujer, a menudo sus jefes le encargaban casos con víctimas infantiles. Había comprobado hasta qué punto los conflictos durante los primeros años generan problemas en el futuro.

—Adiós, abuela.

Paula le da un beso y se va corriendo con sus compañeras. Cuando la pierde de vista, suenan en el aire las campanadas del reloj. Esta vez da seis aldabonazos, pero nadie le hace caso. Y en ese momento suena el timbre del colegio, adonde ella misma fue de niña antes de que su familia emigrara a Villaverde, en Madrid, donde su padre encontró trabajo en la fundición de aceros.

Desde el colegio va caminando hasta el piso de su amiga Simona.

—Pasa y tómate un café.

—Gracias —acepta. Se había acostumbrado al café en los largos turnos laborales en la comisaría y tomaba varios al día, sin que la afectaran mucho más que el agua.

—¿Cómo está Trino?

Berta niega con la cabeza.

—Regular. Tres años ya...

—¿No puede superarlo?

—Nadie supera la muerte de un hijo —replica después de un silencio—. Todo lo que puedes hacer es resignarte... Y Trino no se resigna.

—¿Y no podría buscar ayuda de algún experto? Tú no puedes cargar con todo. Tú también lo has perdido.

—Durante un tiempo acudió a tratamiento con una psiquiatra, que lo enganchó a las pastillas. Desde el primer día me daba la impresión de que hacía con él algo parecido a los jíbaros.

—¿Jíbaros?

—Unos indios que vaciaban las cabezas de sus víctimas para reducirles su tamaño.

Berta se queda observando la taza de café vacía, preguntándose cuándo se la ha bebido.

Simona le muestra una caja de zapatos con cuarenta o cincuenta gusanos de seda muy pequeños, de poco más de un centímetro, pero ya devorando las hojas de morera que les sirven de colchón.

—Se los pedí a mi nieta. Con esas hojas tienen comida para un par de días, pero dile a Trino que vaya a buscar más. Son muy tragones.

—Muchas gracias, Simona. A Paula le encantarán. Ya sabes cuánto le gustan los animales. Es igual que su padre, ha heredado su sensibilidad para saber lo que sienten en cada momento. Cuando él era niño, yo también le regalaba gusanos de seda, que compraba en Madrid en una tienda de animales y de mascotas que había en nuestro barrio. La última vez que pasé por allí la habían cerrado y

¿quieres creer que me alegré? En su lugar habían abierto una tienda de instrumentos musicales.

—Llámame cuando quieras. Ya sabes dónde estoy.

Al mediodía, están los tres comiendo cuando Paula dice:

—He hablado con mamá.

Trino detiene el tenedor en el aire, paralizado, con la boca abierta, y Berta lo mira antes de preguntar con voz cautelosa:

—¿Has hablado con mamá?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el cole.

—¿Mamá ha ido al cole?

—No. Me ha llamado por teléfono.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que va a venir a buscarme. Va a venir a vivir aquí.

—¿A Breda?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La próxima semana. Me va a traer de regalo un balón de fútbol que va a firmarle una amiga suya futbolista.

—¡Qué bien!

—Y vamos a vivir juntas las dos.

—¿Eso te ha dicho? —Berta contiene el aliento.

—Sí.

—¿Y tú qué quieres?

—Yo quiero que vivamos los cuatro juntos. ¿A que sí?

—No te preocupes, cariño. Todo se arreglará —dice Berta.

Trino, sin fuerzas, deja caer el tenedor, que golpea en el plato. El resto de la comida continúa en silencio y, cuando recogen la mesa, Berta saca la caja de zapatos con los gusanos de seda.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué es? —Paula, impaciente, extiende los brazos.

—Ábrela y lo verás.

—¡¡Gusanos de seda!! ¡Qué regalo más bonito, abuela!

Entusiasmada, con los ojos brillantes de emoción, Paula comienza a recolocar las hojas para que los gusanos coman sin aplastarse. Trino se va al dormitorio para descansar una siesta, Berta lo sigue y cierra la puerta tras ella.

—¿Qué vamos a hacer si se presenta?

—No dejaremos que se la lleve —dice Berta—. Ya destrozó a Jaime y no vamos a permitir que también la destroce a ella.

—¿A qué viene aquí ahora, después de tres años desaparecida?

—Ya lo has oído. Viene a por ella —dice Berta, y la amenaza se concreta de un modo que no lo había hecho en boca de Paula—. Si pudiera, creo que la mataría.

—No nos sentiríamos mejor por hacerlo —murmura Trino, que siente que algo zumba alrededor de su cabeza, como si se hubiera colado en la habitación un enjambre de abejas. Berta ha sido policía y la violencia ha sido su pariente, pero a él la situación lo aturde, lo asusta, lo supera.

—No dejaremos que se la lleve... Los envenenaría otra vez —añade de pronto Berta, que parece haber buscado en su memoria razones para fortalecer su decisión.

—¿Qué?

—A los gusanos de seda... Acuérdate.

Poco antes de marcharse Wendy, Trino le había traído a Paula unos gusanos de seda. Wendy, sin embargo, no los quería, porque le

daban repelús. Aquella primavera hubo una plaga muy dañina en los árboles del parque, no recordaba de qué insecto, y el ayuntamiento se vio obligado a fumigarlos, advirtiendo en la prensa y en carteles por las calles del peligro de dicha fumigación. Wendy fue a buscar hojas para los gusanos, que terminaron muriendo envenenados.

—No lo hizo intencionadamente, ella no sabía que habían fumigado —la defiende Trino.

—Pues debería haberse preocupado de saberlo.

6

La pena máxima

—¿Cansado?

—Sí, porque no hemos parado en toda la noche. Los paramédicos han tenido que emplearse a fondo. Un accidente en Las Rozas con dos heridos graves. Y cuando ya amanecía, una salida de vía bajando Guadarrama.

Con un golpe sordo, Brais deja caer al suelo la bolsa de deportes con el logotipo y el nombre, CFF LA SAGRA, que le habían dado a Celeste con su equipación, pero que usa él para llevar al trabajo el termo, la comida y la ropa de abrigo o de lluvia. Se quita el chaleco reflectante, lo cuelga en el respaldo de una silla, se recuesta en el sofá con los ojos cerrados y extiende la pierna izquierda, porque la rodilla le sigue molestando.

Cuando se le volvió a romper el cruzado anterior y la rótula le bailaba sin anclaje, a Brais le dijeron que aquella nueva rotura era muy grave y que nunca quedaría igual tras una segunda operación. De ese modo, el jugador juvenil más prometedor de su generación, con una zurda prodigiosa, elegido años antes MVP de la liga nacional, vio truncada su carrera, rotos sus sueños infantiles de un fabuloso *tour* por el césped sagrado del Santiago Bernabéu, el Nou Camp, el Allianz Arena, Wembley, Old Trafford, Giuseppe Meazza... Tras la operación, la escayola de dos meses y la rehabilitación durante medio año más, siguió jugando una temporada en el

Valladolid, otra en el Lugo y, la siguiente, en el Racing de Ferrol, cada año bajando de categoría y con más horas en las catacumbas de los banquillos, con las rodillas machacadas en el molino de otras lesiones secundarias. Conservaba la técnica, sí, pero había perdido su punta de velocidad y había ganado miedo a romperse de nuevo, de modo que golpeaba la pelota con precaución, sin la potencia anterior. Con veinticuatro años y sin alicientes deportivos ni económicos, perdió la ilusión, no entrenaba bien y no tardó en abandonar la competición oficial. El fútbol lo había sacado de un barrio marginal, lo había elevado, alimentado, ilusionado y le había hecho soñar para luego, de pronto, herirlo, expulsarlo y derribar todos sus sueños.

Ahora Brais mata la afición jugando al fútbol sala en la liguilla de oficios, en el equipo de los sanitarios, donde por suerte encontró trabajo enseguida: un dirigente compasivo de la Federación, con influencia en la Cruz Roja, hizo que lo contrataran como conductor de ambulancias, porque es un apasionado de los coches y maneja muy bien el volante.

Pero la nostalgia del fútbol le sigue aporreando el corazón y a menudo, cuando Celeste y él ven los partidos por la tele, comenta sobre los jugadores:

—Con Lucas jugué un año en el Sporting, y era él quien chupaba banquillo. Y ese Solana es una mala bestia, me hizo una entrada brutal y el árbitro lo expulsó. —O recuerda con una sonrisa amarga —: Mateo es un buen portero, tiene unos reflejos increíbles, pero en la eliminatoria de copa le clavé un gol de falta directa.

Celeste lo escucha, pero no anima esas conversaciones sobre su pasado como futbolista, pues a menudo la añoranza termina por convertirse en amargura. Antes siempre hablaba con admiración del fútbol total de Di Stéfano, del *jogo bonito* de Pelé, del atrevimiento

de Cruyff, de la mano de Dios de Maradona, de la ruleta de Zidane, como si todos ellos fueran su familia y el fútbol fuera su patria, su tierra, su vida. Pero ahora todo lo tiñe de desencanto e incluso a los mejores les encuentra algún defecto: a Messi, que no sería tanto sin un gran equipo a su servicio; a Cristiano, que era mejor atleta que futbolista; a Alexia, que no defiende bien ni en zona ni en marcaje individual; a Mbappé, que no tiene cabeza ni dentro ni fuera del campo; a Bellingham, que todo lo hace bien, pero nada extraordinariamente bien; o a Lamine Yamal que es lento.

Con la rotura del cruzado se rompió también en su interior algo que ya no recuperará nunca, aunque mantiene las otras virtudes por las que Celeste se enamoró de él; generosidad, limpieza, gusto por viajar, las fuertes piernas galvanizadas por el ejercicio, los pelotones de músculos en movimiento y en reposo, la ancha espalda y la firme hipotenusa de sus omóplatos, los ojos verdes, como si hubiera nacido en la copa de un árbol... Y la pasión que le demuestra cada día. Brais es más bajo que ella y no es guapo, pero a Celeste le encanta besarle sus labios pendencieros, gruesos y libertinos, tibios y dulces como mazapanes, y le encanta la forma con que él responde, con la presión justa sobre los dientes. Aunque tienen algunos gustos diferentes y, a veces, discrepancias ideológicas, porque Brais juzga el mundo con aspereza, como si todos fueran corruptos o malvados, lo cierto es que lo ama y no imagina su vida lejos de él. Forman una pareja sólida y estable, no como algunos conocidos que hacen alarde y griterío de su amor precisamente porque no están seguros de él, que son como el agua y el aceite que la agitación une, pero que en la inmovilidad están irremisiblemente destinados a la separación. Celeste tiene que reconocer que ni en los peores momentos de fracaso y amargura lo ha pagado con ella, nunca se ha enfadado en casa porque le haya ido mal fuera de casa,

como ha visto en otras parejas y como hacía su propia madre con su padre cuando estaba tensa, insatisfecha o cuando no alcanzaba los resultados que le exigían en su trabajo de directora del banco. Brais siempre ha sido fiel y bondadoso.

—¿Sabes qué coche era el del accidente en Guadarrama? —le pregunta Brais.

—No.

—Un Testarossa.

—¿Un Ferrari?

—Sí.

—¿Y de quién era?

—Adivina.

—Hummmm, no sé... No conozco a nadie que pueda permitirse un Ferrari. ¿De quién?

—De Sigfrido.

—¿De tu amigo Sigfrido?

—De mi examigo Sigfrido, porque no tenemos contacto desde hace cuatro o cinco años. Desde la lesión.

—¿Y le ha pasado algo?

—Una luxación de hombro y algunos moratones. Entró demasiado rápido en una curva, se salió y dio una vuelta de campana... Pero en un coche así es difícil que te pase algo, porque van blindados con airbags por todos lados. ¡No se ha roto nada!

Celeste detecta un leve acento de rencor en la última frase. Sigfrido y Brais habían tenido trayectorias paralelas desde infantiles y habían coincidido en el juvenil del Iberia, pero Brais siempre iba un paso por delante. Lo que a él le salía de modo natural, Sigfrido lo conseguía con esfuerzo y con una disciplina incansable en los entrenamientos. Y ahora presume de un Testarossa de primera

mano mientras él conduce una curtida ambulancia de segunda mano.

—Lo subimos a la ambulancia y, al reconocerme, me saludó como si apenas nos conociéramos. ¡Como ahora está en primera! Pero el aliento le sigue apestando a gasolina, en eso no ha cambiado.

—¿Tan mal le olía?

—Desde juveniles creía que podía suplir la falta de talento con la fuerza bruta. Se alimentaba como un animal: comidas muy proteínicas, bebidas energéticas y complementos vitamínicos y vigorizantes. Esta mañana debía de tener tanto ardor de estómago que no sé cómo no encendió con el aliento la gasolina que escapaba del depósito del Ferrari.

—¿Y adónde iba un domingo por la mañana?

—O de dónde venía. No lo sé. He leído que se está recuperando de una rotura fibrilar y que le habían dado permiso en el club para visitar a su madre, que está hospitalizada en Lugo.

—Sé cómo te sientes, cariño —dice Celeste agachándose a besarlo —. Pero no pienses más en Sigfrido.

—No lo haré —acepta Brais mientras se toca la rodilla destrozada.

—Tengo que irme ya. El Mago nos ha convocado a las once. Nos jugamos la temporada —dice. Y en efecto, es el partido más importante: si ganan, se mantienen en primera. Si pierden, descienden de categoría.

—Hoy es el gran día. Solo tienes que hacer un gran partido, como siempre.

—Sí.

—Sin lesiones.

—Sí.

—Y no te acerques demasiado a la portería, no sea que la pelota choque contigo en un rechace y te adjudiquen el gol.

—¡Tres rechaces serían demasiada casualidad! —ríe.

—Reparte todas las asistencias que quieras, pero sin goles —insiste Brais.

El verano anterior Celeste había firmado con el Club de Fútbol Femenino La Sagra un contrato de un año, que entonces le pareció un éxito para una joven jugadora muy talentosa, pero sin el halo de las futuras estrellas. Cobraría cuarenta mil euros brutos anuales, una cantidad con la que profesionalizarse y dedicarse únicamente al fútbol, pero que no le permitiría ahorrar ni, mucho menos, enfrentarse a la compra de una vivienda sin asfixiarse con una hipoteca hasta el siglo XXII. El presidente del CFF La Sagra, Ferreira, tiene unos cincuenta años, es redondo y sólido como un buzón y, por muy trajeado de sastre que vaya, resulta fácil imaginarlo algún día en la cárcel.

—Hay que estar muy alerta con él. Es lo suficientemente listo para ser un canalla y, al mismo tiempo, para no haber cometido ningún delito —le dijo a Celeste su agente cuando estaban negociando el contrato.

Ferreira dirige el club con la misma astucia y eficacia que sus ambiguos negocios de transportes y de *catering,* que él mismo —le gusta decir— cata cada mañana para comprobar su idoneidad. La misma eficacia despliega en preparar una paella para mil personas en una fiesta municipal que en la negociación de las primas del equipo por resultados. Con un enorme talento para hacer caja en cualquier tipo de trato, calcula todos los riesgos, desconfía hasta de los árboles y deja por escrito todo lo que a él le interesa; lo demás, lo fía a la palabra dada. Al conocer a una jugadora, la mira de arriba abajo calibrando su precio. Inflexible bajo su actitud paternal, incluyó en el contrato de Celeste una cláusula por la cual, si marcaba quince goles o más, el contrato anual quedaba automáticamente

prorrogado por otro año. Si no llegaba a ese número, quedaría libre para fichar con quien quisiera.

Nadie esperaba que una joven mediapunta, por muy buena que fuera, alcanzara esa cifra en su primera temporada como profesional. Lo normal es que pasara tiempo en el banquillo y que intentara aprovechar los minutos de juego que se le ofrecieran. Pero Merlín, el nuevo entrenador argentino, se había fijado en ella, le había dado la titularidad desde el primer partido y ella había respondido con esfuerzo y talento. El Mago la llamó un día a su despacho, en privado, para no provocar celos en las veteranas, y le dijo con su mezcla de acentos:

—Estoy muy contento con tu actitud, Cisne, y quiero que no te relajes y que sigas así. Cuando veo a algunas futbolistas, sus movimientos me parecen el aleteo de los pollos que se lanzan a su primer vuelo. Pero me gusta cómo te mueves en el campo, vos jugás como quien vuela... Aunque parezca que estás inmóvil, siempre estás en movimiento y mejoras a todo el equipo. Tus compañeras se desmarcan más cuando tienes la pelota, porque saben que hay más posibilidades de que les llegue en buenas condiciones si sos vos quien la envía. Pero también quiero que te acerques más al área y que dispares más a puerta. Quiero que esta temporada metas diez goles.

Celeste había asumido la exigencia y había marcado doce gracias a un certero instinto para aparecer por sorpresa desde la segunda línea cuando las defensoras corrían a marcar a las delanteras, se olvidaban de mirar el balón y dejaban huecos por donde ella entraba como si bajara un tobogán. Era un electrón libre... y ¿cómo controlar a un electrón? Ayudada por las jugadas de estrategia que Merlín diseñaba, había entendido enseguida la íntima relación entre el

espacio vacío y el gol y había aprendido a burlar las defensas cerradas.

La explosión de su juego la había convertido en la jugadora revelación de la temporada y la había aupado hasta la selección absoluta, con todo el mundo deslumbrado por aquel talento criado en las incubadoras de las escuelas de fútbol, pero que había conservado el instinto y el aprendizaje de las calles. Celeste era una jugadora rápida y elegante, de gemelos fuertes y tobillo fino, con una enorme precisión en las jugadas a balón parado y capaz de driblar con un amago de cintura, de trazar combinaciones que ni siquiera ella sabía que podían hacerse y que no siempre le devolvían sus compañeras, incapaces de pensar a su misma velocidad. Se movía por el césped con la comodidad de un herbívoro y sabía cuándo había que correr y cuándo había que pararse, de modo que sus movimientos nunca eran inútiles, economizando fuerzas. Comprendía el juego como si lo llevara en la sangre y el balón la amaba, pues siempre parecía ir hacia sus botas. Cuando no jugaba por algún motivo, el campo se veía más grande y al equipo le resultaba más difícil llegar desde la propia área hasta la portería contraria.

En uno de los primeros entrenamientos Merlín le había gritado desde la banda su apodo adolescente, que no sabía cómo había llegado a conocer:

—¡Reparte juego, Cisne, reparte juego!

A partir de entonces se popularizó el nombre, no tanto por su aspecto como por su elegante manera de moverse por el césped, sin aparente esfuerzo, del mismo modo que los cisnes se deslizan por el agua sin fricción aparente, sin mover las alas, aunque bajo la superficie sus patas nunca dejan de nadar para alejarse o aparecer donde nadie los espera.

Atraído por su rendimiento, el poderoso Iberia CFF del King Quintana —al que le marcó dos goles en el enfrentamiento directo— había llamado a su puerta y su agente había pactado un contrato que no podría firmarse hasta el día en que terminara la liga femenina y siempre que no hubiera marcado quince goles, la cláusula que el año anterior a ella misma le había parecido un recurso magnífico para motivarse y prolongar el contrato con el CFF La Sagra.

—El próximo año, en el Iberia, todo será distinto. ¡Y podremos casarnos! —añade Brais cuando ella ya ha cogido las llaves.

Celeste, a punto de salir, sonríe de oreja a oreja, regresa hasta él y se agacha de nuevo a besarlo.

—Te quiero.

—Dímelo otra vez —le pide Celeste sin apenas separar los labios.

—Te quiero, pitiña —repite Brais, con un término de su tierra que a Celeste le encanta.

—Yo también.

Cuando ella llega a la puerta, Brais le grita:

—Estaré en el palco aplaudiéndote. ¡Y por la noche nos vamos a celebrarlo!

Celeste llega al campo veinte minutos después, donde tienen una ligera sesión de estiramientos y rondós. Antes de la comida, Merlín las reúne para repasar algunos conceptos tácticos y algunas jugadas de estrategia y les pone un último vídeo sobre las características del rival, el Betis.

Como todos los futbolistas y entrenadores argentinos, Merlín también tiene su apodo. Lo llaman «el Mago» por los trucos y tácticas que se saca de la chistera en los momentos adecuados y con los que exprime lo mejor de sus jugadoras. Les exige esfuerzo y dedicación, las controla con análisis periódicos de sangre y de orina,

vigila su alimentación y sus periodos de sueño, pero no sale al césped con un látigo ni las trata como a yeguas. Siempre es riguroso y puede ser duro, pero no hasta el punto de lo que hacía un seleccionador nacional de su etapa juvenil, que —recuerda Celeste —, cuando perdía un partido, les mostraba en vídeos los errores de cada jugadora y las obligaba a ser ellas las que explicaran delante de todo el equipo el porqué de sus fallos. Merlín conoce a fondo el ecosistema del fútbol femenino y tiene una memoria prodigiosa que lo absorbe todo como papel secante. Recuerda las virtudes y debilidades de cada rival para saber cómo superarlas. Vive tan obsesionado con el fútbol que su mujer bromea: «Algunos días consigo que deje de pensar en el balón durante cinco minutos para dedicármelos a mí».

A menudo, Aguado, la lateral derecha del equipo, cuenta entre risas un chiste sobre él que confirma esa fama: «El Mago se encontraba un día en la cocina cortando una de esas piezas de carne que comen los argentinos. Se le resbaló el cuchillo y se hizo un tajo en un dedo. Su mujer llegó en ese momento a la cocina y, al ver la sangre en la encimera, le preguntó qué salsa era aquella de color verde».

Después de la comida —servida por uno de los *caterings* de Ferreira— y de una hora de descanso, de *tablet* o de PS5, el Mago las convoca de nuevo en el vestuario para dar las alineaciones. En la pizarra está escrito en grandes letras mayúsculas su lema: ATRÉVETE A JUGAR, para recordarles su rechazo al patadón, su empeño en el toque y la posesión y su preferencia por las futbolistas de buen pie.

—Celeste, hoy sales de nueve. De falso nueve.

Merlín hace una pausa para que se asiente la sorpresa, pero en el grupo no se oye ni un suspiro de aceptación ni de protesta.

—De acuerdo.

Celeste mira por el rabillo del ojo a Lipa, la poderosa delantera centro titular, una veterana no demasiado fina con el pie, pero corpulenta para el juego aéreo y con gran habilidad de palomera. Se necesita más de una patada para tumbarla. Lleva el pelo teñido de un color verde histérico y la piel revestida de tatuajes y, como siempre, está rumiando un chicle —sus mandíbulas dedican más tiempo a masticar goma que a hablar—; chicles que luego arroja al suelo o deja pegados en cualquier sitio. Sin poder ocultar la contrariedad, Lipa agacha la cabeza. En los últimos partidos ha estado muy imprecisa, llena de ansiedad, y el Mago la relega al banquillo. Celeste es consciente de que esa decisión va a aumentar la antipatía y los celos que la veterana siente por ella.

Merlín da el resto de la alineación, guarda silencio durante un buen rato y continúa:

—Hoy solo nos valen dos resultados: ganar... o ganar. Ni siquiera nos sirve el empate. O ganamos, o descendemos. Si no ganamos, no habrán servido de nada los esfuerzos que habéis hecho durante todo el año. Si ganamos, habrán merecido la pena todos vuestros sacrificios. Por lo tanto, vamos a arriesgar adelantando unos metros todas las líneas. Firmes atrás, pero arriesgando arriba. ¿Entendido?

—Entendido —asienten todas.

—Ellas se cierran bien y será un partido con pocas chances. Hay que aprovecharlas. —El Mago mira a Celeste—. En cada jugada a balón parado, nos concentramos y recordamos lo que hemos trabajado durante la semana. Aunque ayer no saliera bien, hoy sí funcionará. En el teatro, a un ensayo general desastroso le sigue un estreno perfecto.

—De acuerdo, míster —dice la competitiva Mae, la capitana, golpeando un puño contra la palma de la otra mano.

—¡Saltamos a la cancha pisando fuerte, que no somos patinadoras, joder! Firmes, pero tratando bien la pelota. No vamos a cambiar nuestra filosofía. Cogemos la bola, la echamos al suelo y ya no la soltamos hasta que la hayamos metido en el arco contrario. Agarramos el partido por el cuello y mandamos nosotras. ¡Prohibido retroceder! ¿Entendido?

—Sí.

—¿Entendido?

—¡Síííí!

—¿Qué es lo que habéis entendido?

—¡¡¡Que agarramos el partido por el cuello y mandamos nosotras!!!

—Quizá algunos dirán que lo que hacéis ahí fuera es solo un juego. Nosotros sabemos que hablamos de la vida. Que la pelota no solo tiene aire dentro. Dentro está vuestro éxito o vuestro fracaso, vuestro orgullo o vuestra sumisión. Desde la humildad, hemos estado trabajando todo el año para llegar a este momento, al último partido que nos permita mantener la categoría de honor, al lado de otros equipos con mucho más presupuesto, con muchos más medios, con mucho más poder. Así que vais a salir ahí a demostrar que tenéis unas piernas bonitas no solo para lucirlas. Vais a salir ahí a hacer las dos cosas que mejor hacemos. ¿Cuáles son?

—¡Jugar y ganar! —gritan todas.

—¡No os he oído!

—¡¡¡Jugar y ganar!!!

—Entonces, salid y haced que os envidien todos los que están en las gradas y todos los que ven el partido en las pantallas.

En las banquetas del vestuario están meticulosamente dispuestas las equipaciones, con las camisetas dobladas para que se vea el

número y el nombre de cada jugadora. Se visten casi en silencio y, antes de salir, Mae les recuerda en voz alta:

—¡La primera falta la hacemos nosotras!

—¡Sí!

—¡Vamos a apretarlas hasta que se les caigan las bragas!

—¡¡¡Síííííííí!!!

Mientras esperan en el túnel para saltar al campo, nerviosas, repiqueteando los tacos sobre el cemento, como si estuvieran esperando en la cola del baño para entrar a aliviarse, Aguado, su mejor amiga en el equipo, se acerca a Celeste. Es una lateral infatigable y peleona, una marcadora muy difícil de superar que suple sus carencias técnicas con disciplina táctica y disposición al sacrificio.

—¿Has visto la cara de Lipa? —le susurra mientras se ata la coleta con dos vueltas de la goma.

Celeste mira a la delantera centro al pasar por su lado. Un chicle chasca en su boca.

—Sí.

—No esperaba la suplencia.

—Si te digo la verdad, yo tampoco.

—No le ha gustado nada quedarse en las catacumbas.

—Pero la echaremos de menos. Es un tanque —dice Celeste.

—Un tanque con potencia de fuego, pero con el punto de mira defectuoso. Lleva cuatro partidos sin mojar, lanzó a las nubes el último penalti y el Mago ha perdido la confianza en ella.

—Yo soy mediapunta.

—¡Pero has marcado doce goles, Cisne! Demuéstrale al Iberia que no se ha equivocado al ficharte.

—Aún no está firmado el contrato.

—Pues el presi va lamentando por ahí que te marchas, que no podrá retenerte.

Celeste agacha la cabeza y mira las botas de Aguado, que se niega a sustituir a pesar del cuero rozado, porque están adaptadas a sus pies como un adhesivo y se siente muy cómoda con ellas. En una ocasión en que una compañera le sugirió cambiarlas, Aguado la calló con un seco: «Si vas a la guerra, no limpies las armas».

Llegan las árbitras y encabezan el desfile hacia la salida del túnel.

—¡Vamos! —grita Mae.

Como hace siempre, Celeste sale la última. Disfruta de ese momento, cuando suben las escaleras hacia la luz verde del césped mientras fuera estallan los gritos y los aplausos de la afición, y se transforma al pisar la hierba, como si fuera una persona diferente que ha dejado atrás la timidez, la inseguridad, las dudas, los problemas económicos. En el campo están claras las reglas y las armas permitidas, se sabe quién es la compañera y quién la adversaria y solo valen el talento, el esfuerzo, la determinación.

Levanta la cabeza y ve el pequeño estadio lleno. Merlín ha pedido el apoyo de la afición en el partido más trascendente del año y la afición ha respondido acudiendo en masa y pagando los diez euros de la entrada. Ha llovido los días anteriores, pero ahora la temperatura es magnífica y un cielo adolescente resplandece sin una nube, limpio de barros. Cuando mira hacia el fondo sur no puede contener la emoción al descubrir desplegado en la grada un enorme tifo con el dibujo de un cisne y al escuchar cómo diez mil gargantas entrelazan sus voces coreando su nombre. Aporreando algunos tambores y agitando sus banderas, la peña oficial grita sus salomas animando al equipo.

En el sorteo, Mae elige saque para demostrar que van a por el partido desde el principio. Y cuando pierden la primera pelota,

Aguado hace la primera falta, una entrada dura por la que la árbitra la amonesta verbalmente:

—Tranquilízate. Así no durarás todo el partido.

Sin embargo, logran encerrar al Betis en su campo y a los veinte minutos, de manera imprevista, en el rechace de un centro Celeste engancha a media altura una volea y clava el balón en la red desde el balcón del área. Todas se lanzan a abrazarla y hasta la propia Lipa salta del banquillo para celebrarlo.

Con el gol conseguido, bajan la presión y, justo antes del descanso, un saque de banda mal defendido le permite al Betis empatar. A la vuelta de los vestuarios, el entrenador rival ha cambiado a una de sus extremos por una mediocentro con la que reforzar la defensa y defender el empate.

Con más dificultad para moverse entre líneas, Celeste tiene que bajar a buscar el balón. Si no encuentra apoyo para una pared o para filtrar un pase lateral, pivota sobre sí misma y, con paciencia, bascula el juego hacia la otra banda, tal como han practicado en los entrenamientos con el Mago, que a veces le ha hecho jugar un partidillo entero con la prohibición absoluta de salir del círculo central, obligándola a repartir desde allí. Pero no está jugando bien y lo ve nervioso en la banda, indicando la posición de cada jugadora.

—¡Reparte, Cisne! ¡Reparte y avanza!

—¿A quién? ¿A quién? —murmura Celeste para sí, desesperada, porque no logra encontrar un resquicio en la férrea defensa bética. Cuando se acerca al área, siempre tiene a una rival encima, y cuando se aleja del área, las defensas no salen a perseguirla y no dejan fisuras en su sistema. Tampoco tiene a Lipa para jugar de espaldas y mantener la pelota hasta que llegue una compañera para descargar. Solo Mae corre incansable de un lado para otro, buscando hueco, pero termina devolviéndole el balón, porque no sabe qué

hacer con él. Y en una jugada en que la capitana intenta un regate, frustrada por algunas imprecisiones anteriores, pierde la pelota y en un rapidísimo contraataque el Betis marca el segundo gol.

En las gradas se hace el silencio. Celeste ve a Merlín mesándose el pelo antes de reaccionar dando palmadas, gritando con aquellos tijeretazos que le salen cuando está enfadado:

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Tenemos tiempo! ¡Vamos!

En un saque de banda en el que Celeste se ha acercado a él, el Mago se tapa la boca con la mano y le dice:

—Espabila, Cisne. Hoy todavía no has desplegado las alas.

Empatan en el minuto ochenta, en un despiste del Betis, que empieza a notar la fatiga de tanto esfuerzo defensivo: desde el centro, Celeste pasa el balón a la lateral izquierda, que se la devuelve al no encontrar hueco para avanzar. Todo el equipo contrario ha basculado hacia aquel costado y, de pronto, es como si oyera a su espalda las viejas botas de Aguado subiendo por la desguarnecida banda derecha. Le pasa el balón al hueco por encima de las cabezas y se queda un segundo inmóvil, viendo cómo las rivales retroceden. Solo entonces avanza ella libre de marca. Aguado ha corrido por la banda, le devuelve un balón raso y perfecto en el borde del área y, cuando lo golpea, ya sabe que es el gol del empate. Celeste sigue corriendo hasta la portería, recoge la pelota antes que nadie y vuelve con ella hasta el centro del campo. Todavía quedan cinco minutos.

Las gradas comienzan a animar enfervorecidas y el Mago va con todo en la última ventana: retira a una defensa y a Mae —agotada de correr, que se toca el muslo, con molestias en los isquios, y mira para ver si todavía conserva las dos piernas—, y mete a Lipa y a Desiré, una joven colombiana de cadencia muy rápida y zancada corta, con mucho regate y escaso acierto ante la portería.

En su segundo intento, Desiré caracolea en el área, hace una bicicleta, un amago y su defensora la zancadillea de una manera tonta al meter la pierna demasiado tarde. El estadio ruge cuando la árbitra señala sin dudar los once metros.

Mientras las jugadoras béticas protestan a la árbitra, Celeste coge el balón, de un modo implícito todas aceptan que ella lanzará el penalti, pero se queda dudando y se lo ofrece a Lipa para que lo lance ella. Ve que Aguado está hablando en la banda con Merlín y que vuelve corriendo hacia el área. Se pone la mano en la boca y le dice algo a Lipa. Luego se acerca a Celeste.

—Lo lanzas tú.

—¿Cómo?

—Que lo lanzas tú.

—La primera es Lipa.

—Hoy no, Cisne. Orden del Mago.

Celeste mira hacia la banda, donde Merlín asiente con la cabeza, adivinando la conversación.

—No quiero ser yo.

—Orden del Mago —repite Aguado. Le coge la cara entre las manos, como si fuera a besarla, y le dice—: ¡Métela, Cisne, métela y sálvanos!

Aguado ha subido y bajado la banda más veces que nunca, atacando y defendiendo hasta el minuto noventa, cuando ya el campo parecía medir un kilómetro, pero únicamente sus piernas parecen cansadas. Toda su expresión, sus palabras, sus gestos siguen siendo de empuje, de ánimo.

Celeste coge el balón y le indica a la árbitra que lo lanzará ella. Se queda unos momentos agachada colocando la pelota en la cal, oyendo el murmullo que recorre las gradas, pues en toda la temporada no ha tirado ningún penalti. Las lanzadoras son Lipa y, en

su defecto, la capitana, Mae, que ha salido del banquillo, se lleva la mano al corazón y cierra los ojos como si estuviera escuchando un himno. Dentro de su cabeza el tiempo se fragmenta en segundos y en cada segundo cabe un pensamiento. Piensa en sus compañeras, en lo que un gol significaría para ellas, semiprofesionales en un equipo modesto que, si descienden a segunda, volverán a su frágil condición de aficionadas, a campos con mal césped que provoca lesiones, a vestuarios con goteras, a viajes interminables de ida y vuelta porque no hay presupuesto suficiente para alojarse en hoteles y a buscarse otro trabajo con el que compatibilizar los entrenamientos. Piensa en todos los aficionados que desplegaron el tifo con la figura del cisne y que aguardan expectantes el resultado de su lanzamiento, mordiéndose las uñas, con temor, pero con una absoluta confianza en ella. Piensa en el Mago: su contrato es por tres años y no quiere que ella se marche, convertida en la pieza fundamental de su proyecto. «¡Hijo de puta!», murmura, por obligarla a tirar el penalti. ¿Por qué está tan seguro de que se saldrá con la suya, de que ella no enviará el balón a las gradas con un lanzamiento fuerte simulando que ha querido asegurar el gol? Piensa en Brais, que estará mirándola desde la grada, y en su proyecto de vida en común, en su promesa de matrimonio si ficha por el todopoderoso Iberia y consiguen independencia económica. Piensa en su amiga Wendy, que hoy no ha estado en el asiento que suele ocupar en primera fila junto al banquillo local, y cuya ausencia le ha extrañado, pues siempre la anima cuando se acerca por la banda. Piensa en todo lo que luchó su padre por ella, en todo lo que le enseñó sobre el comportamiento en un campo de juego. Piensa en la fama, en los contratos de publicidad de las grandes franquicias, en los catorce goles marcados y en uno que va a fallar para poder fichar por el Iberia, porque si llega a quince Ferreira no la dejará

marchar. Y piensa en sí misma, en la jugadora que es y en la necesidad de seguir siendo lo que hasta entonces ha sido.

Da una nueva vuelta al balón, como si no acabara de asentarlo en la cal o buscara sobre cuál de los treinta y dos paneles impactará su bota. Al acariciarlo, nota la presión adecuada, la textura del poliuretano, cálido por el roce, palpitante, como si le transmitiera que todo lo que le sucede en ese momento es algo más que un juego.

Ya sabe a qué lado va a lanzar, pero no mira hacia la portería, fija la vista en la pelota, segura de la velocidad a la que debe mover sus piernas, del gesto para ocultar su intención y del giro del tobillo necesario para engañar a la portera. Todo su cuerpo está en tensión por el chisporroteo de la adrenalina y, al mismo tiempo, templado por la confianza en cada uno de los músculos y en cada terminación nerviosa de su empeine izquierdo, que contactará con la pelota.

—Cuando quieras.

Es la árbitra, que se ha retirado a un lado del área desde donde verlo todo y comienza a impacientarse: un penalti no es momento para la meditación, solo hay que decidir cómo lanzarlo, a qué lado, con qué potencia, con paradiña o sin ella, Panenka o no Panenka.

Celeste se yergue y da cuatro pasos atrás. En el silencio del estadio resuena con claridad el silbato. Respira hondo para calmar el corazón, coge impulso y golpea la pelota hacia la base del palo derecho. La portera adivina la trayectoria, pero no logra detener el lanzamiento fuerte y ajustado. El estadio ruge y sus compañeras la aplastan al lanzarse sobre ella para felicitarla.

La árbitra prolonga el partido cuatro minutos, pero la grada ya festeja cada lance del juego como una victoria. La peña oficial levanta una ola que enseguida va moviéndose por las gradas como un cardumen de sardinas.

Poco después termina el partido.

Enseguida viene el amago de invasión del campo por los aficionados, los abrazos, la piña, el manteo del Mago, las felicitaciones, las lágrimas, la entrevista todavía en la hierba. El presidente, Ferreira, eufórico, con los ojos brillantes y la tripa redonda como una tetera, baja al vestuario a felicitarlas a todas y especialmente a ella.

—El próximo año serás nuestra jugadora franquicia —le promete, dejando constancia de que aplicará la cláusula del contrato.

Celeste asiente, sorprendida de la extraña alegría que la inunda.

En el vestuario, entre los cánticos, las fotos, los wasaps, el baile tropical de Desiré, el rocoso abrazo de Lipa, se aparta un par de veces para llamar por teléfono a Brais, pero lo tiene apagado. No sería la primera vez que se le olvida cargarlo. Quiere hablar con él un minuto para contarle por qué lo ha hecho, y luego, en casa, se lo explicará más despacio.

Termina la cena y la fiesta en el restaurante de Ferreira y pasa una hora de la medianoche cuando por fin llega a casa. Al bajar del coche nota en las piernas el delicioso cansancio que siente tras los partidos ganados con esfuerzo, empleándose a fondo.

Todas las luces están apagadas en el apartamento. Quizá Brais se ha dormido, agotado por la anterior noche en que estuvo de guardia.

—Brais —lo llama desde el pasillo, y como no le responde, eleva la voz—: ¿Brais?

7

Familia

Los gemelos habían tomado el pecho, habían eructado sobre su hombro y, con los pañales limpios, ahora dormían la siesta. También Senda se había ido a descansar al dormitorio, y en la cocina, con la limpieza y la plancha, trasteaba Coro, una chica que vivía muy cerca de ellos y que habían contratado para ayudar en las tareas de la casa, para que ellos pudieran salir alguna noche a cenar o tomar una copa y para sacar al parque a Raúl y a Laura, que ya cumplían tres meses, aunque un par de veces ellos mismos ya los habían llevado de ruta por los senderos de El Paternóster, cada uno en su marsupio. Y también para que Cupido pudiera salir en bicicleta, que es lo que había decidido hacer ahora.

Los días de abril ya eran largos y daban tiempo para todo. Y para esa tarde la AEMET anunciaba cielos despejados, aunque debería tener cuidado con la carretera húmeda y con algún bache engañoso y despiadado con los ciclistas. Como el viento soplaba del sudoeste, bajaría hacia el Lebrón para tenerlo favorable a la vuelta.

El mal tiempo le había impedido montar las últimas semanas. Después de un año de calor insoportable y de una horrible sequía, sin lluvias y sin nieblas que mojaran los labios de la sedienta flora, no solo había estado lloviendo durante treinta días, con chubascos más o menos intensos, sino que seguiría lloviendo. Un cielo cebado de nubes había devuelto en tres semanas generosas toda la

humedad que el sol había absorbido en un año. Durante los primeros días, las borrascas atlánticas, empujadas por los restos de un profundo huracán que venía rodando desde el Caribe, chocaban con las cumbres del Volcán y del Yunque, sin poder superarlas, y sus nubes bajas y pesadas se deshacían sobre las faldas de El Paternóster, con abundancia y sin tormentas de piedra. Primero se llenaron las charcas, luego los pequeños pantanos para agua de boca y, al fin, los torrentes de arroyos, riberas y ríos llegaron a los grandes embalses, que comenzaban a producir energía eléctrica, aunque sería necesaria mucha más lluvia para corregir el más bajo nivel de los pantanos desde que había registros y para llenarlos hasta que fuera necesario abrir los aliviaderos.

En Breda, el agua encharcaba los alcorques de los árboles, rebosaba hacia el asfalto y se iba corriendo hacia los imbornales, muchos de ellos atascados por las hojas secas y la basura de tantos meses. Los pájaros urbanos buscaban refugio bajo los aleros, pero la gente, contenta, salía a caminar bajo paraguas y chubasqueros que no habían usado en todo un año, o a descubierto, para que la lluvia les mojara el rostro. Los albañiles no daban abasto para arreglar goteras en los tejados.

Al salir de Breda oyó rugir a sus espaldas una manada de motos y se apartó a un lado, consciente del riesgo de la bicicleta, de la fragilidad de su espinazo, y comenzó a pedalear con calma. La lluvia había lavado la luz y el aire y la naturaleza entera resplandecía. El tibio sol no lograba beberse el rocío, brillaba la hierba mojada y del suelo se elevaba un intenso olor a clorofila. Los disciplinados campos de maíz crecían de día en día, como enormes tablas verdes alzadas de la tierra. Los pastos ya estaban altos, propicios para la recogida, pero las segadoras y empacadoras no podrían trabajar hasta que no llegaran los tres días de tiempo seco que necesitaba la hierba para

convertirse en heno. Desde los lados de la carretera, de cuando en cuando le llegaban los mugidos infantiles de terneros gordezuelos que llamaban a sus madres. Tras una alambrada admiró el perfecto galope de dos potros jóvenes que se perseguían jugando, pero, en otra casa de labor, un caballo apersogado, con cuerda larga, levantó la cabeza del pasto para lanzarle una mirada noble, con una expresión de envidia porque podía correr suelto y libre, con la brisa. Sus quijadas dejaron de masticar y la garganta lanzó un relincho pidiéndole que lo llevara con él.

Una hora después, al llegar al puente del Jinete, dejó la bicicleta en la cuneta y se internó en una chopera para orinar con discreción. Una pareja de perdices explotó junto a sus pies, asustadas, antes de desaparecer con un ruido de motores gripados, haciendo acrobacias aéreas entre los larguiruchos chopos, cuyas yemas ya se desenroscaban desplegando las hojas tiernas, casi transparentes, de un verde feliz, festivo, muy claro. La primavera había aflojado los torniquetes de los troncos y la savia corría árboles arriba inundándolos de sangre.

Caminó hasta la orilla del río entre la vegetación que le mojaba los pies y le llegaba a las rodillas. El campo cubierto de hierba, la hierba cubierta de flores, las flores cubiertas de aromas. Mientras comía una barrita energética, observó las aguas del Lebrón que bajaban tumultuosas, jaspeadas por el sol, arrastrando el polvo de dos años de sequía. Toda la naturaleza estallaba de entusiasmo, desbordada de hormonas. Cantaba contento el ranerío, que, al notar que se acercaba, calló de pronto. En los troncos podridos de los árboles muertos comenzaban a eclosionar los huevos de un millón de insectos. Aumentaba la estatura de las mariposas, que libaban en las tabernas de las flores y casi se veía cómo engordaban, dando la impresión de que, si seguían atiborrándose de polen, luego no

podrían salir del cáliz. El aire estaba lleno de caramelos y las golosas abejas, volando con los hombros cargados hacia sus colmenas, lloraban de felicidad. Las cigüeñas se cebaban con lombrices, ranas y lagartos, y luego crotoraban desde las altas torretas que evacuaban la energía eléctrica de las renovables. Las serpientes mudaban de piel y era fácil encontrar sus camisas en medio del campo.

Mientras masticaba la barrita de cereales y miraba todo aquello, la flora y la fauna, las orillas, las aguas, el puente del Jinete, que levantaba las cejas también él asombrado del aumento del caudal, le sonó el teléfono en el bolsillo del maillot. Aunque era un número desconocido, pulsó la pestaña verde y oyó una voz femenina que tanteaba, con cautela, pero al mismo tiempo con suficiencia, segura de no ser rechazada:

—¿Ricardo Cupido, detective?

Al llegar de vuelta a casa, ayudado por la brisa amistosa que le empujaba la espalda, vio que Sami lo esperaba en la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Venía a traerte un pequeño detalle. He llamado a tu casa, pero tu mujer me ha dicho que no estabas y entonces he decidido esperarte.

—¿Por qué no has subido?

Sami hizo un gesto vago con el brazo.

—He traído un regalo —sonrió y, tras los labios, asomó el desorden de los dientes. Sacó del bolsillo de la cazadora de cuero un pequeño paquete envuelto en papel brillante con un dibujo de arabescos—. Es para tus hijos.

—Gracias, no tenías por qué hacerlo.

Cupido apoyó la bicicleta en la puerta del garaje, desenvolvió el paquete y abrió una cajita de madera labrada con taracea. En su interior había dos preciosos colgantes de plata con los nombres de Raúl y Laura en letra sabana. El detective recordó el colgante con el nombre de Jamal en aquel asunto de los huesos unos meses antes, en Navidad.

El agradecimiento era de sustancia volátil, con una irremediable tendencia a la evaporación, y Cupido lo valoraba tanto más cuanto más lejano quedaba el motivo, de modo que procuró mantener el pleno significado de la palabra cuando repitió:

—Muchas gracias.

—Los encargué a un buen joyero de Túnez. Nuestro amigo, tu ayudante, me dijo los nombres, Raúl y Laura —sonrió de nuevo, evocando la complicidad del Alkalino—. Me los han traído ahora.

—Muchas gracias.

—Que disfrutes mucho con tus hijos —dijo antes de alejarse por la calle.

En casa, Coro acababa de marcharse después del paseo de los gemelos. Senda les cortaba las uñas con unas tijeras de punta redondeada, porque Raúl se había arañado la mejilla en algún movimiento involuntario. Después de su maternal manicura, comprobó que habían quedado bien y les besó las diminutas falanges. Cupido le enseñó el regalo de Sami, que le gustó mucho, y guardó los colgantes en el mismo lugar que sus joyas.

Cupido salió de la ducha y le contó:

—Acaban de llamarme por teléfono de parte de tu jefe.

—¿De mi jefe? ¿De Ramiro Quintana?

—Sí.

La imagen del cuerpo de la ingeniera asesinada colgando en la góndola de uno de los aerogeneradores se le apareció con una nitidez perturbadora.

—¿Y qué quiere de ti? —preguntó interesada, aunque normalmente prefería mantenerse al margen de su trabajo como detective, siempre tan confidencial.

—No sé los detalles, pero quieren que busque a una chica de aquí, de Breda, que aparece en un vídeo erótico con uno de sus futbolistas. Quieren que vaya a Madrid para hablar del trabajo.

Poco después llamaron a la puerta. Era el Alkalino y también traía en las manos un regalo.

—Pasa.

—Un detalle para los gemelos.

—No tenías por qué hacerlo —dijo Cupido, que sabía que cualquier gasto extra aumentaba la austeridad en que vivía y de la que nunca se quejaba, a pesar de la baja cuantía de su pensión.

Senda desenvolvió el paquete y abrió la caja: era un móvil de viento con simpáticas figuras de animales.

—Es muy bonito. Quedará muy bien en su habitación.

Cupido sonrió para sí. Sin saber cómo, la casa se había llenado en tres meses de una zoología —estética Disney— de peluches, juguetes, ropas, estampados con figuras de gatos, perros, osos, mariposas, jirafas de pestañas larguísimas con cara de ser felices y buenas personas. Y había también una serie B de frutas y verduras sonrientes: tomates, zanahorias, peras, fresas, racimos de uvas, manzanas sin gusano, y un arcoíris *tutti frutti* de utensilios y complementos. Los ruidos de los juguetes, los balbuceos de los gemelos, los llantos, las canciones infantiles y las nanas antes de

dormir se habían convertido en la nueva banda sonora de la casa. Y en todas las habitaciones habían aparecido cosas: la bañera plegable en el cuarto de baño, las cunas en el dormitorio, el ancho carro doble en el vestíbulo, el parque, los balancines, dos andadores que les habían regalado prematuramente, dos tronas en el salón...

—Para colgar del techo —explicó torpemente el Alkalino. Y se dirigió a Cupido—: Tú eres alto, no necesitarás escaleras.

—¿Quieres un café? —le ofreció Senda.

—Si lo tomáis vosotros.

—Íbamos a tomarlo —dijo Cupido. Se acercó a él con Laura, que había acabado su biberón—. Toma, cógela un momento.

—No sé... —El Alkalino retrocedió un paso con una expresión de susto en el curtido rostro de madera tostada—. No tengo ninguna práctica.

—No necesitas práctica, solo necesitas tener cuidado. Basta con que no la dejes caer. Nos dice la pediatra que a los bebés hay que abrazarlos para que de mayores no tengan miedo a que alguien los abrace.

El Alkalino la cogió con gesto torpe y rígido, por miedo a que se le cayera, o la cabeza se le fuera para atrás, o comenzara a llorar, pero la bebé no extrañó sus brazos ni su olor y después de unos segundos emitió un gorjeo de satisfacción. Se quedó observándola y dijo:

—Se parece a Senda.

—La selección de la especie —sonrió Cupido—. ¿Ves qué fácil es? Además, le has caído bien.

—Creo que sí —asintió el Alkalino, sorprendido él mismo de no sentirse incómodo en medio del olor a bebé, a talco y a leche de crianza, del calor mamífero de la casa, de los gemidos y expresiones de mimos—. Si fuera una gatita, diría que está ronroneando.

Y era cierto, pensó Cupido mientras traía el café de la cocina, Laura siempre estaba contenta, comía y dormía bien y cualquier intervención de un adulto le producía un espontáneo regocijo, no extrañaba a nadie y no temía que los desconocidos la cogieran, la besaran, le hablaran o le sonrieran. Había aprendido a mamar desde el primer momento en que el pezón le acarició los labios. A Raúl, en cambio, le había costado más tiempo aceptarlo, y cuando por fin lo hizo, apretaba ansioso con las encías hasta hacerle daño a Senda y se retiraba a los pocos minutos, cuando aún no podía estar saciado, o bien se quedaba aferrado a él tanto tiempo que a veces a Senda el pezón se le adormecía. Tardaba mucho en agotar los biberones o los dejaba a medias y ellos comprobaban con preocupación que después de mucho rato apenas había bajado la leche unos centímetros. A menudo estaba inquieto y no aceptaba fácilmente las novedades.

Ahora, en los brazos de Senda, rechazó el biberón sin terminarlo, hizo un amago de llanto que ella calmó acunándolo unos minutos en su hombro. En esa postura se le veía, como también a Laura, la parte posterior de la cabeza levemente tonsurada debido al roce al dormir de espaldas, por el miedo a la muerte súbita. Al ver que se quedaba tranquilo, Senda dijo:

—Es la hora de que estos dos vayan a su moisés.

Tomando café, Cupido le preguntó al Alkalino.

—¿Te acuerdas de Ramiro Quintana?

—Claro que me acuerdo. El Rey de los Vientos.

—Ha vuelto a llamarme.

—¿El King te ha llamado? —se sorprendió—. ¿Después de que le reventaras el plan en todo aquel asunto de Mistralia y la muerte de la ingeniera? Finalmente se fue de rositas.

—Eso ya no era mi trabajo. Yo me limito a investigar, no a impartir justicia.

—Lo sé, lo sé, y eso te honra. Desde luego, no serías el mismo si salieras a la calle armado con un Colt 45.

—No tiene mérito, solo es comodidad —dijo Cupido, aunque agradecía su comentario, porque sabía que todo elogio que salía de su boca había pasado antes por su corazón.

—¿Y para qué te quieren ahora?

—Ha desaparecido una chica de Breda que vive en Madrid y quieren que la busque.

—¿Una chica de aquí?

—Sí.

—¡Uffffff! Cada vez que oigo que una chica ha desaparecido me tiemblan las piernas. ¿Cómo se llama?

—Gwendolyne Barnes. La llaman Wendy.

—¿Gwendolyne Barnes? No me suena.

—Cuando te dé más datos, podrás preguntar por ahí.

—¡Claro que lo haré? ¿Y por qué la buscan?

—El lunes iré a Madrid y sabré los detalles. Se trata de algo relacionado con la grabación de un vídeo erótico con un futbolista del equipo del King... Aunque en principio no me parece un motivo tan grave para darle tanta importancia.

—No es por el erotismo, porque el porno ya está en todas partes, al alcance de cualquiera de más de cinco años que sepa apretar una tecla. El escándalo será porque afecta a un futbolista famoso —supuso el Alkalino—. ¿Y vas a aceptar el trabajo?

—No lo sé. Depende de lo que quieran. Si no trabajo en esto, no sabría ganarme la vida de otra manera. No sirvo para otra cosa.

Recogieron las tazas y, cuando se marchó el Alkalino, Cupido se sentó en la alfombra a ver las noticias de la tele mientras

descansaban los gemelos, cada uno en su moisés, a la espera del baño. Sus días, antes llenos de sospechosos, ahora estaban llenos de niños.

Los gemelos eran el resultado de los años compartidos con Senda. No era la primera mujer especial que había pasado ante él, pero entonces él había estado mirando hacia otros sitios y no había sabido verlas. En cualquier caso, nunca antes había mantenido una relación tan intensa y duradera y su amor por ella había aumentado con el tiempo. El amor siempre era complicado, siempre era problemático, tanto en la convivencia como en la soledad, pero le seguía sorprendiendo lo grato que resultaba junto a ella, lo acordes que funcionaban sus metabolismos amorosos y lo fácil que les había resultado llegar hasta allí. Valoraba la claridad que emitía, cuando, en su oficio y en el mundo, había tanta gente que generaba tinieblas. Era fácil vivir con ella, hablar con ella sin que se les agotaran los temas de conversación, aunque ahora sus hijos se habían convertido en el asunto central. No conocían el tedio: después de aquellos años juntos quizá sentían menos pasión, pero no menos placer ni menos paz. No estaban todo el día diciéndose «Te quiero», pero tampoco era necesario, los dos lo sabían. Seguía siendo feliz al oír su respiración en la noche, a su lado, en la almohada, la cabeza junto a su hombro y la palma de la mano en su corazón. La estabilidad tal vez fuera un cálido invernadero, pero también en los invernaderos —se decía— se cultivan las más hermosas orquídeas, no siempre era necesario subir a las altas montañas para contemplarlas.

Conocía de Senda los más mínimos detalles, el color, el sabor y las diferentes texturas de su piel en según qué parte del cuerpo, el calibre del vello de su pubis o el sabor de sus pechos, la elasticidad de su cintura, la suavidad con que su lengua aleteaba entre sus

labios o se posaba en la suya, la vena que latía en la parte izquierda de su cuello y que él buscaba con los labios hasta encontrarla en la oscuridad y besarla una y otra vez como si besara su sangre, las tibias copas que formaban sus clavículas cuando alzaba los hombros, la manera como se deformaba su pecho cuando iban caminando y ella se cogía de su brazo, la fragilidad de la membrana que unía los dedos de sus manos y la perfección de sus pies, que habían aumentado medio número en el calzado después del embarazo. La atención con que llevaba por las aceras el carrito doble de los gemelos para evitar los baches o para no chocar con una farola o con el espejo retrovisor de un coche mal aparcado.

Su felicidad con ella no era sino una parte más de su estado general de bienestar. Estaba en una buena época, había encontrado una paz que antes no imaginaba tan satisfactoria, tan grata, tan placentera, no la indiferencia resignada, mediocre y recelosa, se decía, a la que llegaban los viejos detectives cuando ya no creían en nada ni esperaban nada del mundo. Durante muchos años había vivido solo sin que la soledad le resultara insoportable, aunque habría terminado por convertirlo, si no en un amargado, sí en un taciturno. Pero Senda representaba para él un regalo inmerecido que recibía con los brazos abiertos. Había traído a su vida luz y calma, cuando a menudo se habían acercado a él mujeres convencidas de que lo que un detective espera y necesita es agitación y sombras, intrigas y tensiones, como si no tuviera suficiente de todo eso ya con su trabajo. Atrás quedaban las aventuras con mujeres adorables que conocía cuando llegaba a un lugar y que acababan cuando se marchaba. Senda, en cambio, le regalaba un amor que él, agradecido, se esforzaba en devolver.

Se sentía bien de salud, de ánimos, en un entorno agradable, mientras reconocía, perplejo, que había hecho muy poco para

merecerlo, porque había días en que era un idiota insoportable, un individualista que recibía de la vida más de lo que daba. La de detective no era precisamente una profesión al servicio de la sociedad. Con el tiempo había cambiado de opinión y ya no le parecía tan ingrata. Había visto más de lo que le hubiera gustado ver y había oído cosas que hubiera preferido no oír y que no dejaban en muy buen lugar a la raza humana, pero no podía decir que le disgustara su trabajo, que había comenzado para hacer un favor a un amigo y que luego se había convertido en un oficio y finalmente en una vocación. Podía ser triste, deprimente, fatigoso y hasta arriesgado en algunos momentos, pero nunca era monótono. Al fin y al cabo, la decisión de matar era uno de los temas más apasionantes a los que enfrentarse. En una ocasión en que alguien le preguntó con retintín: «¿Nunca has pensado en cambiar de trabajo?», respondió: «No he encontrado ninguno más decente».

En su desempeño había visto algunos horrores y había chocado con la maldad, pero había procurado no contaminarse con ella. No olvidaba un comentario del Alkalino: «Es un oficio que te entrena para no creer en nada ni en nadie y, sin embargo, tú sigues confiando en la gente».

Profesionalmente, vivía satisfecho con su discreto prestigio, que no se basaba en el número de mamporros que había soltado ni en las peleas ganadas en los callejones, sino en haber resuelto algunos misterios, en haber calmado el agudo dolor de algunos acusados, en haber sacado de apuros a más de un pobre ingenuo que creía que cuando se es inocente no se tiene nada que temer. En haber aclarado un puñado de crímenes que tranquilizaron a sospechosos sin culpa, aunque a veces también esperaban un consuelo que no pudo ofrecer. Había vivido un buen puñado de historias, pero no se las contaba a nadie por miedo a estropearlas, nunca había sido un

buen narrador de sus investigaciones. Si hubiera comenzado a contar un relato donde él aparecía como protagonista, a los dos minutos sus interlocutores habrían dejado de escucharlo.

Cuando miraba hacia atrás, del mismo modo que en ocasiones se había equivocado, podía decir que nunca había hecho trampas. No había sido un héroe, pero tampoco había retrocedido ante un peligro cuando había que asumir riesgos y tener mano firme. En sus investigaciones siempre había procurado estar al lado de las víctimas y terminaba por ingresar en su bando, sin importarle que alguien fuera blanco o negro, gordo o flaco, alto o bajo, guapo o feo, joven o viejo, hombre o mujer, rico o pobre. No consideraba que la bondad o la maldad tuvieran una relación automática con la economía. Le daba igual que un rostro tuviera labios hinchados y pómulos oscuros como castañas, párpados finos o con el pliegue del epicanto. Investigaba caso a caso, no creía que ninguna de esas características otorgara o dejara de otorgar una superioridad moral a nadie, y desconfiaba de las personas que presumían de que todos sus actos se basaban en el bien y todos los actos de sus adversarios en la perversidad. Lo único que pedía era la ausencia de malos modos, conflictos o agresiones. Y esa era la brújula que guiaba su vida.

Senda y él no tenían demasiada vida social, pero no la echaban de menos. Estaban construyendo su propio mundo familiar y no sustituían sus emociones como pareja con los rituales colectivos ni con los fetiches de la actualidad. Ninguno de los dos creía que por el simple hecho de conocer a mucha gente su vida resultara más interesante. Por otro lado, la profesión de detective no era la más idónea para recibir ofertas de amistad, al fin y al cabo era un oficio que se sustentaba sobre la existencia del odio y medraba tanto más

cuanto mayor era el índice de delitos y misterios, cuanto más alta la acumulación del daño.

Senda se había reincorporado al trabajo en la planta eólica de Mistralia al agotar los meses de baja que, por precaución, había pedido antes y después del parto: ya no era tan joven y un embarazo gemelar aumentaba los riesgos. En aquel estado no era conveniente subir a un generador ni soportar las largas jornadas de parada para la revisión general.

Ya iba a diario al trabajo, porque Mistralia se estaba ampliando en una segunda fase con la instalación de nuevos aerogeneradores, más altos, más modernos, con mayor producción. Muy valorada en su empresa, a menudo se la requería tanto para trabajos de campo como para inspeccionar o revisar la instalación de otras plantas eólicas, lo que la obligaba a viajar, y entonces, al margen de la impagable ayuda de Coro, era Cupido quien se encargaba de los gemelos, de biberones y pañales, de llevarlos a vacunar. Si alguien pudiera atravesar con la vista las paredes, ahora lo verían cocinando con más frecuencia. Todo aquello podía ser muy estresante si se tenían otras mil tareas que hacer, pero durante las últimas semanas del embarazo y tras el parto él no había aceptado ningún trabajo que le exigiera horarios intensos y agotadores o viajes largos y ausencias de la casa. De modo que aquellas rutinas le resultaban gratas.

Ahora tenía que ir de nuevo a Madrid para un trabajo sobre una chica desaparecida y, al despedirlo, Senda lo abrazó y le dijo:

—Te echaremos de menos. Los tres te echaremos de menos. Encuéntrala pronto y no tardes en volver a casa con nosotros.

8

Gamma

El partido contra el Sevilla se juega a las cuatro de la tarde y todos en el Iberia CF saben que si ganan distanciarán a sus inmediatos seguidores, el Real Madrid, el Barcelona y el Villarreal. A estas alturas de la temporada, una victoria sería un paso importante para conseguir el título. El Iberia dependería de sí mismo para proclamarse campeón de Liga.

Será un partido difícil en Nervión. El Sevilla FC ya no es lo que era hace unos años, pero mantiene el espíritu aguerrido y el orgullo heredado de los pasados triunfos en Europa de la mano de Unai Emery y de Julen Lopetegui. En el fondo, hasta los béticos se alegrarían de un triunfo que prestigiaría a toda la ciudad.

Terminada la charla técnica, Van Gogh, el entrenador holandés, los arenga:

—No hay ni un solo futbolista en el mundo que no sueñe con dos cosas: la primera, con jugar en el Iberia. La segunda, si no juega en el Iberia, con ganarnos por no haber querido ficharlo. Así que vais a demostrar que vosotros merecéis estar aquí antes que todos ellos.

En el túnel se nota la tensión entre los dos equipos. Solo se saludan los capitanes. Unas semanas atrás el Iberia ha eliminado al Sevilla de la Copa del Rey después de un polémico penalti y la derrota ha dolido en un club que necesitaba aquella competición para cuadrar el presupuesto y para compensar a su decepcionada

afición por su deprimente trayectoria en la Liga. Pero la rivalidad viene de enfrentamientos anteriores, donde no faltaron las palabras fuertes y las entradas duras, las provocaciones, el teatro para engañar al árbitro, las triquiñuelas para perder tiempo: los cordones desatados de una bota, los calambres en los gemelos, los dos balones lanzados al césped, los piscineros a pesar de la vigilancia del VAR, que ha desterrado el teatro... Y eso dentro del campo, porque fuera también han sufrido la presión de sus aficionados: los escupitajos, los cánticos, los botes de orina y hasta las piedras contra el autobús de los futbolistas.

Salen túnel arriba y Gamma, como siempre, fiel a la superstición, pisa el césped con el pie derecho. En todo el estadio retumba la contagiosa música de El Arrebato, cantada a coro por los espectadores:

Y Sevilla, Sevilla, Sevilla,
sevillista seré hasta la muerte...

Saca el Sevilla y, cuando pierden el balón después de una posesión larga, su defensa central le hace a Gamma una entrada muy dura, con los tacos a la altura de la tibia. El árbitro toma la peor decisión: no saca tarjeta desde el comienzo por miedo a que el partido se le vaya de las manos y, en consecuencia, el partido se le empieza a ir de las manos por no sacar tarjeta.

En el minuto dieciséis, Gamma responde con un codazo claramente intencionado en la cara del defensa que lo hostiga con pequeñas patadas al tobillo mientras protege de espaldas el balón. El defensa se arroja al suelo como si le hubiera arrancado la mandíbula, un compañero suyo empuja a Gamma y se forma una tangana con futbolistas de uno y otro equipo. El árbitro le muestra a

Gamma la tarjeta amarilla ante el rugido de todo el campo, que exige su expulsión.

—El rompepiernas ese ya me había pateado diez veces y tú no lo has amonestado —le protesta.

—El árbitro soy yo. Y si no puedo evitar que cometáis faltas, sí voy a evitar cualquier pelea.

—¿Estás loco o qué? —le reprocha Mendo, el capitán del Iberia, a Gamma apartándolo del árbitro—. ¿Qué quieres, que te expulse ya mismo y nos quedemos con diez?

—Vale, vale, vale.

—Deja la agresividad para otro momento.

—Vale.

—Y tranquilízate, porque los últimos días estás de los nervios.

El silbato del árbitro acaba con la disputa, pero Gamma es consciente de que Mendo tiene razón y de que no hay excusa para aquel codazo que bien pudiera haberlo enviado al vestuario. Está muy nervioso, distraído, no se le van de la cabeza las imágenes del vídeo y le aterroriza su posible difusión. Imagina los cánticos que ahora resonarían en las gradas.

Ya había grabado otras veces a algunas de las chicas que se acercan a él como mariposillas deslumbradas por el fulgor de los deportistas, más vivo que el de las estrellas del cine o de la música, pero nunca los vídeos habían salido de su teléfono. Le gustaba verse en esas imágenes, presumía ante sus amigos, que se reían y lo aplaudían. Cuando se aburría de verlas, las borraba, convencido de que el mundo es un serrallo y de que aparecerían nuevas candidatas. Pero ahora esa chica, de la que no recordaría el nombre si Jimena no se lo hubiera repetido, lo ha metido en un buen lío. ¿Cuándo se lo copió? Lo ha pensado muchas veces y solo encuentra una posibilidad: cuando dejó el móvil en la mesilla y fue al baño a

quitarse el preservativo y a lavarse. Esos dos o tres minutos fueron suficientes. Una chica lista y muy hábil. ¿Cómo va a arreglar Jimena el problema? Le ha pedido que confíe en ella, pero no está seguro de que sepan resolverlo. Quizá debería tomar él la iniciativa.

De pronto ve venir hacia él el balón, rechazado por el larguero de la portería tras un remate de Mendo. El portero está en el suelo y solo tiene que cabecear a puerta vacía, pero, distraído, salta tarde y envía fuera la pelota. De rodillas en el césped, ve por el rabillo del ojo cómo el capitán abre los brazos en un gesto de decepción, cómo suena en las gradas un murmullo de disgusto y cómo, en la banda, Van Gogh da la espalda al césped y vuelve al banquillo con el andar enérgico que muestra cuando está enfadado.

En la siguiente jugada vuelve a recibir un empujón ligero de un defensa, se tira al suelo y el árbitro pita falta. El defensa se agacha hacia él y le susurra:

—Levántate, nenaza.

—Que te den por culo, hijo de puta —responde Gamma.

El árbitro lo oye y no lo duda: le muestra la segunda tarjeta amarilla, que supone su expulsión... y faltan cincuenta minutos para terminar el partido, que sigue empate a cero.

Cuando llega a la banda, Van Gogh, con gesto serio, le pregunta con la mano delante de los labios:

—¿Qué has hecho?

—Ese no ha salido a jugar al fútbol, ha salido a la caza de mis tobillos.

—Ya. Y tú les has hecho un favor. Ahora te caerá al menos un partido. ¡A la ducha! Y no quiero verte asomar por el banquillo.

Se ducha y espera a que el equipo vuelva al campo tras el descanso. Comprueba que está solo en el vestuario y solo entonces llama a Roque, que descuelga al primer timbrazo.

—¿Roque?

—¡Ganman! Estoy viendo el partido. ¿Qué has hecho, compa? Te dejaste provocar y lo bajaste de un codazo demasiado evidente. Eso no se hace así, hay que disimularlo.

Al fondo se oye el ruido de la transmisión del encuentro.

—El puto árbitro está comprado.

—Pues te han chingado bien. Y vas a tener que aguantar la grilla de la prensa.

—Lo sé.

—¿Qué te pasa, güey? —adivina.

—Problemas.

Al otro lado, Roque se queda en silencio unos segundos y Gamma oye cómo baja el volumen del televisor.

—¿Quieres que platiquemos?

—Sí.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que lo asustemos?

—No, no me refiero al partido de hoy. Se trata de otro asunto. Un asunto personal.

—¿Chungo?

—Muy chungo.

El estallido del público, los gritos y los silbidos del campo llegan hasta el vestuario.

—¿Qué suena? —pregunta Gamma.

—El Sevilla, que acaba de marcar. Con uno más, os están pasando por encima.

—¡Mierda!

—¿Dónde estás?

—En el vestuario. Pero estoy solo.

—Si quieres, platicamos mañana —le propone Roque, porque no se fía del teléfono.

—Sí.

—¿Cuándo y dónde?

—Donde la otra vez. Te llamo para fijar la hora.

—Allí me tienes.

Cuelga y enciende el televisor del vestuario. El Sevilla ha marcado un gol y, por la expresión de Van Gogh en la banda, Gamma sabe que le va a caer una buena, en el vestuario y en la prensa. Hasta los propios compañeros le harán notar su enfado.

Finalmente, el Sevilla gana 2-0 y, en el rápido viaje de vuelta en avión, Van Gogh no le dice ni una sola palabra, pero el silencio es peor que una reprimenda.

Los conductores los están esperando en el aeropuerto, de modo que son las nueve y media cuando llega a casa. Adriana, tumbada en el lujoso sofá capitoné que trajeron de Londres, habla por teléfono con sus padres, en Brasil, pero cuelga al verlo llegar, se levanta y lo besa:

—He visto el partido, cari. Y hubiera matado al árbitro. ¿Cómo es posible que amoneste a quien recibe las faltas?

A Gamma no le apetece dar explicaciones que, por otro lado, Adriana casi nunca escucha.

—¿Habéis cenado?

—No. Te estábamos esperando.

—Tengo hambre.

Thiago baja de su cuarto y Gamma le da un beso y un abrazo largo. Le pregunta distraídamente por el colegio, por las clases de inglés y, con mayor atención, por el resultado en su partido de la liga infantil. Thiago le cuenta algo que no memoriza, distraído con la expulsión, el enfado del míster y la cita con Roque al día siguiente.

Cuando terminan de cenar, va al estudio, enciende el ordenador, teclea su nombre y selecciona las entradas de las últimas

veinticuatro horas. Por fortuna no hay ninguna referencia al vídeo y respira aliviado. Pero toda la prensa, incluso la más afín al Iberia, critica su desastrosa actuación durante el partido. Entre las imágenes aparecen algunos memes y se repite en varios vídeos el cántico que la grada del Sevilla le ha dedicado, a raíz de una de las sonoras intervenciones de Adriana en *La Revuelta,* donde ha respondido en detalle a las preguntas de Broncano:

¡Adriana, Adriana, Adriana,
cuanto más te veo, más ganas!

Oye cómo Adriana sargentea en la cocina con la cocinera y el mayordomo disponiendo las tareas del día siguiente y poco después oye que lo llama:

—¿No vienes un rato conmigo?

Se asegura de haber apagado el ordenador, le da un beso a Thiago, que ya está en la cama, y baja al salón. Adriana está muy amable y comienza a contarle su día, sus compras, sus llamadas de teléfono, el aumento de seguidores en sus redes sociales. Y al final dice:

—Mis padres quieren venir a visitarnos. Hace tiempo que no ven a su nieto.

—¿Cuándo?

—Dentro de dos semanas, coincidiendo con el partido de Champions. Estarían aquí diez o doce días. Ya sabes cuánto les gusta Madrid.

Gamma contiene un gesto de disgusto, porque no le apetece nada la visita de sus suegros, pero lo último que necesita ahora es una discusión con Adriana. Renato Beleza siempre se empeña en contarle batallitas de su época de jugador y en darle consejos sobre el juego. Da por hecho que tendrá una entrada en el palco del

estadio, querrá ser presentado a todo el mundo y hasta pretenderá asistir a los entrenamientos. Su suegra, en cambio, una mujer siempre hiperperfumada y con un maquillaje enloquecido, con más pintura en el rostro que un museo, con la piel bien encremada, saturada de potingues hialurónicos e hidratantes, las pestañas encharcadas en rímel y los labios hinchados por el bótox, bruñidos de carmín, porque odia que sean más claros que el color de su piel, como esos coloridos pájaros tropicales cuyo pico es más grande que su cabeza, prefiere recorrer las mejores tiendas de Madrid para renovar su vestuario, como para compensar las carencias de su vida anterior en la favela. De paso, Adriana también suele llevarla a su clínica estética de confianza, donde ya ha sido retocada de oreja a oreja y desde la coronilla al esternón, desde el esternón a la coronilla, donde la limpian, la depilan, la maquillan a destajo, le tiñen el pelo a borbotones, le injertan y le inyectan sin piedad todo tipo de tratamientos, porque no soporta en su cuerpo la menor excrecencia, ni un pelito en la oreja, ni una mota en los dientes, ni la más mínima verruga en la piel, aunque ya no pueda ocultar que se trata de una piel manoseada, de una piel que se ha arrugado y se ha vuelto a planchar. En Brasil, dice, no tiene ninguna certeza de que mantendrán la confidencialidad. Una cuarta parte de su cuerpo ha sido recauchutado, y en una ocasión su padre comentó bromeando que, si por un hechizo la restituyeran a su estado natural, él sería incapaz de reconocerla.

—Mejor que vengan dentro de un mes —le propone—. Hay convocatoria de la selección y estaré cinco días fuera. Así no te quedarás sola y te harán compañía.

—Hablaré con ellos, a ver si pueden en esas fechas —se resigna aparentemente—. Otra cosa, cari.

—Sí.

—Hay que transferir dinero a la cuenta de la casa.

—Coge lo que necesites —dice. Adriana es insaciable, un pozo sin fondo, pero necesita tenerla de su lado, por si se produce alguna novedad con el vídeo. La conoce bien, teme las explosivas peleas que monta cuando se enfada y su inclinación a exhibir en la prensa y en las redes sociales información personal que utiliza como arma.

Es tarde, pero no tiene sueño e intentan ver una película de Netflix. Sin embargo, se pierden con la intriga y ponen un capítulo de *Travessia*. Al terminar, suben al dormitorio y Adriana le pregunta:

—¿Sigues nervioso por el partido?

—No, ¿por qué lo dices?

—No has escuchado a Thiago. Te ha preguntado en inglés y tú le has respondido en portugués.

—No me he dado cuenta.

—Anda, túmbate, que te daré un masajito para curarte las patadas que te ha dado ese burro.

Adriana se sube a horcajadas sobre él y comienza a masajearle la espalda, los muslos.

—Me encantan tus piernas de futbolista —susurra mientras se oye el levísimo frufrú de la seda al quitarse el camisón.

—A mí me encantas tú.

Adriana le mordisquea la nuca rapada en degradado y le susurra al oído:

—¿Más que todas esas admiradoras que te escriben?

Gamma se pone tenso durante un segundo. ¿A qué viene esa pregunta? ¿Acaso sabe algo?

—Más, mucho más.

—¿Y más que todas tus novias anteriores?

—Más, mucho más.

Adriana le ayuda a darse la vuelta para que la mire. Nota en el rostro la caricia de su perfumada cabellera.

—¿Y nunca más vas a mirar a ninguna otra chica?

—Nunca.

—¿Nunca, nunca?

—Nunca.

—Ahora no te muevas, que estarás cansado del partido. Déjame a mí.

De Adriana le encantan sus alocados labios, el espontáneo descaro que despliega con una aparente apatía, la intuición con que se anticipa a sus deseos, sus invisibles atractivos, no menos seductores que sus atractivos manifiestos. Si el sexo le genera a veces inquietudes y conflictos, Adriana tiene un talento especial para calmar su inquietud y hacerle olvidar sus conflictos con el sexo.

9

Pepper

Al día siguiente, por orden del King, Jimena le ha preparado una entrevista con un detective contratado para buscar a Wendy y resolver el problema del vídeo. Como le ha dejado decidir el lugar y la hora de la cita, Gamma ha elegido el hotel Roma, donde ya lo conocen y le aseguran una absoluta discreción. Además, los camareros tienen prohibido pedir autógrafos. Se ha citado con él a las cuatro y media, después del gimnasio, el fisio y la charla de la mañana.

Sin embargo, no tiene mucha confianza en la iniciativa de Jimena y va a seguir su propio camino. Y ha quedado dos horas antes con Roque para comer en un reservado del propio hotel. Tienen tiempo, porque no quiere prisas al contarle el problema, ahora que todo se le está poniendo en contra. En casa no lo esperarán: le ha dicho a Adriana que los capitanes comen con el entrenador para tratar de la complicada situación del equipo. Adriana no sospecha nada. La imagina enfrascada en sus redes sociales, discutiendo con los empleados, acordando citas con su peluquero, con el camboyano de las uñas, con clínicas estéticas o con su hechicera particular... O de compras.

A las dos entra en la cafetería del hotel, mira alrededor buscando a Roque y nota una mano en el hombro.

—¡Hermano, qué onda! —Roque le da un abrazo.

—No te había visto —dice Gamma.

—Yo a ti sí. —Sonríe su amigo, fornido, seguro de sí mismo. Lleva una camiseta negra con una leyenda impresa en grandes letras de color rojo, PEPPER, que no se deforman al ir ceñida sobre su poderoso tórax, sobre sus hombros de remero, sobre el sólido fuselaje donde se engarzan las fuertes piernas. Al sonreír se aprecia mejor la cicatriz del ojo izquierdo.

A sus espaldas ve al ayudante que suele acompañarlo, un tipo muy delgado, con las articulaciones saltonas, llenas de engranajes, con más piel que carne, con menos piel que huesos, que parecen unidos con tornillos, como las figuras articuladas de papel que componen los niños. Debe de haber sufrido alguna enfermedad que le paraliza la expresión, porque ni siquiera parpadea al hacer un saludo con la mano. Permanece tan inmóvil, sin hacer un solo gesto, que su rostro de mejillas huecas y espolvoreadas de espinillas parece una máscara. Duro, espinoso, a Gamma le parece un cactus envuelto en ropas negras de loneta.

—¿Quieres tomar algo?

—Tienes un reservado, ¿no?

—Sí. Estaremos solos.

—Pues mejor vamos dentro. —Roque se vuelve hacia su ayudante y le dice—: Vete a dar un paseo, Araña.

—¿Araña? —le pregunta Gamma cuando se aleja el ayudante desnalgado, vertebrado, tan espinoso como una zarza.

—A él le gustaría más que lo llamaran Spiderman. —Roque suelta una carcajada y se le ven los empastes metálicos de la dentadura—. Hay quien admira a las moscas y hay quien admira a las arañas. Él es de los segundos.

Mientras avanzan hacia el reservado, percuten sobre el mármol los refuerzos metálicos de los tacones de sus botas camperas, de piel de

avestruz o de serpiente con las suelas más gastadas por la parte exterior.

—¿Por qué ese apodo?

—Porque le gusta camuflarse por los rincones, donde nadie lo oye ni se fija en él.

—¿Para atrapar moscas?

—Y piezas más gordas.

—Veo que no habla mucho.

—No. Y mejor que no lo haga.

—¿Por?

—Sería para dar malas noticias. Además, así nunca discutimos. —Roque se ríe de su propio chiste, con una locuacidad levemente amenazadora, llena de relámpagos.

—¿Qué le has puesto? ¿Un tapón en la garganta?

En el reservado, el chef aparece enseguida con la carta, pero Roque renuncia a leerla, quizá por la dificultad que le provoca el ojo sin vista, inmóvil e inquietante.

—¿Qué tenemos?

Escucha las recomendaciones del chef, deja que Gamma elija los entrantes y un plato de pasta con marisco y entonces pide:

—Para mí, ese solomillo de buey suena bien. Poco hecho, sangrando, y nadando en pimienta. ¡Que muerda en la lengua!

—¿Para beber?

—De entrada, una michelada y un caballito de tequila. En vaso tequilero —precisa.

Gamma pide agua y, cuando se quedan solos, Roque le pregunta:

—¿Qué te pasó ayer en el partido, güey? El cabrón del defensa debió de chingarte bien para que estallaras a los quince minutos. Quería segarte los tobillos.

—Eso es lo que se veía. Luego está lo que no se oía. El pique viene de tiempo atrás.

—¡Qué pendejo! ¿Quieres que le demos una calentadita? Me lo dices y le partimos la madre. Que sepa que con Luiz Felipe da Gamma Leite no se juega. Que si te toca los tobillos, tú le tocas los cojones.

Llaman a la puerta y les traen la bebida y las tapas, anchoas, paté de la casa y unas almejas grandes como castañuelas. Todo parece exquisito y Roque intenta arponear una anchoa con un palillo, pero la carencia de vista en el ojo izquierdo, levemente desalineado, le quita profundidad de campo y no la atrapa hasta el tercer intento.

—¿Estás seguro de que así se solucionan estos problemas? —le pregunta muy serio, intentando resolver sus dudas.

—Lo estoy —dice Roque con no menos seriedad. Recoge con la lengua el aceite de la anchoa que le mancha los labios—. No conozco otra manera.

De joven, Roque jugaba como central en un equipo sinaloense de la Liga de Ascenso, antes de mezclarse en una red de apuestas clandestinas que lo llevó durante un año a la cárcel. Cumplió condena y volvió a la competición en un club de tercera, un poco más lento y mucho más duro, más afilada la capacidad de morder al rival que se acercara por su área, con aquel fútbol aprendido en la calle, lejos de cualquier academia. Cuando de nuevo sonaba su nombre para equipos más grandes, tuvo que dejar el deporte al sufrir un confuso accidente en el que perdió la vista del ojo. Luego se vino a España y hacía algunos trabajos, aunque Gamma ha oído decir que también toca en un mariachi, Los Leones... o Los Tigres de Sinaloa, algo así, que le sirve de pantalla para blanquear sus otras actividades. Le hablaron de él cuando llegó a Madrid, le contaron que era un tipo duro desde su nacimiento, que lo primero que vio la

comadrona fueron sus puños apretados. Se encargaba con discreción de trabajos incómodos, de vengar una ofensa o de cobrar deudas de acreedores de fin de semana que el lunes olvidaban el préstamo, de cosas así. En aquel primer año de Gamma en el filial del Iberia, mientras aprendía el idioma y se adaptaba a los horarios, la alimentación, las costumbres y la filosofía del club, lo contrató para resolver un asunto similar al que ahora ha mencionado. En un partido de copa, un resabiado lateral derecho de un equipo de tercera lo lesionó yendo con la plancha a su rodilla, y cuando harto de recibir patadas le ofrecieron la posibilidad de darle un escarmiento que sirviera de ejemplo para otros defensas, no dijo que no: Roque cobraba honorarios altos, pero el lateral apareció un lunes con un brazo partido. No se atrevió a denunciarlo ante la policía, y cuando alguien le preguntaba, respondía que se había caído por las escaleras de su casa. A Gamma, que hasta entonces había atraído aquel tipo de entradas asesinas por su afición a los caños y por su forma de burlar a los defensas, dejaron de hostigarlo. Le había gustado su determinación y el comentario con que se habían despedido:

—No hay problema en el mundo que no pueda arreglarse con una buena golpiza o, en el peor de los casos, con una fusca.

Luego había vuelto a ver a Roque algunas veces en fiestas de amigos futbolistas, y hasta en una foto en un yate en Ibiza, al fondo, en la sombra, de guardaespaldas, siempre con los puños apretados, pero nunca había hecho la más mínima referencia a aquel asunto del pasado. Gamma estaba seguro de su discreción.

—No, no te he llamado por eso.

Esperan a que se marchen las dos camareras que han traído los entrantes. Roque coge el caballito, se lo empuja de un trago y se limpia los labios con dos lengüetazos.

—Tú dirás, hermano.

Aunque están solos en el reservado, Gamma baja la voz:

—Hay un vídeo donde estoy follando con una tía —comienza, pero le cuesta encontrar las palabras.

—¿Un video?

—Sí. Lo grabé yo mientras estábamos en la cama. No era la primera vez. El día anterior le había metido un *hat trick* al Inter. Los habíamos eliminado de la Champions, yo estaba muy contento y asistí a la fiesta que daba el nuevo patrocinador chino del equipo. Allí estaba ella y..., ya sabes.

—¿Y lo grabaste?

—Sí.

—¿Tienes ahí las imágenes?

—No. Jimena, una ayudante del King que se encarga de estos asuntos, lo ha borrado de mi teléfono. Para evitar más problemas, dijo.

—¿Qué problemas?

—Hay alguien más que tiene el vídeo y me lo han enviado desde otro teléfono, de prepago. No se sabe quién lo ha hecho.

—¡Chale! ¿Y tú qué piensas?

—Al principio pensé que me habían hackeado el móvil, pero ahora creo que fue la chica quien lo copió en un descuido mío, durante un minuto en que fui al baño.

—¿Por qué lo crees?

—Porque Jimena...

—¿Jimena?

—Sí, la ayudante personal del King que se encarga de resolver estos asuntos para que no salgan a la prensa.

—Entiendo.

—Jimena ha hecho analizar mi teléfono y está limpio, nadie ha entrado en él —responde contando con los dedos—. Porque ella fue la única que pudo hacerlo...

—¡Qué hija de la chingada! Es para matarla —bromea.

—Y porque ha desaparecido —dice Gamma y extiende un tercer dedo.

—¿Ha desaparecido? ¿La chica?

—Sí, y nadie la ha visto desde entonces. Tiene el teléfono apagado o fuera de cobertura. Debe de estar utilizando otro.

—¿Cómo lo sabes?

—Jimena no quiere que el vídeo se difunda y la ha buscado sin resultados. Nada, ninguna pista. Ahora han contratado a un detective privado de fuera, del mismo sitio de donde procede Wendy, porque creen que puede haberse escondido allí.

—¿Se llama Wendy?

—Sí. Y el detective quiere hablar conmigo. Órdenes del King. He quedado aquí con él, a las cuatro y media.

—¿Y te han pedido lana a cambio del video?

—No. Pero pueden utilizarlo contra mí. Imagínate si saliera a la luz pública.

—Ya. Los deportistas, que deben ser modelos para la infancia y la juventud, incitando a la gente. Y además, Adriana... —suspira—. ¿Seguro que no te han pedido lana, a ti o al club?

—Seguro. ¿Te extraña?

—Sí. Ellos tienen algo que puede hacerte daño... y tú tienes dólares. Tu tranquilidad a cambio de tu plata.

—Eso se llama chantaje.

—Cada día se producen cientos de casos iguales. Con el celular te cazan desde lejos. ¿Lo sabe la placa?

—No. No lo he denunciado.

—Mejor.

Las camareras llaman a la puerta, entran en el reservado y retiran los platos usados. Cuando se han ido, Roque resume la historia para asegurarse de que tiene toda la información.

—Quieres decir que te han robado unas imágenes que tú mismo grabaste mientras follabas con tu morrita. Y que luego te las han enviado al celular, como una amenaza callada, sin pedirte nada a cambio de no dar grilla.

—Eso es.

—¡Guácala! Huele a chantaje... o a escándalo. Imagino lo enfadado que debe de estar el King. Esto le puede chafar sus planes para dominar el fútbol mundial.

Llaman de nuevo a la puerta y las camareras dejan sobre la mesa los platos de pasta y carne y una pequeña bandeja con tres cazoletas de salsa picante: la verde es soportable, la roja es intensa y les advierten que hay que tomar con precaución la de color negro, que muestra el brillo y la textura de un vertido industrial. Huele tanto a pimienta que Gamma nota un picor en la nariz y tiene que beber agua.

—¿Hay algún mexicano a quien no le guste la pimienta?

—Lo hubo, pero le pegamos un tiro por coyón —responde Roque, y suelta una carcajada mostrando en toda su anchura la dentadura carnívora. Da la sensación de que no le falta ninguna pieza—. Y ahora, menos al azúcar, la añadimos a todas las comidas. ¿Sabes, güey, qué diferencia al hombre de los demás animales?

—Qué.

—Nomás que los animales no comen chile.

Roque empuña el tenedor y el cuchillo de sierra. Sus manos son anchas y duras, se aprecia en ellas la fortaleza de los huesos carpianos. Se sirve a un lado del plato una cucharada heroica de

salsa negra y comienza su ofensiva contra el solomillo: entierra el tenedor en la carne y, al cortarla, unas gotas de sangre se mezclan con la salsa. Reboza el trozo en la pimienta, se lo lleva a la boca y lo mantiene durante unos segundos sin masticar para que el picor se le instale en la lengua, sin mostrar otro efecto de la pungencia que un brillo húmedo en la frente y en los ojos azulencos, en el ojo vivo y en el ojo muerto. Luego, muy despacio, comienza a masticar moviendo la ancha quijada de primate, las mandíbulas nítidamente perfiladas, con un vaivén hidráulico bajo las mejillas que se transmite a los tendones de las sienes. La sólida dentadura agudiza la sensación de estar ante uno de esos perros potencialmente peligrosos, a la que contribuye la cicatriz: el corte en vertical que baja desde la frente al pómulo y que lo ha dejado tuerto. A fuerza de no usar el ojo muerto, la cuenca izquierda se le ha hundido y ha disminuido. La cicatriz, algo más oscura que la piel, también parece amenazar: «Después de haber pasado por esto ya no le tengo miedo a ninguna pelea». Gamma imagina una áspera topografía de más cicatrices escondidas en el resto del cuerpo. Resulta fácil imaginarlo como un enmascarado de lucha libre mexicana retorciéndole un brazo a su adversario hasta oír el crujido de las articulaciones...

—¿No te pica?

—Como avispas en la lengua —responde sin dejar de masticar, y solo traga cuando le ha exprimido todo su picor.

Por un momento se pregunta si no se está equivocando al utilizar un recurso extremo para resolver un problema que en realidad todavía no es problema. Roque es un matón, sí, pero es que necesita a un matón para salir de una jodida vez de aquel embrollo.

—Lo que te estoy contando exige una discreción total, Roque. Confío en ti.

—Discreción total, hermano, discreción total.

—Y discreción también con Adriana.

—Discreción total —repite, con la boca llena de carne y cierta torpeza al pronunciar, quizá con los labios entumecidos por la pimienta—. De ida y vuelta, no hay otra manera para que estos tratos funcionen. Es nuestra ley, los dos a la par, sin maniobras por separado.

—Claro.

—¿Sabes cómo perdí este ojo? —dice elevando el cuchillo manchado de sangre y de pimienta hasta apoyarlo en el arco ciliar.

—¿Cómo?

—Estaba cargando la tabla de windsurf en la troca y me ayudaba la vieja con la que entonces vivía. Teníamos que enganchar los tensores. Le di una punta y le pedí que lo prendiera al otro lado y se asegurara de que quedaba firme. Me dijo que ya estaba. Tiré para tensar bien la tabla, para que no se nos moviera en la ruta, porque ya había tenido algún susto con ellas. Y cuando fui a enganchar el mío, se soltó el otro cabo, mal prendido, y vino hacia mi ojo, lo reventó y me dejó esta cicatriz. ¿Crees que no sé lo que es trabajar en equipo?

—Sí.

—La vieja me reventó el ojo. Yo la reventé a ella.

La explicación es innecesaria, quizá es una advertencia, piensa Gamma mientras asiente y traga con esfuerzo la pasta a la que le da vueltas en la boca. Le señala con el tenedor la cicatriz.

—Por ahí se dice que fue un cuchillo.

—Todavía veo —explica Roque, y sonríe, satisfecho con aquel rumor—. Pero tuve que dejar el fútbol, güey. Con un solo ojo no medía bien las distancias. Demasiados penaltis.

—¡Joder! —suelta la exclamación que más oye en los vestuarios españoles.

—Y ahora, en los negocios, me ocurre lo mismo que cargando la troca. Si tensa uno, tiene que estar seguro de que el otro no va a soltar para no dejarlo ciego.

Engulle el último bocado y suelta los cubiertos sobre el plato limpio, sin restos del solomillo ni de la pimienta ensangrentada. ¡Solo le falta coger un trozo de pan y rebañarlo! Dos minúsculas gotas de grasa le brillan en las comisuras.

—No voy a soltar.

—Entonces, dime nomás qué quieres que haga.

—Tienes que encontrarla y asegurarte de destruir las imágenes y de que no queda por ahí ni una jodida copia.

—¿Se llama Wendy? —se asegura.

—Wendy Paraíso.

Parece que va a coger el móvil, pero saca del bolsillo un pequeño espray de un colirio, inclina la cabeza hacia atrás y se asperja un par de veces en el ojo seco. Solo entonces teclea el nombre de Wendy Paraíso en el móvil y abre las imágenes.

—Tienes buen gusto, cabrón. Está cuera la pioja. —A medida que bebe, se le agudiza el acento mexicano—. Dame todos los datos que tengas de ella.

—No sé mucho. Me dijo que era actriz... Teatro y cosas así. Ahora te paso su teléfono.

—¿Tenía amigas?

—No lo sé.

—¿Sabes dónde vive?

—Ni idea. Nunca voy a casa de nadie, no me fío. Vinimos aquí, al Roma. —Gamma se queda pensativo—. Pero creo que podré averiguar su última dirección, Jimena me comentó algo de eso. Lo que sí recuerdo es que el lugar de donde venía se llama Breda.

—Breda. A lo mejor hay que buscarla por allí. ¿Quién te la presentó?

—Vino a una fiesta organizada por el club, acompañando a una futbolista que el King quiere fichar para la próxima temporada.

—¿Cómo se llama la futbolista?

—Celeste.

—Celeste —repite Roque, como para memorizar mejor su nombre —. ¿Ella puede saber algo?

—No lo sé. Quizá sí. Las chicas se lo cuentan todo, se pasan los audios y los vídeos de los enamorados. Adriana dice... Adriana dice que una amistad femenina no es completa si no se confiesan sus secretos de sexo.

—Tendremos que hablar con ella y asegurarnos. ¿Cómo la localizamos?

—Juega en La Sagra, no sé nada más. ¿Quieres que pregunte?

—Ni modo, güey, mejor que nadie note tu interés ni que sepan que la buscamos. Nos encargamos nosotros... Te costará algún dinero.

—Lo sé. El dinero no es ahora lo más importante.

—Eso lo dices porque eres rico.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil euros si te arreglo el problema. Y un anticipo ahora.

—De acuerdo.

Gamma saca de la bandolera un sobre con billetes de doscientos que ha traído, porque ya conoce su modo de trabajo y se lo pasa por un lado de la mesa, aunque están solos en el reservado.

—Diez mil.

Roque hojea el fajo con movimientos expertos, como si el gesto fuera suficiente para contarlos, y asiente:

—Yo te la encontraré.

—Confío en ti.

—Deja en mis manos la valona, desde ya me pongo trucha con tu encargo. Hasta ahora has tenido que defenderte. Ahora tú vas a atacar. Como hicimos la otra vez.

—¿Atacar?

—Vas a tomar la iniciativa y te voy a encontrar a la chica.

—Eso espero.

—¿Y cuando la encontremos?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hacemos con ella?

—Destruir las imágenes y asegurarte de que no queda ninguna copia rodando por ahí para que no pueda ir contando nada.

—Nos aseguraremos de que no pueda contarlo... Tú pagas bien y nosotros haremos bien nuestra chamba. Así que olvídate de este asunto y disfruta de lo que tienes. Lo mejor que se puede ser en esta puta vida es futbolista brasileño, güey. Y tú lo eres. La naturaleza ha puesto en tus pies la capacidad para golpear el balón. Si hay que golpear otras cosas, deja que se ocupen nuestras manos. La próxima vez que hablemos será para decirte que todo está arreglado.

Gamma se queda escuchando, aunque Roque se ha callado y no hay nada más que escuchar, hasta que al fin dice:

—Eso espero.

—Los futbolistas actuales soportáis demasiada presión. Así que es normal que de vez en cuando os permitáis una escapada. Y ahí estamos nosotros para arreglar el pleito cuando salta la válvula de seguridad.

—Eso espero —repite.

—Una cosa sí necesitaremos.

—¿Qué?

—Un buen carro durante unos días para movernos sin problemas. El mío lo saqué de un yonque y no es fiable, nos puede dejar tirados.

Gamma lo mira con prevención.

—No te preocupes, te lo devolveremos sin un rasguño. Sabes bien que no te pido más de lo que damos.

—De acuerdo —acepta—. Os dejo el Hummer. Te avisaré para que lo recojas.

—¡Guay! —exclama Roque. Le apasiona ese coche guerrero, de llantas de dieciocho pulgadas y trescientos caballos—. Tienes que resistir —añade—. Aguanta el madrazo unos días, compa, dame un poco de tiempo y te resuelvo el lío.

De nuevo llaman a la puerta antes de entrar. Es el chef, que pregunta si todo va bien.

—Todo muy bien, gracias —dice Gamma, aunque ha dejado la mitad de su comida en el plato.

—¡El solomillo un poco corto de pimienta! —bromea Roque. Al sonreír, las arrugas de los ojos azulosos también le acentúan la cicatriz.

—¿Postre?

Gamma y Roque se miran negando con la cabeza.

—¿Les apetece un chupito especial de la casa?

—Para mí, no, gracias —rechaza Gamma.

—Un caballito —repite Roque.

—Y la cuenta, por favor.

Traen la bebida, ahora acompañada con una fina rodaja de limón y un platito con sal. Roque se pone unos granos entre el pulgar y el índice, los chupa, muerde el limón, bebe el tequila y de nuevo

saborea la mezcla durante unos segundos antes de tragarla. Al ver a Gamma con la tarjeta, recuerda:

—¿Sabes cómo pagamos en muchos restaurantes de México?

—¿Cómo?

—El dueño saca la picana. Nos cogemos todos de la mano y dos de los comensales agarran nomás un cabo de la máquina, de modo que se establece la corriente eléctrica en todo el corro. El chef la enciende y va subiendo de a poco la intensidad. Paga el primero que se suelta.

—¿Quieres decir que...?

—Que aguantes un poco si empieza a subir el calambre. ¡Que no sueltes la rueda, güey, que no te sueltes!

Gamma mira el reloj y Roque le pregunta:

—¿A qué hora te has citado con ese detective?

—Dentro de quince minutos.

—¿Quieres que me quede por aquí cerca?

—¿Por?

—Por curiosidad. Un detective privado es un oficio exótico, creía que ya no quedaban, que habían desaparecido con tanta tecnología, con las triangulaciones de los móviles, las pruebas de ADN, las cámaras por todas partes y esa luz especial que usan para descubrir dónde se ha vertido sangre.

—No, mejor que no te vea, prefiero que te vayas.

—Ok.

Antes de desaparecer entre los coches, Roque le da un abrazo para despedirse y de su boca le llega un aliento a pimienta y a carbones. Gamma sube a su Hummer, con los cristales tintados, desde donde ve la entrada del hotel y deja correr los minutos que faltan hasta la hora del encuentro con el detective. No ha querido citarlo en su casa porque habría sido imposible eludir la curiosidad

de Adriana. Busca en el móvil noticias de última hora sobre su actuación durante el partido. Siguen el debate y los memes burlones sobre su expulsión, la repetida viñeta de su patada a un velocirraptor que le muerde los tobillos, pero no le preocupan demasiado. Lo único que teme son las imágenes con Wendy. ¿Cómo puede haber sido tan idiota?, se reprocha una vez más. Al detective contratado por Jimena no le hablará de Roque, no le dirá que ya hay alguien más que también la está buscando.

Cada vez que alguien se acerca a la entrada del hotel levanta la cabeza, y ahora ve llegar a un tipo muy alto, sin ningún aspecto de detective.

10

Retorno a Mistralia

Después de su investigación sobre el asesinato de la ingeniera de Mistralia —¡pobre chica! Nadie parecía haberla querido de verdad— en uno de los molinos eólicos, nunca había imaginado Cupido que volvería a ver a Ramiro Quintana y, del mismo modo, daba por hecho que en la empresa no deseaban volver a verlo nunca. Sin embargo, al recibir su llamada, sintió tanta sorpresa como curiosidad por conocer qué esperaban ahora de él. Y la curiosidad finalmente se impuso sobre las dudas: un detective sin curiosidad no podía ser un buen detective.

Fue a Madrid en tren, porque cada día le daba más pereza conducir y porque por fin habían electrificado las vías de la región y habían sustituido por cómodos Alvias las viejas locomotoras de gasoil que daban un alarido cada vez que se acercaban a un paso a nivel. Se suponía que debían gustarle los coches, una herramienta imprescindible para su trabajo, para desplazarse o hacer seguimientos, como atalaya de observación, como refugio o camuflaje. Sin embargo, no lo atraían, ignoraba el número de cilindros o los caballos de potencia del motor de los coches que había tenido, aunque sí recordaba sus matrículas.

Al llegar a Atocha, cogió un taxi hasta el paseo de la Castellana, pagó y esperó la vuelta de la carrera mientras el taxista buscaba el cambio con una lentitud exagerada. En aquel barrio, entre los

edificios de aquel kilómetro cuadrado, vivían los cincuenta apellidos que dominaban Madrid, la capital donde él había estado en muchas ocasiones y por diferentes motivos, aunque casi nunca pasaba por el mismo lugar ni repetía escenarios, tan grande era la urbe. Sin embargo, estaba de nuevo ante la sede de Mistralia. Era una hora de máxima actividad y la enorme puerta giratoria del alto edificio rotaba en sentido contrario a las agujas del reloj, movida por los vientos de las finanzas, con la misma fuerza que los aerogeneradores de la empresa en Sierra Ufana. Por encima del dintel de acero, a diez metros de altura, habían colocado su leyenda en letras brillantes:

MISTRALIA

Iluminamos el mundo

pero por un momento leyó:

MISTRALIA

los amos del mundo

Su color verde lima, asociado a la ecología, a él le sugería el color del dinero.

En la recepción lo esperaba Jimena, la mujer que lo había llamado y dejado una nota final, «Apreciamos la puntualidad», y que asintió al verlo llegar. Jimena lo acompañó por los pasillos y en el ascensor, donde se hizo más intenso y oscuro su perfume, siempre con una *tablet* en las manos, con la que parecía interactuar en todo momento y sobre la que tecleaba con increíble rapidez a pesar de sus largas uñas acrílicas. Se había presentado como ayudante de Ramiro Quintana con una vaguedad que hacía pensar en los opacos

colaboradores de confianza de los hombres poderosos para realizar tareas inconfesables que no se le encargaban al secretario oficial.

Otra vez estaba, pues, en el despacho de Quintana, en la trigésima planta del rascacielos, y de nuevo le sorprendió su amplitud: no menos de cincuenta metros cuadrados. Habían pasado varios años, pero el King no había cambiado mucho. Sentado en su solemne sillón, como posando para un cuadro, conservaba una apariencia saludable debida a su excelente genética, a su buena forma física y a una mejor cirugía, pero no podía ocultar el paso de los años: el pelo se le había agrisado, las mejillas se le habían distendido y el surco nasolabial se le había pronunciado. Sus ademanes eran un poco más lentos y habían adquirido un aire episcopal. Pero en sus ojos seguía asomando la mirada ávida de quien lo tiene todo y sin embargo quiere tener más. Era, en fin, el mismo Ramiro Quintana, uno de los hombres más poderosos de Madrid. Era el King y, como un rey en su trono, esperó a que llegara hasta él para levantarse y tenderle la mano por encima de la mesa.

—Nos encontramos otra vez —dijo sin hacer referencia al resultado de la investigación anterior.

—Sí —dijo Cupido. Ninguno de los dos añadió que se alegraba de ver al otro—. Pero ya no veo a aquel empleado suyo, García-Lage —recordó su nombre, pero no lograba recordar su cara. No quedaba ninguna huella del ayudante que había terminado como chivo expiatorio en la muerte de la ingeniera. Sintió la tentación de preguntarle qué había sido de él, dónde estaba ahora, si seguía trabajando en Mistralia, en alguna función oscura y secundaria con que pagarle los servicios prestados, pero no se decidió, convencido de que el King le mentiría.

—Hace muchos años que desapareció de la empresa. —Quintana hizo un gesto con el brazo como si apartara a un mosquito molesto

—. Veo que se conserva bien, que sigue igual que entonces. Creo recordar que practicaba algún deporte, ¿no?

—Hago lo que puedo.

—Sí, ya lo recuerdo. ¡La bicicleta! Un deporte extraño para un detective. Queremos que vuelva a trabajar para nosotros —añadió sin cambiar el tono y sin precipitarse, muy despacio, aunque era evidente que pensaba muy deprisa. Hablaba como los papas, sin tutearlo, aunque solo hubiera en el país cuatro o cinco personas a quienes él no podría tutear.

—¿A pesar de lo ocurrido entonces?

—Sí. Creemos que es usted un buen detective. Hay detectives buenos y detectives malos, como hay malos futbolistas y futbolistas buenos. Y los partidos se ganan si fichas a los mejores.

—¿De qué se trata ahora?

Quintana volvió a sentarse y con un gesto le indicó que hiciera lo mismo.

—Primero quiero que vea unas imágenes.

Jimena dudó un momento y se atrevió a preguntar:

—¿Sin firmar antes un documento de confidencialidad?

El King la miró y luego miró a Cupido:

—Creo que podemos confiar en su discreción.

—Sin discreción no sería detective.

—Adelante.

Jimena tecleó en la *tablet* y en una gran pantalla colgada en la pared aparecieron unas imágenes de una pareja haciendo el amor y se oyeron los gemidos, que transmitían una poderosa energía sexual. Cupido tardó medio minuto en identificar al hombre: Gamma, la estrella del equipo, el talentoso delantero que tantos goles estaba metiendo ese año, uno de los candidatos para recibir todos los premios de la temporada.

—¿Es Gamma, el futbolista?

—Es nuestro Gamma —confirmó Quintana con voz neutra—. El fútbol se le da mejor que el cine.

—Él mismo se grabó en la cama, pero supongo que no es él quien ha permitido que ahora lo estemos viendo, ¿no? —dedujo Cupido al terminar el vídeo.

—En efecto —Jimena tomó la palabra. Mientras se proyectaban las imágenes, había estado observando a Cupido de arriba abajo y se le había escapado un gesto de asentimiento al confirmar su opinión de que el oficio de detective exigía más esfuerzo mental que muscular. Aquel detective alto contemplaba el vídeo con un gesto de intensa concentración, sin apenas mover un músculo, pero daba la impresión de que en cuanto se pusiera en marcha lo haría dando zancadas y con agilidad—. Gamma dice que lo grabó hace una semana y que no se lo ha enviado a nadie. Sin embargo, hace dos días recibió en su propio teléfono esas imágenes, enviadas desde un teléfono de prepago.

—¿Se las habían robado?

—Sí. Según Gamma, le han hackeado el móvil, pero no tenemos ninguna prueba. Sospechamos que es la mujer de las imágenes quien tiene una copia. No encontramos otra explicación.

—¿Y por qué querría hacerlo? Que todos la vean desnuda en una cama y...

—¡Está claro: por dinero! Escándalo significa dinero, y dinero es lo que todos buscan —dijo Jimena.

—¿Se lo han preguntado?

Jimena miró a Quintana, que seguía en silencio.

—No la encontramos por ninguna parte, ha desaparecido. Creemos que está escondida. Ni siquiera su último compañero de domicilio conocido sabe nada de ella, parece que dejó la habitación

hace unas semanas... Nadie la ha visto desde entonces..., y tampoco les extraña mucho. No es la primera vez que desaparece durante un tiempo. Hay gente que nunca se mueve del mismo sitio... y hay gente que va y viene. Wendy es de estas últimas.

—¿Y su familia?

—No tiene familia.

—Por eso me han llamado, ¿no?

—Sí. Creemos que puede esconderse en Breda. Tú eres de allí —añadió. Al contrario que el King, ella sí lo tuteó.

—¿Por qué en Breda?

—Es donde nació y desde donde vino a Madrid.

—Le gente que huye suele buscar refugio en los lugares que conoce y donde se siente segura —intervino el King—. En caso de peligro, ¡vuelve con los tuyos!

—¿Y quieren que yo la busque?

—Sí.

—¿A qué se dedica?

—Es actriz... o intenta serlo. Pero se gana la vida como puede.

—Yo no vivo en Madrid y no tengo contacto con los ambientes del espectáculo, de la fama, del fútbol.

—Precisamente por eso puede averiguar dónde se esconde. Ella se habrá alejado de todo eso.

—¿Cómo se llama?

—Gwendolyne Barnes Paraíso —contestó rápidamente Jimena—. Pero su nombre artístico era Wendy Paraíso. Wendy para los amigos.

—¿Y si la encontrara?

Jimena consultó con la mirada a Quintana, pero al verlo en silencio, explicó:

—No nos interesa ella. Nos interesan las imágenes. Las queremos y estamos dispuestos a pagar por recuperarlas. Gamma hizo una

tontería muy gorda y sabemos que corregirla tiene un precio. Queremos impedir que se hagan públicas. Sería un desastre para él y para el equipo.

—Puedo imaginar lo que significaría para él en todos los campos de fútbol.

—Gamma tiene un enorme talento como deportista, pero digamos que no tiene el mismo talento mental. Sabíamos que algo así podía ocurrir. Todo el mundo conoce sus..., su fama. Él mismo ha repetido que necesita..., bueno, amar antes de los partidos... —intervino de nuevo el King, incómodo con aquel tema—. Por eso lo protegíamos y hasta creíamos que lo teníamos blindado contra esos riesgos externos, como hace cualquier equipo con sus jugadores.

—Antes de los partidos... y después —se atrevió a añadir Jimena —. Gamma ha dicho a menudo que juega mejor cuando es feliz. Y temíamos que alguien, conociendo esa debilidad, lo metiera algún día en un lío... Él mismo es su peor enemigo.

—Todos los equipos controlamos la dieta, los horarios, las declaraciones a la prensa, las amistades de nuestros jugadores... Nosotros incluso hemos reforzado la seguridad de sus casas para evitar los robos que tanto abundan en los últimos meses.

—A este nivel, el mejor amigo de un futbolista es su club —apuntó Jimena.

—Pero también ellos tienen debilidades, ¿no? No son muñecos mecánicos —dijo Cupido.

—Es la naturaleza de este deporte —suspiró el King, como si explicara una fatalidad—. Nosotros somos los dueños del barco, nosotros llevamos el timón, nosotros elegimos a los marineros... Pero a la postre, si ellos no reman, todos nos hundimos.

—¿Cómo llegó Wendy hasta él?

—Por una amiga, Celeste, una futbolista que ficharemos para la próxima temporada. La habíamos invitado a una fiesta del club y la trajo.

—Tendré que hablar con ella. Y con el último compañero de piso.

El King y Jimena se miraron.

—Con él no creo que tengas ningún problema, sin embargo Celeste no quiere saber nada de este asunto, prefiere mantenerse al margen.

—Lo intentaré. Y también necesitaré hablar con Gamma.

—¿Es imprescindible? —preguntó Quintana.

—Sí —asintió Cupido con firmeza.

—De acuerdo. Jimena le facilitará una cita.

—Y necesitaré todos los datos que tengan sobre Wendy Paraíso.

—Ya te he preparado un informe, aunque no es muy amplio, no es mucho lo que sabemos de ella. Te he recopilado su trayectoria laboral, pero es muy cautelosa con sus datos personales en las redes sociales. Y respecto a la fiesta, solo aparece al fondo en un par de fotos de grupo. En media hora te envío también al teléfono una acreditación de que en este asunto trabajas para nosotros. La están redactando —dijo Jimena sacando de su cartera unos folios impresos, sin ningún timbre ni marca, que introdujo en un sobre. Al agacharse y mover la cabellera le llegó de nuevo otra vaharada de su perfume, que ahora le pareció empalagoso.

A las cuatro y media, Cupido llegó puntual al aparcamiento del hotel Roma, donde Jimena le había indicado que lo esperaría Gamma. Y en efecto, al desaparecer el taxi vio que el futbolista salía de un coche grande y negro, caminaba hacia él y lo saludaba tendiéndole

la mano. Su aspecto era como el de las imágenes y quizá esa familiaridad hizo que no se sintiera impresionado por estar ante una estrella del fútbol: deportista, vestido de una manera más lujosa que elegante, con un corte de pelo *undercut* y media barba.

—Gamma.

—Ricardo Cupido.

—Te estaba esperando. Le dijiste a Jimena que querías hablar conmigo. Me ha dicho que ya te contó todo.

—Sí.

—Vamos al coche, si no te importa. Más discreción.

Cupido observó el lujoso todoterreno negro que se pavoneaba en el parking del hotel con un aspecto chulesco, agresivo, malvado, con los cristales tintados, un coche pariente de los tanques, más grande, más caro, más ostentoso y más brillante que todos los que lo rodeaban. Un modelo que él no conduciría nunca, pero donde seguramente Gamma se sentiría cómodo escuchando el arrogante ronroneo del motor, a resguardo de miradas curiosas y de peticiones de fotos y autógrafos de algún aficionado que lo identificara. Al fin y al cabo, aquel coche valía más que muchas viviendas de gente corriente. La puerta se cerró con un ruido compacto que transmitía seguridad y riqueza. En el salpicadero se desplegaba un obsceno alarde de lujo y tecnología, de metales y maderas preciosas. El futbolista puso las manos en el volante, como si condujera. En la derecha se veía otro anillo y en cada una de las terceras falanges se había tatuado un dígito del año anterior, cuando ganó el Balón de Oro.

Después de un breve repaso sobre las circunstancias de la grabación, Cupido le preguntó:

—¿Cómo la conociste?

—En la fiesta del nuevo patrocinador del equipo. Ella acompañaba a una amiga futbolista que también estaba invitada. Me miró, la miré y sonreímos. Me acerqué a ella y comencé a hablarle. No recuerdo qué le dije, cualquier tontería. Pero ella volvió a reír. Tomamos algo y... —Hizo un gesto juntando los dos índices que lo expresaba todo.

—¿Tan fácil?

—Tenemos una profesión que envidia todo el mundo, y es normal que mucha gente quiera acercarse a nosotros.

—Cuando dices mucha gente, ¿quieres decir muchas chicas?

—Muchas chicas, sí, aunque también hay aventureros de todo tipo que te quieren vender cualquier cosa que puedas imaginar —demoraba un segundo las respuestas, como si le costara mucho esfuerzo pensar y hablar al mismo tiempo.

—Lo imagino.

—Somos unos afortunados.

—Si había tantas chicas como dices...

—Sí —lo interrumpió—. Y todas te buscan.

—Pero tú la elegiste a ella. ¿Por qué? Debía de tener algo especial.

Gamma resopló, como si la pregunta fuera muy obvia... o muy difícil. Los asesores de prensa y la psicóloga del equipo lo habían entrenado para no decir nada y evitar complicaciones en las entrevistas, para repetir lo mismo que le preguntaban o para limitarse a las muletillas de siempre. Si habían ganado y él había metido algún gol, reconocía la satisfacción personal, pero remarcaba siempre la importancia del equipo; si habían perdido, repetía que había que seguir trabajando y darlo todo para contentar a la afición. Pero Gamma no era de los más aburridos.

—Porque era muy guapa. Pero también porque era diferente.

—¿Diferente?

—Era joven, pero al mismo tiempo más madura que otras chicas.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, no se lo pregunté.

—¿Cómo es?

—¿Quieres decir físicamente?

—También.

—Muy guapa, ya te lo he dicho. Pero no creas que sé mucho más. Solo la vi de noche —añadió con una sonrisa que detuvo al ver que el detective no la acompañaba.

—¿Sabes su verdadero nombre?

—Wendy... —dijo, y se quedó pensativo unos instantes—. Supongo que me lo dijo, pero ahora no lo recuerdo.

—¿Sabes dónde o con quién vive?

—No.

—¿Sabes si tiene pareja?

Gamma lo miró de nuevo.

—¡Claro que no! ¿Para qué le iba a preguntar todas esas cosas? ¿Qué más tenía que saber?

—Claro.

Debió de notar el tono irónico de Cupido, porque dijo:

—Fue ella la que me buscó, yo no la forcé a hacer nada que no quisiera. ¿Qué más quieres que sepa?

Cupido pensó que los futbolistas famosos vivían en una burbuja de lujo, ostentación y fama donde la vida cotidiana de la gente les quedaba muy lejos.

—Oye, no te estoy ocultando nada y siento no poder ayudarte más. Yo soy el primer interesado en encontrarla y en que desaparezcan esas imágenes. ¿Tú las has visto?

—Sí, me las enseñó Jimena.

—Tengo un hijo. Y una mujer. Imagínate que se hicieran públicas. No les iban a gustar nada.

—¿Por qué crees que ha desaparecido?

—Imaginará que estoy muy enfadado por haberme pirateado el vídeo. ¡Y lo estoy! Pero no tengo nada personal contra ella, solo quiero que lo borre y que destruya todas las copias, como si nunca hubiera existido.

—¿Crees que pretende hacerte chantaje?

—No, no lo creo —dijo sin pensarlo—. Ya sé que eso es lo que temen el King y Jimena, pero yo pienso que solo es un juego... Una forma de tenerme pendiente de ella.

—Un juego peligroso.

—Sí.

—¿Hablasteis de volver a veros?

—Sí. Fue una bonita noche. Me gustó mucho y creo que a ella también. ¿Por qué no repetirla?

—¿Y no la has llamado?

—Sí. Pero no contesta, su teléfono no está operativo. Me gustaría decirle que no tengo nada en su contra —dijo en un tono distinto del que había utilizado hasta entonces. Giró la cabeza y miró al detective dudando si contarle algo, y al fin pareció decidirse—. No sé por qué, pero Wendy me hizo pensar en mis primeros tiempos, cuando yo también me buscaba la vida haciendo algunas cosas que es mejor olvidar. El fútbol me ayudó a dejarlas atrás. El fútbol me salvó. ¿Sabes cuál es mi mejor recuerdo deportivo?

—No.

—No es mi primer gol oficial, ni mi primer sueldo como profesional, ni la primera internacionalidad. Es la primera vez que tuve una camiseta con mi nombre impreso. Llevaba el número 9 y mi nombre grabado por encima: Gamma. Algún espectador me llamó desde la grada y me di cuenta de que por primera vez era alguien y otros sabían cómo me llamaba. Hasta entonces no lo había

sido en mi familia ni en la calle donde pasábamos media vida. Hasta entonces solo era una pieza para utilidad de otros. Ahora tengo un nombre que conoce todo el mundo, Luiz Felipe da Gamma Leite, y por eso es importante que se mantenga limpio... Si la encuentras, me gustaría hablar con ella para intentar explicarle que solo quiero borrar esas imágenes para que no puedan mancharlo, pero que no tengo nada personal contra ella.

—Se lo diré cuando la encuentre.

Cupido abrió la puerta para salir del coche.

—¿No quieres que te firme un autógrafo?

El detective negó con la cabeza. Antes de cerrar, añadió:

—¡Ah, una última cosa!

—Sí.

—Se llama Gwendolyne.

—¿Cómo? —Estaba claro que no pensaba con rapidez, como si toda la velocidad disponible en su cabeza la empleara en el campo de fútbol para pensar un segundo antes que los defensas.

—Gwendolyne Barnes Paraíso —pronunció muy despacio, como si fuera necesario para que estuviera presente entre ellos, para que el futbolista lo aprendiera bien y dejara de ser una extraña—. Ella también tiene un nombre, como tú, y también es importante que se mantenga limpio.

11

Búsqueda

En el informe de Jimena figuraba el número de teléfono de Wendy y Cupido llamó varias veces, pero, tal como esperaba, estaba apagado o fuera de cobertura. Jimena también le había dado la dirección de Celeste y le había dicho que probablemente la encontraría en su casa a primera hora de la mañana, antes del entrenamiento, de modo que salió de su hotel y se dirigió hacia allí. Esperaba que la amiga de Wendy le diera alguna pista para localizarla.

Durante el trayecto en metro chapoteó por internet y enseguida encontró datos sobre ella que ampliaban el breve informe de Jimena: Celeste, a quien apodaban «Cisne», era una de las futbolistas españolas más prometedoras a pesar del equipo humilde en el que jugaba, internacional absoluta en el puesto de mediapunta. *El País* dedicaba un artículo en exclusiva a un hecho sorprendente y admirable ocurrido unos días antes, en el partido final de la Liga de la primera división de fútbol femenino: Celeste había marcado gol en un penalti decisivo y así había salvado a su humilde equipo, el Club de Fútbol Femenino La Sagra, del descenso a segunda. El gol no sería noticia si no fuera porque impedía a su autora fichar por el todopoderoso Iberia, ya que una cláusula de su contrato la retendría en el CFF La Sagra si alcanzaba un determinado número de goles. Cupido se preguntó qué le impidió simular un error y lanzar el balón a las gradas, con todos los beneficios personales

que un fallo le hubiera reportado: una ficha más alta en el Iberia, la fama de la élite, los contratos publicitarios de las grandes marcas. Al menos por una vez, el mortal talonario de cheques del King no había logrado su objetivo.

Llamó a la puerta del apartamento y abrió una chica joven vestida con chándal.

—¿Celeste?

—Sí —respondió con cautela.

—Me llamo Ricardo Cupido y soy investigador privado. ¿Puedo hablar contigo unos minutos?

—¿Sobre qué?

—Estoy buscando a Wendy Paraíso. Creo que es amiga tuya.

—Lo es, pero eso no significa que sepa dónde está. No sé nada de ella desde hace varios días.

—¿Desde cuándo?

—Desde la noche de la fiesta del Iberia. Fuimos juntas, pero ella se quedó allí cuando yo decidí retirarme. Las futbolistas no podemos trasnochar.

Celeste se puso alerta de repente, pero Cupido sabía que era una reacción habitual. Sus interlocutores, también los inocentes, solían permanecer en guardia ante su presencia, ante un tipo que sospecha que todo el mundo esconde una mentira debajo de la lengua.

Se oyeron unos pasos al fondo y por detrás de Celeste apareció un hombre joven, también con aspecto de deportista, con el pelo en degradado y dos piercings de anilla en la oreja izquierda, uno en el lóbulo y otro en la hélice, que apoyó la mano en su hombro y se quedó a su lado, escuchando. «Discreto y protector, hace bien su papel», pensó Cupido. Dedujo que era Brais, su pareja, según el informe de Jimena.

—Es un detective privado que está buscando a Wendy —le dijo Celeste.

Cupido respondió con un gesto de la mano a su inclinación de cabeza.

—¿No habéis hablado desde entonces, no te ha enviado ningún mensaje?

—No.

—¿Y no te ha extrañado ese silencio?

—No.

—¿Crees que puede haberle ocurrido algo?

—¿Por qué? —preguntó Celeste, pero no había sorpresa en su voz, como si también ella lo hubiera pensado.

—¿Sabes si tenía algún problema?

—Todos tenemos problemas —intervino Brais.

—Wendy tenía las mismas dificultades que mucha gente: encontrar un buen trabajo donde no la explotaran, pagar el alojamiento, tener seguridad... No sé mucho más de ella.

—Pero tú eres su amiga.

Celeste lo miró como si le dijera: «Pero no tengo por qué contártelo». Solo preguntó:

—¿Por qué la buscas?

—Digamos que por un asunto privado —dijo Cupido, aunque sabía que en boca de un detective la expresión podía sonar a deudas de dinero, a escándalos sexuales, a adicciones peligrosas, a algún delito pequeño y vergonzoso. No quería mencionar el vídeo, porque Jimena le había advertido de que Celeste quería mantenerse al margen.

—Si es por un asunto privado, no tengo nada que decir. ¿Acaso ha cometido algún delito?

—No, que yo sepa.

—Entonces, ¿por qué no la dejáis en paz?

—De acuerdo —aceptó volviendo hacia el ascensor. Toda la conversación se había desarrollado en el rellano. Sin embargo, todavía se volvió y le dio su tarjeta—. Si apareciera o se pusiera en contacto contigo, ¿serías tan amable de decirle que me llame? Se me da bien escuchar y te aseguro que no la busco para meterla en ningún lío. Al contrario.

En la tarjeta solo había escritos un nombre curioso, Ricardo Cupido, y un número de teléfono. Celeste la leyó y luego miró extrañada a aquel hombre alto. No era uno de esos detectives que muestran una placa metálica como si fuera el Toisón de Oro que le abriría todas las puertas ni de los que van con un cronómetro en las manos comprobando el tiempo que se tarda en recorrer una distancia mientras se acarician pensativos la barbilla.

Cupido entró en el ascensor, consciente de que ambos seguían observándolo. Al margen de Gamma, Celeste era la primera persona con la que hablaba que había conocido a Wendy —una extraña para el King y para Jimena— y el encuentro había sido frustrante. No había sacado de ella ninguna información, se había cerrado en banda. Parecía saber muy bien lo que era la lealtad. Si por lealtad a su equipo había marcado el penalti que podía haber fallado para conseguir una gran ganancia personal, con mayor motivo sería leal a una amiga.

Según la información de Jimena, el último domicilio conocido de Wendy Paraíso era la vivienda de alguien llamado Marcelo.

Llovía cuando bajó del taxi y desde la acera observó el edificio viejo, centenario, típico de Madrid, de ladrillos rojos y balcones con rejería de forja, más alto que ancho y seguramente con más profundidad que fachada.

Del portal salía un repartidor de Glovo y no necesitó llamar al portero automático, aquella maquinita que había acabado con las antiguas porteras, que sabían de sus inquilinos y de los vecinos de la calle más que toda la policía y a quienes les soltaba la lengua un par de billetes bajo cuerda. Subió hasta el tercer piso y, como consecuencia de la vieja estructura de la finca, el ascensor lo dejó en un medio rellano del que había que bajar o subir un tramo de escaleras para llegar al descansillo de las viviendas. Cupido bajó los peldaños y llamó al timbre.

Oyó el roce de la mirilla y, luego, tras una demorada observación, las tres cerraduras, una, dos, tres, abriéndose para que asomaran al mismo tiempo el agrio y colérico olor de la vejez y el rostro de un anciano con gesto desconfiado. Quizá no era tan viejo, pero el pelo ralo y descuidado, la boca desdentada y la delgadez le daban aspecto de brujo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Ricardo Cupido y...

—¿De la inmobiliaria? —lo interrumpió.

—No. Soy detective privado.

—¿Pero le paga la inmobiliaria?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

El viejo abrió un poco más la puerta y comprobó que no había nadie en la escalera ni en el medio rellano del ascensor entre las dos plantas.

—Están deseando que me muera. Quieren echarme de aquí porque mi piso es de renta antigua, para convertirlo en un apartamento turístico —murmuró con dificultad, como si tuviera algo dentro de la desdentada boca. De la barbilla a la tráquea le colgaba una membrana de pavo que temblaba de indignación. El viejo abrió más la puerta del piso y en el rellano se hizo más intenso el olor

cenagoso, como de algo que llevara varios siglos pudriéndose allí dentro. Por la abertura se distinguía ahora un paragüero con varios bastones y un hierro de golf, más defensivo que deportivo. No parecía que hubiera nadie más en la casa, y tampoco era extraño: millones de viejos perláticos o con problemas de salud y con hijos amnésicos vivían solos, en las ciudades y en los pueblos, en todas partes—. Y como no pueden echarme, están esperando que un día me caiga por las escaleras... Vivo en esta finca desde antes de que hicieran la reforma y colocaran ese ascensor ahí detrás, en el hueco... Han reformado el edificio, pero a mí no pueden reformarme... Soy un viejo en un edificio viejo, pero no me van a echar de ninguna manera. ¿A quién busca?

—A Marcelo Serra.

—¿Es usted su cliente?

—¿Cliente?

—De los ordenadores. Está prohibido tener un taller en el edificio. Son los estatutos.

—¿Y arriba tienen un taller?

—Encima de mi techo, el gordo de arriba. He protestado muchas veces, pero el gerente de la comunidad no me hace caso. Dice que es una oficina, no un taller. Algún día lo demostraré. Creen que estoy gagá... y es verdad que lo estoy para muchas cosas, pero no para saber quién entra y sale de la casa.

Cupido comenzó a retroceder hacia la escalera cuando el viejo le dijo con voz furiosa:

—No irán a hacer más ruido arriba, ¿eh?

—¿Ruido? ¿Hacen mucho ruido?

—A cualquier hora. La música alta, la silla que arrastran por el suelo, las películas sucias, el taconeo de esa...

—¿Taconeo?

—Sí. Creen que no lo sé, pero ella también vive ahí.

Alguien llamó al ascensor desde otra planta y el viejo se calló, atento a la escalera hasta que el ascensor pasó de largo.

—¿La conoce?

—Sí, la he visto entrar y salir. A cualquier hora —dijo, con una voz en la que la furia le abría paso a la pena. Debía de estar al corriente de todo lo que ocurría sobre su techo. Solo en su cueva, su principal diversión parecía ser el inquilino de arriba, de quien vigilaba los horarios, los movimientos, los ruidos. No había comunicación entre ambos, pero si uno muriera una noche, posiblemente sería el otro el primero en dar la voz de alarma cuando lo alertara el olor del cadáver.

Cupido se despidió de él, subió un piso y llegó ante la puerta que buscaba. Dentro sonaba música de rap y, al llamar al timbre, oyó cómo bajaban el volumen. Luego, unos pasos, el cerrojo, la puerta que se abría con un gruñido y una voz malhumorada que decía:

—Ya he bajado el volumen...

El hombre joven se sorprendió al ver a Cupido.

—¡Ah! Creía que era otra vez el viejo de abajo, siempre está protestando por la música. Y cuando no es la música, son los pasos... ¡Como si tuviera que levitar! Todo le molesta.

—¿Marcelo Serra?

—¿Quién lo busca?

Cupido se presentó y le dijo que quería hablar con él sobre Wendy Paraíso. Marcelo lo escuchó con atención mientras se apartaba de la cara, nervioso, un mechón de pelo lacio y negro, que contrastaba con el tono pálido de la piel, harinosa y sin consistencia. Las gafas de pasta le agrandaban los ojos huidizos, que se movían con vida propia, nerviosos, presas de un nistagmo que no lograba controlar. Iba vestido con ropas anchas para disimular el sobrepeso, un

pantalón vaquero y un suéter de un tono anodino, estrenado hace mucho tiempo, tan gastado que estaría usándolo como pijama y cuyo color nadie podría recordar un minuto después de perderlo de vista. Su voz, de un timbre casi agudo, contrastaba con su corpulencia.

—De acuerdo, pasa. No tengo nada que ocultar.

Apagó desde el móvil la música que venía de dentro y le indicó que colgara la cazadora en una percha junto a la puerta en la que había un plumas y una gorra con visera con el anagrama del CFF La Sagra.

También allí estaba viciado el aire, en una atmósfera de invernadero creada por exceso de calefacción y por el humo de muchos cigarrillos. Al hombre joven que tenía ante él, con la espalda encorvada de los pedicuros, con lentitud de movimientos y cierta rigidez al caminar, el sedentarismo le había regalado no solo unos kilos de más, también una piel pálida, a la que le hubieran venido bien unas cuantas salidas al campo o a la playa. En una gran mesa de trabajo que ocupaba la mitad del amplio salón se veía una pequeña manada de ordenadores encendidos, portátiles y de sobremesa, que emitían parpadeos luminosos de los chivatos verdes y rojos, sibilancias de su respiración eléctrica y un murmullo continuo de borborigmos, con ocasionales chasquidos y pitidos que sugerían un incansable parloteo cibernético.

Marcelo le indicó que rodeara una estantería de baldas pandeadas por el peso de repuestos, monitores e impresoras viejas y avanzara hacia la otra mitad del salón, habilitada como espacio doméstico con un mueble para el televisor, una columna de sonido por bluetooth y dos sofás amedrentando a una mesa baja de madera, con quemaduras de cigarrillos y anillos de manchas de bebidas, sobre la que había revistas de informática, una *tablet* y un móvil. Un cenicero

enorme en el que las colillas flotaban como tropezones entre el puré de cenizas y envoltorios de chocolatinas, una máquina de liar cigarrillos, una lata de picadura, papelillos y filtros. Debía de fabricarlos en serie, porque en una cajita de madera se alineaba una docena.

—¿Una cerveza?

—Vale.

—Siéntate, por favor.

Cupido se hundió en uno de los sofás, con los muelles vencidos, como si se hundiera en arena, mientras Marcelo buscaba la bebida y dos vasos tras la pequeña barra americana que separaba la cocina del salón, del que salía un pasillo con varias puertas cerradas.

Toda la casa daba una impresión de dejadez. Alrededor de los interruptores de la luz asomaba un cerco pardo en la pintura, en el suelo faltaba el tapajuntas entre el salón y la cocina y, por el olor, el fregadero necesitaba un drenaje del sifón. Los cristales se veían sucios de polvo y de la contaminación exterior, que no lograban limpiar las agujas de una lluvia repentina que los pinchaba como si quisiera romperlos.

Desde la cocina, Marcelo vio que el detective lo observaba todo y sacaba conclusiones no demasiado favorables sobre su inquilino: poca limpieza, mala alimentación, dejadez y soledad, quizá un asomo de depresión, de modo que le dijo:

—No creas que antes estaba tan mal.

—¿Antes?

—Cuando Wendy vivía aquí.

Cupido asintió sin decir nada. Si el piso era alquilado, como había sugerido el viejo de abajo, los dueños no estarían muy contentos cuando terminara el periodo de alquiler.

—¿Quieres vaso? —le preguntó al regresar con dos latas en las manos.

—No es necesario —negó, imaginando el estado del vidrio.

Marcelo se levantó un poco las perneras de los pantalones para sentarse en el otro sofá y dejó ver el ancho diámetro de sus tobillos, que hacía pensar en futuros problemas circulatorios, en pólipos creciendo en el interior de las vísceras y en dificultades de movilidad, y echó los hombros hacia atrás con un gesto de dolor, quizá por daños posturales. Su pie derecho se movía nervioso.

—Así que Wendy sigue desaparecida, ¿eh?, y te han contratado a ti para que la encuentres. A un detective privado —le dijo, y sonó como si dijera: «Me alegro de no tener tu mismo oficio». Dio un largo trago a la cerveza—. Lo que no me has dicho es por qué alguien tiene tanto interés en ella.

—Digamos que por asuntos privados.

—¿Privados o laborales?

—También laborales.

—¿Fumas? —Le ofreció a Cupido la cajita de cigarrillos liados para que se sirviera y, ante su negativa, él cogió uno y lo encendió con un precioso Zippo. Dio una calada con gesto de pez globo, con tal fruición que se diría que el tabaco era un alimento, la saboreó y expulsó dos esponjosas rosquillas de humo que se quedó contemplando para no tener que mirar a Cupido—. Farfán está detrás, ¿verdad?

—¿Farfán? —preguntó Cupido.

—El ciego —dijo, y los ojos le muequearon con el tic gallináceo—. No se resigna a que también ha desaparecido para él.

—¿Es ciego?

—¿No te ha contratado él?

—No. ¿Es ciego? —repitió.

—Como un murciélago, aunque a veces no lo parece —dijo, y se detuvo para quitarse de entre los labios una hebra de tabaco—. Pero lo compensa bien con otras facultades. Tiene dinero. Cada vez que Wendy tenía dificultades, acudía a él y él le daba trabajo.

—¿En qué?

—En su empresa. Se dedica a sonorizar libros y textos para ciegos o sordomudos. Si hay un congreso donde los invidentes necesitan que les expliquen imágenes, allí está él con sus servicios. Si hay que convertir un texto en audio, allí está él con su tecnología avanzada.

—¿Y qué relación tiene Wendy con eso?

—Wendy es actriz... o quiere serlo. Acepta cualquier trabajo porque siempre anda escasa de dinero. A veces se retrasaba con el alquiler, aunque cuando le llegaba una racha de suerte pagaba todo lo atrasado, y el resto... lo gastaba enseguida, no sabía administrarlo. Y Farfán la contrata a menudo para grabar esos audiolibros tan de moda. Tiene una voz muy bonita. Yo creo que... —Marcelo se recostó hacia atrás en el sofá y soltó una risita. Se removía en el asiento como si no se encontrara cómodo en ninguna postura. De vez en cuando interactuaba con el móvil, como si fuera el tercer interlocutor en la conversación—. Quizá se enamoró de ella por su voz.

—¿Tienes fotos de Wendy?

—Claro.

Cerró y abrió pantallas en la *tablet* con rapidez y le fue mostrando imágenes de Wendy que no estaban en internet ni en la carpeta de Jimena, tomadas en el piso, en la calle, en algún bar. También le mostró imágenes de ellos dos, pero siempre estaban un poco separados, en ninguna se les veía un gesto de complicidad, siempre mantenían cierta distancia o algo visible o invisible se interponía entre ellos.

—No solo es bonita su voz —dijo Cupido, admirando su expresiva belleza en un primer plano en que miraba al objetivo con unos ojos enormes, de párpados suaves y ansiosos de luz, como si acabaran de apagar todas las lámparas y necesitara ver en la oscuridad, con la boca semiabierta, de generosos labios, un poco abultados.

—En vivo es más guapa todavía —dijo Marcelo, por primera vez en voz baja y sin hacer ningún ademán para apoyar su afirmación, sin el tic con que la tensión nerviosa le percutía en los ojos cuando miraba al detective, de modo que desviaba la mirada a cualquier parte. Dio una calada tan ansiosa que hizo refulgir la brasa y devoró medio centímetro del cigarrillo. Luego dejó salir el humo muy despacio, como si le costara desprenderse de él. La piel de los dedos índice y medio se le veía amarillenta por la nicotina.

—Entonces, tendrá éxito con los hombres.

—Sí, sobre todo con gente poco recomendable: aventureros de la noche sin demasiados escrúpulos a quienes las manos se les convierten en tentáculos al ver a una chica sola, o tipos raritos que ocultan algo, o casados que al salir guardan la alianza en el bolsillo del pantalón —dijo, las palabras ensuciándose envueltas en humo—. Para chicas como ella, la belleza puede ser muy peligrosa. No hay ningún mal que no puedan sufrir.

—¿Crees que puede haberle pasado algo grave? —le preguntó como una apostilla a su comentario.

—No, no me refiero a peligro físico con alguien fuera de control. Quiero decir que debe de ser muy pesado eso de estar defendiéndose continuamente.

—¿Venía con ellos a casa?

—Algunas veces —dijo con un doble tic.

—¿Alguien especial?

—No. Siempre eran tipos de paso que ni siquiera superaban la prueba del desayuno.

—¿No te dijo nada?

—¿A qué te refieres?

—A que pensaba marcharse.

—Una noche comentó que le habían hablado de un alojamiento en buenas condiciones, pero no dijo nada más. Y tomó una decisión repentina, de un día para otro. Salí por la mañana para repartir unos encargos y a la vuelta ya no estaba. Si lo había pensado, lo ocultó muy bien. Wendy era actriz y quizá nunca puedes fiarte de una actriz.

—Eres informático —lo interrumpió.

—Sí —señaló en la otra mitad del salón la larga mesa con ordenadores, algunos destripados—. Reparo, reseteo, instalo programas, discos duros. Limpio y recupero archivos perdidos. Tengo una clientela más o menos fija y me los traen o voy a buscarlos. También hago tareas a domicilio.

—Y cuando volviste, ella ya no estaba.

—Se había marchado. Y, como si tuviera prisas, se dejó algunas cosas aquí. No se despidió... y ni siquiera escribió una nota. Le he enviado varios wasaps que no ha contestado. Ya sé que no habíamos firmado un contrato de alquiler, pero teníamos un acuerdo de palabra y ambos estábamos satisfechos. O eso creía yo. Lo menos que puede hacer es contestar.

—¿Cómo alquiló la habitación?

—Por un anuncio que pongo en locales del barrio cuando queda libre la habitación. No en internet. Me llamó por teléfono, vino a verla y enseguida nos pusimos de acuerdo. Ella tenía prisa por encontrar alojamiento.

—¿Tan fácil?

—Con ella, sí. Yo no alquilo la habitación al primero que llega. Sé que hay especialistas en graparse a una vivienda. Pagan los dos o tres primeros meses y luego hay que esperar a que acumulen seis meses de deuda para poder echarlos. Antes de aceptar a cualquiera, le pido los datos, la nómina y me informo en internet sobre ellos, sé bien cómo hacerlo. Le pregunté cuánto tiempo pensaba quedarse, porque no me gusta estar cambiando a menudo de inquilino, y Wendy me respondió que estaría mucho tiempo, aunque añadió que no podía prometerme nada. Cuando me dijo eso, a punto estuve de negarme, porque es una frase que odio: No puedo prometerte nada. Yo creo que sí hay que prometer... y cumplir lo prometido. Sin embargo, algo en ella me inspiró confianza desde el primer momento, no parecía una persona retorcida, capaz de hacer trampas.

Apuró la colilla de dos caladas seguidas y el humo le salió por la nariz y por la boca, como si estuviera quemándose por dentro. La apagó en el cenicero anegado de cenizas, como lamentando que se hubiera acabado tan pronto. Su pie derecho aumentó la velocidad.

—¿Por qué crees que se fue?

—Encontraría algo mejor, quizá con más independencia... Nunca era fácil adivinar lo que iba a hacer. Cuando yo llegaba a casa, no sabía si la encontraría dentro o si habría salido. Y si la encontraba, no sabía si acababa de llegar o si se preparaba para marcharse a alguno de sus trabajos...

—¿Qué trabajos?

—De actriz en cualquier espectáculo, de animadora en fiestas infantiles o de azafata durante tres días en un congreso, y en algún momento hasta de bailarina con poca ropa en fiestas para despedidas de soltera. Fui a verla en una ocasión, en una pantomima de ambiente egipcio..., *Noches de Cleopatra* o algo

parecido. Estuvo algunas semanas de dependienta en una gasolinera, en un McDonald's y en franquicias bajo la vigilancia de encargados babosos... Cuando no encontraba nada mejor, trabajaba de camarera en uno de esos tugurios con poca luz y aire venenoso, de donde volvía a las tantas de la noche, despertándome con sus taconeos, con la mirada ahumada y las pupilas del tamaño de una canica y la lengua lenta... Algunas veces le pregunté si de verdad le gustaba esa vida a salto de mata. Wendy es filóloga, se le dan muy bien los idiomas y podría buscarse otros trabajos, no sé, quizá prepararse unas oposiciones para la enseñanza. Pero no quería, decía que no aguantaría encerrada cinco horas en un aula con treinta adolescentes con las hormonas hirviendo. Creía que podría seguir así toda la vida, que siempre aparecería alguien ofreciéndole una oportunidad para salir adelante. No había tenido una vida fácil, pero seguía confiando en el futuro.

—¿Y tú no?

—¿Confianza en el futuro? Ninguna. No creo que el siglo veinte fuera mejor que el diecinueve y tampoco creo que el veintiuno vaya a ser mejor que el veinte... Siempre pienso lo peor: tu amigo puede aliarse con tu enemigo, el político al que votas cambiará de bandera, el repartidor que llega a tu casa es un chorizo, el carnicero del barrio tiene trucada la balanza, el gestor de tu banco quiere timarte, quien se acerca a ti en el vagón del metro o en un lugar público es un carterista... ¡Si tú hubieras visto lo que yo he visto en el disco duro de algunos ordenadores que me traen para reparar!

—¿Y no tienes idea de adónde puede haber ido?

—Ni idea. Y tampoco creo que se lo haya dicho a nadie. A menudo pedía dinero prestado, tenía acreedores y no la imagino dejando por ahí una dirección adonde le fueran a reclamar el pago de las deudas. —Intentó un nuevo chiste, pero al ver que Cupido no reía, precisó—:

No sé. Lo mismo puede estar en Ibiza que en Irlanda que aquí cerca, en cualquier barrio de Madrid, a pocos kilómetros. Con Wendy nunca sabías cómo iban a ser las cosas al mes siguiente.

—¿Puede haberse ido durante unos días a la casa de algún amigo de confianza? —insistió.

—Wendy tiene muchos amigos, pero no creo que ninguno tan íntimo y generoso como para acogerla más de una semana.

—¿Y ese que mencionaste antes, Farfán?

—A él sí le gustaría, claro que sí.

—Ya.

Marcelo contuvo un momento sus tics.

—Últimamente..., últimamente mencionó algunas veces que le gustaría recuperar a su hija.

—¿A su hija? —Cupido no ocultó su sorpresa. Jimena no debía de saberlo, porque no le había mencionado un dato tan trascendente.

—Sí, pero no le gustaba hablar del tema. La hacía sufrir y se deprimía mucho. Creo que la hija vivía con sus abuelos en no sé qué sitio y que ellos le habían quitado la tutela... Ya te digo, no era algo que le gustara mencionar, en ese asunto era muy reservada.

—¿Puedo ver su habitación?

—Si ella no tiene inconveniente —dijo con sarcasmo indicándole una de las puertas que daban al pasillo.

No esperaba encontrar ningún número de teléfono escrito en una caja de cerillas, ni un nombre o una dirección en un papel olvidado en un bolsillo u oculto entre las páginas de un libro, porque ya todo era virtual. Pinchados con chinchetas en un panel de corcho solo había posavasos, viejas entradas a conciertos, cupones descuento para comidas o bebidas en pubs, una entrada para un partido de fútbol femenino de La Sagra, una pulsera de plástico de todo incluido en un hotel Meliá, una cuartilla de papel con un bonito

dibujo de una grulla y una fotografía, tomada algunos años antes, de Wendy con una niña pequeña. En una bandeja había varios clips, un mechero, un pendiente sin pareja con una piedrecita azul, una barra de carmín gastada, un cargador de móvil, una mascarilla quirúrgica, como un recuerdo lejano de los tiempos del covid, un grínder y un llavero con una pequeña calavera con los colores de la bandera mexicana, pero sin ninguna llave. Era la habitación de alguien de paso que sabe que no va a permanecer allí mucho tiempo. La cama estaba mal tendida y la funda de la almohada arrugada. En el armario quedaba alguna ropa inexpresiva y unas deportivas gastadas, y en la mesa algunas carpetas con lo que le pareció un guion de doblaje. Cupido no encontró secretos que hablaran del pasado, ni pistas que indicaran un futuro.

—Una última cuestión: ¿Wendy tenía enemigos? —le preguntó al volver al salón. Marcelo fumaba otro cigarrillo y a su alrededor se espesaban las nubecillas de humo, casi visibles las partículas de nicotina, cianuro, aldehído y benceno.

—Las chicas como ella siempre se granjean enemigos.

—¿Quiénes?

—El tipo predicador que quiere castigarla... o la competidora que teme la invasión de su territorio.

—¿Me llamarás si recuerdas algo, si se pone en contacto contigo o si aparece por aquí?

—Lo hablaría antes con ella. Pero de lo único de lo que estoy seguro es de que solo va a volver para recoger sus cosas. ¿Sabes que se llevó quinientos euros que yo tenía guardados? Supongo que no los recuperaré. —Apuró el cigarrillo y hundió la colilla en el repleto cenicero. Sus ojos habían alcanzado unos segundos de quietud cuando añadió—: Si la encuentras, dile que no hace falta que vuelva, que no quiero saber nada más de ella... Cuando yo la

conocí había cambiado muchas veces de domicilio, a veces dejando atrás alguna deuda, y en una ocasión me dijo que este piso era la casa donde había vivido más tiempo, porque no solía permanecer anclada en ningún sitio... Pero ahora ya se acabó. Si la encuentras, dile que no vuelva. Puede enviar a alguien para que recoja sus cosas. Aquí no hay mucho espacio y estorban ahora que tendré que buscar a una nueva compañera de piso para ayudarme a pagar el alquiler.

12

Cisne

El aparcamiento del campo del CFF La Sagra ya está casi desierto, y cuando Celeste llega junto a su coche, un Dacia Sandero de color azul rayo, ve enganchada en el parabrisas una gran pluma blanca. No sabe si es un homenaje, tal vez de alguna niña que también juega al fútbol y conoce su coche, o si es una extraña casualidad, porque la pluma es demasiado grande para que se le haya caído a un pájaro en vuelo.

Levanta el limpiaparabrisas para desengancharla y descubre que la pluma está partida, aunque los dos pedazos no se han separado por completo, y manchada de algo rojizo y pegajoso que le ensucia las manos. Tarda unos segundos en advertir que es sangre y, con más asco que miedo, la arroja al suelo de cemento. De pronto comprende que no es una casualidad caída del cielo, ni una broma, ni un homenaje, sino una amenaza.

Desde niña, en infantiles y en cadete, había escuchado gritos de algunos padres que apremiaban a sus hijos desde las gradas:

—¡Fuerte a la rubia! ¡Éntrale fuerte a la rubia!

Como jugaba en un equipo de niños —no había equipo femenino —, a menudo había sentido las burlas y el acoso, había escuchado expresiones que prefiere no recordar. Su padre, que la acompañaba siempre, procuraba que no le afectaran demasiado, pero incluso él tuvo alguna discusión con otros espectadores al defenderla.

«No puedes asustarte, cielo. Te gritan desde las gradas porque son unos cobardes. Recuerda el cuento del patito feo», le decía. «Que a pesar de que se burlaban de él acabó volando mejor, porque era más elegante y más hermoso que todos los demás, porque era un cisne. A los que le picaban la nuca solo les movía la envidia.»

Y ella había superado aquellas dificultades, los insultos y las burlas infantiles, la testosterona que inundaba los vestuarios, las manchitas de pus de los granos que se habían reventado ante el espejo, la imposibilidad de encontrar limpias las tapas de los sanitarios y las diferencias de ficha y trato en juveniles, hasta convertirse en una futbolista profesional ¡pretendida por el Iberia!

Ahora, al ver la pluma rota y ensangrentada, siente de nuevo lo mismo que entonces, una amenaza anónima, difusa y cobarde que debe ignorar, aunque su padre ya no vive para apoyarla. Decidida, entra en el coche, coge un pañuelo de papel de la guantera y se limpia las manos de lo que ya no duda de que es sangre. En eso está cuando de pronto se abre la puerta del copiloto y se cuela en el coche un hombre fornido y sonriente.

—¿Qué haces? —le pregunta enfadada, pero nota en el hombro una mano que le transmite una sensación gélida y por el retrovisor ve un rostro delgado, con dos ojos negrísimos bajo una frente casi inexistente, que, como una sombra, sin hacer ningún ruido, también se ha colado atrás. Han invadido el coche de un modo tan rápido que le resulta evidente que no es la primera vez.

—¿Celeste? —le pregunta el hombre fuerte con una sonrisa, aunque no hay ninguna alegría en su boca. Gira mucho la cabeza para mirarla, como si no viera bien por el ojo izquierdo, paralizado por una cicatriz que le salta desde la cornisa de la ceja al pómulo e incrementa la sensación de amenaza.

—¿Quiénes sois?

—¿Quiénes somos? Nomás dos de tus admiradores.

Por el tono y la fría mirada en los ojos azules, desalineados, sabe que no es cierto. El tono y la mirada son los mismos que los de los antiguos acosadores de las gradas: ¡Agárrala por las tetas! ¡Machirulo! ¡Súbete la camiseta! Así que Celeste recuerda los consejos de su padre y no se arredra:

—¿Queréis un autógrafo?

El hombre robusto se gira de nuevo para mirar al otro, como si lo consultara, y Celeste deduce que la cicatriz debe de haberle cegado el ojo izquierdo. Es como un gigante que vio en una película con un solo ojo en la frente..., sí, el cíclope. Sin embargo, el hombre delgado no hace ningún gesto, con los ojos negrísimos, exoftálmicos, inmóviles y fijos en ella. No sabe cuál de los dos le da más miedo y trata de abrir la puerta y escapar, pero una mano en el hombro la retiene. Se queda inmóvil, pero si hacen un movimiento más, se resistirá y gritará, aunque con la ventanilla cerrada no atraerá la atención de dos viandantes que pasan lejos por el camino.

—¿Qué queréis?

—Platicar un poquito.

—Ya estamos platicando —replica con su mismo vocabulario.

El cíclope, al que cree mexicano, porque al otro no lo ha oído ni respirar, sonríe y dice:

—Somos tus porras, güera. Te hemos observado en el entrenamiento y da gusto verte tocando la pelota, chutando a puerta, moviéndote por el campo.

—¿Eres futbolista? —le pregunta, porque algo lo sugiere en los poderosos cuádriceps que sobresalen del asiento del coche, en la postura de los pies calzados con unas llamativas botas camperas, de piel de avestruz o algo parecido.

—Lo fui.

—¿No habréis venido a ficharme? —pregunta, intentando vencer el miedo.

—¡No! —vuelve a sonreír, contento de hablar, y deja ver una dentadura muy blanca, de dientes poderosos—. Pero si yo fuera dueño de un club, me gustaría tenerte en mi equipo. Además, ya sabemos que, al meter aquel penalti, has rechazado fichar por el Iberia. ¿Sabes lo que deduzco?

—¿Qué?

—Que eres leal, morra. Que no traicionas a los tuyos.

Ya no tiene ninguna duda de que el cíclope es mexicano. Le gusta hablar, pero Celeste no sabe adónde quiere llegar con tantas palabras y no responde nada.

—Y eso me preocupa, ¿sabes? Esa pinche lealtad tuya. Porque queremos que nos cuentes algo de tu amiga.

—¿De quién?

—De Gwendolyne Paraíso. Wendy Paraíso para los amigos.

—No es mi amiga.

—¿No es tu amiga? —La mira con burla—. ¿Vas de fiesta con alguien que no es tu cuate?

—¿Qué fiesta? —sigue negando, aunque ya sabe a qué se refiere.

—La fiesta donde conoció a Gamma.

—No es mi amiga —repite—. Aquello fue una casualidad. Me habían invitado y no quería ir sola. Wendy estaba cerca en aquel momento y le apetecía. Ya está.

—Pues le complicaste la vida, porque ahora todo el mundo está buscándola.

—No he vuelto a saber nada de ella —afirma, con la seguridad de que, al callar, se está protegiendo a sí misma al mismo tiempo que protege a Wendy. Su padre la ha educado para superar esas

situaciones y lleva toda su vida deportiva luchando para no dejarse amedrentar por tipos como aquellos, pero esto es diferente.

El cíclope chasquea la lengua y mira hacia atrás, hacia el hombre delgado. Celeste también mira por el retrovisor, pero no lo ve, como si se hubiera mimetizado con la tapicería, a lo que sin duda contribuye su delgadez, el tono oscuro, corvino, de su piel y de su pelo, toda su indumentaria. De pronto siente en su nuca una respiración helada que le provoca un escalofrío y sabe que sigue detrás de ella, muy cerca, oliéndola.

—Tenemos que encontrarla y no me gusta madre lo que nos dices.

—No sé nada de ella. Yo también la he llamado y no contesta. Tiene el teléfono apagado.

El mexicano la mira pensativo unos segundos antes de extender la mano.

—Tu celular.

Celeste se queda inmóvil.

—Tu teléfono —repite mientras siente en la nuca el aliento del otro. Se resiste a dárselo y mira alrededor, pero no hay nadie en el aparcamiento desierto. Saca el móvil del bolsillo del chándal y se lo entrega.

—Contraseña.

—Una ce mayúscula.

Pero el cíclope no lo activa todavía. Se lleva la mano al bolsillo de la cazadora y saca un botecito. Es un colirio y se humedece el ojo izquierdo, inclinando hacia atrás la cabeza. Parpadea varias veces y por fin activa el móvil y comienza a pasar detenidamente todas las llamadas hasta que llega a las de Wendy Paraíso. Pincha en la lista y comprueba que, en efecto, hay varias llamadas perdidas los últimos días.

—Ni siquiera lo tiene encendido —repite Celeste.

—La última vez te llamó ella —comprueba el mexicano.

—Sí. Dos o tres días después de la fiesta. Fue la última vez que hablamos.

El mexicano mira hacia el exterior, porque ahora un hombre se dirige hacia uno de los pocos coches aparcados. Celeste nota en la nuca una mano fría como una garra. Esperan a que el hombre arranque y se marche y solo entonces el cíclope abre la carpeta de mensajes. No hay nada de Wendy. Abre el WhatsApp y va a su chat. Durante varios minutos cotillea la conversación sin encontrar nada de lo que busca hasta que lee en voz alta el último mensaje:

Me voy a Breda. Solo quiero estar con mi hija.

El mexicano suspira, al fin ha encontrado algo.

—¿Esto es todo lo que sabes de ella?

—Ahí está todo, sí.

—¿Y no has vuelto a verla?

—No.

—¿Y tampoco sabes dónde vive?

—No. Siempre contactábamos por teléfono.

—¿Por dónde se movía?

—Por Chamberí —dice después de unos segundos, porque intuye que tiene que darles algo para que la dejen en paz.

El mexicano mira hacia atrás y pregunta:

—¿Tú la crees, Araña?

Araña no responde, pero algún gesto ha debido de hacer, porque Celeste nota un aleteo de aire gélido en su nuca, como si estuviera al lado de un refrigerador con una fuga.

—El Araña no te cree... Y yo no sé qué pensar. No sé si estás protegiendo a tu pinche amiga —dice, y eleva los poderosos

hombros en un gesto de duda—. Me da miedo tu lealtad. En casos como este, prefiero a los traidores.

—No sé nada de Wendy desde hace días —insiste con firmeza, tratando de ser convincente.

—Ok. Ok. Vamos a suponer que es así, que no estás neceando y que no nos haces trampas. Espero que la encontremos, porque si no, volveremos a hablar contigo.

Abre la guantera, curiosea y coge un pañuelo, con el que se limpia el polvo de las exageradas botas. Lo deja en el suelo del coche y, antes de salir, se gira de nuevo hacia ella, la mira fijamente con el ojo sano y le pone una mano en el hombro.

—Ahora nos vamos y tú esperarás diez minutos antes de moverte. Te dejaré el teléfono en el suelo del parking, detrás del poste de la salida.

Celeste asiente.

—Nunca nos has visto ni ha existido esta conversación. ¿Oíste?

Celeste asiente de nuevo.

—¿Lo oíste?

—Sí.

—Me alegro. Porque si dices algo —murmura mientras le desliza la mano por detrás del hombro, hasta el omóplato—, te cortaré las alas, Cisne. Te cortaré las alas.

Celeste los ve marcharse caminando y dejar discretamente el teléfono tras el poste de la salida. De pronto se da cuenta de que tiene mucho frío, como si el hombre oscuro y delgado hubiera dejado hielo dentro del coche, una atmósfera nauseabunda que la obliga a abrir las ventanillas para que se ventile. Aunque ella nunca ha sido cobarde, ahora siente miedo. El cíclope tiene un ojo muerto, pero en el tono de su voz se esconde más muerte que en su mirada, piensa con un escalofrío.

13

El pasado

Mientras Cupido regresaba a Breda, dos pensamientos ocupaban su mente: cómo abordar la búsqueda de Gwendolyne Barnes Paraíso, si es que se había escondido en Breda, y la imagen de Senda y sus hijos, a los que echaba de menos aunque solo llevaba dos días ausente. Desde su nacimiento en Navidad nunca se había separado de ellos más de un día y deseaba estar en casa entre los olores familiares, escuchando los ruidos infantiles, el nuevo lenguaje que inventaban para ellos, el carillón del móvil de viento que les regaló el Alkalino. Había descubierto la felicidad de regresar a una casa donde lo esperaban con los brazos abiertos.

En cuanto a la investigación, no alcanzaba a comprender por qué Wendy Paraíso se escondía de todo el mundo y por qué no daba señales de vida, puesto que no era ella la responsable de la grabación del vídeo, y se cuestionó si Jimena y el King le habían ocultado algo. «¿Dónde te escondes?», se preguntó. «En algún sitio tienes que estar, porque no estar en ningún sitio es estar muerta. Y nada hace pensar en esa posibilidad.»

No disponía de ningún dato para localizarla, pero el apellido Paraíso era conocido en Breda y sin duda encontraría alguna pista por la que avanzar. Estaba en el principio y siempre era así, un proceso sin demasiadas variantes: hablar con los implicados, hurgar en la intimidad, rebañar datos en internet, rebuscar en el pasado,

que tantas veces escondía secretos; recopilar toda la documentación sobre una persona, viva o muerta, y escuchar las distintas versiones que le ofrecían de ella, ¡porque siempre había tantas cosas que escuchar, tanto que ver, tanto que aprender! Entre toda aquella información inicial comenzaría a asomar un indicio, el indicio se convertiría en posibilidad y, a veces, la posibilidad se convertía en certeza.

No le gustaba partir de ninguna premisa teórica, de ningún tópico, de ningún juicio previo, de ninguna ordalía. Los ojos y los oídos eran entonces los únicos protagonistas. A partir de un hecho concreto, daba un primer paso que lo llevaba hacia el siguiente y él se dejaba llevar. En la investigación, la historia de un implicado lo empujaba hacia otro con su propia historia, que declaraba u ocultaba, y de esta saltaba a otra historia y a otra, en un relato apasionante de vidas que terminarían componiendo la imagen final de la verdad. Cada una de ellas ilustraba una visión distinta de los hechos, pero no consideraba que ninguna fuera más verídica o falsa que la anterior mientras no se demostrara con pruebas. A veces tardaba horas o días en confirmar un dato aislado, en incorporarlo a la investigación, en encontrar el hueco donde encajaba. De igual manera que un campo magnético que se mantiene oculto solo revela su existencia cuando se arrojan sobre él las limaduras adecuadas, un misterio también generaba siempre una fuerza magnética que, si se recogía la información necesaria y se interpretaba bien, terminaba desvelando la imagen de un rostro y la verdad de lo sucedido.

De momento solo había dado dos pasos en la búsqueda de Wendy Paraíso, pero cuando agitara el imán, cuando todos los implicados ocuparan su sitio, cuando los detalles se convirtieran en motivos, la secuencia se ordenaría con lógica y todo recompondría su escala: lo engrandecido disminuiría y crecería lo pequeño, lo importante y lo

que había permanecido oculto ascendería a primer plano y lo superficial se hundiría en el fondo.

Eran las siete de la tarde del martes 14 de abril cuando llegó a casa.

—A tiempo para la fiesta —le dijo Senda, que se disponía a bañar a los gemelos.

Les encantaba el baño, manoteaban y pataleaban de placer en el agua tibia, y aquel rito diario, al atardecer, se convertía en una celebración. Los secaron y Senda le hizo a cada uno una pedorreta en la tripa que provocó sus carcajadas y sus enérgicos pataleos y manoteos.

Dos horas más tarde, con los gemelos dormidos, sonó el móvil. Era el Alkalino.

—¿Estás viendo la tele?

—No.

—Creo que deberías encenderla. Canal 24 horas. Míralo y me llamas.

La presentadora informaba del último escándalo: alguien había publicado en internet un vídeo erótico de Gamma, el jugador del Iberia que había ganado el último Balón de Oro. En pocas horas las imágenes se habían convertido en *trending topic,* sumaban millones de descargas y visualizaciones, ocupaban portadas de la prensa amarilla y deportiva en todo el mundo y las redes sociales emitían un estruendoso cacareo. Los abogados del jugador y del club habían solicitado la retirada inmediata del vídeo por orden judicial, pero ya circulaba imparable y cualquiera podía verlo.

Cupido buscó las imágenes en el móvil: la secuencia, de dos minutos, era la misma que había visto en el despacho del King, con dos largos planos de los cuerpos desnudos, grabados por el propio Gamma mientras hacía el amor con una chica. En el primero, el

futbolista estaba bajo ella; en el segundo habían cambiado de postura: la chica estaba de espaldas, pero su rostro se veía con claridad al volverse gimiendo hacia el futbolista.

—Wendy —murmuró Cupido, que reconoció el rostro que había visto en el informe de Jimena y en la *tablet* de Marcelo.

Senda se sentó a su lado en el sofá a mirar las imágenes.

—¿Quién es?

Senda no solía mostrar un especial interés por el trabajo de Cupido, que no llevaba a casa los conflictos laborales o sentimentales que investigaba, o aquellos donde la violencia era más gratuita, más insana, más cruel, el envenenamiento de una mascota porque molestaba a un vecino, el daño vicario contra la propiedad por envidia o encono contra su dueño, los engaños por subsidios o seguros..., aunque había veces en que era Cupido quien le preguntaba a Senda su opinión o le consultaba alguna duda. Pero en el caso de Wendy Paraíso era diferente, porque Senda se había interesado por ella desde que lo llamó el King —al fin y al cabo, su jefe en Mistralia— para contratarlo. Ahora le contó los últimos detalles.

—¿Crees que se esconde aquí, en Breda?

—Es posible.

—¿Y tienes que encontrarla?

—Tenía que encontrarla precisamente para impedir que esas imágenes se hicieran públicas. Ahora no sé qué pasará.

Terminó la información y llamó al Alkalino.

—Lo acabo de ver. Y en efecto, se trata del asunto para el que me ha contratado el King. ¿Tú sabes algo de la chica?

—Nada. Nadie conoce a Gwendolyne Barnes.

—Gwendolyne Barnes Paraíso, pero su nombre artístico es Wendy Paraíso.

—¿Paraíso? ¿Has dicho Paraíso? No me lo habías dicho.

—Antes de ir a Madrid no lo sabía.

—¡Pues claro que tendré información sobre ella! Todo el mundo en Breda conoce a la familia. Mañana hablaré con gente que me lo contará todo.

—De acuerdo.

En el noticiario ya hablaban del tiempo y Senda cambió de canal. En TeleCorazón, a un grupo de tertulianos les salivaba la boca con la noticia del «¡ESCÁNDALO Gamma!», como lo subtitulaban en la base de la pantalla con mayúsculas, exclamaciones y parpadeos luminosos. Excitados, se pisaban la palabra y hablaban del tema como si trataran de la salvación del mundo, lo describían como fruto de la sangre caliente de los protagonistas, de la inclinación tropical a montar espectáculos con la intimidad, citaban a otros futbolistas, brasileños o no, que habían generado imágenes parecidas, pero nunca tan explícitas como las de Gamma, de quien pasaban vídeos en el campo y fuera del campo, solo y con su mujer, la modelo Adriana Beleza, a quien se conocía como la Emperatriz del Amazonas. El presentador conectaba con el reportero enviado a hacer guardia ante la puerta de la casa del futbolista e insertaba imágenes de directivos del Iberia a los que habían localizado, que apartaban los micrófonos de su cara de un manotazo, sin hacer declaraciones.

Pero la gran exclusiva la había conseguido una veterana periodista, a quien le habían permitido la entrada en la casa familiar para hablar con la crujiente Adriana, sentada en un amplio sofá, con las piernas cruzadas y dispuesta para la entrevista. Tras ella se distinguía un plóter con su logo:

AdbA

El presentador interrumpió de pronto la agria discusión entre dos contertulios sobre la responsabilidad de Gamma o de la chica en la existencia y difusión del vídeo:

—¡Y ahora vamos con la gran primicia! ¡Como siempre, TeleCorazón en la vanguardia de la información! Tenemos en directo a Adriana Beleza. La mujer..., ¿o podríamos decir exmujer?, de Gamma, nos ofrece en exclusiva sus primeras declaraciones.

—Buenas noches, Adriana.

—Buenas noches.

—¿Cómo te encuentras, Adriana, después de haber visto imágenes de tu marido en la cama con otra mujer?

—¡Mal, muy mal! Son los peores días de mi vida... Los peores días también para mi hijo.

—¿Tu hijo ha visto el vídeo?

—Sí. No hemos podido impedirlo. Cuando quisimos hacerlo, ya era demasiado tarde. Se lo habían enviado sus amiguitos.

Adriana hablaba con una voz más airada que afligida, con la lengua muy cercana a los labios, humedeciendo sus palabras. La periodista le respondió con un tono melifluo:

—Comprendemos, respetamos y te acompañamos en tu dolor, Adriana. Pero la actualidad y el interés de los millones de personas de todo el mundo que te seguimos y te queremos nos empuja a poner aquí y ahora mismo a tu disposición los micrófonos de TeleCorazón para que te oiga y te vea todo el mundo. ¿Sospechabas algo de esas prácticas de tu marido?

—¡No, no, no podía imaginarlo! Nosotros éramos un matrimonio feliz, lo teníamos todo. No podía imaginar que mi..., que él buscara fuera de la casa lo que tiene dentro. Y además, grabarlo...

La voz se le quebró y se llevó un pañuelo a los ojos muy maquillados para enjugar una lágrima con tanta habilidad que no

alteró la perfección del rímel. En el anular de la mano izquierda relampagueó la alianza de diamantes cuando se abanicó el rostro con las manos, entre un tintineo de pulseras de oro.

—Porque vosotros llevabais una vida sexual plena.

—Nosotros hacíamos el amor todos los días.

—Me parece increíble que se atreva a hacerle esas preguntas —dijo Senda.

—Y que ella acepte responderlas.

—¿No tendría que preguntárselo a Gamma? Es él quien se ha acostado con otra chica y además lo ha grabado.

—¡Claro que sí! Pero los futbolistas ya no conceden entrevistas personales. Y si alguna vez lo hacen, se limitan a repetir tópicos y frases gastadas. Cuentan menos que el portavoz de unos servicios secretos.

—Veo que estás en tu casa, en el domicilio familiar.

—Sí. Estoy con mi hijo. Mi madre y mi padre llegarán en unos días de Brasil. Ahora mismo son mi principal apoyo.

—¿Y dónde está tu marido?

—Lo he echado de casa. No quiero verlo, no podría estar con él.

—¿Eso quiere decir que vuestra ruptura es definitiva?

—Ahora mismo estoy muy enfadada, pero... no lo sé, no lo sé, estoy muy confundida... Tenemos que hablar y tendrá que explicármelo... Por qué lo ha hecho, tal vez lo han engañado, lo han drogado... Sé cuántas chicas lo persiguen y lo que podrían llegar a hacer para..., no lo sé.

—¿La conocías?

—No la había visto jamás en mi vida.

Desde el estudio, el presentador del programa detuvo un momento la entrevista y pidió que la cámara lo enfocara en un primer plano para decir:

—Nuestros servicios de investigación periodística están trabajando intensamente para localizar a esta misteriosa mujer de la que aún no sabemos el nombre. Que nuestros telespectadores no duden de que la encontraremos y de que aquí, en TeleCorazón, les ofreceremos toda la verdad a la que tienen derecho, sin que nadie pueda detenernos. También pedimos vuestra colaboración. Si alguna persona tiene noticias, imágenes, cualquier dato o pista que nos permita localizarla, le pedimos que nos llame a los teléfonos que aparecen en la parte baja de sus pantallas. Sabremos agradecérselo.

El realizador volvió de nuevo a la entrevista con la suculenta Adriana Beleza —como la había descrito un tertuliano—, que se secaba con la punta de un pañuelito las dos lágrimas que, una por ojo, ahora sí se iban cargando de oscuridad y grasa a medida que atravesaban el rímel, el delineador, el sombreador y la crema hidratante de pómulos y mejillas.

La periodista continuó con la entrevista:

—Adriana, quiero expresarte mi solidaridad como mujer que también ha sufrido una situación semejante.

—Muchas gracias.

—Y quiero hacerte una pregunta: ¿perdonarás a tu marido?

—No lo sé... Tengo que pensar también en nuestro hijo.

—¿Y a ella? ¿La perdonarías a ella? ¿Qué le dirías si te la encontraras cara a cara?

Adriana miró a la cámara, su rostro adquirió una dureza insospechada y la voz no le tembló al decir:

—A ella no la perdonaré nunca.

De pronto, aquel comentario final introducía una nota de amenaza, una dura beligerancia en lo que hasta entonces no había sido más que un esperpento protagonizado por ávidas cotorras y

papagayos de colores chillones y voces agudas, a los que resultaba difícil tomar en serio.

Senda y Cupido se miraron para comprobar que ambos pensaban lo mismo y Senda lamentó:

—¡Pobre chica!

—¿Adriana?

—Wendy. El mundo está lleno de muchachas como ella que pierden el juicio por los Gammas de turno y son capaces de las mayores tonterías.

—La encontrarán entre unos y otros.

—¿Cuánto tardarán en saber que se llama Wendy Paraíso?

—Nada, no tardarán nada. Quizá ya lo saben y lo están comprobando. Creo que a partir de este momento no hay en España una persona a la que busque tanta gente.

—Terminarán por destruirla. Todos esos tertulianos en busca de carnaza, apretando los labios para que no se les escape la baba... ¡Y tanta gente que no solo los escucha en algún rato perdido entre dos tareas, sino que les dedica las mejores horas del día!

—Nunca tienen suficiente comida en el plato —murmuró Cupido.

—Tienes que encontrarla antes de que la devoren. Tienes que encontrarla.

—Lo intentaré.

Ambos compartían la misma indiferencia por aquellos programas transmitidos desde los estercoleros donde se lavaba en público la ropa sucia de familias o de parejas, hurgando en las aguas fecales de la murmuración, en las peleas y reconciliaciones, en idilios y divorcios pregonados con tambores y estruendos como si se tratara de declaraciones de guerra, lanzando infundios o insinuaciones tóxicas que, al caer sobre gente frágil o inestable, podían ser tan peligrosos como ponerle a alguien una pistola en la sien.

—La pena es que esas prácticas no llevan pena de cárcel —había dicho Senda, porque cuanto más agrio el conflicto, más agresivos los enfrentamientos y más dolorosas las tragedias, más parecían disfrutar aquellos tertulianos que cocinaban un pastel nauseabundo con un kilo de azúcar, un litro de mala leche, un chorro de nata, una nube de pimienta y unos granos de sal.

Al día siguiente se levantó temprano y tecleó «Wendy Paraíso» en el ordenador en busca de algún dato útil que se le hubiera escapado a Jimena. Los sabuesos de Google se pusieron en marcha al instante tras el rastro del nombre y fue encontrando huellas que lo llevaron a lugares donde Wendy había estado, a cosas que había hecho, a imágenes suyas grabadas en el infinito disco duro de internet, a fotografías con diferentes peinados y color de pelo, una de ellas en un primer plano con un piercing de bola en el labio inferior. Había más imágenes, pero sabía que debía desconfiar de las redes sociales: la gente sonreía como si fuera feliz, aunque por dentro estuviera destrozada. Apagó el ordenador, frustrado y agotado, como siempre que buscaba en la red. Al final, no había encontrado ningún dato que aportara una pista valiosa sobre su posible paradero, era una información muy indefinida y, por tanto, inútil.

Un poco más tarde llamó al Alkalino y, como el día había amanecido claro, quedó con él en el parque a las once. Senda estaba en el trabajo y él aprovecharía para sacar un rato a los gemelos al sol y al aire.

Llegó con unos minutos de adelanto, se sentó en un banco y no tardó en ver al Alkalino, que se acercaba caminando con pasos rápidos. Al llegar hasta él se inclinó hacia los gemelos, que dormían

en el carrito doble, e hizo en voz baja un elogio sobre su aspecto con la misma torpeza que había mostrado unos días antes, temiendo que se despertaran o se pusieran a llorar los dos al mismo tiempo y se viera obligado a coger en brazos a uno de ellos.

—En efecto, pregunté por Wendy Paraíso y todo el mundo la conocía y estaban impacientes por hablar —dijo sentándose en el banco—. Es una mierda, pero nos despiertan más interés las guerras entre parejas que las guerras entre naciones.

—Quizá porque son más difíciles de evitar.

—Soy afortunado, porque no conozco ninguna de las dos. —El Alkalino abrió los brazos sonriendo.

—Lo eres. ¿Con quién has hablado?

—Con alguien que la conoce bien: Tasi, mi peluquera.

—¿Taxi?

—Tasi, de Anastasia. Fueron compañeras de estudios y amigas en la adolescencia, aunque luego perdieron el contacto. Pero Tasi es de esas personas para quienes las amistades juveniles son sagradas, un vínculo más fuerte que el matrimonio.

El Alkalino, muy metódico en sus hábitos y horarios y muy condescendiente con los hábitos y horarios ajenos, seguía acudiendo puntualmente a la peluquería cada comienzo de mes a atildar su duro y espeso pelo, era uno de los pocos placeres que se permitía. Por lo demás, vivía en la mayor austeridad. Desde que lo conocía, entre tener más cosas y tener más tiempo, había elegido tener más tiempo. Limpiaba su casa, cocinaba su frugal menú diario, a menudo elaborado con los productos de su huerto, lavaba con profundo esmero sus ropas, su austero atuendo soviético, tan impecable de limpieza como pasado de moda. Limitaba a lo imprescindible las visitas al médico y apenas recurría a otros servicios públicos. Era demasiado honesto como para no pensar que ya recibía bastante de

la sociedad con el subsidio de incapacidad por el daño pulmonar contraído durante los años que trabajó en una mina del Bierzo, respirando metano en las galerías, en la negra arborescencia de los túneles. Había estado muy grave, con los pulmones negros encofrados por neumoconiosis, cuyos síntomas combatía con alcohol, hasta que un día reaccionó*:* «Ahora mismo no tengo tiempo para morirme».

—¿Y qué te ha contado tu amiga peluquera?

—Una historia larga. Las peluqueras hablan mucho.

—Los gemelos están dormidos y yo tengo mucho tiempo.

—Lo primero, que nadie la conoce como Gwendolyne Barnes, sino como Wendy Paraíso. Si me hubieras dicho este apellido, quizá yo mismo la hubiera recordado, porque se habló bastante de ella en Breda hace unos años. Y tú también, porque conociste bien a su madre.

—¿Paraíso? ¡No me digas que es hija de Miranda Paraíso!

—Sí.

—¡Claro que la recuerdo!

—Quizá no pensaste en ella porque su empresa, Construcciones Paraíso, se hundió como un *Titanic* en la crisis del 2008, tras el estallido de la burbuja inmobiliaria. Desapareció cuando murió uno de los socios y encarcelaron al otro, aquel asunto del pianista que tú investigaste.

—Martín Ordiales y Santiago Muriel —evocó Cupido.

—Sí. ¿Te acuerdas de Miranda?

—Recuérdamela tú.

—La hija única del viejo Paraíso, la arquitecta que llevó a la ruina la empresa constructora familiar por su empeño en construir viviendas ultramodernas en una villa apegada a la vieja estética. Se equivocó con aquel proyecto de Maltravieso, una urbanización de

lujo con chalets a medida, con casas a la carta y con materiales muy caros, tal como ella había visto en los años que estuvo en Madrid y en Cardiff estudiando Arquitectura. Casas de diseño, de acero y cristal, a menudo con ventanales orientados al sur ¡en este clima, cuando ya empezaban los efectos del calentamiento global! Todo se le vino abajo, cuando ya no tenía el apoyo de Ordiales, su energía y su capacidad de convicción. Las viviendas quedaron medio construidas, como cascarones de cemento, y tuvo que vender a pérdida por miedo a que Maltravieso se convirtiera en una urbanización fantasma para refugio de okupas. Un fracaso más de aquellos sueños de principios de siglo, cuando parecía que todos íbamos a ser ricos para siempre.

—Nunca oí decir que tuviera una hija.

—Porque Miranda era muy reservada para hablar de la niña, que vivía con la abuela. Estaba siempre demasiado ocupada en la empresa como para ocuparse también de ella.

—¿Y el padre?

—No había padre. Solo había madre, y la mitad del tiempo. Al menos hasta que cerró la constructora y Miranda se quedó únicamente con una pequeña oficina inmobiliaria de alquiler y venta. ¡Ella, que había sido la heredera de la principal constructora de Breda! Quizá para olvidar el fracaso, comenzó a beber. En alguna parte, por supuesto, había un hombre, un galés al que había conocido durante su estancia en Cardiff, con el que se veía de vez en cuando, siempre lejos de Breda, hasta que se quedó embarazada y él no quiso saber nada del asunto. Pero nadie llegó a conocerlo personalmente.

—¿Ni siquiera tu amiga Tasi?

—Ni siquiera ella. Y aunque sintió curiosidad por conocer más detalles sobre aquel padre en fuga, que dejó como única herencia el

nombre y el apellido galés de la niña, Gwendolyne Barnes, nunca se atrevió a preguntarle. Lo cierto es que, tras el nacimiento de Wendy, Miranda siguió con otros amores. Ya te he dicho que bebía, viviendo en un desorden que más tarde heredaría Wendy como una enfermedad familiar. Su última pareja conocida fue un camionero de larga distancia, que pasaba mucho tiempo de viaje y hasta parece que se llevaba bien con la hija. De hecho, cuando murió Miranda, ellos dos, Wendy y él, se encargaron de organizar el funeral.

—¿Miranda Paraíso ha muerto? —preguntó Cupido con sorpresa.

—Se tomó un tubo de pastillas cuando le encontraron un tumor muy avanzado, del tamaño de un huevo de avestruz. Antes de soportar dolores estériles y de dar la lata a nadie, se quitó de en medio, nadie puede decir que no fue valiente hasta el último momento. Una mujer fuerte, decidida, acostumbrada en el pasado a salirse siempre con la suya. Wendy la encontró muerta en la cama.

—Háblame de Wendy.

—Con una madre así, tan absorbente, no te extrañará que fuera una chica rara, solitaria, poco dada a las confidencias, opuesta a lo convencional y amante del disfraz, como si se buscara en ellos, porque no tiene clara su identidad. Una adolescente que escucha música encerrada muchas horas en su habitación, tumbada en la cama leyendo o mirando al techo, que escribe un diario que no le enseña a nadie, que emprende muchas tareas, pero termina pocas, conflictiva en el instituto con los profesores y con sus propios compañeros, refractaria a todos los consejos y orientaciones de los psicólogos, a los que considera arrogantes y demasiado seguros de sus recetas. No solo es inteligente, guapa e inteligente, también sabe que lo es, pero no tiene a nadie a quien ofrecerle los frutos de esa inteligencia que la perjudica, pues despierta envidia entre la clase y no favorece su popularidad. Con una precocidad que había

cogido por sorpresa a su madre, a los profesores, a todo el mundo, parece que desde muy joven tenía relaciones con compañeros, con los de su edad y con otros mayores que ella, por esa reacción paradójica de la chica que, en lugar de oponerse a sus acosadores, se acuesta con ellos con la idea equivocada de ganarse su simpatía. Sin nadie que le mostrara los puentes, cruzó de un salto la línea divisoria entre la infancia y la juventud, seguramente dándose algunos golpes y causándose algunas heridas.

—¿Y todo eso te lo ha contado tu alegre peluquera? —preguntó Cupido, de nuevo admirado por la facilidad del Alkalino para hablar con todo el mundo y para que todo el mundo terminara hablando con él, quizá porque no había persona que no considerara digna de ser escuchada y porque siempre ofrecía una salida si la conversación llegaba a un punto muerto. Todos confiaban en él porque, siendo el primero en conocer noticias íntimas o cotilleos que alguien lanzaba en Breda, siempre sería el último en difundirlos. Nunca revelaba un secreto y sabía permanecer en un silencio de cartujo incluso cuando estaba repleto de noticias. Si le contaban de alguien una intimidad poco edificante, parecía olvidarla, porque nunca más volvía a hablar de ella.

—Todo eso y más. Y no te lo tomes a broma. No te puedes ni imaginar la cantidad de cosas que descubren las peluqueras solo por el pelo, se dan cuenta de todo. Si eres limpio o sucio, si eres discreto o presumido, si llevas un implante, si trabajas al sol o bajo techo... y hasta los problemas de salud... ¿Quieres conocer otra historia que me contó de Wendy?

—Por supuesto.

—Ya te he dicho que era muy rebelde desde la adolescencia, que daba guerra a los profesores en los viajes de fin de curso y que

protestaba por la dificultad de los exámenes. Una vez se fugó de casa.

—Su primera desaparición.

—Miranda puso una denuncia ante la Guardia Civil y, como no aparecía, el Ministerio del Interior lanzó una de sus alertas en las redes sociales. Ya sabes: Ha desaparecido una chica de tal edad, con tales señas, de nombre Gwendolyne Barnes Paraíso. La última vez que se la vio vestía, etc., etc. Si alguien la ha visto o tiene algún dato, etc. Supongo que en tu oficio alguna vez habrás tenido que ocuparte de cosas así.

—Alguna vez, sí.

—Wendy volvió sola a casa dos días después. Había estado de fiesta con unos chicos mayores que ella en edad, pero desde luego no en madurez. Lo primero que hizo a su regreso fue contestar en Facebook al mensaje de la policía con su propio mensaje: «Tú, borracho, borra ese tuit, que ya estoy en casa». Así era Wendy.

—Dale las gracias por la información a tu amiga peluquera.

—Tú también puedes hacerlo. Tasi te conoce. Ya sabes que las antiguas peluquerías eran el mentidero del lugar, donde se reunían las tertulias. Y no ha cambiado tanto, las peluqueras siguen siendo reporteras clandestinas que se enteran de todo. Es fácil establecer confianza con quien manipula a fondo tu cabeza durante un par de horas cada quince días. En estos locales hay demasiadas tareas..., lavar, teñir, planchar, rizar, peinar..., que serían aburridas sin una buena conversación. En algo tienen que entretenerse... y, como tienen las manos ocupadas, se dedican a hablar. Aunque, ¿sabes lo que más le gusta?

—Qué.

—Lo que más le gusta en el mundo es que llegue a su peluquería un chico joven con una melena espesa y de buen calibre, se siente

en el sillón, agache sumiso la cabeza y le pida: «Al cero». Dice que les dejaría rapada la mollera a todos ellos sin cobrar, por el simple placer de hacerlo.

Cupido miró el cabello del Alkalino, duro, espeso y gris.

—De acuerdo, de acuerdo —cortó su digresión mientras le daba el chupete a Raúl, que se había despertado en el cochecito y había comenzado a protestar, molesto por algún rayo de sol que se colaba entre las hojas—. Ya veo que tus fuentes de información son infinitas. Continúa, por favor.

—Miranda se empeñó en que su hija estudiara Arquitectura...

—Para construir casas que luego vendería ella, supongo.

—Eso es. Pero Wendy no quería saber nada de constructoras ni de inmobiliarias. Ya tenía bastante con las muertes y ruinas de la familia por culpa de aquella profesión. Optó por lo contrario, por una de esas carreras de letras que según su madre no servían para nada, que eran un barniz social para señoritas ricas, Filosofía o Filología, algo así. Miranda se enfadó mucho, porque decía que para leer libros no era necesario ir cuatro años a una universidad en Madrid.

Raúl volvió a quejarse. Se le había caído el ensalivado chupete y Cupido lo limpió y se lo puso de nuevo en la boca, pero lo rechazó. Comprobó que el pañal estaba seco y meció con suavidad el cochecito sin que su queja se detuviera. Les habían dicho que los bebés lloran por hambre, por gases, por sueño o por suciedad en el pañal, pero en ocasiones, descartadas aquellas cuatro causas, Raúl se quejaba por alguna dolencia que ellos no adivinaban y que no sabían calmar. A su lado, Laura se removió un poco, pero siguió durmiendo. Por miedo a que la despertara, se levantó y le preguntó al Alkalino, que miraba inquieto al bebé:

—¿Paseamos un poco?

—Paseamos. Wendy volvió de Madrid al terminar la carrera —continuó el Alkalino cuando Raúl dejó de llorar, satisfecho con el movimiento—. En su casa, todo seguía igual: su madre sobrevivía con la agencia inmobiliaria y con sus sucesivas parejas, que nunca duraban demasiado tiempo. No tenía trabajo. Por entonces comenzó a salir con Jaime.

—¿Jaime?

—Sí. Supongo que no lo conoces, porque es de Madrid. Pero su madre, Berta, procede de Breda, de una familia de emigrantes. En Getafe, Berta se hizo policía, se casó con un gerente... o contable llamado Trino y tuvieron un hijo, Jaime. Nada que no fuera normal.

—Vale.

—Cuando Berta heredó la casa familiar en Breda, la reformaron y comenzaron a pasar aquí las vacaciones. No era nada del otro mundo, pero tenía un huerto que convirtieron en patio y donde instalaron una piscina. Ya no era tan extraño que, por diferentes motivos, vinieran a vivir a Breda personas que habían emigrado o que no habían nacido aquí. Incluso al contable le gustaban esas temporadas rurales. Y más disfrutaba el hijo, Jaime, que desde niño se integró en una pandilla de amigos.

—Las felices vacaciones infantiles en el pueblo de los abuelos.

—Algo así. La libertad de horarios y movimientos, el contacto con la naturaleza, con animales sueltos bajo cielos abiertos, el ocio sin prisas...

—Y Wendy comenzó a salir con Jaime, con el chico madrileño.

—Sí. Una relación muy intensa, sin demasiado recato hasta que, de un día para otro, ella apareció con una alianza en el anular. Decían que estaban muy enamorados, aunque Tasi sospecha que eligió a Jaime como podía haber elegido a otro cualquiera que la sacara del caos de la vida con su madre, que seguía con su pequeña

inmobiliaria y con su carrusel de parejas, y le ofreciera un proyecto de vida. En cualquiera de los dos casos, ya sabemos lo que ocurre a menudo con estos amores repentinos y apasionados...

—Como fuegos que lo queman todo con grandes luminarias, que expanden calor y sueltan mucho humo —lo interrumpió Cupido.

—Y dejan muchas cenizas —añadió el Alkalino—. Wendy se quedó embarazada y se casaron, a pesar de la oposición de los padres de Jaime, que no consideraban que el matrimonio fuera el único desenlace posible a la situación. Excepto ellos dos, parece que todo el mundo veía que era una de esas uniones que llevan incorporado el divorcio en la misma acta matrimonial, pero escrito en la letra pequeña que ellos no querían detenerse a leer. Wendy tenía veintidós o veintitrés años. Jaime, veintiuno. Y unos meses después nació su hija. La llamaron Paula, no siguieron esa moda actual de poner a los hijos nombres de ciudades: Madison, Alabama, Berlín, Paris, Asia, Brooklyn, Chelsea, Milán... —Por asociación de ideas, el Alkalino miró a los dos bebés, que de nuevo se habían dormido, mecidos por el paseo, y continuó—: La felicidad matrimonial duró poco tiempo... si es que de verdad existió alguna vez. Aquella relación que había empezado entre tracas de fuegos artificiales se apagó pronto y dio paso a discusiones y broncas de las que Wendy escapaba yéndose de casa.

—¿Adónde?

—Con su madre, Miranda... O, si tampoco quería estar con ella, al primer alojamiento disponible. Esos días podías encontrarla en cualquier sitio excepto en casa con él. Se habían casado precipitadamente, sin pensarlo, quizá porque el amor es así, nace con un estallido y se esponja y crece de modo fulgurante, me dijo Tasi, con esa sabiduría que se aprende en las peluquerías. —El Alkalino sonrió y prosiguió con el relato—: Jaime trabajaba en una

compañía de torretas eléctricas, que lo había contratado porque no conocía el vértigo y porque le gustaban mucho los animales. La instalación de líneas por todo el país para evacuar la producción de las nuevas renovables lo obligaba a ausentarse a temporadas y a ir de acá para allá. Los dos habían hablado muchas veces de cuánto les gustaría viajar y se habían propuesto recorrer el mundo entero y amarse en todas las ciudades e impregnarlas de su amor. Y ahora ella estaba encerrada en casa y Jaime pasaba muchas semanas fuera, porque era el especialista en las medidas para que no se posaran las aves en los tendidos y no se electrocutaran, para que no anidaran en las torretas. Desde niño se había interesado por los animales y se había convertido en un técnico protector. A la empresa le venían muy bien su labor y sus informes frente a las protestas de los ecologistas.

—Y Wendy se quedaba sola en casa con su hija, supongo.

—Sola y sin ayuda. De su madre, Miranda, poco podía esperar..., y de los padres de Jaime no quería aceptarla. Nunca tuvieron una buena relación, alguna vez le dijo a Tasi que se sentía controlada por ellos: ¡un suegro contable y una suegra policía! Un policía nunca deja de ser policía, decía de Berta. Se había casado con él para huir de la casa de su madre y no iba a meterse en la casa de los suegros. Ya te imaginarás que la maternidad para una persona sola puede ser agobiante.

—Lo imagino.

—En esas circunstancias, quizá no fuera muy rigurosa con el cuidado de Paula. El orden, la puntualidad, la moderación no le gustaban ni en su vida ni en la de los demás. Y eso también generaba conflictos... Si hay otros motivos, los ignoro, pero las discusiones entre ellos aumentaron. Cuando a él le daban descanso en el trabajo, era Wendy quien salía y lo dejaba solo en casa con la

niña, como en una revancha. Salía de fiesta, bebía en exceso, se divertía sin control... A veces iba muy pasada, con las pupilas como canicas, mientras Berta y Trino observaban alarmados su conducta, porque en sus cabezas no entraba que su hijo no fuera lo suficientemente bueno para ella. Ella no lograba ser feliz aquí, en Breda, insatisfecha con una vida reducida a cuidar a su hija y pasando mucho tiempo sola. Era fantasiosa y soñadora y con la vida que llevaba no podía dar salida ni a su fantasía ni a sus sueños. Había un enorme desequilibrio entre la situación de Jaime, que con un módulo profesional cursado en unos pocos meses desempeñaba un oficio que le apasionaba, y la de ella, que después de cursar una carrera y un máster no encontraba un trabajo y pasaba los meses sin hacer nada que le gustara.

—Imagino a Miranda repitiéndole a su hija: «Ya te advertí de que con esa carrera no irías a ningún sitio» —supuso Cupido.

—Wendy le pidió a Jaime que se buscara un empleo en Breda que no le exigiera tantos viajes. Pero ¿cómo iba a renunciar él a un trabajo bien pagado, que le gustaba y donde se sentía valorado? Y los dos comenzaron a hacerse daño. Quizá uno y otro se exigían cualidades que no tenían y, en cambio, desdeñaban las virtudes que podrían haber compartido. Quizá Jaime no daba importancia a sus quejas ni comprendía su insatisfacción; y puede que Wendy no fuera consciente del daño que le hacía con sus escapadas, del mismo modo que el fuego no es consciente del dolor de la quemadura ni el cuchillo lo es de la profundidad de la herida. Quizá se habían querido de verdad, pero no de la forma en que cada uno de ellos esperaba que lo quisiera el otro.

—¿Quién de los dos sufrió más?

—¡Buffff! Preguntas cosas que no sé responderte, que no sabría responder ningún testigo. Los sentimientos de una pareja solo lo

saben de verdad ellos dos. —El Alkalino alzó los hombros, y continuó —: Y un día, tres o cuatro años después de casarse, se marchó a Madrid.

—¿Así, de repente?

—Se lo contó a Tasi antes de irse. Tenía una entrevista para un trabajo relacionado con el mundo audiovisual... y debieron de aceptarla, porque se quedó y su estancia allí fue demorándose. La reacción de Jaime no fue comprensiva y Wendy cada vez tardaba más en venir. Se separaron y él se quedó aquí con la niña, Paula. Cuando no podía cuidarla, la cuidaban sus abuelos. Según ellos, Wendy había abandonado a su hija para irse a Madrid a trabajar en la farándula y un día le dijeron que no volviera, que no tenía instinto maternal, que no dejarían que la viera... En fin, las cosas que más podían dolerle. Luego, Jaime murió de forma trágica, al parecer en un accidente laboral, y el enfrentamiento se enquistó definitivamente.

—El amor puede surgir de un modo fulgurante, sí —recordó Cupido lo que habían hablado unos minutos antes—, y en cambio el odio suele tener un crecimiento lento, va fermentando con las discusiones hasta que un día asoma la cabeza. Y todavía se puede eliminar cuando es débil, pero si pasa el tiempo y se endurece, ¡luego es tan difícil de arrancar!

—Además, estaba Paula, que se convirtió en un campo de batalla, primero entre sus padres y luego entre su madre y sus abuelos. Y ya sabemos lo que ocurre en los campos de batalla.

—Que quedan arrasados —dijo Cupido.

El Alkalino hizo un gesto de impotencia.

—Y eso fue todo. Ya te he dicho que Miranda, su madre, había muerto y que Wendy aquí ya no tenía a nadie. No aguantaba el ambiente de Breda: el control de las vidas ajenas, los cotilleos, el

insaciable afán de escuchar historias sentimentales de traición y malicia, lo poco que la valoraban o que apoyaban sus sueños... O quizá simplemente es que creía que en Madrid podría encontrar gente que la quisiera de verdad.

—¿Y no le contó nada a tu amiga peluquera de su vida allí?

—No. Desde que se marchó de Breda cortó definitivamente el contacto con ella. Tasi la llamó varias veces por teléfono y le envió un par de wasaps. Ni le contestó ni le devolvió las llamadas. La última vez que lo intentó, una voz mecánica decía que ningún teléfono correspondía a aquel número. Lo había cambiado.

Cupido suspiró, porque aquel relato del pasado no aportaba ninguna pista concreta que lo ayudara en su búsqueda, más allá de la información sobre la familia de su exmarido.

—Y esto es todo lo que sé de Gwendolyne Barnes Paraíso, a quien todo el mundo conoce como Wendy Paraíso y a quien tú estás buscando porque ha aparecido en un vídeo, desnuda en la cama con un famoso futbolista. Y dudo que esta escasa información te ayude a encontrarla —añadió—. Aunque a veces nos creamos lo contrario, sabemos muy poco de los demás. Podemos conocer a qué se dedican, su edad y su profesión, dónde viven y con quién, adónde van o de dónde vienen, pero en el fondo ignoramos lo más importante y los juzgamos sin conocerlos, a partir de unos cuantos datos de archivo. Lo que creo es que si aquella chica de quince años que se encerraba en su cuarto para no hablar con su madre ni con las sucesivas parejas que traía a casa hubiera sido aceptada por sus amigas de clase, o si hubiera encontrado una pareja adecuada, habría tenido un futuro distinto y ahora tú no estarías buscándola a causa de un vídeo erótico.

—¿Has visto ese programa de la tele?

—Sí, la entrevista a la famosa modelo, la Emperatriz del Amazonas, casada con el famoso futbolista.

—Creí que no te interesaban esos temas.

—Al contrario, he escuchado la entrevista con atención. *¡Influencers!* Viven en otro mundo. Están tan acostumbradas a vivir en las pantallas como los santos en los altares, contemplando desde allí arriba a sus fieles sin escuchar sus peticiones, sus ruegos, sus plegarias...

—¿Tanto poder tienen?

—No me cabe ninguna duda. De lo que dudo es de que su influencia sea beneficiosa.

—¿Para quién?

—Ni siquiera para ellas mismas. Ya lo has visto. No puede decirse que ahora sea feliz con su vida privada al descubierto, objeto de chistes en todo el mundo.

—Gracias por la información, para mí es importante —dijo Cupido. Se había hecho tarde y Raúl comenzaba de nuevo a quejarse—. Y gracias también a tu peluquera. Hasta creo que debería ir yo personalmente a dárselas.

—Le gustará que se lo agradezcas. Porque te falta por escuchar el último dato que me contó.

—¿Qué?

—Paula ha dicho en el colegio a todos los compañeros y profesores que hayan querido oírla que su madre va a ir a buscarla.

14

Gusanos

—¿Siguen ahí?

—Sí —responde Trino, que se ha pasado la mañana vigilando la calle tras las cortinas de la única ventana que no tiene la persiana bajada. La postura forzada le ha provocado un molesto dolor en las cervicales y una rigidez que le aprieta la nuca y le dificulta los giros de la cabeza.

La noche anterior habían visto el programa TeleCorazón y esta mañana se despertaron con la noticia de que la mujer que aparecía en el vídeo erótico con un futbolista era ¡Wendy! No se habían repuesto de la sorpresa cuando a media mañana los buitres comenzaron a llamar a la puerta de la verja y, al abrir, los fotografiaron desde la calle y los martillearon a preguntas: si ellos eran los tutores de la hija de Wendy Paraíso, si habían hablado con ella, cuándo la habían visto por última vez o cuál era su opinión sobre el vídeo con el famoso futbolista. Hasta mostraron una aparente preocupación por la niña, como si Paula les importara algo a aquellos carroñeros. Trino se quedó paralizado por la sorpresa, pero Berta les dio un portazo en las narices y desde entonces no han respondido al timbre ni a las llamadas al teléfono fijo. ¿Cómo habían conseguido el número? En la calle siguen aparcados dos coches, uno de TeleCorazón y otro de una radio regional, a pesar de la llovizna.

Un grupito de reporteros espera fumando y charlando con cara de aburrimiento.

—Tenemos que ir al colegio a recoger a Paula —dice Berta.

—Y yo tengo que salir a buscar hojas de morera. Los gusanos están sin comida.

El teléfono fijo vuelve a sonar a sus espaldas y Berta mira el número.

—Desconocido. Será otro periodista.

—¿Cómo hacemos?

—Yo salgo y me encargo de que me sigan. Sé cómo se hacen estas cosas. Tú esperas tres o cuatro minutos, sales con el coche y vas a recoger a Paula. Toma. —Le entrega un sándwich envuelto en papel de aluminio—. Os vais a buscar las hojas de morera y le das la merienda en el parque. No creo que ningún mierda de esos os siga, con la niña no se atreverán.

—Vale.

Berta se pone un sombrero para la lluvia que le cubre la frente hasta los ojos, se encaja en los oídos unos auriculares inalámbricos y se coloca una mascarilla quirúrgica que le da un aire clandestino.

—¿De acuerdo?

—Sí.

—Y no te despistes.

Atraviesa el patio, sale a la calle con paso rápido e intencionadamente furtivo, agachando la cabeza, y camina deprisa por la acera, mirando hacia delante. Su aire clandestino es todo lo que necesitan los reporteros, que tiran al suelo los cigarrillos, encienden las cámaras y los micrófonos y la siguen. Berta sabe bien cómo atraerlos. Durante sus años en la policía ha contemplado y asistido a situaciones semejantes y conoce los tics necesarios para sugerir intenciones ocultas.

—¿Cómo está la familia, Berta?

—¿Preocupados por el vídeo?

—¿Habéis tenido alguna noticia de Wendy?

—¿Puedes hacer unas declaraciones para la radio? Hay mucha gente que comprendería cualquier reacción vuestra.

Le preguntan sin tregua, con tono comprensivo y cómplice, tuteándola, envolviendo en suavizante toda la suciedad de sus programas, caminando a su lado, subiendo y bajando de la acera, esquivando los charcos de la lluvia, grabándola y acercándole los micrófonos a la boca tapada con la mascarilla, y ella tiene que contener las ganas de darles un puñetazo. Poco antes de llegar a la esquina, distingue un coche con un hombre dentro que mira con desagrado aquel acoso y no puede evitar un gesto de fastidio. Sin dejar de caminar, saca el móvil, como si respondiera a una llamada, y nota cómo aumenta el interés de los periodistas. Finge que mantiene una conversación pronunciando palabras sueltas, «sí», «no», «vale», «claro», «adiós...», hasta llegar a la panadería, doscientos metros más adelante. Compra una libra de integral, media empanada y, de regreso a casa, observa que ya no está en la esquina el coche con el hombre dentro. En el garaje tampoco está su Volvo: Trino ha salido.

Trino comprueba que los periodistas han seguido a Berta y solo entonces arranca el coche y conduce hasta el colegio. Lleva con él a *Buscapiés,* que también comprende la necesidad de sigilo y no ladra, aunque detecta la tensión, está nervioso y lo mira inclinando la cabeza con gesto interrogativo. Lo deja dentro, sin hacer caso de

sus protestas, entra en el colegio y enseguida sale con Paula de la mano, que ya estaba esperándolo.

—Hoy vamos al parque a coger hojas de morera.

La niña sonríe contenta, montan en el Volvo y conduce hasta el parque de las afueras, tras el hotel Europa. Bajan y, antes de nada, se sientan en un banco algo apartado y Trino le da el sándwich que le ha preparado Berta. Espera a que lo coma, mientras *Buscapiés* la mira babeando, a la caza de los trozos que le arroja. Al terminar, caminan hasta la zona de juegos con el suelo de gravilla, sin percatarse del hombre alto que los observa desde fuera del parque, sin bajar de su coche.

Paula corre hacia el columpio y Trino la empuja durante unos minutos, hasta que ella se cansa, aburrida o tal vez inquieta por el agrio chirrido que emiten las cadenas, lo abandona de un salto y va a tirarse por el tobogán mientras el nervioso perrillo traza alegres órbitas a su alrededor.

Por la vía peatonal pasan dos corredores, una ciclista y una pareja de adolescentes, y Trino los observa sin alarma. Solo llama a Paula junto a él, procurando que no advierta que no para de vigilar, cuando distingue a una mujer con un gorro que camina hacia ellos. Al comprobar que no se trata de Wendy, vuelve a relajarse.

—Vamos a coger hojas —le pide Paula.

—Vamos.

Rodean el estanque y caminan hacia una zona con unas viejas moreras muy altas de copa. Trino elige una de ellas donde las hojas le parecen de un verde más jugoso y nutritivo, busca un palo por el suelo y levanta la cabeza con esfuerzo, porque el dolor del cuello lo inmoviliza. Como es de baja estatura, se empina para golpear las ramas y desprender algunas hojas, que Paula recoge y guarda en una bolsa de plástico.

Al dejar de mirar hacia la copa, Trino ve a un hombre muy alto que llega junto a ellos, pero no hay nada en su aspecto que lo alarme, no lleva micrófonos ni cámaras fotográficas. Se dispone a seguir cogiendo hojas cuando advierte que Paula está mirando al desconocido como si le pidiera ayuda. Hasta *Buscapiés* lo observa con la misma curiosidad con sus grandes ojos brillantes, casi humanos.

—Si quiere, puedo ayudarlo —se ofrece el desconocido.

Trino calibra su estatura, mira la altura del árbol, asiente y le entrega el palo. El hombre, de brazos largos, varea la rama y unas hojas caen enseguida al suelo, donde las recoge Paula. Luego el hombre se dirige a la niña y le pregunta:

—¿Quieres cogerlas tú?

—¡Sí! —acepta encantada.

Le entrega el palo y, tras un gesto de permiso a Trino, la eleva en brazos por encima de su cabeza.

—Golpea fuerte.

Entre risas, como ante una piñata, Paula unas veces golpea el aire y otras atina en la rama. Si caen algunas hojas, suelta una carcajada, como si fuera el juego más divertido del mundo. En el suelo, *Buscapiés* da vueltas alrededor y emite algún ladrido, participando del mismo regocijo, aunque no comprenda tanta alegría por un botín tan absurdo como las hojas de un árbol.

—¡Más, más! —grita la niña.

Por fin, Trino dice:

—Ya tienes suficiente, Paula. Hay que bajar, que este señor estará cansado de sujetarte en brazos.

Paula arranca unas últimas hojas y acepta bajar a recoger las que han caído.

—¿Tienes bastante o quieres más? —le pregunta el hombre alto.

La niña mira a su abuelo, consultándole con la mirada. Trino asiente y ella dice:

—Ya tenemos bastante.

—¿Qué se dice? —le indica Trino.

—Gracias.

—De nada.

—Son para mis gusanos de seda.

—Yo también criaba gusanos de seda cuando era pequeño.

Paula lo mira muy seria, como si le costara imaginar que un hombre tan alto haya sido niño alguna vez.

—Yo también tenía cuando era muy pequeña, pero se murieron.

—¿Se murieron?

—Sí. Comieron hojas envenenadas y se pusieron enfermos —murmura Paula, apenada.

—¡Vaya, qué lástima! —lamenta el hombre, que mira hacia las copas de los árboles—. Como ha llovido mucho, estas hojas están muy limpias. Creo que les gustarán a tus gusanos.

Paula se queda pensativa unos segundos y le propone, muy seria:

—¿Quieres venir a verlos?

—No sé...

Paula se dirige a Trino:

—Abuelo, ¿puede venir a ver mis gusanos?

Trino hace un gesto de duda, pero Paula insiste:

—Por favor, abuelo. Es amigo nuestro.

En ese momento el hombre alto ha debido de notar una sensación extraña en el pie y, cuando mira, descubre que *Buscapiés* le está orinando en el zapato, aprovechando que todos tienen la atención puesta en los árboles.

—*¡Buscapiés!*—grita Trino. Coge al perrillo, lo sujeta con la correa y le riñe dándole un tirón mientras pide disculpas—: ¡Perdón,

perdón! Me he distraído y...

—Le has gustado —ríe Paula—. *Buscapiés* solo le hace pis a la gente que quiere, para decirle que es su amigo. Abuelo, ¿puede venir con nosotros a ver los gusanos?

—Vale —acepta—. Podrá limpiarse el zapato en casa.

El desconocido sube al coche con ellos, en el asiento del copiloto. Atrás van Paula y *Buscapiés,* ella con la bolsa de hojas en las manos y el perrillo escuchando con atención todo lo que dicen.

Trino abre la puerta del garaje con el mando a distancia unos segundos antes de llegar a la casa, de modo que los periodistas —solo queda un coche— apenas tienen tiempo de hacer unas fotografías.

—¿Qué tal ha ido? —les pregunta Berta.

—Hemos cogido muchas hojas —le cuenta Paula dándole un beso.

—¡Qué bien! —responde Berta sin dejar de observar al hombre que ha llegado con ellos.

Trino le cuenta que, mientras el hombre les ayudaba a coger hojas, que estaban muy altas, *Buscapiés* le orinó en el zapato y en el bajo del pantalón y que lo han traído para que pueda limpiarse... y para que Paula le enseñe sus gusanos. Ha sido muy amable ayudándolos.

—Perdona lo del perro... No lo puede evitar, es socio preferente del club de los zapatos y en cuanto nos descuidamos los marca con tinta amarilla. No puede resistirlo.

—No tiene importancia.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Berta.

—Ricardo Cupido.

Berta se queda pensativa unos instantes y luego bromea:

—Puedo dejarte unos calcetines para que te cambies y te lavo los tuyos, aunque me temo que unos pantalones de Trino no te

quedarían bien.

—No es necesario, no te preocupes.

Berta se dirige a Paula:

—¿Por qué no vas a darles la comida en tu habitación?

La niña se resiste, quiere enseñarle los gusanos, pero Berta la convence para que espere un poco, porque antes tiene que cambiarse el calcetín mojado y tienen que hablar con él. Le promete que la avisarán enseguida para que baje. Paula sube a su cuarto con la bolsa de moreras y, cuando ha desaparecido, Berta dice:

—Le gustan mucho los animales.

—Igual que a su padre —apunta Trino con voz quebradiza—. Se llevaba bien con todos ellos, que se acercaban a él sin miedo. Era capaz de hechizar a los lobos.

Berta riñe al perrillo, que la escucha moviendo el rabo:

—Así que la has vuelto a liar, ¿eh? —Mira a Cupido y cambia el tono de voz—: Mi hijo Jaime lo encontró en un contenedor de basura, metido en una bolsa de plástico. Le puso ese nombre porque desde cachorro correteaba confiado entre los pies de todo el mundo, sin miedo a que lo pisaran. Le gustaban mucho los animales. Ahora, *Buscapiés* también lo echa de menos y lo sigue buscando. Comenzó a orinar en los zapatos de algunos hombres desde que él murió, antes nunca se había comportado así. Pero solo se lo hace a la gente que le gusta y considera que son amigos, de su misma tribu..., aunque, claro, la gente no lo sabe y hay que explicárselo. Muchos se enfadan... ¿Tienes hijos?

—Sí. Gemelos.

—¡Vaya! Creía que los detectives no tenían hijos... ¡Y hasta creía que los detectives no tenían pareja estable!

—¿Me conoces? —se sorprende Cupido.

—Te he identificado cuando has dicho tu nombre. Te vi hace una hora dentro de un coche, en la esquina, y ya entonces sospeché que no estabas allí por casualidad. Y luego, al decir cómo te llamas... Un policía nunca deja de serlo.

—¿Quieres decir que...? —balbucea Trino, sorprendido.

—Sí, no es una casualidad. Ha venido a hablar con nosotros. Ricardo Cupido. Como el del arco, pero sus flechas no son amorosas, sino investigadoras.

—Lo siento, no pretendía ocultarlo. Pero no quería decirlo delante de Paula.

—Entonces, le ruego que se marche... —comienza a hablar Trino, molesto, con la voz renqueante y anticuada.

—No —lo interrumpe Berta, a quien le ha gustado que se disculpe, no es habitual que un detective lo haga—. Soy yo quien quiere hablar con él. Sospecho que tenemos intereses comunes.

—Creo que sí.

—¿Así que tú también la estás buscando?

—Sí.

—¿Y quién te ha contratado?

—Digamos que la parte del futbolista para evitar que el vídeo se difundiera.

—Pues no has tenido mucho éxito —dice Trino.

—¿Y sigues buscándola?

—Sí. Ya no se puede evitar la difusión, pero sí se puede evitar que haya más escándalos. Wendy todavía no ha aparecido.

—Y nos vigilas a nosotros porque crees que sabemos algo.

—Y ¿sabéis algo? ¿La habéis visto?

—No, pero tú crees que vendrá a vernos.

—Vendrá a ver a su hija. Paula se lo ha dicho en el colegio a los compañeros de clase y a algunos profesores.

Berta y Trino se miran.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabe todo el mundo.

—A nosotros Wendy no nos importa ya. Solo nos importa Paula —apunta Trino.

—¿Qué tenéis contra ella?

—Mató a nuestro hijo.

—Nuestro único hijo. No podíamos tener más —añade Berta.

Cupido hace un gesto interrogativo y Berta mira a Trino antes de hablar.

—Porque en nuestra familia hay una maldición y temíamos que también recayera sobre Jaime.

—¿Qué maldición? —pregunta con un gesto de extrañeza el detective, que se resiste a creer en supersticiones.

—En mi familia, cuando se tiene más de un hijo, siempre mueren los primogénitos, siempre jóvenes y siempre de forma traumática. Mi padre perdió a su hermano mayor, que se cayó de una forma absurda del tejado de su casa cuando estaba arreglándolo, y mi madre también perdió al suyo en un accidente de tráfico. Tuvieron tres hijos, yo soy la pequeña. Mi hermano mayor murió ahogado de forma incomprensible, porque nadaba muy bien... Murió para que yo viviera. —Se detuvo para controlar el temblor de su voz—. Cuando creíamos que no habría más desgracias, el hijo mayor de mi hermana murió de leucemia poco después de nacer su segundo hijo... Ya sé que parece increíble, pero es imposible no pensar en todas esas muertes como una de las plagas de Egipto. Cuando nació Jaime lo quisimos con todo nuestro corazón, lo cuidamos con todos nuestros esfuerzos y lo educamos lo mejor que supimos, siempre con un oscuro temor de que le ocurriera algo. Y ya habíamos

olvidado aquellos temores cuando conoció a Wendy y se casó con ella... Ya te habrán contado cómo murió.

—Y ahora..., ahora tenemos que proteger a Paula, porque es lo único que nos queda —murmura Trino.

—Pero también su madre tiene derecho a ver a su hija —se opone el detective, pronunciando la palabra «madre» con la mayor neutralidad posible.

—¿Su hija? Paula no es su hija. Ella dejó de ser su madre.

—La condición de madre no se pierde nunca —insiste, sorprendido de ejercer de abogado defensor de alguien a quien no conoce—: A quien de verdad le hacéis daño es a Paula.

—Es Wendy quien la ha abandonado.

—Se diría que la odiáis —murmura.

—Todo el mundo odia a alguien. ¿Acaso tú no?

El detective, como si hubiera hablado demasiado, no responde y Berta y Trino, alternándose en el relato, le cuentan las razones de su encono hacia ella:

—Nunca vimos con agrado su relación, pero a Jaime no le dijimos nada. Nos apartamos a un lado y respetamos su voluntad hasta que ella se quedó embarazada y decidieron casarse. Nos parecía prematuro, había otras formas de organizarse como pareja y de asumir su responsabilidad sobre la niña sin necesidad de un matrimonio tan precipitado... Pero ellos se lanzaron a cruzar el río antes de construir el puente... y también lo aceptamos.

—Porque siempre hemos creído que ser buenos padres no consiste solo en cuidar a los hijos cuando necesitan cuidados. También hay que facilitarles su independencia cuando necesitan independencia.

Ellos vivían en Madrid y temporalmente les cedieron la casa de Breda para que se mudaran a ella cuando a Jaime lo contrató una

empresa de instalación y mantenimiento de tendidos eléctricos en la zona, de las nuevas líneas para la evacuación de las energías renovables.

—A pesar de su juventud, era el encargado de aplicar en los tendidos las medidas para que las aves no chocaran ni se electrocutaran con los cables. Conocía los nombres de todos los pájaros.

—Nos acordamos de él cada vez que ahora vemos las señalizaciones y aislantes, los apoyos y salvapájaros colocados en los cables —añade Trino.

—La empresa lo había contratado porque lo sabía todo sobre los animales. Desde niño siempre estaba jugando con bichos, recogiéndolos del campo, sobre todo cuando veníamos a Breda los veranos. Era fácil que en casa nos asustara una rana que saltaba desde el lavabo o que un pájaro saliera volando del armario, o encontrar un grillo entre los jerséis... Al principio, a Wendy también le gustaba el trabajo de Jaime, pero cuando se quedó embarazada y nació Paula, ya no le hacía tanta gracia que tuviera que salir de noche por una avería o que pasara un mes fuera instalando una línea en otra zona. ¿Y qué podía hacer Jaime? Ella no trabajaba y él cobraba un buen sueldo. Nosotros nos sentíamos orgullosos de él cuando lo veíamos allí arriba, en lo alto de las estructuras metálicas, reparando algo, tensando los cables combados de torreta a torreta, o instalando las señales para proteger a las aves. Parecía un escalador. Cuando volvía a casa con el casco y aquellos correajes amarillos del arnés, era como si viniera de tirarse en paracaídas después de haber contemplado la Tierra desde allí arriba.

—Paula se parece mucho a él —dice Trino.

—Cuando empezaron los problemas, veíamos a nuestro hijo sufrir por ella, fingíamos no saber nada, no queríamos interferir, nos

apartábamos a un lado y de ninguna manera íbamos a contribuir a fomentar las discusiones. Wendy siempre había sido muy peculiar y no era fácil llevarse bien con ella, nunca acertábamos a saber lo que quería. Nos rechazaba cuando la invitábamos a casa, pero también se enfadaba si no la invitábamos. A Trino y a mí nos educaron para no crear problemas a nadie, y hasta para ocultárselos a quienes tenemos cerca, y seguimos creyendo que aquella actitud fue la mejor que pudimos adoptar mientras pasaban aquella crisis.

—Jaime nunca nos contaba nada, se lo callaba todo. Nunca quiso pedirnos ayuda —dice Trino.

—¿Ayuda?

—Para defenderse de ella.

—Quizá porque tampoco Wendy contaba con la ayuda de nadie —la defiende el detective, que parece incómodo con aquella causa general contra una persona ausente.

—En cualquier caso, llegó un momento en que ya no podían seguir ocultando sus conflictos —corta Berta—. Aquello no era una crisis pasajera, era una incompatibilidad radical entre ambos. Jaime seguía enamorado de ella..., dolorosamente enamorado, pero nosotros perdimos la esperanza de que Wendy volviera a quererlo... si es que de verdad lo había querido alguna vez. Y un día ella se marchó a Madrid a buscar trabajo y lo dejó solo con la niña. Yo acababa de jubilarme y vinimos a Breda para ayudarlo, con la idea de que sería una estancia temporal. Nos encargábamos de Paula mientras él se iba a trabajar. Hicimos reformas en la casa, renovamos la cocina, cambiamos la carpintería metálica de las ventanas para mejorar el aislamiento, compramos algunos muebles y cada vez estábamos más cómodos. Al principio, Wendy llamaba por teléfono a su hija casi todos los días, pero cuando se ponía Jaime, a menudo terminaban discutiendo. Luego ella comenzó a espaciar las

llamadas... Jaime, a pesar de todo, seguía confiando en que ella volvería y se reconciliarían. Con cualquier motivo, por su cumpleaños, su santo o cualquier aniversario, le enviaba regalos a su dirección en Madrid, pero Wendy no reaccionaba...

—¡Ni siquiera le contestaba! —interviene Trino, enfadado, como si Cupido la hubiera contradicho—. Y si recibes un regalo, una de dos: o tienes la dignidad de rechazarlo, o, si lo aceptas, al menos debes dar las gracias a quien te lo envió.

—Wendy venía a ver a su hija de vez en cuando, algún que otro fin de semana, pero cada vez pasaba más tiempo entre visita y visita, decía que se lo impedía el trabajo... Una Navidad solo llegó un paquete con un peluche de un pingüino remitido desde Barcelona, donde al parecer estaba actuando en una compañía de teatro. Y poco después se vio envuelta en aquel asunto de la marihuana.

—¿Qué ocurrió?

—A un amigo suyo lo pillaron traficando con algunas cantidades de maría y a ella la implicaron en el tráfico. Jaime se disgustó mucho y consiguió que le concedieran la guarda y custodia de Paula. Wendy no lo aceptó y su relación se rompió definitivamente. Sin embargo, la ruptura, en lugar de ayudarlo, lo desestabilizó aún más, unos días estaba deprimido y otros días irritable.

—Y una mañana...

—Murió —Berta acude en su ayuda al ver que a Trino se le quiebra la voz.

—¿Cómo?

—Cayó desde lo alto de una torreta eléctrica cuando colocaba unos aislantes... Hubo una autopsia, claro, como en cualquier accidente laboral. Los análisis de sangre revelaron que había tomado tranquilizantes..., y en esas condiciones no tenía que haber ido a

trabajar. No hubo indemnización. La empresa alegó que no podía descartarse un suicidio.

—¿Y vosotros que creéis?

—Nosotros... —murmura Trino mirando a Berta, como si le pidiera permiso para hablar.

—Ella es distinta de nosotros —dice Berta—. Siempre estaba nerviosa, insatisfecha, buscando no sé qué... A nosotros nos gusta ver alrededor las cosas que conocemos, y a Wendy le gustaba conocer cosas que no veía a su alrededor.

—¿Y a Jaime?

—¿A Jaime?

—¿Qué le gustaba?

Berta lo piensa unos segundos.

—Jaime estaba desgarrado entre los dos mundos. Wendy se lo llevó al suyo... y lo destrozó.

—Lo mató. Ella mató a nuestro hijo, cuando le quedaba tanta vida por vivir —dice Trino—. ¿Sabes que ni siquiera apareció en el entierro?

—Luego decidimos quedarnos en Breda, donde había nacido Paula, donde tiene a sus amigas y donde su padre quería que viviese. Y desde que su madre no está por aquí, los tres hemos vivido más tranquilos. ¿Entiendes ahora por qué he querido hablar contigo?

—Sí.

—Porque, cuando la encuentres, queremos que le digas una cosa. Que no permitiremos que se la lleve. Y menos aún después del escándalo que se ha montado con ese vídeo.

—¿Creéis que ha sido ella quien lo ha difundido?

Berta se queda pensativa unos instantes.

—No, creemos que no. Wendy tiene muchos defectos, pero no es una chantajista. No tiene valor para eso.

—¿Y sabes dónde podría esconderse?

—¡Ni idea! Pero espero que no haya venido a Breda. Si la encuentras, dile que no se atreva a aparecer por aquí.

Han terminado de hablar. Cupido se despide de ellos y, como si lo hubiera oído, Paula aparece en la puerta del salón con la caja de zapatos donde guarda sus gusanos de seda.

—¿Quieres verlos? —le propone—. Son muy simpáticos. Les he hablado de ti, les he dicho que tú les has traído las hojas de morera.

—Claro que sí.

Le enseña al detective cómo devoran las hojas tiernas que acaban de traerles y Cupido los acaricia suavemente y deja que uno de ellos le suba por el dedo.

—¿Vendrás otro día a coger más hojas con nosotros?

—Quizá. Ahora tienen comida para muchos días.

—No muchos. Son muy tragones.

—Lo intentaré. —No quiere prometerle nada.

Cuando el detective se despide de ellos, Berta lo observa por el pequeño hueco entre las cortinas. Había oído hablar de un detective privado en Breda que había resuelto algún caso por la zona, pero hasta ahora no le había prestado mayor atención. Y, ciertamente, no era el típico detective investigando el típico caso de la típica adolescente desaparecida. Poco tenía en común con otros que había conocido en su trabajo como policía: no le ha parecido el tipo endurecido, astuto y receloso, curtido y frío que no pestañea oiga lo que oiga, con el pelo grasiento y orejas de murciélago, con poca delicadeza en la expresión de sus opiniones, más proclive a pelear que a pensar y cuyos méritos proceden más de los puños que de la mente. No, él no pertenecía a esa cuadrilla. Al contrario, los ha

escuchado sin interrumpirlos, tomando nota mental de todo lo que decían, observándolo todo desde su altura con una poderosa visión periférica que le permite ver no solo lo que tiene delante de los ojos, también lo que se mueve alrededor del centro enfocado, con un gesto de atención en su rostro atractivo, de rasgos firmes, bien definidos, el pelo corto y las piernas largas, receptivo a cualquier palabra en principio intrascendente o a cualquier detalle imperceptible. No parecía fingir y sentía auténtico interés por lo que le han contado sobre Wendy, más allá de su obligación profesional. Y, además, por cómo se ha portado con Paula, sabe tratar a los niños. Desde luego, no ha aprendido su oficio en un curso por correspondencia, concluye.

Han hablado de conflictos y sufrimiento, de la muerte de su hijo, del pasado doloroso y oscuro de su relación con Wendy, de la amenaza que pesa sobre el futuro de Paula, pero el detective preguntaba con amabilidad y sin ratonerías, y sus preguntas, ahora se da cuenta, terminaban pulsando un punto neurálgico, la llaga, el hueco de la pérdida. Berta recuerda que la policía tiene otra manera de interrogar. La policía actúa como un cazador con una red en la mano para atrapar al canario, meterlo en una jaula y esperar a que cante. Lo sabe bien porque ella lo ha practicado. Quizá por eso, y a pesar de las discrepancias sobre Wendy, el detective le ha generado confianza: una de esas personas con las que te encuentras en el asiento de al lado en un viaje de tren y a los treinta minutos le estás contando cosas de tu vida que ocultas a la persona con la que llevas conviviendo trescientos años. No sabe si la habrá creído, si habrá detectado que no le ha contado toda la información sobre Wendy. Por ejemplo, que cuando envió un regalo para Paula en las segundas navidades tras su marcha, ella lo escondió sin decírselo a nadie, ni

siquiera a Trino, convencida de que cuanto antes olvidara Paula a su madre, antes dejaría de sufrir por ella.

Respecto a Wendy, hay determinadas cosas de las que ella tendrá que encargarse, todavía no ha terminado, porque Trino nunca sería capaz de hacerlas. Trino nunca ha sido combativo y no va a serlo ahora, cuando ha empezado a temblarle la mente.

15

Amor

Desde su coche, Cupido vio pasar al grupo de cuatro o cinco reporteros tras la mujer que había salido caminando de la casa y no se sorprendió cuando, unos minutos después, se abrió la puerta de la cochera y salió un coche conducido por un hombre. Arrancó y lo siguió hasta el colegio junto al parque, donde el conductor bajó a media altura una ventanilla trasera para que respirara un perrillo de color gris que asomó la cabeza y protestó con un ladrido porque lo dejaban solo. El hombre, de unos setenta años, entró en el colegio y unos minutos después apareció con una niña de unos siete años de la mano.

Subieron al coche, que circuló en dirección contraria a la casa hasta el parque cercano al hotel Europa, en las afueras de la villa. Bajaron el hombre —Trino, según la información del Alkalino—, la niña y el pequeño perro. Se sentaron en un banco y esperaron a que ella se terminara el sándwich, aunque le dio el último trozo al perro, que lo esperaba salivando.

Desde su coche, Cupido oyó cómo la niña llamaba «abuelo» al hombre y él a ella, «Paula». No conocía a sus padres —el padre muerto, la madre desaparecida—, pero observó que ambos, más allá de la edad, mostraban parecido físico y una gran complicidad. Paula corrió hacia el columpio, en un espacio con suelo de gravilla, un poco abandonado y no demasiado limpio, y el hombre la empujó

durante unos minutos, hasta que ella se cansó y jugó entonces a deslizarse por el tobogán.

Por la vía peatonal pasaron dos corredores, una ciclista y una pareja de adolescentes, pero solo en una ocasión, al distinguir a lo lejos a una mujer con un gorro que caminaba hacia ellos, vio ponerse alerta al abuelo y llamar a Paula junto a él. Cupido dedujo que no temía a los posibles periodistas, sino a la madre de la niña, que había anunciado que iría a buscarla. Al comprobar que no se trataba de Wendy, volvió a relajar su vigilancia.

El detective salió del coche para seguirlos cuando comenzaron a caminar hacia el fondo del parque, tras un estanque circular, donde se detuvieron a mirar las copas de varios árboles, grandes y viejos, como si buscaran nidos, hasta que comprendió que eran moreras y que querían coger hojas, posiblemente para alimentar gusanos de seda. Como no alcanzaba las ramas, Trino buscó un palo por el suelo y miró hacia lo alto, torciendo la cabeza como si algún dolor le impidiera levantarla. Golpeó las ramas y desprendió con dificultad algunas hojas, que la nieta guardó en una bolsa de plástico.

Cupido caminó despacio hacia ellos y se ofreció a ayudarlos. Aceptaron y a partir de ese momento todo fue fácil: el contacto, la simpatía de Paula, la orina del perro en su zapato y el ofrecimiento para acompañarlos a casa a limpiarse y a ver los gusanos de seda.

Al llegar a la casa, sin embargo, la actitud de Berta fue distinta. Era una mujer fuerte, cuya antigua profesión de policía se mantenía como un halo en torno a ella. Llevaba el pelo a lo *garçon,* y Cupido supuso que, si hubiera sido hombre, lo llevaría rapado, como ahora les gustaba a los agentes más jóvenes, aunque antes ese era el corte de los malos. Subida en lo alto de los tres escalones para acceder a la casa, daba una sensación de fortaleza y de prudencia, de pensar bien las cosas antes de decidirse a hacerlas.

Ante la sorpresa de Trino, lo identificó enseguida como detective privado, pero no se negó a hablar con él sobre Wendy. Y Cupido, con largos silencios, inmóvil, había escuchado atento su dolorido relato de la intimidad familiar, que completaba la información que el Alkalino le había contado sobre Wendy y Jaime, el añorado hijo muerto trágicamente, en cuyo altar seguían quemando incienso.

Nunca era inútil lo que le contaban. En el silencio de las pausas de la larga conversación se oía el murmullo de Paula en su habitación hablándoles a sus gusanos de seda, e instándoles a comer las frescas hojas de morera que les habían traído. Como detective, en el desarrollo de algunas investigaciones había tenido que disimular o callar lo que sabía, pero si no era imprescindible, seguía fiel a su norma de no mentir nunca. Y no les ocultó su desacuerdo por el modo como juzgaban a Wendy, oponiéndose a que viera a su hija. Le parecía que, si se había equivocado, le estaban haciendo pagar muy cara su equivocación y ya era hora de que la perdonaran.

Salió de la casa un poco sorprendido de haber conseguido tanta información sin esforzarse apenas. Mientras los periodistas seguían apostados en la calle, a la espera de una declaración o de unas fotos, oyó que cerraban la puerta a sus espaldas como si bunkerizaran la casa ante la llegada de un huracán anunciado por los satélites.

Unas horas más tarde, con los gemelos durmiendo, Cupido se sentó frente al televisor para ver la transmisión del partido del CF Iberia en la Liga.

—¿Ahora te interesa el fútbol? —sonrió Senda.

—Me interesa un futbolista.

—¿El del escándalo de la chica desaparecida?

—Sí.

Senda se sentó junto a él.

—¿Quién es?

—El número 9. Gamma. —Lo señaló.

—Supongo que media España está viendo el partido porque le gusta el fútbol y la otra media lo está viendo porque le gusta el morbo.

Senda le contó que, después de identificar como Wendy Paraíso a la chica del vídeo erótico, el programa con los periodistas tertulianos del corazón —todos tertulianos, todos del corazón, pero en realidad ninguno periodista— había seguido sacando punta a la noticia y avivando el interés de la manada, que se mordía las uñas esperando nuevas dosis de carnaza, recién arrancada del cuerpo de la víctima. Todos estaban como locos intentando localizarla.

—¿Para que acuda al programa y meterla en la corrala? ¡La devorarían! —dijo Cupido.

—¿Tú crees?

—No puedes encerrar a una gacela en una jaula llena de tigres y esperar que salga dos horas después con los miembros intactos y sin la piel a tiras.

Senda se levantó y volvió de la cocina con una bandeja sobre la que había una botella de vino, un par de sándwiches, un platito de pistachos y otro de galletas saladas. Cupido descorchó la botella y el tapón saltó con un alegre estallido al verse liberado de la presión del cristal. Sirvió dos copas.

—Me sigue pareciendo vergonzoso que sea ella quien tenga que esconderse por un vídeo que no grabó, cuando quien debería sentirse avergonzado es Gamma... y todo su equipo.

—¿El equipo? Un equipo de fútbol no tiene vergüenza, un equipo de fútbol solo tiene ambición. Lo único que temen es que este asunto afecte a los resultados deportivos.

En la tele repetían las imágenes de una falta que le habían hecho a Gamma. Ante sus protestas, el defensa se agachó hacia él y le dijo algo llevándose la mano a la boca para que no pudieran leerle los labios. Gamma se levantó irritado, se encaró con él y ambos se empujaron con las frentes como dos búfalos.

Cuando unos minutos después Gamma cogió el balón para lanzar un tiro libre, en el campo subió el volumen de los gritos y de un cántico cuya letra no lograron entender, pero que consiguió ponerlo nervioso, porque el balón se fue a las gradas, muy alto, para regocijo de los espectadores. Estaba nervioso, llegaba tarde o se precipitaba e incluso falló un gol a puerta vacía. El entrenador decidió retirarlo del campo y las cámaras captaron el puñetazo que le dio a la cubierta del banquillo.

Las copas estaban vacías de nuevo y Cupido sirvió el resto del vino.

—¿Sabes que no es tan aburrido el fútbol? —le dijo Senda cuando finalizó el partido, aunque no se habían marcado goles. Habían terminado la botella y Cupido la abrazó y comenzaron a besarse.

—¿Crees que nos dejarán esos dos? —susurró sin apenas separar los labios de su boca, señalando con la mano hacia el dormitorio de los gemelos.

—¿Que nos dejarán ver el fútbol? —sonrió Senda.

—Algo más divertido que el fútbol.

—¿Y qué es? —le preguntó Senda con un tono provocador. Muy lejanos habían quedado los mil días que necesitó para dejar atrás la época de Mistralia y recuperar el humor fresco y juvenil.

—Esto.

La besó de nuevo, pero se separó enseguida para no perderse lo que estaba viendo en sus ojos.

—Vamos al dormitorio —murmuró Senda, y al levantarse se tambaleó un poco, de modo que se arrojó sobre él con una risa floja —. Estoy mareada, todo me da vueltas.

16

Tu mamá

Con un gesto de absoluta concentración, la cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda para que la mano no le entorpezca la visión del dibujo, Paula comienza a trazar la línea ondulante superior, el triángulo de la cabeza con dos puntos para los ojos y una raya para la boca simpática y, al fin, el cuerpo y las dieciséis patas, que recuenta cuidadosamente al terminar. Solo entonces levanta el lápiz y, sin apenas apretar, traza en el cuerpo las divisiones del gusano. Ajena a los demás alumnos, dibuja bajo él una hoja de morera y busca la cera verde para colorearla.

—Muy bien, Paula. —La profesora, que no puede ocultar que es su alumna favorita, aplaude su dibujo, un elogio que no les gusta a Mariana ni a su grupo, celosas de esa preferencia—. Si quieres, pinta también la mariposa.

Ha llevado a clase la caja de zapatos con los gusanos y la profesora se los ha enseñado a los demás alumnos y les ha contado su historia, su leyenda china, sus fases vitales, la decisión con que se encierran a construir el capullo de seda, del que saldrán convertidos en mariposas. Incluso los ha cogido en la mano, porque no le dan asco, como les sucede a todos los demás adultos, excepto al amigo alto del abuelo que les cogió las hojas del árbol, que también los había acariciado. Luego les ha mostrado en la pizarra

electrónica un breve documental para verlo todo en imágenes y finalmente les ha pedido que lo dibujen en el cuaderno.

—¡Te está quedando muy bien! —repite la profesora antes de volver a su mesa.

Por el rabillo del ojo, Paula ve la cara de envidia de Mariana, que siempre busca el elogio de la profesora y siempre es la primera en levantar la mano para contestar.

Suena el timbre y la profesora dice:

—¡Al patio! Luego seguimos con los dibujos.

Paula coge el sándwich, envuelto en papel de aluminio, y sale con todos sus compañeros, pero se lo come en un lateral con sus amigos Julia y Mario mientras el resto del grupo juega al fútbol, a la comba, al pillapilla. No le gustan los juegos bruscos o de fuerza, siempre pierde en los enfrentamientos. Educación Física es la única asignatura en la que no saca sobresaliente.

Faltan cinco minutos para el final del recreo cuando ve que Mariana y tres amigas se acercan a ella sonriendo de una manera extraña. Julia y Mario se han marchado al baño y Paula se ha quedado sola.

—Hemos visto a tu madre —dice Mariana entre un coro de risitas de las demás.

Paula la mira desconcertada y luego mira alrededor, al patio y hacia la calle, más allá de la valla metálica, como si su madre estuviera a la vista.

—¿Dónde?

—Aquí.

Paula no comprende las risas y quiere escaparse del grupo, pero han hecho un corro en torno a ella y no van a dejarla salir, lo lee en sus miradas.

—Tu mamá es una actriz porno —dice otra niña, repitiendo lo que ha oído en casa.

—Y seguro que puedes pintarla mejor que los gusanos de seda, que parecían ciempiés —dice Mariana.

—Ciempiés venenosos.

Mariana mira hacia los tres profesores encargados de vigilar el recreo, que hablan en el porche, distraídos. Entonces, aunque está prohibido, saca un móvil del bolsillo, rodeada por las demás, teclea y le enseña unas imágenes mientras suenan unos ruidos extraños.

—Mira a tu mamá. Mírala. Mírala. Mírala.

17

Asfixia

Sentado en un banco del parque frente a la verja del colegio, bajo un plátano, sin necesidad de un periódico entre las manos para disimular, el Alkalino tiene la vista fija en Paula, la hija de Wendy Paraíso a quien ya ha identificado desde el día anterior, cuando la vio llegar acompañada por sus abuelos. Allí, a la sombra, resulta casi invisible, mimetizado en el entorno verde, inmóvil, pero con los ojos atentos a todo lo que sucede a sesenta metros de distancia.

El relato de la alegre y dicharachera Tasi, su amiga peluquera, le ha aportado bastantes datos sobre Gwendolyne Barnes Paraíso, de quien no sabía nada hasta que el detective le pidió que se informara sobre ella. La posterior difusión de la grabación erótica con el famoso futbolista ha acrecentado su interés. Ahora también le ha pedido que la vigile, porque Wendy ha telefoneado a su hija al colegio y le ha dicho que va a ir a Breda a buscarla. El detective está demasiado ocupado con los gemelos, sin tiempo para las largas vigilancias que exige cualquier seguimiento. Y a él le gustan esos encargos, se le dan bien y le hacen sentirse vivo. Suele pasar inadvertido, nadie se fija en él, al contrario de lo que sucedería con Cupido, cuya estatura no puede ocultarse.

En el patio, Paula, apacible, delicada, está sentada en una grada con otra niña y un niño, riendo y comiendo a pequeños mordiscos un sándwich que se demora una eternidad en masticar. El Alkalino

también vigila el exterior del colegio a la espera de una figura femenina que observe lo mismo que él. Sabe que el amor es una fuerza magnética indomable y que, tarde o temprano, todo el mundo termina rondando cerca de lo que ama, pero sigue sin ver nada sospechoso alrededor: solo algunos padres y madres que a través de la verja les pasan a sus hijos la merienda o que van a recoger a alguno para una gestión o una consulta médica, o la furgoneta que trae el *catering,* o dos hombres que miran unos segundos con curiosidad hacia el patio, pero que siguen caminando enseguida sin mostrar mayor interés.

Solo cuando faltan unos minutos para el final del recreo asiste a un episodio de precoz crueldad infantil dentro del recinto. Aunque está prohibido el móvil para los alumnos, distingue el teléfono que una de las niñas saca del bolsillo con gesto furtivo, amparada por varias compañeras, de espaldas a los lejanos profesores que vigilan desde el porche. Tapada por su pandilla, la niña lo manipula para mostrarle algo a Paula, que mira alrededor, como si buscara a alguien, y luego mira la pantalla y palidece entre las risas de las niñas acosadoras. Por su reacción, el Alkalino no tiene ninguna duda de la naturaleza de las imágenes que le muestran y, cuando va a reaccionar, suena el timbre que indica el final del recreo.

Al día siguiente, el viernes 17 de abril, a la misma hora, no se sienta en el banco frente a la valla del colegio. Se aleja unos metros y gana invisibilidad al mezclarse en el arenero con los jugadores de petanca, fingiendo interés en la posición del boliche, en los chasquidos de las bolas y expresando admiración ante un carro seco, pero sin dejar de observar la puerta y el patio del colegio.

Desde esa posición ve llegar a Berta y a Trino, que llaman al timbre de la verja y entran en el edificio. Sus gestos de preocupación se han suavizado cuando salen media hora después, acompañados

hasta la valla por la propia directora del colegio, con una actitud servicial que no usaría una directora si no tuviera que disculparse. El Alkalino imagina que de algún modo habrá justificado lo ocurrido el día anterior con el móvil y les habrá prometido que una cosa así no se repetirá nunca. Su suposición se confirma una hora más tarde, en el recreo, porque en el patio los profesores de guardia caminan cerca de Paula, sin una vigilancia directa, pero evidente, protegiéndola.

Termina el recreo y los alumnos vuelven a clase, en filas, primero los chivirrilatos y luego los mayores. En el parque, la bola golpea el boliche con tanta precisión que lo saca fuera de la arena y llega rodando hasta los pies del Alkalino. Al agacharse a recogerlo, la postura, o la perspectiva, o el hueco entre los árboles que hay a su espalda, en el lado del parque más alejado del colegio, le permiten advertir un fugaz movimiento, la estela que deja una figura que, sentada en un banco, semioculta tras las ramas de un sauce, también está observando el patio y gira la cabeza y le da la espalda, aunque durante unos segundos le ha permitido ver el perfil de un rostro con gafas de sol bajo una gorra con visera curva que derrama una sombra verdosa sobre la expresión, pero sin ocultar un gesto cauteloso y anhelante, temeroso, angustiado.

Algo en el movimiento, su velocidad o acaso la inclinación de la cabeza, le hace pensar en una mujer, aunque enseguida, al enfocar la mirada sobre los hombros que ya solo ve de espaldas, le parecen los de un hombre joven. Esa impresión se confirma cuando lo ve levantarse y, sin mirar atrás, alejarse hacia la otra salida del parque, la del centro médico y el barrio del cementerio, vestido con prendas anchas y de tonos verdosos que, desde lejos, resultan neutras, casi invisibles entre la sombra del arbolado.

La figura no vuelve a aparecer y, al mediodía, el Alkalino también abandona la vigilancia y se marcha a preparar una de sus frugales comidas, surtidas con legumbres y verduras de su pequeño huerto, los platos saludables con los que lucha contra el desprestigio de la acelga y del garbanzo. «No tengo ni idea de cómo se planta una lechuga, porque en las minas no hay sol y no nos lo enseñaron, pero voy a intentarlo», había dicho hace años, cuando decidió cultivar sus propias hortalizas. Y desde entonces recoge cada temporada sus humildes cosechas de verdura para consumo propio, cuyos excedentes reparte aquí y allá, a los vecinos, a algún anciano, a Sami. Y ahora le basta con poner al fuego una cazuela con agua, una pizca de sal, un huevo y alguna especia o aliño para alimentarse sin emplear excesivo tiempo ni dinero, pues si del primero dispone en abundancia, en cambio solo cobra una modesta pensión por sus años en la minería, donde ganaba un buen sueldo que nunca supo ahorrar.

Recoge y friega el vaso, el plato, los cubiertos, dobla la servilleta y se tumba en el sofá a ver las noticias y a dormir una breve siesta, pero el sueño no le llega, se lo impide la figura que ha visto en el parque mirando hacia el patio del colegio, medio oculta tras las ramas lloronas de un sauce que, cómplices, se confabulaban para ocultarla. Cuando se alejó le pareció que era un hombre joven, pero no olvida que la primera impresión fue la de haber visto una figura femenina. Y recuerda que Tasi, al hablarle de Wendy Barnes Paraíso, mencionó que en Madrid había trabajado como actriz, sin demasiado éxito.

Aunque se lo plantea, decide no contarle sus sospechas al detective hasta comprobar él mismo si tienen alguna consistencia.

Se levanta de un salto del sofá, porque de repente sabe lo que tiene que hacer. Todavía no es la hora de apertura, pero se dirige

hacia la peluquería.

—¡Vaya, mira quién ha venido! —exclama Tasi al llegar y verlo esperando en la puerta. Es una mujer de rostro agradable, despejado, con el pelo teñido de color langosta y un atrevido peinado—. No estamos a primeros de mes y no me has pedido hora.

—Vengo a que me rapes.

—¡Por fin! —ríe con una carcajada franca—. Ya sabes que nada me gusta más que usar la máquina a fondo con mis clientes masculinos... Pero tú quieres algo más.

—También vengo a pedirte un favor.

—¡Hummmm! ¿Qué será? No me gusta verte tan serio.

—No es nada grave, no te preocupes.

—Sospecho de qué se trata. Pasa, anda, y cuéntame qué quieres antes de que llegue más gente.

—Vale.

—Primero, siéntate en el sillón, que vamos a dejar al cero esa cabeza tuya —le ordena mientras se viste con la bata blanca.

El Alkalino obedece y Tasi le cubre los hombros con una capa plástica, ajusta el velcro al cuello y enciende la maquinilla, cuyo motor emite un suave ronroneo. Sin embargo, se arrepiente, la apaga y coge el peine y las tijeras.

—Me das pena y voy a hacerte algo que te pega más. Lo llevas pasado de moda. Además, por ser tan buen cliente, te voy a lavar el pelo y a dar un masaje que van a gemir de gusto tus folículos capilares.

Mientras se deja hacer, el Alkalino le explica lo que necesita de ella. Y cuando vuelve a casa, extrañado por el silencio del detective, lo llama para preguntarle si hay alguna novedad sobre Wendy Paraíso, pero Cupido le contesta con un wasap:

Ninguna. Estamos en el hospital con Raúl, te llamo más tarde.

Para no inquietarlo, el Alkalino le responde:

Espero que no sea nada importante. No hace falta que me llames. Todo bien.

Durante el fin de semana no deja de rondar por el parque, el colegio, y en una ocasión pasa frente a la casa de Berta y Trino, pero no vuelve a ver ni rastro de la figura que busca.

Y el lunes, a las doce, está esperando a Tasi en una cafetería, impaciente por el resultado de su encargo. Él no ha querido ir ese día al parque para no interferir en la tarea que le ha pedido. La ve entrar cinco minutos más tarde y sentarse enfrente.

—¿Quieres un café?

—No, ya vengo lo suficientemente nerviosa como para tomar excitantes.

—¿Es ella? —le pregunta cuando se aleja el camarero.

—Es ella.

—Cuéntame cómo ha sido.

—Ella estaba allí a la hora del recreo, sentada en el banco que me dijiste, de espaldas al colegio, hacia donde se volvía cada cierto tiempo. En efecto, se ha disfrazado de chico, con ropas anchas que impiden distinguir el contorno del cuerpo, gafas de sol y una gorra con visera. Estuve observándola unos minutos desde el centro médico. Luego me acerqué caminando sin mirar hacia ella, como si pasara por allí casualmente, atravesando el parque, y vi cómo me miraba desde lejos y se ponía alerta. No tengo ninguna duda de que me reconoció, aunque han pasado años desde la última vez que nos vimos y ya no soy la misma. Pero yo no voy disfrazada.

—¿En qué lo notaste?

—Cuando me acercaba, se tapó la boca y la barbilla con la mano y agachó la cabeza consultando el móvil, oculta bajo la visera de una gorra verdosa en la que pude leer unas iniciales, CFC o CFF y una palabra que comenzaba por La y que no tuve tiempo de leer. ¿Qué puede significar?

—No lo sé. Tal vez una marca publicitaria..., o las siglas de una asociación.

—Pero no tuve ninguna duda de que era Wendy.

—¿Estás segura?

—Sí. Nos conocemos desde niñas. Además, al pasar, le dije «Buenos días», como saludaría a cualquier persona que estuviera allí sentada. Y ella no contestó, supongo que por miedo a que le reconociera la voz.

—¿Estás segura? —repite.

—Sí.

—Esto no puedes decírselo a nadie, Tasi. A nadie.

—Estate tranquilo. Soy peluquera, pero sé cuándo debo cerrar la boca.

—Lo sé —asiente el Alkalino, a quien ella le ha demostrado que puede mantener una charla incansable sobre una receta de cocina, sobre la tienda de Breda donde encontrar la mejor lencería o sobre la última serie de Netflix, pero que también sabe guardar un secreto y mantener la lealtad a una amiga de la infancia a quien no le van bien las cosas.

—Todavía la considero mi amiga y sé lo que le caería encima si la encuentran. Imagino el calvario que está sufriendo. Además, qué mierda, lo que le está pasando a ella podría pasarle a cualquiera de nosotras.

—Muchas gracias. Sabes que te debo una, ¿verdad?

—Ha sido un placer ayudarte. Y ya me contarás en qué queda todo esto.

—Te lo contaré en cuanto se resuelva.

—Y ahora me voy, que he dejado a mi ayudante sola en la peluquería. ¡Ah, y otra cosa! Te queda muy bien ese corte de pelo, no sé quién te lo habrá hecho.

Aunque duda en llamar a Cupido, decide esperar un poco más para poder darle la información completa. Si está en el hospital con Raúl, lo mejor es dejarlo tranquilo. Ahora que sabe que Wendy Paraíso está en Breda, averiguará dónde se esconde y entonces irá a contárselo todo, se dice lleno de orgullo. Será una manera de pagarle todo el afecto que el detective le ha demostrado durante tantos años, desde el primer día en que lo ayudó a levantarse de una acera, el apoyo que le prestó cuando estuvo gravemente enfermo y cuando, después de superar la pancreatitis, se lo llevó a los Pirineos para una cura alpina mientras él se dedicaba a subir en bicicleta el Tourmalet. Para él, el agradecimiento no consiste simplemente en devolver favor por favor, sino en duplicarlo cuando el primero en tender la mano no tenía ninguna razón para ser generoso ni esperaba recibir una gratificación en el futuro.

El martes está de nuevo en el parque entre los jugadores de petanca, tan invisible como un arbusto, y rechaza una invitación a completar equipo aludiendo a su torpeza para toda práctica deportiva. Ahora cambia de posición, se coloca de espaldas a la verja del colegio y así entrevé entre los látigos del sauce la andrógina figura ya conocida, exhalando el humo de un cigarrillo, esta vez con algo entre las manos que no identifica hasta que se gira hacia el patio al comenzar el recreo y el Alkalino ve el libro que finge leer, porque toda su atención está puesta en no ser reconocida y, al

mismo tiempo, en vigilar a su hija, esperando el momento para acercarse a ella sin que nadie lo advierta.

Ya no tiene ninguna duda, pero de pronto contiene el aliento cuando también descubre, pasando de nuevo junto a la verja del colegio, a los dos hombres que vio días atrás. Fueron solo unos segundos, pero recuerda bien su curioso aspecto: uno muy fuerte, un auténtico bicharraco, y otro muy delgado, con un cuerpo de infancia hambrienta o tal vez atacado por alguna enfermedad.

Su presencia no es casual, se dice con un temblor, y piensa en una frase que ha leído en uno de sus libros, no recuerda cuál: por qué hay algo cuando no debería haber nada. No tiene tiempo para responder porque ve que Wendy se levanta del banco y se aleja hacia la salida del parque por el centro médico, opuesta al colegio. De modo instintivo, el Alkalino comienza a seguirla.

«¡Qué difícil es ser detective!», se dice mientras da los primeros pasos, procurando no acercarse ni alejarse de ella. Están ocurriendo demasiadas cosas y demasiado rápido, sin darle tiempo para pensar. Nunca ha perseguido a nadie y lo embarga una incómoda sensación de acosador. Él siempre ha sacado la información sentándose a escuchar sin presionar a nadie, hablando con la gente, que lo aprecia porque nunca utilizará sus palabras para hacerles daño, un pequeño gran hombre, educado y amable, siempre vestido con ropa discreta, de una pulcritud rigurosa y una austeridad espartana, de la misma talla año tras año, porque no parece adelgazar ni engordar, mantenido por una dieta de legumbres y verduras, con un absoluto desconocimiento de la gula, como para compensar la constante sed de alcohol que le han dejado los años de minero, los vaivenes entre recaídas y rehabilitaciones con todo su cuerpo sollozando por el mono.

Jamás en su vida ha acechado así a nadie, no sabe hacerlo, y mientras sigue a Wendy Paraíso por las calles de Breda hacia el humilde barrio que conduce al cementerio y se disuelve en el campo, al lado opuesto de la lujosa urbanización de Maltravieso que durante la burbuja inmobiliaria había construido la empresa de su madre, vuelve a sentir el deseo del alcohol, que despierta en sus venas estimulado por la ansiedad y por un atisbo de miedo.

«Tranquilo, tranquilo», se dice. «Ella no te ha visto.»

Una gota de agua le cae en la nariz y alza la vista: una pandilla de nubes negras cubre el cielo y teme que comience a llover, lo que despejaría la calle y él sería más visible en su persecución. Aunque esa posibilidad acrecienta su sensación de peligro, al mismo tiempo le genera adrenalina y tiene la impresión de ser ingrávido y de que camina flotando sobre la acera. Sigue tras Wendy hasta que, tras doblar una esquina, la ve detenerse ante la puerta de una pequeña casa que parece deshabitada, agazapada entre construcciones mayores, con una estrecha y descascarillada fachada tras la cual habrá poca luz y correrá poco aire. En un segundo, Wendy da una rápida vuelta a la llave y desaparece dentro, como si no hubiera pasado por allí y se hubiera desvanecido en la pequeña calle solitaria.

El Alkalino sigue caminando, deja atrás las últimas casas hasta alcanzar el cementerio y continúa hasta los dólmenes, porque no quiere que nadie lo vea regresar tan pronto, respirando todavía con esfuerzo, consciente de su hallazgo y de las palabras con las que se lo revelará al detective. «La he encontrado», le dirá, «he encontrado a Wendy Paraíso.»

Se sienta a descansar unos minutos en las piedras enormes que cinco mil años antes alinearon unos hombres, sus antepasados, para albergar en su interior algo sagrado que los diferenciara de los

demás animales: el cuerpo que se entierra entre estas piedras no se toca, no se come, no se quema, porque no es solo carne.

Y solo cuando se ha serenado camina de regreso hacia Breda, abstraído en su descubrimiento, sin mirar alrededor, ni al cementerio ante cuya puerta abierta hay un lujoso coche negro, con los cristales tintados, quizá de algún deudo visitando a sus difuntos. De vuelta, no pasa por la calle donde se oculta Wendy, pero desde la esquina echa un vistazo hacia la única ventana de la casita donde ha desaparecido para constatar que sigue cerrada, como si no hubiera nadie dentro.

Solo entonces llama por teléfono a Cupido, pero el detective no contesta. Sin embargo, un minuto después recibe un wasap suyo:

Seguimos en el hospital. Luego te llamo.

Está impaciente por comunicarle su hallazgo, pero no quiere distraerlo, de modo que espera hasta que ve en la pantalla que el detective le devuelve la llamada.

—¿Qué ocurre con Raúl? —le pregunta antes de nada.

—El viernes comenzó a vomitar de un modo extraño, muy fuerte, y no parecía respirar bien —dice con una voz ronca y cansada, estremecida un par de veces por la tos—. Pareció mejorar el fin de semana, pero ayer volvió a empeorar. Lo llevamos a Urgencias al hospital y le están haciendo pruebas. Nos van a dar los resultados y ahora no puedo hablar mucho.

—No te preocupes. Atiende a tu hijo.

—¿Hay algo nuevo?

—He encontrado a Wendy. Está aquí, en Breda.

—¿La has visto?

—Sí, estoy seguro de que es ella.

—¿Qué quiere decir con que estás seguro?

—Ronda por el parque, frente al colegio de Paula, disfrazada de chico, sin dejarse ver mientras observa a su hija en los recreos.

—¿Estás seguro?

—Seguro. La ha identificado Tasi, mi peluquera, ya te dije que eran amigas en la adolescencia. La he seguido hasta una casita del barrio del cementerio.

El Alkalino reconoce en el teléfono la voz de Senda que llama al detective para hablar con el médico.

—Ahora no puedo hablar. Nos van a informar sobre el resultado de las pruebas. Te llamo cuando terminemos.

—Vale, no te preocupes. Que todo vaya bien.

—Seguro que sí. Yo te llamo —repite.

Pero el detective no llama en toda la tarde y ya es de noche cuando recibe un nuevo wasap suyo:

> Seguimos en el hospital. Todo está controlado, pero no nos darán el alta hasta mañana. Hablamos entonces.

Y, unos segundos después, otro mensaje de agradecimiento:

> Buen trabajo!

Así que al día siguiente, el miércoles 22 de abril, de nuevo está en el parque media hora antes del recreo, frente a la verja del colegio, entre los jugadores de petanca que lo han elegido árbitro, porque en una discrepancia entre dos equipos ha sentenciado la decisión acertada.

Asiste al juego con aparente interés, pero no pierde de vista la figura en apariencia masculina que de nuevo está sentada en un banco con un libro o un periódico entre las manos, semioculta por las ramas cómplices del sauce. Ya empieza a conocerla después de tres días de observación y espera una reacción o un movimiento

suyo en cualquier momento, porque ya sabe que no va a conformarse con ver a su hija desde lejos.

Por eso no le sorprende ver que se levanta, atraviesa el parque, cruza la calle y se acerca precavida por la acera hacia el rincón del patio junto a la verja donde juega Paula con otras niñas, mientras los profesores vigilan más relajados unos días después del incidente del teléfono móvil. Y de repente, demasiado rápido, en la verja se concentran tres acciones simultáneas ante las cuales el Alkalino no acierta a reaccionar: la figura vestida de chico con ropas anchas y neutras, gafas de sol y gorra con visera, que se agarra con las dos manos a los barrotes, la niña que corre hacia ella rebosante de alegría, «¡Mamá, mamá, mamá!», porque ha reconocido a su madre a pesar de su disfraz, y los dos hombres que surgen de no sabe dónde, atraídos por el movimiento de ambas figuras.

Tras un segundo de parálisis, el Alkalino cruza el arenero entre las protestas de los jugadores, atraviesa la calle y se acerca a la verja sin saber exactamente qué va a hacer, movido por la misma e instintiva sensación de peligro de sus años mineros cuando la densidad del aire, un susurro de la roca o el crujido de una grieta le advertían de la posibilidad de una tragedia. Todo ocurre en su cabeza muy rápido, pero capta todos los detalles, los interpreta y se pregunta qué haría en ese momento el detective en su lugar.

No tiene tiempo de responderse cuando ve las dos lágrimas que brotan bajo las oscuras gafas de sol y caen sobre las manos que enlazan las de la niña, que ahora parece consciente de la necesidad de sigilo, después de todo lo que ha oído comentar sobre su madre, después de las advertencias de los abuelos, después de las aterradoras imágenes que le han mostrado sus compañeras en un móvil, y repite en voz baja una sola palabra, «mamá, mamá, mamá».

Hasta entonces el disfraz ha disimulado las formas femeninas, las oscuras gafas de sol han ocultado la amplitud de las cejas y algún tipo de maquillaje la delicadeza de la piel, pero nada puede ocultar la forma de las caderas al agacharse en cuclillas para besar a su hija. Y él ya no tiene ninguna duda y sabe quién es quién y de qué lado tiene que ponerse, porque en esos días de vigilancia ha visto que todos los rostros de madres y padres que se acercan al colegio se abren en sonrisas cuando llaman a sus hijos con la misma alegría con que cualquier animal llamaría a sus crías, pero solo el dolor y la pérdida y la prohibición pueden desencadenar ese llanto callado invisible para los jubilados del parque que juegan a la petanca y para los profesores responsables del recreo. Es Wendy Paraíso, sí, no cabe ninguna duda, la chica a la que todo el mundo busca, y le está prometiendo a su hija que vendrá a buscarla en otro momento, que debe esperar un poco más, pero que no tenga ninguna duda.

También llegan a la misma conclusión los profesores que desde el porche del patio ahora han advertido la escena, comprenden que algo ocurre con Paula y comienzan a caminar hacia la verja, y los dos hombres que por fin han encontrado lo que llevan varios días buscando, aunque allí no pueden hacer nada, en un lugar público y sin el sigilo ni los medios necesarios para sus propósitos. Después de un momento de indecisión, se alejan y desaparecen, pero medio minuto después el Alkalino oye el ruido de un motor y ve aparecer al fondo de la calle el robusto todoterreno negro que vio junto al cementerio y, al volante, reconoce el rostro del hombre fuerte.

También Wendy ha comprendido la situación en aquellos segundos en que todo se concentra como en un agujero negro, porque suelta las manos de su hija, la besa a través de los barrotes y le dice algo en voz baja. Cruza la calle precipitadamente y camina deprisa de regreso hacia el parque protector que tan bien conoce, con la

intención de atravesarlo para huir hacia su refugio en la pequeña casa cercana al cementerio.

Para seguirla, el todoterreno negro tiene que llegar al fondo de la calle, esperar a que se abra el semáforo y cambiar de sentido en la rotonda para regresar junto a la verja. Si la pierden de vista, no podrán saber hacia dónde ha ido o si ha abandonado el parque. Pero Wendy necesitará medio minuto para desaparecer y el Alkalino se deja llevar por su instinto: avanza dos pasos hacia el centro de la calle y obliga al todopoderoso coche negro, que ya viene de vuelta, acelerando, a frenar violentamente para no atropellarlo, pero el Alkalino no retrocede ni ante el chirrido de las ruedas enormes en el asfalto, que quedan a medio metro de sus rodillas, ni ante el grito amenazador del conductor:

—¡Apártate, pendejo!

Desde un lado y otro de la calle, desde el patio del colegio y desde el parque, alumnos y profesores miran la escena y los jugadores de petanca detienen el juego.

En mitad de la calle, el pequeño gran hombre se lleva la mano al pecho, como si el susto hubiera paralizado alguna víscera allí dentro, ve la cara de odio, furia e impotencia del conductor y la fuerza con que sus manos se aferran al volante y, mientras cuenta el paso de los segundos —uno, dos, tres..., doce, trece..., veinte..., treinta—, se deja caer en el centro de la calzada, como si las piernas se negaran a sostenerlo. El pequeño gran hombre, cuya labor hasta entonces ha sido la de recopilar información para las investigaciones, se ha decidido a intervenir ante la ausencia del detective, superando su rechazo a todo tipo de acción y de estridencias.

Algunos de los jugadores se acercan a él para ayudarlo a incorporarse y para interesarse por su estado y miran indignados hacia los dos hombres del todoterreno negro, cuyo conductor busca

por encima de las cabezas una gorra verdosa de visera que ha desaparecido por el parque.

Y solo cuando llega a contar hasta cincuenta, el Alkalino se levanta, respira profundamente y asegura que no le ocurre nada, que solo ha sido un susto, un mareo pasajero, una bajada de azúcar, la calle queda despejada por fin para que el coche negro pueda circular, al mismo tiempo que suena el timbre del colegio indicando el fin del recreo. Todo el incidente ha transcurrido muy rápido, en realidad ni siquiera ha sido un incidente, sin que nadie ajeno a sus protagonistas llegue a comprender su trascendencia. Al pasar a su lado, el conductor detiene el coche un segundo y por la ventanilla abierta lo mira con odio y susurra con un acento feroz:

—Nos vemos ya mismo, güey.

El coche se aleja y desaparece al doblar la esquina, pero ya no la encontrarán y ni siquiera sabrán qué dirección ha tomado entre las calles del otro lado del parque.

El Alkalino se siente extrañamente sereno, aunque ahora comprende que es a él a quien los dos hombres han seguido. Los ha minusvalorado, debería haber sido más precavido desde la primera vez que los vio. El detective sin duda lo habría hecho. En algún momento ellos han advertido que también él estaba vigilando frente al patio del colegio. ¡Él mismo los ha llevado hasta Wendy, aunque por fortuna ha sabido arreglar lo que había provocado! Y ahora Wendy, al verse descubierta, se esconderá de nuevo y no volverá por allí durante algún tiempo.

De pronto se siente muy cansado, se despide del grupo de jugadores de petanca y se va a casa. Sigue sin recibir ninguna llamada ni mensaje del detective y teme que algo grave esté ocurriendo en el hospital con el pequeño de los gemelos que no quiere contarle. Imagina su inquietud, quizá su angustia, pues sabe

hasta qué punto se entrega a sus investigaciones, sin permitir que nada fútil lo distraiga. Él no lo llamará, no acrecentará su preocupación por lo sucedido. Wendy sabe cómo desaparecer, ya lo ha demostrado.

Por la tarde, después de una breve siesta, Cupido sigue sin llamarlo y, nervioso, va al huerto, que tiene abandonado los últimos tres días.

Al llegar, se cambia de calzado, se viste unos pantalones viejos y una camiseta de color rojo con la publicidad de Coca-Cola. Sale de la caseta y respira hondo el aire fresco y limpio. Allí siempre se siente bien, en su única posesión de tierra, en su pequeña ínsula donde gobierna unos cuarteles de hortalizas y un puñado de frutales. Mira al cielo: por el oeste se ven algunas nubes portuguesas acurrucadas entre los montes, como si esperaran la llegada de la noche para avanzar y soltar su llovizna. El paisaje, la luz, el color son tan espectaculares que no le extraña que hubiera un tiempo en que se creía en la existencia de moradas celestiales a donde dioses y héroes subían y bajaban. Al norte, la reserva de El Paternóster, húmeda y boscosa, asciende entre las faldas verdes del Yunque y el Volcán, como un pubis vegetal del que brotan los muslos del enérgico, fibroso y masculino Lebrón, el cordón umbilical que kilómetros más abajo alimenta sus hondas y feraces vegas. Durante un mes ha llovido de un modo generoso, el cielo incontinente no sabía qué hacer con tantas nubes y las disolvía en forma de lluvia, unas veces con fuerza, sonora y bulliciosa, con los dedales del viento empujando las agujas de agua; otras veces blanda como una caricia, con un agua casi pulverizada y con sigilo, pero siempre durante horas, hasta empapar la tierra, hacer correr los arroyos y generar una primavera extraordinaria, siempre con la nobleza de la lluvia de abril, puntual y benéfica, sin aparecer a traición ni con tormentas de

piedra. Las aves acuáticas están encantadas con la abundancia de lagunas, de charcas, de humedales. Patinan por el agua, juegan, hunden la cabeza para atrapar alguna rana demasiado confiada. También han sido unos días extraordinarios para las energías renovables, con la eólica produciendo a tope y aumentando la reserva hidrológica de los pantanos. Senda estará contenta con el rendimiento de los aerogeneradores de Mistralia y también el dueño, el King Quintana en su despacho de Madrid.

Los tallos de sus verduras relucen de frescura en los limpios parterres, bien peinados de malas hierbas, de cenizos, de las ardientes ortigas llenas de veneno. Aun así, el Alkalino coge la azada de la caseta de las herramientas y comienza a arrancar las ramas de las depredadoras zarzas del desidioso vecino, que saltan el muro y le lanzan sus cañas cuando pasa al lado y ahora están acosando a una mata de áloe vera.

En eso está cuando oye unos pasos, se gira y ve a un hombre al que reconoce al instante: es el conductor del todoterreno negro, que camina con aplomo, balanceando los brazos con ademán de mono, como un humanoide, como si el huerto fuera suyo, y de pie le parece más alto y más fuerte. Mide más de un metro ochenta y debe de pesar noventa kilos y la mitad deben de ser músculos. Los ojos del Alkalino se dirigen hacia las botas camperas duras y brillantes, de alguna piel exótica, que avanzan aplastando los surcos de lechugas y calabacines. Detrás de él va el hombre delgado, como una escolta negra y silenciosa.

—¿Qué...? ¿Qué hacéis aquí? Aquí no podéis entrar... ¡No!

Siente el dolor en la boca antes de comprender la causa, el golpe seco que lo ha derribado. Intenta levantarse, pero no puede desprenderse de los brazos que lo inmovilizan y de la mano que le tapa la boca mientras lo arrastran hacia la caseta de las

herramientas. Quiere gritar, pero le embuten un trapo en la boca, la aprietan con una mordaza y le ponen una capucha en la cabeza. Luego, en un segundo, nota una brida que le sujeta las manos a la espalda. Hasta ese momento los dos hombres no han hablado, pero ahora oye una voz —«El celular»— y el Alkalino reconoce un acento mexicano.

Unas manos frías lo registran de arriba abajo y le sacan el móvil del bolsillo. Oye el chispazo de apagado antes de que lo levanten y le hagan caminar hasta un coche que sabe de color negro, en cuyo portaequipaje lo encierran y enseguida arrancan. Todo ha sido extremadamente rápido, pero ahora, atado, amordazado y con una capucha en la cabeza, el tiempo se le hace muy largo en el maletero. Al principio, el coche va deprisa y en algún momento tiene la sensación de que atraviesan un puente, donde se detienen unos segundos, quizá para arrojar algo, pues oye que baja y sube el cristal de una ventanilla; más tarde, después de un giro a la izquierda y cruzar un paso finlandés, van más despacio y las ruedas parecen circular por un camino de tierra, con algunos baches y piedras sueltas. Han llegado después de veinte o veinticinco minutos, aunque quizá hayan sido quince.

Lo sacan del coche sin quitarle la capucha y, sujetándole el codo, le hacen caminar por un sendero de gravilla. No oye nada, ni gente, ni tráfico ni máquinas, únicamente reconoce el húmedo y dulce olor de la primavera en el que también flotan atisbos de bosta, como de una explotación ganadera. Deduce que están aislados en el campo. Oye girar una llave y una puerta se abre y camina por un suelo duro y liso en el que resuenan las pisadas del hombre fuerte como si en los tacones de las botas llevara algo metálico. Luego, otra puerta, unas escaleras que descienden y ahora un suelo cubierto con un plástico o una lona. Lo sientan en una silla y le atan las manos al

respaldo y las piernas a las patas con cinta americana. Solo entonces le quitan la capucha y la mordaza.

Parpadea unos instantes y observa el lugar, amplio y de techo abovedado, como el de una bodega o un sótano, que le hace sentirse inseguro, lejos de su entorno, del que pocas veces se aleja: su casa, el huerto, el parque, el casino, el paseo terapéutico hasta los dólmenes.

El Alkalino observa atentamente a los dos hombres, intenta memorizar todos los detalles para poder recordarlos cuando más tarde le pregunten por ellos. El hombre fuerte, el que manda, lo mira con las manos en los bolsillos, como si calculara algo, con una ligera sonrisa. Es un tipo robusto, de complexión sólida, con las piernas de bestia ligeramente combadas, con esa musculatura metálica de la gente que ha estado en forma durante muchos años, pero sin el sobrepeso con que la inactividad carga a muchos deportistas. Sus movimientos, lentos y precisos, tienen algo de jactancia y amenaza en la firmeza de los pasos y en el balanceo de los brazos, como el de un neandertal o un luchador mexicano. Desde su posición, sentado y con las manos atadas a la espalda de la silla, le resulta amedrentador, un tipo tan fuerte como para doblar la luz. De pelo oscuro, sin embargo sus ojos son azulados y su tez clara está cruzada por una cicatriz desde la frente al pómulo izquierdo que le endurece la expresión, dureza que se ve incrementada por las comisuras de la boca, que le caen hacia abajo, no porque esté enfadado, dada la irónica sonrisa con que lo mira, sino porque le viene de serie integrada en los labios, como las de los perros bulldog. El ojo izquierdo se mueve como el otro, pero no brilla, parece muerto y provoca una mirada asimétrica.

El otro hombre sale de la habitación, pero regresa enseguida con dos bolsas de un supermercado en las manos, arrastrando su

huesuda sombra. Es tan delgado como una araña y la escasez de carne también le afecta al rostro, que muestra una raquítica musculatura facial, incapaz de comunicar nada, inmovilizado en una inquietante inexpresividad. Un hombre oscuro, corvino, con el pelo de calibre ancho, dientes pizarrosos y la mirada turbia de un demente, que lo observa durante unos segundos con una fría indiferencia, como miraría a una mosca.

Al poner las bolsas sobre la mesa, el Alkalino oye el inconfundible ruido de los envases de vidrio. El neandertal va hasta la mesa, coge una bolsita de snacks, la abre y comienza a comer algo que parecen insectos, del color de la sangre seca. Por la forma en que aprieta las mandíbulas y se le marcan los tendones se aprecia la fortaleza de los molares.

—Mira a qué buen hotel te hemos traído. Es un sitio amplio, me han dicho que antes era un secadero de tabaco y almacén de granos. ¿Te das cuenta? Mira la anchura de las paredes.

—Como una cárcel —dice el Alkalino sin arredrarse.

—¡Neta! Esto es un calabozo y nosotros tus calaboceros. Pero también podría ser un matadero, con esas fuertes vigas en el techo para colgar los animales despiezados. Y ya has visto el plástico del suelo, supongo que te imaginas para qué lo hemos puesto. —Hace una pausa—. Sí, es para eso, has acertado. Este es un trabajo sucio que genera líquidos, fluidos difíciles de limpiar. Tiene paredes anchas, no hay ventanas aquí abajo y las de arriba son aislantes, de esas alemanas que no dejan pasar ni un pinche ruido... Por las noches, uno llega a pensar que se ha quedado sordo, porque no oye nada de fuera... Pero lo mejor es que estamos aislados, perdidos en pleno campo. Escucha. —El neandertal abocina las manos y grita con fuerza—: ¡Ehhhhhhhhhh! ¡Ayuda, ayuda, ayuda! —Luego se lleva una mano a la oreja—. ¿Tú oyes algo? ¿Alguien que pudiera

venir a ayudarte? Yo no, ¡ni patrás! Por ahí fuera andaba un mohamed de empleado, pero le hemos dicho que no lo queremos ver rondando en los próximos días, que no lo necesitamos para nada. Así que vamos a comenzar la fiesta.

Vuelve a sonreír con los labios, pero no con los ojos azulencos, con una mirada más fría que una banquisa.

—No sé quiénes sois ni por qué me habéis traído aquí. —El Alkalino procura que su voz suene con firmeza, sin revelar el temor que le producen los dos hombres. Hay algo siniestro en el oscuro silencio del delgado, en la locuacidad del fuerte.

—Pues nosotros sí sabemos quién eres tú, pendejo. No eres nadie. Vives solo y nadie te echará de menos en tu casa, nadie te buscará en un tiempo. Y mucho menos, nadie te encontrará. Así que, si tienes alguna esperanza, abandónala.

—No sé de qué me hablas.

—¡No mames! Mira, tenemos mucho tiempo. —Señala hacia la mesa donde el hombre araña ha vuelto a entrar con otra bolsa del supermercado—. Nos hemos traído nuestra propia comida, nuestras fajitas y burritos, nuestras cheves, nuestras gorditas, nuestro pan de muerto... Y hasta las cocadas y las melcochas, mi carnal es muy goloso. Durante unos días no necesitamos salir, ni ver a nadie ni que nos vean. Así que nos vamos a quedar aquí contigo hasta que nos cuentes lo que queremos saber.

Colocada la comida, el hombre emaciado se acerca a ellos con una pequeña cartera. El neandertal mira el maletín abierto, donde brilla una aterradora panoplia de pequeños y extraños instrumentos de acero, como los de un cirujano o un manicuro de alienígenas, tijeras, limas y pinzas de distinto tamaño, grosor y curvatura, y le dice:

—No, las pinzas de momento no. Creo que no van a ser necesarias.

El delgado, entonces, se retira a un rincón y se queda quieto, sin hacer ningún ruido, sin respirar, con la espalda arqueada y los brazos y las huesudas rodillas abiertos, y desde allí fija en él sus ojos, a la espera de una orden. De una delgadez patológica, da la impresión de que no necesita nada para vivir, ni comida, ni agua ni la compañía de ningún otro ser humano sobre la Tierra.

El neandertal coloca una silla frente a él, muy cerca. Parece que va a decirle algo más, es un tipo locuaz, está claro que le gusta la cháchara y el tono de su voz, pero se da la vuelta y camina hasta la mesa. Desde allí le pregunta:

—¿Quieres beber algo?

—Agua.

—¿Agua? No, aquí no tenemos agua. Todo lo que tenemos para beber es para machos.

Saca de una bolsa una botella de whisky y, mientras la abre con movimientos lentos y precisos, le pregunta sin mirarlo:

—¿Dónde está Wendy?

—¿Quién es Wendy?

—¡No, no, no! —El neandertal sacude la cabeza aparatosamente —. Esa no es la regla del juego. La regla es que yo te pregunto y tú me respondes. Así que, dime: ¿dónde está Wendy?

—No conozco a ninguna Wendy.

—Gwendolyne Barnes Paraíso. Gwendolyne Paraíso. O Wendy Paraíso. La chica actriz a la que le gustan tanto los disfraces. Nos ha engañado vistiéndose de chico. Y cuando nos damos cuenta, tú la ayudas a escapar, hijo de la chingada.

Sirve dos dedos de whisky en un vaso y vuelve hacia él con pasos lentos. A pesar del plástico negro que cubre el suelo, sus botas camperas, con filigranas grabadas, percuten con un ruido metálico. Se sienta en la silla y coloca en el suelo, al lado de su bota derecha,

la botella, con la misma forma y el mismo peligro que un proyectil de mortero. El Alkalino ve la marca, The Famous Grouse, y el dibujo del ave en la aristocrática etiqueta, y con una amarga ironía recuerda que un cazador de por allí, del Bierzo, le contó hace tiempo la única forma de cazar al esquivo urogallo. El cazador debe quedarse muy quieto y solo puede ir acercándose hacia él cuando el pájaro canta, pues entonces se vuelve completamente sordo y ciego, provocando así su muerte. No, no beberá... y no cantará como los pobres urogallos casi extinguidos. El mexicano le tiende el vaso, como si pudiera cogerlo a pesar de las manos atadas, y niega con la cabeza.

—¡Dale, un pisto! Hemos sabido que te gusta, que hace tiempo tuviste un bonito idilio con el trago. Y los grandes amores siempre dejan huella, siempre provocan nostalgia. Así que, ¡bebamos!

Le acerca el vaso a los labios y el aroma del whisky desencadena una oleada de ansiedad en su cabeza. La boca comienza a salivarle, de modo que cuando el tipo posa el borde del vaso en sus labios y lo inclina y nota en la lengua su sabor punzante y su textura sedosa, el Alkalino traga un sorbo, pero enseguida cierra la boca.

—Un poco más. Tienes que recuperar lo que no has tomado en los últimos años.

El tipo le empuja el vaso entre los labios y el whisky le cae en el estómago vacío y enseguida le rebota hasta la cabeza. Con los ojos cerrados, oye la pregunta que está esperando:

—¿Dónde está Wendy?

—No conozco a ninguna Wendy.

—Sí que la conoces, sí. Mirabas demasiado a su chamaquita en el patio del colegio para no conocerla. Al principio no te vimos, tú no llamas la atención, no pareces uno de esos tipos raros a quienes les gustan los escuincles. Pero al final nos dimos cuenta. ¡Demasiado ruco para ser espía, cabrón!

El neandertal se agacha, coge de nuevo la botella y ahora llena el vaso hasta la mitad. Se lo acerca de nuevo a la boca con una mano que no tiembla y lo empuja contra sus labios. El Alkalino se resiste, pero finalmente el líquido le encharca la lengua y traga hasta vaciar el vaso. Sin darle apenas tiempo para respirar, el mexicano le hunde la botella en la boca y la inclina hasta que el Alkalino comienza a atragantarse. El whisky le rebosa por la barbilla y le empapa la camiseta.

—¿Dónde se esconde Wendy Paraíso?

—No conozco a ninguna Wendy Paraíso.

De nuevo deja la botella junto a sus botas de reptil, se inclina hacia delante, le acerca mucho el rostro y el Alkalino siente en su cara un borbotón de azufre:

—Voy a decirte una cosa, pendejo. Y puedes estar seguro de que soy un hombre de palabra. Si te digo que voy a hacerte algo, te lo haré.

Apoya los codos en las rodillas y deja caer las manos entre las piernas, pero da la sensación de que en cualquier momento pueden convertirse en puños e ir hacia su cara. Sin embargo, el Alkalino no agacha la cabeza. Empieza a molestarle tanta palabrería. Si tiene que golpearlo, que lo golpee sin buscar una justificación.

—Hasta ahora hemos sido amables contigo. Te hemos tratado bien, te hemos invitado a tomar como si fuéramos cuates, sin hacer caso de otras opiniones... Porque ¿sabes lo que aprendí de quien me enseñó a trabajar en esto?

—¿Qué?

—Que no intentara conseguir con palabras lo que se puede conseguir con golpizas. Que me ahorraría saliva, tiempo, energía y disgustos. Me aconsejaron que platicara poco y preguntara menos. Que arrancara directamente los dientes antes de preguntar nada, y

que así responderían luego a la primera. Pero creo que todo el mundo merece una oportunidad antes de comenzar a sufrir. Así que te lo voy a preguntar por última vez y vas a contestarme deprisita. ¿Dónde está Wendy?

—No conozco a ninguna Wendy.

El neandertal se levanta y va hacia la mesa. Abre una nueva botella y el Alkalino se pregunta qué ha pasado con la primera. Vuelve junto a él y le parece que va a llenarle de nuevo el vaso, por lo que no tiene tiempo para encogerse o esquivarlo antes de notar el golpe del cristal en el pómulo izquierdo. Crash. Una supernova ha estallado dentro de su cabeza. El dolor le llega antes de que la sangre le corra por la cara, entre en su boca y sienta su sabor mezclado con el del whisky. Con las manos atadas al respaldo de la silla, alza el hombro e inclina la cabeza para limpiarse la herida.

—¿Dónde está Wendy Paraíso?

Al abrir la boca para negar, el dolor se le expande desde el pómulo a la mandíbula y se queda en silencio. El mexicano lo agarra del pelo y lo obliga a mirarlo.

—Si no me respondes a mí, te lo va a preguntar él, y entonces sí vas a cantar. —Mira hacia su espalda, donde ahora está el hombre araña, tiene la sensación de que se desplaza deslizándose por las paredes—. Parece mentira, ¿eh?, viéndolo ahí, tan tranquilo, tan despacioso, pero cuando se aburre se pone fúrico. ¿Te has fijado? Como una campamocha, capaz de devorarte vivo. ¿Sabes cómo se llama?

—No.

—Lo llamamos Araña. Seguro que ya estás adivinando por qué. No habla mucho, pero si te pregunta, tienes que responderle. Si no, te lleva de viaje en submarino. Desde muy joven lo educaron para esto y sabe hacer bien su trabajo. Tiene una larga experiencia en estas

cosas y con él todos terminan cuarteándose —sonríe sin separar los labios—. El interior del cuerpo es feo, no hay más que sangre y huesos, órganos y líquidos, es preferible no verlo. Pero él se lo enseña a sus..., a sus pacientes. Llegan a sus manos caminando sobre dos piernas y salen convertidos en cuadrúpedos. Él no considera que hacer daño sea algo vergonzoso, del mismo modo que un perro no considera que sea malo morder si se lo ordena su dueño. ¿Dónde se esconde Wendy? —repite con voz cansada.

—No entiendo la pregunta.

—No pretendo que la entiendas, pendejo. Solo quiero que respondas.

El Alkalino lo mira desde cerca: «Si me golpeas, me causarás dolor y tal vez sangraré si el golpe es fuerte, pero lo soportaré y no vas a hacerme hablar». Traga saliva, que le sabe a sangre, y repite lo que ha mantenido hasta entonces:

—No conozco a ninguna Wendy.

El puño se hunde en la boca de su estómago y se queda sin aire, boqueando. El neandertal suspira con fastidio, se sienta otra vez y acerca el rostro a unos centímetros del suyo. Aprieta los dientes y los labios se le retiran de la cara, boca adentro, mientras su ojo raro lo mira fijamente y por un momento es todo dientes y puños.

—Estoy sorprendido de tu resistencia, la verdad es que no imaginaba que aguantarías tanto. He visto a otros más fuertes que tú derrumbarse mucho antes. Tú no eres un llorica... y ni siquiera has gemido, cabrón, eres un machote. Los hombres solo pueden gemir en el gimnasio... Nadie podrá decir que no has resistido, ni la propia chamaca a la que proteges tendría nada que reprocharte. Pero ahora vas a hablar y entonces nosotros te soltaremos y, quizá, dentro de muchos años podrás morir de muerte natural. Pero si no me contestas, será tu última oportunidad.

El Alkalino no responde.

—De acuerdo. Te dejo con él y cuando termine contigo, si estás vivo nadie podrá reconocerte. Y si te reconocen, es que no estarás vivo.

Siente pavor ante la amenaza, pero se dice que no tiene por qué avergonzarse, que cualquier otro en su lugar también estaría aterrorizado. No todo el mundo está capacitado para sentir coraje, amor, templanza, pero no hay nadie que no conozca el miedo. Debe resistir, se repite. Sabe que la voluntad del secuestrado va claudicando a medida que pasan las horas, que el tiempo corre a favor del carcelero sin necesidad de hacer nada, por la simple acumulación de la desesperanza de su víctima. Tengo que resistir, se repite, como un mantra. Ellos tienen tiempo y, en cambio, nadie va a alertar de su ausencia, al menos no en pocas horas. Vive solo y únicamente el detective puede inquietarse si no lo localiza o no responde a sus llamadas, pero ahora está dedicado a sus hijos, con Raúl en el hospital.

Un nuevo golpe junto a la oreja, de una fuerza desmedida, aunque el neandertal no haya tomado impulso con el hombro, le hace perder la consciencia. Cuando despierta comprueba que de nuevo le han puesto la capucha para aumentar su indefensión y, es cierto, se siente más vulnerable en la oscuridad, pero el silencio le indica que no están los dos hombres, que han salido de la habitación, quizá para comer, porque oye fuera ruidos de platos y cubiertos y la voz del fuerte —siempre habla él, al Araña todavía no lo ha oído—, aunque no logra distinguir lo que dice. Lo imagina pensando en los nuevos golpes, preguntándose cuándo tardará en derrumbarse. Nota una humedad entre las piernas y descubre que se ha orinado encima, lo que le provoca un intenso sentimiento de vergüenza. La carne le late en el pómulo y en el ojo y no puede

evitar pasarse la lengua por la herida interior del labio, abierto en uno de los golpes. Inspira con lentitud, porque al coger aire una punzada de dolor le atraviesa el costado derecho. Ahora recuerda que ha perdido la consciencia dos veces y que se habría derrumbado al suelo cubierto con el plástico si no hubiera estado atado a la silla.

Pero ha domado el miedo inicial y podrá aguantar mientras no piense en el dolor ni en la presión de los intestinos por evacuar, llenos de excremento, y piense, en cambio, en la chica disfrazada a la que persiguen y en la niña que la espera al otro lado de la verja del colegio y en el detective que confía en su lealtad. Solo tiene que procurar seguir respirando hasta que se convenzan de que no sabe nada de lo que le preguntan. La situación es la misma que algunas veces en la mina, cuando faltaba oxígeno en la galería y se quedaba inmóvil, procurando bajar el ritmo de las pulsaciones y recuperar la calma.

Han intentado emborracharlo para debilitar su voluntad, lo han hinchado de whisky esperando que cumpliera la función para la que había sido destilado, la alegría y la fiesta, sí, pero también el olvido, la relajación, la debilidad. Sin embargo, él no ha hablado, no les ha funcionado la estrategia para cazar al urogallo. Al contrario, el whisky lo ha anestesiado y le calma el dolor de la carne entumecida, mitiga el escozor de las heridas abiertas, le ayuda a soportar la incomodidad de la ropa interior mojada por la orina, apacigua el miedo que sentía una hora antes, amordazado en el maletero. El alcohol siempre había logrado arrancarle risas, nunca lo había usado como analgésico de la amargura, no era de esos bebedores que consideran que la raza humana está maldita, que todo el mundo es su enemigo y que la vida entera es un absurdo. Ahora le agradece de nuevo todos los momentos de alegría que le dio en el pasado. Y

como van pasando sus efectos, desea que de nuevo le ofrezcan la botella.

Ha sido un ingenuo al no tomarlos en serio desde la primera vez que los vio rondando frente al colegio, se dice ahora, cuando ya no hay remedio. Ellos, en cambio, lo vieron en actitud vigilante, aunque no detectaron a Wendy hasta que ya era demasiado tarde. Piensa en el detective y de nuevo se pregunta qué haría si estuviera donde él está ahora. Sin duda se enfrentaría a ellos con valor, él no vacilaría en golpear para escapar. Sabe que es renuente a la utilización de la violencia, pero la ha empleado con decisión en defensa propia en caso necesario. Él encontraría un modo de huir, o de convencer a los dos sicarios de que no sabía nada. De lo que está seguro es de que nunca hablaría, nunca delataría el escondite o el refugio de Wendy, porque imagina lo que le harían a ella si le hacían eso a él.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando oye el taconeo de las botas historiadas y regresan los dos hombres, pero cree que es un nuevo día y que ha logrado soportar una noche de tortura.

El Araña le quita la capucha y, aunque las imágenes se le alabean, ve cómo el neandertal abre una nueva botella de The Famous Grouse y se sirve un vaso monstruoso. Bebe un trago, lo saborea, va hacia él con sus andares de mulo y de nuevo se sienta en la silla, tan cerca que le llega su aliento a whisky y a pimienta y oye un borborigmo de sus tripas. Debe de haber comido algo muy especiado. Tiene manchas de sangre seca en los puños y en las mangas de la camisa, como si volviera de una antigua guerra cuerpo a cuerpo y no hubiera tenido tiempo de lavarse, pero el Alkalino sabe que la sangre es suya. Parece cansado y aburrido y bosteza como un hipopótamo.

—A lo mejor te apetece otro trago, güey, pero hemos pensado que ya has tomado mucho y que el pisto no te ha hecho más simpático.

Ahora te vamos a dar agua a ver si aumenta tu lucidez. Para eso te dejaré en manos de mi cuate, él también quiere divertirse un rato contigo. Se aburre si no tiene nada que hacer y se queda cuajado en su rincón. Te va a tratar bien. Es muy eficaz, tú vas a verlo. Te va a romper primero un dedo aquí, luego otro ahí —le pisa el pie—, te va a triturar, no va a dejar nada de ti para que tus parientes, si es que los tienes, te vayan a llorar el hueso. Te dejo en sus manos.

El Alkalino casi agradece que se calle, está harto de ese alarde de ventriloquía que no revela nada sobre quién está detrás, porque es evidente que trabajan para alguien. Por encima de su hombro, ve al Araña que entra con un cubo de agua y unos trapos, siempre sin hacer un gesto, el rostro tan inmóvil como una máscara. Se acerca a él, le embute un trapo en la boca y le coloca de nuevo la capucha. Al tenerlo tan cerca le llega su olor corporal, seco, duro, helado. Oye un ruido raro, como el de un sonajero, y tarda un momento en comprender que le suenan los huesos como al neandertal le han sonado las tripas.

Le desata una mano de la espalda para atarla a un lado de la silla, luego la otra. Lo inclina hacia atrás hasta tumbarlo en el suelo, boca arriba, sobre el plástico que huele a caucho, a whisky y a orina. El neandertal, hasta entonces inmóvil, le sujeta la cabeza y, enseguida, un chorro de agua cae sobre el trapo embutido en su boca. En un primer instante recibe con agrado su frescura, pero en cuanto quiere respirar se atraganta. Intenta moverse, patalear, gemir, pero el chorro sigue cayendo y aumenta su necesidad de oxígeno. Cuando cree que no va a resistir, el agua deja de caer y le quitan el trapo de la boca. Inspira ávida, profundamente, boqueando como un pez fuera del agua, intentando llevar oxígeno a cada uno de sus alvéolos.

El hombre delgado da dos pasos atrás y se queda mirándolo desde arriba, con una fría mirada de antracita, desprovista de luz y de calor, como la araña que se retira dos hilos para contemplar el dolor de la mosca a la que ha inoculado su veneno.

—¿Dónde se esconde la chamaquita? —le pregunta de nuevo el neandertal.

El Alkalino niega con la cabeza y, al instante, recibe una patada en el estómago, golpe sobre golpe, ahora sin demasiada fuerza, como si no mereciera la pena cansarse.

—¿Me estás escuchando?

El Alkalino no responde.

—¿Me estás escuchando? Porque si no me estás escuchando es que tus orejas no sirven para nada. Y si no sirven para nada, te las voy a cortar de un tajo.

El Alkalino no responde.

—La verdad es que no entiendo por qué callas, cabrón, por qué sigues callando, si tú también sabes que al final vas a hablar. Te puedes ahorrar todo este sufrimiento con solo decir una palabra: el lugar donde se esconde Wendy. Además, ¿tú qué le debes? ¿Qué obligación tienes con ella? ¿Acaso te llamas Paraíso?

—No.

—Entonces, ¿por qué sigues empeñado en protegerla? No creo que seas su padre, ni que sea tu morra, porque entonces no se habría escondido también de ti —le dice, y ahora, con su resistencia al límite, las palabras son como gotas de mercurio caliente que le caen en los oídos—. Dinos dónde se esconde y se acaba todo esto. Nosotros nos olvidamos de ti y tú te olvidas de nosotros. Fin.

El Alkalino, cansado de escucharlo, quiere terminar y en ese momento recuerda una expresión que ha oído en alguna película mexicana. Nunca ha sido valiente, pero en el momento más

necesario ha decidido serlo. Mira al ojo azul del neandertal, no sabe si logra sonreír, porque nota los músculos faciales paralizados por los golpes y dice:

—¡Chinga tu madre!

Al neandertal le cambia el gesto y sonríe con un odio feroz.

—Ok, ok, ok. Sabía que eras un tipo listo, pero no sabía que también eras un cantinflas. Ya se me ha agotado contigo la paciencia, seguir preguntándote es una pura aburrición. Te vamos a convertir en coladera.

El Araña le embute de nuevo el trapo, le pone la capucha y el chorro de agua vuelve a caerle en la boca. Todo lo hace de un modo frío y rutinario, sin rencor, como si rellenara botellas o alimentara a un ganso enterrado en el suelo mientras le resuena sordamente la matraca de los huesos. El Alkalino tiene la sensación de que esta vez la asfixia dura más tiempo y que su corazón le da vueltas dentro del pecho como un hámster enloquecido dentro de una rueda, pero de nuevo se detienen cuando llega al límite del ahogo y algo le chisporrotea dentro del pecho, lo liberan del trapo y él aspira todo el aire que encuentra cerca de su boca.

Quiere vivir, vivir, vivir, le aterroriza la posibilidad de que continúen y su corazón estalle y su cadáver aparezca días más tarde, con los pulmones encharcados, flotando en el Lebrón. Le dan miedo la elocuencia del mexicano, su voz corpulenta, su insistencia en las preguntas, la frialdad con que le explica todo lo que le van a hacer si no habla, pero también los largos minutos en que se queda callado y lo oye a medio metro de él respirando, con el silencio intensificando la amenaza. Le dan miedo sus ojos azulencos clavados en él, el ojo que lo mira y el ojo seco que no sabe mirar. Sin embargo, más miedo aún le da la mirada de obsidiana del hombre delgado, la rapidez con que pasa de la inmovilidad a la violencia sin gritar ni

alterarse, el atisbo de su sonrisa arácnida cuando se inclina sobre él, como dispuesto a iniciar su vivisección, apenas abriendo los palpos para dejar entrever los agudos dientes biselados.

La siguiente vez prolongan la asfixia unos segundos más, pero al Alkalino ya no le importa. La hermana muerte ha venido y se lo ha llevado de la mano. Ha muerto como había vivido, sin gritos ni estridencias, inocente y lúcido, con una sola diferencia: ha muerto en silencio para no traicionar todo lo que había defendido hablando cuando vivía.

18

Malas noticias

El viernes 17 de abril, seis días antes de la muerte del Alkalino, Cupido decidió tomarse un día de descanso en la investigación y dedicarse a sus hijos, a la espera de que se produjera alguna novedad en la vigilancia que su ayudante mantenía sobre el colegio de Paula, el único lugar donde Wendy Paraíso podía entrar en contacto con su hija, esquivando el riguroso control que Berta y Trino ejercían sobre la niña desde que su madre anunció que vendría a llevársela.

En casa, después de ver en Eurosport la transmisión de la Flecha Valona, enrasó el cacito con la dosis de leche y la echó en uno de los biberones, lo agitó hasta eliminar los grumos, se puso una gota en la muñeca para comprobar la temperatura y comenzó a dárselo a Laura, que lo tomó agradecida, sin ansiedad, pero sin pausas. La tuvo unos momentos en brazos y la colocó en su sitio en la cuna gemelar.

Repitió la operación con Raúl, pero veinte minutos más tarde decidió no insistirle más para que terminara su biberón, aunque solo había tomado un tercio de la cantidad prescrita. Lo mecía apoyado en su hombro para que expulsara los gases que solían molestarlo cuando sintió una contracción en su ligero cuerpecito y algo caliente en el cuello. Raúl había vomitado y comenzó a llorar. Lo separó con

delicadeza y volvió a vomitar de una forma violenta y explosiva para un cuerpo tan pequeño, como si su cuerpo no aceptara nada dentro.

Senda lo había oído desde el estudio donde trabajaba y enseguida fue a la cocina.

—Déjamelo.

El detective se cambió la ropa manchada y fue al baño, donde Senda estaba limpiando a Raúl.

—Ayer también vomitó y ahora tiene diarrea. ¿Tú crees que es normal? —preguntó preocupada.

—¿Puede ser una infección estomacal?

—Es probable. Pero ¿no te parece que llora mucho?

—No lo sé. Todos los bebés lloran.

—Laura no.

Raúl, vacío y limpio, al fin se quedó tranquilo y lo acostaron en la cuna. En sueños, a su lado, Laura esbozó una sonrisa al sentir su cercanía. Al estar juntos se apreciaba que había crecido más que su hermano.

A las tres de la madrugada volvió a quejarse y a llorar. Cupido se levantó, lo cogió en brazos, le dio agua y lo estuvo meciendo unos minutos hasta que se calmó, pero al dejarlo en la cuna de nuevo comenzó a llorar. Parecía congestionado por un catarro. Lo levantó y apoyó los labios en su frente.

—Creo que tiene fiebre.

Senda encendió la luz de la mesilla y le tocó la frente.

—Sí.

El termómetro marcaba treinta y ocho y medio. Le dieron Apiretal y lo acostaron entre ellos con la luz apagada, insomnes y preocupados por la frecuencia de sus trastornos.

Cupido dormía cuando notó en el hombro la mano de Senda.

—Sí.

—Despierta. Vamos a Urgencias. Está ardiendo.

Miró la hora en el móvil: eran las siete y media y la claridad ya entraba por los resquicios de la persiana. Senda sacó la ropa para Raúl, que se agitaba inquieto en la cama.

—Voy a llamar a Coro para que venga a quedarse con Laura —dijo Senda.

—Le cambio el pañal y lo voy vistiendo.

Coro vivía cerca de ellos y apareció enseguida.

—Gracias por venir. ¡Tan temprano y un sábado!

—No os preocupéis, podéis ir tranquilos. Lo importante es que no sea nada grave.

Tardaron quince minutos en llegar al hospital y contaron en la ventanilla de ingresos lo que ocurría, pero tuvieron que esperar para que fueran atendidos tres chicos jóvenes heridos en un accidente de tráfico que llegaban en ambulancia. La plantilla de Urgencias no era muy amplia y el fin de semana había comenzado de manera agitada, pero al fin el pediatra les hizo pasar a una salita. Tenía unos cuarenta años y vestía una bata verde de manga corta que dejaba ver unos antebrazos muy fuertes y velludos.

Desnudaron a Raúl, lo colocaron sobre la camilla y el médico lo auscultó metódicamente, sin ninguna prisa, con una delicadeza exquisita, alternando la observación visual con el tacto y con el fonendoscopio. Le palpó los ganglios buscando alguna inflamación, observó con atención su fontanela, le apretó la tripa y comprobó que movía bien las articulaciones.

—Tiene la garganta un poco irritada y está congestionado, pero el vientre no está duro y no le veo nada raro. Creo que es un virus que cursa con fiebre y que la mucosidad de la propia congestión le ha provocado los vómitos. Voy a recetarle un jarabe, que debéis administrarle con el analgésico. Y que beba a sorbitos, hay que

mantenerlo hidratado. Si veis que no mejora, es conveniente que el lunes lo vea su pediatra.

Volvieron a casa más tranquilos. Aunque la fiebre no terminaba de desaparecer, Raúl pareció mejorar el domingo, como si les hubiera dado una tregua, pero la mañana del lunes fueron a consulta con su pediatra porque había vuelto a vomitar por la noche y no dejó de quejarse. Tampoco quería beber.

El pediatra leyó el informe de Urgencias y lo auscultó muy despacio, lo pesó y midió su estatura. Algo no encajaba en su observación, porque les dijo:

—Vamos a ingresarlo para hacerle unos análisis más exhaustivos. De momento, os daremos una habitación donde podréis estar con él mientras esperamos los resultados.

—Muchas gracias —respondieron, inquietos.

La enfermera los acompañó hasta la habitación y se llevó a Raúl.

En ese momento, Senda y Cupido no imaginaban que pasarían allí dentro los días siguientes, necesarios para hacerle los análisis, algunos muy complicados, antes de establecer el diagnóstico definitivo. A medida que pasaban las horas, su preocupación aumentaba hasta convertirse en el centro de sus pensamientos y apartar cualquier otro asunto. Fueron tres días larguísimos, con sus noches eternas en las que no podían estar juntos para transmitirse ánimos. En la habitación solo podía quedarse uno y Senda decidió que se quedaría ella, que le trajera de casa lo necesario para asearse y cambiarse y que luego regresara para estar con Laura. Se turnarían cada noche si la estancia se prolongaba.

Cupido volvió la mañana del martes al hospital para sustituirla y vieron cómo se llevaban a Raúl para diferentes pruebas y esperaron durante horas los resultados. Esa noche se quedó él cuidándolo, sin lograr conciliar el sueño. Cuando el pasillo estaba en completo

silencio y no entraba alguna enfermera a controlar que todo iba bien, era él quien se alertaba por un gemido de Raúl o por su respiración agitada. En casa, tampoco dormía Senda y pasaron mucho tiempo enviándose wasaps y lamentando la lentitud con que transcurría la noche, sin interés por abrir en el móvil ninguna aplicación que no tuviera como finalidad la búsqueda de información sobre los resultados de los análisis y sobre el porqué de las pruebas médicas que le estaban haciendo a su hijo.

El detective solamente le escribió al Alkalino un par de wasaps para decirle que seguían en el hospital y que no podía ocuparse de la búsqueda de Wendy Paraíso.

El miércoles por la tarde la pediatra los llamó a su consulta para hablar con ellos antes de darles el alta. Estaba acompañada por el ginecólogo y la enfermera, como si necesitara su ayuda para responder con claridad a todas sus preguntas, lo que les pareció un mal augurio.

—Después del ingreso de Raúl, hemos esperado a tener todos los resultados de las pruebas para dictar el diagnóstico más preciso —dijo con voz firme y serena—. Lo sentimos mucho, pero tenemos que daros una mala noticia. Raúl tiene espina bífida.

—¿Espina bífida? —repitió Senda, porque eran dos palabras extrañas y terroríficas cuyo significado desconocían. Sabían que era una enfermedad grave, aunque ignoraban en qué consistía la gravedad. No supieron quién de ellos inició el gesto, pero se cogieron la mano ante una noticia que los dejó mudos, desconcertados.

—Pero... no es posible... Si me hice todas las pruebas —dijo Senda.

—Lo sé, hemos revisado tu informe —dijo el ginecólogo—. Te hicimos un test combinado: un test genético en sangre materna, que

detecta cualquier anomalía cromosómica del feto, porque desde muy pronto las células fetales pasan a la sangre de la madre; y la vigilancia por ecografías en los momentos prescritos. Con estas pruebas se detecta casi siempre cualquier malformación genética... Casi siempre. Pero cabe la posibilidad de que una espina bífida oculta pase desapercibida, sobre todo si la lesión está cerrada o es mínima. En Raúl, el hueco del tubo neural es muy pequeño.

—¿El tubo neural? —preguntaron ambos, pisándose la palabra.

La doctora cogió un folio en blanco y dibujó la columna vertebral con trazos rápidos, se veía que lo había hecho muchas veces antes.

—La médula es sumamente delicada y por eso va protegida por una coraza ósea, por las vértebras. Pero a veces esa coraza no se cierra del todo y deja un hueco de mayor o menor tamaño. Ese hueco puede acarrear consecuencias graves, pero por fortuna Raúl sufre la lesión más leve, la que llamamos espina bífida oculta. Y se llama así porque muchos adultos la padecen sin síntomas y ni siquiera saben que la tienen hasta que un día se la descubren por cualquier otro motivo. A Raúl le provoca cierta debilidad muscular, que no le impide ni le impedirá moverse y desplazarse, cierta lentitud de reflejos y los problemas intestinales que habéis observado, porque el hueco altera el correcto funcionamiento de los nervios que controlan los esfínteres, provocando estreñimiento, vómitos y, a veces, la no retención de la orina. Puede que algunas veces se haga pis por las noches... Pero puede que esta sea la primera y última visita de Raúl al hospital a causa de esta enfermedad.

El sereno y cercano tono de voz de la pediatra y sus sencillas explicaciones ni se elevaban a la frialdad técnica del argot médico ni bajaban al barro de la compasión. Describían con claridad la enfermedad del hijo, pero no invadían la intimidad de los padres, el

territorio de su dolor. Ambos le agradecieron que se lo explicara así, en lugar de recurrir a las imágenes más perfectas, pero también más frías y crueles, de la pantalla del ordenador.

—¿Y eso es lo que le sucede?

—Vuestro hijo padece la forma más leve de la enfermedad —repitió—. Su lesión está en la vértebra L4, a la altura de la cadera, lo suficientemente abajo para no ser grave. Y por eso apenas ha mostrado síntomas, excepto cierta debilidad muscular y algunos vómitos. Hay mucha gente ahí fuera con espina bífida como la de Raúl que no son conscientes de tenerla —insistió.

—¿Y ese hueco no se puede operar? —preguntó Cupido, que, paralizado por la noticia, escuchaba el informe desde la lejanía, como un eco que se negaba a creer.

—Sí, se puede, pero solo se opera cuando es grave, cuando hay tejido neural abierto, que escapa del tubo. Y no es el caso.

—Pero, si son gemelos, si tienen la misma herencia genética, ¿por qué ha enfermado uno y el otro no? —preguntó Senda desconcertada, con los ojos húmedos.

—No es lo mismo una enfermedad genética que una enfermedad congénita. Raúl no ha heredado su espina bífida, le ha surgido durante la gestación. —El ginecólogo se detuvo un momento y continuó—: La gestación es un proceso muy complejo, y más aún si es gemelar. Su éxito no es automático. El cuerpo rechaza muchos embarazos gemelares porque algo no va bien, pero como la interrupción suele ocurrir en los primeros meses, no aparecen en las estadísticas. Y a veces, cuando sigue adelante, la formación de algún órgano no se completa, como le ha ocurrido a Raúl con su columna vertebral.

—Entonces, ¿por qué ocurrió?

—No podemos saberlo. ¿Alguno de los dos tenéis antecedentes familiares de espina bífida?

Senda y Cupido se miraron y negaron con la cabeza. Jamás habían oído mencionar esa enfermedad en sus familias.

—Una de las posibles causas es una carencia de ácido fólico.

—Pero si yo me alimenté bien y tomé todo lo que me recetaron.

Cupido apretó su mano. Era cierto, se había cuidado hasta la obsesión: se había llenado de calcio para que en el futuro a sus hijos nada les rompiera los huesos, había evitado las grasas para prevenir que fueran gordos, no había probado el alcohol para que ningún intruso entrara en escena.

—En un embarazo gemelar todo es más complicado —repitió la pediatra—. No siempre los dos embriones se desarrollan del mismo modo. Aunque sean genéticamente iguales, uno puede recibir más.

—Es como las herencias —intervino el ginecólogo—. A veces no se reparte el patrimonio a gusto de todos.

—¿Quiere decir que Laura..., que Laura..., tan sana, tan alegre... que Laura tomó para sí lo que también era para...? —tartamudeó Senda.

—Puede haber ocurrido eso, sí. Hay factores que no se pueden controlar. Solo es el azar de la geminación.

—¿Nosotros...? —A Senda se le congeló la palabra en los labios. Buscaba una explicación, le costaba aceptar que la naturaleza cometiera un error que podía causar tanto sufrimiento, que un capricho de las estrellas hiciera desdichada para siempre una vida humana—. ¿Nosotros somos responsables de algo? ¿Podíamos haberlo evitado?

—No, no, no —negó el ginecólogo con rotundidad, con un tono casi severo—. Bajo ningún concepto podéis sentiros culpables. Nadie tiene ninguna culpa y no quiero que os hagáis mala conciencia.

Hiciste todo lo necesario para que tu embarazo fuera bien y desde aquí también lo hicimos. Pero el feto no siempre permite que lo observemos.

—Quizá lo consigamos algún día, pero todavía no podemos meter una cámara de alta definición en la placenta —apoyó la pediatra.

—A un adulto podemos decirle que se esté quieto cuando lo auscultamos, que se ponga de este lado o de este otro cuando le hacemos una ecografía, lo podemos sujetar o anestesiar. Pero un feto es un mal paciente: no obedece las órdenes, no se está quieto, no se deja observar, se pone boca abajo cuando le pedimos que se ponga boca arriba y nos da la espalda cuando le pedimos que nos enseñe su carita.

—Y tampoco tiene la culpa Laura, obviamente no le ha robado la comida dentro de tu vientre, no le ha quitado de la boca una dosis extra de sangre, no lo ha estrangulado con el cordón umbilical, no lo ha arrinconado en la placenta. No, no se ha dado un festín mientras Raúl pasaba hambre, pero puede ocurrir que por factores locales reciba más... atención. Incluso a veces uno de ellos no se desarrolla y muere. Y lo digo de una forma tan brusca para que estéis convencidos. Es el puro azar —repitió la pediatra—. Cada ser humano es diferente y ni siquiera los gemelos univitelinos, concebidos y gestados en una misma placenta, nacen con las mismas capacidades. Cada uno de ellos tendrá que vivir su vida con distintos recursos y distintas carencias.

—¿Y él...? —preguntó Cupido.

—¿Sí?

—¿Sufre?

—Solo si se presentan los síntomas, y, por lo que hemos visto hasta ahora, son muy leves. Esta enfermedad no es un cáncer que puede avanzar hacia peor.

Raúl sonrió en su cuna cuando lo cogieron para volver a casa, superada la crisis y desaparecida la fiebre. Sabían que podría repetirse, y que entonces quizá se vieran obligados a tomar otras decisiones. Pero se sentían en buenas manos, la pediatra y su equipo les habían dado toda la información y les habían transmitido calma y seguridad.

Cuando lo pusieron en su carrito, Cupido y Senda se abrazaron en silencio, conjurando el miedo de esos tres días. La vida continuaba y la mejor manera de afrontar la enfermedad era no ceder a la preocupación, no convertirla en el centro de sus conversaciones y no contaminar a su hijo con sus miedos, sino contribuir a su alegría, a que tuviera seguridad en sí mismo y se lanzara por los toboganes y se impulsara en los columpios hasta lo más alto, a que la carencia de un trocito de hueso en una vértebra no le hiciera vivir acobardado, con miedo a que se derrumbara su columna.

Tardaría un poco más en ponerse en pie y caminar con sus pequeños pies un poco zambos, con su balanceo de pingüino, pero ellos —se conjuraron— aguantarían el dolor de espalda hasta que lo consiguiera. Le costaría equilibrarse en la bicicleta, pero su padre insistiría hasta que lo acompañara pedaleando por las rutas de El Paternóster y también, más tarde, por las rampas del Volcán o del Yunque. Ellos se ocuparían de que la casa estuviera caldeada cuando en invierno llegara del colegio, de aplaudir sus éxitos y corregir sus travesuras, de ir de viaje a los lugares con mar donde Senda veraneaba en su infancia hasta hacerle olvidar el dolor que llevaba encriptado en su médula.

—Una última pregunta —dijo Senda cuando iban a marcharse.

—Sí.

—¿La amniocentesis detecta la espina bífida?

—Sí —confirmó la doctora.

Senda cerró los ojos y dos lágrimas le corrieron por las mejillas. Se había planteado hacerla, pero había optado por el test combinado que había ido desterrando una prueba tan invasiva. La aterrorizaba la imagen de una aguja enorme pinchando su tripa y atravesando la pared de la placenta, con el consiguiente riesgo de aborto.

—No puedes sentirte culpable por eso. Nadie tiene la culpa de lo ocurrido, ningún indicio lo anunciaba —repitió una vez más la pediatra.

De nuevo en casa, con los dos gemelos juntos en la cuna, Senda y Cupido se vieron obligados a retomar las tareas que habían pospuesto por la estancia de Raúl en el hospital. Era jueves, 23 de abril, y recompensaron generosamente a Coro, agradecidos por cómo se había encargado de Laura durante los días de hospital. Se esforzaron por recuperar la paz, no podían convertir la enfermedad de Raúl en el centro de sus vidas. Sería lo peor que podrían hacer por su hijo.

Por la tarde, Cupido llamó al Alkalino, pero tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura. Había hablado con él por última vez dos días antes y le había dicho que había localizado a Wendy, que se escondía en una casita por el barrio del cementerio, pero con la angustia del hospital no había vuelto a saber nada más.

Mientras esperaba a que le devolviera la llamada, se sentó ante el ordenador a resolver algunas gestiones pendientes, pero se le pasó el resto de la tarde buscando información sobre la espina bífida, sobre la posibilidad de un diagnóstico equivocado, sobre su tratamiento o su curación, y leyendo entrevistas a padres que tenían hijos con el mismo problema. Abundaban informaciones sobre casos

parecidos, en ocasiones ofreciendo un panorama desolador con un vocabulario que nunca había oído: soricidios en el vientre materno, displasias, isómeros con las mismas piezas en el genoma, pero distribuidas de un modo distinto. Se levantó varias veces al leer una noticia o un reportaje positivo y fue al salón, donde estaba Senda también ante el ordenador mientras los gemelos dormían tranquilos, juntos después de varios días de separación. Se abrazaron y se repitieron las palabras más optimistas de la pediatra, cada uno ocultando al otro su preocupación.

—Todo va a ir bien —dijo Cupido mientras notaba cómo el llanto estremecía a Senda entre sus brazos.

—Nunca dejaremos de quererlo... Nosotros... tenemos que impedir que alguna vez piense que por estar enfermo...

—Sí. Lo veremos crecer y sonreír.

La besó y notó en los labios el sabor de la sal.

Por la noche, después de la cena, Cupido se tomó un Enantyum para aliviar un malestar físico que llevaba soportando dos días. Aunque se sentía enfermo, no podía paralizarse. Volvió al ordenador y se dedicó a actualizar la información sobre Wendy Paraíso. Los días en el hospital habían roto el ritmo de la investigación, habían roto la cadena lógica de los acontecimientos y tenía que recuperar el ritmo y el tono.

El escándalo del vídeo erótico había sido desplazado por un nuevo escándalo de un *bon vivant* a quien las cámaras habían sorprendido en un concierto besando a una chica que no era su novia aristócrata, aunque en la prensa deportiva se mantenía la presión mediática sobre Gamma.

A las once volvió a llamar al Alkalino y comenzó a preocuparse cuando tampoco se activó la señal de llamada. El teléfono seguía apagado o fuera de cobertura.

No creía que hubiera recaído en un nuevo episodio en su adicción, pero dudó si ir a su casa, aunque ya en otra ocasión parecida resultó que simplemente se había quedado sin batería. Quizá alguna otra circunstancia que no imaginaba le impedía comunicarse por teléfono. Exhausto por los tres días de insomnio y de tensiones en el hospital, decidió esperar hasta el día siguiente y recuperarse de la profunda fatiga. Por la mañana, a primera hora, iría a buscarlo.

19

Desaparecido

La mañana del viernes 24 de abril Cupido seguía encontrándose mal después de una noche inquieta. Acompañó a Senda en el desayuno antes de que ella se fuera al trabajo, pero estaba desganado y solo tomó un café y un ibuprofeno antes de ponerse en marcha. En la habitación de los gemelos, Laura dormía, pero Raúl estaba despierto y lo miró con una expresión extrañamente placentera. Se había recuperado después de aquellas jornadas en el hospital, donde lo habían llevado y traído de acá para allá, entre análisis y pruebas, entre jeringuillas y máquinas sofisticadas, y sus ojos de tres meses parecían decirle esa mañana: «Mi vida tendrá algunas dificultades y no siempre seré feliz, pero estoy dispuesto a resistir si tú me ayudas». Cupido se agachó a besarlo, inundado por una oleada de ternura.

Aliviado por el analgésico, en cuanto llegó Coro se dirigió hacia la casa del Alkalino, inquieto por su silencio. Como no contestó a la llamada del timbre, abrió la puerta con su copia de la llave, que no recordaba haber utilizado hasta entonces.

Cupido lo había conocido veinte años atrás, al salir de la cárcel, donde había estado unos meses por contrabando de tabaco. Una noche iba caminando por la calle cuando vio que caía al suelo un hombre que lo precedía unos metros, se golpeaba la cabeza y se le abría una herida en la frente. Estaba bebido, pero se mostró muy

preocupado por no manchar de sangre al joven alto que lo ayudó a levantarse, lo acompañó hasta su casa y hasta lo ayudó a desinfectarse la herida con un bote de mercurocromo que llevaba un año caducado.

Y no se acordaba de él cuando, dos días más tarde, lo vio aparecer una mañana en la puerta de su casa. Sobrio y sereno, con una actitud y un aspecto muy distintos a los de aquella noche, vestido con ropas gastadas, de una austeridad soviética, pero furiosamente limpias, con el pelo atusado con agua y una tirita sobre la herida de la frente, no parecía el mismo hombre. Aunque Cupido no mencionó el incidente, el Alkalino le contó que su adicción al alcohol había comenzado cuando trabajaba en el Bierzo en una de las últimas minas de carbón. Al cobrar el sueldo, era el primero en llegar al bar y pedir una ronda de aguardientes. Y más tarde había cometido excesos con su cuerpo que a otros habrían llevado a la tumba. Pero había sobrevivido y había dejado el alcohol, aunque no tuvo empacho en reconocer sus ocasionales recaídas, en las que bebía sin descanso durante una semana entera, como había ocurrido unos días antes.

El Alkalino también le dijo que sabía quién era y que, si alguna vez podía ayudarlo en algo, le gustaría devolverle la atención que había mostrado con él. Que no dudara en buscarlo en la dirección en la que ahora estaba entrando Cupido. Tiempo después le había dado una copia de la llave, porque era la persona en quien más confiaba.

Aquella mañana, dos décadas antes, el Alkalino se había acercado a él sin recelo, sin ofrecer ni pedir, sin prometer. Y tras varios encuentros más, Cupido fue sintiendo hacia él una simpatía surgida del respeto, y por eso mismo más sólida que otras más rápidas y efímeras. Su afecto se consolidó por su valiosa colaboración —sin pedir ninguna recompensa— durante la investigación del salvaje

asesinato de aquella pintora en El Paternóster, cuando descubrió la bondad sin un gramo de postureo ni malicia ni cálculo de aquel pequeño gran hombre que ni siquiera era consciente de ser bueno. Al principio lo había considerado un informante, pero al terminar aquel caso ya lo consideraba un amigo. Desde entonces el Alkalino le había regalado su tiempo, sus fuentes de información, sus opiniones, su conocimiento del corazón, su amistad incondicional... y a cambio él le había devuelto muy poco.

La casa era honesta, pequeña y algo antigua, fresca, de una sola planta, de anchos muros de carga construidos con materiales primordiales —piedra, ladrillo macizo, argamasa, madera— y con ventanas estrechas, con un cierto aire de cueva que no había reformado, como si conservara alguna querencia por los espacios oscuros desde sus años de minero. Pero olía a limpia y estaba ventilada. Aparentemente, no se veía nada extraño. El pequeño salón y el baño, los cristales de las ventanas y los suelos de terrazo percudido por el uso estaban cuidados con el mismo esmero y la misma pulcritud que su dueño aplicaba a su aseo y a su indumentaria. En el escurridor de la pequeña cocina, donde preparaba al fuego de gas sus comidas austeras y vegetales, porque nunca había sido la gula lo que lo atormentaba, vio dos platos y un vaso secos, como si no se hubieran usado al menos desde el día anterior. También la cama estaba tendida en el dormitorio y daba la impresión de que no había pasado allí la noche. Una vez más le sorprendieron los libros, apretados en una estantería frente a la cama. Conocía su afición a la lectura y ocasionalmente le oía citas y referencias a escritores, pero imaginaba que más bien los sacaba prestados de alguna biblioteca. Ojeó algunos títulos que le sonaron vagamente: *El proceso, De los delitos y las penas, Lord Jim,*

Expiación, El villorrio, Los jugadores de billar. Por lo demás, no había ninguna doble puerta, ningún escondrijo, ninguna pared falsa.

La decoración era tan austera como él mismo y tampoco en los muebles abundaban los adornos destinados a llenarse de polvo. Al Alkalino ninguna propiedad le provocaba un sentimiento fruitivo y se había ido desprendiendo de todo lo superfluo. Allí no estorbaba nada, y si algún día faltaba su dueño, quedaría poco que regalar o donar a alguna institución benéfica. Cupido recordó que en otra ocasión, al mencionarle su pobreza monacal, había respondido:

—¿Para qué quiero tener más cosas? La pobreza engancha. Antes creía que una casa necesita de muchos trastos para funcionar: muebles, vajillas, cortinas, electrodomésticos, cuadros, adornos, mil bombillas... Ahora creo que es al contrario, que tantas cosas estorban y que todo está más limpio y funciona mejor cuanto más desnudo, cuanto más vacío de ornamentación y de cacharros. Cuando descubres las ventajas de vivir pobre y con ligereza, hasta el oro es una pesada carga. Y en cambio nada te condena a mayor sumisión que el ansia de riqueza. Te somete a sus dictados, no puedes pensar en otra cosa, siempre estás calculando cómo aumentar lo que ya posees. Cuanto más tienes, más quieres. Más, más, más.

—Pues yo diría que todo el mundo empuja y mete los codos para hacerse rico.

—¿Hacerse rico? La riqueza está sobrevalorada. ¿Para qué hacerse rico y tener muchas propiedades que no se pueden disfrutar? Lo que queremos es calidad de vida y bienes compartibles que podamos usar aunque no sean nuestros, y servicios que nos alegren la vida sin pensar en la propiedad privada.

Cupido salió a la calle, llamó a la puerta de la casa vecina y preguntó a los dueños si habían visto al Alkalino el día anterior.

—Pues no. Pero tampoco nos hemos preocupado, porque él hace poco ruido, es muy discreto. Le gusta mucho hablar, pero nunca grita. ¿Es que no lo encuentras?

—No.

—¿Has mirado en el huerto? Pasa allí muchas horas.

—Es verdad.

Cerró y caminó hacia el huerto, que cuidaba tanto como la casa. No había allí viejas bañeras utilizadas como bebederos para los animales, ni botellas de plástico cultivadas en los surcos, ni oxidados somieres como puertas, ni herrumbrosa chatarra reforzando ninguna alambrada de pinchos: de hecho, la pared de piedra a hueso era baja y no pretendía disuadir a nadie de saltarla. Su dueño consideraba que si alguien robaba un tomate o una pieza de fruta era porque la necesitaba para comer.

Le extrañó que estuviera abierta la caseta de las herramientas y dentro vio su pantalón y sus zapatos, porque solía cambiarse para trabajar. Salió y distinguió al fondo unas zarzas arrancadas junto a una planta de áloe vera. Había una azada en el suelo, como si lo hubieran interrumpido en mitad de la tarea. Miró alrededor y al descubrir algunas plantas de lechugas y calabacines pisoteadas temió que hubiera ocurrido un accidente, que se hubiera caído, si no algo más grave; el Alkalino no habría ido a ningún sitio con ropa de trabajo, ni habría dejado la azada tirada entre las zarzas ni, mucho menos, habría pisoteado los frutos del huerto.

Desanduvo sus pasos y regresó hacia la caseta, que ahora observó con mayor atención, buscando en vano algo extraño. Una vez más lo llamó por teléfono y su teléfono seguía apagado o fuera de cobertura. Llamó entonces al centro médico y preguntó si alguien con su nombre o sus características había acudido allí por alguna urgencia. No, nada. Inquieto, abandonó el huerto y caminó hacia el

centro de Breda, pero tampoco encontró su rastro en el casino ni en ninguno de los lugares que frecuentaba. Con un creciente desasosiego, por primera vez se planteó acudir al teniente Gallardo y avisar de su desaparición, porque no se le iba de la cabeza su último mensaje, donde le decía que había encontrado a Wendy en una casa cerca del cementerio. ¿Acaso se hallaba en peligro? Aunque quizá era demasiado pronto para lanzar una alarma que luego no habría sabido justificar si había recaído o estaba ocupado con algún asunto privado que no había querido contarle.

Se decidió. Se dirigió hacia el cuartel de la Guardia Civil y preguntó por Gallardo. No le hicieron esperar y lo condujeron hasta el despacho del teniente, que estaba ante su mesa, vacía de todo, como siempre, excepto por el ordenador, la fotografía con Andrea y su hija Valentina y la pequeña escultura con la espada, el hacha y el haz de lictores.

—¿Ocurre algo? Porque solo vienes por aquí cuando hay algún conflicto.

—No lo sé, todavía no lo sé.

Aturdido por el malestar físico y por la sensación de que, de pronto, todos los acontecimientos se aceleraban y lo dejaban atrás, le contó que el Alkalino había desaparecido, que no estaba en su casa, que nadie lo había visto en dos días, y que temía que su desaparición se debiera al encargo que le había encomendado.

—¡Espera, espera, espera! No sé de qué me estás hablando. ¿De qué encargo se trata?

Cupido le habló de la difusión del vídeo erótico del futbolista; el King Quintana lo había contratado para encontrar a la chica con la que Gamma aparecía en la cama, Gwendolyne Barnes Paraíso, porque sospechaban que podía haber regresado a Breda para esconderse.

—Es de aquí y aquí está su hija, aunque la niña vive con los abuelos —concluyó.

—Nos han informado, pero nadie nos ha pedido que actuemos.

Cupido le contó que había hablado con los abuelos, preocupados porque Wendy Paraíso había llamado a su hija al teléfono del colegio y le había dicho que iría a recogerla. Él había pedido al Alkalino que vigilara la posible aparición de la madre y su ayudante lo había llamado para decirle que la había encontrado, que se escondía en una casa por el barrio del cementerio. Pero había tenido que dejar a un lado la investigación por un problema de salud familiar y desde entonces no había sabido más de él.

—¡Espera, espera! —repitió—. Habíamos visto a los periodistas rondar la casa de los abuelos, pero me estás contando que... ¿Quieres decir que hay algo más que cuatro buitres salivando en torno a la carnaza y que nosotros no sabíamos nada?

—No contesta al móvil, nadie lo ha visto en los lugares que frecuenta y no lo localizo por ninguna parte. No está en su casa, ni en su huerto, pero en el huerto hay detalles raros: sus ropas de paseo, como si se hubiera cambiado, una herramienta abandonada en mitad de una tarea y huellas de unos pies que han pisoteado las verduras plantadas, algo que él nunca permitiría.

—¿Qué quieres hacer?

Cupido hizo un gesto de duda.

—No lo sé. Antes de denunciar formalmente su desaparición, creo que convendría buscar de algún otro modo que no se me ocurre.

—Bebía, ¿no? —recordó Gallardo.

—Lo había dejado.

—Iremos a su casa y a ese huerto a echar un vistazo —decidió después de unos segundos.

El propio Gallardo y un número lo acompañaron a la casa y lo observaron todo sin encontrar nada extraño, pero en el huerto advirtieron indicios de un cuerpo caído en la tierra y, posiblemente, arrastrado hasta la caseta.

—¿Has llamado al hospital, por si han tenido aviso de alguna urgencia?

—Sí.

—Lo comprobaremos. Ven con nosotros a poner una denuncia para activar la alarma. Nosotros nos encargamos y te avisaremos si aparece algo.

Desbordado por la actividad de los últimos cuatro días, Cupido decidió volver a casa a descansar durante unas horas, pero antes pasó por la farmacia y compró un test de covid. Llevaba dos días ocultando con Enantyum el dolor de cabeza, la congestión que le robotizaba la voz y, por las noches, un molesto zumbido en el oído izquierdo, como si algo se le hubiera desajustado dentro.

Aunque se había vacunado según la prescripción médica, en el test aparecieron las dos rayitas. Posiblemente se había contagiado de la nueva cepa en el hospital y de ahí el malestar, la fatiga, el torpor, la atonía muscular, los sentidos apagados. Se puso una mascarilla por miedo a contagiar a los gemelos y a Coro —si es que no lo había hecho ya— y llamó a Senda. Sin esperarla, decidió aislarse en su viejo apartamento mientras esperaba a que el Alkalino apareciera, aunque fuera cargado con una resaca caníbal, proporcional a los días de ausencia, o que la Guardia Civil consiguiera alguna noticia sobre él.

20

Dron

Aparca el coche junto al viaducto, en un ensanchamiento de la pista ganadera paralela a la enorme canal de riego y saca el dron, un fantástico DJI Mavic 3 que le ha regalado su mujer por sus diez años de felicidad matrimonial. Son las diez y media y tiene toda la mañana para grabar las imágenes que busca. Sin prisas, camina hasta el alto viaducto por donde la mitad del caudal cruza a la margen izquierda de las vegas del Lebrón.

Desde allí arriba la vista es espectacular. Sus cincuenta metros de altura sobre el río le provocan un ligero vértigo, acentuado por la vibración del agua que corre bajo sus pies. Abajo, el Lebrón, de una belleza selvática, se desliza profundo y oscuro, encajonado entre rocas y arbustos, todavía rápido antes de ir abriéndose por efecto de la erosión y por el aumento de caudales hasta convertir su congosto en un fértil valle en artesa y haraganear unos kilómetros más abajo entre las feraces Huertas de la Abundancia, entre las tierras oxigenadas por lombrices de medio metro de largo.

Enciende el dron y lo levanta lentamente hasta la altura deseada. Lo detiene como a un halcón en vuelo, lo enfoca hacia el norte y ve en la pantalla, unos kilómetros arriba, la mole de la presa y, más allá, en el horizonte, las acogedoras sombras de las dos cumbres, al este, el Yunque rectangular; el redondo Volcán al oeste y, entre ambos, el espacio magnético de El Paternóster. Gira el dron sobre su

eje, sin desplazarlo, deja atrás los aerogeneradores de Mistralia sobre el *skyline* de Sierra Ufana y lo detiene enfocando hacia el sur, hacia las vegas verdes de primavera, perfumadas por el húmedo aliento de abril, hacia el paspartú de los cultivos con distintas texturas, líneas y colores. Lo atrae mucho el brutal contraste en tan poco espacio: al norte, los cerros jorobados, duros, incultivables, de rocas, arbustos, zarzas hambrientas; y sin transición, al sur, las vegas blandas, feraces y cremosas donde cualquier cosecha crece.

Grabado el marco general del paisaje, comienza a jugar con el dron, a moverlo en círculos para una mejor panorámica. Lo eleva hasta su mayor altura, aumenta su velocidad y empieza con las acrobacias. Pasa con él bajo el viaducto, entre los anchos pilares, como los aviadores que pasan bajo los puentes con sus avionetas deportivas. O lo detiene bajo las húmedas caderas de hormigón, donde anidan las golondrinas, para captar un espectacular contrapicado hasta que decide dar una nueva pasada en vuelo rasante más abajo, casi tocando la superficie del agua.

Es así como distingue una mancha de color rojo junto a la orilla. Detiene el vuelo del dron, como se detendría una rapaz al descubrir agazapada una posible víctima, lo dirige hacia atrás muy lentamente y observa el plano cenital. Luego, muy despacio, va descendiendo hacia la mancha roja, hasta la mancha roja, sobre la mancha roja.

¿Qué es eso?

Es una camiseta publicitaria de Coca-Cola, pero el pulso comienza a temblarle al descubrir que la viste un cadáver. Aun con el temblor, acerca un poco más el zoom de la cámara, con una definición admirable de la tecnología china. Ha visto algunos cadáveres en su cama o en un hospital, maquillados y adecentados por los deudos o por los empleados del tanatorio, pero nunca uno como ese, que

haya sufrido tanta violencia, aunque no puede saber si se debe a la caída desde el alto viaducto o a alguna otra causa.

No sabe cuánto tiempo lleva inmóvil, observándolo, cuando de pronto siente un ramalazo de pánico. Está solo en medio de aquel áspero paisaje una mañana de domingo. Todo es silencio alrededor, como si también los animales respetaran el duelo de la muerte. Ordena al dron que vuelva hasta sus pies como un ave dócil, lo encapucha, recoge todo el equipo y se encierra con llave en el coche. Coge el móvil y teme que no haya cobertura, porque solo parpadea la primera de las barras escalonadas, que de pronto desaparece y se corta la conexión.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Sus manos siguen temblando cuando marca el 062.

21

Viaducto

Dos días después, el domingo 26 de abril, Cupido se encontró mejor al despertarse. Había pasado una buena parte del sábado durmiendo, recuperándose del virus, de la tensión y del sueño atrasado durante toda la semana, aunque le quedaba una tos incómoda que no lograba erradicar. No se sorprendió cuando en el test no aparecieron las dos rayitas. Todavía estaba cansado, pero ya no contagiaba, de modo que pudo abrazar a Senda y a los gemelos. No dejaba de pensar en la desaparición del Alkalino y ahora ya podía dedicarse plenamente a ella.

Al mediodía, mientras preparaban la comida, el móvil vibró sobre la encimera. Era el teniente Gallardo.

—No tengo buenas noticias —dijo, y se quedó callado, como esperando su permiso para continuar.

—¿Vive?

—Ha aparecido un cadáver bajo el viaducto del Lebrón y parece que es él —se limitó a responder.

—¿Estáis seguros?

—Creemos que sí. Ahora vamos para allá. Ya hemos avisado a la jueza. Aunque hay huelga de magistrados, acudirá enseguida.

—¿Ha sido un accidente?

—No —respondió categórico.

—Quiero ver el cadáver.

—No está permitido si no eres un familiar.

—Soy el único familiar que tenía, aunque no tengamos la misma sangre —dijo con voz grave.

—De acuerdo —aceptó al cabo de unos segundos—. Prepárate. Andrea te recogerá en diez minutos.

Se limpió las manos mientras le decía a Senda, que lo había escuchado todo:

—Era Gallardo. Han encontrado un cadáver y creen que es él. Tengo que ir a comprobarlo.

—¿Están seguros?

—Creen que sí.

Lo abrazó y le dijo:

—Ojalá se hayan equivocado.

Mientras esperaba a Andrea en la calle temió que, por la hora a la que se descubrió el cuerpo, la forma de morir hubiera sido atroz. Sabía por experiencia que cuando un crimen se cometía por la noche era más salvaje, había una mayor crueldad y reflejaba más odio, como si en la oscuridad el asesino se sintiera impune y se permitiera una agonía más lenta, una mayor demora al infligir dolor.

Andrea, que había recibido la llamada de aviso en el 062, conducía el coche y el teniente ocupaba el asiento del copiloto. Les contó todo lo que sabía: que había enviado enseguida un coche con dos guardias, que bajaron hasta la orilla y comprobaron que el cadáver presentaba signos de violencia y que coincidía con las señas del Alkalino. El cuerpo estaba bajo el viaducto, en un paraje de difícil acceso incluso a pie, por lo que sin duda había caído o lo habían arrojado desde el puente. Lo había descubierto un aficionado al uso recreativo de drones, que estaba practicando por allí, vio una mancha roja junto a unas rocas de la orilla y acercó el dron con la cámara.

Gallardo permaneció en silencio durante el camino, todo lo había contado Andrea. Cupido ya había comprobado antes su aptitud para comunicar las malas noticias con una sensibilidad de la que carecía el teniente, para elegir el tono y las palabras adecuadas según la persona a quien se las comunicaba. Las últimas veces que Cupido los había visto juntos era ella quien llevaba la iniciativa de forma natural, y también ahora parecía tomar las decisiones, conduciendo atenta a la carretera, a los coches con los que se cruzaban. A su lado, Gallardo parecía mayor y, aunque en el trabajo mantenían el trato propio de la jerarquía, sin tener en cuenta su matrimonio, se filtraba en Andrea una actitud de mayor seguridad y confianza en su juventud frente a un teniente que no podía ocultar la diferencia de años que los separaban.

Abandonaron la carretera y tomaron la pista paralela a la canal de riego durante tres kilómetros hasta llegar a la pequeña explanada del viaducto. Al bajar del coche, se oían los poderosos borborigmos con que unas compuertas dividían las aguas de la enorme canal principal para distribuirlas por las dos márgenes del Lebrón. Ya había allí un coche blanco, una ambulancia y dos Land Cruisers de los suyos.

Un número se acercó a ellos, los saludó militarmente y desde lo alto les indicó dónde estaba el cadáver. Distinguieron una mancha roja y, a su alrededor, a dos sanitarios con uniforme y a otros dos guardias que custodiaban el cuerpo sin acercarse a él.

—¿Por dónde se baja?

El número les indicó que había que dar un pequeño rodeo, que él podría guiarlos. Sin embargo, Gallardo vio al dueño del dron junto al coche blanco.

—¿Él fue quien lo encontró?

—Sí.

Gallardo, Andrea y Cupido se acercaron a él y le hicieron repetir cómo lo había descubierto. Al terminar su relato, el teniente le preguntó:

—¿Viste a alguien rondando por aquí? ¿Te cruzaste con algún coche en el camino?

—Que yo recuerde, solo pasó un 4 × 4 con un remolque cargado de pasto. Por eso vengo por aquí con el dron, porque hay poca gente y porque me gusta este paisaje.

—Tendrás que pasar luego por el cuartel para hacer una declaración detallada.

Dieron un rodeo para bajar hasta la orilla superando la fuerte pendiente. Los dos guardias saludaron al teniente esperando sus órdenes. Cupido miró hacia lo alto: por la barandilla del puente, cincuenta metros más arriba, asomaban las lejanas cabezas de los otros agentes y del dueño del dron. De las tripas del viaducto se escapaban unas hilachas de agua que perdía la canal. Bajo el asfalto habían anidado las golondrinas, que, inquietas por tanto tráfico de coches y tantos humanos en un paraje casi siempre solitario, trazaban nerviosos arabescos en el aire limpio, transparente del mediodía, pero ahora cargado de tragedia. Desde tanta altura el impacto había sido brutal. Cupido lo observó sin acercarse y preguntó:

—¿Qué hay junto a su mano?

—Cristales —respondió Andrea señalando una etiqueta, The Famous Grouse, visible entre los fragmentos—. De una botella de whisky.

Al romperse, un cristal le había causado un profundo corte por el que había escapado un poco de sangre que ya no movía el corazón. No se le veía el rostro, que había quedado mirando hacia el agua, en una violenta postura. Para observarlo de cerca, Cupido avanzó por la

orilla, pisando la arena gorda como lágrimas frías. A pesar del sufrimiento del cuerpo, pequeño, vencido, reventado, el rostro estaba extrañamente intacto, reconocible a pesar de unas marcas que le parecieron efecto de los golpes, no de la caída. Los ojos, semiabiertos, estaban fijos en la corriente del Lebrón, como si quisiera irse con él hacia el mar. Se agachó hacia él y le llegó el olor ferruginoso de la sangre, de los huesos y de los dientes rotos. Un puercoespín le subió desde el estómago desgarrándole la garganta y se juró que lo escupiría y que no se detendría hasta hacérselo tragar a quien había hecho aquello.

Retrocedió unos pasos, en medio de un silencio que solo alteraban algunos chasquidos del agua al chocar con las rocas de la orilla. Si la intención al arrojarlo desde allí había sido la de amedrentarlo en su investigación, estaban completamente equivocados, porque en esos momentos sentía más rabia y coraje que horror o miedo.

—¿Es él? —preguntó el teniente.

—Sí —confirmó.

—¿Crees que él mismo...?

—No —respondió Cupido con rotundidad, conmovido—. Nunca se habría suicidado. Amaba demasiado la vida.

—La autopsia nos dará toda la información.

Oyeron ruido a sus espaldas y vieron aparecer a un guardia que les abría camino a Barroso, el forense, y a la jueza.

—Señoría —dijo el teniente con un saludo militar y una ligera inclinación.

—¿Quién es la víctima?

Gallardo la informó de todo lo que sabían mientras Barroso fotografiaba el cadáver y se agachaba junto a él para el primer reconocimiento.

—¿Alkalino? ¿Por qué lo llamaban así?

—Porque nunca se cansaba de hablar —dijo el teniente.

—De contar —precisó Cupido—. Podía estar durante horas contándote historias, pero uno nunca se cansaba de escucharlo.

—¿Lo conocía bien? —preguntó la jueza al oír el tono conmovido de su voz.

—Sí. Era el mejor hombre que he conocido nunca.

—¿Y usted es...?

—Ricardo Cupido, un amigo del difunto, señoría —informó Gallardo—. Ha venido a identificar el cadáver.

La jueza asintió con la cabeza. Miró hacia lo alto del viaducto y preguntó:

—¿Ha sido un accidente?

—Parece que no. Arriba no hay ninguna señal que lo indique.

—¿Suicidio... o algo peor?

—No se suicidó —repitió Cupido.

—Ya hablaremos. Podéis proceder —añadió dirigiéndose a Barroso antes de dar la vuelta para marcharse.

—Sí, señoría —dijo Gallardo.

Después de la crisis, la salud de Raúl se había estabilizado y mejoraba sin necesidad de medicamentos, lo que confirmaba que la lesión era leve y que, por tanto, no había necesidad de intervenir sobre ella. Comía y dormía mejor y les dejaba dormir más tiempo, buscaba en la cuna el contacto con su hermana y reaccionaba a cualquier llamada o estímulo.

Esa tranquilidad doméstica le vino muy bien a Cupido para descansar el lunes y afrontar el impacto de la muerte de su ayudante, porque al día siguiente, el martes 28 de abril, lo llamó

Gallardo para que fuera al cuartel, porque había novedades. Andrea estaba con él en el despacho.

—Nos ha llegado el primer informe de la autopsia. No ha sido complicado. —El teniente ojeó unos folios—. Tenía alcohol hasta en los huesos, lo empaparon bien. Cero treinta en sangre. Había bebido o le hicieron beber whisky en cantidad abundante, posiblemente de la botella que apareció junto al cadáver. Pero tenías razón, no se cayó ni se tiró por el viaducto. Estaba ya muerto cuando lo despeñaron. Lo habían golpeado a fondo y lo arrojaron desde allí para disimular las señales de la tortura.

—Le hicieron beber —dijo Cupido—. Por eso había una botella al lado, para simular que había muerto aferrado a ella.

—Mientras esperábamos el informe de Barroso, no nos hemos quedado quietos. Y hay indicios de violencia que indican cómo debió de ocurrir todo.

—¿Cómo?

—Debieron de sorprenderlo en el huerto —tomó el relevo Andrea —, porque en la caseta de las herramientas estaban sus zapatos y su ropa de calle, que se habría cambiado para no mancharlos. En unos parterres hemos encontrado la huella de un cuerpo caído y signos de haber sido arrastrado por dos personas, una fuerte y pesada y otra de poco peso, según se deduce de las marcas de los zapatos. Desde la caseta se lo llevaron en coche a otro lugar que no hemos podido localizar, algún sitio discreto y apartado donde nadie viera ni oyera nada hasta que obtuvieran de él lo que buscaban. Si es como tú dices, allí le hicieron beber, pero es seguro que lo golpearon y lo torturaron a conciencia. Sabían lo que hacían y él debió de resistir, porque recibió una buena paliza y amagos de ahogo con agua. Pero murió por un infarto. El corazón no le aguantó y explotó. Luego arrojaron el cuerpo por el viaducto con la intención

de ocultar los golpes. Lo llevarían hasta allí en coche o en furgoneta. Hemos utilizado a los perros, pero ha sido imposible encontrar ningún rastro de olor y tampoco tenemos ninguna pista de dónde lo escondieron entre su secuestro y su muerte.

—¿Quién pudo hacerlo?

—¿Tenía enemigos? —Gallardo respondió con otra pregunta.

—No. Nadie podía ser enemigo suyo.

—No creemos que se trate de una cuestión personal, ese no parece el motivo. ¿Dos personas confabuladas en una venganza contra él? No nos encaja, no es su perfil.

—Tampoco el robo, porque no tenía nada valioso que pudiera ser robado —dijo Andrea—. Tuvo que ser gente que no lo conocía, alguien que vino de fuera y que tal vez ni buscaron un alojamiento público. Pueden haberlo mantenido en una furgoneta si estaban en un lugar muy apartado. Y tal como lo golpearon, debían de ser profesionales. Sicarios itinerantes, difíciles de localizar.

—Nos inclinamos a pensar que su muerte está relacionada con el vídeo erótico y la búsqueda de Wendy Paraíso. Tú nos dijiste que te llamó para decirte que la había localizado, que se escondía en una casa cerca del cementerio, ¿no?

—Eso me dijo por teléfono.

—¿Y no te dio más detalles?

—No. Y no le pregunté, porque estábamos en el hospital.

—Quizá quienes lo mataron también la estaban buscando —aventuró—. Porque hemos conocido más cosas —dijo, y miró a Andrea para que continuara.

—Unos días antes...

—¿Unos días? ¿Cuándo?

—El miércoles veintidós.

Cupido recordó que el miércoles de la semana anterior todavía estaban con Raúl en el hospital y que él había dejado solo al Alkalino en su búsqueda sin imaginar el peligro que corría. La enfermedad de su hijo ocupaba todos sus pensamientos y aparcó la investigación, sin imaginar los posibles riesgos.

—Ese día ocurrió un pequeño incidente junto al parque, frente al colegio..., y creemos que Wendy estuvo implicada. Algo desencadenó algún tipo de desacuerdo entre tu ayudante y los dos ocupantes de un coche negro, un todoterreno. Nadie se fijó en la marca ni en la matrícula, pero hemos sabido que él se mareó o se cayó en medio de la calzada, se interpuso en el camino del vehículo y hubo un rápido cruce de palabras. De los dos hombres no hemos averiguado nada, son un misterio, nadie los ha visto ni hemos encontrado rastro de su alojamiento en Breda... Pero sí hemos localizado la casa donde se escondía Wendy Paraíso.

—¿Cómo?

—Nos dijiste que estaba cerca del cementerio y a partir de ahí todo ha sido sencillo: en el catastro, entre las propiedades de Gwendolyne Barnes Paraíso, no figura ninguna propiedad por ese barrio. Pero investigamos las viviendas en apariencia deshabitadas y encontramos una pequeña casa de una anciana que está ingresada en una residencia: es la tata que cuidó a Wendy de bebé y que ya había cuidado a su madre cuarenta años antes. También hemos sabido que, hace años, cuando Wendy discutía o se peleaba con su marido y se iba de casa, más de una vez se refugió allí. Ahora hizo lo mismo. Para ella puede haber sido un escondite perfecto, acorde con su estado de ánimo, en una calle apartada y con poco vecindario. Uno de los vecinos la vio alguna vez, pero creía que era un chico.

—¿Se disfrazaba?

—Sí. Y eso explicaría que nadie la haya detectado rondando el colegio, excepto tu ayudante —dijo Gallardo.

—Hemos encontrado evidencias de su reciente estancia en la casa. Esos días tenía la regla. Debió de huir precipitadamente en cuanto se produjo el incidente en la verja del colegio —continuó Andrea—, porque dejó la cama deshecha, algo de comida en un viejo frigorífico y todo sin recoger.

Cupido se quedó unos segundos pensativo.

—Lo que no entiendo es que un vídeo erótico haya terminado por provocar una muerte. Al fin y al cabo, ya se había difundido, el daño ya estaba hecho. Debe de haber algo más grave que ignoramos.

Gallardo asintió con el ceño fruncido y giró la mano en el aire, sugiriendo que todo lo ocurrido se complicaba de forma espiralada.

—Es Wendy Paraíso quien mejor puede explicarlo. Vamos a hablar con la jueza para pedirle que emita una orden de búsqueda. Ahora ya no se trata solo de un vídeo erótico. Ahora hay un asesinato.

Unos parientes de segundo grado, que ni siquiera vivían en Breda, tuvieron que firmar los documentos de la muerte del Alkalino, pero agradecieron que Cupido colaborara en los detalles del entierro. En su afán de no dar la lata a nadie, ni siquiera muerto, el Alkalino había registrado en el servicio de salud autonómico el Documento de Últimas Voluntades, donde declaraba con todo detalle su deseo de una muerte digna y sin dolor, su negativa a ser mantenido con vida por medios artificiales en caso de enfermedad irreversible, estado vegetativo, demencia grave o daños encefálicos. Y le había pedido a Cupido que firmara como testigo y representante de sus

disposiciones. También expresaba su deseo de ser inhumado en el nicho familiar.

Todos se sorprendieron por la cantidad de gente que acudió a despedirlo al tanatorio, solos, en grupo o en pareja, para manifestarle el mismo respeto y aprecio que él les había manifestado en vida. Algunos, en silencio, atribulados, con los ojos húmedos, ponían su mano sobre el ataúd, del modelo más sencillo, e inclinaban unos segundos la cabeza mientras movían los labios en una despedida muda. Entre ellos, Cupido vio a Sami, empleado en la propia funeraria, que pasó ante el cadáver y agachó la cabeza mientras parecía murmurar una plegaria. Al retirarse, saludó con afecto al detective. Cupido quiso creer que él, agradecido, se había encargado de adecentar el cadáver, de lavarlo, limpiarle las uñas, maquillar las heridas y ocultar las huellas de la tortura, la expresión de sufrimiento.

El Alkalino había querido ser discreto hasta en la muerte y había dispuesto que se cerrara su féretro, que nadie lo viera ni lo fotografiara y que todo transcurriera del modo más rápido posible, en una despedida civil en la que no se pronunciara ninguna plegaria. Frente a tantos que al morir dejaban grabado un sonoro epitafio en la tumba, fotografías favorecedoras en el álbum, poses para la posteridad, patrimonio y poder, el Alkalino se había ido sin dejar deudas, en silencio, en silencio y sin esperar los aplausos que sin duda merecía. Alguna vez le había oído decir que admiraba la forma de morir de los elefantes, que se retiraban a un lugar donde nadie los viera en su agonía, doblaban la rodilla y apoyaban la trompa contra la tierra para soltar el último aliento.

Un coche fúnebre con motor eléctrico, también silencioso, abrió la comitiva hasta el cementerio. Cuando, en la puerta, bajaron el féretro, sorprendentemente liviano sin el peso de la sangre vertida,

todos los perros de Breda se pusieron a aullar despidiendo a uno de los suyos, a un andarín callejero sin pedigrí, ni estirpe nobiliaria ni pureza de sangre, pero experto en lealtad.

Colocado en el nicho, el enterrador comenzó a tapiarlo con yeso y ladrillos que colocaba con una habilidad sorprendente, con secos golpes de paleta que restallaban en el silencio de la tarde. Había algo tranquilizador en esa última tarea, en los ruidos menestrales del operario, en la precisión de las herramientas, en los susurros al alisar el yeso, en la perfección vertical de la obra sin necesidad de plomadas ni niveles, que cerraba la obligación de los vivos y concedía al muerto el descanso definitivo.

Cupido, en ese momento final, se sorprendió de la facilidad con que sus glándulas lacrimales recordaban cómo llorar y notó que unas lágrimas que hasta aquel momento había logrado contener bajo los párpados le inundaban los ojos, pero no hizo ningún esfuerzo por contenerlas mientras se sentía más fuerte y más libre. Más fuerte porque las lágrimas ratificaban la permanencia del dolor y su decisión de encontrar a los culpables; más libre porque no era esclavo de ninguna imagen de dureza. No le gustaba que se utilizara el llanto para mostrar dolor o despertar compasión, pero era mejor llorar alguna vez que no llorar nunca. La garganta se le había cerrado y respiraba arena. Sintió que Senda le cogía la mano y se la apretaba sin decir nada. También ella tenía los ojos húmedos, del color de la hierba mojada.

Al terminar, el enterrador colgó la corona de flores que el detective había encargado unas horas antes. A la pregunta de la empleada de la funeraria sobre sus preferencias, había respondido:

—Con flores sencillas. Y grande, pero no ostentosa.

Y eso era todo lo que ahora quedaba de aquel pequeño gran hombre a quien no le gustaban los secretos, pero que sabía

mantenerlos hasta la muerte cuando se los confiaban. Que conocía la lealtad mejor que nadie, no para presumir de ella, sino para practicarla incluso soportando un intenso dolor, él, que nunca había sido valiente y tenía un miedo atroz a la violencia. Que nunca ofendió a nadie y a quien era imposible imaginar airado, increpando y apretando los dientes, una imagen que en él resultaría tan extraña y blasfema como la de un hindú comiéndose una vaca. Que se había convertido en un alcohólico durante su época de minero, encorvado en el fondo de la tierra, y luego, al salir a la luz, había luchado durante veinte años con una rabiosa determinación contra la atracción de bares y tabernas donde todo el mundo fumaba y se condensaba más humo que en una planta incineradora de residuos, de tascas y antros del extrarradio donde no lo conocían y desde donde llegaba tambaleándose hasta su casa, para encerrarse en ella y dormir durante muchas horas sin molestar a nadie y sin perder un indomable decoro, sin haber sido nunca patético en sus borracheras ni iracundo o quejumbroso en su sobriedad. Porque bebió, sí, y durante una época bebió mucho, pero nunca como los alcohólicos vencidos que tenían la casa llena de botellas vacías, desde el umbral a los subterráneos de su cama, y que acudían por la noche a vaciar bolsas enormes en los contenedores de vidrio. Nunca llegó a olvidar el sabor del whisky, contra cuya dependencia mantenía un feroz combate cotidiano, convencido de que si resistía un día y otro día y otro día sin beber, llegaría por fin un momento en que la sed desapareciera. Quizá para olvidarla hablaba mucho y se esforzaba por usar bien la lengua, con la que se podían contar tantos relatos, recordar tantas anécdotas divertidas, deshacer tantos malentendidos, pero sin cansar nunca, nada de conversaciones de ascensor. Le gustaba contar historias, pero solo a quien le gustaba

escucharlas. En una ocasión, en una única ocasión en que alguien le dijo que lo aburría, se atrevió a replicar con una sonrisa:

—También el silencio aburre.

Nunca había conocido a nadie tan ingenuo y tan refractario a la malicia, tan incapaz de hacer daño. Veía como nadie los defectos y debilidades ajenas, pero eso no le impedía sentir afecto por la gente, como si tener debilidades fuera una característica más del ser humano, como la de ser bípedos y carecer de plumas. No había nada en él que despertara odio. Tan bondadoso y tan sencillo, el mortero de los años no lo había endurecido y a menudo le había demostrado que la inocencia puede perderse una y otra vez y sin embargo ser recuperada sin volverse escéptico ni amargado ni iracundo.

Cupido confiaba en guardar siempre su memoria, sin que se fosilizaran sus recuerdos. ¡Cómo echaría de menos la humildad con que renunciaba a colocarse en la cabeza la corona de laureles cuando culminaba con éxito la tarea que le hubiera encargado! ¡Cómo echaría de menos su ayuda, que tanto le agradecía en sus investigaciones, porque nada lo obligaba a prestarla y él no tenía ningún mérito para recibirla! ¡Cómo echaría de menos sus consejos, por más que ahora recordara las palabras que repetía con frecuencia!: «¿Consejos? ¿Quién soy yo para dar consejos? Al contrario, siempre estoy dispuesto a escuchar los que me dan».

Echaría de menos sus largos paseos compartidos, zanqueando hasta los dólmenes, escuchando sus originales teorías mientras casi oía el chisporroteo de sus neuronas; su clarividencia para distinguir la verdad del rumor, las voces de los ecos; su torpeza y su miedo al coger en brazos a Laura y a Raúl, que curiosamente se quedaban calmados con él, sosegados, como si encontraran a su lado un olor, una textura, una atención que los confortaba; sus diatribas contra

los tópicos más arraigados. Cupido había vivido mucho —y había que ser muy sabio para contarle algo que no hubiera oído nunca—, pero el Alkalino seguía sorprendiéndolo. No solo era su caja de resonancia cuando pensaba en voz alta en sus investigaciones, también recordó lo gratas que resultaban sus conversaciones no policiacas.

Y ahora él lo había llevado hasta la tumba al encargarle que indagara sobre Wendy Paraíso, que estuviera vigilante sobre su anunciada visita a Breda, una tarea en la que se había implicado con su habitual entrega, sin cuidarse del peligro. Él había provocado que lo torturaran durante horas, que golpearan su carne golpeada, como decía el informe de la autopsia, y el Alkalino —que en el asunto de los huesos de Sami presumía de no tener ni un hueso roto— había resistido, acaso esperando que aquel fuera el último puñetazo, cuando hubo otro más, y otro y otro, hasta que su corazón dijo: «Basta, basta, ya es suficiente dolor».

Cupido salió del cementerio lleno de culpa y de una rabia que se abría paso a zarpazos desde el corazón, le arañaba la garganta y provocaba un gemido que ocultaba un sollozo. Hasta entonces había sido solo un observador del dolor ajeno, el dolor no lo había atacado personalmente, pero ahora hería su núcleo familiar, porque consideraba al Alkalino como parte de su familia. Se juró que no iba a detenerse hasta ajustar cuentas con quienes lo habían matado. En su oficio había visto morir a inocentes y había tenido que identificar al autor de algún asesinato. Pero la muerte de un amigo era algo muy distinto, ahora no podía decir: «Esta es una investigación más, ya sé cómo va el asunto, esto ya lo he vivido».

El dolor ni lo paralizaba ni le provocaba desidia y procuraría que la rabia y la culpa no lo cegaran ni le impidieran pensar. Pensó en la verdad y pensó en la venganza, en una venganza sin cuchillos, en ejecutarla descubriendo la verdad, porque en esta ocasión solo una

u otra no serían suficientes y no permitiría que los culpables se fueran de rositas. A aquellas alturas, sabía que la venganza sola es inútil y que jamás repara la ofensa, que es sumamente fatigosa, porque el vengativo no admite argumentos contra su propósito. Incluso cumplida de la forma deseada, la venganza se quedaba en el fondo del corazón, como el alquitrán, ennegreciendo la sangre. Pocos actos podían agotar tanto, robar tanta energía, provocar tanta obsesión y convertirse en el centro de las conversaciones y los sentimientos. La venganza nunca avanzaba sola: para triunfar, llevaba como escuderos la mentira, la amargura, el odio, la crueldad y, al final, la soledad del vengador, que terminaba aislado de todos los que no hubieran querido compartir su obsesión. Había vivido más de la mitad de su vida y había conocido a personas vengativas y sabía con certeza que ninguna de ellas había sido feliz.

No, su venganza no sería la de quien, ante un daño recibido, únicamente conocía una respuesta: golpear, solo golpear, solo golpear más fuerte. Él se vengaría descubriendo la verdad. Aquella había sido la peor semana de su vida, pero al final la enfermedad de Raúl se curaría y también él aclararía aquella muerte.

Se sentía mejor cuando al día siguiente, el jueves 30 de abril, fue a hablar con Berta y Trino, los abuelos de Paula. Si Wendy Paraíso había rondado por el colegio, era posible que hubiera interactuado con su hija de algún modo, y tal vez sus abuelos hubieran detectado aquel contacto. Nunca habían ocultado su odio por Wendy, la acusaban de haber llevado a la destrucción a su hijo Jaime y no permitirían que destruyera también a su nieta. Estaban muy irritados

desde que unos compañeros le habían mostrado a Paula el vídeo de su madre desnuda.

¿Habrían averiguado ellos también que Wendy estaba en Breda? ¿La habrían identificado bajo el disfraz masculino, a pesar de su habilidad para el camuflaje? Y en su búsqueda, ¿habrían chocado contra el Alkalino, que no podía ocultar su antipatía por ellos? Berta había sido policía y sin duda conocía los métodos para hacer hablar a un detenido... Cupido dudaba. No los imaginaba torturándolo para que les revelara su escondite, no le parecía probable, pero ya sabía que lo improbable no era imposible.

Trino debía de estar vigilando la calle entre las inquietas cortinas, porque Cupido oyó el chasquido de apertura de la puerta de la cancela antes de llamar al timbre. Fuera ya no había periodistas al acecho ni fotógrafos con paciencia de francotiradores. Al carecer de novedades con que alimentarse, el escándalo Gamma quedaba obsoleto, sustituido por alguna otra movida cutre y sentimental. Berta estaba en el salón, y cuando se levantó del sofá para saludarlo, *Buscapiés* también saltó al suelo y se acercó al detective para que le hiciera unas carantoñas. Cuando amagó con levantar la pata junto a sus zapatos, Trino le riñó, pero no hizo caso hasta que Berta le dio una orden: «¡No!», y el perrillo agachó la cabeza y retrocedió obediente.

—Sentimos mucho la muerte de tu ayudante —dijo Berta.

—Gracias.

—Dicen que no ha sido un suicidio. Que lo han matado.

—No ha sido un suicidio.

Berta tardó unos segundos en hacer la siguiente pregunta:

—¿Crees que sufrió?

—Sí. Supieron encontrar la única forma que tenían de hacerle daño: la tortura física. Porque de ninguna otra manera podían

herirlo: no podían robarle, porque no tenía nada. Se había ganado tanto aprecio de la gente que nadie creería una acusación que lo deshonrara. Y no tenía familia cercana con la que pudieran presionarlo.

—Lo sentimos mucho —repitió Berta.

—¿Crees que su muerte tiene algo que ver con..., con ella? —preguntó Trino, sin poder ocultar la alarma en su voz.

—No tiene nada que ver —negó Berta antes de que Cupido respondiera.

—Creo que sí —la contradijo el detective.

—Nosotros no queremos problemas con nadie —dijo Berta—. No somos los parientes malos que le roban una hija a su madre. Solo queremos que se aleje de Paula. En el futuro ya tendrá ella tiempo para preguntarle por qué la abandonó, pero mientras tanto no queremos saber nada de ella.

—Antes de la aparición de ese vídeo no queríamos dejar que la viera hasta que hubiera cambiado. Pero después de toda esa... —intervino Trino, buscando la palabra adecuada en su menguante vocabulario.

—Basura —dijo Berta.

—... de toda esa basura, que nunca desaparecerá, que ya siempre estará rodando por ahí y siempre habrá alguien que la recuerde... —continuó con una lentitud que parecía consecuencia de alguna medicación—, que la recuerde y avergüence a nuestra nieta con un simple toque para abrir una pantalla..., ahora estamos decididos a no dejar que la vea nunca.

—Y Paula, ¿la ha visto?

Buscapiés, al oír de nuevo el nombre de la niña, se levantó y subió corriendo las escaleras. Desde abajo, Cupido lo oyó gemir y rascar

con la pata una puerta cerrada. Al no recibir respuesta, lo imaginó sentándose a esperar a que se abriera.

—No —respondió Berta.

—¿Está aquí?

—Sí.

—¿Puedo hablar con ella?

—Ahora no, está durmiendo. Tiene fiebre. Pero aunque estuviera bien, tampoco te dejaríamos hablar con ella de su madre. Somos sus tutores legales y no permitiremos que ningún adulto la interrogue sobre ese tema. Queremos mantenerla al margen.

—En cuanto se mejore, nos iremos una semana a Madrid. Ya hemos avisado en el colegio. La alejaremos de aquí durante unos días.

—Toma —Cupido le dio a Berta una bolsa con hojas de morera—. Para sus gusanos de seda. Antes de venir pasé por el parque.

—Gracias. Le gustará que te hayas acordado.

—Paula es igual que su padre —dijo Trino—. También adora a los animales y siempre tiene que estar rodeada de bichos. Y si no tiene alguno al lado, se los inventa.

Ante su radical oposición a compartir cualquier información sobre Wendy, porque su sola mención los desagradaba, Cupido no les dijo que había estado rondando el colegio de Paula, vestida de chico, y que había vuelto a desaparecer al sentir el acoso de dos hombres que iban en un todoterreno negro. Berta y Trino habían establecido unas líneas rojas bien claras y también le habían cerrado a cal y canto aquella vía de información. Le había parecido extraño que al oírlo, Paula, tan cariñosa la vez anterior, no hubiera bajado de su habitación para darle noticia de sus gusanos.

Salió a la calle decepcionado. No se le iba de la cabeza la imagen del Alkalino aplastado en la orilla del Lebrón después de haber sido

molido a golpes y arrojado al vacío desde el viaducto en la venenosa oscuridad de la noche, como un perro a quien él había puesto a perseguir una liebre sin prever que detrás de ella también corrían las hienas. Él lo había metido en medio y lo habían despedazado.

Mientras caminaba hacia su casa, llamó a Jimena, de quien tampoco había tenido noticia en los últimos días, como si respetaran su ritmo de trabajo.

—¿Hay noticias? —Jimena descolgó al primer toque.

—Wendy Paraíso ha estado por aquí.

—¿En Breda?

—Sí.

—Tal como dijo el señor Quintana, ¿eh? En caso de peligro, vuelve con los tuyos —recordó.

—Se ha acercado a su hija a través de la verja del colegio. Iba disfrazada de chico y huyó precipitadamente, asustada por dos hombres que también la buscaban. ¿Sabéis algo de eso?

—¿Dos hombres? No. Tenemos gente buscándola aquí, en Madrid, pero no en tu territorio. Nos habrían informado de cualquier novedad. ¿Podrían ser de la prensa?

—Creo que no —se limitó a decirle, porque sería demasiado complicado explicarle lo que significaba para él la muerte del Alkalino—. ¿Todavía queréis que la busque?

—¡Por supuesto que sí! ¿Por qué lo preguntas?

—Porque ya se ha hecho público el vídeo. Creía que era lo que queríais impedir.

—Wendy Paraíso sigue siendo para nosotros material explosivo. Después de la difusión del vídeo ya no tiene nada que perder y puede hacer más tonterías para avivar el escándalo, precisamente ahora que comienza a remitir. Queremos que sigas buscándola y

que, si reaparece por ahí, la convenzas de que a todos nos interesa cerrar para siempre este asunto.

—La encontraré.

22

Pesadilla

—¿Les has puesto comida a tus gusanos?

—Sí.

—Pues entonces, a dormir. Tienes fiebre y necesitas descansar.

—Pero no tengo sueño —protesta Paula, porque no le apetece quedarse otra vez sola.

—Cuenta ovejitas y verás como te llega. Es muy tarde y tengo que hablar con el abuelo.

—Pero es que no tengo sueño.

—Cierra los ojos y te viene.

—Si cierro los ojos sin sueño tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—A las pesadillas.

—Tienes fiebre y necesitas descansar.

—¿Dónde está Kolo? —pregunta por el peluche de koala con el que duerme siempre.

Su abuela le aparta los pelos de la frente y le toma la temperatura con la mano, que a Paula le produce una agradable sensación de frescura. Coloca a Kolo junto a ella, en la almohada, se inclina y le da un beso antes de salir de la habitación.

—Deja encendida la luz del pasillo —le pide, aunque también está enchufada la lucecita naranja de la mandarina que le trajo un día

papá para que no le diera miedo la oscuridad. Papá llevaba la luz a todas las casas para que nadie tuviera miedo por las noches.

Ve que su abuela sale de su cuarto moviéndose muy despacio, como si flotara sobre el suelo, dejando la puerta entreabierta. A pesar de lo que le ha dicho, se va quedando adormecida y de repente se despierta con un escalofrío. Se sube el embozo hasta la boca, tiritando, y al morder la sábana siente un dolor en la encía... ¡Se le ha caído el último de los incisivos! Lo saca de la boca con dos dedos y lo pone en la mesilla. Escupe saliva en la palma de la mano, pero no tiene sangre. ¿Qué le traerá esta vez el ratoncito Pérez? Cuando le preguntó al abuelo para qué quería el ratoncito tantos dientes, los suyos y los de sus amigas y los de todos los niños del colegio, el abuelo le dijo que era para dárselos luego a los niños pequeños que nacen sin ellos y necesitan que alguien se los preste para masticar la comida. Iba a preguntarle si el ratoncito también había guardado dientes para el bebé que se murió sin haber nacido de la barriga de mamá, pero al final no le dijo nada, porque mamá le había pedido que no lo contara nunca, que aquello era un secreto entre ellas dos y su papá y que nadie más podía saberlo.

El recuerdo regresa ahora estimulado por la fiebre, que lo desordena todo: no oye la tele ni a sus abuelos en el salón, estarán hablando en voz baja para que no los oiga, también ellos tienen secretos que no quieren contarle. En cambio, distingue con nitidez los pequeños ruidos de los gusanos de seda dentro de la caja, devorando las hojas de morera que le ha traído otra vez el hombre alto, aunque los abuelos no le han permitido que hablara con él.

Al pasarse la lengua por el lugar que ocupaba el diente le parece que algo le palpita en el hueco. Quizá es el ratoncito Pérez o quizá es un tuco. Quiere seguir despierta, pero al mismo tiempo quiere dormir, aunque cuando cierra los ojos aparecen luces e imágenes

extrañas que le quitan el sueño. Le duele la cabeza a pesar de la medicina con sabor a fresa que le ha dado la abuela.

Se abraza a Kolo y cierra los ojos para contar ovejas, pero esta noche solo le aparece el ratón muerto que un día en el cole Mariana le escondió en el bolsillo del abrigo. Cuando salieron al recreo y fue a sacar el sándwich, tocó una cosa peluda y era el ratón con la boca abierta y una gota de sangre entre los dientes, y recuerda las risas de Mariana mientras le decía: «Ahí tienes ahora a tu ratoncito Pérez. Ahí tienes ahora a tu ratoncito Pérez», porque ella se había reído cuando Mariana se tragó el diente de leche en el comedor del colegio por comer tan deprisa.

Pero no es el ratón Pérez con una gota de sangre en la boca el que viene a recoger el diente para los recién nacidos, sino un ángel dorado que entra por la ventana y se acerca flotando a la mesilla. Al agacharse sobre ella para darle un beso, ve que el ángel tiene el rostro de su madre. Alarga los brazos para sujetarlo, pero el ángel se marcha por la ventana sin dejar de mirarla.

Tiene calor y mucha sed y aparta el edredón con las piernas para ir a beber agua. La luz de la mandarina emite una claridad extraña y, al asomarse al borde de la cama, ve un precipicio enorme hasta el suelo y por el que caerá si intenta salir. Vuelve a taparse y busca el tibio contacto de Kolo, pero no lo encuentra. En cambio, ya están allí los tucos, que solo aparecen cuando se queda sola en la habitación y nadie más puede verlos. Es su secreto, pactado con ellos. Y aunque rompió la promesa y se lo contó a mamá y a los abuelos, cómo eran y cuándo venían, es como si no les hubiera dicho nada, porque no la creyeron. Nunca creen nada, los mayores. Mamá le preguntó si eran animales, y ella le explicó que claro que no, que eran tucos, y luego quiso saber si eran flores de algún tipo, como las que tenía la abuela en el jardín o más extrañas, y le dijo que tampoco, que las flores no

se movían ni tenían plumón, que solo eran tucos. Y quería saber de qué color eran y ella le respondió que de todos los colores, pero nunca blancos. Su madre quería verlos, pero ella le dijo que no podía, porque les gusta la oscuridad y siempre se esconden cuando se enciende una luz, y mamá la abrazó riéndose y le dio un beso diciéndole que era una niña con mucha imaginación.

Ahora, con los ojos cerrados, nota cómo salen de debajo de la cama y trepan agarrándose al edredón hasta meterse entre las sábanas y subir hasta la almohada y hacerle cosquillas con su piel suave de plumón.

—Hola —murmura cuando llega a treinta y nota los pequeños tirones que dan a las sábanas, las cosquillas que uno de ellos le hace al subir por el empeine hasta acurrucarse detrás de su rodilla, la caricia de otro que trepa hasta su cuello y le susurra al oído algo que no entiende, esta noche hablan un idioma de un planeta lejano. Esta noche todo parece distinto, están nerviosos, no son sus amigos, tampoco ellos pueden dormir. No sabe por qué hay tantos, la cama se ha llenado y siguen llegando más...

Paula se despierta y está en pie, pero no sabe cómo lo ha hecho ni cuánto tiempo ha estado dormida. Solo recuerda que las rodillas le dolían, que las piernas se le habían alargado y los pies le quedaban muy lejos, muy lejos, a kilómetros, ella ya no cabía dentro de la cama y necesitaba levantarse. El suelo de la habitación se ondula, pero logra dar unos pasos sin caerse hasta llegar a la puerta que su abuela ha dejado entreabierta y avanza por el pasillo hasta las escaleras. Abajo, en el salón, no se oye nada, todas las luces están apagadas y no hay nadie conocido, ni los abuelos, ni *Buscapiés,* ni el hombre alto que le ha traído las hojas de morera para los gusanos. En cambio, aparecen frente a ella Mariana y sus amigas, que le gritan: «Mira a tu mamá, mira a tu mamá, mírala,

mírala, mírala», y la obligan a ver en el móvil unas imágenes de mamá desnuda quejándose y haciendo unos extraños movimientos con un hombre oscuro que no es papá...

Mariana y sus amigas han desaparecido y ya está otra vez en la cama, sin apenas poder mover las piernas, atrapada entre millones de tucos, que la aplastan y no caben bajo las sábanas. Tiene miedo, aunque no sepa bien qué es lo que pueden hacerle, y quiere escapar de ellos. Uno le muerde la frente, otro le hurga en el hueco del diente caído y otro le llena la boca de pelusas y se le cuela por la garganta, porque siente ganas de vomitar... La abuela le ha enseñado a no tener miedo a brujas ni a fantasmas, ni a dragones ni a monstruos que vienen de fuera, porque basta con abrir los ojos para destruirlos, pero ¿quién la defenderá de los tucos que están dentro de la casa? ¡Y si al menos la ayudaran los gusanos de seda! La luz anaranjada ilumina la caja de zapatos de donde ahora salen convertidos en mariposas y se alejan volando detrás del ángel como novias blancas, y, como mamá, también la dejan sola y no está papá para encender todas las luces...

Paula cierra los ojos para no ver, asustada y enfebrecida, y al apretar los párpados le aumenta el dolor dentro de la cabeza. Quiere gritar, pero no la oirá nadie, la abuela está dormida y el abuelo ha bajado al sótano, el abuelo y su pistola. Con una enorme pena piensa en el rostro de mamá vestida como un chico acercándose a la verja del colegio y piensa en sus lágrimas la mañana siguiente cuando entre en su habitación y solo vea una mariposa negra sobre las sábanas blancas de la cama vacía.

23

Un Hummer negro

En sus investigaciones, a menudo el principal problema de Cupido era el exceso de imágenes, el alto número de sospechosos, las variadas posibilidades de la culpa, todo lo cual generaba complicaciones y lo obligaba a ir eliminando teoría tras teoría hasta llegar a la verdad. Pero ahora, en cambio, se había quedado en blanco. La muerte del mejor amigo le provocaba un desolador vacío de ideas y creaba en su vida un nuevo ecosistema: un desierto donde solo había arena, remordimientos, desconcierto e insomnio, el insomnio alerta de los perros. Cuando en alguna conversación se hablaba sobre su muerte, no sabía bien qué decir y solo lo consolaban el cálido abrazo de Senda o la presencia de sus hijos.

Lo asaltaban recuerdos fragmentarios de sus conversaciones, como un día que llevaba un libro grueso en las manos y Cupido, que nunca leía, le preguntó por el título. Era *El Quijote,* y acababa de leer el final. El Alkalino comentó que ya no sería posible encontrar por el mundo personajes así. Al preguntarle Cupido en cuál de ellos le gustaría reencarnarse, respondió sonriendo: «En ninguno importante, no estaría a la altura. Si pudiera elegir, me gustaría ser el mozo de cuadra encargado de darle la comida a *Rocinante* cuando murió don Quijote. Supongo que alguien tendría que ocuparse del pobre caballo».

Aturdido por la muerte, Cupido intentó ordenar sus ideas y retomar la investigación donde la había dejado. Era el día 1 de mayo, festivo. Como Senda no trabajaba, se llevó a los gemelos al parque y Cupido aprovechó para salir en bicicleta, abandonada desde que comenzó la investigación: su última salida había coincidido con la llamada de Mistralia para contratarlo.

Eligió la bicicleta de montaña y se dejó caer hacia el Lebrón, pero antes de llegar al puente giró hacia la izquierda, por la pista de la canal que conducía hasta el viaducto. Puesto que habían arrojado el cadáver del Alkalino desde el lado derecho del puente, para ocultar con una caída las lesiones de la tortura, lo probable es que lo hubieran llevado por allí, por aquel camino de sirga, una estrecha y áspera carretera con una fina capa de asfalto, con los arcenes invadidos por retamas y zarzas que rozaban los laterales de los coches y arañaban los codos apoyados en las ventanillas abiertas y solo transitada por los dueños de las fincas, por cazadores y buscadores de setas y espárragos silvestres.

Cupido vio pasar un SUV blanco con un remolque lleno de pasto y lo paró para preguntar al conductor si había visto por allí un todoterreno negro en días anteriores. No, no había visto a nadie extraño.

Se detuvo en el viaducto, en el punto desde donde lo habían arrojado, buscando algo extraño, visualizando la escena, pensando intensamente. Nada, no se le ocurría nada. El panorama desde allí arriba era espectacular, con el oscuro Lebrón encajonado muy abajo, engordado por las lluvias, con las Huertas de la Abundancia al frente y a su espalda las faldas que conducían a El Paternóster. Localizó las rocas donde cayó el cadáver, con la botella de whisky rota en una mano herida, y lo imaginó allí abajo y oyó su voz que se alzaba hacia él, que miraba hacia abajo junto a la alta barandilla metálica,

para pedirle: «Tienes que averiguar qué ha pasado. Y no lo hagas por mí, que pronto solo seré polvo y olvido, sino por ella, por la chica que persiguen para arrojarla también desde cualquier puente. Tienes que salvarla, detective, tienes que salvarla, todavía estás a tiempo».

Notó los ojos humedecidos por el dolor y el remordimiento, pero le echó la culpa al viento y se los secó con el puño. Montó de nuevo en la bicicleta, se agachó sobre el manillar y, resistiéndose a subir un piñón, con los glúteos contraídos por el esfuerzo, fue soltando a pedalazos el desconsuelo y la rabia, de modo que cuando se dio cuenta ya estaba subiendo las rampas del Yunque. Para su sorpresa, se sentía lleno de lucidez y energía, como si su cuerpo hubiera salido fortalecido de la lucha contra el virus. Una brisa fresca y juguetona, troceada por las curvas de herradura, no le impedía mantener un ritmo constante con el que llegó a la mitad de la subida. Se apartó al arcén y se detuvo en un mirador desde el que se veían las manadas de encinas pastando en las dehesas y cómo el sol estallaba en el pantano, se rompía en mil pedazos sobre la superficie y se retiraba hacia Portugal a recomponer sus heridas. Bebió medio bidón y comió unas almendras antes de emprender el descenso.

Fue al salir de una curva de herradura para enfilar un tramo que bajaba ondulando durante un kilómetro, con un sendero de tierra al lado, cuando aparecieron los ciervos en la cuneta al mismo tiempo que él adquiría velocidad. Los animales debían de haber salido de sus dormideras para beber y buscar la última comida del día y parecieron tan sorprendidos como él, al que no habían detectado por el sigilo de la bicicleta. Era una manada de unos veinte ejemplares, que asomaron con la intención de cruzar el asfalto. Se asustaron al verlo y corrieron por el sendero en paralelo a él, a la misma velocidad, pero con mayor belleza. Cupido sintió el impulso de frenar

y dejar que le adelantaran, pero era tan emocionante aquel momento, tan inaudito y mágico, casi onírico, con los ciervos desbocados a unos metros de él, mirándose de reojo a cincuenta kilómetros por hora, que debía disfrutarlo todo el tiempo posible, porque no volvería a repetirse. Con los sentidos afilados, lleno de asombro, captaba como a cámara lenta cada imagen, su fulgor y su fuerza, su brillante pelaje y el color almendrado de sus ojos, y creía oír su resuello y percibir su olor a selva, a libertad y a almizcle, mientras corrían sorprendidos del hombre que se deslizaba a su lado a su misma velocidad.

Frenó suavemente antes de llegar a la curva y los ciervos fueron adelantándole en su vertiginosa carrera por la cuneta, orgullosos, inmortales y esquivos, hasta que el jefe de la manada atravesó el asfalto de un brinco majestuoso, de cuneta a cuneta, como si no lo pisara en su prolongada ingravidez, y todos los demás lo imitaron para desaparecer entre los árboles con la misma sensación de irrealidad con que habían aparecido, dejando a Cupido preguntándose si había sido un sueño aquel minuto en que habían confluido dos mundos incompatibles, la civilización, donde se torturaba y se mataba, representada por el ciclista que volaba carretera abajo en un frágil vehículo, y la naturaleza libre, salvaje e inocente, de una belleza inasible que nunca podría recrear el hombre con toda su inventiva y sus adelantos técnicos.

Al llegar de regreso al viaducto, todavía conmovido por la visión de los ciervos corriendo a su lado mientras bajaba el Yunque, un impulso le hizo tomar la carretera —igualmente áspera y estrecha— de la canal de la margen izquierda, aunque eso lo alejaba de Breda y le haría llegar a casa muy tarde, con el inicio de las sombras.

Y fue así como vio la cosechadora verde que segaba la hierba en un terreno de regadío. Dejarían dos días aireándose las madejas de

pasto, tras lo cual lo empacarían antes de que perdiera su humedad y lo almacenarían para servir de alimento al ganado durante el invierno.

Los dueños de aquellas enormes y complejas máquinas trabajaban a destajo durante varios meses de campaña, sin descansar los días festivos, a veces turnándose al volante dos conductores, también con horarios nocturnos, a la luz de los faros, porque una lluvia imprevista en el inestable clima de la primavera podía estropear toda la siega. Comenzaban la temporada en Andalucía e iban avanzando hacia Castilla, a medida que maduraban las cosechas.

Dos horas antes había visto en la margen derecha otros campos segados, con las pacas esperando a ser almacenadas, de modo que quizá aquellos operarios que trabajaban a todas horas, por todos los parajes, podrían haberse fijado en un todoterreno negro o en alguna presencia incongruente que les llamara la atención.

El detective se detuvo en la cuneta, bajó de la bicicleta y fue avanzando por el campo recién segado hacia la poderosa y amenazadora máquina que avanzaba hacia él. El conductor, al verlo, la detuvo, apagó los retortijones del motor y bajó de un salto de la alta cabina, en la que colgaban dos banderines de dos equipos de fútbol: el Betis y el Sevilla, y una estampa de una virgen, ¿la de Triana, la de la Macarena? Se colocó las manos en jarras en la espalda y se inclinó hacia atrás con un gesto de dolor, como si lo torturara el lumbago. Luego sacó un pañuelo enorme de un bolsillo del mono, se limpió el rostro y observó con curiosidad la indumentaria ciclista del detective, que le dijo:

—Perdone que lo interrumpa...

—No importa. También Macarena —señaló hacia el monstruo mecánico— necesita un descanso. Y yo se lo agradezco, así me tomo un respiro. Además, me gusta el ciclismo. ¿Muchos kilómetros?

—Unos sesenta... si llego a casa —dijo Cupido, satisfecho de establecer un vínculo con él. Con la bicicleta era fácil llegar al campo, donde el ciclista despertaba curiosidad y podía entablar conversación entre desconocidos: de dónde venía, adónde iba—. ¿También montas?

—De septiembre a abril, hasta que empieza la tarea.

—¿Mucho trabajo?

—¡Mucho! —Hablaba con acento andaluz—. Dieciocho y veinte horas al día, los siete días de la semana, mi compañero y yo, en dos turnos, porque los ganaderos tienen que cosechar todo el pasto entre tormenta y tormenta y antes de que pierda sustancia. ¡Para que luego digan del campo!

—¿Venís de lejos?

—De Sevilla. Y llegaremos a León a lo largo de la campaña. Primavera y verano para cosechar toda la Ruta de la Plata. Hacemos una parada a finales de mayo, acoplamos otra maquinaria y empezamos con el cereal. Siempre detrás del trigo.

Cogió del suelo de la cosechadora una botella térmica y bebió un largo trago de agua. De los establos de la finca venía caminando otro hombre.

—¿Lleváis mucho tiempo en Breda?

—Hoy hace ocho días.

—Estoy intentando localizar a los dueños de un todoterreno negro que ha rondado por aquí.

—¿Qué ocurre, amigo? ¿No te pagan lo que te deben? —Miró hacia el hombre que ya llegaba hasta ellos, también vestido con mono azul—. Quizá mi compañero, el Betis, haya visto algo —dijo, y al llegar, le explicó—: Pregunta si hemos visto por aquí un todoterreno negro.

—En el campo hay muchos todoterrenos.

—En el que yo busco, los conductores no son campesinos.

El Betis miró hacia atrás, pensativo, hacia las hileras de pasto que la cosechadora había ido segando.

—¿Cuándo?

—Hace cuatro o cinco días. Quizá a una hora poco habitual para la gente de campo.

—Sí lo he visto.

—¿Dónde? —preguntó Cupido disimulando su impaciencia.

—Por el otro lado del río, por la carretera de la canal. Iban hacia arriba. Parecían turistas, pero todavía no había amanecido. Una hora extraña para hacer turismo. Me fijé en ellos porque los dos no cabíamos en la pista y se quedaron en medio para que yo me apartara. Pero Macarena es testaruda, si no quiere moverse no hay quien la mueva, y finalmente, con mala cara, se echaron a un lado. Luego, muy cabreados, aceleraron y desaparecieron quemando neumáticos.

—¿Dos hombres?

—Dos hombres.

—¿Recuerdas la marca del coche?

—Claro que sí. Un Hummer —dijo con énfasis.

—¿Un Hamer?

—Hum-mer —silabeó—. De color negro.

—¿Y qué tiene de raro?

—Ese coche no pega por aquí. Es un carro de combate. Si no estuviera tan nuevo, se diría que lo han traído de una guerra.

—¿No recordarás la matrícula? —preguntó Cupido mientras una luz se encendía en su cabeza.

—No, no se me dan bien los números. —Y añadió señalando a su compañero con una sonrisa—: De los números se encarga el Sevilla. Pero sí sé que los dos tipos no eran del país.

—¿Por qué lo sabes?

—No he conocido a ninguna gente de campo que le tenga tanto miedo al sol como para llevar un coche con los cristales tintados. Eso, por una parte.

—¿Y por otra?

—La gente de campo no usa híbridos. Siguen confiando en el gasoil y desconfían de la electricidad para mover el motor. Y por otra...

—Sí.

—Llevaban muy alta la música de corridos.

—¿Música mexicana?

—Eso es.

—Muchas gracias por la información. Que tengáis una buena campaña. —Al mirar hacia la cosechadora, Cupido leyó en su costado: MACARENA. Y añadió, como si fueran peregrinos—: Buen camino con Macarena.

Había caído la oscuridad cuando detective y bicicleta llegaron a las primeras casas de Breda, con la luz de led parpadeando en el sillín para avisar de su presencia a los automovilistas. Cupido estaba cansado, pero ahora sabía cómo retomar la investigación. Una vez más había comprobado la frecuencia con que le hablaban las cosas más sencillas, más evidentes, y los objetos le lanzaban un mensaje y rompían el silencio en sus investigaciones, aunque él no siempre supiera mirarlos, ni escucharlos, ni descifrar su lenguaje. Quizá sus sentidos solo captaban una parte mínima de la realidad, y quizá su mente solo captaba una parte mínima de lo captado por los sentidos, porque muchas veces caminaba ciego por las calles sin ver las paredes. Pero también había ocasiones favorables, como la de aquella tarde, estimuladas sus neuronas por el ejercicio físico, en que percibía una señal. Más de una vez, un objeto insignificante,

invisible por su propia insignificancia, una baratija anodina y sin valor, sin nada extraordinario en su tamaño, ni en su color, ni en su forma, se había convertido en valiosísimo testigo de cargo. Al menos hasta ahora, porque no estaba seguro de que la inteligencia artificial no comenzara a hacer sus trucos y jugarretas también con ellos.

En casa estaba Coro con los gemelos. Escuchó el wasap de Senda, que no había oído, diciéndole que había tenido que salir de forma imprevista por una avería grave en la rotación de la góndola de uno de los aerogeneradores y que llegaría tarde. Se hizo cargo de sus hijos para que Coro se marchara y los bañó, sosteniéndoles delicadamente la nuca con una mano mientras con la otra les pasaba la esponja por el cuerpo. Les dio el biberón y, aunque Raúl tardó un poco más, al final se lo tomó entero. Solo entonces buscó en internet cómo era aquel coche, el Hummer que habían mencionado los cosechadores. Era el primer hilo que encontraba y tiraría de él sin soltarlo hasta llegar al ovillo o hasta que se rompiera.

Senda llegó a la una de la madrugada. Estaba cansada, pero habían podido arreglar la complicada avería de la rotación y se tomaría libre el día siguiente. Le gustaba mucho su trabajo y decía que allí arriba, en lo alto de los generadores, en las góndolas que oscilaban levemente con el viento, se le llenaban los ojos de nubes y de pájaros.

—Tengo que ir a Madrid mañana.

—¿Hay algo nuevo?

Cupido le contó lo que habían dicho los conductores de la cosechadora, la presencia de un Hummer negro, con los cristales tintados, cerca de donde habían arrojado el cadáver del Alkalino.

—¿Y qué tiene de especial ese coche?

—El futbolista Gamma tiene uno igual.

—¿Y no puede ser una coincidencia?

—Sí. Pero hay que confirmar si es solo eso, una coincidencia. La única certeza es que la muerte del Alkalino está relacionada con la búsqueda de Wendy Paraíso, que se escondía aquí, pero que se habrá marchado de Breda al saber que andan cerca de ella esos dos tipos. Lo lógico es que haya vuelto a Madrid, donde posiblemente pueda esconderse mejor que aquí. Aquí ya no tiene a nadie.

—¿Tendrás cuidado?

—Claro.

Había cerrado los ojos y unos minutos después se quedó dormida.

Por la mañana del martes 2 de mayo, mientras conducía hacia un Madrid en fiestas, recibió una llamada de Gallardo para decirle que la jueza se había negado a emitir una orden de búsqueda contra Gwendolyne Barnes Paraíso, a la que, al contrario, había que proteger, porque la consideraba una posible víctima. Solo había ordenado averiguar su domicilio y paradero con el fin de citarla.

—La jueza nos ha dicho: «Yo solo creo en las pruebas. Enséñeme pruebas». Y como no tenemos nada sobre su implicación en la muerte de tu ayudante, se ha negado. No encontramos ninguna huella de su estancia en Breda fuera de la pequeña casa del barrio del cementerio. Hemos revisado las grabaciones de los últimos días de las cámaras de las estaciones de transporte público y tampoco hay nada. Es muy hábil para desaparecer o alguien la está ayudando.

24

Adriana Beleza

Aunque Luiz Felipe le ha dicho que se vaya de compras, que elija lo que más le guste y que lo cargue en su cuenta, Adriana no ha querido tirar para arriba y ha entrado en Tous, porque también la clase media de la joyería merece que le dedique su atención. Y ahora no acaba de decidirse entre el colgante y los pendientes Nenufar, ambos de oro y brillantes. Los pendientes son originales, sí, pero demasiado pequeños, y a ella le gustan más grandes, más llamativos, más tropicales. El colgante es más barato, pero sus brillantes contrastan muy bien con el tono canela de su piel y, además, el osito gordo y concupiscente balanceándose sobre las almohadillas de sus pechos atraerá las miradas. Así que sigue con la duda...

—Pero ¿no tienen ninguna joya que no lleve el osito? —Oye que pregunta un cliente a la empleada que le enseña el muestrario de pulseras.

La empleada lo mira dudando si le toma el pelo y Adriana también lo mira: es un tipo de lo más anodino, con gafas, calvo, que seguramente ha entrado allí como si entrara en una tienda de bisutería para comprar un regalo a su mujercita gorda, porque lo pregunta con actitud bienintencionada, completamente ajeno al mundo de las marcas. Ella, en cambio, no compra ningún producto

que no lleve una firma del lujo, y las firmas del lujo se lo agradecen luego con la adecuada recompensa.

La empleada recoge el rollo con gesto serio y despide al imposible cliente, que pasa la vista por encima de Adriana sin reconocerla antes de salir a la calle con las manos vacías.

El joven y guapo dependiente que la atiende le dice con una sonrisa oferente, mordisqueando las palabras y mirando la joya en su pecho:

—El colgante le queda muy bien.

Adriana sonríe, se observa en el espejo y asiente con la cabeza.

—Entonces, ¿por cuál se ha decidido? —insiste el vendedor.

—Creo que me voy a llevar los dos. Los pendientes y el colgante.

—¡Es la mejor elección! ¿Lo cargamos en cuenta?

—Sí, por favor.

Ya se ha pasado esa mañana por la manicura y por la peluquería y ha telefoneado a la clínica estética para programar la nueva cita. Luego ha ido de compras, cuyas bolsas le recoge el atractivo dependiente, que abandona el mostrador con una sonrisa rendida y le pregunta, solícito:

—¿Se las acerco al coche?

—No, gracias, no es necesario.

Tiene el Mercedes en un aparcamiento cercano y se ha percatado de que, cuanto más rica es, más pequeñas y ligeras son las bolsas de sus compras. El lujo es liviano, alado, limpio, placentero, suave, y la pobreza es plomiza, incómoda, sucia, áspera, fatigosa. ¡Qué diferencia entre las elegantes bolsas de marca que ahora lleva en las manos y las fuertes alforjas y mochilas de arpillera donde acarreaba la comida favela arriba, infancia arriba, hasta que pasaron unos pocos años y siempre había un voluntario que se prestaba a ayudar a aquella preadolescente vestida con unos harapos que no hacían

sino resaltar su explosiva belleza, ella misma sorprendida por cómo su cuerpo se iba hinchando tras la aparición de la sangre! ¡Qué diferencia entre el perfume que impregna el papel o el plástico del lujo y el tufo a suciedad y basura de su barrio de niña! Ahora, al salir de una tienda, caminando como le han enseñado, con paso elástico, ondeando la falda con una astuta abertura lateral que deja entrever toda la pierna, también se ocupa de que sea visible la marca de la bolsa, que la fotografíen cargada de paquetes, que los conserjes y los chóferes se ofrezcan a ayudarla. Le encanta que todo el mundo la mire por la calle, que se le acerquen para pedirle un autógrafo o hacerse una foto, para solicitar su apoyo en un cameo en sus canales de YouTube o en sus redes sociales, que cada vez que entra en una tienda o en un restaurante las miradas de hombres y mujeres vayan hacia ella como hacia el imán las limaduras de hierro. Es muy consciente de su belleza, indiscutible como un axioma, apta para lucir en vallas publicitarias y en pantallas de diez metros. Sabe que su cuerpo es esplendoroso, que está lleno de cosas cóncavas y convexas. Sin sufrir sobrepeso, tiene abundancia de todo y le aparecen hoyuelos aquí y allá, como le dice Luiz Felipe a menudo. Además, sabe agradar, su sonrisa va un metro por delante de ella, con una simpatía natural que la diferencia de tantas aspirantes a *influencers* que no pueden disimular su avidez de *likes* y que cada día cuelgan en las redes sociales millones de mensajes que nadie leerá y que en unas horas el ciberespacio engullirá para siempre.

En cuanto llegue a casa, sin cambiarse de ropa, preparará la cámara para la grabación del *unboxing,* una de sus prácticas más exitosas. Le consta que sus seguidores no apartan la vista de la pantalla desde que ella despega el celofán, desata el lazo, corta la cinta y rompe el papel para revelar qué se esconde bajo tanto envoltorio, sin olvidar el ruido del plástico o del cartón al rasgarse.

Ha aprendido muy pronto a potenciar la expectativa mostrando el paquete ante la cámara, siempre con delicadeza, como si contuviera ámbar o nitroglicerina, analizando si el envase es bonito o feo y si está bien precintado, cotejando su tamaño y su peso, su relieve, el relleno de burbujas o de poliuretano, si huele a incienso o a azufre. Cuanto más envoltorio, mejor, ¡y que se fastidien los ecologistas!, murmura para sí. Uno de ellos le ha reprochado en su canal que el *unboxing* es la sustitución de la sustancia por el embalaje, de la perla por la concha, del cuadro por la calcomanía. Pero no le importan las polémicas y ni siquiera lo ha bloqueado.

Durante la pandemia descubrió que la gente compraba más por Amazon y tuvo la intuición de potenciar esa práctica en su canal de YouTube. Y ahora, en cuanto cuelga una nueva *story* comienza el chisporroteo de las visualizaciones y crece el número de *likes* y de pulgares alzados, sobre todo cuando el objeto es lujoso y estalla la admiración por la marca como si fuera un escudo nobiliario. La competencia en las redes es feroz y nunca, en ningún museo, se ha reunido tal cantidad de bellezas —con o sin intervención del bisturí— como se puede contemplar en media hora en YouTube, pero ella todavía no necesita los filtros antiarrugas y embellecedores. Se cuidará de estar siempre preparada para competir y no quedar fuera de la selección.

Adriana domina tan bien el *unboxing* porque conoce muy bien el arte de envolver. Durante sus primeros meses en España trabajó en una lujosa floristería, preparando ramos para otras mujeres menos hermosas que ella, donde cursó un máster acelerado de los comportamientos de las clases medias altas del país de acogida. De hecho, conoció a Gamma una tarde en que se acercó a comprar un ramo de rosas rojas para una «chica», como le dijo sonriendo. Estaba claro: fútbol y chicas, esa era su vida. Ella rechazó las que él

señalaba encima del mostrador para ir a buscarle otras más fragantes, recién llegadas del invernadero, todavía con un asomo de aroma. Eligió una de ellas y se la acercó a él para que lo comprobara.

Muy despacio, como en un rito, mientras Gamma la observaba componiendo el ramo, les abrió un poco los suaves y carnosos pétalos, cubiertos de microgotas de humedad. Pasó una maquinita por el rígido tallo para eliminar las espinas, las distribuyó de forma circular e introdujo entre ellas el follaje de adorno y soporte, un poco de hoja ancha y un poco de helecho, que, antiguo y asexuado, contrastaba con la carnosa feminidad de las rosas.

Durante la manipulación, levantó un par de veces la mirada y vio cómo Gamma seguía fascinado cada movimiento de sus manos. Al fin, cogió el ramo, alargó el brazo para observarlo mejor por todos lados, comprobar su equilibrio y ajustar alguna rosa para que sobresalieran las del centro. Armada con gomas, celo, cuerdas y tijeras, igualó los tallos por abajo con un corte seco para su mejor acomodo en un jarrón. Por último, añadió el celofán brillante que no ocultaba el contenido, la guirnalda enroscada con el filo de las tijeras y le ofreció una tarjeta en blanco con una sonrisa comercial.

—Por si quieres poner un nombre... o un mensaje de amor.

—¿De amor? No, no... No se me da bien la escritura —titubeó Gamma, que para entonces parecía haber olvidado a la destinataria del ramo—. ¿Cuánto es?

—Setenta euros.

—¿De dónde eres? —le preguntó al advertir, por fin, su acento.

—De Brasil.

—Yo también.

—Lo sé. Eres Luiz Felipe da Gamma —le dijo con simpatía, pero sin servidumbre, y en portugués, indicando que su orgullo por ser

brasileña era tan bueno como el del futbolista.

Gamma pagó y se despidió con un «¡Nos vemos!» que Adriana creyó puramente protocolario hasta que, dos días más tarde, él entró de nuevo en la floristería cuando estaban a punto de cerrar y de nuevo le pidió un ramo de doce rojas rosas.

Mientras ella se lo preparaba con el mismo cuidado, hablaron de Brasil, de los lugares de los que procedían, Bahía y Amapá, del tiempo que llevaban en España. Y, al terminar de componer el ramo, pero antes de cobrar, Adriana le preguntó en portugués:

—¿Gustó el otro ramo?

—Me lo tiraron a la cara.

—¿Estaban mal las rosas? —preguntó extrañada.

—¿Las rosas? No. Las rosas estaban estupendas.

—¿Entonces?

—Le gustaron las flores, pero no le gustó que le hablara tanto de la florista.

—¿Le hablaste de mí?

—Sí.

—Espero que no le hablaras mal —sonrió.

—Debería haberlo hecho.

—¿Hablarle mal de mí?

—Sí, porque entonces no se habría enfadado. Me tiró las rosas a la cara y me dijo que si de verdad eres tan guapa, que te las regalara a ti.

—¡Vaya! —fue lo único que acertó a decir.

Terminó de componer el ramo, Gamma lo cogió y se marchó.

Al salir, cinco minutos más tarde, la estaba esperando dentro de un coche aparcado frente a la puerta. Se acercó a ella y le entregó el ramo.

—Para ti.

La invitó a cenar y desde entonces han estado juntos hasta que ahora, en las últimas semanas, con todo el escándalo del vídeo...

Adriana aparta de su cabeza esas imágenes que la ponen de tan mal humor y vuelve a pensar en la grabación del *unboxing* con las compras que acaba de hacer, en el lento proceso de desembalaje para ir creando suspense, en el anuncio parcial del producto, estimulando el deseo... No, no, mejor grabará el vídeo con alguno de los regalos que las marcas le envían a casa, pero no con las joyas. De las joyas no hablará mucho, decide. Las joyas son para exhibirlas en el cuerpo, no para hablar de ellas. «Cuanto más hables de tus joyas, más codiciosa parecerás», le dijo hace tiempo el primer millonario que le regaló una pulsera con brillantes para hacerle olvidar que le triplicaba la edad, cuando comenzaba en Brasil su carrera como modelo. Lo recuerda con cariño y no tiene nada que reprocharle. Durante los dos años que estuvo a su lado ella le dio amor y él, a cambio, le hizo olvidar el hambre de la favela, le enseñó educación y modales, a no interrumpir a su interlocutor, a no sostener nunca en vertical un cuchillo en la mesa, a no tomar el café tan dulce como un jarabe, a valorar más una sola joya de oro que cien joyonas de bisutería.

Al principio recibía todo aquello como un regalo que no merecía o, en todo caso, a cambio de muy poco esfuerzo. Fue su tutor, su mecenas, su guía cosmopolita cuando la llevaba de viaje a otros países y la iniciaba en el aprendizaje del inglés, el maestro que le enseñó a hacerse valer y a leer la letra pequeña de los contratos. La entrenó para decir «¡NO!» y para desafiar con una mirada desde los paneles publicitarios en su primera campaña como modelo de lencería: «¡Atrévete a decir que no soy hermosa!».

Cuando llegaba cansado de su trabajo en el banco y ella lo cuidaba, le decía que en los micrófonos del poder siempre se

hablaba de tres tipos de riqueza: el capital económico, el capital social y el capital cultural. Pero que había otro más que se mantenía en silencio: el capital erótico, al que tampoco era inmune el mundo de los hiperricos.

—Aunque hayas nacido en una chabola de cartón y hojalata y no tengas patrimonio, ni relaciones familiares que te abran las puertas, ni formación en círculos de la élite, tú posees un cuarto poder, Adriana: el capital erótico, que es intangible e independiente de las cuentas corrientes, de los viejos apellidos y de los prestigios culturales. Solo tienes que leer las estadísticas: en general, las personas más guapas, hombres y mujeres, se casan con gente más rica que las personas sin atractivo. Tú también debes negociar bien tu valor y no entregarlo a cambio de cualquier cosa. Tienes por naturaleza los instrumentos necesarios para componer con tu vida una gran melodía. Lo que pasa es que nadie te ha enseñado a tocarlos.

Ella fue tan buena alumna que en dos años se convirtió en una virtuosa.

Ahora montará un vídeo con el bolso Hermès y, quizá —piensa, cambiando de nuevo de opinión—, otro con los pendientes de Tous, aunque los colgará en su canal con unos días de separación para no saturar a sus *followers*. Ha comprobado que, si permanece una semana en silencio, sus entregas son acogidas con mayor agrado y que con cada nuevo vídeo aumentan sus suscriptores. Había temido que el escándalo del vídeo de su marido con aquella chica, Wendy Paraíso, le restara popularidad, pero curiosamente, en lugar de provocar rechazo, ha aumentado el número de *likes* y su página se ha inundado de mensajes de ánimo, aunque también de peticiones y consejos para que borre de su piel el tatuaje de Gamma y para que lo mande a la mierda después de su traición, para que lo eche de

casa asegurándose un buen contrato de divorcio. En los mensajes añaden ofertas de todo tipo, declaraciones de amor de todos los sexos, miles de propuestas para grabar con ella un vídeo similar al que se había grabado Gamma con Wendy Paraíso y hasta peticiones formales de matrimonio, aunque tampoco falta el inevitable *hater* hundido en un pozo de amargura y violencia.

En el parking, introduce las bolsas en el maletero del Mercedes rojo, lo descapota y arranca hacia La Finca. Al llegar ante la puerta del lujoso chalet, ve en la puerta a un hombre muy alto hablando con el vigilante y oye la última frase, en la que distingue el nombre de Wendy Paraíso.

—¿Qué ocurre?

—Dice que viene de parte de Ramiro Quintana y que quiere hablar con el señor. Pero está en el entrenamiento. Y nadie me ha avisado de una entrevista —informa el guardia de seguridad.

Adriana mira al visitante y le pregunta:

—¿Periodista?

—Detective privado.

—Aquí no vas a encontrarla —dice entonces.

—Lo sé. Solo quiero hablar con Gamma.

—¿Te conoce?

—Sí.

—¿Por qué no lo llamas por teléfono?

—Lo he hecho. Pero no contesta.

—Tienen prohibido usar el móvil durante los entrenamientos —dice el guardia.

Adriana no lo piensa más, quiere saber qué es lo que busca, si su marido le oculta algo. Tal vez este tipo tenga algo interesante que contarle.

—Pasa —le indica.

Encapota el coche, se baja sin apagar el motor para que el vigilante lo guarde en el garaje y le ordena que suba los paquetes del maletero. Adriana mira al detective y sus labios, bien entrenados, obedecen la orden de esbozar una sonrisa para ganarse su confianza:

—¡Caramba! Eres tan alto que una se siente muy bajita a tu lado.

Le hace pasar hasta un salón kilométrico donde todo brilla nuevo e impecable, parece una exposición en una feria de muestras del mueble de diseño y, ante su mirada de asombro, le dice sonriendo:

—Sí, el resto de la casa también es así. Al principio necesitaba una brújula, me perdía por las habitaciones. ¿Quieres tomar algo? Pero que no sea alcohol, no tenemos en casa.

—Cualquier cosa, entonces.

Con el mando a distancia baja dos grados el termostato del aire acondicionado. Una de las cosas que más le gusta de España es la climatización en locales y restaurantes, el golpe de frescor que pone la carne de gallina. Le encanta la temperatura baja, hasta el punto de pasar frío. Solo por eso no regresará nunca a su tierra, a la caliente y pegajosa humedad de Amapá.

Sale del salón, le indica a una asistenta que sirva agua, zumo de naranja natural y una cerveza sin alcohol mientras ella se da una mano de gato. Cuando vuelve, el detective sostiene un vaso de agua, que entre los largos dedos de sus manos parece pequeño, y está mirando las fotografías de la pared en la que aparece ella con Gamma y con su Thiago, las fotos que ha restituido a su sitio después de su enfado, cuando las descolgó y las guardó en el sótano.

—¿Cómo has sabido que vivimos aquí? No se lo decimos a nadie.

—Mi oficio es saber. —El detective amaga una sonrisa, pero enseguida, para quitarle importancia a sus palabras, explica—: Me

contrató Ramiro Quintana y me dio la dirección.

Sin descomponer su imagen ni relajar su postura, como si también Cupido la estuviera grabando, Adriana le devuelve una sonrisa más amplia que le ocupa todo el rostro, como si le replicara: «El mío es sonreír», y le pregunta:

—¿Seguro que eres detective?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no empiezas a interrogarme?

—¿Cuándo llega Gamma?

—Nunca lo sabemos, depende del entrenamiento. Desde ayer están concentrados para preparar el partido de Champions. Pero si yo puedo ayudarte en algo... —propone en un ondulante castellano —. Oí que mencionabas a Wendy Paraíso. ¿Es que hay noticias? Creí que todo eso ya había quedado atrás.

—No hay noticias sobre ella. Pero parece que hay alguien que la busca con mucho interés. Tanto que murió un hombre.

—¿Cómo?

El detective le cuenta, sin entrar en detalles, la muerte de su ayudante y Adriana teme de nuevo que haya algo más que Gamma le oculta.

—¿Y está relacionada con este asunto?

—Sí.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros? Mi marido fue una víctima, le hicieron una encerrona... Nos enfadamos unos días... —dice—. Pero eso ya quedó atrás. Ya lo hemos arreglado. Sé perdonar... siempre que no se vuelva a repetir.

Da por hecho que este tipo alto lo sabe todo de ella, que ha visto el programa de TeleCorazón en que anunció su enfado y la ruptura de su matrimonio y que está al día de la posterior reconciliación por

sus redes sociales, porque no manifiesta ninguna sorpresa ante sus palabras.

—Quiero dejar todo eso atrás, no quiero darle más vueltas —repite ante su silencio—. Esa Wendy no es más importante que nuestra familia, que nuestro hijo, que nuestra vida en común. Ya sé que me enfadé mucho, porque me dejé llevar por la rabia... Y ahora me arrepiento, porque ¿sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que creo que esa chica también se equivocó al difundir esas imágenes. No le deseo nada malo, porque imagino lo que estará pasando. Al fin y al cabo, hace quince años yo era como ella.

—Pero hay algo que no entiendo.

—¿Qué cosa?

—Si no tiene importancia, ¿por qué fueron hasta Breda dos tipos con tanto interés en encontrarla que torturaron a un hombre que no quiso decirles dónde se escondía?

—No lo sé. Mi marido no tiene nada que ver con eso.

—Los dos hombres iban en un coche como el de Gamma.

—¿Qué coche? —vuelve a preguntar, ocultando su temor, porque el detective parece saber demasiadas cosas que ella ignora.

—Un Hummer negro.

—Hay miles de Hummers de ese color.

—¿El suyo está en el garaje?

—Estaba esta mañana, cuando salí con mi Mercedes. ¿Quieres comprobarlo?

—Me gustaría.

En efecto, el coche está en el garaje, limpio y dormido, sin barro en las ruedas ni arañazos en la carrocería. Su brillo y limpieza no pueden disimular su aspecto belicoso, salvaje, como una fiera enjaulada traída de la selva, y Adriana ve cómo el detective pone la

mano en el capó para comprobar su temperatura, cómo abre la puerta y observa el interior, los asientos, las alfombrillas.

—¿Todo el tiempo ha estado aquí?

—No lo sé, es el vigilante quien se encarga de aparcarlo. A mí se me da muy mal.

—Me gustaría preguntárselo.

No le gusta su insistencia, pero de él emana una serena autoridad y acepta su propuesta:

—Vamos.

Salen al jardín y llama al vigilante:

—El señor quiere preguntarte algo.

—¿Sí?

—¿El Hummer ha estado todo el tiempo en el garaje?

El vigilante la mira interrogándola y ella asiente con la cabeza.

—Que yo sepa, sí, excepto cuando lo coge para ir a los entrenamientos.

—¿No se lo han prestado a nadie?

—No, que yo sepa —repite, con un estribillo bien aprendido.

—De acuerdo —dice el detective, que comienza a caminar hacia la salida.

—¿Ya no necesitas hablar con Gamma? —le pregunta.

—¿Crees que me dirá algo que no me hayas dicho tú?

—Creo que no.

—Entonces ya tengo la información que buscaba. Lo llamaré por teléfono.

Adriana suspira aliviada, porque había algo inquietante en sus preguntas, y desde el porche lo ve atravesar el jardín y salir a la silenciosa calle con pasos largos, pero sin apresurarse. Sin duda sabe bien quién es, pero no dijo nada ni pareció deslumbrado ni intimidado ante ella. Es un tipo atractivo, practicante de algún

deporte, pero no fútbol ni algo rápido o explosivo, tiene las piernas demasiado largas, sino un deporte de resistencia, quizá fondo o ciclismo. Y es tan alto que habría que subirse a unas buenas plataformas y ponerse de puntillas para poder susurrarle algo al oído. Deben de haberlo querido un montón de mujeres.

La ha escuchado con atención, y la ha mirado con mayor atención aún, parecía que la veía hasta el fondo y que adivinaba sus pensamientos, pero sus ojos no rodaban nerviosos buscando algo extraño, como había imaginado que haría un detective. Quizá es un sabueso, pero no es un perro de presa de nariz chata y húmeda y dientes afilados olfateando el aire y dirigiéndose hacia el lugar donde huele a podrido.

Inquieta, vuelve al interior de la casa, preguntándose si de verdad el Hummer ha estado todo el tiempo en el garaje, porque no suele bajar allí. Siempre deja que el vigilante se encargue de aparcar. Intenta hacer memoria, pero no logra recordar cuándo se ha llevado su marido el Hummer o el BMW... Se lo preguntará cuando vuelva.

Aparta las dudas y enciende la cámara para la grabación del vídeo. En los primeros programas necesitaba a un ayudante, pero ha aprendido a grabar y a montarlos ella sola. Comprueba que, tras ella, al fondo, se ve con claridad el plóter con el logo

AdbA

que también encabezará el vídeo y aparecerá en todas las prendas y complementos de su firma que los próximos meses lanzará al mercado. Sus asesores le han asegurado que es un buen momento, con los seguidores al alza. Se mira en el monitor, se pinta de nuevo los labios, que pasan del fucsia del *gloss* al rojo carmín, procurando que el color no le oscurezca las comisuras, y, satisfecha de su imagen, aprieta el botón rojo, melindrea unos segundos saludando a los fans y comienza a desenvolver el primer paquete.

25

Asamblea

Le había costado superar el control de seguridad privada de La Finca, una lujosa urbanización de mansiones con grandes jardines, pistas de pádel y piscinas de riñón, porque el guardia, al ver el modelo y la vieja matrícula del coche, se había resistido a levantar la barrera, pero finalmente estaba ante la puerta del enorme y fortificado chalet de Gamma. Otros deportistas famosos también vivían por allí, y sus casas aparecían fotografiadas en revistas de diseño, pero Cupido era consciente de que aquello no era la norma: por cada futbolista famoso, había mil atletas humildes que vivían en apartamentos de cuarenta metros.

Aparcó el coche en la solitaria y silenciosa calle, donde incluso los pájaros parecían en alerta entre los lujosos árboles preguntándose por qué tanto sigilo. Un helicóptero sobrevolaba despacio la urbanización y no parecía pertenecer a un servicio médico. Cupido llamó al telefonillo con cámara:

—Vengo a hablar con Luiz Felipe da Gamma.

—Su nombre, por favor.

—Ricardo Cupido.

—No tiene cita —dijo la voz de un vigilante al cabo de unos segundos—. ¿De parte de quién viene?

—De Ramiro Quintana.

La voz respondió con sorna:

—No te pareces nada al presidente.

Era un tipo borde, pero eso formaba parte de su oficio —pensó Cupido—, se lo exigían en las pruebas de acceso al cuerpo del mismo modo que el manejo de la porra y la capacidad para estar de pie muchas horas.

—Me envía Quintana —insistió—. Dígale a Gamma que tengo que hablar con él. Un asunto relacionado con Wendy Paraíso.

Comenzó a buscar en el móvil la acreditación que le había enviado Jimena cuando oyó el chasquido con que se activaba el motor de apertura de la enorme puerta corredera, tan grande que por ella cabría un tanque, activada desde un elegante Mercedes rojo descapotado que llegaba en ese momento. Cupido reconoció a la conductora: Adriana Beleza, la mujer de Gamma, que lo miraba con curiosidad mientras preguntaba al guardia de seguridad, que había salido de la caseta:

—¿Qué ocurre?

Cupido le contó quién era y por qué estaba allí y Adriana le hizo pasar a la casa tras ella. Al seguirla, le pareció que se adentraba en una plantación de lavanda.

Adriana lo dejó esperando en el salón, atendido por una asistenta, y volvió unos minutos más tarde, vestida con la misma ropa con que había llegado, pero con el carmín fucsia renovado e intactas las largas pestañas enrimeladas y la raya que le alargaba los ojos, tan compuesta que Cupido no se atrevió a afirmar si era camuflaje o maquillaje. Mientras sostenía en la mano un vaso de agua, el detective la observó en silencio. Había gugleado sobre ella, la Emperatriz del Amazonas, había entrado en su canal de YouTube y le había sorprendido que, en lugar de hablar de objetos, hablara de marcas, como si todo el mundo supiera a qué se refería. De marcas lujosas debían de ser los oros y brillantes que lucía aquí y allá y las

pulseras que con cada movimiento de sus brazos emitían un cantarín tintineo. Había declarado que se sentía desnuda si no llevaba el cuerpo tapizado en algún perfume denso y suculento y al menos un par de joyas en cabeza, tronco y cada una de las extremidades. Al sonreír, enseñaba excesivamente las encías, con una sonrisa que sugería seguridad en sí misma, capacidad de observación y firmeza para tomar decisiones. Había visto decenas de fotografías suyas, en todas las situaciones, posturas, ambientes y con todo tipo de vestuario, de frente y de espaldas, casi siempre con vestidos escotados o abiertos que dejaban ver el inicio de sus pechos o sus omóplatos y su columna vertebral. A lo largo del tiempo sus fotos revelaban un lento, pero constante, proceso de blanqueamiento del cutis, desde la guapísima adolescente de pelo rizado a la refinada belleza madura de melena lisa, de facciones suavemente tropicales. En la piel del brazo se leía un tatuaje con la palabra Gamma en serval. Las uñas, pintadas de blanco y decoradas con motivos étnicos, contrastaban con la dorada arena de las manos. Había leído que tenía treinta y cinco años, pero nadie podría afirmar que quince años antes era más hermosa que ahora y daba la impresión de que pagaría cualquier precio por mantener esa situación durante quince años más.

Había aceptado hablar con él de Wendy Paraíso, pero a Cupido no le sorprendió aquel cambio de actitud respecto al día en que apareció en TeleCorazón llorosa y enfadada y con un perfecto ejercicio de despecho hacia su marido, una más en la larga lista de famosas que reaccionaban con feroz virulencia a la traición de sus parejas, exhibiendo su rencor ante la opinión pública con una furia incontenible que, a la postre, terminaba jugando en su contra. Adriana llevaba demasiados años entronizada bajo los focos, con todas las miradas clavadas en ella, y le resultaría muy arduo pasar

de pronto a un segundo plano. No se resignaría a que Gamma le arrancara el anillo del dedo sin oponer resistencia, a que le anulara la Centurion Card ni a que otra fuera la destinataria de sus ramos de rosas. Para impedirlo, había cambiado la estrategia de la confrontación a la de aceptación.

En cualquier caso, al hablar con ella descubría a una persona más compleja que la imagen simplificada de guapa tonta que sugería la prensa amarilla.

Incluso le había permitido bajar con ella al garaje para comprobar que el Hummer negro estaba allí, limpio y frío, sin señal de haber sido usado en varios días. Tampoco en el interior detectó ningún olor, ningún indicio de que el Alkalino hubiera estado dentro, todo parecía como cuando se subió a él en el aparcamiento del hotel Roma donde se vio con Gamma.

Era la una de la tarde cuando el guardia de seguridad levantó la pluma y pudo salir de la urbanización, pero antes de incorporarse a la A-6, con un tráfico intenso, aparcó a un lado en la vía de servicio para telefonear a Jimena. Al Alkalino lo habían matado dos sicarios, a los sicarios había que pagarles un buen dinero, y el dinero estaba en el entorno del futbolista. Mientras marcaba su número entró una nueva llamada: era el teniente Gallardo.

—Supongo que no te has enterado.

—No. ¿Qué ocurre?

—¿Ya estás en Madrid?

—Sí. ¿Qué ocurre? —repitió.

—Han encontrado muerta a Wendy Paraíso.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Dónde? ¿Cómo ha sido? ¿Quién la ha encontrado? —Se le acumulaban las preguntas.

—Ahí, en Madrid.

La jueza de Breda no había querido lanzar una orden de búsqueda de Wendy Paraíso, pero sí había emitido una alerta de localización y domicilio. Al insertar su nombre en la intranet de la policía, los habían llamado para informarlos de todo. Una mujer que salía a pasear a primera hora de la mañana con sus galgos había encontrado el cuerpo en un paraje apartado, en un camino de tierra entre unas vías de tren y una pista de karts, en la zona norte de Madrid. La mujer llamó enseguida a la policía, que apareció en diez minutos. Tenía el bolso al lado y eso permitió identificarla.

—No hay duda de que es ella —añadió—. Parece que la arrojaron allí cuando ya estaba muerta, porque no hay signos de pelea o resistencia. El cuerpo no presentaba todavía una rigidez completa y el forense calcula que debió de morir entre las once y la una de la noche.

—¿Cómo ha muerto?

—La han estrangulado. Una forma de morir silenciosa: no se necesitan armas y puede hacerlo cualquiera, hombre o mujer, con la fuerza suficiente... y no demasiada, solo hay que apretar con decisión el cuello durante tres o cuatro minutos, aprovechando el peso del cuerpo, como esos frikis que hacen calistenia en los parques. La yugular se obstruye con una presión de tres kilos... La autopsia aportará más información. Están buscando el teléfono móvil, pero de momento no aparece. No saben desde cuándo está apagado y no será fácil determinar sus movimientos.

—¿Se lo llevó su asesino?

—No me han dicho nada más. Eso es todo lo que sabemos. Están interrogando a toda la gente cercana a la zona, pero no soy muy optimista. Nadie quiere verse relacionado con una muerte así, de una chica estrangulada y desnuda en un descampado. Enseguida se

piensa en un delito sexual. La ciudad se llena de sordos y de ciegos... Como la muerte ha ocurrido en Madrid y el asunto del vídeo también sucedió ahí, ellos se van a encargar de todo. Y yo lo prefiero. No me gusta nada de nada este asunto. Sin embargo, quieren que Andrea colabore con ellos, por las ramificaciones que Wendy Paraíso tenía en Breda. Va camino de Madrid. Si hay algo nuevo, no dejes de llamarme. Ya sabes cómo va esto.

—Gracias por la información. De momento, te debo una.

—Me debes varias. Pero tampoco nosotros olvidamos la muerte de tu ayudante. Esta información va por él.

Al colgar, Cupido apoyó las manos en el volante y la cabeza en las manos, tan desconcertado como desolado por la noticia. Era una sorpresa relativa, porque todo el tiempo había estado temiendo aquella muerte. Desde el primer momento había flotado en torno a la historia del vídeo erótico una ominosa sensación de amenaza.

Aquella investigación iba de fracaso en fracaso, cada uno de ellos desencadenaba el siguiente. El Alkalino había muerto para proteger a Wendy Paraíso y ahora ella estaba muerta, por lo que su sacrificio había sido en vano. Y no sabía qué consecuencias funestas podían derivarse de su asesinato. Si lo habían contratado para encontrarla, Jimena no tardaría en llamarlo para dar por terminado el trabajo. Se preguntó si no debería anticiparse y presentar su renuncia. En cualquier caso, seguiría investigando por su cuenta hasta encontrar a los autores de las muertes.

Sintonizó una emisora de noticias en cadena y no tardaron en ampliar los detalles de lo que ya calificaban como asesinato por estrangulamiento. Faltaban muchos datos por conocer, pero podían confirmar que la víctima había sido identificada como Gwendolyne Barnes Paraíso, la mujer que había aparecido en un vídeo íntimo con el futbolista brasileño Luiz Felipe da Gamma. Mientras tiraban de

hemeroteca y recordaban lo ocurrido dos semanas atrás, Cupido buscó más información en el móvil, donde se multiplicaban las entradas de todo tipo y de todas las ideologías. Se lanzaban especulaciones delirantes, entre las que no faltaban las conspiranoicas: que Wendy Paraíso era la última víctima de una gran red de prostitución de alto *standing* y había que cerrarle la boca; que era una víctima más del machismo de noche sobre chicas normales que salen a divertirse y dan con un depredador sexual; que el asesino era un inmigrante ilegal de otra raza; que Gamma no era inocente, por venganza o porque había más vídeos con los que intentaban chantajearlo; que había otro hombre más a quien también Wendy había intentado grabar cuando estaban en la cama...

La realidad era que todos los relacionados de un modo u otro con Wendy estarían poniéndose nerviosos, temiendo las implicaciones.

Una nueva llamada apareció en la pantalla: Jimena.

—Supongo que ya te has enterado.

—Sí. Han encontrado muerta a Wendy Paraíso.

—Tenemos que hablar con urgencia, y no por teléfono —le dijo en tono imperativo y, al oír el ruido de fondo de los coches, le preguntó —: ¿Dónde estás?

—En Madrid.

—¿Aquí? —Se sorprendió.

—Sí, en una rotonda a la salida de La Finca, en la urbanización de Gamma —dijo notando la atención con que ella escuchaba sus indicaciones, acostumbrada a compartir cualquier localización por el GPS—. Vine a hablar con él, pero no está en casa.

—Está concentrado con el equipo. ¿Te puedo ayudar?

—Creo que no.

—Espera, no cuelgues, voy a consultar algo. —Al cabo de un par de minutos, la oyó de nuevo—: Esta tarde, a las cinco, el señor Ramiro Quintana preside la asamblea general de socios. Pero luego quiere hablar contigo. Como puedes imaginar, a la prensa le resulta irresistible este asunto: están enloquecidos con la muerte de la chica del vídeo y han vuelto a ponerla en portada... ¡Puffff! —su irritado bufido silbó como una máquina de vapor—. Queremos cerrar este asunto. Vente a la asamblea, avisaré para que puedas entrar. Cuando termine, te quedas por allí y esperas mi llamada. Te envío la ubicación.

La recibió en el móvil y activó el GPS. Desde la vía de servicio oía los sirenazos de una ambulancia o de un coche de la policía y veía en los dos sentidos la autopista de A Coruña, atiborrada de coches que no solo contaminaban el aire, también producían polución visual, con Madrid al fondo. Apenas llevaban una semana sin lluvia y ya se distinguía la boina negra del esmog asentándose sobre la ciudad, gigantesca e incómoda. Acostumbrado a medir los espacios exteriores, cuando iba en bicicleta, por referencias de la naturaleza —un árbol, una colina, un arroyo, el Lebrón, el Yunque y el Volcán a lo lejos—, los altos edificios y la masa interminable de acero y cemento que allí ocupaban toda la perspectiva lo anonadaban y le impedían calcular las distancias. Si años atrás se había sentido atraído por la vitalidad, el esplendor, la sensación de anonimato en Madrid, en los últimos tiempos había ido cambiando y ahora estaba convencido de que las capitales de provincia eran los lugares más acogedores para vivir. Su aire levítico y antiguo, el ambiente opresivo y microscópico, el amodorrado paraíso de la burguesía de las ciudades archiprovincianas del siglo pasado habían ido desapareciendo y, en cambio, se habían abierto paso las tribus de la modernidad, había aumentado la oferta cultural y de ocio, los

servicios sociales habían mejorado, además del acceso a la información que facilitaba internet. En las ciudades medianas se respiraba un aire más limpio y todo era más racional, de un tamaño más humano.

Pero era en Madrid donde de nuevo tenía que investigar. Cerró la ventanilla del coche, buscó en el navegador el pabellón de deportes donde se celebraba la asamblea de socios compromisarios, arrancó con pereza y aceleró por la estrecha vía que se contorsionaba en una rotonda para incorporarse a la estampida de coches que inundaba la A-6, como dispuesta a arrasar todo Madrid.

En un restaurante cercano comió un menú de aluvión que tuvo que empujar esternón abajo y un postre industrial que le dejó un regusto a petróleo, y a las cuatro y media dio su nombre en la entrada. Una azafata lo acompañó hasta uno de los asientos laterales, desde donde podía ver el medio millar de socios que iban ocupando sus asientos. Con una edad media de sesenta años, bien afeitados, tenían preferencia por las camisas blancas y los trajes prudentes y oscuros o de colores de baja intensidad, los zapatos negros y lustrosos y solo algunas chispas de atrevimiento en las elegantes corbatas de tonos azules o gris tórtola, un atuendo como el de los asistentes al foro de Davos. A muchos les brillaba en la solapa el discreto pin con el escudo del Iberia y mostraban una actitud de altos dignatarios asistiendo a un cónclave, las poses apócrifas de riqueza y poder, aunque sin renunciar a las risas jurásicas ante el último chiste sobre el eterno rival. Desde el alto techo del pabellón las cristaleras de colores creaban dentro una solemne luz de iglesia, que incidía especialmente en la tribuna, como en un altar. Por todas partes se veían imágenes corporativas del equipo y, en los laterales, como figuras de santos en sus hornacinas, grandes *banners* con los mejores futbolistas de su historia, incluido

Gamma, configurando un ambiente litúrgico en el que se sentían cómodos los fieles seguidores del Iberia Club de Fútbol. La megafonía bombeaba el himno y, al terminar, una voz pidió que se silenciaran todos los dispositivos electrónicos.

Los dirigentes del equipo ocuparon la alta y larga mesa del estrado, con Ramiro Quintana en el centro del politburó, vestido con un traje a medida, siempre con la chaqueta correctamente abrochada, discreto y anodino, porque basaba parte de su poder en hacer creer que era menos poderoso de lo que en realidad era. Se amortiguaron las luces de la sala y en una gran pantalla fueron desfilando las imágenes del trabajo con la cantera, de los fichajes, de los últimos triunfos deportivos, de los mejores goles, de los premios a los futbolistas de la plantilla. Se recordaron en silencio las muertes de personajes vinculados al club y, al fin, Ramiro Quintana, el King, el Rey de los Vientos, se levantó para leer el informe anual, para esbozar las líneas generales de futuro y para pedir el apoyo de los socios a la continuidad de su gestión. Como bajo los efectos de un tropismo, todas las cabezas se dirigieron hacia él. Bajo la luz gótica del pabellón que emitían los vitrales, Ramiro Quintana parecía estar exponiendo sus méritos para su canonización.

Por naturaleza, la mentalidad de los directivos de fútbol era cortoplacista, pero hasta Cupido, que no sabía mucho de fútbol, comprendió que el reinado del King había dotado al Iberia de un sello propio más allá de los logros recientes. Había comprado un equipo humilde y lo había llevado a la primera línea de la competición y había ganado títulos. Tardaría en aparecer un nuevo faraón que consiguiera tantos éxitos con los mismos medios.

—Hemos hecho muchas cosas grandes en la última década, pero no dudéis de que lo mejor está por llegar —concluyó entre un aplauso atronador, con los asistentes puestos en pie. En ningún

momento había hecho la más mínima mención al escándalo del vídeo ni a la muerte de Wendy Paraíso.

Cupido no se movió de su sitio cuando dos horas más tarde se clausuró la asamblea y poco a poco fue vaciándose el pabellón. Quince minutos después una azafata fue a buscarlo y lo condujo hasta un discreto despacho, custodiado por un guardaespaldas de titanio oculto bajo un traje de ejecutivo. Se abrió la puerta y salió uno de los directivos que habían ocupado la mesa de la asamblea, caminando de espaldas y despidiéndose con cuatro o cinco gestos lacayunos. Le hicieron aguardar unos minutos y, al pasar, lo esperaban Jimena y el King, que hablaba por teléfono. Cuando colgó, miró a Cupido y, sin detenerse en saludos, le dijo:

—Acaban de confirmarme que la muerte de esa chica se produjo ayer entre las once y la una de la noche. Tienes que hablar con Gamma —se dirigió a Jimena—. Que no se altere, que nadie va a molestarlo. —Luego se dirigió a Cupido—: Toda la plantilla está concentrada desde ayer por la mañana. De modo que nadie puede incriminar a nuestro futbolista en este asunto.

—Me alegra saberlo.

—Todo esto lo ha desequilibrado y está muy alterado. Sentimos mucho la muerte, pero por fin el problema ha terminado, en el momento en que más lo necesitamos para cerrar bien la temporada.

—¿Entonces? —preguntó Cupido, que no dudaba de su doble sentimiento de lástima y de alivio.

—Su tarea ha terminado, aunque no haya podido encontrarla... No, no crea que lo culpamos de nada. Al contrario, nos gusta cómo trabaja, apreciamos su discreción y su manera de escuchar. Y se lo agradecemos. Hoy día ya nadie escucha con calma a nadie, todo el mundo está pendiente de las pantallas —dijo, y miró a Jimena, aunque en ese momento no estaba enganchada a su *tablet*—. Le

agradecemos todos sus esfuerzos, pero ahora solo queremos cerrar definitivamente este asunto.

—¿No tiene interés en saber quién la ha matado?

—No me cabe la menor duda de que la policía lo aclarará todo. Lamentamos la desgracia de esa pobre chica —dijo, y a Cupido le pareció sincero—, pero nadie de nuestro equipo tiene nada que ver con su muerte.

—Pudo ser cualquiera. —Jimena apoyó la tesis del King. Al gesticular, le llegó una vaharada de su impertinente perfume—. En realidad, la grabación del vídeo es lo único que sabemos de ella, pero su muerte puede deberse a mil causas distintas. No conocemos nada de su pasado, su infancia, sus estudios o sus oficios anteriores o los vínculos que dejó atrás... Podría ocultar secretos que ignoramos.

—¿Y crees que alguno de ellos fue la causa de su muerte?

—No lo sé —respondió Jimena abriendo las manos, por una vez sin la *tablet*—. Las mismas trayectorias no tienen siempre los mismos desenlaces —añadió de un modo enigmático.

—Lo único que sabemos es que se equivocó al difundir ese vídeo —dijo Quintana.

—No está demostrado que lo hiciera ella —protestó Cupido.

—Eso es todo —concluyó el King, acostumbrado a cerrar los problemas cuando habían dejado de ser problemas para él, independientemente del resultado final, del castigo de los culpables o de la rehabilitación de los inocentes. Eso mismo había hecho unos años antes con aquel viejo asunto de Mistralia. Se puso en pie, guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y añadió—: Pásenos la factura. Jimena se encargará de abonarle sus honorarios.

—Continuaré con la investigación.

—¿Continuará? —preguntó el King.

—Sí.

—¿Sin que nadie le pague?

—Sin que nadie me pague.

—¿Siempre has sido así? —Jimena lo miró como si le dijera: «Un detective aferrado a esas ideas no llegará muy lejos».

—Supongo que es un oficio que no te abandona nunca —continuó el King. Si quería ser irónico, por una vez resultó elogioso.

—¿Quién te ha contratado? —insistió Jimena, que no parecía creerlo.

—Nadie. Lo haré a título personal. Por dos motivos.

—¿Cuáles?

—Porque Wendy Paraíso tenía una hija.

—¿Una hija? —El King volvió a sentarse y miró a Jimena con un claro gesto de reproche por desconocer aquel dato.

—Sí, vive en Breda con sus abuelos. Tiene siete u ocho años y todavía le gustan los gusanos de seda. Pero también crecerá y tiene todo el derecho del mundo a saber algún día qué pasó con su madre, quién la mató y por qué, si era verdad lo que que contaban de ella —dijo con calma, sin ningún énfasis.

—¿Y el segundo motivo?

—Porque dos tipos fueron a buscarla a Breda y, en su búsqueda, mataron a otra persona que se interpuso en su camino. Era amigo mío y era el hombre más noble que he conocido nunca. Lo sorprendieron y se lo llevaron a algún sitio donde hacerle hablar, porque había localizado a Wendy Paraíso y querían que les dijera dónde se escondía. Quizá lo tentaron, quizá le ofrecieron el oro y el moro, pero no aceptó, era tan insobornable como una piedra... y tan austero que no había riqueza en el mundo que pudiera comprarlo. Entonces lo torturaron para que hablara, pero tampoco dijo nada.

—Nosotros no sabemos nada de esos hombres —dijo Jimena al ver que el King se retraía de la conversación—. Confiábamos en ti para que la encontraras.

—Alguien los envió allí. Iban en un Hummer de color negro.

—¿Y?

—Es un coche lujoso, no se lo puede permitir cualquiera. Me he informado un poco sobre esos vehículos: se diseñaron para uso militar, fueron muy útiles en las guerras en los desiertos y en las selvas —dijo, porque había visto su publicidad en internet, cruzando ríos como rinocerontes y encaramándose a los riscos como lobos—. Pero también le gustan a mucha gente de ciudad, a ejecutivos y hasta a mamás de clase alta para ir a la compra. Eso sí, siempre a gente con dinero. Como Gamma.

Jimena captó enseguida su mensaje.

—¿Sabes la matrícula de ese Hummer del que hablas?

—No.

—Seguro que hay cientos de Hummers circulando por las carreteras.

—Eso mismo he pensado yo. Por eso tengo trabajo para encontrar a los dos tipos que lo conducían.

—¿Para eso querías hablar con él?

—Sí.

Sabía que los había dejado en la incertidumbre cuando salió del despacho. La azafata lo esperaba para acompañarlo hasta la puerta.

—Sé encontrar la salida, gracias.

En el pabellón no quedaba ningún asistente a la asamblea y una brigada de obreros recogía las sillas, desmontaba el escenario y desenchufaba las pantallas. Uno de ellos descolgaba un cartel con el rostro de Gamma que, al arrugarse, se deformó en una horrible mueca.

Llegó hasta el aparcamiento, ya casi desierto, y se sentó ante el volante sin arrancar, sin saber por dónde continuar. Buscando cielos más limpios, el último sol caía hacia el oeste, hacia Breda, donde habían quedado Senda y sus dos hijos gemelos. Frente al horizonte, una luna sucia se asomaba a contemplar con un gesto de asombro el feroz ajetreo de hormigas de los humanos. Y entre las dos luces se colaba la de las farolas de diseño cubista que comenzaban a encenderse.

No renunciaría a buscar la verdad. Había investigado otras violencias, otros crímenes, pero ninguno lo había afectado personalmente como aquellos. Ahora no era un detective privado, era un detective irritado con quienes los habían matado y consigo mismo, por haber llegado tarde dos veces.

Cerró los ojos y se frotó los párpados, cansado del largo día, de tantas palabras y emociones. Necesitaba concentrarse de nuevo. Había algo más allá del escándalo de un vídeo erótico, algo lo suficientemente grave como para que un par de tipos hubieran torturado y matado a un hombre. Estaba ante un asunto retorcido, ante el asesinato de dos personas sin vínculos previos entre sí y en dos ciudades distintas, pero relacionadas con un futbolista mediático, lo que dificultaba la discreción. Era uno de esos misterios que apasionan a los periodistas, que odia la policía y que rechazan los detectives privados. Pero, como otras veces, cuanto más complicado era el asunto, mayor era su empeño en resolverlo. Continuaría hasta saber quién conducía un Hummer negro por los caminos de Breda con un cadáver en el maletero.

El Alkalino no tenía enemigos, pero el pasado de Wendy Paraíso sí podía esconder secretos. ¿Y cuánto tiempo dura el rencor, durante cuánto tiempo sigue generando violencia? A menudo le había

sorprendido su persistencia, su capacidad para convertirse en el centro de una vida.

Tenía que hablar de nuevo con quienes la habían conocido y con aquel Farfán que había mencionado Marcelo. Y ahora, en esta segunda ronda, confiaba en llegar más lejos y ver lo que antes no vio. En sus investigaciones, la información trascendente casi nunca aparecía en la primera palabra, de la misma forma que un instrumento musical no daba su mejor nota con la primera tecla o con la primera cuerda que se pulsaba y había que templar y afinar y alcanzar la temperatura adecuada para conseguir el mejor sonido.

26

Mensajes

—Hemos terminado por hoy. Podéis recoger los teléfonos y relajaros un par de horas. Lo necesitamos, porque mañana tenemos que ganar el partido.

El entrenador, Van Gogh, es el primero en levantarse de la mesa donde han cenado el equipo y el cuerpo técnico la última noche de la concentración que les ha impuesto para atajar la mala racha de resultados desde el 2-0 que les había endosado el débil Lech Poznań en Champions y que deberán remontar al día siguiente.

Después del entrenamiento y de la sesión de masaje, por la tarde todos han visto la transmisión del discurso del King en la asamblea de socios y, a continuación, han tenido la charla técnica. Y por fin ahora, después de la cena, disponen de dos horas libres en las habitaciones o en la zona común. Al salir del comedor, un empleado les va entregando los móviles que el míster les ha retirado durante todo el día para evitar distracciones, pero en el fondo como un castigo a niños pequeños por la mala racha de juego.

Gamma lo enciende camino de su habitación y sus ojos pasan por encima del primer mensaje, una comunicación del Partido Liberal de Bolsonaro, y van al wasap de Jimena:

> Han encontrado muerta a Wendy Paraíso. No te preocupes por nada, todo está controlado y no tiene nada que ver contigo. Nos estamos encargando de todo. Llámame si quieres. Si no puedes desde la concentración, hablamos mañana.

Comienza a temblar y acelera el paso hacia su habitación. Cierra por dentro y llama a Jimena, que le cuenta cómo y cuándo ha muerto Wendy, dónde han encontrado el cadáver y contra quiénes puede dirigir sus sospechas la policía.

—Nadie piensa en ti, no te preocupes por nada, te tenemos blindado. Tú estás encerrado en la concentración desde hace dos días y nadie te relacionará con la muerte.

—¿Estás segura?

—¡Completamente! En realidad, tú eres una víctima más de todo este escándalo... Aun así, debes estar preparado, porque te llegarán comentarios desagradables, sobre todo por internet. No hagas caso de nada y estate tranquilo, ya sabes cómo funcionan las redes sociales: son como las campanas, todo el mundo las oye, pero pocos les hacen caso y enseguida se olvidan. Y sobre todo no hables con nadie, no hagas declaraciones, porque no podemos dar ningún paso en falso. Esto durará unos días, la soldadesca de los medios se pone cachonda con estos temas y hay que esperar a que se les pase el calentón... Pero en el fondo es una buena noticia, porque con su muerte se acaban los problemas... Y perdóname si te parezco muy dura al decirlo.

—Ok.

—Solo una pregunta.

—Qué.

—¿Dónde tienes tu coche, el Hummer?

—En mi garaje.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿No se lo has prestado a nadie estos días pasados?

—No. ¿Por qué?

—Por nada, por nada. Olvídalo. El presidente te envía su apoyo personal. Lo más importante ahora es el partido de mañana, hay que pasar la eliminatoria.

—Ok.

Al colgar, Gamma tiene varias llamadas perdidas de Adriana, a pesar de que le ha dicho muchas veces que no lo llame cuando está entrenando. Hay también varios wasaps suyos:

¿Yuhuuuu, estás ahí? ♥♥♥🤔

Y una hora más tarde:

Llámame.

Y poco después:

No habéis terminado todavía? Llámame, es urgente.

Adriana descuelga al instante.

—¿Te has enterado? La han matado.

—Sí, acabo de hablar con Jimena. Me he quedado de piedra, pero ella dice que no me preocupe, que nadie va a molestarme. Yo estaba concentrado con el equipo cuando ocurrió la muerte, rodeado de treinta testigos. Además, dice que así se zanja el problema.

—Ojalá. Porque comienzo a estar muy cansada de todo esto, Gammy. No me deja concentrarme en mis cosas.

—Todo está terminando, *carinho*. Mañana nos sueltan después del partido y estaremos juntos.

—Es que hay algo más.

—¿Qué?

—Esta mañana vino a casa un detective que quería hablar contigo.

—¿Cómo era?

—Un tipo muy alto.

—Lo conozco, lo contrató el King para buscar a..., para buscarla. ¿Qué quería?

—Hablar contigo. Dijo que habían visto un Hummer negro en el lugar donde se escondía Wendy Paraíso. Un Hummer igual que el tuyo. Me preguntó si los días anteriores el coche había estado en el garaje.

Así que el detective que contrató Jimena ahora va preguntando por el coche.

—¿Y qué le dijiste?

—El guardia y yo le dijimos que el Hummer no se había movido en los últimos días. ¿Hice bien?

—Muy bien. Escúchame. Si alguien pregunta, eso es lo que tenéis que responder siempre. Que el coche no se ha movido y que no sabéis nada. Y si vuelve el detective, no hables con él. Que me pregunte a mí... Y si estoy entrenando, llama a Jimena. Ella sabrá lo que tiene que hacer.

—De acuerdo.

—No habléis con nadie —repite.

—Cari.

—Sí.

—¿Ocurre algo?

—No, no ocurre nada. Estate tranquila. Ella ha muerto y todo va a terminar pronto.

—¿Pero el Hummer estuvo todo el tiempo en el garaje?

—Me lo llevé yo y lo dejé en la ciudad deportiva una noche —le dice, porque Adriana casi nunca baja allí—. No te preocupes.

—Ese detective... No sé si me creyó. Parecía uno de esos perros de caza..., no sé, dando vueltas y vueltas alrededor de un árbol, siguiendo un rastro... Estoy un poco preocupada.

—Tranquilízate. Todo este lío está a punto de terminar —insiste.

—¿Cuándo vienes?

—Mañana, después del partido.

—Se me hará largo.

—Cuídate, dedícate a tu gimnasia y a tus ejercicios, que te mantienen cada día más guapa —le dice, sabedor de las palabras que a Adriana más le gusta escuchar—. Nos encerramos en casa y te compensaré. Te amo.

—Yo también.

—Mil *beijos* para ti. Y para Thiago —le dice en portugués. De modo inconsciente, vuelve a su idioma cuando habla de amor.

Arroja el móvil sobre la cama y resopla profundamente. ¡Mierda! ¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! No tenía que haberle dejado el Hummer a Roque, esos mexicanos comefrijoles no pueden dejar de alardear como pavos en cuanto tienen algo llamativo, necesitan que todos lo vean. Los imagina acelerando, quemando rueda, con la música de sus corridos a todo volumen atronando por las ventanillas abiertas. Un coche tan lujoso es fácilmente identificable, sobre todo en el campo, donde los paletos usan furgonetas de segunda mano manchadas de estiércol. Al menos espera que nadie se haya fijado en la matrícula. Tiene la boca seca y se bebe de un trago una botellita de agua.

Necesita pensar y se tumba en la cama sin descalzarse, mirando el techo. No es un cobarde, pero en ese momento una tonelada de temores le aplasta el pecho y le dificulta la respiración. Dentro del césped no hay nada que desconozca, todo se ordena con normas claras, con causas y efectos conocidos: el fuera de juego, el penalti, la prohibición de utilizar las manos. Pero del mundo exterior ignora muchas cosas y a menudo lo envuelve una sensación de irrealidad que le hace cometer errores como el de la grabación del vídeo.

¡Nunca, nunca más volverá a engañar a Adriana... y, desde luego, en ningún caso grabará las imágenes!

No sabe cuánto tiempo lleva tumbado intentando en vano buscar una salida, cuando da un salto de la cama y marca el número de Roque.

—Dime, hermano. —La voz del mexicano suena cautelosa.

—¿Puedes hablar? —susurra.

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Tengo un problema.

—Espera, espera —lo interrumpe—. Habíamos quedado en que no hablaríamos de problemas por teléfono. ¿Podemos dejarlo para mañana?

—No. Mañana seguimos concentrados hasta el partido de la tarde. Y es urgente.

Oye cómo Roque suspira antes de preguntar:

—¿Dónde estás?

—En mi cuarto del hotel. Estoy solo.

—De acuerdo. ¿Qué ocurre?

Gamma le cuenta lo que Jimena y Adriana le han dicho por teléfono. Que ha aparecido asesinada Wendy Paraíso y que el detective contratado por el King se ha presentado en su casa preguntando por el Hummer, porque han visto un coche igual rondando por la ciudad donde Wendy se escondía. El detective también se lo ha comentado a Jimena.

—¿Qué sabéis de eso? —concluye.

—La muerte de la morra ya la sabe todo el mundo, la noticia está por todas partes. Pero no me habías advertido del detective ese, solo me dijiste que estabas citado con él en el Roma el mismo día en que nosotros platicamos. ¿Cómo se llama?

—Ricardo Cupido —recuerda Gamma.

—¿Adriana le ha dicho algo?

—No, al contrario. Le ha asegurado que el coche no ha salido de casa.

—Bien hecho. ¿Sabe algo de la placa?

—No.

—Pues entonces no hay problema.

—¿Seguro? Hay cámaras por todas partes.

—Por allí, no. Estuvimos escondidos en el pinche campo. Y antes de devolvértelo hice que lo limpiaran a fondo. Cálmate.

—Hay algo más —susurra Gamma.

—¿Qué?

—El detective le ha dicho a Jimena que quienes buscaban a Wendy mataron a un hombre, a un amigo suyo.

Hay unos segundos de silencio hasta que Roque dice:

—Tú no sabes nada de ese tema. Y no tienes que saberlo.

—Y luego..., la muerte de Wendy. No habíamos hablado de eso —gime—. No habíamos hablado de muertes.

—Nosotros no tenemos nada que ver. Ni siquiera logramos encontrarla.

—Espero que no tengamos problemas.

Roque se queda en silencio unos largos segundos.

—Tranquilo, güey. Por lo que sé, tú has estado concentrado dos días con el equipo y nadie puede culparte de nada. Dedícate a jugar al fútbol y olvídate de todo. Tú, al pichichi. Nosotros a lo nuestro, como hablamos. Tenemos que confiar uno en el otro. No vas a soltar ahora, ¿verdad?

—No.

—Porque yo ya perdí un ojo una vez. Y si pierdo el otro me quedaría ciego. ¿Lo has entendido, hermano?

—Sí. Pero estoy jodido con esta situación.

—¿Jodido? Se supone que estoy hablando con un deportista de élite capaz de soportar la presión.

—Todo esto se está complicando demasiado.

—Confía en mí. Para nadar en la tormenta hay que cerrar la boca y estar tranquilo. Si estás nervioso y la abres, te ahogas. Juega y calla, Gamma, juega y calla.

—No lo estaré mientras ese detective de los cojones siga por ahí preguntando por el coche. Me agobia. Tú no lo has visto. El King le encargó que buscara a Wendy y ahora le habéis... Y ahora ha muerto un amigo suyo. No me extraña que esté furioso.

—Bueno, siempre podemos calmarlo con un buen susto.

—¡Ni se os ocurra! Ya os habéis pasado de la raya.

—Cálmate —repite—. Tú querías que esa chica no volviera a hablar de tu video, ¿no? Pues bien, ya no volverá a hablar. Ya está muerta. Y nosotros no volveremos a platicar por teléfono.

La conversación con Roque no lo ha tranquilizado. No se oye ningún ruido en las otras habitaciones, ningún televisor encendido, ninguna cisterna descargando. Es tarde y todos deben de estar durmiendo. Él también debe acostarse, pero sigue excitado, sin sueño, incapaz de apartar a un lado recuerdos e imágenes de Wendy, que le llegan sin haberlas convocado. Para distraerse, enciende la Nintendo, baja el volumen del monitor y carga *Alien: Isolation*.

Una hora después, cansado de matar alienígenas, de apretar el gatillo del mando con una innecesaria hostilidad, se mete en la cama. Al cerrar pantallas en el móvil, ve que ha entrado un wasap que no había advertido. Han vuelto a usar un número desconocido. Pulsa *play* y abre el archivo: allí está de nuevo él, desnudo, en la cama, en una nueva entrega de la grabación.

Bajo el vídeo hay un mensaje de texto:

Sé lo que habéis hecho con ella.

Espantado, Gamma arroja el móvil sobre la cama como si le quemara.

27

Grulla

El detective privado lo ha llamado a primera hora de la mañana para decirle que de nuevo quiere hablar con él sobre Wendy Paraíso, porque han encontrado su cadáver. Marcelo ya lo sabe, le ha saltado la alerta que tiene activada sobre ella en internet y desde entonces está temblando.

Esta vez deberá ser cauteloso. Tiene la sensación de que en la anterior entrevista le contó demasiadas cosas: el tipo generaba confianza y solo se dio cuenta de que había hablado demasiado cuando ya había salido por la puerta. Aunque solo le había preguntado sobre Wendy, no sabía cómo había terminado hablando de sí mismo. ¡Un detective privado metido en su casa! Si un año antes le hubieran dicho que se vería relacionado con alguien de ese oficio, no lo habría creído, pero desde que conoció a Wendy ya es posible cualquier cosa, desde luego nadie se aburriría a su lado. De vivir solitario entre pantallas, interesado solo en las nuevas tecnologías —para el trabajo y para el ocio—, inclinado hacia el teclado hasta que le empiezan a crujir las cervicales, Marcelo ha pasado a conocer personalmente a todo tipo de aspirantes y aficionados a las bellas artes, a las asignaturas de la noche y de la bohemia que Wendy traía al piso o le presentaba cuando salían juntos: actores, bailarines, mimos y payasos, músicos, comiqueros, diseñadores, *youtubers,* magos y malabaristas, fotógrafos, pintores y

artistas que utilizan cualquier material encontrado en cualquier sitio. De estar acomodado en su profundo sillón de *gamer,* solo, escuchando desde lejos los tam-tams de la fiesta, sin apenas moverse de casa, ahora asiste de vez en cuando a estrenos de teatro, a *performances* y *happenings,* a la inauguración de un nuevo garito, a alocados tugurios de los que regresa a casa literalmente agotado. Ahora ya se atreve a hablar con cualquiera sobre la necesidad de una conciencia ecológica o del avance del feminismo, sobre los últimos y mejores discos y libros que hay que escuchar o leer..., aunque en el fondo no deja de contemplar con recelo esos sulfurosos entornos, tan distintos a los que antes conocía. Incluso ha concertado algunas citas en Tinder que no le han dado ningún resultado satisfactorio.

De vez en cuando, Wendy le presentaba a una recién llegada —algunas muy jóvenes—, aspirante a actriz, o dibujante de cómics, o diseñadora gráfica para telas o decorados, dispuestas a triunfar en Madrid aunque el triunfo implicara vivir peligrosamente. Al cabo de unos meses muchas de ellas, cansadas de contar mentiras, borraban de su teléfono a la mitad de su lista de contactos y desaparecían como habían llegado, con una despedida rápida o haciendo *ghosting,* o regresaban desencantadas y arrepentidas a su lugar de procedencia, donde buscar un futuro quizá más opaco, pero sin duda menos sacrificado. Otras resistían más tiempo, dejándose explotar en tareas miserables mientras se presentaban continuamente a pruebas hasta que un día comprobaban que incluso los trabajos a los que antes tenían acceso se los encargaban a chicas cinco años más jóvenes, nacidas con el siglo.

Con los ordenadores, Marcelo es brillante. Con el teclado, el friki lento de piernas mueve los dedos a una velocidad impresionante; el torpe se convierte en maestro. Ante una pantalla, el tímido e

inseguro se muestra decidido y pletórico. Y algunos amigos de Wendy, al conocer ese talento, le pedían consejos para promocionarse en las redes sociales o ayuda para montar una página web, pero él los eludía argumentando exceso de trabajo.

Si para él el mundo corría hacia lo virtual, Wendy vivía en la pura carnalidad, en el contacto físico directo en sus trabajos precarios, entre actos culturales, fiestas o estrenos de espectáculos alternativos, casi siempre en locales céntricos de Madrid empapados en alcohol. No había más que ver cómo se abrazaban unos a otros frotándose la espalda y cómo se besaban al saludarse aunque se hubieran visto el día anterior, cuando a él incluso le cuesta esfuerzo estrechar las manos. Wendy pasaba muchas horas fuera de casa, mientras él podía estar una semana sin pisar la calle, comunicándose por el ordenador y alimentándose de pizzas, hamburguesas y comida china a domicilio, derramando sobre la mesa grasientos granos de arroz o gotas de sopa radiactiva con la cuchara de plástico, cuyos envases de cartón y palillos se amontonan en la pegajosa encimera de la cocina junto con restos endurecidos y latas vacías de Burn o de Red Bull con las que se mantiene despierto cuando se le acumula el trabajo.

Y trabajo no le falta. No es un genio de la informática, pero sí un eficaz *freelancer* para el diseño de portales, actualización o instalación de programas, rescate de textos en formatos prehistóricos, reparación de equipos dañados por virus porque sus usuarios se meten en sitios donde no deben o porque consumen más piratería que suscripciones de pago. Sus clientes le llegan por el boca a boca y por su anuncio en la red, pues tiene licencia oficial como técnico informático, por más que el viejo e irascible vecino de abajo lo haya denunciado más de una vez como si en su casa escondiera una fábrica clandestina.

Al terminar el grado trabajó un par de años en algunas franquicias, pero el sueldo era corto y los horarios largos y le exigían presencialidad, lo cual suponía traslados diarios en metro y, en definitiva, menos libertad de la que goza como autónomo.

A esa comodidad contribuye el piso en el que vive, en un viejo edificio reformado, de fachada estrecha pero profundo, propiedad de unos íntimos amigos de sus padres que trabajan para Acción Cultural Española. Tiene, además, plaza de garaje en el sótano, donde guarda su Renault Express, que utiliza para transportar los ordenadores cuando los lleva o los recoge a domicilio. Como desde hace años los dueños viven en el extranjero, con destinos que van desde Gran Bretaña al Líbano, o desde Costa Rica a Australia, donde están ahora, se lo alquilan a él a un precio muy bajo, con la obligación de encargarse de los seguros y de su mantenimiento y con la confianza de que ese chico tímido y serio y poco inclinado a las locuras lo proteja de un asalto de okupas. No le prohíben que aloje a otros inquilinos siempre que no use la habitación de matrimonio, donde guardan sus cosas, que les pase puntualmente el alquiler y que no les ocasione problemas que ellos no podrían resolver desde la otra parte del mundo. El salón está dividido en dos espacios por una estantería con materiales informáticos y él tiene su lugar de trabajo en la mitad exterior.

Los dueños lo avisan con antelación cuando vienen a Madrid de vacaciones, pero se quedan en la casa de uno de los suegros, y en esas visitas periódicas a él le da tiempo para contratar una profunda limpieza que les haga ver que atiende a su mantenimiento. Nadie más lo controla, no tiene familia. Su madre murió de cáncer hace unos años, y su padre, mucho mayor y lleno de achaques, con la memoria convertida en un jodido colador, ingresó poco después en una residencia, donde lo visita de cuando en cuando, cada vez con

menos frecuencia. Pero no los echa de menos. En su infancia, sus padres dedicaban más tiempo a malquererse entre sí que a quererlo a él, y ese recuerdo no le hace ser demasiado optimista con respecto a las relaciones sentimentales.

Así ha vivido los últimos años, algunas temporadas solo, pero casi siempre con alguien a quien alquila la tercera habitación del piso, dada la alta demanda de alojamiento que hay en Madrid. No ha tenido conflictos graves con los sucesivos inquilinos, pero tampoco ha intimado con nadie. No le resultan fáciles las relaciones amistosas y, menos aún, con chicas. Sabe que no es atractivo, que le sobran kilos, a lo que contribuye su inmovilidad tantas horas ante los ordenadores. En su silueta asoma una sospecha de esteatopigia, una palabra que le parece horrible, con la que chocó un día en Google y que no ha olvidado desde entonces.

Y todo era así hasta que, una tarde del año pasado, se presenta ante la puerta una chica con una pequeña mochila en la espalda y aspecto de cansada, media hora después de haber llamado por teléfono para preguntar por el anuncio que ofrece una habitación en un piso compartido. Como el ascensor, instalado en una reforma muy posterior a la construcción del edificio, se detiene entre planta y planta por necesidades estructurales, la chica se equivoca y llama al piso de abajo, a la puerta del viejo, que la mira con recelo y curiosidad. Cuando sube a la planta de arriba y le explica a Marcelo la equivocación, él le dice con esa voz que no le gusta ni a sí mismo, chillona y de timbre algo agudo y que tan extraña le resulta cuando la oye en una grabación:

—Le pasa a mucha gente, no te preocupes. El viejo simula que le molesta, pero en realidad disfruta. Es un cotilla y así curiosea. Pasa, te enseño el piso.

Con la sensación de que habla más de lo necesario, le va mostrando los dos espacios del salón, el exterior lleno de pantallas y de ordenadores, y el segundo, acondicionado como tal. La habitación que alquila no está mal, es amplia y tiene baño propio. Hay un tercer cuarto, donde los dueños guardan su ajuar y sus objetos personales, pero la puerta está cerrada con llave, le explica. En la cocina, Marcelo abre la puerta del frigorífico, casi vacío y le dice:

—De las cuatro baldas, yo uso dos y tú usarías las otras dos. La misma división haríamos en el congelador y en el cajón de la fruta... Bueno, no somos talibanes y si uno necesita algo un día, no pasa nada por cogerlo. Pero es bueno tener las cosas separadas desde el principio.

Al terminar de informarla sobre el alquiler y los gastos, Wendy le pregunta:

—¿Solo dos inquilinos?

—Sí. Estaríamos tú y yo.

—¿A qué te dedicas?

—Soy informático, ya has visto el estudio. Trabajo aquí, en casa. ¿Y tú?

—Soy actriz... Bueno, ahora mismo trabajo de camarera.

—¿En un restaurante?

—En un karaoke —responde en voz más baja.

—¿Para cuánto tiempo sería el alquiler? —le pregunta, porque sus trabajos no parecen muy estables—. Porque no quiero alquilarla para unas semanas o unos meses...

—No, no, no estoy en Madrid por un contrato temporal, mi intención es vivir aquí durante muchos años... Pero, claro, no puedo prometerte nada.

Duda en negarse al alquiler, porque esas últimas palabras no le gustan, es una frase que odia. Sin embargo, le pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Wendy Paraíso... Gwendolyne Barnes Paraíso —precisa.

—¿No eres de Madrid? —quiere saber, porque ha notado su acento.

—Soy de Breda.

—¿Breda? ¿De qué me suena?

—De un cuadro famoso.

—¡Ah, sí!

Wendy acepta enseguida, quizá demasiado pronto, y a Marcelo lo coge desprevenido tanta rapidez, porque la vivienda no es que se vea demasiado pulcra ni ofrezca las últimas comodidades y no espera que una chica tan atractiva acepte sin negociar las condiciones y sin ningún reparo ser la única inquilina de un *hikikomori* enganchado a su ordenador. Pero quizá no tiene otro sitio adonde ir y se está acercando la noche.

—¿Te pago ya?

—¿Cuándo quieres entrar?

—Ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Y tu equipaje?

—En un bar, en esta misma calle, donde vi el anuncio. Me lo han guardado mientras venía a ver el piso.

Unos meses más tarde, cuando ya el nombre inicial de Gwendolyne ha dado paso a Wendy, mientras Marcelo sustituye la batería gastada de un ordenador, la oye al fondo del pasillo. Se queda quieto y escucha: Wendy se está duchando y se prepara para salir,

como tantas noches: el ruido de la puerta del armario, el susurro de una cremallera, el taconeo de los zapatos. Sin darse cuenta, una hebra incandescente se desprende del cigarrillo mal liado que le cuelga entre los labios y le muerde el pantalón dejándole un pequeño agujero.

Wendy entra en el estudio y se acerca a él. Su perfume se impone sobre el olor a cables y a polvo del ordenador desmontado.

—Te vas a quedar ciego por pasar tanto tiempo delante de las pantallas —le riñe, amistosa—. No es bueno para los ojos. Los ojos deben mirar a lo lejos cada cierto tiempo. ¿Nunca has oído hablar de la regla de los veinte segundos?

—Tienes razón —acierta a decir, sorprendido porque ella ha atinado: uno de sus defectos es no mirar lejos, no arriesgarse nunca, no saltar sin haber calculado bien dónde va a pisar, quedarse demasiado pegado a lo cercano. Tiene treinta y tres años, una edad a la que muchos de sus antiguos amigos ya han hecho lo más importante de sus vidas, incluso morir, y él sigue allí, confortablemente instalado en un piso de unos amigos de sus padres. Ni siquiera ha salido nunca del país, por mucho que viaje por todo el mundo por las redes sociales. Su única iniciativa, tomada sobre seguro, porque ni siquiera ha necesitado un local comercial, ha sido la de darse de alta como autónomo.

Sabe que no debe estar tanto tiempo ante una pantalla, pero no puede evitarlo. Lo primero que hace al despertarse cada mañana es encender el móvil, comprobar los mensajes de correo y la actividad de sus redes sociales, ojear las noticias, practicar inglés un rato con Duolingo y, a veces, adivinar la palabra del día en el Wordle.

—¿Por qué no te vienes? —le pregunta Wendy de pronto, poniéndole una mano en el hombro.

—¿Adónde?

—A la inauguración de una exposición de cómics de un dibujante de Japón. Será divertido. Además, luego ofrecen un vino de honor a los asistentes.

—¿Vino de honor?

—Con aperitivos y esas cosas.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—No sé... —duda. Algunas veces ella le ha hablado de actos así, de invitaciones culturales o de espectáculos de segunda fila con asistencia libre porque, sospecha, pagando no acudiría nadie. En cualquier caso, Wendy sí se lo pasa bien en esos sitios, con esa gente. Puede que las anécdotas que a veces le cuenta de sus variopintos trabajos y de sus excéntricas amistades no sean más que historietas banales, y puede que ni siquiera sean ciertas, pero a él, acostumbrado a no salir de las rutinas de la informática, le parecen historias y personajes interesantes.

—Venga, anímate. Te pasas tantas horas delante de la pantalla que parece que tú también estás enchufado con un cable al ordenador. Es como si vivieras aislado en una cápsula espacial llena de lucecitas y pantallas. Solo te falta una...

—¿Una qué?

—¡Ay, no sé! Una androide... o como se llamen.

—¿Una androide?

—Sí, una mezcla de robot y de ser humano... para que te hiciera compañía. Entonces sí que ya no necesitarías a nadie —dice con un atisbo de reproche—. Vamos, vente. Ya verás como luego te alegras de haber salido... Te doy diez minutos.

—Quince.

—¡Vale! En quince minutos partimos rumbo a Japón.

Tarda doce en ducharse a la carrera y vestirse con lo primero que pilla, de pronto entusiasmado por su invitación.

El evento lo organiza el departamento de cultura de la embajada japonesa en colaboración con una editorial de cómics que ha publicado el primer manga traducido al español de Morita, un celebrado autor nipón presente en el acto. Marcelo no sabe cómo le ha llegado a Wendy la invitación. Contra lo que pensaba, ha acudido mucha gente de lo más variopinto, se ve que el mundo de los cómics no conoce ideologías ni clases sociales y seduce a todo tipo de tribus urbanas: hay comulgantes pasteurizados con carnet de pijos, pero también un tipo con rastas hasta las rodillas y una chica con corte tomahawk, otros muy rapados que no permiten que ni un solo milímetro de cabello se les acerque al cuello de la camisa y chicos y chicas con el pelo teñido con todos los colores de las mariposas, una de ellas con los tres colores de los semáforos, dos adolescentes anoréxicas y paliduchas, con cutis de arroz, al lado de dos atezados musculitos vestidos de Coronel Tapioca y de un oriental que parece un luchador de sumo.

En las paredes de la sala se han colgado ampliaciones de algunas viñetas, intercaladas con haikus, y en una mesa se venden los cómics. Todo es ágil en la charla, a pesar de que una intérprete traduce del japonés. Al terminar, Marcelo compra el libro y se pone en la cola para que el autor se lo firme mientras los asistentes, más mujeres que hombres, miran las viñetas expuestas y comienzan a tomar un vino, una copa de sake y tapas de sushi, tempura, tonkatsu, gyozas, buñuelos.

Cuando Morita le firma el libro, Wendy está hablando con un grupo con el que parece divertirse y Marcelo no quiere interrumpirla. Va hasta la mesa donde sirven las bebidas, pide una cerveza y con ella y el libro en las manos va contemplando las viñetas colgadas en

las paredes, muchas con rostros infantiles de ojos enormes que les ocupan media cara, sintiéndose incómodo y desplazado, vulnerable, sin saber bien qué actitud tomar ni cómo formar parte del parloteo del cóctel. Nunca sabe de qué hablar con desconocidos. Además, tiene miedo de que su voz, demasiado aguda, parezca infantil o ridícula. De vez en cuando escucha los comentarios de otros asistentes que analizan los dibujos y algunos le parecen muy pedantes, con un lenguaje técnico del que no comprende algunas palabras. Por lo que deduce, algunos son también dibujantes y artistas, a quienes la exposición les sirve para hablar de sí mismos, de sus obras, de sus méritos. Recuerda una conversación entre los gestores culturales amigos de sus padres, los dueños del piso, en una cena en casa. Comentaron que en los cócteles que ellos organizan en Acción Cultural Española lo adecuado es coger una copa y quedarse quieto en un sitio, aunque estés solo, que lo último que hay que hacer es ir de un lado para otro buscando a alguien con quien hablar.

Pero nadie le dirige la palabra, nadie se acerca a él, que no encaja ni entre los asistentes tatuados y vestidos de negro ni entre los más emperejilados. Es invisible incluso para los camareros que pasan con bandejas de bebidas y canapés y que no le ofrecen, es él quien tiene que acercarse a pedirlas, porque el vaso de cerveza vacío en su mano le hace sentirse un poco ridículo. Ve que algunos asistentes de una y otra tribu van a los aseos y salen tocándose la nariz... Sí, coca, no puede ser otra, esa es la droga favorita de aquel ambiente. Y todo el mundo fotografía al autor, o sus dibujos, o se hacen *selfies* con él y enseguida comparten la imagen desde sus Galaxys en sus redes sociales. Confía en que Wendy acuda a rescatarlo.

En esas dudas está cuando una chica, a su lado, observa la misma viñeta que él y le comenta con naturalidad:

—Me encanta cómo dibuja esos ojos inmensos y redondos. Quizá es para compensar que los orientales los tienen rasgados.

—El epicanto.

—¿Cómo?

—Es por el epicanto, el pliegue en los párpados —dice, y antes de terminar la frase ya se está arrepintiendo de haber hablado, por miedo a parecer pedante.

—¿Tú también dibujas?

La chica lo observa con curiosidad desde detrás de sus gafas. A Marcelo le atrae su imagen sencilla, transparente, sin misterio, le inspira confianza. Le resulta agradable mirarla a los ojos cuando habla, tan expresivos, mientras piensa que a Wendy no podía evitar mirarle los labios.

—Me gustaría, pero no tengo dotes. Soy informático —responde al fin.

—¡Ah, qué bien!

—¿Y tú sí dibujas?

—Hago diseño gráfico. Y me interesan mucho las posibilidades creativas de los ordenadores. Pero no sé manejarlos muy bien.

Se llama Silvia, y al hablar con ella ya no necesita continuar el recorrido por las viñetas expuestas, tenían razón los amigos de su padre en lo de quedarse quieto en los cócteles. Después de unos minutos, Silvia le pregunta:

—¿Has venido solo?

—No. —Señala hacia el grupo de Wendy, al otro lado de la sala.

—Si quieres, vente con nosotros a tomar otra cerveza —le dice mirando su vaso vacío. Tiene una boca pequeña y delicada y bebe su sake a sorbitos de gato.

—Vale —acepta al ver a Wendy de espaldas, sin acordarse de él.

Silvia lo presenta a sus amigos y está con ellos media hora más, sin poder afirmar que se divierta demasiado, pero sin aburrirse, porque cree que en esas reuniones sociales de más de treinta personas solo se pueden mantener charlas vacías. Cuando ve que muchos asistentes se van y que solo se quedan los fans del autor japonés, él también decide marcharse. Silvia le pide que intercambien sus teléfonos.

—¿Te llamo alguna tarde?

—Sí, claro.

—Y hablamos de diseño gráfico. Quizá podamos hacer alguna cosa juntos.

—Vale.

—Y también me explicas eso del epicanto.

Se acerca a Wendy para decirle que se marcha, que ya está cansado, y ella le sugiere que se quede un poco más, pero no insiste en convencerlo. Lo ha animado a salir de casa, pero tampoco va a convertirse en su *cheerleader*.

Está despierto, dando vueltas en la cama, cuando la oye llegar tres horas más tarde: la llave abriendo la puerta, el inevitable ruido de los tacones —que molestará al viejo de abajo—, como si no supiera caminar de otro modo, el rumor en su habitación al cambiarse o dejar el bolso, el ruido de la cisterna al descargar. Y cuando parece que vuelve a su habitación, nota cómo se detiene en el pasillo ante su puerta, en silencio durante unos largos segundos, como si lo escuchara a él con la misma atención con que él la escucha muchas noches, con los ojos abiertos en su oscuridad plutónica, fumando, la pupila roja del cigarrillo brillando en la sombra, la respiración contenida y un deseo indomable de estar con ella, aunque sin atreverse a levantarse y pedírselo.

—Marcelo. Marcelo. —Oye que lo llama en voz baja, para no despertarlo si está dormido.

—Sí —dice incorporándose en la cama.

—¿Puedo pasar?

—Sí, sí, pasa.

Wendy abre la puerta, con la luz del pasillo tras ella, y se acerca a la cama. Después de un segundo de vacilación, se sienta en el borde, a los pies. A Marcelo le llega su olor, que ya conoce bien, impregnado con unas briznas de aromas a sake y a maría.

—Te fuiste muy pronto —murmura con la voz algo turbia, excitada. Ha bebido, ha fumado y quizá también ha salido de un cuarto de baño tocándose la nariz.

—No tanto. ¿Qué tal lo has pasado?

—Muy bien. Tendrías que haberte quedado. El final ha sido lo mejor.

—¿Sí?

—Cuando quedábamos poca gente, doce o quince, cerraron las puertas de la galería y Morita decidió hacernos un regalo. Había que adivinar una pregunta relacionada con Japón y al ganador él le hacía allí mismo un dibujo relacionado con la respuesta que hubiera acertado. Imagínate: el monte Fuji, los cerezos, Tokio, la bomba atómica...

—¿Y tú acertaste?

—Sí, mira. —Le enseña una cuartilla doblada en dos. Cuando él extiende el brazo para encender la lámpara de la mesilla, ella le pide, acercándose a él para que le llegue la luz del pasillo—: No, no enciendas la luz.

—Una grulla —dice Marcelo. Es un dibujo precioso del ave zancuda, con las alas extendidas, el cráneo ahusado y una coronilla roja, como la de un punki.

—La pregunta era cuál es el ave más querida en Japón.

—¿Y tú lo sabías?

—Sí. Hubo un tiempo en que alguien me llevaba al campo a ver animales y me contaba muchas cosas de ellos —dice en un tono confidente que a él le provoca un pequeño dolor—. La grulla vuela muy alto y durante mucho tiempo y se empareja para toda la vida. En Japón es el símbolo de la felicidad, de la esperanza, de la suerte y de una vida muy larga.

—Es un dibujo precioso. Y quizá algún día valga una fortuna.

—Tú también podrías tener uno si te hubieras quedado. ¿Por qué te fuiste tan pronto?

—Porque tú me habías dejado solo —dice sin pensarlo, en el mismo tono de susurro en el que ella habla desde hace unos minutos.

—¿Solo? ¿Y la chica con gafas que no dejaba de mirarte?

—No lo sé. Yo solo te miraba a ti.

Wendy se inclina hacia él y lo besa.

—Ahora sí estoy aquí contigo.

Se aparta un poco en la cama y Wendy se acuesta a su lado. La besa, hunde la cara en su dulce y aromático cuello, comienza a acariciarla con prisas y quiere desnudarla y precipitarse, patoso y ávido. Cuando intenta ponerse encima, ella lo retiene y calma sus ansias sin dejar de besarlo.

—Espera, no seas tan impaciente. También tienes manos, ¿no?

Se queda con él toda la noche y, por la mañana, Marcelo le pregunta:

—¿Te ha gustado?

—Sí.

—Dímelo otra vez.

—Me ha gustado.

Wendy murmura sin mirarlo, no es muy elocuente, y Marcelo no está tan convencido y no puede evitar la sospecha de que responde por amabilidad o por compasión. Para él ha sido una noche maravillosa, aunque con la luz de la mañana es consciente de que no es el amor lo que ha movido a Wendy. Quizá ella se sentía culpable por haberlo utilizado de escolta para ir a la exposición, para no estar sola si no encontraba allí a nadie conocido, y por haberlo abandonado luego en cuanto tuvo compañía. O quizá simplemente se ha dejado llevar por la excitación provocada por el sake y la marihuana, cuyo sabor hizo aún más dulce el sabor de sus besos. Pero él recuerda todos los detalles, la leve ronquera de su voz en sus oídos cuando se corría, las pequeñas pasas de sus dulces pezones, la repentina pereza poscoital que la embargó en las dos ocasiones, la necesidad imperiosa de dormir después.

En cualquier caso, lo sucedido esa noche marca la relación entre ellos para siempre. Si creyó que aquello iba a repetirse, lo desconcertó cuando a la semana siguiente se presentó una madrugada en casa con alguien a quien él no vio, porque se fue antes de que él se levantara. Así era Wendy: en una noche lo había enamorado, en una noche lo había despreciado, en una noche lo había olvidado.

Wendy está con él cuando le apetece o cuando siente un impulso afectivo, pero nunca en exclusiva, no acepta ningún compromiso ni permite que él se inmiscuya en otras relaciones o aspectos de su vida. Y a pesar de todo, él siempre está allí, mirando al cielo por si ella lanza una bengala o atento por si le llega un SOS a una pantalla por cualquier cauce que tuviera a mano, dispuesto a acogerla incluso cuando llega a casa en malas condiciones, tras un rechazo de trabajo o tras una noche de fiesta en la que nada le ha salido bien, desconcertada como el pájaro que vuelve al nido cuando se produce

un eclipse. Una madrugada incluso lo llama por teléfono para pedirle que vaya a recogerla en un taxi, porque le han robado el bolso en una fiesta y no tiene modo de volver. Marcelo se viste y va a buscarla enseguida.

Cuando Wendy está con él, se siente el hombre más afortunado del mundo, en esos momentos le parece un ángel que por una extraña casualidad hubiera ido a parar a la Tierra y a él le hubiera caído la enorme suerte de alojarlo en *su* piso. Pero otras veces, cuando a ella le va bien y encuentra trabajo y gente que le gusta, lo esquiva y no parece verlo. Entonces, en las madrugadas se le cuelan en los sueños las imágenes de Wendy que logra rechazar durante el día, y apenas puede contenerse.

Un día que ella está de gira en Barcelona con un grupo de teatro, que la ha contratado para una sustitución durante varias semanas, entra en su cuarto y rebusca entre sus cosas y encuentra una bolsa de maría color verde carruaje, que al abrirla desprende un olor fresco y dulzón, en cantidad algo exagerada para ser solo de consumo propio. Toca y huele su ropa, su pijama bajo la almohada, abre y cierra botones, elásticos, corchetes y cremalleras de su lencería, curiosea el contenido de sus bolsos, sintiéndose tramposo, impúdico y obsceno, avergonzado, adolescente, pero incapaz de resistirse, como cuando manipuló las imágenes de sus compañeras en el instituto. Se masturba colocando en su cama una blusa y una falda, unas bragas tan pequeñas que el ajustado triángulo isósceles de seda o de raso apenas podría ocultar nada, y un sujetador, soñando que debajo está Wendy y que él la desnuda, le baja la cremallera de la falda y le desabrocha la blusa botón a botón...

Otra noche en que ella está en casa, empujado por un deseo que no logra apaciguar, se levanta de la cama en silencio, descalzo, avanza oscuro por el pasillo solo y llega hasta la puerta cerrada de

su dormitorio, donde se queda escuchando con la boca abierta para que no suene su agitada respiración. No oye nada dentro, pero tiene la seguridad de que ella también está despierta, de que sabe lo que él hace y no quiere que entre. Acerca la mano al pomo, pero la retira, indeciso, y muchas veces después se ha preguntado qué habría pasado si se hubiera decidido a abrirla.

Y cuando hace unas semanas Wendy comenta que ha encontrado otro alojamiento en mejores condiciones y se marcha de un día para otro, Marcelo siente que su vida se ha quedado vacía. Pasa muchos ratos libres sin hacer nada, mirando en las redes sociales cosas que no le interesan de gente que no conoce, demorando los encargos de trabajo. Otras temporadas ha vivido solo, sin alquilar la habitación, pero la mañana siguiente a su marcha entra en su cuarto vacío y lo embarga una devastadora sensación de soledad.

Se abandona, descuida su aspecto y su higiene, fuma demasiado y somatiza la ansiedad comiendo más de la cuenta, a menudo platos para los que ni siquiera necesita cubiertos ni vajilla, venga a comer y a comer. Todavía no es un gordo, pero sí se siente pesado, con algunos kilos de sobra, y en sus pesadillas se imagina pesando mil kilos y con cascadas de grasa colgándole por todas partes. Sin embargo, es consciente de ingerir comida basura cuyos ingredientes no se sabe dónde y con qué plaguicidas o fertilizantes han sido cultivados para ser tan barata, que sigue pidiendo a domicilio para no tener que cocinar ni salir, porque tiene un sabor irresistible a pesar de las grasas saturadas, las toneladas de azúcar, los aditivos y elementos carcinógenos, en los que no quiere pensar demasiado...

Mientras espera al detective, que no acaba de llegar, apaga el cigarrillo y apura de un trago la lata de Burn. Pensar en la comida le ha despertado el apetito. Como no sabe cuánto va a tardar, se levanta y abre el frigorífico. No le apetece el bote de pisto bajo en

sal, que además debe de haberse estropeado después de varios días abierto, de modo que saca del congelador una bolsa de croquetas de jamón y otra de patatas cocinadas y enciende el microondas. Las ahoga en mayonesa y se embute en la boca el primer bocado.

28

Wifi

El día había amanecido gris y Cupido salió del hotel donde se había alojado protegiéndose bajo un paraguas de la mansa y generosa lluvia y procurando que no se le clavaran en los ojos las varillas de los paraguas de otros viandantes. A pesar del mal tiempo, había un denso ajetreo por la calle y daba la sensación de que nadie en Madrid tenía a su alrededor cinco metros de soledad, donde no chocara con otra persona. Caminó decidido hasta la casa de Marcelo, donde había tenido su último domicilio conocido Wendy Paraíso, a quien él nunca había visto con vida, excepto en un oscuro vídeo erótico con un futbolista. El Alkalino, sí, él sí la había visto fugazmente junto a la valla de un colegio, disfrazada de chico, y la había seguido hasta una casita del barrio del cementerio.

Pero ahora los dos estaban muertos, y aunque el detective sabía que era imposible, le gustaba imaginar que se reconocían en el otro mundo y que se llevaban bien: el Alkalino sabía escuchar y Wendy Paraíso necesitaba a alguien que la escuchara. Al Alkalino le gustaba estar siempre con gente y, por lo que sabía de ella, a Wendy Paraíso le daba miedo quedarse sola. Los dos, en fin, eran vulnerables. Por delicadeza, él no le mencionaría el vídeo erótico y ella le daría las gracias por interponerse delante del Hummer mercenario para darle tiempo a huir, como parecía haber ocurrido. Los imaginaba sentados en un parque a la sombra de un sauce y contemplando todo lo que

ocurría aquí abajo, observando a Paula, que ahora ya añoraría para siempre a su madre, y al detective que caminaba bajo la lluvia, en un Madrid en fiestas, dando palos de ciego en su búsqueda de los culpables.

Tras la difusión del vídeo con Gamma, Wendy Paraíso había ido a Breda de incógnito para intentar recuperar a su hija. Es posible que a la mañana siguiente de su emisión estuviera arrepentida, si no avergonzada, y decidiera huir de un mundo que nunca la había acogido. Pero mientras esperaba su oportunidad con Paula, debió de ver a los dos hombres del Hummer rondando por el colegio. Tras el incidente en el que se vio implicado el Alkalino, se había asustado y regresó a Madrid, donde la muerte la estaba esperando.

Al volver a Madrid buscaría un refugio. El único alojamiento que Cupido le conocía era el de Marcelo, que de nuevo había aceptado hablar con él. Había convivido con Wendy, fuera como fuera su relación, y a pesar del desplante con que ella se había marchado de la casa, parecía alguien tan predispuesto al amor como al perdón.

El detective salió del ascensor y esta vez subió el tramo de escaleras hasta su piso. Marcelo abrió enseguida y le tendió una mano débil antes de hacerlo pasar hasta el salón sin ventilar, impregnado de olor a tabaco. En los ceniceros había mil colillas y encendió un cigarrillo más. Nervioso, movía las piernas y se le veían unos absurdos calcetines amarillos. Pero eran los ojos tras las gafas la parte del cuerpo que peor controlaba.

Cupido, preparado para encontrar resistencia tras el asesinato de Wendy, se sorprendió al oír el lastimero tono de su voz:

—Ojalá la hubieras encontrado hace tres semanas, quizá ahora no estaría muerta.

—Al menos, espero que no sea tarde para encontrar a quien los mató.

—¿Los?

Ante su gesto interrogativo, le contó que Wendy se había escondido en Breda. Su ayudante la había descubierto y había sido asesinado, probablemente por dos tipos que también la buscaban y querían que él les revelara su paradero.

—Voy a encontrarlos —concluyó.

—Creí que te pagaban para recuperar las imágenes del vídeo.

—Ya no. ¿Volviste a verla?

Apagó con insistencia la colilla en el cenicero para que no encendiera a las demás, como si apagase un incendio, se levantó las gafas contra el entrecejo para sujetar con ellas el tic y miró al detective al responder con aquella voz extrañamente aguda para su corpulencia:

—Supongo que no te vas a ir de aquí sin saberlo, ¿verdad?

—Me puedo ir ahora, pero volvería y seguiría preguntándote.

—Sí, volví a verla una vez después de hablar contigo —admitió. Los ojos se le estremecieron con el nistagmo—. Y ya se lo conté a la policía y a una guardia civil que vinieron a interrogarme. Querían saber dónde estuve la noche del 1 al 2 de mayo entre las diez y las dos.

—Esa es la primera pregunta que suelen hacer.

—La coartada, ¿no?

—Sin comprobar las coartadas no puede sostenerse una investigación, pero una investigación es mucho más que una coartada. ¿Dónde estabas durante esas horas?

En sus conversaciones con sospechosos, a Cupido siempre le interesaban más sus ideas y emociones, convencido de que conocería sus actos tanto mejor cuanto mejor conociera sus sentimientos. Pero no dejaba de preguntar por las coartadas, cuya información completaba lo que sabía.

—Con una amiga, Silvia, y con su pandilla. Fuimos al Matadero a ver una obra de teatro sobre los fusilamientos del 2 de mayo. Luego estuvimos tomando unas copas hasta las tres de la madrugada. Por fortuna, tengo cinco testigos y espero que la policía ya lo esté comprobando, porque me hablaban como si sospecharan que yo... —La garganta se le estrechó por la emoción o el miedo y tuvo que empujar para que le salieran las palabras—: Me han prohibido salir de Madrid sin avisarlos.

—¿Cuándo la viste?

—Hace nueve días, el domingo 26 de abril. Apareció por la tarde, sin avisar, vino a recoger sus últimas cosas. Estaba nerviosa, intranquila, supongo que por todo ese asunto del vídeo. Pero no quise mencionarlo. Y ella no quiso quedarse ni un minuto más de lo necesario.

—¿Adónde fue?

—No lo sé. Me dijo que había encontrado un buen alojamiento, pero que era mejor que yo no supiera nada. Parecía asustada... y a mí también me asustó. Tenía motivos, porque dos días más tarde me sorprendieron dos tipos cuando entraba en el portal. Creí que eran ladrones, pero me obligaron a subir a casa y me interrogaron sobre ella.

—¿Sobre qué?

—Querían saber lo mismo que todo el mundo: dónde estaba Wendy. De algún modo se habían enterado de que había vivido aquí y querían comprobar si había vuelto. Registraron su habitación, vieron que apenas quedaba nada suyo, me amenazaron, pero se convencieron de que yo no sabía nada. Y me dejaron en paz.

—¿Cómo eran?

—Extranjeros, creo que mexicanos. Al menos uno de ellos, porque el otro no dijo nada. De unos cuarenta años. El que hablaba era un

tipo fuerte y una cicatriz vertical le cruzaba el ojo. El otro era delgado y duro como un insecto. Daban miedo. Pensé que Wendy también los había visto y entonces comprendí por qué no quería quedarse aquí ni decirme adónde iba, porque sabía que yo no sería capaz de protegerla.

Al recordarlos, el tic le hizo parpadear varias veces, como si el músculo orbital hubiera enloquecido.

—¿Se te ocurre algún sitio adonde pudo haber ido?

—Buffff, no sé. En Madrid Wendy podía encontrar muchos escondites. Si vas a cualquier facultad o a lugares que frecuenten los estudiantes, verás mil anuncios para compartir pisos. Wendy tenía experiencia y habilidad para eso. Había estudiado aquí la carrera, conocía el entorno y conservaría algún contacto. Caía bien y la gente la quería. Recogió casi todas sus cosas y se fue... No volví a verla... Y aquí estoy, sintiéndome culpable por no haber sido capaz de ayudarla —repitió con un gesto de dolor que le retiró los labios boca adentro.

—La otra vez que hablamos mencionaste a un hombre que algunas veces le daba trabajo.

—Farfán.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—¡Claro! Yo se lo presenté. Me llamó un viernes por la tarde, agobiado, porque se le habían borrado del ordenador unos archivos de audiolibros importantes y tenía que recuperarlos con urgencia para entregarlos al día siguiente. Los recuperé y desde entonces me llamaba para que revisara el ordenador o ante cualquier problema. Es ciego y vino con una ayudante, me dijo que le gustaba tratar personalmente con la gente. Wendy estaba en casa, ahí mismo donde tú estás sentado —señaló el hundido sofá—, leyendo. No

había hecho ningún ruido, pero Farfán miró hacia ella como si la detectara, no sé, quizá por el perfume... o por la respiración. Mientras yo encendía el ordenador, ellos comenzaron a hablar y, no sé cómo, Wendy terminó contándole que vivía también en el piso, pero que no trabajaba conmigo, que, al contrario, buscaba trabajo. Farfán le preguntó a qué se dedicaba y cuando Wendy le contó que era actriz, le dijo que tenía una bonita voz, bien modulada, con un timbre apropiado para..., no sé qué más le dijo. Y le pidió su teléfono. Tiene una empresa de grabación de audiolibros para personas ciegas, para sonorizar textos..., cosas así. Una vez le pregunté a Wendy si tenía noticias suyas y me dijo que la había contratado para un par de grabaciones, pero que no sabía nada más de él.

—¿Y no era así?

—No. Y eso fue lo que me pareció extraño.

—¿Por qué?

—Un día ella y yo íbamos paseando por la calle, cerca de aquí, y oí cómo se le activaba en el móvil la señal de conexión a una red wifi.

—¿Y? —Cupido no entendía a qué se refería.

—Wendy tenía la contraseña.

—¿Qué importancia tiene eso?

Marcelo buscó otro cigarrillo, pero se le habían terminado y sacó de una lata dos pellizcos de picadura, los echó en un papelillo, añadió un filtro y lo lio con rapidez. Lo encendió con el Zippo, dio una calada y se quedó observando cómo ascendía el humo hacia el techo formando anillas, hasta que dijo:

—No tendría ninguna si no fuera porque se le conectó el móvil a la wifi justo cuando pasábamos junto a la oficina de Farfán y le entraron los mensajes de WhatsApp. Le pregunté por curiosidad

cómo conocía la contraseña y me respondió con evasivas. Ella me había dicho que no había vuelto a verlo, pero nadie le da su contraseña a una persona con la que no tiene confianza. Soy informático y ese es mi trabajo. Wendy estaba mintiendo.

—¿Cómo puedo hablar con él?

—Tengo los datos de su empresa, Audiarte, para las facturas.

Le pasó su contacto por WhatsApp, y cuando el detective ya se había levantado para marcharse, le dijo:

—Espera. Ven.

Fueron a la habitación que había ocupado Wendy, vacía de sus cosas personales excepto algunos papeles —posavasos, entradas— pinchados en el panel de corcho y pequeños objetos desechados en una bandeja sobre la mesa. Se había llevado la foto con su hija Paula de pequeña, pero Marcelo desclavó las chinchetas del dibujo de una grulla que Cupido ya había visto en su visita anterior.

—Cuando se fue definitivamente, Wendy se llevó todas sus cosas, pero olvidó este dibujo. Y me extrañó, porque fue un regalo de un ilustrador de manga muy famoso, Kobo Morita, y tiene algún valor. Lo pintó para ella, se lo firmó y Wendy le tenía aprecio, le gustaba el dibujo de la grulla, con la mancha roja de la coronilla, ella decía que le recordaba al mechón de un punki. No he querido tocarlo. Algunas veces pensé que, mientras estuviera ahí, ella regresaría para recogerlo..., como las grullas.

—¿Las grullas?

—Ya sabes, vuelven del frío cada otoño al lugar donde anidan. Wendy me dijo que le recordaban su infancia, cuando en noviembre sonaban sus trompeteos en el cielo y ella levantaba la vista para ver sus bandadas en forma de uve. ¡Pensar que a ella, que vivió tan poco, le gustaban esas aves porque eran un símbolo de longevidad! Toma.

Cupido se sorprendió con aquel gesto.

—¿Por qué me lo das?

—Wendy ya no va a volver. Me dijiste que conoces a su hija, ¿no?

—Sí.

—Dáselo. Es suyo, es su herencia. Lo único valioso que olvidó aquí.

29

Ceguera

Cupido se refugió de la lluvia en un mesón que olía a callos y a calamares, decorado con toda la parafernalia castiza de toros y olé, fútbol y banderines y majas de Romero de Torres. Mientras tomaba un café excelente llamó por teléfono a Senda. Los gemelos estaban bien y Raúl, aunque dormía mal algunas noches y seguía comiendo poco, no había vuelto a tener fiebre y parecía tranquilo, sobre todo cuando estaba cerca de Laura, no en vano habían convivido nueve meses en la intimidad de la placenta.

—¿Y tú, por ahí?

Cupido le contó la entrevista con el King la tarde anterior y la información que le había ampliado Marcelo, pero que de momento no le servía para nada.

—Te ha llegado una carta certificada de la notaría —le dijo Senda.

—¿De un notario? —se extrañó. Hacía años que no tenía nada que comprar, nada que vender—. No recuerdo la última vez que entré en una notaría.

—Pues la dirección lo dice bien claro: carta certificada para Ricardo Cupido Lasso.

—Ábrela.

Oyó el sonido del papel al rasgarse y, después de unos largos segundos, la voz de Senda:

—¡No te lo puedes imaginar!

—¿Qué?

—¡Eres el receptor del usufructo de una herencia!

La carta lo citaba en la notaría para la aceptación o rechazo del legado de Ángel Ariño García.

—El Alkalino —dijo Cupido. Una vez más se preguntó cómo había llegado a generalizarse aquel apodo juvenil que hacía referencia a su incansable capacidad para el relato y que él había aceptado muchos años antes sin mostrarse nunca molesto. Pocos recordaban su nombre verdadero.

La carta también avanzaba la relación de bienes del legado: una cuenta corriente con un saldo de 1.438,65 euros y dos propiedades inmobiliarias: una pequeña casa y un huerto.

—¿Y me lo deja a mí?

—Espera, espera a que lo lea más despacio —dijo Senda. Y luego, al cabo de un minuto—: Si aceptas, serás el usufructuario. La nuda propiedad..., ¡menudo lenguaje utilizan los notarios!, la nuda propiedad es para..., ¡para Raúl y para Laura, que pasarán a ser sus propietarios definitivos cuando alcancen la mayoría de edad!

Con su habitual generosidad, el Alkalino, Ángel Ariño García de nombre completo, había nombrado herederos a sus hijos, pero había mantenido en secreto su decisión.

—¿Qué fecha tiene el testamento?

—Espera... La carta dice que el 13 de abril.

El testamento había sido modificado tres días después de su visita, cuando llegó con el regalo de un móvil de viento para los gemelos y cogió en brazos a Laura y ella se sintió tan a gusto que el Alkalino comentó: «Si fuera una gatita, diría que está ronroneando». El mismo día que Cupido fue a Madrid y aceptó el encargo del King Quintana.

—Cuando lo cambió, no imaginaba que no tardaría mucho en morir.

Acostumbrado por su trabajo a enfrentarse a otro tipo de comportamientos, a gente que mataba por una herencia, por necedad o codicia, por una humillación o una ofensa, por venganza o rencor, por el afán de dominación, Cupido no estaba preparado para recibir una noticia así y se sintió conmovido. El Alkalino no tenía familiares de primer grado y su relación con otros parientes era distante, pero nunca había imaginado aquel gesto. Y no por la modesta cuantía del patrimonio, que se vería reducida notablemente por los impuestos, sino por lo que significaba. Su enorme legado intangible, en cambio, no podía ser heredado ni descrito con palabras catastrales.

—Hazte una foto con los gemelos y envíamela. Os echo mucho de menos —murmuró.

—Nosotros también a ti. Pero ahora queremos que sigas buscando a quienes lo torturaron. Se lo debemos.

—Lo intentaré.

Había remitido la lluvia y se dirigió hacia la sede de Audiarte siguiendo las indicaciones del móvil, que marcaba ocho minutos caminando.

El estudio ocupaba un local en una planta baja, en una calle estrecha y poco comercial, pero cuando llamó al timbre y una empleada le abrió la puerta, comprobó que la neutra fachada no se correspondía con la modernidad del interior, con la decoración de colores brillantes, con las paredes desnudas de cuadros que su propietario no habría podido contemplar, pero con abundantes plantas, lustrosas y bien cuidadas, cuyos aromas sí podía percibir. Para ser un estudio donde se sonorizaban libros, no se veía ni un

solo volumen de papel por ninguna parte y todo era *cool,* led, digital. Indicó que quería hablar con Domingo Farfán.

—¿Tiene cita?

—No, pero dígale que se trata de un asunto relacionado con Wendy Paraíso.

—¿Es policía? —preguntó con cautela al oír el nombre.

—No. Detective privado.

—¡Ay, detective privado! —exclamó sonriéndole con simpatía—. El señor Farfán ahora mismo está ocupado. Espere aquí, por favor.

La empleada le indicó unos asientos en el pequeño vestíbulo y se alejó por el pasillo hasta desaparecer por una de las puertas.

Por la megafonía interior se oía una voz femenina que recitaba:

> El jardín es el lugar en donde busco refugio y protección, no la casa. En la casa me esperan deberes y disgustos, sirvientes a los que aconsejar y amonestar, muebles y comidas; mientras que fuera me veo rodeada de bendiciones por todas partes...

Y luego una voz de hombre que la interrumpía:

—No, no, no tan deprisa ni con tanto énfasis. Léelo como si estuvieras en una conversación con amigas, como si quisieras convencer a alguien, no como si le dieras una orden. Empezamos de nuevo.

Estaban grabando un texto, pero el resultado no terminaba de contentar al responsable. Cupido se levantó y avanzó unos metros por el pasillo. Por el ojo de pez de una puerta de grabación vio a una chica con cascos ante un micrófono y, en el control, al otro lado del cristal, a dos técnicos y a un hombre de unos cuarenta años con gafas negras, opacas, escuchando con la cabeza levantada hacia el techo, en un gesto de ciego. Dedujo que era Farfán. No le convencía el resultado de la grabación, porque de nuevo le hacía repetir el

texto pidiéndole ahora que no fuera tan despacio y que no marcara tanto los acentos.

Cupido regresó al vestíbulo y, quince minutos después, se cortó la megafonía interna y vio salir del gabinete a la chica que grababa, con los ojos llorosos y sin escuchar al técnico de sonido, que intentaba consolarla y que la acompañó hasta la puerta de la calle. Dos minutos después, la empleada fue a llamarlo:

—Sígame, por favor.

La siguió hasta la puerta de un despacho donde Farfán, en pie, le decía al técnico:

—Esta tarde continuamos con la siguiente candidata.

Farfán escuchó los pasos que se acercaban y se giró hacia ellos. Por un momento, a Cupido no le pareció ciego. Era alto y corpulento y recordaba a un enorme oso, al mismo tiempo manso y amedrentador, con un aspecto nada rígido para un hombre que en teoría no tendría facilidades para practicar deporte. No parecía que fuera a tropezar con nada ni a arrastrar a nadie si se cayera.

Farfán extendió la mano para saludarlo como si lo viera, no se limitó a esperar con la mano tendida y estrechó la de Cupido con un apretón firme, palma contra palma, los dedos de una sorprendente fortaleza, que intentaba sugerir dinamismo y alejar cualquier idea de la habitual prudencia de los ciegos.

—Domingo Farfán. ¿Y tu nombre?

—Ricardo Cupido.

—¿Quién te ha dado mi dirección?

—Alguien que conocía a Wendy Paraíso.

—¿Y no te dieron también mi teléfono?

—Sí.

—Entonces, podrías haber pedido cita.

Era cierto, pero Cupido prefería presentarse sin aviso para que su interlocutor no tuviera tiempo de preparar las respuestas.

—Si vamos a hablar sobre Wendy Paraíso, estaremos más cómodos sentados. Era una chica muy especial y se puede decir mucho sobre ella. Pasa y siéntate —le indicó Farfán comenzando a caminar hacia su mesa. Como muchos ciegos, hablaba en voz más alta de lo necesario y pronunciaba muy clara cada sílaba, por miedo a no ser oído o para compensar la carencia del lenguaje de gestos. Pero transmitía esa férrea seguridad en sí mismo que ya había visto en otras personas con discapacidad, forjada en la superación de sus limitaciones—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Soy detective privado.

—¿Quién necesita a la policía cuando ya tiene a un detective, eh? —dijo, y compensó su comentario con una sonrisa—. No sé si me gustan los detectives.

—¿Qué te hemos hecho? —También sonrió Cupido.

—Sois innecesarios. Si investigáis un delito, en el mejor de los casos es intrusismo, estáis metiéndoos en el terreno de la policía, que ofrece las garantías de la institución. Y si lo que investigáis es simplemente un asunto privado, podría hacerlo cualquier persona. ¿Cuál de los dos es tu caso?

—Ahora es un asunto personal, no me paga nadie. Quiero saber quién mató a Wendy Paraíso, porque así sabré quién mató a un amigo mío.

Farfán elevó un poco la cabeza, como si quisiera olerlo o calibrara su estado anímico por el timbre y el acento de su voz, por el ritmo de su respiración. Las gafas negras le ocultaban los ojos mientras Cupido le contaba que al principio el club de fútbol Iberia lo había contratado para buscar a Wendy Paraíso e intentar atajar el escándalo ocasionado por el vídeo erótico con el futbolista Gamma.

No había logrado encontrarla y la habían matado, y él tenía motivos para sospechar que dos hombres que también la buscaban podían estar tras otra muerte, la de su ayudante.

Farfán se quedó pensativo unos instantes.

—A mí también me gustaría saber quién lo hizo. Pregúntame lo que quieras..., aunque no creo que pueda ayudarte mucho. Para cualquier investigación, hoy en día se necesita una tecnología a la que solo tiene acceso el sistema policial. Con sus medios, el policía más mediocre es más resolutivo que el más inteligente de los detectives... Pero, adelante, pregunta. No tengo nada que ocultar sobre Wendy. Que yo viva en la oscuridad no significa que esconda algún misterio.

Se quitó las gafas negras, como apoyando sus palabras, y aunque Cupido había esperado encontrar unos ojos blancos y vacíos, como los de las esculturas romanas, se sorprendió al ver la perfección de las córneas, de las pupilas y, sin saber por qué, sintió un ramalazo de pudor, como si lo contemplara desnudo. El detective era alto, pero los ojos ciegos enfocaban por encima de su cabeza, moviéndose muy rápidos, como si quisieran escapar de las cuencas.

—Gracias —dijo Cupido.

Guiados por el sonido de su respuesta, los erráticos ojos de Farfán corrigieron la altura y ahora sí se fijaron con precisión en los suyos, en el punto medio entre las cejas, y por un momento Cupido volvió a tener la turbadora sensación de que lo veía.

—Deduzco que el informático con el que vivía, Marcelo, te ha facilitado mis datos. Y que no te habrá hablado muy bien de mí —sonrió—. Estaba perdidamente enamorado de ella.

—Me dijo que la conocías bien, que de vez en cuando le ofrecías trabajo.

—Sí, como locutora. Ya te he dicho que Wendy era una chica especial.

—¿Sabes cómo murió?

—Los policías me lo contaron cuando vinieron a comprobar que no tengo nada que ver con su muerte. Me temo que no pude ayudarlos mucho. Parecían desconcertados, iban dando palos de ciego. —Sonrió de su propio chiste, pero al no escuchar ninguna risa de Cupido, continuó sin ocultar la ironía—: Sin duda querían asegurarse de mi ceguera, de mis limitaciones, de mi incapacidad para matarla y cargar con el cuerpo y conducir hasta el descampado donde dicen las noticias que arrojaron su cadáver. Los ciegos no vemos, pero nos ve o nos oye todo el mundo, llamamos la atención y la gente nos ayuda o se aparta a nuestro paso. Tenemos que ir tocándolo todo, con el bastón blanco o con las manos, para no chocar o tropezar. Con perros o sin perros, no pasamos desapercibidos en ningún sitio.

—Pero te habrás preguntado quién pudo hacerlo.

—Por supuesto. ¿Hay alguien que no se lo pregunte? Es lo primero que hacemos todos cuando alguien muere asesinado, ¿no? El afán de saber incluso aparta a un lado el dolor.

—¿Y tienes alguna teoría?

—Supongo que su muerte se debe a ese extraño asunto del vídeo en la cama con el futbolista.

Algo en el tono de su voz indujo a Cupido a replicar:

—Pero no estás convencido.

—No, aunque tampoco tengo razones para pensar lo contrario. Pero no descartaría que fuera una muerte..., cómo decirlo..., ocasional, sin un motivo personal contra ella. No veo —dijo de nuevo, con los ojos girando muy rápidos—, pero sé cómo es el mundo de la noche. La cantidad de tipos raros y violentos que

corren por ahí. Y Wendy no se cuidaba mucho, era demasiado confiada con la gente.

—¿En qué sentido?

—Vivía en una permanente contradicción: andaba siempre en busca del sol..., pero lo buscaba por la noche. Nuestra biología está diseñada para la vida diurna, pero en Wendy parecía al revés, solía decir que ella se activaba en las horas nocturnas. Algunas veces me habló de los ambientes que frecuentaba y no parecían muy recomendables. Era triste saber que tipos que no la valoraban podían disfrutar de ella con los cinco sentidos y, en cambio... Además, ella no necesitaba a esa gente. ¿Para qué? Wendy tenía cultura, sensibilidad, le gustaba mucho leer... Me contó que su madre la presionó para que estudiara Arquitectura, por tradición familiar. Pero ella optó por Filología y Lenguas Clásicas, que su madre llamaba lenguas muertas. Le reprochaba que estudiara algo que ya no hablaba nadie, que solo podía hablar con los muertos. Que para leer libros no era necesario ir cuatro años a la universidad. Wendy no le hizo caso y siguió con su idea. Tenía un punto de rebeldía que a menudo la empujaba hacia el peligro.

—¿Y no le pediste que fuera prudente?

—Hice por ella algunas cosas, pero yo no era su padre... Y Wendy no era una niña. Yo no podía actuar para ella como desactivador de explosivos. Por mi empresa, he conocido algunos otros chicos, pero sobre todo chicas, sí, demasiadas chicas que vienen a Madrid creyendo que enseguida van a triunfar, jóvenes ingenuas que creen que la gran ciudad es como lo que han visto en la tele... Quieren ser actrices sin saber actuar, quieren ser diseñadoras sin saber diseñar, pintoras sin saber pintar. Quieren ser *influencers*... y no tienen seguidores —suspiró—. Cada año son más jóvenes, pero Wendy era

algo mayor para darle consejos, aunque siguiera soñando como una adolescente... Luego supe que tenía una hija.

—Se llama Paula.

—¡Pobre niña! También ella la echará de menos.

—Sin duda.

Farfán asintió y juntó las manos ante la boca antes de hablar.

—Tú eres el detective, el que interroga, pero yo también quiero preguntarte algo.

Cupido abrió los brazos para animarlo, pero enseguida se dio cuenta de que Farfán no lo veía, de modo que dijo:

—Adelante.

—¿Tú la conociste?

—No. Solo la he visto en fotos... Y en el vídeo.

—El vídeo, sí... Puedo imaginarlo. Lo he oído —murmuró.

—Era muy hermosa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí. Yo he visto.

—¿Has visto?

—La gente siempre lo da por hecho, pero no soy ciego de nacimiento. Perdí la vista el día en que cumplí dieciséis años, cuando mis padres, que eran ricos, me regalaron una escúter. Yo salía entonces con una chica de la que estaba profundamente enamorado y le pedí que montara conmigo, que la estrenáramos juntos. Quería compartir con ella una experiencia que a los dos nos ilusionaba. —Se calló unos instantes y su ciega mirada se fue espesando—. No llegamos a recorrer ni un kilómetro. La escúter se me fue en una curva y choqué contra un bolardo. El suelo estaba húmedo, pero me dijeron que si ella no hubiera ido atrás, el accidente tal vez no habría ocurrido. Me di un golpe en la cabeza... y me quedé ciego. Hasta

entonces, para mí el mundo estaba lleno de rostros, pero poco a poco fueron muriendo o desapareciendo y llegaron nuevas personas a quienes ya no veía... Y ahora el mundo para mí está lleno de voces, pero vacío de imágenes... Lo único agradable de ese recuerdo es que el último rostro que vi fue el de la chica de la que estaba enamorado.

—¿Y ella?

—A ella no le pasó nada. Una semana después, todavía en la cama del hospital, cuando supo que nunca recuperaría la vista, me dijo que me dejaba, que no podíamos seguir juntos. Aunque éramos muy jóvenes, ella siempre decía que le gustaría tener varios hijos. Pero aquel día añadió un detalle que nunca he podido olvidar. ¿Sabes qué me dijo?

—No.

—Que los ciegos les dan miedo a los niños y que yo los asustaría... Y es cierto, lo he comprobado muchas veces. Les damos miedo, solo los mutilados les dan más miedo que nosotros —dijo, aunque Cupido no detectó amargura ni autocompasión en su voz—. Yo veía y por eso mi ceguera es más terrible que la de quien nunca vio. La ceguera es..., es el infierno, y por mucho que os lo expliquen, los videntes no podéis tener ni idea de lo que significa ser ciego después de haber visto. Yo sé cómo son los colores de todo eso que siempre citan los idiotas, del cielo o del mar, de una flor o de un pájaro, del pelo o de los ojos de una chica... y hasta imagino el color de la ropa de la gente según la oigo hablar.

—¿También la mía?

Farfán lo pensó unos segundos.

—Creo que llevas un atuendo perezoso, que no te haga pensar mucho en combinaciones de color o de dibujo y no te distraiga de tu oficio. Vistes de un modo discreto, para pasar desapercibido:

zapatos deportivos flexibles, de color marrón y suela blanda, porque tus pasos apenas han hecho ruido en el pasillo, pantalones vaqueros y una camisa y una chaqueta discretas. No usas gorro ni sombrero. Y, sobre todo, nunca llevas uniforme para que no te identifiquen. Si un detective no puede ser invisible, al menos debe ser translúcido y dejar pasar la luz sin que nadie se fije en él. ¿He acertado?

—Has acertado —reconoció Cupido, para quien el trabajo de un detective consistía en preguntar, escuchar, vigilar, indagar, correr, saltar y hasta luchar, pero no con uniforme ni, mucho menos, con la toca de un juez, porque su oficio no consistía en juzgar. No se atrevía a juzgar a nadie por sus ideas, sus creencias o su aspecto. El aspecto exterior daba información de ciertos hábitos, pero se negaba a asociar características físicas con características morales... Y ahora le había extrañado que, para describirlo a él, un ciego usara aquella palabra tan precisa, translúcido, que hablaba de lo visible.

—Por lo que me dicen, hay cosas horribles en el mundo que es preferible no ver. Pero incluso ante esas imágenes lamento estar ciego. Y pocas veces os he envidiado tanto a los videntes como cuando estaba con Wendy, escuchando su voz, notando su olor y sin poder ver cómo era. Quizá su acento no se ajustaba a la mejor pronunciación del castellano, pero articulaba muy bien cada sonido, tenía una dicción muy clara y una textura inolvidable, con las erres dulcificadas por el suave contacto de la lengua con el paladar... Oyéndola, podía imaginar muy bien cómo era. Conozco bien el significado de la palabra belleza, de modo que cuando apareció ella supe bien a quién aplicársela.

—¿Y era una visión agradable?

—Sí, excepto cuando se quedaba en silencio, pensando en algo que la ponía triste y que no quería compartir, como si ocultara un

secreto que la preocupaba. Me he resignado a la oscuridad, pero no quiero resignarme también al silencio.

—¿Y no le preguntaste de qué se trataba?

—Ya te he dicho que no era su padre... No soy el padre de nadie.

—Sin embargo, ella conocía la contraseña para conectarse a la wifi de tu empresa, Audiarte.

—¿La contraseña? —Cupido vio que, por una vez, Farfán se ponía alerta.

—Sí.

—Bueno, supongo que se la debimos de dar en algún momento. ¿Qué importancia tiene?

—Quizá ninguna. Marcelo también sostiene que, cuando Wendy tenía problemas, recurría a ti.

—¿A qué problemas se refiere?

—A los económicos, por ejemplo.

—Es cierto. La ayudé a veces, le ofrecí trabajos eventuales, sí, pero con los que ella podía salir de algunos apuros económicos... Wendy se esforzaba por hacer bien las cosas y nos entendíamos bien en las grabaciones. Hoy mismo la he echado de menos.

—¿En el texto que estabais grabando?

—Sí. Es un libro de Elizabeth von Arnim, una escritora del siglo pasado. Era inglesa, pero se casó con un impresentable aristócrata alemán. Para huir de la vida social y de disgustos domésticos, se refugiaba en el campo, en una finca con jardín. *Elizabeth y su jardín alemán* es un libro maravilloso y desde el primer momento pensé que era ideal para que lo grabara Wendy. A ella le habría gustado mucho, porque últimamente hablaba de abandonar sus proyectos, irse de Madrid y volver a su tierra. Decía que estaba cansada de tanto esfuerzo para no conseguir nada... Pero desapareció antes de que estallara el escándalo con ese futbolista. Los audiolibros son un

encargo de la ONCE, que paga bien las grabaciones, y a ella ese dinero le venía de fábula, siempre andaba con dificultades.

Cupido lo desconocía todo sobre el mundo editorial, en sus investigaciones nunca se había topado con escritores, con bibliófilos o con profesionales del libro, y quizá por eso no había imaginado que un ciego pudiera ser especialista en ese tema.

—Espera.

Farfán se colocó un auricular en un oído y comenzó a pulsar el teclado de su ordenador. Un segundo después, la impresora braille expulsó una cuartilla impresa en horizontal con el mismo texto que parpadeaba en la pantalla y que le extendió a Cupido por encima de la mesa. Bajo el título, *Elizabeth y su jardín alemán,* y el monograma de Audiarte, se podía leer un texto, bajo el cual aparecían el día y la hora de impresión.

—Para mí, en braille —dijo Farfán, y la impresora lo imprimió en una cuartilla similar, pero de opalina, grabada con la escritura para ciegos—. A Wendy le habría gustado grabarlo. Pero ya no podremos oírla. Y ahora que ya no está, no encuentro una lectora con una voz como la suya.

Farfán cerró los nerviosos ojos y pasó por el relieve la yema del índice. Mientras Cupido leía para sí, Farfán recitó en voz muy baja:

—«La gente que quiero siempre está en otra parte y no puede venir a verme, mientras que siempre tengo la casa llena de visitantes a los que apenas conozco y que me importan menos todavía...». Quizá, en el fondo, Wendy solo estaba buscando un lugar donde hallar paz y reposo —añadió al terminar de leer.

—Quizá nadie la ayudó a encontrarlo.

—Lo intenté cuando ella me lo permitía.

Su respuesta le abrió la puerta para preguntarle:

—¿Ella te gustaba?

—Sí, me gustaba mucho. Wendy tenía curiosidad por todo, todo quería verlo con sus propios ojos. Y daba gusto oírla describir lo que veía, siempre hablando con voz dulce, sin esa manía tan común en tanta gente que nos habla a gritos como si los ciegos también fuéramos sordos... Por momentos conseguía que uno lo olvidara. Sabía mirar, se fijaba en las cosas pequeñas que otros hubieran pasado por alto. Te lo digo yo, que he escuchado a mucha gente que intenta describirme lo que hay alrededor. Wendy habría sido un excelente lazarillo.

—¿Se lo propusiste?

—¿Que fuera mi lazarillo?

—Sí.

Farfán clavó de nuevo en él sus ojos crudos y pegajosos, pero secos de luz, carentes de expresión, y lo hizo con tanta exactitud como si pudiera verlo.

—Sí, se lo propuse. Y lo rechazó.

—¿Os acostabais?

—¡Vaya! Eres de esos detectives que todo lo preguntan.

—Sí. A veces creo que nací para no dejar de preguntar. ¿Os acostabais?

—Es una pregunta indiscreta... Pero, claro, no creo que un detective discreto pueda tener mucho éxito.

—Ningún éxito.

—No, no nos acostamos —respondió al fin—. Me habría gustado mucho, pero ella no quiso nunca.

30

El mercurio

Tras el encontronazo en Breda con los mexicanos, Wendy había salido huyendo y había regresado a Madrid por algún medio. Era fundamental averiguar dónde había estado y con quién. Y a media tarde, Cupido llegó al estadio del CFF La Sagra, donde podría encontrar a Celeste. En la única puerta abierta lo detuvo un hombre vestido con un mono y con una escoba en las manos.

—No se puede pasar.

—Vengo a hablar con Celeste.

—¿Periodista?

—No. Pero tengo esto. —Le mostró la acreditación que le había dado Jimena como contratado por el club Iberia.

El portero miró el escudo de la acreditación y enseguida aceptó:

—Pase. Ahora están entrenando y tienen prohibida cualquier interrupción, pero puede acceder a la grada y esperarla a la salida.

Desde la grada Cupido vio el partidillo de siete jugadoras contra siete, cada equipo vestido con un chaleco de diferente color, en una mitad del campo, con unas porterías diminutas. El entrenador arbitraba y de vez en cuando detenía el juego con el silbato, las colocaba de nuevo en su posición, les daba indicaciones y volvía a repetir la jugada. Varias veces nombró en voz alta:

—Abre juego, Cisne, abre juego... ¡Toca y suelta, toca y suelta! Y ahora todas apretamos, apretamos más y movemos el culo. Hoy no

he visto todavía ni una sola jugada... ¡A ver si nos vamos a creer que por salvarnos del descenso también nos van a regalar la Copa!

El detective reconoció a Celeste. Aglutinaba el juego desde el centro del campo y entendió por qué el entrenador, de acento argentino, la llamaba Cisne. Cupido poco sabía de fútbol y le seguía sorprendiendo que para millones de personas el mejor plan para un domingo por la tarde fuera acudir a un enorme recinto donde gritar viendo a veintidós jugadores que intentaban introducir una pelota en la portería del equipo contrario, pero apreció la elegancia con que Celeste dormía el balón cuando le llegaba a los pies para hacerlo volar enseguida hacia una compañera o hacia un hueco en el campo, la forma en que alzaba la cabeza, coronada por una coleta alta, la rapidez con que se movía sin parecer rápida.

La estaba esperando en el aparcamiento cuando la vio salir, sonriendo y charlando con las demás, vestida con un chándal azul con el anagrama CFF La Sagra.

—Me gustaría hablar otra vez contigo sobre Wendy —le dijo. Temía encontrar de nuevo la misma resistencia, pero la futbolista, al reconocerlo, lo saludó sin prevención. En la entrevista anterior él le había dicho que quería ayudar a Wendy, ella no lo creyó y ahora Wendy estaba muerta.

—De acuerdo.

—¿Te viene bien ahora?

—Sí —aceptó, y como algunas de sus compañeras los miraban con curiosidad, añadió—: Sígueme con tu coche.

Mientras la seguía un par de kilómetros hasta una cafetería junto a la carretera, el detective pensó que si Marcelo había hablado con él porque estaba asustado, Celeste lo hacía porque no tenía miedo y quería encontrar al asesino de su amiga.

—Siento haber sido tan brusca la primera vez que hablamos —le dijo cuando ya estaban sentados ante una mesa, al fondo de la cafetería. Cupido vio que colocaba a sus pies una bolsa deportiva que había sacado del coche.

—No te preocupes. Todo el mundo se pone en guardia en estas circunstancias, nadie quiere problemas.

—¿Sabes por qué antes no quería hablar? Wendy no respondía a mis llamadas, no se conectaba al móvil y pensé que la mejor manera de protegerla era el silencio. Además, todos me preguntaban por el vídeo, no por Wendy. Y me sentía culpable porque yo la había llevado a la fiesta donde ella y Gamma se conocieron, era como si yo la hubiera conducido a la guarida de los lobos. Tú podías ser otro de ellos. Pero cuando el morbo quedó atrás, Wendy también dejó de interesarles. Tú eres el primero que viene a hablar conmigo sobre ella. Y ahora que está muerta es precisamente cuando no quiero que se olvide quién era, al menos hasta que se sepa quién la mató.

—Es lo que intento averiguar.

—No sé si podré ayudarte, pero quiero que escuches lo que voy a decirte.

—Te escucho.

—Sé que Wendy habría hecho lo mismo por mí. Ella no dejaría que me olvidaran... Cuando marqué aquel penalti, le gustó tanto que a menudo me decía bromeando que esa historia no podía quedar oculta, que ella buscaría la forma de contar mi vida como futbolista, fuera en la radio, en una película o en un libro... Pero ahora soy yo la que se pregunta quién escribirá su historia, quién se la contará a su hija cuando sea mayor, quién se ocupará de que no sea olvidada.

—No lo sé —dijo Cupido. Excepto Paula, en poco tiempo nadie la recordaría. El gran carrusel del mundo y el paso de los solsticios

llenarían su hueco, los años transcurridos parecerían siglos y otra chica sería protagonista de otra nueva historia.

—Sea lo que sea, su historia necesita un final: saber quién la mató. Y por eso estoy aquí hablando contigo, porque confío en que tú puedas cerrarla.

—¿Te contó hace dos semanas que se iba a Breda?

—Sí. Recuerdo bien que me dijo: «Hay errores que solo se pueden cometer una vez en la vida. Y yo ya lo cometí una vez».

—¿A qué se refería?

—A su hija Paula.

Cupido se quedó pensativo unos segundos.

—Hay algo que no entiendo.

—¿Qué?

—Si el escándalo por el vídeo ya había estallado, si ya había fastidiado a quienes querían impedirlo...

—Gamma y el King Quintana —precisó Celeste.

—Sí. Si el escándalo ya no tenía remedio, ¿por qué matarla?

—¿Por venganza?

—No lo creo —Cupido respondió a Celeste y se respondió a sí mismo—. No ganaban nada con su muerte y todo el mundo los consideraría sospechosos. Además, el escándalo pasa y se olvida, sustituido al día siguiente por otro escándalo. Tiene que haber algo más, algún otro motivo.

—¿Quieres decir que su muerte no está relacionada con el vídeo?

—¿Alguna vez te habló Wendy de alguien que la hubiera amenazado, a quien le tuviera miedo...?

—No.

—¿De Marcelo, de Farfán...?

—¿El ciego?

—Sí.

—Hablaba bien de él, decía que la ayudaba a menudo. Y también hablaba bien de Marcelo. A ninguno de los dos lo imagino haciéndole daño.

—Farfán piensa que hay que buscar a quien la mató en los ambientes de la noche que frecuentaba. Pero los días previos a su muerte Wendy estaba en Breda y salió de allí huyendo de dos hombres que la perseguían...

—¿Dos hombres?

—Sí.

—¿Cómo eran?

—No he llegado a verlos, pero creo que son mexicanos. Uno es muy fuerte y el otro muy delgado. Como una pareja cómica, aunque no tengan nada de graciosos.

—¿El fuerte tiene una cicatriz en la cara? ¿Los ojos azules? Como un cíclope..., fuerte y con un solo ojo.

—Sí, y usa un colirio. ¿Los has visto?

—Me abordaron en el aparcamiento del campo de fútbol al día siguiente de hablar contigo. ¿Es que ellos... tienen algo que ver con la muerte?

—Están relacionados, pero no sé si son los autores. Lo que sí creo es que mataron a un amigo mío.

—Entonces, si yo..., si yo te hubiera advertido después de hablar con ellos...

—Nadie podía imaginar lo que iba a ocurrir. Y ahora solo podemos mirar hacia delante. Wendy regresó de Breda a Madrid y en algún sitio tuvo que esconderse. ¿Se te ocurre algún lugar adonde pudiera ir? ¿Con quién?

Pasaron unos segundos sin que Celeste respondiera. Cupido la miró atentamente.

—Te llamó a ti, ¿verdad? Eras la única amiga que le quedaba.

—Me llamó por teléfono desde un número desconocido, desde un locutorio, porque temía que rastrearan su teléfono. La noté muy preocupada y me dijo que necesitaba un escondite. Pero yo no estaba en Madrid, estábamos en Mallorca jugando un partido amistoso y le dije que fuera a mi apartamento, que llamaría a Brais para que le abriera... Pero Wendy no quiso ir allí, me dijo que me lo agradecía y que ya se arreglaría, que ya buscaría otro sitio, que no me preocupara... Colgó el teléfono sin darme tiempo a insistir, aunque unos minutos más tarde recibí un email suyo, seguramente desde el mismo locutorio desde donde me había llamado.

Celeste abrió su móvil y le enseñó el mensaje:

Gracias una vez más por ser tan buena amiga, Cisne. Nunca dejes de volar!!! ❤️❤️❤️

—No volví a hablar con ella y no dejo de pensar que si hubiera estado en Madrid o hubiera insistido más para que fuera a mi casa, ella se habría salvado. Y desde entonces vivo con ese remordimiento. —Se le estranguló la voz y sacó un clínex del bolsillo del chándal para secarse los ojos—. ¿Dónde tienen... su cuerpo?

—Le estarán haciendo la autopsia.

—¿Sabes dónde será el funeral?

—Supongo que en Breda.

—¡Pero si Wendy se quejaba de que allí ya no tenía a nadie que la quisiera!

—Allí viven su vieja tata, que la quería mucho, y también la última pareja de su madre, con quien mantenía una relación cordial. Pero lo más importante es que en Breda está su hija Paula y algún día querrá llevarle flores a la tumba.

Celeste hizo un gesto de duda.

—Espero que sí. ¿Sabes que la familia de su exmarido no quería ni verla?

Cupido asintió.

—Wendy decía que la odiaban, que la suegra policía y el suegro contable habían raptado a su hija y que ellos influyeron para que le quitaran la custodia.

—Lo sé. Y aquí, en Madrid, ¿tenía enemigos?

—No lo creo, no era alguien tan importante. Envidias, sí, ¿qué chica guapa no las sufre? Pero no enemigos.

—Pero si despertaba envidia, por muchos esfuerzos que hiciera para evitarlo también la odiarían.

—No lo sé —dudó Celeste—. Wendy no era una persona antipática ni agresiva.

—¿Conocía a mucha gente?

—Sí, aunque de manera superficial y poco duradera.

—Al menos, tenía cerca a algunos que la apreciabais.

—Poca gente, no creas. Tampoco era tan fácil quererla, Wendy era un desastre en su vida cotidiana, y si te dejabas arrastrar por ella, terminaba por meterte en algún compromiso. Lo mismo le tenías que prestar dinero para sacarla de un apuro que se equivocaba de fecha o de hora para una cita de trabajo. Cuando me contaba esas cosas, yo le decía que, desde luego, su vida no era aburrida. Ella sonreía, pero en los últimos meses lo hacía con tristeza, como si estuviera cansada ya de tanta agitación. Según iba cumpliendo años, iba perdiendo el optimismo, dejando de creer que las cosas se arreglarían por sí mismas. ¡Pobre Wendy!

—En realidad da un poco de lástima.

—Y ella era consciente. Pocos días antes de morir me comentó que ya estaba cansada de tanto ir y venir, de tanto subir y bajar, de no hallar nada consistente en su trabajo ni en su vida. Tanto, tanto

Madrid, una ciudad tan grande, con todos sus rascacielos y miles de calles y millones de personas, y no había logrado encontrar un refugio seguro. En Madrid estaba rodeada de gente, pero quizá ninguna mujer en Madrid estaba tan sola como ella. Yo creo que lo que buscaba, en el fondo, era un sitio donde sentirse segura y acogida, donde darle descanso a su desordenado corazón y estarse quieta, con un trabajo estable que pudiera mantener sin competición ni lucha, una casa tranquila, con un pequeño jardín donde jugara su hija con un perro y un hombre que no solo la quisiera como era, sin pretender cambiarla, sino que la quisiera precisamente por ser como era y no la obligara a actuar las veinticuatro horas del día.

Cupido recordó el texto que Farfán quería que grabara: «El jardín es el lugar en donde busco refugio y protección, no la casa. En la casa me esperan deberes y disgustos».

—No pudo conseguir ninguna de esas cuatro cosas.

—Era tan ingenua como inconsciente y se acercaba demasiado a los márgenes —añadió, pensativa—. Le gustaban los tíos duros por fuera y blanditos por dentro. Corderos con piel de lobo, decía, aunque no acabo de entender cómo es eso.

—¿El qué?

—Que un tío duro en las formas, en las apariencias y en el trato pueda cambiar luego en la intimidad. Y puede que alguna de esas aventuras...

—¿Conociste a alguno?

—No. No me interesaban, era gente nocturna con un ritmo de vida rigurosamente prohibido para los deportistas. Imagínate lo que Wendy hacía cuando salía de fiesta: bebía, fumaba..., y no siempre en las mejores compañías. Yo le decía a veces: sé prudente, por ahí hay gente que puede hacerte daño. Pero ella era muy confiada. En

realidad, era curioso que nos lleváramos tan bien siendo tan distintas.

—¿En qué sentido?

Celeste pensó antes de explicarlo:

—Porque eran incompatibles su caos y mi estabilidad, su impaciencia y mi calma, su improvisación y mi planificación... Nadie puede decir que Wendy no tuviera buen corazón, pero le faltaba constancia. Era..., no sé si acierto al decirlo —dudó.

—Inténtalo. Estoy acostumbrado a que muchas cosas no sean fáciles de explicar.

—Wendy era como el mercurio, no sabías si sólida o líquida, pero brillante y misteriosa, inestable y a punto de romperse en mil pedazos con cualquier choque o movimiento —dijo entonces, de corrido, como si lo hubiera pensado otras veces—. Se contraía y se dilataba con facilidad, según el ambiente frío o cálido. ¡Pobre Wendy! De haber sido constante, podría haber desarrollado el talento que tenía, pero saltaba de una cosa a otra antes de agotar todas las posibilidades... Se entusiasmaba con algo y al poco tiempo lo apartaba a un lado, con indiferencia. Unas veces yo pensaba que era una cría..., y otras veces que era una vieja que estaba de vuelta de todo. De cualquier manera, ahora me parece increíble que estemos hablando aquí de ella, tan ajenos al tipo que le apretó el cuello hasta..., porque la estranguló un hombre, ¿no?

—Una mujer con la fuerza suficiente también podría haberla matado así.

Como si descubriera que ella encajaba en ese grupo, Celeste abrió los ojos y dijo:

—Yo también soy fuerte.

—¿No ha venido la policía a hablar contigo?

—No.

—Vendrán, y querrán saber dónde estuviste la noche de su muerte.

—Les diré la verdad, que estaba en Palma de Mallorca, con mi equipo.

—Quizá lo sepan ya. Pero te preguntarán por tu relación con ella.

—¿Mi relación con ella? ¡No me digas que alguien pensará que ella y yo...!

—En estos casos no se descarta nada. Que todo comenzara con un vídeo erótico inclina las sospechas hacia un motivo sexual.

—¡Ya, ya veo! Ahora creerán que todas las futbolistas somos lesbianas —sonrió.

Un grupo de chicas jóvenes, vestidas con chándal, entraron en la cafetería y se sentaron alrededor de dos mesas. Una de ellas se fijó en Celeste, cuchicheó algo con las demás y todas la miraron con curiosidad. Rieron y finalmente se levantaron y se acercaron a su mesa.

—¿Celeste? —le preguntó la que la había identificado.

—Sí.

—¿Puedes firmarnos un autógrafo, por favor?

—Claro que sí. ¿Jugáis al fútbol?

—Sí.

Le dijeron los nombres y una de ellas le dio un cuaderno para que les firmara.

—¿Nos podemos hacer una foto contigo?

—Claro que sí.

La chica miró a Cupido, que no esperó a que se lo pidieran. Cogió el móvil y les hizo un par de fotos.

—¡Muchas gracias!

—¡No te vayas nunca de La Sagra! —le dijo la mayor—. ¡No fiches por el Iberia!

—¡Y sigue metiendo muchos goles!

—Desde que marcaste aquel penalti te has convertido en una estrella —comentó Cupido.

—Esto antes solo les ocurría a los futbolistas —dijo Celeste cuando se alejaron—. Pero desde hace cuatro o cinco años también nos piden fotos a las chicas..., aunque yo creo que el fútbol femenino no crecerá definitivamente hasta que una de esas petrodinastías árabes compre un equipo y se lo lleve a jugar algunos partidos en el desierto. Así que tenemos que aprovechar los pocos años de popularidad si queremos asegurar el futuro... Y eso si no nos retira una lesión. Mi pareja, Brais, era un buen jugador, una gran promesa. De hecho, jugó con Gamma cuando llegó fichado de Brasil y pasó seis meses de adaptación en el filial del Iberia.

Cupido evocó al tipo receloso y protector que la acompañaba en la primera entrevista.

—¿Brais ya no juega?

—No. Tuvo una doble rotura del cruzado y ya nunca fue el mismo. Se retiró del fútbol profesional.

Era todo lo que el detective tenía que preguntarle y la entrevista se terminaba, pero Celeste todavía se agachó hacia la bolsa de deportes que tenía a sus pies y sacó un balón y un rotulador.

—¿Me harás un favor cuando vuelvas a Breda?

—Sí, claro.

—Wendy me había pedido un balón firmado para su hija. Quería que jugara al fútbol, iba a inscribirla en un equipo. Pero nunca encontraba la ocasión para regalárselo. ¿Se lo llevarás tú?

—Por supuesto.

—Dile que se lo envía su madre desde donde quiera que esté. Dile que la quería mucho.

Le firmó el balón y se lo entregó.

—¡Pobre Wendy! —dijo ya en pie, camino de la salida—. No puedo olvidar que yo la llevé a aquella fiesta.

—No es tu culpa.

—¿Crees que los encontrarás? —le preguntó, como si tuviera más confianza en él que en la policía.

—Lo intentaré. ¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Sí.

—Leí en internet que todo el mundo creía que fallarías el penalti en el último partido de liga, porque así ficharías por el Iberia. ¿Es cierto?

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué marcaste gol?

Celeste sonrió.

—Esa ya es una segunda pregunta —respondió, pero su propia expresión, negándose a toda complacencia, era ya una respuesta. Había perdido la oportunidad de fichar por un equipo grande, pero no parecía arrepentirse ni envidiar a Gamma. Al contrario, su expresión transmitía la satisfacción de haber elegido bien y sonreía cuando dijo—: El fútbol, antes que nada es fútbol, y luego negocio, aunque para muchos primero sea negocio y luego fútbol.

Los dos días que llevaba fuera de casa habían sido tan intensos que le parecían dos semanas y volvió a echar de menos a Senda y a los gemelos. Era el miércoles 3 de mayo y, a la espera de que la autopsia de Wendy y el trabajo de calle de la policía produjeran algún avance, decidió regresar a Breda.

No había oído las noticias en las últimas cuarenta y ocho horas y, mientras conducía, encendió la radio. El mundo seguía igual de loco

y de maltrecho, haciéndose daño a sí mismo, y, para olvidar las llagas, se distraía con el circo: la noticia de la retirada definitiva de Lionel Messi y de Cristiano Ronaldo de los campos de fútbol tras sus etapas multimillonarias en las arenas árabes y en las playas de Miami. Sintonizó otra emisora, en la que un escritor hablaba de un emperador romano, Macrino, que torturaba a sus enemigos encadenándolos a un cadáver que se iba descomponiendo. Una amenaza similar pesaba sobre él: si no lograba aclarar las muertes del Alkalino y de Wendy Paraíso, llevaría sus cadáveres encadenados a él y no le permitirían dormir.

Al contrario que en otros casos que había investigado, que no trascendían el ámbito doméstico de la víctima y los sospechosos, aquel trabajo tenía una enorme resonancia mediática por la implicación de un futbolista famoso, una estrella internacional. Todo aquello no estaba sucediendo en los novelescos Estados Unidos, sino en su propio país, entre la capital y una pequeña villa de provincias, durante una primavera inusualmente lluviosa.

Pensaba en todo lo ocurrido y no lograba descifrar su misterio. Mientras avanzaba en la noche por la autovía, a la luz corta de los faros que el nutrido tráfico no le permitía alargar, hizo balance de la investigación. Gwendolyne Barnes Paraíso, Berta y Trino y Paula; el King Quintana y la ejecutiva Jimena; Gamma y Adriana Beleza envuelta en joyas; Celeste y Brais; Farfán caminando con su bastón de ciego; Marcelo, cuya imagen siempre se le aparecía con un cigarrillo atornillado entre los labios; los dos sicarios mexicanos con unos métodos entre la sórdida violencia de los narcos y la psicopatía... Hasta unas semanas antes, todos ellos le eran unos completos desconocidos, y ahora habían brotado del anonimato para convivir con él y componer un relato de misterio y aflicción que ocupaba sus pensamientos durante todo el día.

La historia de Wendy podía resumirse así: un futbolista famoso se graba en un vídeo erótico con una chica. Poco antes de que el vídeo salga a la luz y estalle el escándalo, la chica, Wendy Paraíso, se esconde en Breda, su tierra, donde vive su hija de siete años, a la que espera recuperar. Dos sicarios —¿quién los enviaba?— van tras ella y en su búsqueda provocan la muerte del Alkalino, que la ha localizado. Al sentirse descubierta, Wendy regresa a Madrid para buscar refugio —¿dónde?, ¿con quién?— en la gran ciudad. Pero la localizan —¿quién, quiénes?— y la estrangulan.

Además de los interrogantes, había otros detalles inexplicables. Uno: si el vídeo se había hecho público y había estallado el escándalo, ¿para qué seguir persiguiéndola? Y dos: si unos sicarios quisieran acabar con ella, el estrangulamiento parecía un modo muy poco profesional y muy arriesgado, por la posibilidad de dejar huellas.

¿Cómo había ocurrido todo?, ¿quién o quiénes eran los culpables? ¿Marcelo, su compañero de piso, tan enamorado como resentido? Él sí podía haberla matado, pero lo negaba su coartada. ¿Gamma? ¿Adriana? Aunque también los blindaba una coartada, tenían demasiado dinero para contratar a otros y podían haber enviado a los sicarios. ¿Su amiga Celeste? Por lo que había hablado con ella, estaba seguro de que no. ¿Farfán, el ciego? Le habría resultado imposible cargar su cadáver en un coche y conducir hasta un camino junto a unas vías de tren abandonadas. Y por supuesto no podía descartar a Trino y Berta, en cuya familia morían de forma trágica todos los primogénitos. No imaginaba a Trino, con sus despistes y su debilidad, cometiendo un estrangulamiento, con el esfuerzo físico y el cálculo que exigía, pero Berta no disimulaba su odio hacia Wendy, y el odio y la rabia generan fuerza y adrenalina. Berta estaba en forma, había sido policía y sabía moverse en el conflicto y, sin duda,

también en la violencia, si apretaba un cuello sabía cuándo ya no era necesario seguir apretando porque había dejado de respirar. Para un policía era fácil dejar el uniforme, pero no tanto la costumbre de aplicar las leyes. Pero... ¿y si todo fuera obra de un desconocido con quien se encontró por azar en la noche de la ciudad?

Puede que todos tuvieran motivos, más o menos evidentes, para odiarla o temerla. Pero ¿dónde estaba para cada uno de ellos la línea divisoria entre el odio y la decisión de matar? Al otro lado de aquella frontera solo se atisbaban tinieblas, el miedo permanente a ser descubierto y, en definitiva, la soledad, pero aun así había gente que se decidía a cruzarla, aunque luego no pudieran retroceder nunca... No, no veía nada claro. Alguien tenía algo más que decir sobre Wendy, y algo diferente de lo que ya había dicho, pero callaba. O mentía. La experiencia le había enseñado que la máscara y el engaño se le daban bien por naturaleza a la especie humana, prodigiosamente dotada para la mentira. No dejaba de admirar el talento para la impostura, para defender en voz alta y convincente el embuste más artero, para improvisar cualquier patraña.

Cupido manejaba eslabones sueltos de información sin lograr enlazarlos en una cadena lógica que explicara lo sucedido. Había algún movimiento escondido en un punto ciego que no lograba vislumbrar. Pero seguiría adelante hasta que la verdad se abriera paso como algunos frutos de otoño que primero debían romper la vaina áspera, peluda y espinosa, para ofrecer al fin el fruto oculto, nutricio y comestible. Solo entonces podría descansar durante un tiempo, hasta que un día lo llamaran para un nuevo trabajo, porque el mundo seguiría girando lleno de ruido y de furia.

Cambió de emisora y sintonizó la transmisión del partido de vuelta de la Champions entre el Iberia y el Lech Poznań. A falta de pocos minutos para el final, el resultado era un desastre para el equipo

local, que, lejos de remontar, iba perdiendo en casa por dos goles. Los comentaristas enfocaban las críticas sobre la penosa actuación de Gamma, precisamente de quien más se esperaba: había fallado un penalti y estuvo lento y desquiciado durante todo el encuentro.

Llegó a Breda a la una de la noche. Todo en la casa estaba en silencio, los gemelos dormían en su habitación, y procuró no hacer ruido cuando al fin abrazó a Senda en la tibieza de la cama. La maternidad le sentaba muy bien, había redondeado su atractivo y hasta su olor había cambiado: a veces detectaba en su cuerpo un aroma como de regaliz. Fuera, el mundo se iba llenando de sombras.

Durmió poco, a pesar del cansancio acumulado. Se despertó antes de las cuatro y, para no despertarla, se quedó inmóvil en la cama, con los ojos abiertos y fijos en las sombras del techo, esperando la llegada de la claridad del día, bulléndole la cabeza con las dos muertes sin resolver, con la herencia de la casa y del huerto del Alkalino, con la enfermedad de Raúl...

Por la mañana se levantó para desayunar con Senda antes de que ella se fuera al trabajo, y esperó a que se despertaran los gemelos. Cuando los oyó hacer ruidos, levantó un poco la persiana del dormitorio y se agachó hacia ellos. Al mirarlos, no lograba relacionar los rasgos de sus hijos con los suyos y comprobó de nuevo cuánto se parecían a Senda, como si ella les hubiera transmitido una mayor carga genética. Se parecían tanto que, cuando hablaran, imaginaba que también tendrían su misma voz. «La selección de la especie», le había dicho al Alkalino. Al reconocerlo, Laura esbozó una sonrisa y agitó piernas y brazos como una ranita solicitando que la levantara. Raúl la imitó y Cupido cogió a cada uno de ellos en un brazo. Puso los labios en la fontanela de su hijo y los mantuvo allí unos segundos: la temperatura era cálida y los latidos eran firmes y regulares, ningún indicio de la enfermedad.

Les cambió los pañales, hinchados por la orina de la noche, los limpió con las toallitas húmedas y aspiró el olor a bebé limpio, besó sus pequeñas cabezas, una vez más asombrado de su suavidad, de la elasticidad de su piel y de sus huesos. ¡Qué contraste con la áspera textura de la realidad en la que había estado hundido los días anteriores!

Coro llegó poco después, pero ya Cupido les había dado el desayuno. Solo entonces regresó a su trabajo. Apartó a un lado el memorándum de las dos muertes que cada mañana le presentaba la rabia y llamó a Sami, le dijo que quería hablar con él. Sami tenía la mañana libre, porque había trabajado toda la noche en el traslado de un cadáver desde Sevilla. Cupido le propuso que se vieran una hora y media más tarde en el huerto del Alkalino.

Pasó por la notaría, donde apenas tuvo que esperar para que lo recibiera un notario: firmó la aceptación de la herencia de Ángel Ariño García, el Alkalino, según había establecido en su testamento.

Llegó al huerto y se quedó mirando el lugar donde lo habían cazado como a un dodo. No era extraño, porque nunca imaginaba malas intenciones en nadie, nunca recelaba, siempre dispuesto a confiar en cualquiera. Desde su muerte, dos semanas antes, no había vuelto por allí y la naturaleza había seguido su curso y ya asomaba un estado de abandono. Las lechugas, los calabacines y los puerros en sazón, sin una mano que los recogiera, comenzaban a sufrir, acosados por las malas hierbas crecidas con las lluvias.

—¿Qué tal en el trabajo? —le preguntó a Sami cuando llegó—. Creo que te despidieron un tiempo.

—Sí. Me sancionaron un mes por el asunto de los huesos. Pero el jefe no esperó tanto y volvió a llamarme a los quince días.

—Me alegro.

—Me gusta mi trabajo. Los clientes a los que atiendo no pueden hablar, no te hacen reclamaciones ni te miran con malos ojos —dijo esperando la risa del detective, que sonrió aunque parecía preocupado.

—¿Sabes cultivar un huerto?

—No —dijo Sami, sorprendido—. Pero un hermano de mi mujer, Hasán, trabaja en una finca y sabe mucho de campo. Y yo aprendo rápido —añadió.

—Este huerto necesita que alguien lo cuide.

Cupido le explicó que ahora pertenecía a sus hijos, aunque él tenía el usufructo.

—Míralo. Me pone triste ver este abandono. Se están pudriendo las hortalizas y creo que a él le gustaría que alguien las aprovechara.

—¿Quieres decir que yo...?, ¿que podría recogerlas?

—No solo recogerlas. Creo que sería bueno que alguien se encargara de seguir cultivándolas. Habría que limpiar las malas hierbas, podar los árboles, abonar, conservar las paredes...

—Si tú quieres, yo puedo cuidarlo. Con una condición.

—¿Sí?

—Yo lo cultivo y te entrego una parte de las verduras. Es la costumbre.

—Buena costumbre. En casa mis hijos pronto empezarán a comer algo más que papillas —sonrió Cupido.

31

Percebes

A pesar de la intensa preparación física y mental, con el equipo concentrado y una estrategia meticulosamente diseñada, con el estadio lleno a rebosar y transmitido en directo a medio mundo, el partido del Iberia en la Champions ha sido un absoluto desastre, continuando la dolorosa tradición del fracaso del Iberia FC en competiciones internacionales, donde suele chocar en cuartos contra un muro que no logra derribar. Una vez más no han logrado remontar en casa. En Poznań perdieron 1-0, un resultado que hacía más apasionante el partido de vuelta, pero el Lech, un equipo joven y descarado que no se asustó ante el nombre del rival, ha terminado ganando 1-2. La eliminación es otra espina clavada en el corazón del King, que no podrá arrancarse hasta lograr una orejona.

Gamma ha fallado un penalti que hubiera supuesto el empate y ha jugado de forma lamentable, desquiciado por el defensa central, un chileno duro como una piedra y con un peinado asesino, que cada vez que se le acercaba se tapaba la boca con la mano y le recordaba el vídeo: «Mejor que te dediques al cine porno, brasuca de mierda». Gamma ha gastado las fuerzas discutiendo con los rivales y con el árbitro, que lo ha amonestado.

Desde el pitido final toda la prensa es muy severa al juzgar su actuación. *As* y *Marca* mencionan su intemperancia, su edad, piden a

gritos la renovación del equipo y recuerdan el vídeo erótico y hasta el misterio del asesinato de Wendy Paraíso.

Ramiro Quintana no hace ninguna declaración a la prensa, pero Gamma ya sabe interpretar los silencios del presidente: si hay que preocuparse cuando habla, más hay que inquietarse cuando calla. El King nunca levanta la voz, parece que nunca se enfada, pero eso no le impide ser implacable. Nunca dice una cosa más de dos veces: una, para dar la orden; otra, para despedir a quien la incumple. El equipo, reforzado en todas las líneas, había centrado la temporada en la Champions, empeñado en hacer un buen papel, y de manera inconsciente ha flojeado en la Liga, que ya no podrá ganar. Además, un equipo de segunda división, el Extremadura, lo eliminó de la Copa a las primeras de cambio. Y ahora la derrota ante el Lech Poznań lo deja sin posibilidad de ganar algún título esta temporada.

En esas circunstancias, ¿cómo va a acudir de nuevo al presidente para decirle que ha recibido en su teléfono otro vídeo con un mensaje amenazador, aunque Wendy Paraíso está muerta, como si un fantasma se lo enviara desde el infierno? Les juró al King y a Jimena que solo existían las primeras imágenes y ahora no puede confesar que les mintió, que hay un segundo capítulo igual de escabroso.

Por supuesto, tampoco puede enterarse Adriana. Ha salvado su primera embestida, pero la Emperatriz del Amazonas no transigiría con un segundo capítulo de la historieta erótica. Consultaría a su brujo de cabecera y Gamma imagina su reacción. ¡Menudo revuelo montarían los buitres de TeleCorazón, precisamente cuando ya comenzaban a olvidarlo, enfrascados ahora en un nuevo escándalo estelar sobre el heredero de una de las grandes dinastías toreras del país, de quien se ha descubierto que no es hijo biológico de su padre oficial!

Por segunda noche consecutiva apenas logra dormir pensando que, si alguien pretende acabar con él, este segundo vídeo es la mejor manera de hacerlo y este es el mejor momento. Se despierta, duerme un poco y enseguida se despierta de nuevo. Insomne, esperando el amanecer, inmóvil para que Adriana no note nada, soporta como puede las horas cobardes de la noche, cuando todo se ve negro y parece que al día siguiente se producirá una catástrofe.

Así que solo puede recurrir de nuevo a Roque y a ese siniestro ayudante suyo, ¡el Araña, vaya nombre!, un tipo tan delgado y espinoso que debe tener cuidado al caminar por la calle para no pinchar con los huesos a la gente con la que se cruza. ¡Por cierto!, todavía no les ha pagado, con la excusa de no establecer contacto durante unos días. Aunque no le ha gustado su forma de trabajar, no tiene a nadie más a quien recurrir. Le ha dejado un mensaje en el WhatsApp para verse donde la vez anterior a media tarde, cuando termine el entrenamiento, aunque no puede precisar la hora.

En el entrenamiento, el míster les ha recogido los móviles y les ha impuesto una dura sesión de castigo para dedicar la tarde, inmediatamente después de la comida, al análisis en vídeo de los errores cometidos en el partido de la víspera. Y cuando al fin les permite irse, a las seis, recupera el móvil y ve el Ok de Roque. Llama por teléfono a Adriana y le dice que llegará a casa a cenar, aunque tardará todavía un par de horas.

—No importa, te espero —responde, cariñosa—. Pero tráete unos percebes y unas ostritas de Naveira Do Mar. Te caen de paso. No sé por qué, pero tengo antojo de marisco. Si quieres, les llamo yo para que lo preparen.

—Sí, mejor. Que lo tengan dentro de quince minutos.

Sube al BMW M8, porque no ha vuelto a tocar el Hummer desde que el detective preguntó por él, no quiere que nadie lo vea

conduciéndolo, incluso se ha planteado venderlo, pasa por la marisquería y recoge el pedido. Otros quince minutos más tarde llega al parking del hotel Roma y se dispone a bajar cuando tras el cristal tintado y húmedo de gotas de lluvia aparece el rostro del Araña, que se cuela atrás sin hacer ruido. Al mismo tiempo, Roque abre la otra puerta y se sube en el asiento del copiloto. Sorprendido, los mira durante unos segundos: en dos semanas el Araña parece haber adelgazado y, en cambio, Roque parece un poco más fuerte.

—No bajes —le ordena girando la cabeza hacia él para verlo con el ojo derecho. Desde tan cerca, el aliento le huele a tequila y a brasas, como si en la comida se hubiera dado un atracón de pimienta—. Vamos a un sitio más discreto.

—¿Dónde?

—Ándale no más. Yo te digo. Vamos a platicar con calma.

Salen a la A-6, dejan atrás el desvío hacia La Finca y diez o doce kilómetros más adelante Roque le indica que tome una carretera comarcal. Poco después le señala un camino de tierra y aparcan en un pequeño descampado, tras unos árboles.

Roque no ha querido hablar durante el recorrido y solo ahora abre la ventanilla y mira el campo verde y húmedo antes de preguntarle:

—¿Has traído el dinero?

—No, habíamos dicho que estaríamos unos días sin hablar.

—Creía que eso no hay que recordarlo —replica enfadado—. Que las pinches deudas se pagan sin que tengan que reclamártelas. Sabes que nos hemos movido por ti, güey, que no hemos estado tocándonos el chile. Y sabes que ya cumplió el plazo. ¿No nos estarás jineteando la plata?

—Tú sabes que conmigo no hay problema.

—Lo sé, lo sé, claro que lo sé. No he olvidado la facilidad con que los futbolistas de ahora ganáis miles de euros. ¡Y hasta millones! —

ríe—. Pero también él tiene que saberlo —dice señalando al Araña—. ¿Cuándo?

—Dos días. No es tan fácil sacar cuarenta mil euros.

—No es fácil para los pelados que no los tienen. Para ti, cincuenta mil euros...

—Cuarenta —lo interrumpe—. Te adelanté diez.

—La demora ha generado intereses —dice mirándolo con una dureza que le recuerda sus años de defensa central—. Y hay sangre de por medio, el asunto se ha puesto chingón. Mañana queremos el varo, hermano. —Roque sonríe, mira hacia atrás, hacia el Araña, y exclama—: ¡Cuánto más ricos, más codos!

Roque tiene razón. A él le basta con llamar a su agente bancario para disponer en el acto de cincuenta mil euros. Le preguntará para qué, pero no indagará demasiado. Sabe que a veces él o Adriana gastan mucho dinero de manera extraña, tienen caprichos que no le cuentan. Sabe que participa en partidas de póker, aunque no es un ludópata ni ha llegado a los excesos de Neymar, que no tiene pudor para colgar en las redes un vídeo con su reacción al perder en un envite un millón de euros.

—De acuerdo. Cincuenta. Pero tenemos que hablar. Todavía no está terminado el trabajo.

—¿Trabajo? Lo nuestro no es un trabajo, es una misión —replica Roque con ironía.

—Quiero enseñarte un mensaje.

Teclea en el móvil y Roque gira la cabeza y le agarra el brazo al futbolista para acercarse la pantalla a los ojos. Gamma siente junto a su nuca un aliento frío: también el Araña se ha acercado a mirar sin hacer el más mínimo ruido. Roque le quita el teléfono y vuelve a reproducir el vídeo hasta el final, cuando la chica levanta la cabeza.

—Te lo pasaste bien esa noche, chingón. ¡Está cuerona la pioja! —repite la expresión que ya dijo—. Pero no entiendo cuál es el problema. Ella ya está muerta.

—Entonces, ¿quién me ha mandado este puto mensaje?

—¿Qué quieres decir?

—Lee debajo.

Roque pulsa una tecla y lee en voz alta:

—*Sé lo que habéis hecho con ella.*

—¡El mensaje me llegó hace dos noches, cuando ella ya llevaba un día muerta! ¿Y vosotros no sabéis nada?

—¡Nada! Te dije que no pudimos encontrarla... —Roque lo mira y el ojo derecho parece más frío y más azul que el ojo muerto. Teclea en el móvil y comprueba la fecha de recepción—. ¡No ha podido ser ella! Los muertos no andan mensajeando.

—¿Cómo lo explicas, entonces?

Roque se queda pensativo, hunde la mano en el bolsillo de su chaqueta, saca un colirio en espray y se humedece el ojo seco. Una lágrima se le vierte mejilla abajo.

—Desde el principio esta panda de gandallas te han estado cabuleando, güey —dice al fin—. Tu morrita no trabajaba sola en esto. Tenía un cómplice. ¿Te lo han enviado desde el mismo teléfono que el anterior?

—No.

—Es alguien cercano a ella.

Gamma suspira con desesperación.

—Nada ha salido como os había pedido. Os pedí que resolvierais el asunto y no está resuelto. Os pedí que no hubiera muertos, y ahora hay muertos. Además, anda por ahí ese puto detective que afirma que matasteis a su ayudante.

—¡Detective! —dice Roque, y su voz suena como si hubiera dicho «basurero»—. El tipo se murió solo nomás.

Gamma recupera su teléfono.

—Y ahora ¿qué vamos a hacer?

—Encontraremos a quien te ha enviado este mensaje. Es una amenaza y creo que no tardará en ponerse en contacto contigo de nuevo. Si aparece, avísanos. Lo encontraremos.

—Eso espero, porque no sé si...

—Qué.

—Quizá estás desentrenado, llevas mucho tiempo en España fuera de estos trabajos.

—Pero tú no has estado nunca dentro —replica Roque enseguida —. Tranquilo, güey, tranquilo. Tú dedícate a jugar al fútbol y olvídate de esto. Tú a tu chamba. Nosotros lo encontraremos —repite—. Pero te costará un poco más. Otros cincuenta.

—¡Qué!

—Dijiste que detrás del video solo estaba ella. Pero hay más cabrones. Otros cincuenta al final. Y mañana queremos la primera entrega.

Gamma asiente.

—Y tú tranquilo. También nosotros tenemos nuestra reputación y no vamos a dejarte con los huevos al aire. Vamos a terminar con este problema y luego nos desaparecemos. Yo tampoco quiero rondar por aquí más tiempo, esta chamba se está pasando de tueste. Cuando lo cerremos, cogemos el vuelo y nos vamos para Sinaloa. Escúchame. —Le da unos golpecitos en la rodilla, como si fuera un perro—. Lo resolveremos si nos mantenemos unidos. Tú y nosotros. Y no olvides que estamos juntos en esto y nadie más puede saberlo.

—¿Pero tú te crees que yo voy por ahí diciendo que tengo dos cadáveres entre las manos? —replica Gamma.

—No, no lo harás. Mira, güey, el fantasma te ha enviado ese mensaje para asustarte, para que estés bien blandito cuando te llame de nuevo, porque va a pedirte plata. Lo he visto otras veces. Y tú tienes dos caminos. O le das lo que te pide y lo que te seguirá pidiendo... o nos dejas a nosotros terminar lo que habíamos empezado. ¿A qué huele?

Gamma tarda un segundo en comprender a qué se refiere y contestar:

—A marisco.

Ve cómo Roque se agacha y coge la bolsa que está junto a sus pies, calzados con las estruendosas botas de piel de serpiente.

—¿Tienes hambre? —pregunta Roque mirando hacia atrás.

El Araña no dice nada, aunque quizá haya respondido con un gesto.

—Es un encargo de Adriana —protesta Gamma.

—No seas tan mandilón, güey.

Roque abre uno de los táperes, descubre los percebes y se los ofrece a Gamma, que niega con la cabeza. Luego ofrece hacia atrás y el Araña también debe de haberlo rechazado con un gesto, porque Roque insiste:

—¡Come algo, güevón! Como sigas con la dieta de insectos te vas a hacer invisible.

El Araña lo escucha sin decir nada, acostumbrado a su verborrea, pero finalmente coge un percebe y Gamma nota cómo al abrirlo le salpica la nuca rapada en degradado. Roque engulle el suyo, abre la ventanilla y arroja fuera la piel y la uña. Los dos sicarios siguen comiendo unos minutos los percebes y, al fin, Roque pregunta:

—Entonces, ¿cuál de los dos caminos eliges?

—Seguimos en el nuestro —responde resignado. Con Roque sentado a su derecha, oliendo al marisco que han engullido, y con la sombra seca del Araña en su nuca, siente que él es el intruso en el BMW.

—Pues entonces, arranca. Volvemos. Mañana, en el mismo sitio, los primeros cincuenta y nos ponemos a lo tuyo. En cuanto lo tengas preparado, me echas un fon.

32

Funeral

Terminados en Madrid los procedimientos forenses, el cadáver de Gwendolyne Barnes Paraíso fue enviado a Breda para su inhumación. Al menos, su cuerpo helado ya no esperaría más en una camilla deslizante, tapado con una sábana, dispuesto para el desguace entre bateas de acero inoxidable donde colocar los órganos, las muestras de huesos o de tejidos extraídas por la artillería de las herramientas quirúrgicas.

El féretro llegó a Breda un día después que Cupido y la noticia se extendió por toda la villa, impulsada por la curiosidad y el morbo. Durante la mañana el cadáver estaría expuesto en el tanatorio, antes de una ceremonia religiosa en la capilla, que no parecía muy coherente con la imagen de la difunta. El detective acudió allí, aunque no sabía quiénes eran los parientes ni quién lo organizaba todo.

Había más gente de la que había imaginado, fuera y dentro del recinto. Todas las sillas y bancos junto a las paredes estaban ocupados. Ni siquiera en su entierro Wendy Paraíso era tratada con discreción, aunque, por fortuna, no oyó llantos ni estridencias, solo un sordo rumor de murmullos.

Al fondo de la sala, Sami reponía suministros en una máquina de café y Cupido lo saludó con un gesto antes de que desapareciera por una puerta interior.

El detective recordó de pronto algo que le había contado el Alkalino unos meses antes, en Navidad, cuando ayudó a resolver el asunto del saco de huesos: un día, desde el parque, había visto pasar un entierro, el desfile del coche fúnebre seguido por los asistentes que caminaban desde la iglesia hasta el cementerio. Un grupo de clientes de una cafetería cercana habían seguido sentados a las mesas de la terraza consumiendo sus bebidas y, sin embargo, un hombre árabe se había levantado de un banco del parque y había agachado respetuosamente la cabeza ante el paso del desfile fúnebre. Era el padre de Sami.

Ahora, Cupido se unió a un pequeño grupo de asistentes donde un familiar en segundo grado de Wendy Paraíso, con tono compungido, contaba que la familia se estaba encargando de organizar el funeral, porque Wendy no tenía a nadie más. Nadie había podido contactar con el galés para comunicarle la muerte de su hija, y si él se había enterado de algún modo, dada la difusión en la prensa del escándalo del vídeo con el futbolista, no había querido saber nada. También vio a una anciana en una silla de ruedas y alguien le dijo que era la tata de la familia, la dueña de la casita del cementerio donde se había escondido Wendy la semana anterior, que había salido unas horas de la residencia para asistir al funeral. Tras darles el pésame, el detective advirtió que una mujer con gafas negras y con el pelo teñido de un color langosta, que destacaba entre los oscuros atuendos funerarios, lo miraba y se levantaba para acercarse a él.

—Siento mucho lo que le pasó a tu amigo —le dijo estrechándole la mano.

La mujer debía de conocer bien al Alkalino, porque no lo había llamado «tu ayudante», como la gente más lejana.

—Perdóname, eres...

—Tasi.

—¡Tasi, su peluquera! Siempre hablaba muy bien de ti. Muchas gracias por la información que nos diste. Sin ti, él no hubiera podido identificarla cuando se ocultaba en el parque, frente al colegio, disfrazada de chico.

—De nada, no tiene mayor mérito. Fuimos vecinas y amigas durante la adolescencia. ¿Salimos? —le preguntó señalando la puerta—. Aquí dentro hay demasiado chafardeo. ¡No sabes cómo es la gente de meticona!

Fuera, Tasi encendió un cigarrillo y dijo:

—Wendy no tendría que haberse ido a Madrid. Aquí tenía problemas, sí, pero no iba a solucionarlos marchándose. Podía haberse apoyado en algunas de nosotras para que la ayudáramos. Allí, en Madrid, era como..., era como un globo que ha escapado de su hilo.

—¿Erais muy amigas?

—Sí, desde niñas. Nos gustaba jugar a peinarnos y a maquillarnos. Y ya ves, yo soy peluquera... A ella ya entonces le gustaba disfrazarse.

—¿Quién crees que pudo matarla?

—No lo sé, de verdad, no lo sé. Algún hijo de puta loco que cree que las mujeres estamos ahí para su uso y disfrute y que interpretaría mal cualquier gesto imprudente o cualquier palabra suya. Wendy era rara y las chicas raras son las que más os gustan a los hombres, ¿no?

—Quizá.

—Y más si también son atractivas. Y Wendy era lo que vosotros llamáis una tía buena.

Tasi se quitó las gafas. Tenía los ojos húmedos. Señaló hacia el interior del tanatorio y le preguntó, los labios expulsando el humo al mismo tiempo que las palabras:

—No creerás todo lo que están contando, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que es una vergüenza lo que está haciendo su familia... No, su familia, no. Esos no son familia, solo son parientes. Y es una vergüenza lo que están haciendo. No se hablaban con Wendy, la habían dejado sola, y ahora se han presentado a enterrar a la hija cuando hace años no quisieron saber nada del entierro de la madre.

—¿De Miranda Paraíso?

—Sí. Cuando murió, Wendy estaba divorciada, sola, con una niña, y no encontró ningún apoyo en ellos. Únicamente la última pareja de su madre, un camionero, la ayudó con el entierro. Ahora, claro, acuden a ver si pueden rascar algo de la herencia.

—La heredera será su hija. Y creo que no tenía mucho patrimonio.

—Mira quién llega, el camionero. Él fue la última pareja de Miranda —dijo señalando a un hombre bajo y robusto, de unos cincuenta y cinco o sesenta años, que se acercaba hacia ellos y que la saludó con dos besos. Vestía una camisa de cuadros, de manga corta, que dejaba ver la fortaleza de sus antebrazos.

—Hola, Tasi.

—Lo siento mucho, Miguel.

—Gracias. Sé que tú también estás apenada.

—No sabía si andabas por aquí.

—Acabo de llegar. Iba por Burgos con una carga, camino de Francia, pero me avisaron y le pedí a un compañero que me sustituyera. Cogí un coche de vuelta y aquí estoy. ¡Pobre Wendy!

Tasi los presentó, le dijo que Cupido estaba investigando su muerte y Miguel no tuvo inconveniente en hablar con él.

—¿Mantenías contacto con ella?

—Muy poco desde que murió su madre y se fue a Madrid. Hablábamos cada cierto tiempo, para felicitarnos la Navidad o para

preguntar dónde íbamos de vacaciones en verano. De cuando en cuando nos enviábamos un mensaje por el móvil o nos poníamos un emoticono de cariño... Sin embargo, me llamó la semana pasada.

—¿Para qué?

—Me preguntó si estaba en Breda. Al decirle que sí, quiso saber si salía de viaje pronto. Viajo mucho, me paso media vida por las carreteras, y al día siguiente iba para Valencia. Me preguntó si podía llevarla hasta Madrid y le dije que sí, por supuesto. Sabía todo el lío en que andaba metida con ese asunto del vídeo con el futbolista. Pero no hablamos de eso en todo el viaje, ni ella lo mencionó ni yo le pregunté. Me dio la impresión de que se estaba escondiendo. Y desde luego, ningún escondite mejor que la cabina de mi camión. Allí nadie la buscaría.

—Iba vestida de chico —afirmó Cupido.

—Sí. Se subió al asiento del pasajero y se bajó en Madrid.

—¿Te contó algo?

—No, y no quise preguntarle. Nunca, ni cuando estaba con su madre, me entrometí en su vida y no iba a hacerlo ahora. Me pareció que estaba asustada, pero eso era normal con todo lo que tenía encima. Al despedirse, le dije que me llamara cuando me necesitara, que yo viajo mucho a Europa y que tal vez unas vacaciones no le sentarían mal. Me dio un abrazo largo y contestó que no descartaba llamarme. Y que yo la avisara si me salía un viaje al fin del mundo, donde nadie la conociera. Se bajó de mi camión en la confluencia de la A-5 con la M-40, cerca de una parada de cercanías de Renfe. No volví a verla.

—¿Y no te dijo adónde iba? ¿O si había quedado con alguien?

Miguel se quedó un instante pensativo.

—Ahora que lo mencionas, comentó algo así como que por fin ya sabía lo que tenía que hacer. Pero no sé a qué se refería.

De ese modo, pues, había regresado Wendy Paraíso a Madrid al sentirse acosada en Breda: en el camión de Miguel, la pareja de su madre, que siempre la había apreciado. De ahí que Gallardo no hubiera encontrado en ninguna cámara de las estaciones de transporte ninguna huella de su marcha.

—Wendy era fantasiosa e impaciente, quería demasiadas cosas a la vez, lo quería todo y todo al mismo tiempo. Y nada le duraba mucho, siempre estaba ansiosa de novedades, como si no mereciera la pena vivir por segunda vez una cosa que ya has vivido. Pero era una buena chica. Ahora... no sé lo que hacer con su contacto en el móvil —dijo. Señaló hacia la puerta del tanatorio, por donde no dejaba de entrar y salir gente—. Voy dentro, si me dejan un hueco.

—Aquí, en el entierro, sobramos todos —murmuró Tasi cuando se alejó el camionero—. La única persona que tendría derecho a estar aquí es su hija, Paula... Aunque quizá sea mejor así, quizá sus abuelos han hecho bien en alejarla.

—¿Dónde está?

—En Madrid. Se la llevaron hace una semana y no han vuelto todavía. Me lo ha confirmado una vecina —sonrió—. En las peluquerías se edita un periódico más informado que cualquier portal de internet.

Tasi apuró el cigarrillo, apagó la colilla en el cenicero de pie que había junto a la puerta y se dispuso a entrar para asistir a la ceremonia religiosa en la capilla del propio tanatorio.

—Gracias por la información —le dijo Cupido.

Con la curiosidad satisfecha, la mayoría de la gente se fue marchando y a primera hora de la tarde, después de la ceremonia, solo los parientes y amigos cercanos acompañaron el féretro hasta el cementerio, caminando el corto trayecto detrás del coche fúnebre.

El ostentoso panteón familiar de granito presentaba un aspecto de abandono, sin adornos florales y sin algunas de las letras de los nombres, que contrastaba con las calles limpias, con las bruñidas lápidas y los cristales relucientes de los nichos, con el césped rapado, de un verde brillante por las abundantes lluvias, con el cuidado general de todo el recinto, que evitaba cualquier apariencia lúgubre. En el frontón curvado estaba tallada la leyenda: FAMILIA PARAÍSO, pero el prometedor apellido resultaba contradictorio con el trágico destino de sus últimos miembros.

Todo el mundo sabía qué hacer en los entierros, todos conocían su lugar y su papel en un protocolo perfeccionado durante siglos, la costumbre permanente de la muerte no había dado excusa para que la olvidaran. Pero en aquel caso los asistentes estaban desconcertados. Y Cupido vio que los parientes en segundo grado le reservaban a Miguel la última representación. Sabían que Wendy lo apreciaba y, por pudor o por remordimiento, lo dejaron en el centro del grupo, frente al nicho donde el operario iba cerrando con golpes secos el lugar del descanso definitivo.

El Alkalino y Wendy, muertos, asesinados con ocho días de diferencia, ahora estaban enterrados en el mismo cementerio, cerca uno del otro para que no tuvieran que elevar sus voces en su diálogo de difuntos, cuando ella le dijera: «Gracias por facilitarme la huida», y el Alkalino le respondiera con un lamento: «Perdóname, perdóname por no haber podido hacer algo más por ti».

33

Malinche

Mientras en Breda se enterraba el cadáver de Wendy Paraíso, en Madrid el futbolista Da Gamma, Ganman o Gamma se ha citado con Roque para pagarle la deuda en el parking del discreto hotel Roma, donde es cliente preferente y se siente seguro.

—Espero que le transmitieras nuestras disculpas a Adriana por comernos su marisco —dice Roque, ya dentro del BMW M8.

Gamma lo mira con seriedad, pero temeroso de enfrentarse a ellos. Está en sus manos y, demasiado tarde, se arrepiente de haberles pedido ayuda. Los ha contratado, sí, pero no hay en ellos nada de sumisión. Son como caballos dispuestos a llevar en el lomo al jinete que les paga, pero igualmente decididos a quitárselo de encima si les hinca las espuelas. Ha puesto en marcha a dos tipos que ya son tan difíciles de controlar como..., como una flecha que has tensado en el arco, has disparado y ya está en el aire y no puedes detener hasta que alcance la diana. Ahora, además, los teme, aunque confía en que no lo adviertan, porque sigue necesitándolos. Todo se ha complicado de un modo espantoso y solo ellos podrán solucionarlo. ¡Cuántas veces ha maldecido en las últimas semanas la idea del vídeo en la cama con aquella chica! Grabas unas imágenes o una conversación que no deberías grabar y ya están ahí para siempre, como una condena, nada más fácil que pulsar un botón para que lleguen a todo el mundo. Y aunque creas

que las has borrado, quedan ahí dormidas, ocultas en las entrañas del teléfono, en las circuiterías de internet, con el riesgo de que alguien las encuentre y las utilice contra ti.

Ayer tuvo que mentirle a Adriana sobre el encargo del marisco con una excusa torpe que no sabe si se creyó: había parado a repostar en la gasolinera y alguien, de algún modo, le robó el pedido.

—También él come —Roque señala al Araña, en el asiento trasero, utilizándolo como justificación—, aunque nadie lo diría. Lo ves así, tan flaco, y pensarías que ayuna. ¿Has traído la plata?

Gamma extrae de la guantera un grueso sobre que una hora antes le ha entregado su agente, a quien le ha contado otra mentira y confía en haber sido convincente: debe pagar una deuda por una apuesta perdida al no haber marcado ningún gol en los últimos tres partidos. Mientras Roque lo abre y cuenta los fajos de billetes de diferente valor, de cincuenta a doscientos euros, Gamma ve a través de los cristales tintados a una pareja que se acerca al BMW y, no sabe cómo, nota que el Araña se pone en guardia, vigilante. Pero no hay peligro: el tipo abre el coche de al lado y, creyéndose solos, antes de entrar besa a la mujer mientras le acaricia el culo.

En otro momento, él habría tocado el claxon y les habría dado un buen susto que les bajara la calentura, pero ahora están allí de incógnito, en el opaco M8, sin testigos, en el aparcamiento del hotel cómplice, para tratar un asunto grave que nadie debe saber. Mientras Roque se guarda el sobre en la cintura, bajo la chaqueta, Gamma siente un aliento frío junto a su oreja y, al girarse, ve muy cerca la cara quitinosa del Araña, los pómulos espolvoreados de espinillas negras, aunque no lo ha oído moverse. Ahora que Roque parece satisfecho, Gamma dice, para acabar, con voz grave:

—Hay un nuevo mensaje.

—¿Otro video?

—No. Una llamada. La he grabado.

Gamma maneja con rapidez el teclado predictivo, abre la carpeta de grabaciones y, después de unos chirridos como los de un contador Geiger, suena una voz robotizada por alguna aplicación informática:

—¿Has visto el vídeo?

—¡Para, para! —Le ordena Roque—. ¿Qué es eso? ¿La pinche Alexa?

La voz sintética suena con eco de ciencia ficción, como el picoteo de una urraca encerrada en el teléfono.

—Ha deformado la voz para que no se pueda identificar. Ni siquiera se puede saber si es de un hombre o una mujer. Como un intérprete —dice Gamma.

—Un lengua. La Malinche —dice Roque, torciendo mucho la cabeza para mirar hacia atrás con el ojo sano, hacia el Araña, que escucha atentamente y, por una vez, esboza la mueca de una sonrisa—. La pinche Malinche —repite Roque bautizando la voz de la grabación.

Gamma la reinicia:

—¿Has visto el vídeo?

—Sí.

—Pues escúchame bien. Ya viste que el primer capítulo llegó a todas las pantallas del mundo. Y no era más que un aperitivo. Todos se volverán locos con el segundo. Lo puedes impedir pagando medio millón de euros.

—¡Medio millón! No tengo ese dinero.

—Sí que lo tienes, hijo de puta. ¿Crees que no sabemos lo que cobras de ficha?

—Medio millón es demasiado dinero.

—Demasiado es lo que te paga el King por no hacer nada. ¿Qué crees que pensará de tus últimos partidos cuando vea estas nuevas imágenes? Pensará que no metes ni un gol porque gastas tus fuerzas follando. Ten preparado medio millón el domingo, a las siete de la mañana. Lo llevarás en una bolsa de El Corte Inglés.

—Nadie te da medio millón en efectivo de un día para otro.

—A ti sí. Y ahora escucha bien, porque no voy a repetírtelo. El domingo por la mañana a primera hora estarás en el coche con el dinero preparado y bien cargada la batería de tu teléfono. Te llamaré para decirte lo que tienes que hacer. Por supuesto, si alguien se entera de esta llamada... o si veo a alguien rondándote, todo el mundo conocerá lo que vas haciendo por ahí con tus admiradoras. Y no van a perdonarte otra vez.

—Dale otra vez —dice Roque.

Escuchan de nuevo la grabación.

—Es español.

—Sí —coincide Gamma.

—La Malinche disimula la voz, pero no puede ocultar cómo hablan acá. ¡Hija de la gran chingada, te vamos a pillar!

—¿Cómo? —pregunta Gamma sin fe.

Roque le da una palmada en la rodilla.

—La vamos a chingar porque habla demasiado. Para estos tratos no hay que platicar tanto. Mañana es sábado, tenemos más de un día para pensarlo todo y el domingo vamos a estar contigo y te diré lo que haremos. Ya tuvimos experiencia con esto en el DF y ahora vamos a resolverte el pedo.

—¿Pero tengo que llevar el dinero? —pregunta Gamma, con la sensación de que todo a su alrededor se acelera y no tiene tiempo para pensar.

—Sí. Como carnaza. Pero no te preocupes, güey. No vas a perderlo.

—Eso espero.

—El domingo no juegas, ¿verdad?

—No. No hay liga porque el miércoles compiten las selecciones nacionales. El míster nos ha dado el día libre.

—La Malinche lo sabe —deduce Roque—. Ni una palabra de esto a nadie. Invéntate algo para decirle a Adriana.

34

Berta y Trino

La lluvia picotea en los cristales de la ventana tras la que Trino vigila la calle. Han regresado a Breda la noche anterior, después del entierro de Wendy, con Berta conduciendo porque con la oscuridad él ya no ve bien la carretera. Están cansados. Madrid enseguida les va licuando las fuerzas y los deja sin energía: demasiada gente, demasiado ruido, demasiado tiempo para cualquier traslado, para cualquier gestión. Solo han estado fuera una semana, pero por fortuna todo ha cambiado de forma radical en Breda en esos días. Es miércoles, 6 de mayo, y en la calle ya no se ve a ningún periodista, como si con la muerte de Wendy hubiera muerto también la curiosidad de la gente.

Trino reconoce a sus espaldas los pasos de Berta y siente su mano en el hombro al mirar hacia la calle por encima de la verja del jardín.

—No hay nadie.

—Quizá ahora por fin nos dejen en paz —murmura Berta.

—Ojalá.

Trino le coge la mano y la aprieta con cariño.

—Ya está enterrada y a partir de ahora todo va a ir bien. Paula terminará olvidándola.

—¿Y nosotros?

—Nosotros también. Nosotros también la olvidaremos, Trino.

—Hasta que ella apareció... habíamos sido felices —murmura con la voz rota. Se ha propuesto no llorar, pero uno de los efectos secundarios de la medicación es la tendencia a gemir por cualquier motivo.

—Ahora volveremos a serlo —le asegura, contagiada de su emoción.

Cuando habla con Berta, la palabra que tanto teme, el olvido, pierde su amenaza para adquirir un significado de consuelo. Aunque con lentitud, los síntomas de su enfermedad siguen avanzando. Cada vez con mayor frecuencia tiene problemas para recordar una tarea pendiente o para encontrar la palabra que busca, el diccionario en su cabeza ya no se abre siempre por la página adecuada. Es como si le hubieran pasado por la cabeza un imán que ha desordenado la orientación de sus neuronas, que ahora tardan un tiempo en recolocarse. Sus lagunas son de mayor o menor profundidad, pero por fortuna casi siempre aparece Berta para que no se ahogue en ellas. Trino sabe cuánto la necesita y Berta no se enfada, sigue siendo protectora y amable. Al menos con Paula y con él no se ha endurecido, a pesar de haber ejercido durante toda su vida el oficio de policía, el peor de todos los oficios, porque la obligaba a hacer cosas que a nadie le gusta hacer. En la comisaría veía mucho de lo peor que sucedía en el mundo y poco de lo mejor que el mundo ofrecía. Por eso se alegra de que se haya jubilado. Había sido una excelente policía, respetada y muy querida por sus compañeros hasta el último día de trabajo.

Trino es consciente de que es un camino inevitable. Primero llegará la confusión, luego el caos y finalmente el olvido, cuando su memoria sea un paño blanco de nieve en una llanura inmensa. Llegará el olvido total o, en el mejor de los casos, su mudanza a

algún metaverso, como ha oído esa mañana en la radio, antes de que se levantara Berta.

Al principio, durante meses, pudo negar sus despistes diciéndose que demasiadas cosas le ocupaban la cabeza, que si solo tuviera una tarea seguro que no la olvidaría, pero después de varios test y analíticas, el médico especialista estableció un diagnóstico firme: el alzhéimer iría avanzando despacio hasta que un día llegara el vacío, porque él no creía en ninguna otra vida. En su primera juventud había dejado de creer en Dios para creer en Marx, y luego había dejado de creer en Marx, pero ya no volvió a creer en Dios.

Un segundo médico confirmó el diagnóstico con mayor crudeza. El proceso, aseguró, no sería tan lento y en unos años terminaría por no reconocer a nadie, ni siquiera a sí mismo. Esa enfermedad solía elegir su versión compasiva y el propio enfermo ignoraba quién era. Mejor así. ¿De qué le serviría saber quién es si no sabe quiénes son los suyos? Cuando no reconozca a Berta ni a Paula, los dos pilares de su vida, ¿a quién podría aferrarse para seguir viviendo?

Llegado el momento, espera encontrar el valor suficiente para hacer lo que debe. También ayudará la pistola escondida en la caja fuerte del sótano. Morir o matar de un disparo es muy fácil, basta una ligera presión sobre el gatillo y luego los ocho gramos de plomo hacen todo el trabajo. Mejor morir siendo que vivir sin ser.

Pero de momento el olvido global no ha llegado y no siempre asoma en el acontecer cotidiano, cada jornada es distinta. La lucidez va y viene, hay días en que todo se nubla y no encuentra las palabras en su lengua y días en que lo recuerda todo. Y esa mañana ve el mundo con sorprendente claridad.

Nota un saludo en sus tobillos y se agacha para rascar a *Buscapiés* detrás de las orejas mientras el perro lo mira agradecido hasta que, de pronto, sale corriendo hacia Paula, que baja de su habitación.

—¿Llevas el regalo? —le pregunta Berta, ya vestida con un chubasquero. La han invitado a la fiesta de cumpleaños de una compañera de colegio en una finca en el campo y es hora de llevarla.

—Sí.

—Pues te pongo el impermeable y nos vamos.

Paula, impaciente por volver con sus amigas después de una semana en Madrid, le da un beso rápido a su abuelo y sigue a Berta hacia el patio. *Buscapiés* lo mira preguntándole si es tan tonto como para quedarse en casa y, al verlo inmóvil, sale corriendo tras ellas, obediente a su instinto andariego. Sin embargo, se detiene y levanta una pata delantera al llegar junto al Volvo, mira hacia atrás, lo ve solo y frágil en el porche, vuelve al trote junto a él, se sienta sobre las patas traseras y ambos las ven arrancar y desaparecer. Trino lo mira sonriendo y luego levanta la mirada hacia el cielo, donde las madejas de nubes tejen una manta gris:

—Mejor vamos adentro.

Buscapiés lo sigue al interior de la casa y mueve el rabo esperando alguna otra orden.

Al quedarse solo, Trino siente un leve mareo y tiene que apoyarse en la pared del pasillo. Ahora recuerda que durante la cena de anoche ocurrió algo en su estómago con el tomate y el yogur, que lo inundaron de ácidos y lo incendiaron con unas molestias que le impedían dormir. Se levantó en silencio para beber un vaso de agua y desde la cocina bajó al sótano, abrió la caja fuerte y allí estaba la pistola. En algún momento Berta la había devuelto a su sitio sin que él lo advirtiera. Del insomnio quizá provenga la sensación de vértigo que sufre ahora, de modo que se prepara una infusión de manzanilla y se tumba en el sofá para descansar...

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando suena el timbre de la puerta. Le parece que es pronto para el regreso de Berta, que quería hacer la compra después de llevar a Paula a casa de la amiga. Prefiere ir ella, porque sabe bien en qué sección está cada cosa y elige bien las ofertas. En cambio, a él se le olvidan productos, a pesar de la lista, o no siempre los encuentra en las estanterías ni en las góndolas, o compra más de lo necesario, marcas y sabores que no les gustan. A veces, hasta se despista con la cuenta.

Antes de abrir, Trino mira por la ventana y distingue por encima de la valla la alta figura del detective y a su caprichosa memoria le viene su figura alzando en brazos a Paula para que cogiera del árbol las hojas de morera. Sin embargo, no imagina qué quiere ahora de ellos, no serán los gusanos de seda lo que le interesa y Trino contiene un estremecimiento cuando le dice por el interfono que quiere hablar con ellos sobre Wendy. Wendy ya está muerta y enterrada.

—¿Hablar? Berta ha salido —duda, pero como el detective no dice nada, termina aceptando—: De acuerdo, te abro.

Cupido atraviesa en unas pocas zancadas el suelo mojado del jardín, sube los escalones del porche y Trino lo invita a pasar al salón. *Buscapiés,* que ya lo conoce, lo sigue moviendo el rabo y olisqueando en sus zapatos la huella de su orina.

—¡Quieto! —le ordena Trino, y luego se dirige a Cupido—: ¿Es que hay novedades sobre Wendy?

—No. Pero no se me va de la cabeza y nadie en Breda la conocía mejor que vosotros.

—Hace tiempo que dejamos de interesarnos por ella.

—Un asesinato siempre renueva el interés.

—No en nuestro caso —protesta, a la defensiva. Todo sería más fácil si estuviera allí Berta, mucho más serena y más sabia que él—.

Habíamos perdido toda relación con ella. Ya te dijimos... que hizo sufrir a nuestro hijo. Y no queríamos que también hiciera sufrir a nuestra nieta. Berta y yo somos los abuelos de Paula, pero no tenemos otra opción que actuar como si fuéramos sus padres y protegerla de cualquier peligro —afirma, satisfecho de la facilidad con que ha hablado.

—¿Por eso os la llevasteis a Madrid la semana pasada?

—¿Por eso?

—Para protegerla.

—Sí. Su madre había venido a Breda y estaba rondando por el colegio. Incluso habló con ella y le dijo que se irían juntas, aunque sabía que no tenía su custodia.

—¿Llegasteis a verla?

Trino se queda pensativo unos instantes, como si fuera una pregunta trampa.

—No.

—¿Y en Madrid?

Berta le había insistido en que, si alguien le preguntaba, no diera ninguna información sobre dónde estaban, cuándo y con quién, sobre si iban o venían de aquí o de allá. Y ahora lo interroga este detective que siempre les ha mostrado comprensión y aprecio en los peores días del escándalo y del acoso de los periodistas esperando en la puerta de la calle. En el parque le ocultó que era detective, pero nunca los ha tratado abiertamente como sospechosos.

—¿En Madrid? —le devuelve la pregunta, como si estuviera ante un examen.

—Wendy también regresó a Madrid. Y si supo que Paula estaba con vosotros, es probable que intentara verla.

—No, no, no. Ya te he dicho que no hemos vuelto a saber nada de ella... Solo que la habían matado. Solo eso.

Y de pronto, en la puerta del salón ha aparecido Berta con un sigilo de policía o de ladrona, mirando al detective con un gesto más de confirmación que de sorpresa, como si esperara su presencia en la casa. *Buscapiés* va a saludarla y ella se agacha con soltura a hacerle una caricia mecánica. Quizá ya no es rápida, pero todavía es ágil y con extremidades fuertes, y aparenta menos años de los que tiene gracias al ejercicio físico, a su buena genética y al cabello cortado a lo *garçon*. Se quita el chubasquero, lo cuelga en el respaldo de una silla y se sienta entre el detective y Trino, como si quisiera alejarlos.

—Ha venido a hablar de Wendy —dice Trino.

—Claro. ¿De qué, si no? El detective Cupido —dice con ironía—. Aunque ella esté muerta, no te has quitado todavía el..., ¿cómo se llama? Sí, el carcaj. Sigues con el arco y las flechas de la investigación. Creía que el futbolista ya había retirado el cartel de SE BUSCA, pero se ve que le siguen teniendo miedo a una muerta. ¿Todavía te pagan?

—No, ya no. Pero no me gusta olvidar a los muertos sin saber quién los ha matado.

—¿Los muertos?

—Mataron también a un amigo mío, aunque de él no se habla mucho.

—Tu ayudante —dice Berta, poniendo una mano en la pierna de Trino para impedirle que hable—. ¿Y crees que las dos muertes están relacionadas?

—Sí, lo creo. Creo que lo mataron porque había localizado a Wendy e intentaron sacarle información sobre su escondite.

—¿Quiénes?

—Seguramente dos tipos que rondaban por el colegio de Paula conduciendo un Hummer negro y escuchando corridos mexicanos.

¿Los visteis en alguna ocasión cuando ibais o veníais de llevarla?

—No —responde Berta.

—Tú eres inspectora de policía.

—Era.

—Cuando hablamos hace unos días me dijiste que un policía nunca deja de serlo. Conocí a un inspector jubilado que, si llegaba a una sala grande o a una aglomeración, lo primero que buscaba era la salida de emergencias en caso necesario. Y nunca dejaba de controlar quién estaba a su espalda.

—Nunca vimos a esos dos tipos de los que hablas ni oímos música de corridos mexicanos —repite Berta.

—¿Tampoco en Madrid?

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde estabais entre las once y la una de la noche del 1 al 2 de mayo?

—Para no ser policía, haces demasiadas preguntas.

—No logro controlar esa adicción.

—Y ahora me preguntas por nuestras coartadas.

—Sí. ¿Por qué no?

—Yo soy policía.

—También la policía mata —dice Cupido en un tono que evita toda rotundidad, pero que remite al viejo asunto de los ladrones de gasolineras, cuando ella mató de un disparo a uno de los atracadores.

—Yo también hice esa pregunta muchas veces —sonríe Berta—. Y me habría equivocado gravemente si hubiera dado por hecho que alguien era culpable por no tener coartada... No, no saques conclusiones equivocadas sobre nosotros. Estuvimos con Paula toda la noche, sin movernos de casa. Tenemos demasiados años para salir a esas horas. Y menos en Madrid en fiestas.

—¿De qué habéis hablado antes? —le pregunta Berta cuando ven desde la ventana que Cupido se aleja de la casa, a largas zancadas con sus largas piernas.

—De... ella —responde Trino sin nombrarla.

—¿También te preguntó por Madrid?

—También.

—No le contarías nada.

—¡Nada! Pero ahora quiero que tú me lo digas, Berta. ¿Adónde fuiste aquella noche?

—¿Lo sabías? —le pregunta, porque creía que con la medicación no se habría dado cuenta.

—Sí, te oí salir. El..., el..., el Stilnox ya no me hace tanto efecto. ¿Adónde fuiste?

—A dar un paseo. No podía dormir, estaba inquieta y no quería molestarte. Sé cuánto te desconcierta si te despierto en mitad de la noche y nos ponemos a hablar. Ni siquiera lo recuerdas a la mañana siguiente —añade, porque la medicación le provoca episodios de amnesia anterógrada—. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque te llevaste a Madrid la pistola —murmura Trino tras un largo silencio.

—¿Cómo lo sabes?

—Antes de salir, vi que no estaba en la caja fuerte. Entonces..., entonces no le di importancia, no era la primera vez que la llevabas cuando íbamos de viaje, aunque nunca se me había pasado por la cabeza que...

Berta le coge las dos manos, lo mira a los ojos y lee su preocupación en las arrugas de su entrecejo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No lo sé. —Trino cabecea negando—. Unas veces me digo que sí y otras me digo que eso es justamente lo único que no quiero saber de ti.

—Ven. —Lo arrastra hasta el salón sin soltarle las manos y lo sienta en el sofá junto a ella—. Aquella noche salí a buscar a Wendy con la intención de matarla. Después del último escándalo con ese vídeo y de lo que le hicieron sus compañeras a Paula en el colegio, ya no podía más, estaba harta de ella y quería terminar de una vez por todas con el problema. ¡Y cuando se atrevió a llamarla para decirle que vendría a recogerla...! No podíamos seguir así, huyendo de una casa a otra cada vez que ella aparecía.

—¿Cómo sabías dónde encontrarla?

—No lo sabía con seguridad, pero tenía una dirección. La había escrito en el remite del último regalo que le envió a Paula por correo, hace cinco meses, en Navidad.

—¿Y la encontraste?

—No. La dirección correspondía a un edificio por Fuencarral. Esa noche, poco después de las doce, cuando ya te creía dormido, salí de casa y llegué frente al portal, pero no vi luces en el piso. Estuve un tiempo esperando, pero no apareció. Quizá ya no vivía allí. Wendy no tenía un domicilio fijo, siempre andaba de un sitio para otro.

—Mejor así —dice Trino, dejando escapar un prolongado suspiro y apretando las manos de Berta.

—Mejor así. Pero no podemos decírselo a nadie. Podrían pensar mal.

—No lo diré nunca —jura. Se siente mejor ahora que lo sabe todo. Su amor por Berta se refuerza con la confianza que ella le

demuestra al confesárselo, porque para él confianza y amor son la misma cosa—. ¿Tenías miedo de que le hubiera contado algo?

—Fui policía durante treinta años, Trino, y sé distinguir a un buen detective. Y él lo es. No se limita a las rutinarias preguntas multiusos que usamos nosotros. La gente habla con alguien así, le cuenta cualquier cosa. Para ocultar un dato, para que crea que le están diciendo toda la verdad y solo la verdad, no dejan de contarle otros diez por los que no les ha preguntado. Y muchas veces esa otra información es importante.

—No le dije nada, puedes estar segura —repite.

—¿Pensaste que yo...?

—No sé qué pensaba —dice Trino. Dos lágrimas le corren mejilla abajo, de nuevo la incontinencia lacrimal—. Pero nunca habría dicho nada. Una vez me dijiste que..., que... —titubea, la lengua y los labios esperan impacientes a que le lleguen del cerebro las palabras para poder pronunciarlas—, que una buena pareja es la que, por una vez, te ayuda a esconder el cadáver, pero al mismo tiempo te advierte de que no vuelvas a esconderlo.

—Nunca más será necesario empuñar una pistola, Trino. Nunca más. Nunca más.

35

Medio millón en la basura

Gamma se ha alojado la noche del sábado en un hotel fuera de La Finca. Los dos mexicanos ocupan otras dos habitaciones de la misma planta. Así lo ha dispuesto Roque, y esas instrucciones tan precisas le hacen pensar a Gamma que no es la primera vez que se ve envuelto en un asunto parecido.

Sea quien sea la Malinche, no puede entrar en La Finca, fortificada con seguridad privada, y cuando reciban su llamada, dispondrán de diez o quince minutos de ventaja para preparar sus movimientos al tener recorrida una parte del trayecto que le vaya marcando. Aunque no tiene ninguna razón para pensarlo, Roque imagina que es una mujer. Cuando la tengan entre las manos, ya se encargarán él y el Araña de que borre para siempre las imágenes del vídeo. Y si ha escondido alguna copia, no importará demasiado, porque ya no tendrá oportunidad de visionarlas. Le van a dar cran del bueno, del mejor, del que hace desaparecer los cuerpos. Luego, cuando cierren este asunto que tanto se ha complicado, se lo cobrará con creces: se quedará con el medio millón que el pendejo del futbolista estaba dispuesto a pagar por el chantaje, del mismo modo que se quedaron los percebes que llevaba a su morra. Esa noche la Emperatriz del Amazonas hizo dieta. Al fin y al cabo, para Gamma es dinero perdido. Y Roque nunca volverá a tener una oportunidad semejante. Agarrará la feria, volverá para Sinaloa y comprará un ranchito donde

retirarse para siempre, lejos de mariachis y de chambas, sin hacer nada, comiendo botanas y diezmillo de las reses que él mismo criará, bailando sus caballos, bebiendo coronitas y fumando príncipes. Quizá pueda recuperar a los dos escuincles que abandonó por allí cuando se vino a España y que ahora viven con su otra abuela. Hasta le conseguirá su trocito de tierra al Araña para que atrape sus moscas.

Lo más difícil será convencer a Nala para que lo acompañe, porque se resiste a regresar a un país donde cada mañana se desayuna en las noticias con cuatro o cinco asesinatos. Ni siquiera en España quiere ir a los centros y reuniones mexicanas; al contrario, afirma que lo que quiere es escapar de ellos, de todo ese hormiguero de pelados y moscones que siempre le van detrás como si ella fuera soltando azúcar.

Desde las siete ya están los tres esperando en el parking exterior del hotel, dentro de un discreto Toyota alquilado, de un gris anónimo y con los cristales opacos, porque cualquier coche de Gamma, comenzando por el Hummer, despertaría curiosidad y ese día necesitan sobre todo discreción. Y a la hora acordada suena el cascabeleo del teléfono. Gamma descuelga y pone el altavoz. La voz sintética de la Malinche comienza a hablar:

—Espero que tengas preparado lo que tienes que darme.

—Sí.

—En una bolsa de plástico de El Corte Inglés.

—Sí —confirma. Roque le ha dicho que la Malinche lo quiere así para que no se pueda camuflar ningún artilugio electrónico de seguimiento.

—Mejor que lo hayas contado bien. ¿Gorra y mascarilla?

—También.

Detrás de la voz se oye lo que parece el ruido de un coche y unas voces que no saben identificar, distorsionadas por el filtro de sonido.

—¿Qué coche llevas?

—Un Toyota Corolla Sedan de color gris.

Le dicta la matrícula y la Malinche le ordena:

—Escucha bien mis órdenes y síguelas al pie de la letra. Vas a salir a la M-40 en dirección a Aravaca. Antes de llegar a la confluencia con la A-6, entras en el parking subterráneo de Mercadona, apagas el motor y esperas mi llamada. ¿Me has entendido?

—¿Mercadona?

—El supermercado Mercadona. ¡Cómo se ve que eres rico, cabrón, y que no te ocupas de hacer la compra! Repítelo.

—Salgo a la M-40 en dirección a Aravaca y espero tu llamada en el parking subterráneo del supermercado Mercadona —repite mientras mira a Roque, que en el asiento del copiloto asiente con la cabeza.

—Te estaré observando en todo momento y no quiero a nadie rondando cerca. A la más mínima sospecha, te dejo solo y cinco minutos más tarde aparecerás en todas las pantallas del mundo.

—Iré solo.

De fondo oyen el pitido de un claxon y esta vez distinguen una voz: «Vamos, es la hora», todo distorsionado por el sonido metálico de la aplicación.

—Te volveré a llamar para darte instrucciones. Muévete.

Roque espera a que Gamma cuelgue para empezar a hablar:

—De acuerdo. ¡Vamos a ponerle un cuatro a esa hija de la chingada!

Saca dos teléfonos móviles y llama desde uno de ellos. Descuelga la llamada en el otro y comprueba que están comunicados. Pone el primero en silencio y lo coloca bajo el asiento de Gamma. Se lleva el suyo a la oreja y le pide:

—Habla.

—Te vamos a joder, hijo de la chingada —dice Gamma imitando a Roque, que confirma:

—Ok. Te estaremos escuchando en todo momento.

—Vale.

Los dos mexicanos se bajan del coche y Roque le dice mientras se coloca en la cabeza un casco con una calavera mexicana en la calota:

—¡Ándale! Te seguimos en la moto, aunque tú no nos veas. Te vamos zopiloteando.

Gamma busca el supermercado en el navegador, se cala una profunda visera y se pone las gafas de sol para pasar desapercibido. Enciende el motor del Toyota y, aunque le gusta conducir en manual, para sentirse dueño del coche, elige el modo automático, porque nota un cierto temblor en las piernas y le sudan las manos. Arranca y por el retrovisor distingue la poderosa Kawasaki Z800 que esa mañana conduce Roque, siempre tras él, pero dejando dos o tres coches entre ambos. De pronto ve que lo adelantan con un acelerón malhumorado y se alejan deprisa por la carretera, el Araña pegado a su espalda como una mochila negra.

Siguiendo las instrucciones de la Malinche, se desvía antes de llegar a la confluencia con la A-6 y, veinte metros antes de entrar en el parking subterráneo de Mercadona, distingue la moto discretamente aparcada entre dos coches. Hay momentos en que Roque lo irrita, pero sin duda sabe bien lo que hace y eso le transmite seguridad.

Con el motor apagado mira a su alrededor. Nada le parece extraño: un empleado con uniforme que empuja una fila de carros y compradores solos o en familia que entran o salen con bolsas o con

carritos llenos de compra, que colocan en los asientos de atrás o en los maleteros de los coches.

—¿Estáis ahí? —pregunta tapándose la boca con la mano, aunque los cristales tintados lo mantienen oculto para cualquier observador.

—Sí, pero no me hables si no es necesario. Quizá te está observando.

Diez minutos más tarde lo reclama el compulsivo timbre de su móvil, descuelga y comprueba que es una videollamada de WhatsApp. Su rostro aparece en el recuadro pequeño, pero la Malinche mantiene la pantalla en blanco, ha anulado la función de la cámara. A pesar de la sorpresa, tiene la suficiente astucia para decir en voz muy clara, para que Roque comprenda la nueva situación:

—Me estás contactando por videollamada.

—Sí. Ahora, además, te estoy viendo. Enséñame el dinero.

Gamma se agacha y coloca la bolsa de El Corte Inglés sobre el asiento del copiloto. Siempre enfocando sus movimientos, la abre y le muestra los billetes de cien, doscientos y quinientos euros.

—Bien. Ahora pon el móvil donde yo te vea. —Gamma lo encaja en el porta del salpicadero—. No cuelgues y arranca en dirección a La Coruña.

Siente la tentación de repetir la orden en voz alta, pero se contiene a tiempo. No es necesario, porque la voz digital articula claramente y Roque no tendrá dificultad para entenderla.

Obedece y sale muy despacio del parking. La Kawasaki ya no está donde la había visto y respira aliviado, aunque el sudor de las manos no termina de desaparecer. Pasa bajo un puente y se incorpora a la autovía, procurando no superar los ciento veinte kilómetros por hora por miedo a que lo paren en algún control. Aun así, poco después de Las Rozas adelanta a la moto sin mirar hacia Roque, porque no duda de que la Malinche está observando sus movimientos.

Como si adivinara sus pensamientos, la voz metálica, de juguete, suena de nuevo entre un ruido de fondo de coches y de gente:

—Coloca el móvil enfocando la carretera. Quiero ver lo que tú ves.

Gamma obedece y, una vez comprobado su cumplimiento, enseguida llega la nueva orden:

—Sal de la autovía en la siguiente vía de servicio y continúa por ella hasta que yo te indique.

Cuando más tarde le hace dar una vuelta completa a una rotonda, teme que la Kawasaki aparezca de nuevo tras él y pueda ser detectada por la Malinche, pero no la ve asomar por ningún lado. Y solo entonces oye la orden final:

—Ve a la ciudad deportiva de Collado Villalba, la tienes a medio kilómetro, y aparca cerca del parque de bomberos.

Llega sin problemas, pero no encuentra aparcamiento, todo está lleno de gente, de coches, de ciclistas vestidos con colores chillones. Ahora ve los carteles y las pancartas que anuncian una carrera de ciclismo *amateur* desde allí hasta la Bola del Mundo. Junto a la entrada del parque de bomberos, donde está la pancarta de salida, la organización ha reservado un espacio para sí, para la prensa y para los servicios sanitarios y de orden. Varias motos y dos coches de policía, una ambulancia del 112 y otra de la Cruz Roja, una furgoneta de avituallamiento y otra de la tienda de bicicletas que organiza la ruta ocupan la avenida, pero no hay sitio para los espectadores que ya lo llenan todo y lo obligan a ir despacio. El deporte solo es cómodo para los deportistas, nunca ha entendido que los aficionados soporten tantas horas de espera, tanto agobio entre la multitud, tantas incomodidades para ver de lejos a sus ídolos.

Tres calles más adelante encuentra al fin un hueco cuando sale un coche y logra aparcar el Toyota. La Malinche le ordena que se ponga

los auriculares, las gafas de sol, la gorra y la mascarilla, que coja la bolsa con el dinero y camine hasta un solar vacío tras los vehículos de la organización. Debe esperar su nueva orden junto a unos contenedores de basura con los cuatro colores, verde, azul, amarillo, gris.

Gamma confía en que Roque lo haya escuchado todo y sale del coche con gesto furtivo, sin creer que está ocurriendo lo que ocurre. A pesar de la gorra, de las gafas y de la mascarilla, alguien puede identificarlo, aunque la gente solo presta atención a los ciclistas que se van concentrando en la avenida. Acostumbrado a que lo aclamen en los campos de fútbol, por un momento casi se siente molesto por que no lo reconozcan dos adolescentes que se cruzan con él atravesando el solar vacío.

Cuando llega hasta los contenedores, la Malinche le ordena que arroje la bolsa con el dinero al contenedor del papel, de color azul, que regrese inmediatamente al Toyota sin hablar con nadie y que desaparezca de vuelta hacia Madrid. Si lo hace así, todas las imágenes grabadas aquella noche desaparecerán y no volverá a saber nada del asunto.

—¿En el contenedor? —pregunta con incredulidad, mirando el gran cajón azul semioculto entre los coches de la prueba ciclista y el solar vacío.

—En el azul. Muévete ya y hazlo deprisa. Que yo vea lo que haces.

—¿Y si alguien se lo lleva? —se resiste.

—Solo me lo llevaré yo —replica la Malinche.

Se pregunta dónde estarán Roque y el Araña ahora que no pueden oírlo ni verlo, porque el teléfono de contacto ha quedado bajo el asiento del coche, no ha podido cogerlo por miedo, ya que la Malinche lo vigila. Confía en que lo estén viendo levantar la trampilla del contenedor azul y arrojar por la ancha ranura la bolsa llena de

dinero como si fueran periódicos para reciclar. ¿Todo eso es seguro?, se pregunta con miedo. ¿Qué seguridad tiene la Malinche de que nadie se le adelantará, un mendigo, un buhonero, un vecino en busca de periódicos para empapar la orina en la cuna de un cachorro de perro? No puede tardar mucho en recoger la bolsa, pero él tampoco puede quedarse allí, ya se está demorando demasiado. Todavía, sin embargo, mira alrededor, buscando a alguien que lo esté observando, pero nadie le presta atención entre la multitud que va y viene por la avenida principal y por la calle paralela, entre los ciclistas parados, esperando la salida, entre los curiosos y espectadores asomados a ventanas y balcones. La Malinche puede ser cualquiera, un hombre o una mujer, viejo o joven, un solitario o la pareja que se besa en la acera.

—¡Lárgate ya!

La voz deforme y entrecortada por el filtro suena con fuerza en los auriculares y el teléfono sigue con la imagen bloqueada. Y solo en ese momento advierte que el ruido de fondo que escucha por el móvil es el mismo que está escuchando en vivo, el mismo ambiente de coches, de gente, de altavoces, porque el filtro distorsiona el sonido, pero no su ritmo ni su música, lo que demuestra que la Malinche está cerca de él, que lo está vigilando, comprobando si obedece sus instrucciones.

—¿Qué pruebas tengo de que destruirás el vídeo? —pregunta todavía.

—Tendrás pruebas de que no está destruido si no te largas ya.

Gamma se da la vuelta y comienza a alejarse del contenedor, de regreso hacia el Toyota, buscando alguna señal de la presencia de Roque o del Araña. ¿Qué va a ocurrir con el dinero?, se inquieta de nuevo. Medio millón en la basura. No parece probable que alguien que no lo sepa vaya a coger una bolsa de un contenedor de papel

sin fácil acceso, emparedado entre una valla metálica y los apretujados vehículos de la organización de la ruta ciclista. Está seguro de que la Malinche sigue observándolo y de pronto ve al Araña —¡por fin han llegado!—, en el otro extremo del solar, anónimo, inmóvil, casi invisible, mimetizado con el entorno como un curioso más del espectáculo ciclista, pero en realidad no pierde de vista el contenedor, esperando a que alguien se acerque a recoger la bolsa para echársele encima. Lleva unas gafas de sol con los grandes cristales negros muy convexos, lo que acentúa su apariencia de insecto. Gamma deduce que también ellos lo han seguido y han visto dónde ha arrojado el dinero. Roque no debe de andar lejos, pero su presencia sería más llamativa y no querrá mostrarse, un tipo fuerte y de aspecto amenazante por la corpulencia, el cuello ancho, el roble de las piernas, las botas de piel de ofidio.

Se aleja definitivamente de la avenida, llega al Toyota y comprueba que nadie lo ha seguido. Ahora que ha entregado el dinero, se siente más tranquilo, pero no menos ofendido por lo que considera un ultraje personal. Nunca ha sido tratado tan mal y menos por alguien anónimo que lo zarandea desde un teléfono. Mimado, acostumbrado a dar órdenes, a que todos se pongan a su disposición para satisfacer sus necesidades, sus caprichos de estrella, hierve de furia, más por la humillación que por el dinero del chantaje, al fin y al cabo puede permitirse perder medio millón de euros. Mira su teléfono y, para su sorpresa, comprueba que la Malinche ha cortado la llamada. Solo entonces se quita la mascarilla, se agacha y ve que el móvil de Roque sigue encendido bajo el asiento.

—Roque.

—Sí.

—Ya lo hice. La hija de puta de la Malinche ha colgado. No me oye.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—¿Dónde estás?

—En el coche, tres calles más allá de los contenedores. No estoy lejos.

—Quédate ahí y no te muevas. No cuelgues.

—¿Y tú dónde estás?

—Frente a la torre de bomberos, vigilando el contenedor desde este lado. Delante hay una ambulancia y una furgoneta de avituallamiento, dando plátanos y botellas de agua a los ciclistas. La carrera va a salir de un momento a otro y esto quedará más despejado.

—Vi al Araña al otro lado.

—Sí. Hemos llegado a tiempo de ver cómo echabas la bolsa dentro y desde entonces nadie ha podido sacarla —suspira por encima del ruido de fondo—. Nos pararon en una rotonda para que pasara un grupo de pinches ciclistas. ¿Cómo ha ido?

Gamma le confirma que arrojó la bolsa con el dinero en el contenedor para el papel, siguiendo las instrucciones que le daba la Malinche, que debía de estar vigilándolo, porque enseguida le ordenó que se marchara y colgó. Podía ser cualquiera, entre tanta gente.

—Nadie se ha acercado al tambo, nadie puede recoger la bolsa sin que lo veamos —asegura Roque—. Vamos a esperar. Quédate donde estás y no te muevas. Y no cuelgues el teléfono —repite.

Sin perder nunca de vista el contenedor, Roque se mueve despacio entre la gente por la cola del pelotón, entre los ciclistas delgados y

fibrosos, excitados por la inminencia de la salida, todavía con un pie en el suelo. Por megafonía, el *speaker* ladra:

—Un minuto para salir.

Roque se confunde en la acera entre curiosos, amigos y familiares de los corredores, que los animan a disfrutar de la ruta, aunque sea una subida muy dura hasta los 2.258 metros de altitud, donde empieza a menguar el oxígeno. Por fortuna, el día es magnífico, no hace calor ni viento y la carretera está seca. Ha dejado los contenedores atrás, a unos cincuenta metros, pero no los pierde de vista, y sabe que por el otro lado vigila el Araña.

—¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno..., ADELANTE! ¡Nos vemos arriba, en la Bola del Mundo, y que gane el mejor! —se desgañita el *speaker*.

Suenan los chasquidos de ametralladora de las calas al encajar en los pedales con un pequeño giro del tobillo, el granizo de aplausos de los espectadores, los gritos de ánimo. El pelotón se despereza y los quinientos corredores beben un último trago de los bidones, muerden una barrita energética y se ponen lentamente en marcha, como golpeando las pezuñas contra el asfalto y activando el zumbido de los rodamientos. Semioculto tras el tronco de un árbol, Roque vigila el contenedor azul, colocado entre el verde y circular del vidrio y el amarillo del plástico, junto a los vehículos oficiales de la carrera. Nadie se acerca a él, nadie más sabe que dentro hay medio millón de euros.

Tras los ciclistas, arranca la caravana: las motos de la Guardia Civil, el descapotable del director, la furgoneta de apoyo mecánico. Los espectadores se dispersan y la avenida se va despejando. Quince minutos después nadie se ha acercado al contenedor azul y es imposible que la Malinche haya recogido la bolsa. Con un gesto, Roque le ha pedido al Araña que se aleje, pero él no pierde de vista

el arcoíris del reciclaje, el tambo azul medio oculto por la ambulancia de la Cruz Roja, que tiene las puertas traseras abiertas porque los paramédicos atienden a un ciclista.

Con el casco de la calavera en la mano, Roque se acerca caminando hacia allí y, junto a otros curiosos, observa cómo una doctora y un ayudante que lleva dos piercings en una oreja entablillan con una férula el hombro de un corredor que no deja de quejarse.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta alguien.

—Rotura de clavícula.

—A veces, las caídas en parada son las peores. Te caes a cuarenta por hora y te dejas la piel en el asfalto y te llenas de quemaduras, pero te levantas y sigues adelante. Pero te caes parado y te rompes un hueso.

—Al pobre se le ha acabado la carrera antes de empezar —lamenta una chica.

Terminan de entablillarlo y la doctora le dice:

—Te hemos inmovilizado provisionalmente el hombro, pero debes ir al hospital a que te hagan una radiografía. ¿Tienes quién te lleve?

—Yo lo llevo, tengo el coche cerca —responde una chica sujetándole la mano.

—Hay que recoger la bici —dice el herido, menos preocupado por su hombro que por su lujosa Pinarello de carbono, de color calabaza, apoyada en el estrecho hueco entre la ambulancia y el contenedor.

—Nosotros no podemos hacer más por ti ahora mismo, tenemos que seguir la carrera —dice el ayudante médico cerrando las puertas.

La ambulancia arranca en pos de la caravana, la chica va a buscar el coche, donde unos minutos más tarde cargan la Pinarello y se marchan hacia el hospital, la avenida queda casi vacía. Roque ve al

Araña al otro lado del solar, inmóvil en su pared, y por su actitud relajada sabe que no ha detectado ninguna vibración extraña, que nadie se ha acercado al contenedor por aquel lado.

Roque se agacha, coge del suelo uno de los panfletos informativos de la carrera y se acerca hasta el contenedor azul para tirarlo dentro, como un ciudadano cívico preocupado por la limpieza de la calle. Levanta la trampilla, pero se demora unos segundos con el panfleto en la mano, parece que todavía lo lee, aunque en realidad observa el interior con su único ojo útil. Allí no está la bolsa de El Corte Inglés que una hora antes Gamma llevaba en el coche. Para asegurarse, introduce el brazo y remueve papeles y cartones sin ningún disimulo. ¡No está! ¡El medio millón de euros ha desaparecido! ¡No puede creerlo! Ha visto cómo Gamma la ha arrojado dentro, pero ¿cuándo han podido cogerla, si nunca han perdido de vista los contenedores, entre los coches de la organización que impedían el acceso por este lado de la calle y el solar vacío que vigila el Araña?

El contenedor azul es el único que tiene dos trampillas, con acceso desde ambos lados. O con acceso y con salida. El dinero había entrado por el lado del solar, pero puede haber salido por el de los vehículos. Rebobina todas las imágenes, repasa todo lo sucedido en la moviola de la memoria, hacia delante y hacia atrás, hacia atrás y hacia delante, y aunque no tiene ninguna prueba, la posibilidad es asombrosamente razonable y la más fácil: ¡la ambulancia! ¡Basta con meter el brazo sin bajarse, deslizando un poco la puerta lateral!

Hace un leve gesto con la cabeza hacia el Araña, que enseguida va hacia él.

—No está la plata.

El Araña levanta las cejas y se acerca al contenedor, alza la trampilla sin disimulo e introduce uno de sus largos brazos para rebuscar dentro hasta comprobar que no está la bolsa con el dinero.

—¿Seguro que no se ha acercado nadie?

El Araña niega con la cabeza.

—La han cogido por este lado —le dice señalando la otra trampilla —. Desde la ambulancia. ¡El hijo de la gran chingada!

Ambos miran hacia la carretera por donde hace ya media hora que ha desaparecido la caravana ciclista. Saben que estará cortada y que no podrán pasar tras la ambulancia ni moverse sin peligro entre tantos agentes de tráfico, tanta seguridad, tantas cámaras.

Roque abre el navegador en su móvil y busca «Bola del Mundo». Desde donde están ellos solo dista veinticuatro kilómetros, pero la aplicación le informa de que se tardan más de dos horas para subir en bicicleta y que hasta allí no hay otro acceso posible.

Llama a Gamma, que sigue esperando en el Toyota y responde nervioso:

—¿Lo habéis encontrado?

—No.

—¿Y el dinero?

—Se lo ha llevado.

—No puede ser.

—Se lo ha llevado.

—¡Mierda! No puedo creerlo.

—Vete a casa, mejor que nadie más te vea por aquí y pueda reconocerte —le ordena.

—¿Cómo ha podido ocurrir?

—Tenemos algo y vamos tras él. Por tu bien, no es necesario que sepas más, nosotros nos encargamos. Tranquilo, güey, ya te cuento.

Gamma arranca de vuelta hacia Madrid y ellos suben a la Kawasaki y enfilan hacia la carretera de la sierra, despejada a medida que avanza la carrera, pero los detienen al llegar a la estación de esquí. Desde allí ya nadie puede pasar. Muchos ciclistas

aficionados se han bajado de las chillonas bicicletas después de haber subido dieciocho kilómetros y renuncian a los tres últimos, durísimos, con un desnivel brutal por una estrecha y rayada pista de hormigón. La caravana de la ruta también está detenida en los arcenes, porque arriba no hay sitio para aparcar, y Roque distingue un puesto de la Cruz Roja. Se acerca y le pregunta a una voluntaria por la ambulancia que estaba en la salida.

—¿Necesitas ayuda? —le pregunta ella a su vez.

—No. No más quiero agradecerles la amabilidad con que atendieron a un amigo que se rompió la clavícula en la salida y decirles que ya está en el hospital.

—Sí, ya me lo han contado. Espera, no sé si están por aquí.

La voluntaria le pregunta a un compañero que pasa junto a ellos.

—¿Sabes dónde está la ambulancia de Brais?

—Se han marchado hace quince minutos hacia El Escorial. Los han llamado para atender un vuelco.

—¡Vaya! —lamenta Roque—. ¿Cómo puedo localizarlo? ¿Tienes el teléfono de Brais?

—No podemos dar datos personales, pero puedes llamar a la central de la Cruz Roja. Y hasta puedes hacerte socio para colaborar con una cuota o para ayudar como voluntario.

—Gracias. Lo haré. ¿Puedes decirme su apellido? Para preguntar por él con seguridad.

—Muro González.

—Brais Muro González.

—Sí.

—Muchas gracias —se lo agradece Roque y le extiende la mano. Cuando la suelta, la voluntaria la oculta tras la espalda y la abre y la cierra para eliminar el dolor. Nunca un apretón le ha hecho tanto daño.

36

Colirio

Una buena parte de la mañana se le fue en hacer un nuevo balance de la investigación, en revisar detalles en apariencia banales, en pensar a quién creer y a quién no y en decidir su siguiente paso para localizar a los dos escurridizos mexicanos, amantes de los narcocorridos.

Hurgando en el pasado de algunas víctimas podían encontrarse motivos que explicaran su asesinato: una herencia o un litigio por dinero, una grave ofensa, un despecho amoroso, una rivalidad profesional y hasta una pequeña discusión entre vecinos por los ladridos de un perro que poco a poco se hubiera ido enconando hasta convertirse en una causa general. Y una investigación no era sino una búsqueda del tiempo perdido, perdido por pasado y perdido por malgastado, porque no generó ninguna ganancia y solo condujo al dolor y a la desdicha.

No creía estar equivocado al pensar que pocas personas podían presumir de no haber concitado en su vida un odio intenso. Entre ellas, sin duda estaba el Alkalino, tan inocuo, tan inocente, un hombre que por encima de todo amaba la concordia, la serenidad y el buen humor. Ahora ya no tenía ninguna duda de que lo habían matado porque había localizado a Wendy Paraíso y de algún modo la había defendido.

Pero respecto a Wendy, no tenía tan clara la causa de su muerte. La grabación del vídeo erótico con Gamma podía haber hecho emerger otros conflictos antiguos que no podía descartar.

Desalentado por la falta de avances, cerró el cuaderno y se dedicó a limpiar la cocina y a pasar a fondo la aspiradora. Era la mañana del domingo y Senda había salido con los gemelos a tomar el sol en el parque y un vermú con unas amigas, unos ratos que le gustaba disfrutar. Había tenido mucho trabajo durante la semana, tocaba la revisión y el mantenimiento general de la planta eólica y había pasado poco tiempo con ellos. Se iba muy pronto por las mañanas, a veces dejando un post-it en la puerta del frigorífico con algún recado para Coro, y volvía tarde, al anochecer.

—¿Qué tal el paseo? —le preguntó al regresar, todavía con un sabor a vermú en los labios.

—Estupendo, les encanta el parque.

Mientras Senda se cambiaba, Cupido les quitó los pañales, hinchados de orina. Con los gemelos todo era laborioso, el doble de biberones, de lavadoras, de basura generada, pero no lo llevaban mal. Al detective le resultaba asombroso pasar de repente, sin transición, del mundo oscuro y hostil de su trabajo al océano de claridad y ternura en que flotaban sus hijos. Del vocabulario de violencia y misterio a las palabras cotidianas de los mimos, del juego, de la alimentación infantil. De los narcocorridos a la música de nanas y sonajeros. De la amenaza que representa cualquier arma —las gordas pistolas, los famélicos cuchillos— al candor de chupetes, cunas y cachivaches. Del Hummer militar y blindado a la juguetería de peluches y construcciones. De los zapatos que pisoteaban las hortalizas a los diminutos calcetines confeccionados con tejidos naturales y estampados con figuras de una zoología feliz de gatos, perros, delfines, jirafas y osos bonachones. De la

penumbra de las imágenes eróticas que destrozaron a Wendy Paraíso a la claridad del sol que en ese mediodía de domingo entraba por la ventana, formaba un charco de luz sobre las baldosas del suelo e iluminaba los ojos de los gemelos, en los que solo asomaba la sombra de la enfermedad de Raúl.

Sus hijos eran ahora los protagonistas y los dueños de la casa, donde habían impuesto las prioridades de un nuevo orden. Siempre estaban presentes, incluso cuando descansaban en su cuarto, y era imposible recorrer el pasillo sin asomarse a su habitación y comprobar si dormían o salir de casa sin programar las horas de sus comidas, de su baño, de su descanso.

Cambió primero a Raúl, porque lo sabía más impaciente, mientras Laura, en el carrito, esperaba sin quejarse, como si lo comprendiera todo.

Senda entró en el cuarto de baño y buscó en la bolsa de aseo de los gemelos las tijeras de punta redondeada.

—Vamos a cortarles las uñas.

—¿Otra vez?

—Sí. Tus hijos crecen muy deprisa. Mira.

Se abrió la bata y le enseñó dos finos arañazos en el pecho, causados por el indomable instinto de alimentarse.

—¿Quién de ellos?

—Los dos —dijo sonriendo, como si los arañazos fueran placenteros.

—No tienen dientes y ya tienen uñas.

Senda levantó a Laura del carrito y se sentó con ella en el regazo, frente a la ventana para recibir toda la luz.

—¡A ver esta gatita!

Besó su mano diminuta y, dedo a dedo, le fue cortando con enorme delicadeza las uñas tan finas y pequeñas que parecían

transparentes. Cuando terminó con ella, le tocaba a Raúl. En ese momento sonó el chispazo del móvil de Cupido, que, sin abrirlo, leyó el mensaje de Sami:

¿Puedo llamarte?

No era un buen momento y no contestó hasta que terminaron con las uñas, y entonces fue él quien lo llamó.

—Hemos encontrado algo que quizá te interese —le dijo enseguida Sami.

—¿Dónde?

—En el huerto. ¿Puedes venir a verlo?

—Esta tarde —decidió, porque era mediodía y, a pesar de la curiosidad que le había despertado, no quería romper la paz de la mañana de domingo, los cuatro solos en la casa, sin Coro, sin que nadie requiriera a Senda por trabajo.

—Te esperamos allí.

Abrió una botella de vino y sirvió dos sólidas copas mientras preparaban la comida en la cocina, con los gemelos, que los miraban con atención y pataleaban contentos cuando les decían algo. Ya tenían cuatro meses, habían crecido y estaban desarrollando los largos huesos de su padre y resultaba asombrosa la rapidez con que aprendían y la facilidad con que el aprendizaje se convertía en costumbre y la costumbre en sonrisas. No tardarían mucho más en decir «mamá» y «papá», las dos palabras más sencillas del idioma, una sola vocal y una sola consonante repetidas en dos sílabas para nombrar la totalidad del mundo.

Terminaron los biberones y las comidas, los llevaron a dormir la siesta y ellos dos escucharon las noticias en el sofá, con el agradable sopor causado por el vino, hasta que de pronto encontraron más

interés en sus cuerpos que en lo que sucedía en el mundo y bajaron las persianas.

Cupido se duchó y, con una curiosidad que aumentaba a cada paso, fue caminando hasta el huerto del Alkalino, un campo que siempre tendría aquel nombre, aunque fueran otros sus usufructuarios o sus dueños.

Sami estaba esperándolo con su mujer, Fátima, con sus dos hijos, Azahara y Karim, y con otro hombre, a quien presentó como Hasán, el hermano de Fátima, «Mi cuñado», añadió, como si tampoco a él le sonara muy bien aquella palabra tan castiza. Los adultos conservaban un ligero acento árabe, más marcado en Fátima y Hasán. En los niños, sin embargo, era difícil detectar la herencia bereber.

—¿Un té? —le ofreció Sami.

—Sí, gracias.

Cupido advirtió las mejoras que habían hecho en la caseta en solo cuatro días: sobre una base de tablones habían colocado un suelo de linóleo. La habían amueblado con una mesa baja con sillas a su altura, habían habilitado una pequeña cocina de butano de dos fuegos y hasta habían colgado visillos en la ventana. Fátima llenó de agua una tetera y la puso a hervir sobre la corona de azules.

Cupido se sentó con ellos, aunque no se encontraba cómodo en una silla tan baja. Azahara sonrió al ver su dificultad para doblar las largas piernas sin tropezar con nada.

—Te hemos cortado unas hortalizas para que te las lleves —dijo Sami señalando una caja donde se veía un bodegón con judías verdes, acelgas, calabacines, albaricoques, una lechuga y un grueso manojo de trigueros.

—Los espárragos los ha traído mi hermano Hasán de la finca donde trabaja —dijo Fátima.

—Muchas gracias. Todo tiene una pinta estupenda.

Mientras tomaban el té, Fátima le agradeció que les hubiera permitido cultivar el huerto y todos hablaron de cómo iban a cuidarlo. Hasán añadió que uno de los mayores dones que Alá podía hacer a un hombre era un trocito de tierra fértil y un manantial de agua con que regarlo. Poco más se necesitaba para vivir, concluyó sonriendo.

Eran los rodeos para llegar a lo que tenían que enseñarle, la cortesía árabe del anfitrión. Por fin, Sami y Hasán se levantaron para salir de la caseta y Fátima y sus hijos se quedaron dentro.

También el huerto había mejorado su aspecto: en los parterres, los hierbajos habían sido arrancados, la tierra, removida. Una pequeña bomba eléctrica extraía agua del pozo.

—Vengo aquí en las horas que me deja libre el tanatorio. Hasán me aconseja con las hortalizas, porque él sí tiene experiencia. Trabaja en una finca —repitió Sami, y miró hacia la caseta para comprobar que Fátima y sus hijos seguían allí. Cupido comprendió que había llegado el momento de escuchar con mayor atención—. La finca también tiene una casa rural.

—¿Qué casa rural?

—Medialdea —dijo Hasán.

Al oír el nombre, Cupido añoró la presencia del Alkalino, porque había sido él quien unos meses antes le había contado la historia de aquella propiedad rural a cuenta de un suceso ocurrido con aquella familia, que no era muy apreciada: la tata que los había cuidado a todos de pequeños, una mujer sola dedicada desde niña al trabajo en la casa, había pedido un único deseo: ser incinerada tras su muerte y que se conservaran sus cenizas en un rincón del panteón de la familia a la que tanto había servido. Sin embargo, un rumor

aseguraba que las habían arrojado en el campo donde pastaban las vacas.

Sami ahora le estaba contando algo más, y aunque no con la misma precisión de detalles, de algún modo era como si su antiguo ayudante hablara por su boca.

Hijo único de una familia acomodada venida a menos por haber gestionado mal su patrimonio, Fermín Medialdea conservaba una finca a una decena de kilómetros de Breda, arrinconada en el curso medio del Lebrón, entre la reserva de El Paternóster y las Huertas de la Abundancia. Aunque los últimos Medialdea habían ido despiezando la heredad y malvendiendo trozos, habían salvado un puñado de hectáreas de regadío, con una casona y un antiguo secadero de tabaco y almacén de granos, y otra zona anexa más árida, de cerros poco fértiles, de tierra erosionada entre un sarpullido de pizarras superficiales que gruñían al arado e impedían los cultivos.

Con su propietario viviendo en la capital de la provincia, la finca solo producía unas rentas inmóviles, invariablemente protestadas a la baja por unos arrendatarios siempre quejosos del mal año climatológico o del bajo precio de las cosechas, hasta que durante unas obras para la instalación de la torreta de un tendido eléctrico aparecieron restos de piezas de arcilla y vestigios de antiguas construcciones que detuvieron la obra unos meses y finalmente obligaron a modificar la ubicación de la torreta, reservando un espacio protegido por su probable valor arqueológico.

El hallazgo, lejos de ser un inconveniente, añadió valor a la finca, que ahora aportaba sabor histórico al valor paisajístico de las vistas del Volcán y del Yunque, del redondo Volcán con sus sombras de lava y del Yunque musculoso y forestal, los dos montes que nunca envejecían, que en cada estación renovaban su aspecto y su

vestuario, siempre erguidos y siempre diferentes. Con una perspicacia de la que habían carecido sus predecesores, el último Medialdea intuyó la forma de rentabilizar también las viejas construcciones. Se acogió a la convocatoria de subvenciones públicas con fondos europeos destinados a implementar proyectos que contribuyeran a fijar la población en la España vacía. Se sufragaba hasta un cuarenta por ciento del coste de las obras de rehabilitación siempre que el nuevo espacio se destinara durante un número de años —no recordaba si el Alkalino había dicho diez o quince— a alojamiento rural.

Una vez recibida la subvención y rehabilitadas la casona, el secadero y la bodega de granos, Fermín Medialdea contrató a un par de empleados y prestó alojamiento público durante unos años a senderistas con atuendo forestal, a ornitólogos y observadores de pájaros tocados con gorros de camuflaje y prismáticos Swarovski, a turistas y a algunos grupos para celebraciones familiares, tal como obligaba la ayuda recibida. Sin embargo, con el paso del tiempo, recibido el dinero y relajados los trámites, fue destinando la construcción a su propio uso, solaz y recreo, y reduciendo la admisión de huéspedes a un mínimo testimonial que justificara la subvención recibida. Cada vez con mayor frecuencia, cuando un posible cliente llamaba, se le respondía que el establecimiento estaba completo, o temporalmente cerrado por reformas. Solo de cuando en cuando admitían a unos pocos huéspedes para seguir probando su uso hotelero.

Cupido ya sabía que iban a contarle algo importante y preguntó a Hasán:

—¿Y tú trabajas allí?

—Sí.

—Y hay algo que queremos enseñarte —dijo Sami.

—¿Qué?

—Ven —le pidió después de comprobar que Fátima y sus hijos seguían en la caseta y no parecían sentir demasiada curiosidad por ellos.

El detective los siguió hasta el muro de piedra a hueso que, al fondo, separaba el huerto del abandonado terreno lindante. Hasán señaló las zarzas que medio ocultaban la pared y señaló:

—Mira.

El detective vio un pequeño envase de plástico, se agachó y leyó la etiqueta: «NAZIZ. Colirio». Era un colirio en espray para ojos secos, similar al que a veces usaba Senda para combatir la sequedad que le provocaban las lentillas.

—Un colirio —dijo.

—Sí.

—¿Qué tiene de extraño?

—Yo lo había visto antes —dijo Hasán.

Cupido notó la seriedad con que hablaba, pensó unos segundos y adivinó:

—¿En Medialdea?

—Sí.

Se irguió sin tocar el envase y les pidió:

—Contádmelo todo desde el principio.

Sami tomó la palabra y se detuvo en los detalles, y hubo algo en su relato, en su forma de hablar, que de nuevo, sin que supiera precisar por qué, le recordó al Alkalino:

—Ayer le pedí a Hasán que viniera a ayudarme con el huerto. Quiero ampliar los surcos hasta aquí, hasta la pared, y me dijo que es buena tierra, pero que antes había que prepararla, limpiarla de ortigas y de zarzas, ya lo ves, que chupan todo el alimento de lo que

tú plantes. Y estábamos desbrozando —dijo señalando una azada— cuando vimos el espray.

—¿Lo tocasteis?

—Sí. —Los dos se miraron—. Hasán lo cogió del suelo, porque al verlo le resultó conocido. Yo también lo toqué.

—Pero volvimos a dejarlo en el mismo sitio donde lo habíamos encontrado —apuntó Hasán—. Ahí.

Cupido sacó el móvil e hizo fotos del colirio desde diferentes posiciones.

—He buscado en internet la marca —informó Sami—. Se fabrica en México.

Cupido escuchó con atención, pero sin mostrar urgencia. Sami y Hasán no sabían nada de los dos hombres de algún modo implicados en la muerte del dueño del huerto que ahora cultivaban, dos hombres que hablaban con acento mexicano y conducían un Hummer escuchando narcocorridos a todo volumen.

—¿Y tú habías visto un espray igual en Medialdea?

—Sí.

—¿Quién lo usaba?

—Dos hombres. Creo que eran mexicanos.

—Sigue —le pidió.

Hasán miró a Sami, que asintió con la cabeza.

—En la casa rural hay que tener abierto el alojamiento... oficialmente. De vez en cuando hay que aceptar clientes —informó, y se detuvo para comprobar si Cupido lo seguía.

—Entiendo.

—Y no se pregunta mucho. Si son extranjeros y no se toman bien sus datos, o su dirección, mejor, así nadie puede controlar.

—¿Y cuál es tu función allí?

—Hago de todo. Trabajo en el campo, pero, cuando hay clientes, el dueño me dice que ayude en la limpieza general, que tire la basura, que cuide el jardín. Y que esté localizable por si los clientes necesitan alguna cosa.

—¿Y?

—Hace más de veinte días llegaron dos hombres.

—¿Cómo eran?

—Uno era muy fuerte, tenía una cicatriz en la cara y algún problema en un ojo. El otro era muy delgado y daba la impresión de tener diez o doce huesos más que cualquiera. Parecían... mercenarios, como esos que se apuntan a una legión extranjera. No eran españoles.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la forma de hablar. Antes de llegar aquí trabajé en turismo en Málaga y sé cómo hablan los extranjeros. Puedo saber de dónde vienen solo con oírlos. Eran mexicanos.

—¿Seguro?

—Creo que sí —matizó.

—¿Qué coche llevaban?

—Un coche negro, grande, militar —dijo, y dudó unos segundos antes de añadir—: Como los que usaban los americanos en Irak.

—¿Viste la matrícula?

—No, no me fijé, no tuve tanto tiempo... A Medialdea vienen clientes que prefieren una casa rural a un hotel. Quieren estar solos para organizarse a su aire los horarios, las comidas. No hay restaurante, pero hay una cocina. Nosotros solo limpiamos. Los dos clientes me dijeron que no querían verme por allí ni para limpiar. Ni a mí ni a nadie. Que ellos se ocupaban de todo, que ya me llamarían si necesitaban algo. Daban miedo. Me preguntaron si lo había entendido, como si yo no supiera hablar español. Cuando les

respondí que sí, me dieron cincuenta euros de propina..., pero el miedo no se me quitó.

—¿Volviste a verlos?

—Desde lejos, algunas veces. Iban y venían en el coche negro.

—¿Cuánto tiempo estuvieron en la casa?

—Cuatro o cinco días, no estoy seguro. Tendría que mirar registro.

—¿Y sabes sus nombres o cómo localizarlos? Porque tuvieron que inscribirse con algún documento.

—Yo no me ocupo de eso, aunque oí al dueño decir que la reserva la había hecho por internet una mujer.

—¿Y ella?

—Ella no vino. Solo estuvieron ellos dos. Ellos pagaron luego en efectivo y por adelantado. Ya te he dicho que el registro no es muy riguroso, para los dueños recibir clientes es una obligación y están esperando que pase tiempo para no tener que cumplirla y quedarse con la casa rehabilitada.

—Pero Hasán puede intentar mirar el nombre en el libro —propuso Sami.

—Puedo intentarlo cuando no haya nadie.

—Te lo agradecería —dijo Cupido, que miró a Sami. Se sentía en deuda por la cesión del huerto y esa era su forma de pagarla. Se agachó de nuevo hacia el espray y dijo, consciente de la importancia de aquel hallazgo—: Volvamos al colirio. ¿Dónde lo habías visto?

—Cuando los dos hombres se marcharon, entré en la casa para hacer la limpieza general y recoger la basura. No había nada extraño. Pero encontré un espray como ese.

—¿Dónde?

—En el cuarto de baño, detrás del pie del lavabo. Como si se les hubiera caído y no se hubieran dado cuenta.

—¿Estás seguro de que era el mismo?

—Seguro. Naziz. Al recogerlo del suelo me pareció que tenía un nombre árabe.

—¿Por qué?

—Mi padre se llama Abdel Aziz y me recordó su nombre.

—¿Y cómo sabes que era de ellos? Podía llevar allí algún tiempo.

—Imposible. Siempre hago la limpieza a fondo. Además, el hombre fuerte tenía un problema en el ojo de la cicatriz. Un día que salió al jardín vi desde lejos cómo inclinaba la cabeza hacia atrás y se echaba algo en el ojo. Así —dijo imitándolo.

Cupido asintió. Tal vez el pequeño espray que seguía en la tierra, junto a la pared de piedra donde habían arrancado las zarzas, no sirviera como prueba. Lo habían tocado Sami y Hasán y tal vez borrado otras huellas. Aun así, le dijo a Hasán:

—¿Contarías todo esto ante la Guardia Civil?

Hasán miró de nuevo a Sami y negó con la cabeza.

—No, no puede —dijo Sami—. Los dueños de Medialdea tendrían que dar explicaciones de sus chanchullos con el alojamiento y lo despedirían. Además, no se lleva bien con los guardias. Yo tampoco. Por eso te lo hemos contado a ti.

—Es una información importante —dijo Cupido, que sentía cómo una colaboración que el propio Alkalino había comenzado (al pedirle ayuda con el asunto del saco con los huesos del niño musulmán destinados a la cremación) ahora se consolidaba como su última herencia, aunque estuviera muerto. Aquel era su último trabajo—. Os lo agradezco mucho.

Sami negó con la cabeza.

—Es un favor mucho más pequeño que el que tú me hiciste hace unos meses. No lo olvido. Y tampoco este huerto.

A media mañana del día siguiente, el viernes 8 de mayo, Hasán llamó a Cupido por teléfono:

—Ya tengo los datos.

—¡Estupendo! No has tardado nada —le agradeció Cupido, que no estaba seguro de que pudiera conseguirlo, de que se arriesgara a pasarle la información. ¡Era tan difícil ganarse la confianza de la gente, y era tan fácil perderla!

—He podido ver el libro de registro. ¿Tú puedes escribir?

—Sí, dime.

—Fue una mujer... Natalia Quijada. —Pareció que estaba leyendo el nombre—. Contrató la casa rural por teléfono, con todas las habitaciones.

—¿En qué fechas?

—Entraron el día 16 de abril y estuvieron hasta el sábado 25. Pero ella no vino, solo vinieron los dos hombres.

Según la autopsia, el Alkalino murió en la noche del 23 al 24 de abril.

—¿Tienes sus datos?

—Solo un teléfono y el nombre, Natalia Quijada.

Hasán le dictó también el número.

—Te lo agradezco mucho.

—Tú ayudaste a Sami.

Al colgar, Cupido gugleó el número y, para su sorpresa, era el de un mariachi, Los Tigres de Sinaloa. Otra vez México, se dijo excitado, porque definitivamente la pista era útil, la mujer no había dado en Medialdea Casa Rural un número falso. El mariachi se publicitaba como un grupo musical para amenizar fiestas, bodas, serenatas, conciertos, cualquier celebración. La fotografía publicitaria, tomada en la zona exterior de una sala de fiestas, de día, bajo el sol,

mostraba al grupo: una mujer de aspecto atractivo y tres hombres. Dos de ellos —un tipo fuerte y otro muy delgado— llevaban grandes sombreros charros que difuminaban sus rostros en la sombra. El tercero era un chico joven. El conjunto difería de la tópica imagen de otros mariachis formados por tipos con aire de familia, tendencia al sobrepeso y bigotones zapatistas.

En YouTube y en TikTok también encontró algunos vídeos de aficionados que habían filmado imágenes de sus actuaciones y no le pasó desapercibido que uno de ellos se hubiera grabado en Toledo la noche del 1 al 2 de mayo, la noche en que mataron a Wendy Paraíso. En el vídeo aparecía también el cartel que confirmaba la fecha del concierto.

Pensó unos minutos antes de marcar, eligiendo las palabras adecuadas para no despertar recelo.

—¿Mariachi Los Tigres de Sinaloa?

—Sí.

—Quiero informarme sobre las condiciones para contratar una actuación.

—¿Para una fiesta?

—Sí. Una fiesta de cumpleaños —improvisó.

—¿Dónde?

—¿Trabajan fuera de Madrid?

—Sí, pero cobramos una dieta por el desplazamiento.

La voz femenina tenía acento sudamericano, aunque el detective no se atrevía a precisar que fuera de México.

—Sería dentro de dos semanas.

—De acuerdo. ¿Quiere conocer nuestra tarifa?

—Primero, me gustaría verlos actuar.

La mujer se quedó pensativa unos instantes antes de decirle:

—Esta noche tocamos en un local que organiza fiestas de despedida de soltera. Allí puede vernos.

—No estoy invitado.

—Bueno, la fiesta está abierta para los grupos que quieran asistir.

—Iré solo.

—No importa. Es un buen sitio para hacer amistades.

—De acuerdo. Lo pensaré.

La mujer le indicó la hora y el local donde se celebraría.

Por tercera vez en pocas semanas, de forma precipitada tuvo que salir de nuevo hacia Madrid, convencido de haber hallado al fin la pista definitiva que lo acercaba a los verdugos del Alkalino.

Había oído decir a hombres y a mujeres que ser padres implicaba dificultades y renuncias. Sin embargo, no tenía esa sensación. Al contrario, la paternidad le robaba muy poco en comparación con lo que recibía. Quizá porque tenían a Coro para ayudarlos en casa, porque su oficio no le exigía un horario rígido, la paternidad apenas dificultaba su trabajo. Se sentía más tranquilo haciendo las mismas cosas, sin bajar la exigencia con que siempre las había desempeñado. Cuando nacieron los gemelos, pensó algunas veces que ya nunca podría investigar como lo hacía antes, que dispondría de menos tiempo y no tendría la misma entrega y concentración, preocupado por papillas y pañales, por vacunas y percentiles, por virus e insomnios, pero no había tardado en cambiar de opinión. Ahora que era padre sentía que incluso podía mejorar como detective y comprender mejor algunos sentimientos, como la reacción de Wendy Paraíso regresando a Breda para intentar recuperar a su hija. Él habría hecho lo mismo.

37

Los Tigres de Sinaloa

—Orlando ya está abajo —dice Nala mirando la pantalla del telefonillo.

—Que suba.

Orlando llega con su trompeta en la funda y saluda a Roque chocándose los puños, y a Nala con un par de besos en las mejillas.

—¿Qué tal, mi cuate? —le pregunta Roque.

—Bien. ¿Y el Araña?

—En su cuarto, viendo una película de Spiderman —bromea Nala —. Ahorita viene.

—Cámbiate. Ya sabes dónde están tus cosas —le dice Roque.

A Orlando, colombiano de Manizales, con estudios de conservatorio, Roque lo contrató hace unos meses como cuarto componente del mariachi para mejorar el sonido del grupo con su trompeta, cuyo *swing* tropical disimula la dureza de su guitarra y del violín del Araña. Como por el grupo han pasado ya diferentes trompetistas, guardan los atuendos de trajes y sombreros en el cuarto de los triques, donde siempre se cambian antes de salir todos juntos hacia el lugar de la actuación.

—¡Coche nuevo! —exclama Orlando cuando bajan al garaje del edificio y Roque abre con el mando un flamante Jeep Avenger de color negro, con los cristales tintados, como parece ser la moda—. Se ve que os van bien las cosas.

—Bueno —responde secamente Roque, con una mirada rápida al Araña.

—¡Y casi a estrenar, un MXC! No podías haber elegido mejor matrícula. ¡Linda nave! —insiste toqueteando el cuero de los asientos traseros. Conduce Roque, con Nala a su lado.

—La matrícula es para que no olvides que ya no estás en Colombia, güey, y que en el mariachi eres de Sinaloa.

Roque aparca el coche en una zona comercial junto a la carretera, señala un restaurante mexicano llamado Barracuda, y dice:

—¡Vamos a coger fuerzas antes de la farra!

Piden unas chelas y agua para Nala mientras eligen en la carta algo para picar: guacamole, fajitas, tlacoyos, unos garibaldis. El Araña señala con el dedo chapulines y hormigas.

—¿Insectos? —pregunta Orlando con un gesto de asco.

—¿No te gustan? —dice Roque.

—No como nada que tenga más de cuatro patas.

—Pues tú te lo pierdes. Tienen mucha proteína, es lo que comen los osos hormigueros.

—El oso hormiguero es el animal favorito de Roque —le explica Nala a Orlando con una sonrisa.

—¡Claro que sí! ¿Sabes lo que hace? —le pregunta Roque.

—¿Qué?

—Nunca ataca, pero si lo atacan a él, nunca retrocede. Hunde las garras en su enemigo y el hormiguero morirá, pero el otro también, porque cuanto más lo hieren, más hunde las uñas.

Orlando asiente sin decir nada, vuelve a leer la carta y elige verduras a la plancha.

—¿Verduras? —le pregunta Roque—. ¡No mames! Nos llamamos Los Tigres de Sinaloa. ¿Y por qué un tigre va a querer comer hierbas?

Media hora después llegan al local con zona al aire libre y el encargado ya está esperándolos.

—¡El mariachi! Por fin. Adelante, quiero que comprobéis el sonido antes de que empiece a llegar la gente.

Pasan a un pequeño camerino interior para terminar de prepararse y Roque saca una bolsita con «un par de gramos de coca». Abre el cierre grip y le ofrece a Orlando, que niega con la cabeza, sonriendo.

—Me basta con la trompeta para colocarme. Me hiperoxigena.

Roque peina dos rayas sobre la piel de la cartera con una tarjeta de banco, porque el Araña no consume, no consume nada, a veces piensa que incluso se alimenta de moscas y del aire, y le pasa a Nala el billete de un dólar que le gusta utilizar para esnifar, como una burla al poderoso vecino del norte y porque su anchura de 6,6 centímetros le resulta más cómoda que la de los billetes europeos. Nala lo enrolla y se mete un tiro. Roque se inclina luego, guiña un ojo y engulle el resto con ansia, de una sola aspiración, como el oso hormiguero las hormigas. Se frota los dientes con el índice, chupa con la lengua la cartera y se la guarda en el bolsillo.

Salen al escenario, desde donde dominan la pista de baile, la perrada bulliciosa que comienza a acomodarse en la barra y en las mesas, bajo globos y banderitas y serpentinas. Algunos grupos de chicas llevan en el pelo diademas con un pene. Nala se siente bien allí arriba, segura de dominar al público, o al menos a un público poco exigente, como el que tienen delante. Los grupos, la mayoría de chicas, proceden de diferentes ambientes, en esas fiestas de despedida de solteros/as todo se mezcla, desde turbopijas con modelitos caros a horteras con ropa de Carrefour o de Temu o con saldos de Zara. Sabe que canta bien, que canta mejor de lo que toca su grupo —para quienes la música es una actividad secundaria—, que interpreta las canciones con convicción, sin la voz mentirosa de

muchas artistas de variedades, y que se mueve y baila con soltura, con unas piernas bonitas y una cintura flexible. Ya no es una jovencita, pero sabe cuánto gusta y sabe bien la clase de piropos y propuestas que recibe durante y después de su actuación por parte de tipos que la miran como si se le hubiera olvidado vestirse.

A su espalda suenan los primeros acordes de la guitarra de Roque, que, espabilado y sonriente, con la mirada efervescente de la coca bajo el sombrero, le dice a Orlando:

—Le damos caña. Esto no es el coro de la iglesia.

Nala se vuelve hacia él y pregunta:

—¿La misma rola de siempre?

—La misma. Comprueba el micro.

Nala asiente, enciende el micrófono y la megafonía se acopla y aúlla como un lobo, pero Roque lo ajusta enseguida y por fin Nala entona:

La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar,
porque no tiene, porque le falta
marihuana que fumar.

—¿Qué te pasa, morra? Estás ida. —Oye la voz de Roque a su espalda.

Tiene razón, porque de pronto se ha quedado paralizada al descubrir el cartel DELICIAS DE CLEOPATRA a un lado del escenario y la *chaise longue,* que no ha advertido hasta ahora. ¡Claro, la fiesta es una despedida de soltera!

No solo es el cartel lo que le trae el recuerdo de Wendy a la memoria, porque la tiene muy presente desde hace una semana, desde que vio en internet la noticia de su asesinato. Cada vez que

piensa en su muerte se le corta la respiración y se le pone la piel chinita.

La conoció en otra despedida de soltera, más o menos un año antes, con el mismo espectáculo, cuyo nombre no dejaba dudas sobre su contenido. En el pequeño cuarto donde, a falta de camerino, podían maquillarse antes de salir al escenario, estaba Wendy, tocada con una peluca negra de flequillo recto, pintándose los labios con un carmín color nicotina. Con las prisas se había manchado los dientes y ella se lo indicó para que se los limpiara.

—¿No eres española? —le preguntó al oír su acento.

—Mexicana.

—¡México! No sería un mal país para perderse, un país donde nadie te conociera —suspiró.

—Pues no creas. Allí hay cosas muy chéveres, pero en todos los lugares es la misma chamba. ¿Cómo te llamas?

—Wendy Paraíso.

—¿Uendy? —silabeó.

—Sí, con uve doble.

—Suena bien. ¿Es tu nombre verdadero?

—Sí. De Gwendolyne.

—Yo me llamo Nala —sonrió—. Bueno, en realidad me llamo Natalia, pero Nala era más comercial cuando comenzaba mi carrera. Allá por los tiempos de *El rey león*.

—¿Cantante?

—Eso quería. Pero me he quedado para mariachi en celebraciones de este tipo —dijo con un gesto de desdén hacia el exterior del baño.

—Todavía estás a tiempo.

—Gracias, eres muy amable. Pero mi tiempo ya pasó.

—Lo mío tampoco es esto, no creas. Lo hago por necesidad mientras espero algo mejor.

Nala la miró con simpatía, le gustó su sinceridad. Algunas cosas suyas le recordaban a sí misma diez años antes, cuando era una chamaca ilusionada con triunfar en la música. Wendy era una más de la legión de jóvenes guapas y rubias llenas de sueños que, como ella, llegaban a Madrid o a Ciudad de México en busca del éxito y la fama, primero; del trabajo, después; y, por último, de la supervivencia, en ese orden, y que iban bajando el listón de las ambiciones —de la supervivencia, el trabajo, la fama— a medida que acumulaban decepciones y fracasos, se iba gastando la suela de sus deportivas a fuerza de kilómetros y el tiempo les iba enseñando a distinguir la realidad de los sueños, hasta que regresaban a su lugar de origen o se quedaban en un agujero en la ciudad, a menudo en compañía del hombre equivocado. Una chica más con un bonito nombre, Wendy Paraíso, similar a otros miles de nombres adaptados para que sonaran artísticos y fueran fácilmente recordados por los miles de futuros fans y por los empresarios que elaboraban los *castings* para películas y series de televisión o de las plataformas. Wendy tenía los mismos sueños que ella había tenido diez años antes y al verla supo que terminaría teniendo el mismo desencanto.

—Hacéis un espectáculo erótico, ¿no?

—Yo solo bailo y el resto del tiempo me limito a abanicar a los protagonistas... como si formara parte del decorado.

El espectáculo consistía en una representación de las noches de Cleopatra para la que, desde luego, se necesitaba poco atrezo: un telón de fondo con un dibujo de pirámides y palmeras, unos abanicos que más parecían de China que del Nilo, una tumbona con aire egipcio y poca ropa de los intérpretes: una túnica, bajo la cual la chica que interpretaba a Cleopatra no llevaba nada, el uniforme

no menos escueto de un centurión romano, correajes incluidos, y las blusas y falditas con lentejuelas y chaquiras de dos criadas que, con una peluca negra con flequillo recto, abanicaban a la pareja emperador/emperatriz mientras simulaban follar.

Wendy era una de las criadas que, antes de la llegada de Marco Antonio, nalgueaban mientras servían a la reina, marcaban cadera exageradamente con un baile erótico con los palos de los grandes abanicos de palma y con lenguaje lésbico y provocativo pelaban los dientes mirando al público, para ir subiendo el tono de los espectadores antes de la traca final. Las amigas de la novia en la despedida de soltera podían contratar las dos versiones del espectáculo, *soft* o *hard,* con o sin final feliz de Cleopatra y Marco Antonio.

—Lo peor viene luego, cuando se te echan encima unos tipos babosos que creen que porque baile ligera de ropa también tengo que ser ligera de cascos.

—Lo sé. Tengo algo de experiencia. Les ves en los ojos que están deseando desnudarte y atarte a las cuatro patas de una cama.

Mientras Wendy le contaba todo aquello, Nala terminó de maquillarse y se vistió con el atuendo mexicano, pero al ir a calzarse descubrió que no llevaba en la valija los zapatos.

—¡Se me han olvidado en casa!

Wendy le miró las Nike.

—Con eso no puedes salir a cantar. ¿Qué número usas?

—El cuatro y medio... Perdona. En España, el ocho.

—Pues tienes suerte. —Se agachó y se quitó sus zapatos, que, aunque no eran de fiesta, tenían tacón y eran elegantes.

—¿Pero tú no los necesitas?

—No. Los egipcios no habían inventado los tacones. Además, tú actúas antes que yo. Subes, cantas y, cuando termines, me los dejas

aquí.

—¡Qué chido, me encantan! Muchas gracias, muchas gracias. —Se acercó a ella y le dio un abrazo—. Me has salvado la vida.

—De nada. Ojalá todo fuera así de fácil y se resolviera con unos tacones.

—Pues tienes razón. En el escenario podemos ser rivales, pero en los camerinos nada impide que seamos bien cuates.

Le tocaba salir ya y se levantó para cerrarse la cremallera lateral del ajustado huipil, de tonos aguacates, pero algo se le había enganchado, porque no subía ni bajaba.

—¿Te ayudo? —se ofreció Wendy.

—Sí, por favor. Súbeme el zíper.

—¿El zíper?

—La cremallera —sonrió—. Otra vez se me olvidó que ya no estoy en México.

—Ya está.

—Muchas gracias. Solo a las amigas se les puede pedir que te suban una cremallera. Los hombres solo están pensando en bajártelas. —Soltó una carcajada.

Desde lo alto del escenario la vio luego al fondo de la pista, porque el mariachi actuaba en primer lugar, mientras los asistentes se iban acomodando. Wendy la escuchó y aplaudió entre todo el aforo, que ya bailaba, gritaba y consumía como si se hubiera publicado un edicto con la obligación de agotar las bebidas, sin prestar demasiada atención a la música. El enorme local se había llenado con diferentes grupos de despedidas de solteras y de solteros, cada pandilla vestida con los mismos atuendos, como equipos deportivos. Pagaban noventa euros por asistir a la fiesta, con barra libre, espectáculo final y cena de platos en teoría afrodisiacos, con una presentación de los ingredientes más genital

que erótica, de dudoso gusto, todo servido por camareras en bikini y camareros en shorts ajustados y el torso desnudo. Nala pensaba que un mariachi no encajaba en una fiesta así, pero el empresario la había visto interpretando en una ocasión la *Macorina* de Chavela Vargas y le había gustado tanto que los habían contratado con la condición de que ella cargara las canciones de gemidos y susurros, intensificara los matices sicalípticos y en ningún momento dejara de exhibir aquella sonrisa lubricante, porque tenía algo irresistible, le dijo, que excitaba a la gente.

Wendy le hizo un gesto de simpatía levantando el pulgar mientras ella cantaba:

Ponme la mano aquí, Macorina,
ponme la mano aquí.

Cuando terminó su actuación, las dos se cruzaron en el pasillo del vestuario. Wendy ya iba vestida con una falda boquiabierta, de estilo egipcio, muy corta de vuelo y de cintura muy alta, y con dos tirantes tan anchos que le cubrían los pechos.

—Cantas muy bien... Y te voy a decir una cosa: creo que debes cambiar de músicos, no son muy buenos. Tú tienes mucho más nivel.

—Gracias —respondió—. Y tú, ¿llevas mucho tiempo en esto?

—En lo de Cleopatra, tres semanas.

—¿Y te gusta?

—Nada de nada... Pero es menos aburrido que mi anterior trabajo.

—¿Dónde?

—De camarera en un karaoke. ¡No sabes cómo desafinaban! La gente no canta tan bien como tú.

Las dos soltaron una carcajada.

—¿Tienes que salir ya? —le preguntó Nala al advertir sus prisas.

—En cinco minutos. ¡Qué pereza!

—Pues ven conmigo —le dijo cogiéndole una mano y tirando de ella hacia el aseo.

—¿A qué? —le preguntó Wendy riendo.

—A alegrarnos un poco la nariz.

—¿A arreglarnos la nariz?

—A alegrarnos —la corrigió sin dejar de reír.

En el cuarto de baño sacó una raya que le había pasado Roque y la compartió con ella.

—Así se te hará más corto.

—Eso espero.

—Oye, ¿te dejo los zapatos en el vestuario?

—Hummmmm —dudó Wendy—. Mejor no, no quiero dejarlos por ahí, no sea que...

—¿Qué te parece, entonces, si nos damos los teléfonos y quedamos a tomar unas cheves y te los devuelvo?

—Vale.

Wendy le dictó su número y Nala le hizo una llamada perdida.

—¿Por dónde paras?

—Cerca de Cuatro Caminos.

—Yo en Berruguete —dijo Nala, sorprendida de lo cerca que vivían.

—Entonces nos llamamos y nos vemos.

Nala la llamó dos días más tarde. Quedaron en una cafetería por Ríos Rosas, y cuando llegó Wendy, ella ya estaba esperándola. Los zapatos, en una caja, brillaban tanto que parecían nuevos.

—Te los he boleado y les he puesto tapas.

—No era necesario.

Estuvieron dos horas hablando de sus vidas y, al volver a casa, no le contó nada a Roque, sin saber bien la causa de su silencio. Roque

no se había fijado en los zapatos ni en la chica con melena oscura y ropa escasa que abanicaba a Cleopatra antes de su numerito erótico. Y lo mismo ocurrió las dos veces que volvieron a coincidir en aquellas despedidas de soltera antes de que Wendy dejara aquellos bolos porque había encontrado algo, le dijo, en un grupo de teatro.

Luego no volvió a verla. La llamó un par de veces para preguntarle qué tal le iba y para tomar un café si tenía tiempo, pero Wendy no podía quedar y decía que ya la llamaría ella. Le dio la sensación de que tenía la cabeza en otro sitio, de que su negativa no se debía a la arrogancia de muchas españolas, con las que tan difícil resultaba establecer una relación de amistad, sino a preocupaciones más hondas.

Y aunque había leído titulares sobre el escándalo de un vídeo erótico donde aparecía un futbolista, no había entrado en la noticia y no supo que se trataba de Wendy hasta que la semana anterior vio por casualidad su rostro en el teléfono del Araña, en un wasap que le enviaba Roque con el enlace de la noticia que relataba su muerte y un mensaje: «Fin». No la descubrió en el teléfono de Roque, demasiado precavido en todo lo relativo a su otra vida, la que mantiene oculta bajo la pantalla del mariachi. La habían estrangulado y habían arrojado su cadáver en un camino de tierra junto a unas vías del tren, cerca del antiguo apeadero de Los Peñascales, a una decena de kilómetros de la urbanización de Collado Villalba, el primer sitio donde vivió con Roque, en una zona que conocen bien. La foto en el teléfono del Araña, aquel mensaje —«Fin»— y el lugar donde apareció el cadáver han inyectado una duda en su cabeza.

Nunca ha querido saber de dónde le llega la plata a Roque, porque de los contados bolos con el mariachi no puede ser. Las actuaciones no alcanzan de ninguna manera para pagar el alquiler

del piso, gastos domésticos, ocio, caprichos y coca. No es un periquero, pero últimamente le entra demasiado. En la última fiesta puso en la tarjeta medio gramo, para media docena de rayas, y él se metió la mitad con el billete de dólar que siempre usa y en el que, si un día lo analizan, van a encontrar restos de coca prehistóricos. Además, cuando tiene plata le gusta invitar a la gente, al enjambre de golleteros que le van detrás cuando saca la cartera del bolsillo. Hace poco la sorprendió dándole quince minutos para prepararse para salir, porque iban a renovar su vestuario, que ya estaba muy visto, le dijo. Le compró ropa y zapatos y le regaló una ajorca de oro, como si estuviera ajuareándola. Se puso muy buchón y le aseguró que a partir de entonces siempre sería así.

Su último lujo, mayor que ningún otro, es el Jeep Avenger, lo que resulta extraño porque, aunque Roque siente debilidad por los buenos carros, hasta ahora el presupuesto solo le llegaba para carcachas. Cuando ella le preguntó de dónde había sacado tanta plata, Roque le dijo:

—Una antigua deuda que me han pagado de mis tiempos de futbolista. No te preocupes de nada, güera. Lo vamos a disfrutar los dos con un viaje chulo en cuanto termine una chamba que debo rematar. ¿Quieres conducir tú? —Le ofreció la llave.

—Sí.

Ella cogió el volante y condujo hasta la sierra, disfrutando del coche, de la potencia, la comodidad y otras prestaciones.

Cosas así son las que le ofrece Roque, conducir el coche nuevo que se ha comprado cuando siempre la enviaban al asiento de atrás, como a una niña pequeña, con una generosidad que ningún otro hombre le ha ofrecido nunca. Su amor se manifiesta en esos detalles, porque teme que una expresión más tierna de sus sentimientos se interprete como debilidad. Siempre la trata bien, con

respeto, es divertido cuando salen a pistear, no es un malacopa que se va a farrear fuera de casa. Le gusta estar cerca de ella y solo se permite algunas escapadas para ver los partidos de la selección mexicana en un bar mexicano con un grupo de aficionados de hueso colorado con los que mata la nostalgia de su época de jugador entre comidas picantes y tequilas pendencieros. Se siente bien con él, protegida, segura, le gusta mucho cuando la apapacha entre sus fuertes brazos. Incluso le agrada el respeto ajeno que impone su apariencia, la forma en que alguna gente se acerca a él, como se acercarían a un perro que no sabes si va a morderte. En una ocasión en que ella se lo comentó, Roque dijo sonriendo:

—La gente que no muerde termina necesitando un perro.

Nala le debe muchas cosas y, a pesar de sus defectos, ama a Roque, lo ama. Quizá en otro tiempo causó dolor a algunas personas, pero su relación con ella es indolora. Él la ha sacado de la vida ambulante del mundo del espectáculo, de los acostones con empresarios a cambio de unas semanas de trabajo amenizando las noches a los aburridos turistas yanquis y europeos en un hotel de Cancún, de novios fugaces que la trataban como si fuera un baldosín, de pretendientes majaderos que no entendían el significado de la palabra NO, de compañeros bigotones, de pelo graso y halitosis que le tiraban el calzón en cuanto se quedaban solos con ella. Desde que recuerda, siempre ha tenido que dedicar tiempo y energías a quitárselos de encima, quizá porque, aunque es mexicana, es alta y trigueña.

Además, Roque calma su nostalgia, los últimos restos de su nostalgia por la tierra. Cuando lo oye hablar, en público o en la intimidad, con su inalterado acento charro, trufado con la jerga coahuilense, le parece que escucha la pura voz de México. México es un país apasionante y tiene cosas maravillosas, pero odia otras

muchas que ha dejado atrás: las moscas enormes, la suciedad de las cunetas, la afición a usar veneno para matar animales, las mordidas, las hebillas enormes en los cinturones, Speedy González, El Santo y las peleas de luchadores enmascarados, los volcanes que amenazan dormidos y los terremotos que periódicamente zarandean el suelo, las imágenes de águilas comiendo serpientes, el sangrerío de los narcos y el gusto por mutilar y descuartizar los cadáveres de sus víctimas, como si no fuera suficiente con haberlos matado, porque los cárteles mexicanos son los más crueles de todos los cárteles de América. No, no le gusta su país, le parece que allí se concentra la violencia en mayor proporción que en ningún otro lugar del mundo.

Al margen del mariachi, Roque no tiene chamba fija, trabaja aquí y allá de guarura todo servicios, de sacaborrachos, campechaneando entre los conciertos y los encargos y casi siempre cobrando en negro. A veces vuelve con plata de alguna pelea clandestina de gallos y Nala sabe que hasta se ha encargado de dar algunas golpizas, de cobrar algunas deudas de morosos, de ejecutar alguna venganza, aunque luego quienes le pagan esos trabajos no quieren saber nada más de él ni responden a sus llamadas. Una vez incluso le llegó un rumor de un pasado mexicano de secuestros exprés, la acusación de que no era buena gente, que había un desajuste entre la amplitud de su caja torácica y el diminuto tamaño de su corazón, pero Nala piensa que fue un comentario malintencionado y lo rechaza de plano. Acepta que lo contratan para cometer algunas travesuras, y quiere pensar que se trata de gentes sin recursos que no tienen otro modo de hacer justicia, pero que nunca es nada grave ni traspasa determinados límites. Roque es duro, fue defensa central, el tipo que todo el equipo espera ver en primera fila cuando se produce una tangana en el campo. Lo suficientemente duro para que le encarguen esos trabajos, porque resulta amenazador cuando

no ríe y resulta peligroso cuando se siente amenazado, pero no con ella, con ella siempre es tierno y delicado. No es un analfabeto, no es un pinche naco, habla bien inglés. De niño estudió unos años de música, que a la postre le han servido para montar en España el mariachi, retirado del fútbol cuando el gancho de un tensor le destrozó un ojo mientras cargaba el equipaje en una furgoneta.

Después de una temporada de la que no le gusta hablar, desconcertado y sin oficio solvente para sostener el ritmo de vida al que se había acostumbrado, no tardó en marcharse de Sinaloa. Se sentía inseguro tras haber rechazado ofertas para trabajar como buchón de los narcojuniors, la nueva generación que había heredado el oficio, la crueldad y los arsenales de sus padres, pero no su continencia: vaciaban demasiadas botellas de tequila y a continuación entrenaban contra ellas la puntería con sus pistolones. Los hijos veían en su prestigio como futbolista y en su facilidad para viajar una pantalla perfecta para sus tráficos. Aquellos peligrosos niñatos no aceptaban un no y Roque cargó con las chivas y se marchó a España, donde alquiló un local con el dinero que había podido acarrear en México. Le puso el nombre de Insomnio y tuvo un éxito efímero, quizá porque, atraídos por el nombre, allí se refugiaban por las noches algunos insomnes de la ciudad, con los ojos abiertos, buscando en la bebida un efecto que ya no conseguían los somníferos. Pero cerró al cabo de un par de años, cuando pasó la moda y los gastos eran superiores a los ingresos. Sin otra alternativa, se vio obligado a ejercer de malandro y sacabullas, sí, pero porque no tenía un quinto y si no hacía algo se caía de hambre. Roque no era el tipo de hombre que se hundiría en la mera prángana. Los españoles se habían hecho los dueños de todo en México quinientos años atrás y ahora en España seguían siendo los dueños de todo y no lo compartían con sus antiguos colonizados.

Pero Nala no cree que haya cruzado nunca la línea de matar, aunque de algún modo él y el Araña están relacionados con Wendy. Sabe que ellos no son culpables de su muerte, porque la noche en que la mataron ellos actuaron en Toledo y llegaron a casa muy tarde. Pero, de México, Nala se ha traído en el corazón un detector de violencia que ha vibrado levemente con la actitud de Roque y las dudas no se le van de la cabeza. En su sospecha encajan todas las piezas de las últimas semanas: una misteriosa chamba que los tiene ocupados muchos días y de la que Roque no quiere contarle nada; mucha plata, la suficiente para comprar el Avenger casi nuevo, con la matrícula MXC; el sigilo con que sacó de su escondite en el baño la fusca, que no tocaba desde hacía tiempo, pero que ha dejado en el aire el viejo olor a pólvora mexicana; o aquel extraño viaje con el Araña a una comarca perdida. Roque le pidió que ella contratara a su nombre el alojamiento en una casa rural y que no hablara de eso con nadie. ¿Cómo se llamaba? ¿Aldeavieja...? ¿La pequeña aldea? No. ¡Medialdea, eso es, Medialdea!

Con esos misterios ya no se siente cómoda cuando Roque la toca y él ha advertido su distanciamiento: un par de veces le ha preguntado si le ocurre algo, «porque últimamente te encuentro distante, morra», le ha dicho.

Pero ahora, en el concierto, cuando comprueba la calidad del sonido en el micrófono, como teloneros del espectáculo Delicias de Cleopatra, para el que han vuelto a llamarlos, se concentra en la música y aparta de su cabeza todas esas imágenes. El local se ha llenado de gente, de grupos uniformados para las despedidas de solteras y solteros. Entre los clientes ve llegar a la puerta a un hombre alto que no encaja allí. Viene solo y no parece un invitado a ninguna despedida de soltero. Habla con el guarura, que le indica algo y lo dirige hacia los porteros, que le cobran la entrada y le

ponen en la muñeca la pulsera verde que incluye todas las consumiciones. Se sienta ante un velador cerca de unos bafles, pero es evidente que el volumen de la música lo molesta, que no tiene la tolerancia a la megafonía de los más jóvenes, que se están quedando todos sordos de soportar tanto estruendo. Se levanta, se aleja de los altavoces y queda oculto entre las mesas del fondo.

38

Ambulancia

Desde el fondo de la barra, con una cerveza en la mano y en la muñeca una pulsera verde con la leyenda DELICIAS DE CLEOPATRA que le daba acceso a todos los servicios, Cupido esperó el comienzo de la actuación del mariachi Los Tigres de Sinaloa. Tres hombres vestidos de charros ya habían subido al escenario y ajustaban el sonido.

El local, al aire libre, estaba lleno de un público ruidoso y todo anunciaba uno de esos espectáculos multitudinarios con más aforo del permitido que habían puesto de moda los jóvenes empresarios del ocio, ansiosos del enriquecimiento rápido. Cerca de él reía un pequeño grupo de asistentes, con copas en las manos, y una chica que llevaba una diadema con un pene en la cabeza le dijo a un hombre:

—Tu novia me ha dicho que se va a separar de ti.

—¿Separarse de mí? ¿Por qué? Si yo no hago nada.

—Precisamente por eso, por lo que no le haces —respondió entre las carcajadas etílicas del grupo.

Un acople de la megafonía impidió oír la conversación y, al reanudarse, la misma chica dijo:

—Pues yo tengo la colección entera: consolador, vibrador, bolas chinas...

—¿Pero tu novio no...?

—¡Ah, cariño! ¡Los hombres no dan para tanto!

En otra mesa, otra chica comentaba:

—Este mes tengo dos bodas: una de dos amigos y otra de dos amigas.

Por fin salió la cantante del mariachi, saludó a todos los asistentes, anunció el comienzo de la fiesta y los animó a pasárselo bien entre aplausos y silbidos. A pesar de la megafonía, Cupido identificó la voz: era la misma que le había contestado al teléfono cuando llamó para informarse sobre el mariachi. Los cuatro componentes iban vestidos de charros. Atractiva, con un vestido floral de amplia falda que revoloteaba al girar, comenzó a cantar con una voz de lava, oscura y caliente, algo rasposa, de una belleza suburbial, que evocaba a Chavela Vargas, mientras hacía un gesto sugerente y acorde al tipo de fiesta que amenizaban:

Ponme la mano aquí, Macorina,
ponme la mano aquí.

Le pareció que la voz de la cantante sonaba mejor que la música de los instrumentos, aunque el mariachi más joven marcaba el ritmo y lograba sacar a base de pulmones todos los sonidos que guardaba dentro la trompeta. Su dominio técnico destacaba de forma evidente sobre los otros dos, que no afinaban tanto, como si dieran una nota más baja o más alta de la que correspondía: un rascatripas muy delgado, que se esforzaba con el violín sin demasiado éxito, y un tipo muy fuerte que tocaba la guitarra, con el rostro en sombra bajo el enorme sombrero, desde donde ver bien sin ser visto, y que, desde el centro, parecía el líder del grupo. Los dos últimos coincidían con las descripciones que Hasán, Celeste y el operario de la cosechadora le habían dado, y aunque allí arriba parecían suavizados por la música, no le resultó difícil imaginarlos armados con rifle y cazando coyotes entre los cactus de un desierto o ejerciendo de

sicarios. Al terminar una de las canciones, el más fuerte se retiró al fondo del escenario, cogió algo del suelo y, de espaldas, inclinó hacia atrás la cabeza y se humedeció un ojo con un colirio en espray para aliviar la irritación que debían de provocarle las luces y el humo del tabaco. Cupido ya no tuvo ninguna duda de que eran ellos. Y la mujer, ¿era la mujer que había contratado el alojamiento en Medialdea?

Una hora después, cuando ya todos los asistentes, animados por la música, el alcohol y lo que tuvieran a mano, reían y gritoneaban y aumentaban la temperatura y la cercanía de sus cuerpos, en un ambiente general de excitación y de genitales inflamados, el mariachi se despidió entre unos tibios aplausos para dar comienzo al espectáculo erótico de las delicias de Cleopatra. Algún chico se había quitado la camisa y algunas chicas se habían quitado de la cabeza la diadema con el pene para colocársela sugerentemente en una pierna. Cupido abandonó la barra y pasó por el aseo. La cara interior de la puerta estaba tatuada con toscas pinturas coitales, velludos genitales de ambos sexos y garabatos eróticos, y en la cabina de al lado se oía a una pareja haciendo sus cosas, sin preocuparse por los ruidos.

En otra cabina, dos chicas hablaban entre carcajadas:

—Si te has puesto unas bragas tan sexis es porque vas a enseñarlas.

Salió del local, todavía sintiendo en los oídos el estruendo de la megafonía. En la puerta asomaba un amago de pelea entre varios chicos y, algo apartada, una chica vomitaba con violentos espasmos inclinada hacia un árbol mientras otra la miraba a un par de metros de distancia para no mancharse.

Desde su coche, en el amplio aparcamiento del local, esperó a que salieran los mariachis. Aunque no podía demostrar lo que sabía,

tenía la certeza de que dos de ellos habían matado al Alkalino y tal vez a Wendy Paraíso. Dos sicarios ocultos bajo la fachada de músicos de festejos, una dedicación que les permitiría libertad de horarios y movimientos para las otras actividades de Los Tigres de Sinaloa. ¡Y qué nombre más apropiado! Alguien los había contratado, porque ninguna relación personal los unía con sus víctimas. Si habían sido capaces de torturar al Alkalino es que estaban familiarizados con la violencia, y sin violencia quizá no sería fácil atraparlos. Tampoco condenarlos: aunque los identificaran Hasán o los cosechadores, cualquier abogado podría romper el vínculo entre la estancia en Breda y la muerte de su ayudante: miles de personas usaban colirio, miles escuchaban narcocorridos...

Media hora después los vio salir del local, riendo y bromeando, y subirse a un Jeep Avenger de color negro del que anotó la matrícula, 4376 MXC, como si fueran proclamando su nacionalidad. En pocos años los gustos automovilísticos de las mafias habían cambiado y las lujosas berlinas habían sido sustituidas por flamantes todoterrenos de cristales tintados. Lo único que no había cambiado era el color negro de las carrocerías. No tuvo dificultades para seguirlos, dejando siempre un coche o dos entre ellos, con especial atención para no quedarse cortado en un semáforo.

Tardaron quince minutos en entrar en el garaje de un edificio en una pequeña plaza ajardinada y Cupido giró por la primera calle de salida, aparcó y volvió caminando hasta el garaje. Cinco minutos antes habían dejado atrás Cuatro Caminos, pero no sabía dónde estaba. Refugiado en la entrada de un local comercial cerrado, con un enorme cartel de SE ALQUILA en el escaparate, memorizaba en el móvil la ubicación cuando vio que salía del edificio un hombre con la funda de un instrumento musical en la mano. Sin el traje de charro,

tardó un segundo en reconocerlo a la luz de las farolas: el tigre trompetista. Llegó un taxi y desapareció en él.

Eran las dos, todo estaba oscuro en el edificio excepto una doble ventana en el tercer piso, quizá el salón de una vivienda. Pero también su luz se apagó y se iluminó al lado una ventana más pequeña. La silueta de una figura alta y fuerte se recortó de pronto a la luz amarilla de la habitación, y desde la penumbra de la calle Cupido vio cómo inclinaba la cabeza hacia atrás y se llevaba una mano frente al rostro y realizaba el gesto inconfundible de asperjar un colirio sobre un ojo.

Unos minutos después se apagó la luz y el edificio entero quedó a oscuras, pero el detective aún siguió esperando. De las farolas caía un sudario blanco sobre el pavimento de la plazuela. Caminando como un sonámbulo, por un lateral apareció un hombre. Se detuvo al llegar junto a una de ellas y elevó los ojos hacia la luz, bajo la cual cruzaban veloces los murciélagos que habían salido de cacería engullendo los abundantes mosquitos de la primavera.

«Aquí estoy, os encontré. Os encontré», susurró Cupido, sintiendo que había llegado hasta la cueva del cíclope, como lo había llamado Celeste. El mexicano se había echado a dormir mientras él vigilaba insomne, como el cazador que en la oscuridad diseña una estrategia para la caza de la fiera al día siguiente.

Esa noche, dedujo, ya no se moverían más, pero aun así esperó todavía un tiempo antes de marcharse. Estaba cansado y también él necesitaba dormir unas horas antes de volver a su puesto de observación cuando la noche se hiciera luz. Abandonó la plaza y al regresar hacia el coche se cruzó con una chica joven que llevaba un pitbull con bozal y correa corta. El perro miró a Cupido con curiosidad y la chica tiró de él:

—Vamos, *Topuria*.

Después de dormir unas pocas horas, el detective alquiló a la mañana siguiente en Europcar, una Volkswagen Multivan blanca para tener mayor discreción y comodidad que en su coche, que tan cansado le resultaba por no poder estirar las piernas sin que las rodillas le chocaran contra la base del volante y el salpicadero.

En la plazuela, esperó en un vado hasta que encontró aparcamiento y a las doce había alternado la vigilancia del edificio desde la furgoneta, oculto en la parte trasera, y desde la cafetería de enfrente. Como no veía a ninguno de los mariachis, temió que hubieran salido antes de que él llegara, pero poco después del mediodía apareció la mujer por la puerta y, un paso por detrás, el hombre delgado. Los dos se alejaron caminando por la acera. No eran ellos quienes más le interesaban y el detective permaneció en su sitio.

Regresaron media hora después con unas bolsas de Mercadona y Cupido reanudó la espera, que tanto lo aburría. Comió un plato combinado en la cafetería y volvió a la furgoneta para seguir vigilando desde dentro. Allí estaba cuando, a las cuatro y media, vio salir del garaje el Jeep Avenger, conducido por Roque, y lo siguió hasta una zona de edificaciones comerciales, donde aparcó frente a un gimnasio. El mexicano salió del coche vestido con ropa deportiva y con una pequeña bolsa. Estuvo dentro casi dos horas. Regresó a la casa, pero no entró en el garaje. El hombre delgado estaba esperándolo en la acera y subió al todoterreno. Cupido los siguió de nuevo, extremando las precauciones, aunque la ciudad estaba llena de furgonetas de reparto de color blanco, hasta que detuvieron el coche en el límite de una urbanización, frente a un puesto de la Cruz Roja y una gasolinera.

Ya era casi de noche y no creía que pudieran identificarlo, pero no encontró un hueco para aparcar y tuvo que adelantarlos. Dejó atrás

el puesto sanitario y entró en la gasolinera. Mientras repostaba observó el Avenger, cien metros atrás: los dos mariachis seguían en su interior y temió que hubieran advertido el seguimiento y lo estuvieran observando a él, pero cuando estaba pagando los vio salir y dirigirse hacia el puesto de la Cruz Roja.

No entendía nada. ¿Qué buscaban allí? Roque había salido del gimnasio con un aspecto de envidiable forma física, no parecía necesitar ninguna ayuda médica y, por otra parte, había otros lugares más adecuados para pedirla en caso necesario. Y mucho menos los imaginaba prestándose para colaborar como voluntarios.

Salieron diez minutos más tarde, subieron al coche y Cupido los siguió de nuevo hasta la plazuela. Cuando entraron en el garaje, él regresó hacia el puesto de la Cruz Roja. Era una pequeña nave con dos ambulancias aparcadas y, a un lado, una oficina donde un chico y una chica miraban algo en un ordenador.

—Vengo buscando a unos conocidos míos, mexicanos. Habíamos quedado en vernos aquí..., pero no he podido llegar antes y creo que se me ha hecho un poco tarde.

—Sí. Los que venían preguntando por Brais —dijo el muchacho.

Brais. Cupido evocó la imagen del arisco novio de Celeste en su primer encuentro, su actitud defensiva y protectora. En la segunda entrevista, tras la muerte de Wendy, Celeste había mencionado que Brais había sido futbolista profesional y que había llegado a jugar con Gamma.

—¿Tú también eres ciclista? —le preguntó la chica observando su aspecto atlético, su fibrosa delgadez.

—Sí.

—¿Amigo del ciclista herido?

—¿Del ciclista herido?

—Sí. En la subida del domingo a la Bola del Mundo. La caída tan tonta. El pobre no pudo ni empezar a pedalear. ¿Cómo está la clavícula?

—Bien. La clavícula es una de las lesiones más frecuentes con la bicicleta —comentó.

—Brais conducía la ambulancia donde le entablillaron el brazo y tus amigos venían a agradecérselo personalmente.

—Seguro que lo hizo bien. Como ha sido futbolista, sabe la trascendencia de las lesiones deportivas.

—Claro —asintió la chica. Aquel dato indicaba que Cupido lo conocía y anulaba el recelo a dar información—. Hoy le habríais alegrado el día.

—¿Hoy? ¿Otros días no lo está?

—Bueno, no imaginas cómo es nuestro trabajo. Alguien tiene un accidente y llegas tú para salvarle la vida, y cuando se recupera, si te he visto no me acuerdo. Siempre te gusta que te lo agradezcan, ¿no?

—A mí también me gustaría saludarlo. ¿Tenéis su teléfono?

—Protección de datos nos prohíbe dar cualquier información sobre los compañeros —intervino el chico.

—Pero mañana puedes encontrarlo aquí. Comienza su turno a las ocho.

39

Secuestro

—Dijiste que no nos llamáramos por el móvil. ¡Y menos a estas horas! —protesta Gamma. Es tarde para hablar y Adriana está cerca.

—Esta vez hay buenas noticias —le susurra Roque—. Hemos encontrado a la Malinche.

—¿Seguro?

—Seguro. Sabemos su nombre y su trabajo. Solo te llamo para que duermas tranquilo, güey. Ahora sí que tenemos el problema a punto de turrón y en un par de días te lo resolvemos para siempre.

—Eso espero —suspira.

—Tranquilo ahora. Tú no me timbrees, yo te iré informando. Confianza.

—Una cosa —dice Gamma antes de colgar.

—Sí.

—No quiero más...

—No te preocupes —lo interrumpe—. Te dije que terminaríamos la chamba y vamos a terminarla. No hay más. También está en juego mi reputación. —Lo oye reír—. ¿Sabes qué?

Para haberle pedido que no se comunicaran por teléfono, Roque está locuaz y habla exaltado, demasiado deprisa, no puede evitarlo. Sin duda se ha metido algo. Gamma oye el ruido de cristal de una botella al chocar con un vaso y un gorgoteo, seguramente de tequila. Un caballito.

—Qué.

—Te considero mi carnal porque fui futbolista, como tú. Pero ahora creo que debería haberme dedicado desde siempre a esta chamba.

—¿Esta chamba?

—Resolver problemas de la gente. Como ahora contigo.

Roque cuelga y vuelve desde la cocina al salón, donde Nala, tumbada en el sofá, vestida con la piyama, está viendo por segunda vez *Breaking Bad*.

—¿Con quién hablabas? —le pregunta sin mostrar recelo.

—Con un cliente que nos ha encargado una chamba que por fin vamos a resolver mañana —le dice, contento—. Me voy a la cama, morra, estoy cansado. Y mañana el ñengo y yo tenemos que madrugar.

Se inclina hacia ella y la besa.

—Sabes a tequila —dice Nala.

—Un par de caballitos.

—Y estás un poco mariguano.

Roque sonríe.

—Para dormir mejor.

—Ahorita llego.

—Te espero. No tardes.

Pero Roque está dormido cuando Nala llega a la cama, muy tarde, y solo se despierta con la alarma programada para las seis. Sale del dormitorio con sigilo y, de paso al retrete, ve al Araña que ya lo está esperando en la cocina. No lo ha oído y por cosas así le deja vivir con ellos en la casa, sin molestar nunca, aunque a Nala le resulte un poco inquietante.

—Esperaba que todavía estuvieras dormido. No has hecho un ruido. ¿Es que tú no meas nunca, no tiras de la cadena?

El Araña se limita a responder levantando los hombros.

—¿Lo tienes todo preparado? —le pregunta cuando sale del baño.

El Araña señala la bolsa que usan para aquellos trabajos, donde llevan la cinta americana, guantes, tequila, la caja de herramientas, la fusca.

—Pos ándale. Desayunamos fuera.

A las siete y media ya están aparcados a cincuenta metros de la entrada al puesto de la Cruz Roja. Los cristales subidos, el motor apagado, la marcha en neutral. Lo han programado todo la noche anterior, el tiempo de ejecución y los medios necesarios, los movimientos que harán y los imprevistos que pueden encontrar. A Roque le gusta hacer las cosas con decisión, rápido, sin titubeos, sin pensarlo demasiado. Como los secuestros exprés en el DF.

Saca una bolsita de coca, se echa un tiro en el dorso de la mano, entre el pulgar y el índice y lo inhala con dos potentes aspiraciones. Se lame la piel y nota el empujón, mira la hora y dice:

—No tardará.

Y en efecto, poco después llega ante la verja del puesto de la Cruz Roja el Dacia Sandero azul rayo que ya conocen, porque unas semanas antes dejaron bajo su limpiaparabrisas una pluma blanca rota y ensangrentada, lo cual les confirma que no están equivocados. El conductor abre la puerta con un mando a distancia.

—Es él —dice Roque.

Los dos mariachis salen del Avenger según lo planificado, caminan deprisa hasta la entrada y se cuelan tras él antes de que se cierre la puerta automática. Brais acaba de aparcar en un lateral y, cuando se dispone a apagar el motor, ve cómo dos tipos se suben a su coche, uno, muy fuerte, en el asiento del acompañante, y el otro detrás. El fuerte le resulta vagamente conocido, lo ha visto en algún sitio.

—¡Eh! ¿Qué cojones hacéis? No podéis estar aquí. Todavía no hemos abierto.

—Lo nuestro es más que urgente, pendejo —dice el primer hombre, que le hunde el puño en el estómago.

Brais intenta responder con un golpe que busca su rostro, pero el tipo lo detiene con el antebrazo y al mismo tiempo siente en el cuello la presión de una cuerda fina, de un cable que, más que asfixiarlo, parece que va a cortarle la garganta.

—¿Qué queréis? —logra preguntar cuando se queda quieto y se afloja la tensión.

—Platicar contigo, compadre. Queremos que nos digas adónde fuiste después de entablillarle la clavícula al ciclista en la carrera de la Bola del Mundo. —Aunque habla en voz baja, resulta tan amenazante como el estampido de un cañón.

Brais lo recuerda ahora: era uno de los espectadores en medio de la barahúnda y, de pronto, los asocia a lo que le contó Celeste: dos tipos parecidos la abordaron en el aparcamiento del campo de fútbol y dejaron una pluma ensangrentada en su parabrisas. ¿Cómo lo había llamado? Un coloso..., no... ¡Un cíclope, eso es! Intenta llevarse las manos al cuello para anular la presión de la cuerda, pero de nuevo recibe un durísimo puñetazo en el estómago que le hace encogerse hacia el volante.

—¡Hijo de la gran chingada! No sabes dónde te has metido. ¿Ves esto? —Roque le enseña la pistola oculta bajo la cazadora—. Supongo que sabes para qué sirve. Ahora vas a arrancar esta carcacha y conduces por donde yo te diga. Y ten cuidado, porque no me gusta madre tu actitud. A la más mínima pendejada, no sé si te sorrajo un tiro o dejo que mi pana te corte la garganta. ¿Qué prefieres?

Brais asiente en silencio, tan atemorizado por la pistola como por el cable, que afloja la presión.

—Ándale, arranca ya.

Obedece y dirige el coche hacia la puerta.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar donde podremos platicar tranquilos y sin escuchas. Si nos das lo que nos has quitado, terminamos deprisita, vuelves al trabajo y tus cuates ni te echarán de menos.

—No sé de qué me hablas.

Nota un nuevo tirón del cable en la garganta.

—Tú mismo, pendejo. Ahorita, coge la segunda salida en la rotonda, sin prisas ni chingadas.

Hay poco tráfico en la mañana del domingo y, tras varios cruces y rotondas, alejándose de la ciudad, le indican que se desvíe hacia un polígono industrial con cierto aspecto de abandono. De vez en cuando el cíclope mira hacia atrás por el retrovisor lateral comprobando que nadie los sigue.

—Para frente a esa puerta —le indica por fin en una de las calles.

El Araña se baja, abre una verja metálica para que pase el coche y lo obligan a aparcarlo en un pasillo lateral. Brais siente la pistola del tipo fuerte en los riñones mientras el otro abre una puerta peatonal integrada en la enorme puerta de la nave, entran y vuelve a cerrarla con rapidez. La nave, con un pasillo central, está dividida en espacios más pequeños y entran en uno de ellos. Aunque, por un momento, libre del cordón en la garganta, Brais piensa en la velocidad de sus piernas futbolistas, también parece rápido el tipo fuerte y más rápida aún es su pistola. Además, han vuelto a cerrar con llave la puerta principal de la nave, de modo que se queda quieto esperando una oportunidad.

El espacio, amplio, está habilitado para alguna actividad musical, porque las paredes están forradas de paneles de corcho. La luz cae de las bombillas de led encastradas en el techo. Al fondo hay tres micrófonos en sus trípodes, un equipo de sonido, bafles, una

pantalla como para un karaoke y, apoyadas en la pared, un par de guitarras. En un perchero en un rincón ve también dos enormes sombreros mexicanos y, en una mesa lateral, un *six* de Coronitas y envases de comida mexicana.

—¿Te gusta la música? —le pregunta el cíclope, que no deja de apuntarle con la pistola.

—No mucho.

—¡Vaya! Pues vas a tener que cantar al ritmo que te marquemos. Y no te preocupes si desafinas, aquí no te oirá nadie. Estos son estudios insonorizados para que ensayen los músicos. Roqueros y charangas que hacen mucho ruido.

Pone música en el equipo y sube el volumen, de modo que un grito quedaría aplastado por las trompetas, violines y guitarras que acompañan la voz de un mariachi:

Más de veintitrés balazos
le han pegado en el cuerpo,
sigo la orden del jefe:
secuestro, mato y entierro.

El Araña arrastra una silla hasta su espalda y Roque le ordena:

—Siéntate.

Brais no hace ningún movimiento hasta que de nuevo el cable le aprieta la garganta y lo obliga a sentarse. Le atan las manos al respaldo de la silla y le sujetan los tobillos con cinta americana, con una pericia bien entrenada.

—No sé quiénes sois ni qué queréis de mí. Pero estáis equivocados, no soy la persona que buscáis.

—¿Te llamas Brais Muro González?

—Sí.

—¿Y eras futbolista?

—Sí.

—¿Y ahora conduces una ambulancia de la Cruz Roja?

Brais no contesta a esa última pregunta.

—Nos hemos informado bien, pendejo. Tu historia está en internet. Eras una gran promesa del fútbol, pero te chingaron las lesiones.

Brais niega con la cabeza. Mira hacia atrás y ve que el hombre delgado se ha ido a un rincón de la habitación sin haber hecho el más mínimo ruido y le aterroriza saber que, del mismo modo, puede reaparecer junto a su nuca. En cambio, al cíclope parece que le gusta mucho hablar, aunque ahora se ha detenido para sacar del bolsillo un pequeño espray con el que se humidifica el ojo derecho. Cierra los ojos con fuerza y parpadea. Una cicatriz le salta desde el arco ciliar al pómulo y parece haber afectado al ojo, que lo mira inmóvil, muerto. Ninguno de los dos hombres tiene prisa, como si estuvieran acostumbrados a situaciones así y no les desagradaran.

—Mediapunta. Eras un mediapunta técnico y talentoso. ¿Sabes una cosa?

—No.

Roque lo mira esperando a que se interese más, porque un monosílabo no le parece suficiente respuesta, pero ante su silencio, continúa:

—Yo también fui futbolista. Roque Guzmán Talisco. No me importa decirte mi nombre, porque cuando salgamos de aquí no te interesará repetírselo a nadie. Fui futbolista, pero no de los que meten goles, sino de los que se encargan de que los mediapunta como tú no los metierais. Tuve que dar más de una patada cuando no encontraba otra forma de pararos, cabrones.

—¿Y qué queréis de mí? —le pregunta, desinteresándose del fútbol—. ¿Dinero? ¿Esto es un secuestro exprés?

Roque sonríe.

—No está mal esa idea, güey. Sí, queremos dinero.

—¿Cuánto?

—Medio millón de euros.

—Estás loco.

—El medio millón de euros que te llevaste delante de nuestras narices.

Brais esboza una sonrisa sin disimular que es irónica.

—Creo que os habéis equivocado de objetivo.

—¿Te suena una bolsa de El Corte Inglés repleta de billetes?

—No sé de qué me...

No ha terminado de hablar y ya ha recibido una patada en el pecho que lo tira hacia atrás y despeja cualquier duda de que el cíclope haya sido futbolista. El Araña abandona su rincón y viene a levantarlo, sin desatarlo de la silla.

—Hace pocos días me cansé de oír esa misma cantinela, y ¿sabes cómo terminó el tipo?

—No tengo ni idea.

—Se cayó por un puente.

Brais se ha hecho daño al caer sobre el antebrazo y siente un agudo dolor en el codo, pero mira a Roque a los ojos y dice:

—Suéltame las manos y veremos quién patea más fuerte.

Roque suspira con fastidio.

—Esta conversación puede terminar ahorita mismo sin más mierda o convertirse en un asunto largo y doloroso para ti si no nos devuelves nuestro dinero. Si no me contestas a mí, te dejaré en manos de mi achichincle. Lo llaman el Araña. Y él sí sabe del dolor. ¿Sabes por qué?

—No.

—Estudió esa carrera donde se estudian los músculos, los huesos y los nervios. Era masajista de un equipo de fútbol, pero lo echaron. —Roque suelta una sonrisa turbia—. Demasiada afición a masajear a los escuincles.

Brais mira hacia el rincón que hay a su espalda, adonde ha vuelto el Araña como si volviera a su tela, siempre en silencio, sin remover el aire, oscuro y delgado, con una delgadez que resulta más siniestra y amenazadora que los músculos y el exceso de testosterona que podría esperarse en un esbirro, y se ha quedado allí, inmóvil, de pie sobre las piernas huesudas y estevadas sobre las que se abolsa el pantalón negro, capaz de subir hasta el techo aprovechando la rugosidad de las paredes. La luz artificial de las bombillas aguza sus ángulos, la dureza de sus articulaciones.

—Dime qué habías pensado comprarte con nuestro dinero —continúa Roque— y puede que hasta te hagamos un buen regalo de tu lista de deseos.

—No sé de qué me hablas —responde Brais mientras forcejea para soltarse las manos, a pesar del dolor del codo.

El teléfono de Roque suena en su bolsillo con un timbre de matasuegras y se aleja hasta la puerta antes de contestar. Brais piensa en gritar, pero antes de que se haya decidido siente de nuevo en el cuello el ahogo del cable.

—Dime, morra... No, no nos esperes para comer. Intentaremos llegar, pero no puedo prometértelo... Guárdanos unas gorditas y unas cervezas bien frías.

Cuelga y vuelve junto a él.

—Esto no es un partido de fútbol, pendejo. Aquí no hay árbitro que me expulse del campo si te doy otra patada —le dice mostrando los dientes en un gesto aprendido de los lobos—. O peor, si le dejo la

iniciativa a mi pana. A él nadie se le resiste cuando le mete en vena sus toxinas. O cuando utiliza... ¿No te las ha enseñado?

—¿Qué?

—Su juego de pinzas metálicas bien afiladitas. Puedes estar seguro de que sabe manejarlas. No hay nada en tu cuerpo que él no te pueda arrancar... y no quedará ninguna parte en que no sientas dolor. Él te va a arrancar esas pendejadas que llevas en la oreja. El Araña es como una urraca, le gustan las cosas brillantes. —Roque rio como si le hiciera mucha gracia su comentario—. Así que te lo pregunto por última vez. Si nos das lo que queremos, te vas por tu camino y nosotros por el nuestro. No te preocupes, no te pasará nada. Tú eres el primero que no puede acudir a la policía a denunciar que te dieron una golpiza para obligarte a devolver el dinero de un chantaje. Te preguntarían cómo conseguiste las imágenes de una chica asesinada. ¡Ya lo ves, pinche idiota, no tienes otra solución!

40

Polígono

A las siete de la mañana, Cupido aparcó la Multivan junto a una papelera que alguien había desencajado de su soporte de una patada, desparramando la basura por la acera. Pocos minutos después vio cómo se detenía tras él un coche del que salió un chico muy joven. Se apartó hacia el arcén y vomitó con violencia el alcohol que llevaría ingiriendo toda la noche antes de volver al coche y marcharse acelerando.

Desde su sitio, veía la entrada al puesto de la Cruz Roja. Deseaba estirar las piernas, pero permaneció dentro, recordando lo que Farfán había dicho sobre la necesidad de que un buen detective fuera translúcido.

Como había previsto, el Avenger con la matrícula 4376 MXC y los cristales tintados apareció poco más tarde y aparcó discretamente cien metros por delante de él.

Y poco antes de las ocho, un Dacia Sandero azul claro llegó hasta el puesto sanitario, se abrió la verja y desapareció dentro. Antes de que se cerrara, los dos mariachis salieron del Avenger y se colaron por ella, los dos tan distintos —uno muy fuerte caminando con los puños apretados, como dispuesto a golpear a cualquiera que encontrara a su paso, y el delgado caminando sin tocar el suelo—, pero tan iguales en la misma actitud depredadora, en el caminar de hiena acercándose de modo lateral a la presa. No habían pasado tres

minutos cuando el Dacia azul volvió a salir y el detective distinguió en su interior tres pasajeros. Todo indicaba que uno de ellos iba contra su voluntad.

Encendió el motor y dejó que atravesaran la rotonda antes de arrancar. Con muchas precauciones, los siguió hasta un polígono de naves comerciales, talleres y pequeñas industrias más allá de Las Rozas, donde, por miedo a acercarse demasiado, los perdió de vista una vez que entraron en el polígono. Cupido avanzó despacio entre una red de calles perpendiculares sin referencias claras, con filas de naves idénticas, todas con un patio delantero separado de la calle por una verja. Sin apagar el motor, se detuvo en una esquina con la ventanilla abierta, escuchando en vano.

Irritado consigo mismo por haberlos perdido, veinte minutos más tarde había recorrido toda la retícula sin localizar el Dacia azul. Debían de haber entrado en una de las naves y habían cerrado la puerta.

Volvió a la entrada del polígono y se detuvo bajo un gran cartel con el plano de las calles y de la localización exacta de las empresas en el nomenclátor elemental de abscisas y ordenadas: números para las calles verticales, letras para las horizontales. Almacenes de materiales de construcción, de maderas, de bebidas, talleres de coches, de hierros y aluminios, de persianas y tapicerías, concesionarios, outlets de muebles, empresas de limpieza, de seguridad, de alquileres de vehículos, de energías renovables, una sucursal de Bankia y un par de bares y restaurantes.

Arrancó y fue hacia la cafetería, abierta aunque era domingo. Dos vigilantes con el uniforme de Prosegur, una cuadrilla de operarios con mono de una empresa de limpieza y tres o cuatro clientes más consumían en la barra.

Pidió un café, pensando cómo obtener información de la camarera sin parecer un policía. No podía preguntar directamente por dos tipos mexicanos, uno fuerte y otro delgado que formaban parte de un mariachi. Cuando la camarera le sirvió el café, le dijo:

—Estoy buscando un local donde pueda ensayar un grupo de música.

—Pues no lo sé, no llevo mucho tiempo aquí. ¿Eres músico?

—Soy representante —sonrió.

—No sé si en el polígono hay locales así.

—Sí los hay, sí —intervino uno de los limpiadores, joven y con rastas. Se dirigió a Cupido—: ¿Un grupo de rock?

—Sí. Y hacen bastante ruido.

—Hay una nave donde alquilan locales insonorizados.

—¿En qué calle?

—En la F, a media altura. Está aquí cerca. En la fachada pone «Se alquilan estudios» o algo así.

—Muchas gracias.

Pagó las consumiciones de la cuadrilla y caminó hasta la calle F. A pie se advertía la suciedad, los envases vacíos tirados en los alcorques, algunos con los árboles muertos, un colchón viejo apoyado contra un contenedor de basura... y muchos gatos, colonias de animales abandonados que procreaban sin ningún control. Quizá porque no vivía nadie en ellos, pero al mismo tiempo albergaban muchas cosas de valor, los polígonos industriales en horario festivo, con las naves cerradas y sin actividad laboral, le producían una sensación inquietante, de comercio no siempre legal, de tráfico de mercancías clandestinas.

Enseguida encontró la nave que buscaba, que también anunciaba sus locales en inglés: STORAGES FOR RENT, y se asomó entre las rejas de la valla cerrada: en el pasillo lateral descubrió el Dacia azul.

La enorme puerta de la nave también estaba cerrada y no se oía nada dentro ni se percibía ningún indicio de actividad, pero aquel silencio resultaba inquietante. Después de lo que los dos mariachis habían hecho con el Alkalino, imaginó lo que ahora podían hacer con Brais, también relacionado con Wendy Paraíso de algún modo que todavía no sabía precisar.

Cupido no podía entrar en la nave ni podía limitarse a esperar sin hacer nada. Se alejó hasta la esquina de la manzana, le envió a Gallardo su ubicación en el GPS del móvil, lo puso en silencio y esperó impaciente su llamada. La áspera fanfarria de dos urracas que se reían —de qué— posadas en un cable eléctrico aumentaba la extraña quietud del polígono en la mañana dominical. Tres minutos después el teniente lo estaba llamando.

—Veo que estás en un polígono industrial.

—Sí.

—¿Y qué ocurre ahora que no me habías contado? —pregunta furioso—. ¿Qué has encontrado ahí?

—Lo que llevo buscando tres semanas.

Le contó rápidamente cómo había llegado hasta allí, cómo había encontrado a los dos mariachis y por qué los había seguido. Una hora antes había visto cómo se llevaban a Brais, pareja de la mejor amiga de Wendy Paraíso.

—¿Y todo está relacionado?

—Sí, aunque no sé cómo ni por qué.

—¿Estás seguro de que lo tienen ahí?

—Sí, he visto cómo se lo llevaban en su propio coche. Me temo lo peor, pero no tengo medios para impedirlo. Están en una nave industrial. Creo que hay que entrar ya mismo. Es urgente.

—No cuelgues.

Gallardo se apartó del teléfono y Cupido supuso que lo estaba consultando con Andrea, que había ido a Madrid para colaborar en la investigación cuando apareció el cadáver de Wendy. Sin que nada se hubiera movido en la nave, dos minutos después el teniente se puso de nuevo:

—¿Me oyes?

—Sí.

—He hablado con un compañero, Peralta, el encargado de este asunto en Madrid. No es guardia, es policía nacional. Un buen tipo. Hemos colaborado otras veces y me debe algunos favores. Va a llamarte enseguida. Además, Andrea saldrá ya mismo para allá. Ahora no te muevas de ahí hasta que ellos lleguen. Vas a apartarte a un lado y a esperar, pero me llamas más tarde con toda la información.

Cupido se quedó esperando en la esquina de la calle F con la 3, desde donde veía la entrada de la nave. El teléfono volvió a vibrar con un bufido. Era Peralta y le dijo que no se moviera, ellos ya iban de camino.

Un rato después llegaron dos coches camuflados de la policía y del primero bajó un hombre vestido de paisano. Cupido le señaló la nave donde estaban los mariachis y el policía le pidió que entrara en el otro coche, que él lo sustituía en la vigilancia. En el asiento de atrás estaba Peralta, sorprendentemente joven. Le dio un fuerte apretón de manos y, sin dejar de atender a la comunicación interior, le pidió que le resumiera todo lo ocurrido hasta llegar allí. Otro policía, desde el asiento del copiloto, dijo algo de una autorización judicial concedida, tomaba referencia de la nave en la pantalla del salpicadero y coordinaba los preparativos para una inminente operación de asalto.

—Ya están ahí los GAR. Tenemos los planos del interior y enseguida tendremos el directo desde arriba.

Habían pasado dos horas cuando en la pantalla aparecieron imágenes de la nave tomadas por un dron que mostraban las pequeñas figuras de los GAR rodeando la edificación, saltando la valla y llegando a la puerta, ante la cual se detuvieron tres de ellos. Debían de haber cortado las calles adyacentes, porque no se oía nada ni pasaba ningún coche. Cupido, testigo privilegiado de la operación, admiró la rapidez y orden con que se iba montando el despliegue policial.

El sigilo con que hasta entonces habían actuado se convirtió de pronto en un frenético movimiento desde el momento en que reventaron la puerta. Hasta el coche, aparcado tras la esquina, llegaron los gritos y los estampidos de disparos y, un minuto más tarde, de fondo, la sirena de una ambulancia, las dos notas de su ulular de brujas. Luego, tan de repente como había comenzado, regresó el silencio.

—Controlado —dijo al fin una voz por el transmisor. Solo habían tardado unos minutos.

Peralta y el otro policía, a quien se le notaba demasiado el bulto de un arma automática bajo la chaqueta, salieron enseguida y fueron corriendo hacia la nave, sin permitir que los acompañara el detective, que permaneció en el coche, en la transversal, sin vistas al escenario donde se había desarrollado el asalto. Miró hacia atrás por la luna trasera y vio, muy al fondo de la calle, un control policial con algunos curiosos en las aceras.

Peralta no tardó en regresar, le agradeció a Cupido que los hubiera avisado y le contó brevemente los detalles del asalto: los GAR habían abierto la cerradura de la nave sin hacer ruido, habían entrado con sigilo y, cuando localizaron el espacio donde estaban los

mariachis, reventaron la puerta. Sorprendidos, los mexicanos habían intentado defenderse, pero enseguida uno de ellos, el más fuerte, fue reducido por los agentes. El otro, que estaba al fondo de la habitación, disparó con una pistola contra los guardias e hirió a uno de ellos en un brazo antes de ser abatido.

—Es una reacción normal en estos tipos. Los educan en los cárteles para morir antes que entregarse o delatar a los suyos.

Al secuestrado, Brais González, lo habían liberado sin daños graves, pero con todo el cuerpo aporreado a fondo por los mariachis.

Peralta le dijo a Cupido que podía irse a su hotel hasta que lo llamaran para firmar su declaración en la comisaría. Más tarde también querría hablar con él el juez que llevaba el sumario y al que ahora estaban esperando para levantar el cadáver.

41

Weekend

Son las siete de la tarde y falta una hora para el comienzo del partido. El míster holandés, Van Gogh, los reúne en el vestuario de color negro de San Mamés para darles las últimas instrucciones. Aunque Gamma temía que iba a quedarse en el banquillo, porque no termina de superar la mala racha que sufre desde el asunto del vídeo erótico y en los últimos partidos ha estado fallón, distraído, con las piernas lacias, sin marcar un solo gol, ahora saldrá de titular. El partido en Bilbao, como siempre, les va a exigir esfuerzo y pelea en cada balón dividido, máxima concentración durante los noventa minutos y acierto ante la portería, porque los vascos no concederán muchas oportunidades. Y Gamma sabe que en el área sigue siendo imprescindible, que en territorio comanche es el más rápido en armar el arco y disparar la flecha.

En su astuta mezcla de charla técnica y arenga guerrera, Van Gogh ha comenzado recordando que juegan en San Mamés, que transpira esa mítica de los estadios donde se han logrado grandes hazañas, cuando llaman a la puerta y el entrenador mira con gesto irritado. Nadie puede molestar al equipo en la hora previa al partido.

Con una disculpa, el delegado abre la puerta y, tras él, aparecen un hombre y una mujer vestidos de paisano y dos *ertzainas* de uniforme. El delegado lo llama con un gesto y Van Gogh sale al pasillo, de un intenso color rojo, y escucha lo que le susurra

señalando a la pareja. Los cuatro intercambian unas frases en voz baja y, cuando miran hacia él, Gamma comprende que han venido a buscarlo. El míster cierra la puerta para que no oigan lo que se habla en el pasillo y uno de los futbolistas pregunta:

—¿Qué cojones pasa?

—Que han secuestrado al árbitro —bromea el capitán.

En el pasillo, la mujer le muestra al míster la orden de detención de Luiz Felipe da Gamma Leite emitida por un juez.

—¿Esto es verdad? —pregunta con incredulidad.

—Me temo que sí —responde el delegado.

—No puedo creerlo. ¿Lo sabe el presidente?

Antes de que pueda responder suena su teléfono y el delegado descuelga y hace un gesto de espera a todo el grupo. No pone el altavoz, pero en el silencio del pasillo todos identifican la voz de Ramiro Quintana.

—¿Ya están ahí?

—Sí. En la puerta del vestuario. Estoy hablando con ellos. No se puede hacer nada para impedirlo.

—¿No pueden esperar al menos a que termine el partido?

El delegado se aparta el móvil de la oreja y pregunta con un gesto a la mujer, que niega con la cabeza y dice:

—No, no se puede esperar. Es una orden judicial y hay que cumplirla.

También el King ha escuchado la respuesta, porque se oye su orden:

—Que se ponga Van Gogh.

El entrenador, desconcertado, coge el teléfono y se aparta unos pasos por el pasillo para hablar en privado. Lo ven asentir o negar con la cabeza, susurrar algo, alisarse el pelo rubio con la otra mano y mirar a los emisarios de la justicia. Al cabo de unos minutos,

regresa junto al grupo sin colgar la llamada y le devuelve el móvil al delegado, que asiente a las órdenes de Quintana —«Sí..., sí..., sí»— y cuelga. Con un gesto de resignación, Van Gogh abre la puerta del vestuario y llama a Gamma.

—Ven.

El futbolista sale al pasillo, el delegado vuelve a cerrar la puerta y la mujer le dice, protocolariamente:

—Luiz Felipe da Gamma Leite, queda detenido en relación con la muerte de Gwendolyne Barnes Paraíso. Puede permanecer en silencio y tiene derecho a llamar a su abogado o a su familia. Ahora tiene que venir con nosotros.

Gamma, asustado, mira a la mujer, al entrenador y al delegado, que le dice:

—Tranquilo. Ya hemos hablado con el presidente y un abogado estará contigo en todo momento. Hasta entonces, no digas nada. Esto es un error y lo arreglaremos, no te preocupes.

Gamma intenta ordenar sus ideas, pero la confusión y el miedo se lo impiden. Solo piensa en el silencio de Roque, que la noche anterior le había prometido que a lo largo de la mañana todo se habría arreglado definitivamente, pero no ha recibido ningún mensaje suyo. Ahora deduce que se lo ha impedido la policía.

Los dos *ertzainas* se colocan a su lado para iniciar la marcha y de pronto se ve ridículo, carne de memes, vestido con la ropa deportiva frente a los uniformes y a los trajes de los funcionarios y pide:

—¿Puedo cambiarme?

La mujer concede:

—Cinco minutos.

Al abrir la puerta del vestuario, Gamma ve los rostros atónitos de sus compañeros, que le preguntan qué ocurre. Poco después sale vestido con chándal y la comitiva judicial se pone en marcha. El

entrenador y el delegado los miran alejarse por el pasillo hasta que desaparecen y el delegado dice:

—El asunto no pinta bien. Al chico lo han jodido.

—Nos han jodido a todos —dice Van Gogh, y entra en el vestuario para elegir a su sustituto.

El partido amistoso que juega el CFF La Sagra contra el Valencia Féminas CF está a punto de terminar. El encuentro ha sido de puertas abiertas, en homenaje a la afición por su apoyo, que tanto ha contribuido a mantener la categoría. Sin embargo, no es solo la gratuidad lo que hace que el campo esté lleno. Desde que las chicas de la selección nacional ganaron el mundial y estalló el escándalo que acabó con la destitución de Luis Rubiales, el fútbol femenino ha despertado un interés general, ha multiplicado su crecimiento y ha atraído a los patrocinadores. Alexia Putellas, Aitana Bonmatí, Olga Carmona... se han convertido en estrellas, referentes para muchas niñas. Muchos espectadores acuden a los estadios y disfrutan con el mayor nivel de juego. No hay más que comparar el número de goles que ahora se marcan con la cantidad de partidos que antes terminaban cero a cero.

Celeste ha jugado muy bien, sigue en buena forma y en estado de gracia con la pelota, que se vuelve dócil cuando llega a sus pies y sale briosa cuando la aleja de ellos. Ha metido un gol y, a pesar de que todo el campo corea su nombre —¡Ciiiiisne, Ciiiiisne, Ciiiiisne!— cuando la árbitra castiga con penalti una mano en el área del Valencia, porque no olvidan lo que hizo con el anterior penalti, Celeste se dirige a Lipa, la delantera centro:

—Tíralo tú.

—¿Sí? —pregunta, sorprendida.

Por decisión del Mago, los penaltis los lanza Celeste desde que Lipa falló dos seguidos a final de temporada. Desde entonces surgió rivalidad entre ellas.

—Sí.

Lipa coge el balón y lo coloca en la cal. Retrocede unos pasos y, cuando la árbitra lo indica, lanza un zambombazo de los suyos por el centro de la portería, con la rabia de la frustración acumulada, que la cancerbera del Valencia ni siquiera ve, porque se ha tirado hacia la derecha. El gol deshace el empate a favor de La Sagra.

Las gradas aplauden y cuando Celeste se acerca a Lipa para felicitarla, Lipa la abraza y le dice:

—Gracias, Cisne.

El gol no significa nada, en los amistosos no se reparten puntos, pero a Celeste le deja un buen sabor de boca cuando acaba el partido. Si van a seguir siendo compañeras, lo mejor es llevarse bien y hacer piña, necesitan a Lipa para la próxima temporada, sus cañonazos, su incansable lucha en el área, sus remates de cabeza. Es una jugadora irregular que un día puede meter tres goles, pero entrar luego en una sequía que empeora por su ansiedad, a pesar de que el Mago siempre le quita presión:

—Es preferible meter un gol cada tres partidos que tres goles en un partido y luego pasarte dos sin meter ninguno. Conseguirás más puntos para el equipo.

Celeste es una de las últimas en abandonar el estadio, cuando comienza a anochecer, porque ha tenido una entrevista con una reportera de *As* que quería una charla en profundidad y una sesión de fotos.

Desde que la abordaron en el aparcamiento los dos mexicanos, procura no salir sola del campo y asegurarse de que no están por allí

cerca. Hoy vuelve a Madrid en el bus, porque Brais necesitaba el coche por la mañana y se lo llevó al trabajo. Y a propósito, debe de tener un día movido, porque no ha recibido ningún mensaje suyo y tiene el teléfono apagado.

No ve nada extraño y se dirige deprisa hacia la parada, porque está empezando a llover desde unas nubes gordas, con papada, como las pintaría un niño. Cuando se refugia en la marquesina comienza a caer un fuerte chaparrón que cumple con la segunda tarea de la lluvia, la de limpiar el aire contaminado de Madrid. Enseguida los gordos goterones provocan burbujas en los charcos carbónicos que se forman en el asfalto. Esta primavera le parece que está viviendo en un clima tropical donde se alternan de forma brusca el sol y los aguaceros.

De un coche estacionado junto a la parada salen un hombre y una mujer. Nada en su aspecto ni en su actitud la alarma cuando se dirigen hacia ella y le preguntan su nombre. Van vestidos de paisano, pero se presentan como miembros de la policía y, la mujer, de la Guardia Civil.

—Tiene que acompañarnos.

—¿Por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Sí, algo relacionado con Brais Muro González —informa el hombre.

—¿Qué quiere decir? —pregunta preocupada por aquel modo de nombrarlo, con los apellidos.

—Debe acompañarnos a la comisaría, porque hay algunas cosas que aclarar —añade la mujer, que ahora le enseña su placa y su identificación. Se llama Andrea.

Duda un momento, pero sube al coche con ellos. El limpiaparabrisas apenas da abasto para despejar el cristal.

No hablan mucho en el camino hasta el viejo edificio de la comisaría, donde la dejan esperando ante una mesa en una habitación de interrogatorios. Nunca ha estado en un sitio así y se siente amedrentada y vigilada desde detrás de un gran espejo en la pared y desde las dos cámaras del techo. Como no tiene nada que ocultar, les ha entregado el móvil para que comprueben unos datos, de modo que no puede saber la hora. Calcula que han transcurrido más de sesenta minutos cuando regresan Andrea y el inspector de la policía, Peralta. Se sientan frente a ella y Andrea pone en marcha una grabadora y da los datos del interrogatorio, con la hora y sus nombres. Le leen sus derechos y la posibilidad de llamar a un abogado, que Celeste rechaza por creerlo innecesario, firme en su propósito de contarlo todo, porque no teme a nada.

—¿Cuál es tu relación con Brais Muro González?

—Es mi pareja.

Le preguntan cómo era su amistad con Gwendolyne Barnes Paraíso. Cuándo fue la última vez que la vio o habló con ella. Si conoce a Gamma, el futbolista. A qué se dedica Brais, si tienen confianza entre ellos, si se lo cuentan todo.

Las preguntas se suceden una tras otra, alternándose los dos policías, sin amabilidad, pero sin dureza. Insisten en detalles sobre el mensaje con el vídeo erótico que Wendy le envió a su móvil. Celeste dice la verdad, toda la verdad de lo que sabe, de modo que cuando le preguntan si había visto alguna vez a dos hombres mexicanos, uno muy fuerte y otro muy delgado, responde:

—Sí. Una vez.

—¿Cuándo?

Les cuenta la visita que le hicieron en el aparcamiento del estadio de La Sagra, la pluma blanca manchada de sangre bajo el limpiaparabrisas, el interés de los dos mexicanos por encontrar a

Wendy, la helada respiración junto a su nuca del hombre delgado y oscuro, el colirio que usaba el hombre fuerte, la mirada asimétrica acentuando la amenaza final si hablaba: «Te cortaré las alas, Cisne. Te cortaré las alas».

—¿Por qué no viniste a denunciarlos?

—Porque tuve miedo. Soy futbolista, no soy una gánster.

—Ahora ya no hay que tenerlo —le dice Peralta—. El hombre delgado ha muerto al enfrentarse a nosotros y el otro está detenido. Aunque deberías haber venido a contárnoslo.

Se levantan y se marchan sin explicarle más, todavía deberá esperar, pero un minuto después entra un agente y le ofrece comer algo. Celeste lo agradece y el policía regresa con un sándwich, una barrita de chocolate y una botella de agua. Cuando termina, le permiten ir al cuarto de baño.

No sabe cuánto tiempo ha transcurrido, pero se siente cansada y supone que ya es entrada la noche. Regresan Peralta y Andrea y le devuelven el móvil. Se conjuntan bien entre ellos, no interpretan al poli malo que presiona y amenaza, y al poli bueno que en todas sus preguntas esconde una trampa, no hay uno que mande sobre el otro, no son la voz y el eco.

—Creemos que nos has dicho la verdad —dice Peralta—. Los datos de tu móvil coinciden con tu declaración y con lo que nosotros sabemos sobre Brais y sobre Wendy Paraíso.

—¿Qué tiene que ver Brais con todo esto? —lanza al fin la pregunta que no se ha atrevido a hacer hasta ahora.

—Está detenido.

Le cuentan lo ocurrido con una fría objetividad, o al menos todo lo que pueden contarle. Brais se había hecho con el vídeo erótico de Gamma con Wendy y le había enviado de manera anónima al futbolista una primera entrega. Para recuperarlo, Gamma contrató a

dos sicarios mexicanos, los dos que la amenazaron en el aparcamiento. Después de la muerte de Wendy, Brais le envió un nuevo mensaje con más imágenes exigiéndole dinero a cambio de no difundir el vídeo completo. Los sicarios averiguaron que el chantajista era Brais. Lo encontraron, lo secuestraron y todo habría terminado mal si la policía no hubiera intervenido.

—¿Que Brais le hacía chantaje? No puedo creerlo. ¿Cómo tenía el vídeo?

—Se lo descargó de tu teléfono sin que tú lo supieras.

—¡Pero si lo borré enseguida! —se resiste a creerlo.

—No necesitó más de un minuto —dice Andrea sin poner ningún énfasis para convencerla.

—¿Y el dinero del chantaje? —les pregunta de pronto—. Nunca vi que tuviera más dinero.

—No ha tenido tiempo de empezar a gastarlo. Lo guarda en una caja de seguridad del banco Santander. Mañana lo comprobaremos.

Le cuesta creer todo lo que le están contando, pero sabe que los dos policías no se lo dirían si no tuvieran pruebas. Ahora comprende algunas actitudes de Brais los últimos días, sus guardias imprevistas en la Cruz Roja, en horarios atípicos, sus distracciones cuando le hablaba, absorto en otras cosas. Nervioso, irritable, sin apetito. Los detalles confusos, ahora ordenados sobre la mesa por el policía y la guardia civil, ofrecen un paisaje coherente. Los ojos se le inundan y dos lágrimas gordas como guisantes le corren mejillas abajo. El dolor anímico se convierte en dolor físico, el estómago se le contrae con pinchazos y de nuevo pide permiso para ir al cuarto de baño.

Andrea se levanta para acompañarla y avanzan por el pasillo cuando una puerta se abre unos metros por delante de ellas y sale un agente que sujeta por el codo al cíclope mexicano, que incluso con las manos esposadas a la espalda resulta intimidatorio. Tiene

una herida en la frente, junto a su espantosa cicatriz, y la boca hinchada, consecuencias de su resistencia a la detención. Asustada, Celeste da un paso atrás, porque el sicario también se ha detenido y la mira con el ojo sano y con el ojo inmóvil y su mirada salvaje y oblicua, vulcanizada por el odio, transmite una intensa amenaza. A pesar de que el policía intenta arrastrarlo, Roque se resiste un momento, esboza una sonrisa y grita:

—Cisne, cuando salga de aquí te cortaré las alas. —Y cuando el agente lo empuja, aún vuelve el rostro—: Te arrancaré el plumaje, Cisne, y te cortaré las alas. Y no podrás volar.

Celeste palidece y Andrea le pone una mano en el brazo y la tranquiliza:

—No te preocupes. Va a estar una temporada larga a la sombra. Y cuando salga lo mandaremos a México. Lo están esperando por allí, tiene algunas cuentas pendientes.

Aunque nadie la apremia en el cuarto de baño, el dolor de tripa no desaparece. No logra relajarse pensando en Brais, y en Wendy asesinada, y en Brais otra vez. Andrea la está esperando, un poco apartada de la puerta, va hacia ella y le dice:

—Ahora tienes que firmar tu declaración y luego puedes irte a casa. Seguramente el juez volverá a llamarte.

Celeste asiente y se queda pensativa.

—¿Puedo hablar con Brais? —pregunta, porque no puede irse así, sin más, sin entender por qué lo ha hecho, qué pensaba al convertirse en un vulgar chantajista, una palabra que le deja un sucio regusto en la boca. El chantaje es un delito cutre en el que uno solo se aprovecha del delito cometido por otros. Es un delito que atufa a cobardía, y Brais nunca ha sido cobarde.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Si él quiere, creo que no habrá problema. Tiene derecho a una visita familiar. Espera aquí.

Le indica una fila de asientos en el vestíbulo y se marcha a consultarlo. Vuelve al cabo de cinco minutos.

—Puedes hablar con él.

Andrea la guía hasta el oscuro semisótano, donde hay varias celdas de barrotes. Celeste advierte un olor a humedad y a sosa cáustica, a sudor y a gérmenes, a culpa y a miedo, a delito y a sangre, como una costra que le ha ido saliendo a las paredes a lo largo de los años. Por allí habían pasado durante dos siglos sospechosos y confesos de todos los delitos del mundo: asesinos, ladrones, timadores, presos políticos de uno y otro bando, reos de la vieja ley de vagos y maleantes, prostitutas, secuestradores, parricidas, violadores y todos a quienes las leyes de la sociedad habían considerado en cada momento culpables, dañinos o peligrosos. Y ahora en una de ellas estaba Brais, acusado de chantaje, que al verla se levanta del banco y se acerca a las rejas.

—¡Qué bien que hayas venido! —le oye decir, pero ella no lo desengaña, no le revela que no está en la comisaría para visitarlo, sino porque la han traído para interrogarla, para comprobar que no sabía nada del chantaje.

Brais le coge las manos a través de los barrotes y Celeste mira a Andrea, que cede y le hace un gesto al guardia para que le abra. Entra en la celda, vuelven a cerrar y Andrea le indica:

—Quince minutos.

Se sientan en el banco, que también es camastro. Brais no parece él, tiene mal aspecto, el rostro hinchado por los golpes de los mexicanos, el ojo izquierdo tumefacto y el labio inferior roto. No puede ocultar que está asustado, y Brais asustado es todo lo opuesto al Brais valiente de cuando comenzaron a salir cuatro años

antes, cuando jugaba en el filial del Iberia y ella, al cumplir dieciocho años, acababa de pasar a profesionales. Su última entrenadora en juveniles, que le había enseñado mucho de lo que sabía hacer en un campo de fútbol, la persona más importante en su carrera deportiva, la había abrazado al despedirse y le había dicho, cuando Celeste manifestó pena por dejar el equipo:

—No estés triste, Cisne, acabas de subir a otro nivel. A mí no me queda nada que enseñarte. Sería como pretender enseñar a volar a un pájaro. Tú misma no sabes lo alto que puedes llegar en el cielo.

Fue ella quien le puso aquel apodo, Cisne, por su forma de moverse en el campo, como si flotara, por su elegancia heráldica, pero al mismo tiempo por la facilidad con que llegaba a todos lados sin aparente esfuerzo.

Pero fue Brais quien la convenció de que podría triunfar en el fútbol. Comenzaron a entrenar juntos en sus ratos libres y con él también mejoró como jugadora de equipo. Por entonces los dos se amaban llenos de fe en el futuro, propietarios de la esperanza, seguros de cumplir sus mejores sueños, y contemplaban las desdichas del mundo como algo lejano que nunca podría alcanzarlos. Ninguno de los dos buscaba en el otro a una persona distinta de la que eran, no tenían que cambiar para ser queridos. Pero las dos lesiones del cruzado de Brais lo torcieron todo y abrieron la puerta a la frustración y a la tristeza. A ella todo le iba cada vez mejor y en alguna ocasión llegó a sospechar que tampoco llevaba bien su éxito. Se alegraba por ella, sí, pero parecía desconcertado porque en tan poco tiempo hubiera pasado de ser la chica de Brais a que Brais pasara a ser el chico de Celeste. Sin embargo, ella aún seguía creyendo que podrían ser felices con el fútbol y que sus trayectorias podían conjugarse luciendo diferentes

camisetas, porque coincidían en quererse, en compartir la comida y la cama, el pan y los besos.

—Me lo han contado todo —le dice.

Brais agacha la cabeza un momento, pero enseguida vuelve a mirarla con el ojo hinchado.

—¿Y qué piensas?

—No sé qué pensar —responde con cierta sequedad, porque Brais se lo ha preguntado como si fuera ella quien debe hablar, cuando es él quien tiene que explicar tantas cosas. Ella solo intenta poner orden en sus pensamientos después del huracán que lo ha barrido todo—. ¿Cómo se te pudo ocurrir algo así?

Brais encoge los hombros y levanta las cejas, pero un ramalazo de dolor detiene su gesto.

—Todo empezó cuando me enseñaste el vídeo que te había enviado Wendy con Gamma en la cama...

—Pero si lo borré enseguida —lo interrumpe—, no quería tener en mi móvil aquellas imágenes.

—Pues a mí no se me iban de la cabeza.

—¿Desde entonces? —pregunta perpleja—. ¿Quieres decir que desde entonces me estás mintiendo?

—Lo siento.

—Y le enviaste el vídeo a Gamma.

—Le envié una parte desde un teléfono de prepago. Solo quería asustarlo, darle una lección. Ya era un chulo cuando jugábamos en el filial del Iberia. Tenía la costumbre de grabar a las chicas con las que se acostaba y nos enseñaba las imágenes para presumir, se creía el tipo más ligón del mundo.

—¿Y a ti qué te importaba eso?

—¡Nada! Y ni siquiera me acordaba, pero estalló el escándalo del vídeo y entonces me contaste que dos mexicanos te habían

amenazado en el aparcamiento y luego apareció aquel detective privado que también buscaba a Wendy. Y entonces me di cuenta del miedo que tenía Gamma. Si mostraba tanto interés en encontrar a Wendy, era porque aquellas imágenes tenían mucho valor para él y pagaría bien por eliminarlas o para impedir que se difundieran... Lo siento —repite en voz muy baja.

—¿Cómo has podido hacerlo, Brais? Me has mentido durante todo este tiempo —insiste, porque es lo que más le duele—. Te hablé del miedo que sentí aquel día en el aparcamiento, de la pluma con sangre y de la amenaza de los mexicanos, te conté el peligro que corría y tú, en lugar de hacer cualquier cosa por evitarlo, te callaste sabiendo que podían hacerme daño. ¡Daño a tu pareja, Brais, a la chica que quieres! ¿Cómo has podido? —Se derrumba y siente que dos lágrimas largas le corren por las mejillas y nunca terminan de caer—. ¿Cómo has podido?

Brais eleva los hombros y las cejas en un gesto de sorpresa, como si se planteara la pregunta por primera vez, pero no encuentra respuesta y solo murmura:

—Perdóname.

—No puedo perdonarte. Me he enterado de todo solo porque te habían secuestrado. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿Qué pretendías hacer con el dinero? ¿Aparecer un día con medio millón de euros en el armario y contarme que te había tocado la lotería?

—Tú nunca lo habrías aceptado.

—¡Claro que no lo habría aceptado! —grita Celeste. Quizá hay otros presos en las otras celdas y el guardia de vigilancia los está oyendo, pero no le importa—. Renuncio al dinero de fichar por el Iberia para favorecer a mi equipo y ¿crees que me iba a convertir en cómplice de un chantajista?

—No es eso —murmura.

—¿Por qué lo hiciste? —Baja la voz, en un último intento de encontrar una razón que la calme, que pueda salvar el desastre.

—Estaba harto de todo. ¡De la mala suerte con las lesiones, de los viejazos y las vetustas pollas que dominan el fútbol y de los niñatos estrella que llegan y te miran por encima del hombro con sus zapatos italianos, sus trajes ingleses y sus relojes suizos! —dice con rabia—. Estaba harto de verlos a ellos, que no eran mejores que yo, forrados de dinero, presumiendo de sus cochazos y de sus vacaciones en yates en Ibiza, viviendo en casas de lujo, dando entrevistas a la prensa y cobrando hasta por respirar. Gamma jugó conmigo en el filial y mira dónde está ahora ¿Qué significaba para él medio millón de euros?

—Para él nada. ¡Y para nosotros tampoco! Estábamos bien, no lo necesitábamos.

—Sí lo necesitábamos. Tú...

—¿Qué?

—Nada, nada.

—¡No te calles ahora! Di lo que estás pensando.

—Está bien. Tú no quisiste fichar por el Iberia... ¡por tu estúpido orgullo al marcar aquel penalti!

Celeste lo mira perpleja, sin poder creer lo que oye, que él le reproche algo de lo que está orgullosa y que intente responsabilizarla de sus decisiones. De pronto recuerda que Brais no estaba esperándola al volver el día del penalti y ella tuvo durante unos segundos la sensación de que algo faltaba en la casa, de que se había marchado para siempre. Pero había regresado horas más tarde oliendo a vodka y diciéndole que habían celebrado el cumpleaños de un compañero de la Cruz Roja. Ella lo había creído, pero ahora no sabe qué pensar.

—¿Es verdad que guardas el dinero en una caja de seguridad de un banco?

—Sí. Mañana iré con ellos a recogerlo y lo devolveré.

—Y todo eso a mis espaldas, Brais, escondiéndote de mí.

—No quería implicarte en este asunto, Cisne —dice dulcificando el tono.

—¡No me llames así! Ahora no estamos hablando de fútbol, estamos hablando de nosotros.

Brais agacha la cabeza.

—¿Has tenido algo que ver con la muerte de Wendy? —le pregunta, aterrada de pronto por esa posibilidad, aunque Andrea no le ha comentado nada a ese respecto.

—¡Por supuesto que no! Solo era una cuestión de dinero —repite —. ¿Qué iba a ganar yo con su muerte?

—Pero tú la has provocado al enviarle a Gamma el vídeo. A partir de entonces los mexicanos se pusieron a buscarla —le reprocha—. Uno de ellos ha muerto y el otro... Y no sabemos si hay más implicados.

—¡Eran ellos los que querían matarme!

—¡Eras tú quien hacía chantaje! —replica irritada—. Parece mentira que no te des cuenta de la gravedad de lo que has hecho.

Brais le coge las manos y le dice:

—No puedes dejarme ahora, pitiña, no puedes dejarme. Perdóname.

Celeste se pregunta cuánto tiempo hace que no la llama así, con aquel diminutivo que tanto le gustaba. Pero ya es demasiado tarde, le ha hecho demasiado daño. Brais le parece ahora un desconocido, casi patético con sus súplicas y con aquel ojo morado. Como deportistas, ambos conocen a fondo sus cuerpos, los dos están satisfechos de su físico, del que emana el esplendor de sus vidas.

Incluso vestidos de chándal ambos resultan elegantes. A Brais le gustaba estar desnudo por la casa y la contagiaba a ella, se bañaban en las playas nudistas y exhibían su radiante plenitud corporal, pero ahora se da cuenta de que no conoce nada de su interior. Se suelta muy despacio de sus manos y se levanta del banco.

—No puedo perdonarte —dice, ella misma sorprendida de la firmeza y serenidad de su voz.

Cuando sale del semisótano descubre que está más tranquila, que el dolor de estómago le ha desaparecido. Ahora que lo sabe todo, de nuevo puede respirar profundamente. Ahora que comprende los motivos por los que Brais ha actuado, no siente odio hacia él, ni rencor por haberla engañado, ni vergüenza por ser su pareja. Solo decepción y una inmensa pena por sí misma, por ellos, por el fin de sus sueños.

Aunque Berta se ha despertado a las cuatro de la madrugada y ha estado mucho tiempo dando vueltas en la cama, revolviéndose entre los gusanos de la noche, al amanecer ha logrado conciliar de nuevo el sueño. Desde que se acuestan en habitaciones distintas —no le gusta decir «separadas», porque sugiere lo que no es—, los dos duermen mejor, no se molestan con sus insomnios ni con sus ruidos, no tienen que contener las ganas de ir al aseo por no despertar al otro.

Son las ocho cuando se levanta, se arregla y va a la cocina, donde ya está Trino preparando el desayuno, porque es lunes, 11 de mayo, y hay que llevar a Paula al colegio. Desde el pasillo detecta el olor a quemado y entra diciéndole:

—Las tostadas se te han vuelto a...

Pero no termina la frase, porque Trino está inmóvil frente al pequeño televisor donde aparece el rostro de ese odioso futbolista, Da Gamma, y unos tertulianos debaten de nuevo sobre el escándalo del vídeo erótico y sobre la muerte de Wendy.

Berta se acerca hasta él y ambos escuchan la información: el día anterior la policía irrumpió en una nave de un polígono industrial del norte de Madrid para liberar a un hombre secuestrado por dos sicarios mexicanos, al parecer contratados por Gamma. Aunque no se conocen todos los detalles y las informaciones son confusas, ya pueden confirmar que el secuestrado chantajeaba al jugador con nuevas imágenes eróticas. Uno de los sicarios ha muerto al enfrentarse a los GAR y el otro y Gamma están detenidos. El informativo sigue a la espera de más noticias, porque la única declaración pública la ha hecho una llorosa Adriana Beleza. En su canal de YouTube, la *influencer,* envainada entre oros como una gema, declara en un dulzón castellano su completa ignorancia del asunto y su ruptura con Gamma «hasta que demuestre su inocencia, si es que puede demostrarla». A pesar de la gravedad del tema, Adriana no ha descuidado la grabación por su perfil más fotogénico. El presentador afirma que en doce horas el número de sus seguidores se ha multiplicado en todo el mundo.

Trino se asusta cuando suena el inalámbrico, tan temprano en la mañana, y mira el número en la pantallita.

—¿Quién es? —pregunta Berta.

—No es uno de mis contactos.

—Entonces no lo cojas. Será la prensa, ya están ahí otra vez.

En el televisor, una de las tertulianas defiende la actitud de Adriana y ataca con ferocidad a Gamma, a quien considera el primer culpable de las tres muertes que se han producido desde la aparición del vídeo:

—Dejando a un lado su talento con el balón en los pies, su comportamiento ha sido vergonzoso, el de un depredador que se cree en lo más alto de la cadena alimentaria. A estos jugadores estrella les hemos permitido durante demasiado tiempo que vayan por el mundo haciendo lo que les apetece con quienes les apetece. Es hora de pararles los pies.

—Nunca mejor dicho —concuerda otro tertuliano.

En la pantalla aparece la imagen de Wendy y el moderador está hablando de ella cuando Berta descubre en la puerta a Paula, descalza y en pijama, que gime:

—Mamá. Mamá.

Trino no reacciona, pero Berta busca el mando de la tele y, como no lo encuentra, desenchufa de un tirón el cable de la corriente.

Desde la cama, Paula debe de haber oído algo que la ha hecho levantarse y acudir a la cocina. Berta la coge en brazos, la besa y se la lleva a la habitación para vestirla.

—Hablaban de mamá.

—Sí. Hablaban de ella porque la echan de menos —intenta consolarla.

—Yo también.

—Ya sé que piensas mucho en ella, pero tenemos que ser fuertes. —No acierta a decirle nada más—. Ahora hay que vestirse y tomar un desayuno rico.

Cuando vuelven a la cocina Trino ya tiene sobre la mesa la fruta pelada y troceada, café, aceite y mermelada, el tazón con cereales para Paula y nuevas tostadas, esta vez doradas en su punto. La tele está encendida con dibujos animados.

Paula no tiene muchas amigas, es demasiado lista y el escándalo del vídeo y el posterior asesinato de su madre la han impregnado de un aura de tragedia que no facilita la relación con otras niñas. Berta

decide que hoy no irá al colegio, hay que protegerla de algunas de sus compañeras, de la prensa y del morbo de la gente. Cuando parecía que el asunto del vídeo iba olvidándose, enterrado por nuevos escándalos, el secuestro del chantajista que han escuchado en las noticias renueva su preocupación y su dolor.

Desayunan en silencio y Berta la lleva a su habitación, donde le pone dibujos animados en su ordenador.

Cuando baja, espera encontrar a Trino en el salón siguiendo las noticias del secuestro, pero no está allí, aunque se ha dejado la tele encendida en tierra de nadie, sin elegir un canal, solo con el logo de Movistar. La apaga y baja al sótano, donde, de modo sorprendente, todo está colocado con más precisión que en un submarino y donde pasa muchas horas, arreglando cualquier cacharro, o intentándolo, porque se queja de que ya apenas se venden piezas de recambio. Lo encuentra sentado frente a la caja fuerte que tan hábilmente ha camuflado bajo el panel de herramientas y tiene la pistola en las manos. Berta advierte cuánto se ha encorvado en poco tiempo. La postura erguida es patrimonio de los huesos y son demasiados años agachado hacia sus pantallas y sus libros de contabilidad... Al fin y al cabo, es lo que les espera a ambos, inclinarse hasta cerrar los ojos. Y desaparecer.

—Trino.

—¡Me has asustado! —exclama, porque no la ha oído llegar.

—¿Qué haces?

—En realidad, nada. He bajado, pero ahora mismo no recuerdo para qué.

—Tenemos demasiadas cosas en la cabeza. A mí también me pasa. Me pongo a buscar el móvil y resulta que lo tengo en la mano.

Berta sonríe, ocultando su preocupación. Los olvidos propios de la edad y el alzhéimer son cosas diferentes, pero a veces tiene la

impresión de que Trino sufre los dos. Y en las últimas semanas, con la tensión insoportable que han sufrido, le parece que se le han agudizado. Ha tenido que anotar las claves del banco y de sus dispositivos en un papelito que guarda en el marco de la foto de Paula, pero puede que algún día olvide dónde las tiene anotadas, porque cada día sufre algún despiste. Algunas mañanas se pelea con los cordones de los zapatos, casi nunca vacía los bolsillos antes de meter la ropa en la lavadora, a veces ni siquiera carga el móvil y se aturde ante cualquier trámite administrativo que exija claves o perendengues, cuando antes era tan meticuloso como contable. La torpeza también se extiende al espacio, porque de pronto la casa y los muebles se han llenado de esquinas con las que choca o se tropieza.

Ahora es cuando empieza a notar los diez años que él le lleva, los mismos diez años que, al menos, ella tiene que resistir y mantenerse en forma hasta que Paula sea mayor de edad ante la ley y pueda tomar decisiones por sí misma. Porque Paula no solo es huérfana de padre y madre, es que tampoco tiene hermanos, ni otros abuelos, ni siquiera primos, porque Jaime y Wendy eran hijos únicos.

La diferencia de diez años nunca ha sido un problema entre ellos, siempre se han llevado bien. Todavía siguen disfrutando de la vida. Hacen el amor de cuando en cuando, no a menudo, desde luego, y con un placer amortiguado por el paso de los años, pero con más frecuencia de lo que los demás pueden pensar, lo cual no deja de ser una bendición, un milagro de su amor veterano. Y eso que Trino ya no siente el mismo placer desde que le practicaron aquella pequeña intervención quirúrgica. Se excita al pensar en ella, al verla, al acariciarla, y experimenta una reacción física sorprendentemente vigorosa, pero sus orgasmos ya no son lo mismo. Se siente como un saltador a quien, al despegar del suelo, algo le sujetara los pies y le

impidiera llegar tan lejos como prometían sus fuerzas. Pero ahí siguen, sería un despilfarro prescindir de esos momentos, no saben cuándo se acabarán para siempre.

—Bajé a buscar algo que necesitaba, pero no recuerdo lo que era.

—¡No sería la pistola! —bromea Berta, porque unos días antes hablaron de ella y le aseguró que nunca más sería necesario empuñarla.

—¡No! Era otra cosa... Aunque tampoco sé para qué la guardamos. Total, no nos sirve para nada.

—Pero una pistola no se puede vender en Wallapop —sonríe, aunque no tiene ninguna intención de deshacerse de ella. Es cierto que se sintió liberada al guardarla en la funda y ocultarla en lo alto del armario el día de su jubilación, pensando que era para siempre, pero ahora no está convencida de que no pueda ser útil.

—¿Recuerdas que nos conocimos cuando aquel asunto de los dos atracadores de gasolineras?

—Nunca lo olvidaré. —Berta dulcifica el tono, sorprendida de que Trino no recuerde algo ocurrido hace tres días y, en cambio, recuerde con detalle lo ocurrido trescientos años antes. Pero ¿por qué piensa ahora en aquel episodio tan lejano?

—No sé cómo habría sido mi vida si aquel tipo te hubiera acertado de lleno.

—Todavía me duele le cicatriz cuando va a cambiar el tiempo —dice Berta, que no se siente demasiado cómoda con la conversación.

—Pensé que una mujer capaz de perseguir y enfrentarse a dos atracadores peligrosos en una gasolinera solitaria en mitad de la noche no le temería a nada en la vida.

—Tuve que dispararle para que él no me matara, Trino.

—Lo sé.

En el sótano, de ventanas estrechas y altas, la luz es más tenue y los ruidos de la calle más lejanos, y Berta y Trino se sienten protegidos, con una mayor intimidad, nadie los oye.

—¿Han dicho algo más de...? —pregunta Berta.

—No lo sé..., no quiero saberlo. No he encendido la tele. A nosotros, eso ya no nos importa.

Berta no lo cree así, pero no lo contradice, quiere que esté tranquilo, teme que tantas tensiones le pasen factura y que cualquier día ocurra uno de esos accidentes cardiovasculares cada vez más frecuentes entre sus coetáneos. En los últimos meses han asistido a varios funerales y han visto morir a tanta gente de su edad que le resulta inevitable no pensar en sí mismos.

—Es como si la sangre corriera por mis venas llena de cristales y me pinchara al atravesar el corazón —se queja a veces Trino de un dolor en el pecho, sin localizar un punto exacto, y del desajuste de los latidos, como el tañido desacompasado de la campana loca.

Y además, llora fácilmente, lo asalta una incontinencia lacrimal viendo algunas películas, con los anuncios de Navidad o cuando la selección española de cualquier deporte gana una competición. Las glándulas lacrimales también sufren con el deterioro del organismo o por los efectos de la medicación y los ojos se le inundan como si lo hubieran rociado con el ardiente gas que usaban en la policía.

Berta no quiere convertirse en una de esas personas viejas y amargadas que creen que el mundo va peor de año en año y que cualquier cambio que sobrevenga será para mal. Por lo que observa, con el estado de bienestar en pleno retroceso, es la primera vez en la historia reciente en que una generación vive peor que la anterior, por mucha tecnología que tengan a su alcance. No se considera una vieja reaccionaria a quien no le interesa ninguna idea, ningún valor aparecido después de que ella naciera, pero lo cierto es que no

espera ya nada nuevo demasiado bueno. Sabe que poco a poco entrarán en la insignificancia de la vejez y que tendrán que prepararse para el futuro. Se han resistido y no han querido hablar del tema, convencidos de que la jubilación no significa hundirse en la ancianidad, pero, les guste o no, ha llegado el momento de comenzar a sustituir algunos materiales de la casa por materiales ignífugos y de convertirse en expertos en glucosas y colesteroles. Con los años, los músculos adelgazan, la vejiga se afloja y las venas engordan, corren el riesgo de obturarse o de estallar y ellos necesitarán esas medicinas que drenan las arterias para que pueda correr la sangre, sobre todo cuando irrumpe la angustia y hay que procurarse recetas de Orfidal a discreción. El dolor por la muerte de Jaime no ha desaparecido, pero el diluvio de los días lo ha amortiguado, a lo que Paula ha contribuido de manera definitiva. Para Trino y para ella, Paula representa el regreso de Jaime a la vida. Es muy parecida a él y, al mirarla, sienten que lo ha resucitado. Y de nuevo no van a permitir que nadie le haga daño. Están en una trinchera frente al mundo, cada uno protegiendo la espalda del otro y deben resistir para cuidarla en las mejores condiciones, todavía no están acabados. Tienen suficiente dinero para afrontar imprevistos y procurarse todo el bienestar que necesitan: buenas comidas sin porquerías, un colchón firme y cómodo que facilite el descanso, dos viviendas confortables donde no se estorben cada vez que se muevan, con la posibilidad de vivir temporadas en Madrid o en Breda, según les apetezca, pues son dos lugares muy distintos: uno donde el ser humano hace más ruido que la naturaleza, el otro donde la naturaleza se impone sobre los ruidos del ser humano.

Sí, por Paula aguantarán todo lo que puedan, no adelantarán el fin ni una sola hora. Ya han subido al tren bala de la vejez, pero todavía pueden disfrutar algunos años buenos si saben gestionar la

inevitable decadencia de los cuerpos antes de que les alcance el gagaísmo general, antes de que la gente comience a hablarles en diminutivos, antes de que les aparezcan dificultades para mantener las secuencias de ideas o para manejarse con las tecnologías, antes de que la escayola de las cataratas les endurezca los ojos y cristalice el colágeno en las articulaciones, antes de que las escaleras del metro les parezcan infinitas, antes de que la fragilidad de la dentadura —las encías cada vez más cortas, los dientes cada vez más largos— y la debilidad de las digestiones los obliguen a pensar demasiado en comidas y menús, antes de organizar cada semana el pastillero.

A veces se pregunta si Trino ha sido feliz a su lado, si a este hombre tan paciente, apacible, ordenado, medroso y reflexivo, parcialmente emasculado, le ha resultado fácil vivir treinta y siete años con ella, rápida, decidida, enérgica, impulsiva y exigente. Berta cree que han sabido encontrar el equilibrio entre una mujer alfa y un hombre omega y nunca le ha impuesto una actitud de sumisión. Aunque a veces a Trino puede haberle resultado difícil, cree que el balance es positivo, que hasta la muerte de Jaime habían sido razonablemente felices y que, juntos, les será más fácil no sufrir demasiado en las navidades.

De todo eso le habla ahora en la penumbra del sótano..., o lo piensa mientras Trino le comenta algo que Berta no ha escuchado hasta que él ha mencionado la palabra «hijo», en un brote de su antigua lucidez:

—Nosotros pertenecemos a una generación donde se tenía un cónyuge y varios hijos. Y ahora todo eso ha cambiado y las nuevas generaciones tienen menos hijos que cónyuges.

—Tendremos que acostumbrarnos a los nuevos tiempos.

—Podremos hacerlo mientras sigamos juntos —insiste Trino. Se acerca a ella y la abraza mientras le murmura—: A veces se me olvidan algunas cosas.

—Bueno, intentaré recordártelas.

—Pero lo que no se me olvida es que te quiero.

—Anda, anda, no seas zalamero. Guarda la pistola y vámonos arriba, que tenemos la casa por hacer.

El viejo médico interrumpe la lectura de la analítica y lo mira por encima de las gafas, buscando confirmar en su aspecto lo que lee en su informe del laboratorio, los términos en negrita y marcados con un asterisco —colesterol, hematocrito, VPM, eosinófilos, fosfatasa alcalina— que él mismo ha gugleado. Marcelo se lo descargó la tarde anterior y no le hizo demasiado caso, pero una hora después aparecieron las noticias sobre la detención de unos sicarios que habían secuestrado a alguien que chantajeaba a Gamma y la angustia volvió a acogotarlo. ¡Cuándo terminaría aquello! No ha podido dormir en toda la noche temiendo que vuelvan a incriminarlo de algún modo. Siempre lo perseguirán el recuerdo de Wendy, su estancia en el piso durante unos meses, su muerte.

Por la mañana no logra respirar bien, le cruje la laringe y siente la garganta cerrada y dolor en el pecho, a la altura del corazón. Y para colmo, el herpes recurrente que lo asalta en las bajadas de defensas le ha brotado de nuevo y le quema el labio superior, acribillado de alfileres. Nota en él cada latido del corazón. Asustado, a primera hora imprime el informe y decide acudir a Urgencias. Después de dos horas de espera lo recibe un médico que le parece a punto de jubilarse.

—Son cantidades demasiado altas para alguien tan joven —le riñe al leer el informe—. ¿Fuma?

—Sí.

—¿Practica algún deporte?

—No —se limita a responder, aunque siente la tentación de decirle que sus únicos ejercicios son teclear en el ordenador, levantar de vez en cuando un cigarrillo hasta la boca y masturbarse.

—¿A qué se dedica?

—Soy informático, técnico de ordenadores.

—Ordenadores, sí —murmura, como si hablara del infierno—. Le aconsejo que deje el tabaco, que haga ejercicio físico y que cambie algunos hábitos de alimentación.

—¿No hay una medicación para compensarlo?

—La hay, pero no podemos volver loco al organismo dándole una pastillita para combatir determinados hábitos.

El médico le pide que se quite la camisa para poder auscultarlo y Marcelo siente un ramalazo de lástima por sí mismo cuando advierte el aumento de las gelatinas de su tórax, consecuencia de la bulimia que no puede controlar. Por fin, lo envía a casa con el volante para una nueva analítica seis meses más tarde, pero solo le prescribe una pomada de aciclovir para el labio y nada para las noches, cuando no logra dormir y su ventana sigue iluminada en la oscura fachada del edificio.

Marcelo sale a la calle decidido a dejar de fumar en cuanto se le termine el paquete, casi lleno. Lo golpea por la base, coge un cigarrillo directamente con los labios y lo enciende mientras visualiza su sangre, que en su ronda por el cuerpo no puede limpiar todos los desechos que se le van acumulando en las venas y en las vísceras. Aspira con fruición un par de caladas, expulsa el humo entre los dientes, sin separarlos, con un gesto de fastidio, lo tira al suelo y, en

lugar de coger el metro, decide obedecer al médico y regresar a casa caminando, aunque tardará más de cuarenta minutos.

Una pareja de turistas extranjeros le pregunta por la boca del metro en inglés, con esa arrogancia de algunos británicos que creen que todo el mundo domina su idioma, pero no les contesta.

Compra en una farmacia la pomada para el herpes y luego, al pasar junto a un supermercado, entra y desdeña las brillantes ofertas de comidas baratas amontonadas en góndolas y expositores, como en pesebres para las manadas de consumidores, y mete en la cesta productos que no suele comprar: una ensalada verde lista para aliñar, nueces, fruta y hasta unos lomos de salmón para cocinar a la plancha. Sustituirá los suculentos bocados de pasta y carne con salsorios por los crujidos del pepino y la lechuga, tendrá que acostumbrarse a aquellos menús de comidas fantasma.

La bolsa de comida sana que lleva en las manos le cambia el ánimo, camina deprisa y, aunque no hace calor, llega a casa sudando. Decidido a no rendirse, desdeña el ascensor y sube por las escaleras. Al pasar frente a la puerta del viejo, en la segunda planta, oye un pequeño ruido.

—¡Jodido viejo! ¿Es que vives con el ojo pegado a la mirilla? —murmura seguro de que lo oye, porque tiene un oído alucinante, alguna vez ha subido para protestar por el ruido que hacía un alfiler al caer. Debe de haber sido espía en su vida anterior. Sin mirar hacia atrás, le hace una peineta.

Entra en casa irritado por todo, por la consulta médica, por el hambre, por el viejo, por la soledad, por el recuerdo de Wendy, por el cáustico dolor del herpes, cierra de un portazo, marca los pasos para que resuenen abajo, arrastra una silla y despeja la encimera para dejar la compra. Se cambia en el dormitorio y vuelve a la cocina. La caminata le ha abierto el apetito. A partir de mañana va a

dejar de fumar para limpiar sus socarrados pulmones y a partir de hoy va a cambiar su régimen. Se acabarán los restaurantes baratos de indigestas fritangas para camioneros, las comidas premasticadas y a domicilio, con toneladas de azúcar refinado, de grasas saturadas y de sal que han puesto en pie de guerra al médico de la consulta y elegirá menús más sanos que los de un *catering* escolar. Cambiará aquel ritmo de comer mucho, dormir poco y moverse nada, atornillado durante todo el día a un ordenador. Él no va a ser como esa gente que un día se rinde, se abandona y en un mes engordan diez kilos y se duchan una vez...

En la pila, entre un montón de platos sucios, hay una sartén llena de agua apestosa, barnizada de grasa y con olor a podrido. ¿Dónde está la otra? La encuentra en el horno, cubierta de restos negros y pegados de patatas congeladas que había puesto a freír, pero se distrajo y a punto estuvo de provocar un incendio. Recuerda el furioso chisporroteo del aceite cuando la metió bajo el grifo. Impaciente y hambriento, su voluntad termina donde empieza el hambre. Se declara vencido, guarda el salmón en el congelador, aunque es muy temprano, y llama al chino para pedir arroz tres delicias, sangre de pato y cerdo agridulce. Todo basura.

Mientras se lo traen, enciende el ordenador y un cigarrillo, que se le columpia entre los labios al teclear con las dos manos. Se detiene, da una calada, abre la boca y, empujando con la garganta, expulsa un balón de humo.

Tiene varios encargos pendientes que debe resolver, porque nada genera más ansiedad a sus clientes que quedarse sin ordenador. Ya nadie sabe vivir sin ellos. Y está formateando un disco duro cuando llaman a la puerta. Es el repartidor del restaurante chino, que también se ha equivocado al salir del ascensor. La tendencia es elegir el tramo de bajada.

—Tienes un vecino muy amable —le dice con ironía.

—Un ogro. ¿Qué te ha dicho?

—Que no volviera a llamar a su puerta y menos con una comida que ni siquiera es española —dice. Sus rasgos son orientales, pero habla castellano sin el más mínimo acento.

Le da una buena propina y se sienta a engullir directamente de los táperes, ayudándose con tragos de cerveza, que bebe como un buey japonés, mientras sigue trabajando con los ordenadores.

No sabe cuánto tiempo ha pasado cuando chispea un aviso en el móvil. Se siente tan solo que cada mensaje electrónico le produce alegría. Marcelo no comparte la actitud de la gente que se desconecta de internet para que no la molesten cuando trabaja o descansa.

Puedo llamarte?

El wasap es del dueño del piso, el amigo de sus padres.

Por supuesto.

El teléfono tarda un minuto en sonar. Después de saludarlo, de preguntarle cómo se encuentra su padre y cómo se encuentra él, le dice:

—Volvemos a casa.

Marcelo tarda unos segundos en comprender a qué se refiere hasta que advierte que «casa» significa el lugar donde ahora mismo él está sentado formateando el disco duro de un ordenador.

—¿Volvéis a España?

—Sí. Definitivamente.

—¡Enhorabuena! —Se esfuerza por mostrar entusiasmo—. Es una estupenda noticia.

—Gracias.

—¿Cuándo?

—Bueno, no será mañana, no es inminente, pero sí será definitivo —repite—. Tardaremos un tiempo en organizar el traslado. Dentro de dos o tres meses. Una mudanza después de tantos años fuera no resulta fácil.

—Eso quiere decir que...

—Sí, que tendrás que dejar el piso. No te supone un problema, ¿verdad?

—No, no.

—Por eso te avisamos con antelación. Será en ese plazo, en un par de meses. Creíamos que nos darían más tiempo, pero todo se ha precipitado con el cambio de Gobierno.

Marcelo pasea la mirada por la casa, de cuyo mantenimiento se ha ocupado en teoría. Tendrá que sustituir la correa rota de una de las persianas, renovar enchufes, limpiar a fondo el horno, el filtro de la lavadora, sacar brillo a los sanitarios, comprar sartenes, pintar las paredes, reparar algunos muebles lisiados en las patas o en los codos. En fin, ocultar la dejadez en que vive. Si no tienes a nadie cerca, ¿para qué vas a preocuparte por tu aspecto?

—De acuerdo, tengo tiempo para buscar otro sitio.

—Hablamos entonces. Te voy avisando con los detalles de fechas.

—Gracias —dice con una amabilidad que en realidad no siente, porque la realidad es que vuelven a casa y no quieren encontrarlo dentro. ¡Fuera!

Pero sabe que, con la peste de los pisos turísticos, no le será nada fácil encontrar otro sitio céntrico, en Chamberí, cerca de sus clientes, con tantas comodidades y por un precio tan bajo. Necesitará un apartamento para él solo, con espacio para su trabajo. Y eso hay que pagarlo.

La única ventaja, se dice con una sonrisa torcida, es que perderá de vista al viejo de abajo, siempre protestando si hace ruido, si se levanta por la noche y descarga la cisterna, si arrastra el sillón cuando está ante el ordenador... Saca una canica del bote de los lápices y la deja caer al suelo rebotando sonora hasta perderse bajo el sofá.

Enciende con el Zippo uno de los cigarrillos liados y va al cuarto de baño. Suelta un eructo de elefante. La comida le ha provocado un ardor de estómago que le llega al esternón, tiene la boca llena de fósforo y la sensación de que huele mal, de que los condimentos y especias chinas le exudan por los poros. Dentro de un rato se convertirá en una bomba fétida. En el espejo descubre que todavía lleva el labio herido orlado de grasa y se lava los dientes con energía, sin dejar de pensar en el agobio del cambio de vivienda. Le parece una tarea angustiosa, a la que nunca antes se ha enfrentado solo. De hecho, ni siquiera tuvo que buscar aquel piso, que le llegó por mediación de sus padres hace..., ¿cuántos años ya? No lo recuerda. Y ahora tendrá que sacar todas sus cosas, tirar a la basura muchas de las que ha ido comprando, gadgets electrónicos obsoletos, cables y cables, adornos que solo han servido para acumular polvo, el viejo e incómodo sillón de trabajo. Tendrá que vaciar el armario de la ropa vieja que ya no se pone, como aquella chaqueta con la que un día iba a salir con Wendy y ella le dijo que no le quedaba nada bien, que lo envejecía... En fin, basura, basura, basura.

El recuerdo de Wendy vuelve a golpearlo con fuerza y entra en su habitación, que desde entonces nadie ha ocupado, no ha querido alquilarla. Todavía conserva su olor y algunas de sus cosas clavadas en el panel de corcho de la pared, entradas a conciertos, para un partido de fútbol en el campo de La Sagra, posavasos, cupones a

medio rellenar para copas gratis, una cuartilla con un texto en braille, la foto de Wendy con su hija... Huele el grínder y la barra de carmín gastada que hay en la bandeja de su mesa y recuerda sus besos, que tan poco duraron y tanta huella le dejaron para siempre, tanta nostalgia. Cierra los ojos y recuerda cómo lo miraba algunas veces y él no sabía decir si era la chica más pícara o la chica más inocente del mundo... Se llevará consigo un par de detalles como recuerdo, aunque se pregunta si ese apego no resulta morboso y no sería mejor olvidarlo todo, porque sabe que no fue para ella otra cosa que el chico pasado de peso y poco atractivo con el que se tiene una fugaz aventura un poco por compasión, un poco por compañía, un poco por la utilidad que le puede sacar.

Cuando abandone el piso, se borrarán las últimas huellas de Wendy y nadie nunca jamás sabrá todo lo que ocurrió allí.

42

Sumario

Caía la tarde de aquel domingo tan largo, cuando Cupido salió de la comisaría después de firmar una declaración provisional y fue a entregar en Europcar la furgoneta, que ya no necesitaba. Cogió un taxi hasta el hotel y, una vez allí, al salir de la ducha el informativo emitía en directo las últimas noticias: el futbolista Luiz Felipe da Gamma Leite había sido detenido en el vestuario de San Mamés por su supuesta implicación en la muerte de Wendy Paraíso, la chica con la que unas semanas antes había aparecido en un vídeo de contenido sexual. El juez había decretado su detención a raíz de los sucesos ocurridos durante la mañana.

Terminó de escuchar la noticia del secuestro y liberación de Brais, bajó el volumen del televisor e hizo una videollamada a Senda, a quien solo había enviado durante el día unos rápidos wasaps. Cuando ella enfocó la cámara hacia los gemelos, que ya dormían en sus cunas, a Cupido le pareció de nuevo que su vida estaba escindida en dos. Por una parte, la protagonizada por la familia que formaban ellos cuatro y, por otra, la que lo reclamaba para que fuera tras aquellos dos tipos que ahora encabezaban las noticias en el televisor. ¿Quién era él en realidad, el hombre que en esos momentos deseaba estar en casa con ellos, o el detective cansado después de haber vigilado a dos probables asesinos desde una furgoneta y haberlos seguido mientras perpetraban un secuestro?

Allí, en la habitación de un hotel, solo en la noche dominical, arrastraba consigo parte de lo que era en Breda, pero esperaba no arrastrar hacia Breda parte lo que representaba su oficio, toda la basura emocional que generaba su trabajo.

—¿Estás viendo la tele? —le preguntó Senda.

—Sí. Han detenido a Gamma.

—Solo hablan de eso. Y las redes sociales arden con la noticia.

Cupido le contó con detalle lo ocurrido: la agitada mañana con el asalto a la nave donde retenían a Brais y las consecuencias desencadenadas. Y las lentas horas en la comisaría hasta hacer su declaración:

—En ningún momento ha aparecido tu nombre —dijo Senda—. Hablan de una larga investigación que ha conducido hasta los secuestradores, pero no mencionan la intervención de ningún detective privado.

—Le pedí a Peralta que me mantuvieran al margen, para evitar molestias, sobre todo en un tema tan mediático. Y a ellos también les conviene, porque el éxito de la operación aparece como mérito exclusivo de la policía.

—Entonces, ¿vienes mañana?

—Quizá por la tarde, porque el juez de instrucción quiere hablar conmigo para conocer de primera mano todos los detalles que le permitan montar bien el sumario. Quedan muchas preguntas sin resolver sobre la relación de Gamma con los mariachis.

—¡Vaya! Te echamos de menos. Los gemelos y yo.

—Yo también tengo muchas ganas de veros —dijo Cupido, que notó en su voz que aquella nueva demora no le gustaba.

Cupido no quiso hablarle de otro detalle que no terminaba de encajar y que debía aclarar antes de volver a casa, aunque no sabía

cómo afrontarlo: la noche en que mataron a Wendy Paraíso, el mariachi Los Tigres de Sinaloa estaba dando un concierto en Toledo.

Al colgar, abrió el ordenador y buscó las últimas noticias de la operación policial. Las redes sociales aporreaban sus tambores con la noticia y había cientos de entradas, desde la simple transcripción del comunicado de la Guardia Civil hasta las especulaciones más extrañas y los comentarios más delirantes, como le había dicho Senda. Incluso alguien había colgado, no entendía cómo, una fotografía del Araña inmediatamente después de ser abatido, antes de que el juez levantara el cadáver. Quizá fuera un montaje, pero ya se había replicado miles de veces y corría hacia el *trending topic*. El Araña había quedado boca arriba, asobinado, con las largas articulaciones de alambre rígidas y encogidas de forma que parecía más arácnido que cuando estaba en pie.

Se acostó muy tarde y le costó dormirse, excitado por todo lo sucedido, desconcertado por los sentimientos que brotaban con el fin de la investigación. Había perdido al Alkalino de la peor manera posible, torturado, él, que temía tanto la tortura, que no tenía ningún miedo a la muerte, aunque sí a que le dieran una paliza. Pero la detención de sus verdugos —aunque seguía preguntándose si ellos también habían matado a Wendy Paraíso— no lo calmaba ni le generaba una satisfacción especial. El vídeo erótico, la tortura, el cuerpo destripado bajo el viaducto, Wendy estrangulada..., todo parecía una pesadilla y, sin embargo, todo era real.

Insomne, en su memoria aparecían las imágenes del Alkalino y le parecía que oía su voz, porque ni siquiera muerto podía callar:

—Supongo que esto es la vida: te quitan algo imprescindible y crees que no podrás vivir soportando esa pérdida. Pero aprietas los dientes y los párpados y resistes el dolor y te pones en pie y un día llega algo que no esperabas y que, aunque no te hace olvidar lo

perdido, te ayuda a vivir de nuevo, hasta que quizá llegue otra pérdida y de nuevo tendrás que levantarte.

No había querido correr las cortinas de la habitación y se despertó tarde la mañana del lunes y todavía cansado, como si sufriera una enorme resaca después de un fin de semana de botellón.

Desayunó esperando la llamada de Peralta, que no se produjo hasta el mediodía, que le comunicó que a las tres lo recogería en el hotel un coche para llevarlo al cuartel, donde firmaría su declaración definitiva.

Junto a Peralta, también lo esperaba Andrea, cuya cara de cansancio reflejaba el esfuerzo de acudir desde Breda para incorporarse a la investigación y la tensión de los interrogatorios. Le contaron que, a pesar de haberlo presionado, Roque no había delatado a Gamma, obediente a un código de silencio marcado a fuego en su aprendizaje en los ambientes de los cárteles mexicanos, que no perdonaban la delación. Una y otra vez se había limitado a declarar que habían llevado a Brais a la nave con el único objetivo de cobrar una deuda de juego que le debía al Araña y que ignoraba todo lo demás.

—Sabemos que es un tipo locuaz, pero aquí no suelta ni una palabra —dijo Peralta—. Y no es una cuestión de cálculo ni de dinero, sino de principios. Será difícil sacarle una confesión.

—Ellos mataron a tu ayudante, no tenemos la menor duda —dijo Andrea—. Ya sabes lo que les gusta a estos mexicanos de los cárteles arrojar cadáveres por los puentes.

—O colgarlos de las barandillas.

En su teléfono móvil había abundantes llamadas de ida y vuelta con Gamma, aunque habían sido muy cautos con el contenido de los mensajes para no comprometerse.

—Con toda la información que estamos recogiendo, lo acusaremos de esa muerte, no tengas ninguna duda —dijo Peralta, aunque añadió con prudencia—: Y estamos buscando pruebas de su implicación en la de Wendy.

—¿Qué quieres decir?

—Tienen una coartada firme para aquella noche. Estaban en Toledo dando un concierto con su mariachi. Hay testigos y hemos comprobado que es cierto. Tendremos que seguir investigando.

Aquella información coincidía con la que él había encontrado.

—¿Qué testigos?

—Los asistentes al concierto y su pareja, la vocalista del mariachi, Nala Quijada —dijo Andrea—. Hemos hablado con ella.

—Pero con las declaraciones de Brais y de Gamma tenemos suficiente para que el mariachi no se nos escape, aunque todavía no haya reconocido nada. No es la primera vez que se ve en un interrogatorio, sin duda en peores circunstancias que con nosotros, y está acostumbrado a resistir.

—Lo miras y ya sabes que va a responderte ¡No! Incluso antes de haberle hecho una pregunta —dijo Andrea.

—¿Cómo se llama? —Hasta entonces no le habían dicho su nombre completo.

—Roque Guzmán Talisco. Había sido futbolista y conocía a Gamma. Es mala gente, carne de cárcel. Del secuestro de Brais no se librará de ninguna manera e intentaremos que tampoco se libre de las muertes. El mariachi no volverá a cantar.

Andrea le contó que todavía resonaba en sus oídos la frase que le soltó Roque, desafiante, cuando vio que era la única mujer entre quienes lo estaban interrogando: «¿Qué pasa, vieja? ¿Que vienes a chingarme a mí porque no tienes en casa a un güey a quien chingar?».

—El tipo no tiene antecedentes en España, pero hemos pedido información a México y ya nos han dicho que lo quieren, que hay por allí algunos asuntos pendientes con él. Los dos sicarios llevaban una vida muy discreta, en la sombra, bajo la pantalla del grupo musical Los Tigres de Sinaloa, fieles a la máxima de no hacer amigos ni enemigos.

—Es gente peligrosa. No valoran la vida ajena porque no tienen miedo a perder la suya —concluye Peralta.

Cupido era consciente del privilegio poco habitual que estaba recibiendo. Le habían informado de los datos reales de la investigación porque estaban en deuda con él, puesto que sin él no la habrían resuelto y porque Andrea les habría asegurado que nada de lo que le contaran sería mal utilizado.

—¿Sabes que ya habían comprado billetes de avión para irse a su país? —añadió Andrea.

—Una temporada en México para que España se olvidara de ellos.

—¿La mujer también?

—Los tres, aunque ella sostiene que no sabía nada de ese viaje y que lo último que quiere hacer en su vida es volver a Sinaloa.

—Brais no sufrió daños graves, pero estaba muy asustado cuando nosotros entramos en la nave —completó la información Peralta. Se notaba que colaboraba bien con Andrea, que ambos formaban un buen equipo—. La muerte de uno de los secuestradores ha hecho que se venga abajo y ha confesado todo el asunto del chantaje con detalle, aconsejado por su abogado, que teme que lo impliquemos también en la muerte de Wendy Paraíso.

—¿Y es posible?

—No. Esa noche estuvo de guardia en la Cruz Roja. De momento seguirá detenido, a disposición del juez. Es un simple chantajista a quien el plan se le ha ido de las manos, lo ha desbordado.

—Y Brais estaba en Madrid cuando murió tu ayudante en Breda —apuntó Andrea.

—¿Celeste no puede estar protegiéndolo?

—Creemos que no —dijo Peralta—. No quiere saber nada de él. Cree que si no hubiera chantajeado a Gamma, Wendy no habría muerto. Ella fue quien se la presentó al futbolista y se siente culpable.

—¿Cómo pudo hacerse Brais con las imágenes?

—Wendy le había enviado el vídeo a Celeste y, en un descuido, Brais se lo descargó sin decirle nada.

—¿Y Gamma? —preguntó Cupido.

—Gamma reconoce que contrató a los mexicanos para que recuperaran el vídeo, pero que nunca autorizó sus métodos. Siempre ha estado con su abogado presente para no decir ni una palabra que pueda comprometerlo.

—No será fácil condenarlo como inductor de las muertes, no cabe duda de que se le ha acabado el fútbol. Le caerá una buena condena. Ya habrás visto que no se habla de otra cosa, como si en el país no tuviéramos problemas más graves —dijo Andrea.

—¿Y Adriana Beleza?

—Supongo que se salvará.

—¿No sabía lo que hacía su marido?

—Jura que no. Se ha presentado como una víctima más. Sabe hacer bien su papel y sabe manejar el morbo de su situación —dijo Peralta.

—Yo creo que incluso tendrá éxito —dijo Andrea.

—¿Éxito?

—El morbo es lo que más nos gusta, ¿no?

—De momento, ha cerrado todas sus redes sociales —replicó Peralta.

—Volverá con más seguidores —auguró Andrea—. Ahora hay mucha más gente a su favor.

—¿Por qué habían de estarlo?

—Por todo lo que se divierten con ella, por lo bien que se lo pasan con tantos cotilleos. ¡Menudo tema de conversación para amenizar sus vidas!

Peralta cerró la *tablet* y se despidió de él, insistiendo en su agradecimiento.

—A veces tengo la sensación de que miras con prismáticos —añadió Andrea cuando lo acompañó hasta la puerta. Había conocido a investigadores que o no hacían suficientes preguntas, o hacían demasiadas o no hacían las oportunas, pero en Cupido admiraba un talento para ir más allá de las preguntas rutinarias que solo daban pie a respuestas rutinarias. La seguía sorprendiendo que un tipo tan apacible fuera detective, como que fuera apacible alguien con aquel oficio tan áspero, aunque, pensándolo bien, en realidad no había ninguna razón para que un detective tuviera que ser duro, atormentado, alcoholizado, violento y con el corazón roto por una mujer... Y apacible no significaba ser cobarde, porque no había rehuido el cuerpo a cuerpo en caso necesario y había conseguido que fueran condenados algunos tipos muy peligrosos sin sentir en ningún momento miedo a las consecuencias. Le gustaba mucho que fuera a la vez incapaz de sentir temor y de provocarlo.

Con un gesto, Cupido les quitó importancia a sus palabras y se despidió de ella, sin dejar de pensar en aquel hilo suelto del tapiz que representaba la muerte de Wendy. El concierto de los mariachis en Toledo la noche del 1 al 2 de mayo era incompatible con el asesinato y con el traslado del cadáver hasta un camino solitario en la sierra de Madrid. Peralta y Andrea miraban a los mexicanos y se decían: «Estos son los culpables de su muerte», y dedicaban sus

esfuerzos a encontrar las evidencias que confirmaran su certeza. Pero Cupido miraba a los mexicanos y se preguntaba: «¿Estos son los culpables?».

No tenía duda de la implicación de los sicarios en la tortura y muerte del Alkalino, pero el asesinato de Wendy —ya no utilizaba su apellido cuando pensaba en ella, tanto la conocía— no tenía sentido después de estallar el escándalo del vídeo erótico. Una vez difundidas las imágenes, el futbolista podía sobrevivir a un escándalo sexual en cuanto apareciera otro que lo enterrara, aquella gente estaba acostumbrada a las polémicas. En cambio, la muerte de Wendy reavivaría la polémica y las sospechas recaerían inmediatamente sobre él.

Ahora que estaban anulados los sicarios, sintió que había algo que se le escapaba entre el enjambre de datos que le revoloteaban dentro de la cabeza, algo que había captado, pero no retenido, que había visto o escuchado y había postergado para analizarlo más tarde, pero que luego había olvidado, enterrado entre las decenas de datos simultáneos con que un asesinato ponía a prueba su mente. Una información que debía revisar se había perdido en el camino, se volatilizaba cuando él se acercaba y escapaba a su observación, como en el experimento de un físico alemán del que le había hablado el Alkalino: no podemos analizar determinadas partículas de la materia porque al iluminarlas cambian de lugar o de comportamiento.

El detective procuraba no repetir en cada investigación los mismos mecanismos, aunque le hubieran dado resultados favorables en ocasiones anteriores. La rutina era imprescindible para los funcionarios, los fontaneros, los carpinteros, para los trabajos mecánicos en los que los movimientos debían ejecutarse del mismo modo, porque las variaciones generaban errores, pero no en la

investigación de un crimen, porque cada uno era diferente y diferente era cada persona implicada en ellos. Las familias felices se parecían, pero los asesinatos eran cada uno a su manera. Sin embargo, no estaba seguro de que, a pesar de esa cautela, no hubiera cometido algún error.

Ciertamente, podía retirarse de la investigación en ese mismo momento, entre otras cosas porque nadie le pagaba ya. Podía dejar que la eficiente policía y la pedregosa Guardia Civil culminaran su trabajo y que los jueces determinaran la culpa o la inocencia de cada cual. Podía retirarse a Breda sin rubor y sin nada que reprocharse, puesto que había sido él quien había llegado hasta los sicarios por el envase de un colirio y quien había resuelto el secuestro. En casa lo esperaban el olor a talco y a colada, a purés y a biberones que en pocos meses se le habían hecho tan familiares, y la tibieza del cuerpo de Senda bajo las sábanas.

Pero aún no lo haría. En toda su vida solo había desempeñado aquella profesión y no cerraría una investigación sin estar seguro de que no dejaba ningún cabo suelto. Sabía que un buen final justifica una historia entera, y que un desenlace chapucero arruina todos los méritos acopiados en su relato.

Hablaría con Nala. Al fin y al cabo, no encontraba otra manera de investigar que hablando con los implicados. En su profesión no bastaba con enviar las preguntas por email, necesitaba estar frente a sus interlocutores, escuchar su voz y mirarlos a los ojos.

Sabía dónde vivía.

43

Nala

En la comisaría la han tenido toda la noche en vela, entre esperas e interrogatorios, y solo el lunes por la mañana le han permitido irse a casa. Se ha metido en la cama y ha pasado no sabe cuántas horas agitada, entre sudores y malos sueños, tosiendo y con la garganta llena de esquirlas de metal, víctima de la gripa, con una fiebre que un Frenadol apenas ha logrado bajar de treinta y ocho. Ha podido dormir a ratos, hasta que la despierta una pesadilla en la que ha vuelto a México y está en medio de un paisaje de cactus y la atacan dos hombres convertidos en perros. Abre los ojos y los perros desaparecen aullando.

Confusa, al despertarse, con una sensación de alivio, cree que los perros se refieren a los dos cuicos, un policía y una guardia civil, que el día anterior fueron a registrar el piso con una orden judicial y se la llevaron a la comisaría. La interrogaron durante horas sobre Roque y el Araña, la retuvieron en una celda hasta que al amanecer declaró ante el juez, que debió de creer en su inocencia, porque, para su sorpresa, la dejó salir con la obligación de estar permanentemente localizada. O quizá es que estaban ocupadas todas las celdas para mujeres.

Por entonces, en la comisaría ya se sentía mal y al volver a casa comprobó que tenía fiebre y se metió en la cama.

Ahora se levanta con esfuerzo, se calza los huaraches sin hacer caso al dolor de las articulaciones y a un dolor martillo que le machaca las sienes y descubre que son las seis de la tarde. Escucha y no oye nada, en la casa no hay nadie más que ella y se le amontonan el desamparo, la soledad de las habitaciones. No está Roque y no estará en mucho tiempo, quizá en años, pero ella tendrá que seguir adelante sola, como un pájaro que debe seguir volando con una sola ala.

Siente el estómago empedrado, pero al mismo tiempo necesita comer algo, porque no sabe cuánto tiempo hace que no toma nada. Se acaba unas galletas que sopea en un té —y otro Frenadol y un jarabe de codeína para calmar el picor en la garganta, aunque mejor le vendría un gramo de coca para aliviar las toneladas de angustia que le aplastan el corazón—, cuando el timbre la asusta y da un respingo. Teme que sea de nuevo la policía. Se abrocha un botón más de la piyama y va a abrir la puerta, porque no se siente con fuerzas para oponer resistencia. Hace unas semanas estaba pasando una buena racha, pero de repente han llegado de nuevo los viejos malos tiempos sinaloenses que creía haber dejado atrás para siempre y tiene que adaptarse otra vez a convivir con la desgracia.

En la puerta, sin embargo, no está la policía, sino un tipo alto que debe de conocer su dirección para haber llegado hasta allí sin pasar por el citófono.

—¿Nala Quijada?

—Si tú lo dices —replica, porque lo último que le apetece es hablar con alguien.

—Nala Quijada —repite el tipo. Le suena la voz, aunque no sabe cuándo ni dónde la ha oído y, al mirarlo mejor, también su rostro le resulta conocido. El malestar general demora unos segundos su identificación: es el hombre alto que estuvo en la última fiesta del

mariachi, observándolos desde el fondo de la pista. Siente el impulso de cerrarle la puerta en las narices, pero no se atreve porque intuye que no se irá y que volverá a tocar el timbre y ella necesita una tregua en la situación de fragilidad en que se encuentra. No podría soportar un conflicto más y se prepara para una resistencia pasiva.

—¿Quién la busca? ¿Quién eres tú? ¿Eres policía? —pregunta con una voz que a ella misma le suena rasposa y suburbial.

El tipo le dice su nombre y su profesión, detective privado.

—¿Y qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿De qué? No tengo nada que contar.

—¿A mediados de abril reservaste alojamiento a tu nombre en la casa rural Medialdea, en Breda?

—No esperarás que te responda a esa pregunta, ¿no? Si no eres policía, ¿qué derecho tienes a hacerla?

—Hace un mes, a mediados de abril, reservaste alojamiento en la casa rural Medialdea, en Breda —afirma ahora el detective, sin responder a su agresividad con agresividad, ni siquiera con ironía.

—¿Y qué te importa?

—Creo que te importa a ti. Reservaste alojamiento a tu nombre, todas las plazas de la casa, pero tú no fuiste allí. Allí fueron dos hombres.

El detective transmite paciencia y calma, pero Nala piensa que, si Roque estuviera viéndola, le diría que no se fiara, de modo que replica:

—¿Y qué? ¿Acaso no se pagó la factura?

—Aquellos días mataron a un hombre en Breda.

Nala no dice nada, pero siente que se tambalea, las piernas líquidas apenas pueden sostenerla y se apoya en el quicio. No puede ocultar el temor y mira hacia el ascensor, que alguien ha llamado. La

acomete un golpe de tos y se pone la mano ante la boca. La garganta se le oprime y los ojos se le velan con un agua negra que oscurece la habitación.

—Uno de sus asesinos usaba esto. —El detective saca del bolsillo de la chaqueta un pequeño espray y se lo muestra.

—¿Qué es eso?

—Un colirio para humedecer los ojos.

La voz de Nala es un puro temblor cuando replica:

—¿Has probado a preguntar en las farmacias cuántas personas lo usan?

—Sí, lo he preguntado. No se vende en España. Es un producto mexicano que hay que pedir por internet.

Nala se oculta un poco detrás de la puerta, pero el detective insiste:

—¿Puedo entrar y hablamos con calma?

La casa está desordenada y sucia, sin ventilar, los ceniceros con puchas y ella misma ofrece un aspecto lastimoso, pero se aparta a un lado, en silencio, y lo conduce hasta el salón por un pasillo desde el que se vislumbra la cocina, sin recoger desde el día anterior. Le indica un sillón y el detective se sienta y espera a que ella también lo haga para decirle sin rodeos:

—Roque y el Araña mataron a un hombre en Breda.

—Si estás tan seguro de eso, ¿a qué pedo vienes aquí? —replica todavía, aunque no sabe de dónde saca las fuerzas—. ¿Qué quieres? ¿Decirme lo malotes que fueron? No voy a decir nada contra Roque. No voy a traicionarlo.

—Ellos lo mataron, pero no sé si también mataron a Wendy Paraíso.

A pesar de la gravedad de las acusaciones, no levanta la voz ni le suena agresiva, irritada, beligerante. Nala procura olvidar el calorón,

apartar a un lado el malestar y concentrarse, quizá merezca la pena escuchar lo que ha venido a decirle.

—Ellos no la mataron.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque esa noche estuvimos tocando en una fiesta en Toledo. También Orlando estaba con nosotros..., y todos los asistentes. Búscalo en internet, hay imágenes en YouTube. Ya se lo he dicho a los policías.

—¿Hasta qué hora?

—No recuerdo la hora exacta, pero el concierto duró al menos hasta la una. Y llegamos a casa dos horas después.

—¿Les oíste hablar de Wendy alguna vez? Gamma ha reconocido que los contrató para recuperar las imágenes del vídeo, y un trabajo así exige muchas horas de dedicación. Es imposible que no notaras nada.

Nala no sabe si es el temblor o su voluntad lo que mueve su cabeza, que niega muy rápido. Tiene frío y nota el atisbo de una arcada y el sabor del té y de las galletas en la lengua. Se suena la nariz con un clínex. Quiere que el detective se marche y la deje en paz, pero al mismo tiempo no quiere que se vaya, porque alguien tiene que ayudarla a salir de todo aquello.

—Si ellos no la mataron, quizá pueda ayudarte a demostrarlo. Si nadie lo hace, Roque terminará pagando por las dos muertes.

Después de unos segundos de duda, Nala vuelve a negar, pero el detective vuelve a presionarla, sin darle tiempo para pensar con claridad:

—Sabes que, si no colaboras en este asunto, a ti también te expulsarán a México.

Se queda inmóvil al escuchar la advertencia, controlando las náuseas que otra vez empujan desde el estómago, pero respira

hondo y se le pasan. El esfuerzo la deja abatida y, de pronto, se derrumba hacia atrás en el sofá. Parece haber recibido un disparo.

—No, allí no puedo volver.

—¿Qué sabes de Wendy Paraíso? —insiste el detective abriendo los brazos, como si se dispusiera a acoger en ellos todo lo que le cuente.

—Wendy era amiga mía.

—Si era tu amiga y quieres que quien la mató pague por su muerte, deberías contármelo todo muy despacio.

Nala cede. Ha estado luchando contra ella misma y a la vez contra el detective, pero, rendida, comienza a hablar, tiene que darle algo.

—Es cierto que Roque y el Araña fueron a Breda, pero nunca he sabido para qué ni lo que hicieron allí. Roque nunca me hablaba de sus chambas. Siempre presume de que sabe guardar un secreto. Es una costumbre que trae de México, los chamacos se educan así: antes morir que hablar, ni siquiera a su morra. Pero yo sabía que últimamente estaba metido en algo extraño, porque tenía plata y andaba muy alzado. Se compró un coche casi nuevo y me hacía regalos caros. Le pregunté y me dijo que le habían saldado una vieja deuda de sus tiempos de futbolista y que, además, estaba trabajando como guarura de un tipo muy importante, que le pagaba muy bien. Por eso tenía que salir algunas noches. Pero nunca mencionó ningún nombre y yo no podía imaginar que estaba relacionado con el vídeo de Gamma.

—¿Nunca sospechaste nada?

—¿Acaso crees que habría estado un solo minuto con él si creyera que le había hecho daño?

—Sigue.

—En los últimos días estaba muy nervioso, como si algo no marchara bien..., y hasta llegué a pensar en algún peligro, porque

un día me preguntó si volvería con él a México durante una temporada. Solo una temporada. Al cabo de algún tiempo regresaríamos a España y entonces sería para siempre. Le dije que no, que nunca volvería a México.

—¿Por qué no?

—No es país para mujeres jóvenes.

Coge otro clínex y vuelve a sonarse la nariz. El Frenadol y la codeína están haciendo efecto y empieza a sentirse mejor, el dolor de cabeza y el picor de garganta le están desapareciendo, sustituidos por un esponjoso aturdimiento. Duda en responder la última pregunta del detective, no sabría cómo contarle que durante los últimos años ha ido españolizando su vida en las comidas, costumbres, horarios, ropa, música y hasta vocabulario, y para nada quiere volver a mexicanizarla, pero se decide, con la respuesta no perjudicará a nadie más que a sí misma y quizá al conocer los detalles el detective sea más comprensivo.

—Hace mucho tiempo me quedé embarazada de un tipo que no merecía la pena. Yo quería ser cantante y él había prometido ayudarme. Decidí abortar y él, al saberlo, se opuso, quería que siguiera adelante con el embarazo y que abandonara la música, que él se encargaría de darme todo lo que necesitara. No le hice caso y aborté con misoprostol. Cuando lo supo, juró que me mataría. Cogí miedo, porque algunas veces había presumido de ser amigo de un narco al que le había compuesto un corrido. Me vine huyendo a España y conocí a Roque, se lo conté todo y siempre me ayudó. Sé que hace algunas cosas que no están muy bien...

—¿Qué cosas?

—De guarura, de sacaborrachos, de cobrador de algunas deudas de gente que no paga... A Roque se le respeta en ese mundo, en el

imperio de los puños, como él dice. Pero conmigo no, conmigo siempre ha sido cariñoso y con él siempre me he sentido protegida.

Sabe que está hablando mucho, que algunas de las palabras que dice son brasas y al escupirlas le queman la lengua, pero no ha revelado nada que pueda perjudicar a Roque más allá de lo que ya tiene encima. No es una traición, aunque se sorprende al notar en la comisura de la boca dos lágrimas que no sabe cuándo se le han escapado.

—Siento mucho que ellos... mataran a ese hombre. ¿Era tu amigo?

—Era el mejor amigo que he tenido nunca. Mucha gente lo tenía por un borrachín, pero era el mejor hombre que pisaba la Tierra. Trabajaba conmigo. Digamos que estaba haciendo el trabajo sucio que me correspondía hacer a mí.

—Lo siento mucho si... Pero ellos no mataron a Wendy... Wendy era buena onda, no había más que verla y hablar con ella unos minutos para comprobarlo. Una de esas personas que solo se hacen mal a sí mismas.

—¿De qué la conocías?

Nala le cuenta que coincidieron amenizando una fiesta. Ella cantaba con Los Tigres y Wendy bailaba en un espectáculo subido de tono. Se le habían olvidado en casa los zapatos y Wendy le dejó los suyos. Luego quedaron para devolvérselos y un par de veces volvieron a coincidir en esas mismas fiestas, gestionadas por el mismo empresario. Se cayeron bien, se cogieron cariño, pero dejaron de verse cuando Wendy encontró otros trabajos.

—Aquel no le gustaba —concluye.

—¿Y no volviste a verla?

Nala duda, todavía no está segura de que sea tan buena la idea de confiar en un detective, aunque ese tipo alto la mire sin recelo,

aguarde pacientemente sus palabras y no la bombardee con cien preguntas por minuto. Busca en su aturdida cabeza algún modo de neutralizar su pregunta, pero no encuentra otra alternativa. Vuelve a sonarse la nariz y continúa:

—No volví a verla, pero sí a hablar con ella.

—¿Cuándo?

—Me llamó desde un locutorio unas horas antes de que la mataran...

—¿Desde un locutorio? ¿Seguro? —pregunta Cupido. Aquel dato, y a la misma hora, coincide con la llamada que le había hecho a Celeste para que la ayudara a esconderse.

—Sí. Me dijo que había estado fuera, que había regresado a Madrid y que no tenía donde quedarse. Me preguntó si había un hueco en mi casa para ella, solo serían una o dos noches, hasta que encontrara otro alojamiento.

—¡Roque la estaba buscando y ella te llama para ir a tu casa!

—Pero yo entonces no sabía nada de eso. Y Roque tampoco, él no se interesaba por mis cosas. No podía imaginar que yo la conociera, no asociaba a la chica que andaban buscando con una bailarina disfrazada de egipcia a la que apenas habría mirado a la cara cuando coincidimos en dos o tres fiestas de despedida de soltera. Solo le comenté que se trataba de una amiga.

—¿Y le ofreciste alojamiento?

—Sí, pero le dije que tendría que esperar unas horas, porque acabábamos de llegar a Toledo, al local donde actuábamos esa noche, y no había nadie en el piso ni ningún vecino que pudiera abrirle o dejarle una llave. Roque no quería que nadie entrara en casa cuando no estábamos nosotros. Wendy me dijo que me esperaría.

—¿Y entonces?

—Una hora más tarde recibí un mensaje de voz suyo desde otro número de teléfono. Me decía que no me preocupara más, que ya lo había arreglado. No era necesario que le hiciera sitio en casa, porque un amigo suyo la acogía y que me estaba llamando desde su estudio.

—¿Te dijo el nombre?

—No... Nomás me comentó que era ciego.

Incluso desde su debilidad por la gripa y por las medicinas, Nala advierte que el detective la escucha con toda atención.

—¿Le has contado todo esto al juez?

—¿Cómo se lo iba a contar, si están acusando a Roque de haber matado a Wendy sin tener cargos contra él? Esa sería la prueba que están buscando para condenarlo. Pensarían que yo lo llevé hasta ella. ¡Y Roque no la mató, aquella noche estábamos actuando en Toledo! —Se cubre el rostro con las manos y, cuando las retira, su expresión se ha reafirmado, se agarra a lo poco que le queda y, una vez abiertas sus compuertas emocionales, añade con firmeza—: Hace tiempo tuve que huir de mi país para venir a otro donde todavía me siento extranjera. He fracasado en la música y no he llegado a donde aspiraba, quería ser cantante y solo soy... amenizadora en fiestas de despedida de soltera... Pero para Roque yo no soy una fracasada y siempre me hace sentir como una reina. Así que no declararé nada que pueda perjudicarlo.

—¿Puedo oír el mensaje?

—Sí.

Nala pulsa unos botones y suena la voz de Wendy susurrando en voz baja, con una peculiar pronunciación de la erre, poco vibrante, muy suave:

> Soy Wendy otra vez, y ahora te llamo desde el estudio de sonido de un amigo. Es ciego. Estamos ensayando para una grabación. Ya no hace falta que me quede en tu casa, pero te lo agradezco de corazón. Te debo una. Ya sabes que

puedes pedirme los zapatos cuando quieras. No puedo hablar más, tengo que colgar. Ya te contaré. Besitos, chula.

—¿Puedes prestarme tu teléfono?

Nala se lo entrega. Cupido comprueba el día y la hora del mensaje: 1 de mayo, 22:30.

Nala murmura:

—Quizá si yo hubiera insistido en que me esperara, en que se quedara en mi casa, a la mañana siguiente no habría oído la noticia de que la habían matado. Si esa noche yo no hubiera estado fuera...

—Nadie puede estar en dos sitios a la vez.

—A veces creo que no estoy ni en uno solo. A veces creo que no existo.

Cupido recuerda entonces un último detalle:

—¿Tú le regalaste un suvenir con una calavera mexicana?

Nala lo mira sorprendida.

—Sí, un llavero. Wendy me dijo sonriendo: «Lo usaré cuando tenga unas llaves que sean mías».

—No llegó a usarlo. Sigue en la habitación donde había vivido.

Es todo lo que tenía que decirle al detective, ahora sí ha terminado de hablar y podrá volver a la cama. Se siente mejor, no solo por el Frenadol y la codeína, también liberada al confiar en alguien ahora que Roque está detenido. Le parece extraño haber establecido con él esa proximidad emocional, como con un amigo con quien se intercambian confidencias. Lo ve levantarse y desde el sofá le parece aún más alto que cuando llegó, como si hubiera crecido o como si ella hubiera menguado. Se levanta con esfuerzo y lo escucha decir:

—Gracias por lo que me has contado. Intentaré ayudarte.

44

El cuerpo

Nadie se lo había enseñado en ninguna academia ni había partido de ningún método, pero Cupido había llegado a la conclusión de que una investigación era un proceso de descubrimiento, orden y recuerdos, o de recuerdos que debían ser ordenados a la luz del nuevo descubrimiento. Su capacidad para relacionar hechos, personas y lugares, por muy ocultos que estuvieran sus vínculos y por muy distantes sus movimientos, en algunos casos le había permitido encontrar la verdad incluso antes de haber hallado las pruebas para demostrarla. Creía tener buena memoria, a corto y a medio plazo, no una memoria oceánica, pero sí profunda y fiable, en especial para las voces y los rostros, como un arpón que se clavaba en ellos y ya no los soltaba. Los datos adquiridos un día no le borraban los acumulados en días anteriores.

Pero en aquel momento, de regreso en metro al hotel, la memoria no le obedecía, ni siquiera estimulada por la nueva información que le había dado Nala. Una y otra vez se preguntaba por qué había mentido Farfán al ocultar que Wendy estaba con él la tarde noche de su muerte y qué significaba su mentira. Una chispa de luz se abría paso en su cabeza, pero se apagaba enseguida, antes de que pudiera ver qué iluminaba.

Con el horario de sueño alterado, durmió mal el resto de la noche y por la mañana temprano abrió las cortinas de su habitación para

que entrara la primera claridad del día. Volvía a llover, la lluvia predicaba en los cristales su salmo de acción de gracias.

Desayunó y, desde la habitación, le puso un wasap a Senda, que ya estaría en el trabajo:

Tengo que quedarme todavía. Llámame luego desde casa.

Abrió el cuaderno y repasó sus notas, pero no terminaba de mapear a todos los implicados en los lugares y a las horas en que se cometieron los dos asesinatos, todo se le mezclaba: el vídeo erótico y Paula con los gusanos de seda, el cadáver del Alkalino arrojado por el alto viaducto, un espray de colirio y el saco de huesos de Jamal, Medialdea, *Macorina* y Los Tigres de Sinaloa, la soledad de los polígonos industriales, Farfán y sus ojos ciegos, la cicatriz de Roque, Marcelo y las tres cerraduras del viejo, una, dos, tres, el dibujo de una grulla, un penalti marcado cuando todo indicaba que iba a fallarse, la doble lesión de rodilla de un futbolista, el secuestro de Brais, el King Quintana en su alta torre sobre La Castellana, Jimena conectada a su *tablet,* Adriana Beleza llena de brillantes... Creía que ya estaban todas las cartas, que no faltaba ninguna, pero no conseguía encontrar el comodín necesario para encajarlas en orden con los recuerdos. Demasiadas piezas y demasiado dispersas. Al cerrar el cuaderno, confuso y cansado, advirtió que la cubierta posterior estaba manchada de leche de algún biberón y su mente voló hacia Senda y sus hijos, hacia la sonrisa de Laura y hacia la enfermedad de Raúl.

Cerró los ojos unos minutos, pensando, pensando, y sin darse cuenta se quedó adormecido. Lo despertó el ruido de las limpiadoras en el pasillo y encendió la tele. Las noticias del secuestro, de los sicarios mexicanos y de la detención de Gamma habían sido desplazadas por nuevos escándalos, conflictos políticos, inflaciones y

catástrofes. Quizá para compensar tantos desastres, al final del informativo Carlos del Amor se ponía una venda en los ojos para compartir con un grupo de ciegos la experiencia de una visita a la sala de esculturas del Museo del Prado donde a los invidentes se les permitía tocar las esculturas para que captaran su belleza a través del tacto. Y aquel breve reportaje poético, escuchado al azar, sobre el que en otras circunstancias habría pasado por encima sin procesarlo, le hizo pensar en los ciegos, y entonces, con la misma falta de lógica con que de pronto viene a la lengua un nombre olvidado que no se lograba recordar de ninguna manera, en la pinacoteca de su memoria apareció la cuartilla en braille con el monograma de Audiarte que había visto colgada en el panel de corcho de la habitación de Wendy durante su segunda visita al piso de Marcelo. La cuartilla no estaba en su primera visita, evocó ahora, antes de que Wendy se marchara a Breda. Por tanto, la habían pinchado allí en algún momento después de su marcha del piso y antes de su muerte.

Saltó de la cama para ir a hablar con Marcelo.

Un taxi lo dejó ante el viejo edificio, donde un operario limpiaba los cristales del portal, y Cupido entró con decisión y lo saludó con normalidad. Cogió el ascensor hasta el tercero, el rellano entre dos plantas. En la de abajo, en el piso del viejo desdentado, una gota de luz brillaba en la mirilla. El detective comenzó a subir, pero se detuvo a medio camino y retrocedió hasta la otra planta sin ninguna prisa, marcando los pasos. Al llegar frente a la puerta, la mirilla ya se había oscurecido. Llamó al timbre y oyó girar las tres cerraduras, una, dos, tres, hasta que apareció en el hueco el rostro del viejo con el mismo gesto ávido de vigilancia, el mismo pelo hirsuto y desaliñado, la misma membrana de pavo temblando bajo el mentón, la misma cólera desdentada y el mismo olor gatuno a vejez y ácido fénico, un

tufo añejo y cavernoso, como si no entrara oxígeno en la casa desde hacía siglos.

—Otra vez usted.

—Me recuerda.

—¡Claro que lo recuerdo! Soy viejo, pero no estoy gagá, mis oídos y mis ojos funcionan perfectamente. Puedo subir yo solo una escalera —replicó, ofendido por la duda, aunque Cupido sospechó que no lo recordaba—. Es inspector o algo así, ¿no? ¿Van a cerrarle por fin el taller? Las normas de la comunidad prohíben cualquier actividad comercial en el edificio.

—Soy detective.

—¡Sí, ya! —Lo miró como si le buscara una lupa en las manos—. Vino a preguntarme por aquella pobre chica. No ha vuelto por aquí, después de la pelea de aquella noche.

—¿Qué pelea? —le preguntó. Era evidente que si el viejo había oído la noticia de una chica cuyo cadáver apareció en un descampado, no había asociado a la víctima con la inquilina de arriba.

—¿Es detective y no lo sabe?

—He oído hablar de una pelea con unos mexicanos —aventuró Cupido antes de dar un paso hacia la escalera, como si solo hubiera bajado a contarle aquel dato.

—¿Va a marcharse ya? Espere.

—¿Sí?

—No había ningún mexicano aquella noche. ¿Cree que no sé reconocer su acento?

—Yo quizá no sabría. Es difícil distinguir esos detalles.

—Lo difícil es no oír nada por las noches. Siempre hay ruido ahí arriba. Ayer no dejó de mover trastos —dijo, y, de pronto, unos ruidos de arrastre en el techo hicieron que el anciano escuchara con

atención y señalara hacia lo alto con un dedo índice con las articulaciones hinchadas como nueces—. ¿Los ha oído? ¿Los ha oído?

—Sí.

—Y solo estoy yo para vigilar. —Señaló la otra puerta de la planta —. Ahí no vive nadie.

—¿Quiénes no eran mexicanos? —preguntó Cupido retomando el hilo roto de la conversación.

—¿Mexicanos? ¡Ah, se refiere a la noche de la pelea! No, no era extranjero, era alguien de aquí.

Cupido no tuvo dudas de la veracidad de lo que le transmitía el anciano: vivía solo, posiblemente nadie lo visitaba y el espionaje a los vecinos se habría integrado en su naturaleza como un recurso contra la soledad y el insomnio.

—¿Y cómo fue la pelea?

En el edificio alguien llamó al ascensor, y el viejo se quedó de nuevo escuchando hasta comprobar que pasaba de largo por su planta.

—Va más arriba —dijo decepcionado.

—Sí. ¿Cómo fue la pelea?

—Ella no quería y gritó, pero él debió de taparle la boca, porque no se oyeron más gritos. Pero oí los golpes.

—¿Golpes?

—Sí. Y luego nada.

—¿Gritó la chica?

—Sí, arriba. Había llamado antes al portero automático, pero no había nadie y subió y abrió con su llave. Venían juntos. No los vi, pero oí los pasos y los oí hablar.

—¿Y entonces ocurrió la pelea?

—Sí.

—¿No llamó a la policía?

—Claro que llamé para quejarme del ruido, como otras mil veces, pero tampoco me creyeron. Piensan que estoy loco.

—¿Y cómo terminó?

—¿Cómo? Terminó en silencio.

—¿No oyó nada más?

—Nada más hasta que sonó el bastón. Al principio creí..., creí que eran los tacones, pero no podía ser, la chica no podía caminar solo con uno.

—¿Un bastón? —Cupido entrevió la luz.

—Sí, caminando hacia la puerta. Salió y se quedó quieto, como si estuviera escuchando si algo se movía. Me acerqué a mirar, pero no había encendido la luz del pasillo.

—¿Quién?

—El tipo. Solo pude verlo un segundo cuando se abrió la puerta del ascensor y se iluminó el rellano, pero por cómo movía el bastón blanco me pareció que era ciego.

—¿Podría describírmelo?

—Era un hombre fuerte y alto, aunque no tanto como usted. —Como si tuviera miedo de que se cerrara, el anciano retrocedió de pronto hasta su puerta, de donde seguía saliendo el olor a conejera, el tufo denso y maloliente que llenaba el rellano—. Suba arriba y mire si está haciendo la mudanza y baje luego a decírmelo.

Arriba, Marcelo abrió la puerta sorprendido de que no hubiera llamado al portero automático.

—Creía que..., que ya había terminado todo —balbució en actitud alerta cuando Cupido le dijo que quería hablar con él, de nuevo con el tic en los ojos al sentirse observado. En el labio superior le brillaba una chispa de pomada blanca para curar alguna herida o infección.

—No ha terminado. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

A un lado del pasillo se alineaban tres bolsas de basura y cajas de cartón con cables, cartuchos de impresora, cargadores antiguos, artilugios, viejas pantallas y mastodónticos ordenadores de sobremesa.

—¿Te trasladas? —le preguntó, temiendo que hubiera vaciado la habitación de Wendy.

—Sí. —Avanzó por el pasillo anadeando, con el andar pesado de los sedentarios, se sentó en el sofá con un suspiro de perro y encendió uno de sus cigarrillos artesanales a pesar de la herida. Al hablar no podía cerrar bien los labios para evitar el roce y se apreciaba que en los dientes comenzaban a formarse sedimentos de sarro—. Tengo que salir del piso en un mes y he comenzado a limpiar. Parece mentira la cantidad de basura y de trastos inútiles y obsoletos que se van acumulando. Casa nueva, vida nueva.

—¿A un local más grande?

—No, para qué. Vivo solo y me sobra espacio. Es que regresan del extranjero los dueños del piso y tengo que dejarlo —lamentó, nervioso, expulsando el humo por la nariz en dos chorros gemelos. Seguía con la misma tensión que le agudizaba el timbre de la voz, la misma necesidad compulsiva de fumar y el mismo tic independiente del cerebro que se esforzaba, en vano, por controlar. Entre uno y otro gesto, su rostro nunca estaba inmóvil. En la anterior visita había sugerido que era Wendy quien le causaba el desasosiego, pero su muerte no lo había sosegado—. ¿A qué has venido?

—A ver de nuevo la habitación de Wendy.

—Adelante. —Le señaló con un gesto el pasillo.

Debía de haberla mantenido cerrada, sin ventilar, porque su olor seguía allí, impregnada de un modo que acaso nunca desaparecería, y ambos se quedaron de pie en la puerta, aspirando el aroma dulce

y desvalido de su perfume o de su propio cuerpo, que intensificaba el impacto de su ausencia. Wendy había muerto en aquella cama la medianoche del 1 de mayo, mientras la ciudad celebraba su fiesta anual y hervía de conciertos, de luces y ruidos, de fuegos artificiales que conmemoraban el levantamiento popular contra los invasores franceses.

—Si hubieras tardado unos días más, la habrías encontrado vacía y pintada. ¿Qué buscas en concreto?

El detective dio unos pasos hasta la mesa y la bandeja donde estaban el llavero con la calavera mexicana, el grínder, el pendiente con la piedrecita azul. Levantó la vista hacia el panel de corcho, donde seguían pinchados los posavasos, cupones a medio rellenar para bebidas gratis, entradas a conciertos y para un partido de fútbol del equipo femenino La Sagra, la pulsera verde de todo incluido en un hotel Meliá, la foto de Wendy con su hija Paula, muy pequeña. Pero Cupido solo se fijó en la cuartilla que parecía un papel en blanco y que no estaba en su primera visita, cuando Wendy vivía, y que hasta la noche anterior no había recordado. El soporte no era de papel, sino de opalina, y llevaba impreso un texto en braille.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó a sus espaldas Marcelo.

—Esto.

Cupido señaló la cuartilla, pinchada en un sitio tan visible como la carta escondida de aquel cuento que les habían hecho leer en el instituto, donde era tan mal estudiante. Sacó el móvil y grabó la habitación, con Marcelo fumando a sus espaldas y mirando con recelo sus movimientos, hasta terminar enfocando el panel de corcho y la cuartilla. Le hizo también un par de fotos, comprobó que se distinguían con nitidez los puntos marcados, sin responder a las insistentes y nerviosas preguntas de Marcelo: «¿Qué es? ¿Qué es?».

Luego empleó un minuto en encontrar un traductor de braille en red. Bajo el anagrama y el encabezado del nombre de la empresa, AUDIARTE, el texto era el que estaban grabando cuando fue a hablar con Farfán: «El jardín es el lugar en donde busco refugio y protección, no la casa. En la casa me esperan deberes y disgustos...». Y debajo, en una grafía de menor tamaño, el día y la hora de la impresión de la cuartilla: 1 de mayo, 22:30, que Cupido leyó en voz alta. El día y la hora eran la única diferencia entre aquella cuartilla y la que Farfán había imprimido ante él la primera vez que hablaron.

—¿Qué significa? —preguntó Marcelo detrás de él, mirando también la traducción en la pantalla del móvil. Y ante el silencio del detective, se respondió a sí mismo—: ¿Quieres decir que Farfán..., que Wendy..., que ella estuvo con Farfán el día de su muerte? ¿Quieres decir que él ocultó...? —Respiraba como un minero y su voz se había oscurecido, como si fuera otro quien hablaba dentro de él, más asustado y tembloroso, las palabras tropezándole en el herpes antes de salir al aire.

Cupido se volvió hacia él.

—No solo Farfán. También tú ocultaste que ella vino aquí aquella noche..., a menos que fueras tú quien colocó ahí esa cuartilla, impresa una o dos horas antes de que la mataran.

Marcelo se abalanzó hacia el panel, pero Cupido se interpuso dando un paso y lo detuvo extendiendo el brazo. Marcelo, aprovechando su corpulencia, le dio un brusco empujón con las dos manos en el pecho y Cupido se tambaleó hacia atrás. Se recuperó enseguida para impedir que avanzara y, al sujetarlo, recibió dos puñetazos en el rostro, porque no esperaba una reacción así de alguien que hasta entonces se había mostrado tan lento y pesado, tan remiso a la acción. Siempre era lo mismo, el primer impulso ante

el peligro era recurrir a la violencia, al uso de la fuerza. Cupido no era un experto en peleas, pero era más rápido y más ágil, el ciclismo también le servía para eso, y cuando Marcelo lanzó de nuevo el puño hacia su nariz, el detective ya había comenzado a esquivarlo y le respondió con un golpe bajo el esternón que lo detuvo en seco y lo obligó a agacharse para recuperar el aliento.

Marcelo renunció a un nuevo intento y Cupido se limpió unas gotas de sangre de la boca. ¡Qué sensación más extraña, la de ser golpeado y golpear! Hacía mucho tiempo que no sangraba a causa de una pelea. Escupió en un clínex y se limpió los labios. Obligó a Marcelo a salir al salón, cerró la puerta del cuarto y telefoneó a Andrea. Le dijo dónde estaba y añadió:

—Creo que deberíais venir ahora mismo a ver algo.

Marcelo, muy pálido, se sentó en el hundido sofá dando profundas caladas a un cigarrillo y se llevó los dedos a la nariz para asentar las gafas, que le resbalaban por el sudor. Cupido seguía sin comprender qué había visto Wendy Paraíso en él, un representante *nerd* con quien pocos vínculos podía tener una chica de teatro para quien la estética era fundamental en su trabajo y en sus intereses. Ahora ya sabía que él no mató a Wendy —aquella noche estaba en una fiesta —, pero también sabía que había contribuido a impedir el esclarecimiento de su muerte. No le inspiraba ninguna lástima. Marcelo parecía aterrado cuando le preguntó:

—¿A quién...? ¿A quién has llamado?

—A la policía.

—Ya vinieron a interrogarme. Querían saber dónde estuve aquella noche desde las once. Estuve en una fiesta con un montón de testigos y enseguida me descartaron como sospechoso. Eran casi las tres cuando me trajeron unos amigos en su coche —repitió.

—Ahora querrán ver esa cuartilla antes de que nadie la toque, y se preguntarán quién pudo pincharla ahí después de que la imprimieran la noche del 1 de mayo. Creo que hasta podría adivinar de quiénes serán las huellas que aparezcan.

—Yo ni siquiera la había visto... Desde que Wendy murió, apenas entro en esa habitación.

—Tendrás que convencerlos a ellos.

—Pero tú eres detective —dijo, incapaz de ocultar su desesperación. Había comenzado a sudar a pesar de que fuera seguía lloviznando y el aire era fresco—. Tú puedes ayudarme.

—Entonces, tendrías que convencerme a mí antes de que ellos lleguen.

—No puedo contar lo que no he hecho.

—Cuéntame lo que sí hiciste. ¿Qué ocurrió aquí aquella noche?

Marcelo apagó el cigarrillo y durante medio minuto se apretó los ojos con los dedos para intentar tranquilizarlos.

—Lo primero que vi cuando llegué a casa fue su bolso colgado en la percha de la entrada. Me sorprendió, pero al mismo tiempo me alegró mucho. «Ha vuelto», me dije, dispuesto a olvidar todos sus desplantes, ¡tanto la echaba de menos! Wendy... Wendy era lo real, su presencia en la casa, su olor en su cuarto de baño, sus comidas vegetarianas en el frigorífico, su obsesión por las ventanas abiertas para ventilar... Y sin Wendy todo era ficticio, virtual, la comunicación por las pantallas, el porno, las comidas *delivery,* el aire viciado y las persianas bajadas... «Wendy», la llamé desde aquí, porque salía luz de su cuarto y supuse que estaba despierta. No me respondió. «Wendy», insistí avanzando por el pasillo, excitado, con el atrevimiento que da la coca, que había empezado a consumir desde que la probé con ella. Desde la puerta la vi inmóvil en la cama revuelta, tendida boca arriba, con la blusa desgarrada y con una

expresión de terror en el rostro. Parecía muerta, pero seguí llamándola, la moví por si aún podía hacer algo, la toqué para reanimarla hasta que vi las marcas rojas en el cuello. La habían estrangulado. Me aparté de la cama de un salto y tecleé el número de la policía, pero no llamé. De pronto me di cuenta de que había muerto en mi casa, de que había dejado mis huellas en su cuerpo al tocarla y de que me considerarían el principal sospechoso.

Estaba fumando de nuevo y Cupido se preguntó si era el mismo cigarrillo, que le duraba demasiado, o uno nuevo, porque daba la sensación de que los encadenaba y en ningún momento había dejado de fumar; unas veces el humo salía despacio de su boca, como si se le escapara entre los labios heridos, otras veces lo expulsaba disparándolo furiosamente, otras ascendía desde su mano formando tirabuzones que se le enroscaban en torno al rostro.

—¿Cómo entró ella en el piso?

—Cuando se marchó, Wendy olvidó entregarme las llaves y yo tampoco se las pedí, pero me llamó unos días más tarde para venir a recoger las cosas que había dejado aquí y para devolvérmelas. Yo la seguía echando de menos y le dije que se quedara con ellas y que si algún día no tenía un sitio donde dormir, podía hacerlo aquí. La conocía y sabía lo que podía ocurrirle... Nunca imaginé que solo volvería para morir.

De la brasa ascendía un tranquilo hilo de humo que se rompía cuando lo estremecía uno de sus tics.

—¿Por qué no llamaste a una ambulancia o a la policía al encontrarla? Te callaste y no es la primera vez que dos medias verdades terminan componiendo una mentira.

—Porque yo sería el primer sospechoso —repitió—. No sabía a qué hora había muerto, pero su cuerpo estaba todavía tibio y no tuve ninguna duda de que me cargarían su muerte. Nadie sabía que

Wendy tenía llaves del piso y, como la puerta no estaba forzada, deducirían que solo yo podía haberle abierto. Estaban mis huellas en la cama, me harían un análisis de sangre y verían mi estado... Además, tengo antecedentes —dijo bajando la voz.

—¿Por qué motivo?

—Nada importante.

—¿Por qué motivo?

—Por unas imágenes.

—¿De mujeres?

—Sí —reconoció sin levantar la cabeza—. Hace tiempo, cuando comenzaban los programas de montaje y manipulación de imágenes. Yo era todavía menor de edad, estaba en el último año de instituto. Hice un montaje con rostros de compañeras de clase en unas imágenes porno. Solo fue un juego, no tenía intención de causar daño a nadie. Fue la peor época de mi vida.

—¿Te condenaron?

—No. Mis padres llegaron a un acuerdo para que retiraran la denuncia si les pagaba una indemnización. Pero aquello consta en los archivos de la policía y, si se descubría el cadáver en mi piso, se encargarían de recordárselo a todo el mundo.

—¿Por eso trabajas como autónomo en tu taller?

—Sí, pero esto no es un taller.

—No es lo que dice tu vecino de abajo.

—¡El viejo chocho! Has hablado con él.

—Oyó gritos de pelea aquella noche, mientras tú estabas en esa fiesta. También oyó unos ruidos que al principio creyó que eran de tacones, hasta que se dio cuenta de que no concordaban con los pasos. Eran los golpes de bastón de un ciego.

—Farfán.

—Según el viejo hubo una pelea y, minutos más tarde, vio desde la mirilla de su casa la silueta de un hombre alto, a la luz del ascensor, que llevaba un bastón de ciego.

—Por eso está ahí colgada la cuartilla en braille con la hora en que se imprimió aquel día.

—Podía haberla traído ella misma, pero el vecino de abajo no pudo inventarse los detalles que ha contado.

—Fue Farfán quien vino con ella y aquí, en mi casa, la..., la... —murmuró.

Cupido asintió. Solo faltaba conocer los detalles.

—¿Qué hiciste con el cuerpo?

—Lo bajé en ascensor hasta el garaje, donde guardo mi furgoneta. Para evitar que el viejo pudiera ver algo, lo subí medio tramo de escaleras, hasta el cuarto piso. Eran las cuatro y media de la noche y nadie se percató de nada. Sabía que me arriesgaba, pero menos que dejándolo en el piso. La coca me volvía valiente y aunque cabía la posibilidad de que me detuvieran en un control de alcoholemia un sábado por la noche, pensé que la Renault Express que utilizo para transportar los ordenadores no sería sospechosa. No me paró nadie y no me fue difícil llegar hasta aquel camino junto a unas vías. Luego tiré su ropa y las sábanas en dos contenedores diferentes que vi por el camino.

—De ese modo, tú te encargaste de eliminar las pruebas de la presencia de Farfán, excepto de la cuartilla en braille, que ella debió de pinchar en el panel sin que él viera ese gesto silencioso..., como tampoco podía ver que la luz del dormitorio se quedaba encendida.

La diminuta colilla estaba manchada de pomada cuando la apagó en el cenicero.

—Como tú lo cuentas, todo parece muy sencillo.

—Casi siempre lo más sencillo es lo verdadero —dijo, porque al fin y al cabo todos aquellos temas de coartadas, de lugares y tiempos podían ser explicados. Eran los del corazón los misterios para los que nunca terminaba de encontrar una respuesta.

—Para mí nada ha sido sencillo nunca —murmuró Marcelo, apelando de nuevo a su comprensión.

Cupido lo miró: un *hikikomori* poco agraciado físicamente, tan brillante en el manejo de las tecnologías como torpe en las relaciones con los otros. Había actuado con cobardía, no había cometido un asesinato, pero el detective era incapaz de sentir la piedad que le reclamaba.

—Yo siempre había ayudado a Wendy en lo que me pedía, nunca había hecho nada que pudiera perjudicarla... Pero durante aquellas dos horas, solo durante dos horas, supe que estaba actuando contra ella... A veces bastan dos minutos para hacer algo irreparable —gimió.

—¿Quién creíste que la había matado?

—Un desconocido con quien se habría encontrado por ahí, en la noche. A Wendy le gustaba mucho la calle y era muy imprudente, a menudo salía con gente poco recomendable. Pasaba mucho tiempo fuera y poco tiempo en casa.

Cupido pensó que quizá estaba tanto tiempo en la calle porque no se encontraba cómoda en casa, pero no lo dijo.

—¿No pensaste en Farfán?

—Se me pasó por la cabeza, pero lo descarté al instante. Era difícil imaginarlo moviéndose de noche por un Madrid en fiestas.

No habían oído ninguna sirena en la calle cuando sonó el timbre del portero automático. Marcelo dio un salto en el sofá y fue a abrir arrastrando los pies por el pasillo. Unos segundos después volvió seguido de Andrea y Peralta, vestidos de paisano, y por un policía de

uniforme. Se limitaron a lanzar a Marcelo una mirada punitiva y escucharon a Cupido, que les mostró la cuartilla en el panel de la habitación de Wendy y les explicó lo que significaba. No la habían tocado.

—Él tiene algo importante que contaros —dijo señalando a Marcelo, encogido ante la presencia de los policías. Parecía un bulto, otro bulto más listo para ser desalojado en la mudanza del piso, como las bolsas de basura, las cajas con artilugios obsoletos y los viejos y mastodónticos ordenadores—. Y yo también hablaría con el inquilino de abajo.

45

Grabaciones

—*¿El músico ciego?*—pregunta al teléfono Pineo, uno de los encargados en la ONCE de tomar las decisiones en la edición de audiolibros que desde Audiarte les sugieren.

—Sí, es la propuesta de este mes —explica Farfán—. Es una novela corta de un autor ruso, Vladimir Korolenko... Bueno, ahora tendríamos que decir que es ucraniano, aunque siempre escribió en ruso. Creo que te gustará cuando la oigas.

—¿Y qué tiene de especial..., además del tema de la ceguera?

—Su historia es adecuada para distintos tipos de lectores. —Farfán le cuenta el argumento y le habla de los personajes—. Y, además, el autor afirmó hace ciento cuarenta años que por ser ciego no se deja de ser igual que los demás. En un diálogo, el protagonista replica: «No, no soy extraño... Soy ciego».

Pineo lo escucha con atención y Farfán adivina que está tomando notas, porque le gustan mucho los potenciales titulares de prensa, políticamente correctos, que luego utiliza sin ningún escrúpulo en sus discursos y en sus entrevistas, como si fueran de su cosecha.

—¿Y el otro título?

—*Risa en la oscuridad,* de Vladimir Nabokov.

—Otro Vladimir. ¿El de *Lolita?*—pregunta, y Farfán detecta un acento de desconfianza.

—Sí. Pero con una historia muy distinta.

—Por el título, sospecho que también trata de ciegos.

—En parte, pero sobre todo trata del amor. Y creo que funcionará muy bien en audiolibro.

—Nunca deja de sorprenderme todo lo que lees —dice Pineo.

—¿Quieres decir siendo ciego?

—Sí.

—No leo mucho, pero recuerdo todo lo que leo.

Lo que Farfán no le dice, antes de colgar el teléfono, es la frase de la novela de Korolenko que tanto le ha interesado: «Por primera vez conoció que un defecto físico no solo puede inspirar compasión, sino miedo».

Muchas veces, desde su oscuridad, ha notado la compasión ajena, ha percibido su olor dulzón, el cambio de tono de sus interlocutores cuando se dirigen a él, cuando lo ayudan a cruzar un semáforo o lo avisan a tiempo para eludir una de las trampas de las calles, una moto parada en la acera, las cajas de bebidas de un camión de reparto, la valla o el socavón inesperado de una obra en la calzada, la pérfida cáscara de plátano indetectable. Pero a él la compasión ajena no le vale de nada, porque no puede reparar la injusticia de estar ciego a causa de alguien que no merecía la pena. Le resulta más satisfactorio el temor que provoca en algunos adultos, en sus empleados, a los que identifica por sus pasos, porque la ceguera le ha agudizado tanto sus otros sentidos que lo ha convertido en un ser temible. Como dice Nabokov en la novela, ha advertido que provoca miedo, sobre todo en los niños, que ven algo extraño en sus ojos muertos, en el bastón, en el tanteo del suelo, en su actitud vigilante cuando se queda inmóvil.

Interrumpe sus pensamientos una llamada a la puerta de su despacho, que siempre mantiene cerrada, porque no quiere que sus

empleados lo vean, ya que él no puede verlos. Es su secretaria, que le anuncia:

—Ha llegado la nueva aspirante para las pruebas de voz.

—¿La que habla cinco idiomas?

—Sí.

—Bueno, nosotros solo necesitamos que hable bien el nuestro.

Desde que no está Wendy, ninguna aspirante —porque solo admite a chicas— le parece bien y las ha ido rechazando una tras otra en las pruebas, porque sus voces lo aburren, porque le resultan demasiado secas, o demasiado pegajosas, o se le desvanecen después de la primera grabación, sin ningún misterio. La mayoría son jóvenes y ambiciosas, actricillas que, como ocurre a menudo, esperan que una actuación estelar ante los micrófonos sea el trampolín hacia una actuación estelar en las pantallas. Impacientes, lo quieren todo y lo quieren ya, y, por eso mismo, a menudo están dispuestas a darlo todo y a darlo ya. A todas les ve defectos o carencias. Aunque presuman de másteres y destrezas, ninguna le transmite lo que le transmitía Wendy. Es cierto que era algo anárquica y poco puntual y no siempre cuidaba su voz como debía, pero, por mucho que se siga preguntando por su misterio, no logra comprender por qué escuchándola su oscuridad se llenaba de luz. Piensa tanto en ella que a veces se equivoca y llama a las aspirantes por su nombre, «Wendy», o las corrige con una sugerencia para modular la intensidad o para ajustar la velocidad del recitado, «No enfatices tanto, Wendy», o, «Wendy, no tan deprisa», o las intimida sin darse cuenta y ellas se achican ante la autoridad con que transmite sus indicaciones.

—Voy enseguida —le dice a su secretaria.

Se hace esperar unos minutos para saludar a la candidata, Leonor. Retiene un momento su mano y saca conclusiones prometedoras: no

es tímida, porque no la ha retirado enseguida, al contrario, su firme apretón denota seguridad en sí misma. Su mano está bien cuidada y es suave, pero no blanda, no suda y sugiere una constitución armónica. Lleva un anillo en el pulgar y Farfán se pregunta si tendrá tatuajes que él no podría ver. Además, no es de las idiotas que creen que, porque es ciego, elevan la voz como si también fuera sordo.

—¿Estás preparada?

—Sí.

—Pues vamos allá.

Se la llevan al estudio de grabación y Farfán se queda en la cabina, escuchando. En la primera prueba nunca les da indicaciones de lo que busca, quiere comprobar cómo se desenvuelven por iniciativa propia. Y ahora enseguida le agrada lo que oye, una voz cómplice, pero no remilgada; firme, pero no intimidatoria, apta para el texto de Korolenko que ha contratado con la ONCE: «Por primera vez conoció que un defecto físico no solo puede inspirar compasión, sino miedo. Seguramente no podía darse exacta cuenta del sentimiento opresor que lo dominaba, pero su desconocimiento no disminuía su pena. Cayó al suelo y se puso a llorar...».

Sí, le agrada la voz de Leonor y, como quiere escucharla en otro registro, le pide que lea el inicio de la novela de Nabokov, que refleja su ideal literario, el tipo de obras que prefiere. Quizá porque es ciego, le gustan los libros que le dan detalles exactos del mundo que él no puede ver: de un paisaje de mar o de montaña, de un cuadro que no puede tocar, del color de una fruta o de una flor, de un rostro, de un cuerpo, del vestido de una mujer o, también, de la mirada turbia de un asesino, de modo que al leer las descripciones es como si los estuviera viendo. Ya tiene en su cabeza suficientes ideas abstractas y generales, es la detallada representación de lo

concreto lo que necesita. La aspirante se queda en silencio unos segundos y, en un tono de voz más neutro, más informativo, lee:

—«Érase una vez un hombre que se llamaba Albinus y vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Pero un día abandonó a su esposa por causa de una amante joven; amó, no fue amado, y su vida acabó en el desastre.

»Esta es toda la historia, y en eso podríamos haberla dejado de no reportarnos provecho y placer el relatarla; y aunque hay suficiente espacio en una lápida para verter, sintetizada y encuadernada en musgo, la glosa de la vida de un hombre, a todo el mundo le gusta conocer pormenores».

—Vale, vale. Gracias, está bien —dice apretando el botón de sonido.

Se levanta y sale al pasillo, donde espera la secretaria.

—La contratamos. Pero se lo diremos mañana. Ahora quiero hablar con ella, que me espere un momento.

Vuelve a su despacho, pensando en el último texto leído y en la conveniencia de describir los detalles. De Wendy Paraíso, él solo conoció su fecha de nacimiento, su desastroso matrimonio, su maternidad —unos cuantos datos elementales encuadernados en musgo— y la fecha de su muerte, pero en lo demás Wendy siempre fue un misterio, nunca le permitió el acceso a su corazón. Lo habría dado todo por que ella le contara pormenores íntimos de su vida, por que le entregara su confianza, por no haberle provocado miedo con su ceguera. La había asustado con sus peticiones una tarde en que se quedaron los dos solos en el estudio para ensayar la grabación de un cuento de Borges. Wendy lo rechazó y de ese modo había cortado en seco las esperanzas de una relación más íntima, porque el miedo es el camino directo hacia la repulsa, si quieres que alguien te aborrezca, haz que te tenga miedo.

Al cabo de unos minutos sale al pasillo, donde Leonor está esperando.

—Si tienes tiempo, tomamos un café fuera —le propone.

—Vale.

Salen a la calle y advierte su desconcierto, sus dudas sobre cómo actuar con él en el paseo, sin saber que es su forma de evaluarla, de calibrar su cercanía o su distancia, su predisposición o su recelo. Conoce perfectamente su barrio, las calles alrededor de Audiarte y de su casa, los trayectos, los obstáculos, aunque un ciego nunca puede estar seguro de que el banco del parque en el que se sienta cada tarde no esté un día recién pintado. Sin decirle nada, se coge de su antebrazo y comienzan a caminar, como hizo con Wendy en algunas ocasiones en que incluso la acompañó hasta su piso. Al terminar con éxito su primera grabación, también la invitó a cenar. Al salir del estudio, ella le cogió el brazo para evitar que chocara con una moto mal aparcada. Superado el obstáculo, él fue a soltarse, pero Wendy le dijo con naturalidad:

—Esto está lleno de gente y de patinetes. Déjate llevar y no te sueltes de mí.

Él había conocido la ayuda de la gente, la compasión por su discapacidad, pero también había notado la torpeza y la incomodidad que provocaba en otros muchos, que no sabían comportarse con él de modo natural, cuando no con recelo o temor, como si la ceguera fuera contagiosa.

Pero aquel gesto de Wendy fue definitivo. Habían seguido caminando enlazados, Wendy adaptada a la cadencia de sus pasos, a la lentitud de sus ciegos movimientos, y él se había sentido seguro de no tropezar con nada ni con nadie, notando en su brazo la firmeza y calidez de su pecho hasta que llegaron a uno de sus restaurantes favoritos, un local caro, discreto y elegante. A la hora

de elegir sitio, había añadido a la variedad de la carta, la calidad de los fogones, la atención del servicio y las condiciones acústicas necesarias para poder hablar cómodamente, pues cada vez eran más ruidosos los atiborrados restaurantes madrileños. La cena fue estupenda, pero Wendy se negó a prolongarla tomando una copa en Audiarte, donde él tenía un espacio habilitado para descansar y quedarse algunas noches en jornadas de mucho trabajo.

Después de las primeras grabaciones estaba dispuesto a contratarla como fija para tenerla siempre cerca, pero Wendy aceptó sustituir a una actriz embarazada de un grupo de teatro en una gira por ciudades del norte. Desde entonces, nunca volvió a cogerle el brazo y a decirle: «No te sueltes de mí». Y ahora ya..., ahora ya está muerta y ha llegado el momento de dejar de pensar en ella y buscar una nueva voz para las grabaciones, una nueva mano que lo ayude a esquivar los obstáculos en la calle.

—¡Eh, cuidado! —le advierte Leonor, porque hay una baldosa levantada y puede tropezar, a pesar de ir de su brazo.

46

Última conversación

Cupido salió de la casa de Marcelo con la contradictoria sensación de alivio y desaliento que siempre lo embargaba al resolver un misterio. Ya lo sabía todo. En realidad, durante toda su vida no había hecho otra cosa que indagar sobre la culpa y la inocencia ¡y con frecuencia las suposiciones iniciales habían resultado erróneas! A lo largo de todos esos años y con toda esa experiencia con la muerte lo único que había aprendido es que jamás podía decirse de alguien «Es culpable» antes de haberlo escuchado y haber demostrado si mentía.

Tampoco ahora había imaginado que un ciego pudiera matar a una chica y, menos aún, que después se concatenaran las circunstancias para que un tercero se deshiciera del cadáver alterando el escenario de la muerte y desviando las sospechas sobre su asesino. ¡Qué torpe y confiado había sido al no pensar que también los ciegos murciélagos se orientaban en la oscuridad, él los había visto unas noches antes atrapando mosquitos y falenas a la luz de una farola frente a la casa de los mariachis! Había dado por obvia la inocencia de Farfán cuando en su oficio había aprendido que había que desconfiar de las aparentes obviedades. Casi era el primer mandamiento en toda investigación: cuestionar lo que parece evidente.

Dudó si hablar con Farfán o si dejar que Andrea y Peralta se encargaran de él y que la ley aplicara su poderosa ejecutoria... Pero al fin decidió ir a su estudio y durante unos minutos dejar de ser el detective que pregunta para ser el detective que responde. Quería ver el rostro de quien mató a Wendy, quería oír el último porqué, y ese deseo se impuso sobre la profunda pereza que siempre le causaba el contacto con la maldad, con alguien que sabía mentir tan bien y que lo había engañado hasta el último momento. Dispondría de una hora antes de que Andrea y Peralta lo aclararan todo con Marcelo. Ni quería ni necesitaba más tiempo.

Tardó diez minutos en llegar caminando hasta Audiarte y entró en el estudio con la seguridad de que sería la última vez. Cuando saliera, no volvería nunca por allí.

—¿Qué le ha ocurrido en el ojo? —le preguntó con preocupación la empleada cuando vio la inflamación que le había causado el golpe de Marcelo.

—Choqué contra una farola.

—¡Ay, qué detective privado! —repitió la empleada mirándolo de nuevo con simpatía, pero Cupido apenas le devolvió la sonrisa, porque era terrible lo que venía a tratar. Farfán había salido a hacer una gestión, no tardaría en regresar y Cupido esperó en el vestíbulo, observando de nuevo el decorado minimalista, todo diseño, limpieza y tecnología, pantallas y pilotos y aislamiento acústico que daban la sensación de que uno estaba en el espacio exterior, algunas plantas lustrosas, muy bien cuidadas, ellas no parecía que fueran a morir, aunque ahora sabía que allí, bajo la máscara de la modernidad, latía algo antiguo, brutal y cruel.

Unos golpes en el suelo de la entrada lo sacaron de su abstracción y sus ojos fueron hacia el bastón de Farfán. Como había dicho el

viejo, su sonido no podía confundirse con el de unos tacones femeninos.

Al verlo inmóvil en la puerta durante unos segundos, moviéndose con soltura y seguridad, *mirando* hacia el interior, escuchando, oliendo, como si dijera: «Soy ciego, pero puedo ver todo lo que está ocurriendo en mi empresa, todo lo que hacen mis empleados y los visitantes», era fácil imaginar en él al adolescente de dieciséis años alto, fuerte, guapo, rico, socialmente privilegiado, encantador, popular entre los compañeros de clase, rebosante de promesas y triunfos en el futuro, del que nadie podía pensar que una noche treinta años más tarde se convertiría en el hombre salvaje, amargado y violento que estrangularía a una chica que se negaba a sus pretensiones, acaso él mismo sorprendido de haber caído tan bajo.

La empleada se apresuró hacia la puerta y, en voz baja, debió de anunciarle la visita del detective, porque Farfán se dirigió hacia él y lo saludó de nuevo con una mano dura. No podía verlo, pero su gesto de fastidio indicaba que era la última persona que desearía encontrar allí.

—Hablemos en mi despacho.

Dejó el bastón junto a la puerta, en un estilizado paragüero donde había otros bastones de diferentes formas y materiales, y caminó hacia su sillón sin tropezar con nada. Con la mesa de por medio, frente a frente, dijo:

—No esperaba tu visita. Creí que con la detención del futbolista y de sus sicarios todo estaba resuelto.

—Todo no.

—¿Qué quieres decir?

—Faltaba saber quién estranguló a Wendy.

—¿Faltaba? ¿Y por qué vienes a decírmelo a mí?

—Porque tú la mataste —dijo, cansado de mentiras.

—¡Ya veo! —exclamó Farfán en tono de burla—. ¡Eres uno de esos sabuesos tan listos que averiguan incluso las cosas que no han sucedido! ¡La famosa intuición mágica de los malos detectives!

—¿Intuición? —le arrojó de vuelta la palabra—. Si he resuelto algún caso siempre ha sido a partir de los hechos.

—Supongo que llevas muchos años en el oficio.

—Algunos, sí.

—¿Y todavía no te has cansado de hurgar en la mierda? —dijo clavando en Cupido sus ojos muertos con una precisión sorprendente, como en un reto, como si supiera que es imposible sostenerle a un ciego la mirada.

—Digamos que no puedo evitarlo. Y tengo que apartarla a un lado cuando me la encuentro.

—Te gusta ver las calles limpias, ¿eh? ¿Todavía te preocupan esas cosas? La justicia, la igualdad, el racismo, las hambrunas en África, el calentamiento global... Creía que cualquier detective tarda un año como mucho en perder sus ideales.

—Quizá yo sea un poco antiguo.

Farfán sonrió.

—Lo que es antigua es la mentalidad de vuestra profesión. Siempre estáis pensando lo peor de todo el mundo, ¿no? Que somos asesinos, ladrones, chantajistas y mentirosos. Al fin y al cabo, vivís de eso. Cuanto peor vaya el mundo, mejor vivís vosotros... ¿Y cómo maté a Wendy, si puedo saberlo?

—Ella estuvo contigo aquí mismo la noche del 1 de mayo. Los dos solos, porque esos días son festivos en Madrid y no trabaja nadie. Le dijiste que podíais ensayar para una nueva grabación, esa que yo oí hace unos días sobre una mujer que se refugiaba en un jardín. Wendy había regresado de Breda, donde también iba buscando un

refugio, un jardín, pero tuvo que huir porque dos sicarios mexicanos iban tras ella. Y llamó a un par de amigas de Madrid para ver si podía quedarse en su casa. Por uno u otro motivo, no encontró otro sitio, de modo que aceptó tu ofrecimiento.

—Y supongo que la maté porque no era una buena actriz de doblaje.

—No, no la mataste aquí. Algo debió de ocurrir para que cambiara de pronto de opinión y no quisiera quedarse contigo. Tuvo que utilizar la última posibilidad que le quedaba: el piso donde había estado viviendo un tiempo antes. Tú lo conoces, no está lejos de aquí. De hecho, a Wendy la conociste allí, porque su inquilino, Marcelo, se encarga de la informática de Audiarte. La acompañaste hasta la puerta y ella llamó al portero automático, pero Marcelo no estaba. Wendy conservaba las llaves y decidió subir a pesar de todo. Allí, imagino lo que le pediste. Ella se había negado en una ocasión anterior y volvió a negarse, pero esa noche no lo aceptaste. Tuvisteis una pelea y la mataste. Era medianoche.

—Es una bonita historia. Podría contratarte como guionista para alguna de mis grabaciones.

—Al salir del piso te dejaste encendida la lámpara de la habitación de Wendy, con ella muerta en la cama. ¿Y quién se deja la luz encendida sobre un cadáver sino un ciego? En cambio, no encendiste la luz del rellano, aunque te vieron a la luz del ascensor. Eres alto y corpulento y sé bien que la gente recuerda a los altos. Tuviste la mala suerte de que un vecino de Marcelo, en el piso de abajo, esté obsesionado por todo lo que ocurre sobre su cabeza. Y sabe reconocer el golpeteo de un bastón de ciego en el parqué.

—¿Y por qué querría matarla? —preguntó con un tono mandón.

—Quizá ni siquiera lo hiciste con premeditación, quizá solo fue un arrebato fruto de la excitación del momento, del ansia de

dominación que no supiste parar. Quizá estabas harto de que acudiera a ti cada vez que te necesitaba... y que te dejara cuando le salía cualquier otra oferta. Habías hecho muchas cosas por ella, la protegías, le ofrecías trabajo esperando que..., que ella se fuera ablandando, como uno espera a que se derrita el hielo para poder beberse el agua. Pero Wendy no, ella no estaba dispuesta a calmar tu sed y no puedo dejar de imaginar su sorpresa primero, su intento de escapar o de resistir, su terror al comprender que no lo conseguiría y, por último, sus gemidos pidiendo que pararas... Pero tú ya no podías parar, no después de haber llegado hasta allí. Algo debió de quebrarse en tu cabeza. ¿Recordabas a aquella chica que te dejó cuando te quedaste ciego a los dieciséis años? Quizá sí, a ella y a todas las que no quisieron nada contigo en los veinticinco años siguientes.

—Eres un hijo de puta.

Cupido respiró: mejor el enfrentamiento que la cínica ironía que Farfán había mostrado hasta entonces.

—Quizá estabas cansado de rechazos... y de piedad. Y Wendy terminó pagando por todas las que te rechazaron.

—¡Suposiciones! Espero que tengas un buen abogado para defenderte de una denuncia por calumnias.

—Tengo algo mejor.

—Me aburren tus comentarios. Ya los he escuchado demasiado. —Hizo un ademán de levantarse.

—Todavía hay algo que te gustará oír.

Cupido puso en marcha en su móvil la grabación que le había enviado Nala. Farfán escuchó la voz de Wendy, cautelosa, muy baja, sonando en el silencio del despacho:

> Soy Wendy otra vez, y ahora te llamo desde el estudio de sonido de un amigo. Es ciego. Estamos ensayando para una grabación. Ya no hace falta que me quede en tu casa, pero te lo agradezco de corazón...

—Es la grabación de un mensaje enviado desde el teléfono de Audiarte el día 1 de mayo a las diez y media de la noche.

A pesar de sus ojos muertos, Farfán no pudo ocultar una expresión que Cupido ya había visto otras veces: la mezcla de asombro, incredulidad, miedo e ira que paralizaba a un acusado y lo dejaba sin respuesta ante una prueba concluyente.

—Sabías que Wendy no utilizaba su móvil para que no pudieran localizarla. Pero no pudiste evitar que llamara desde aquí mientras tú imprimías el texto para ensayar la grabación. Nadie puede controlarlo todo.

—¿Y crees que con esa grabación podrán condenarme? —Volvió a sonreír, pero su sonrisa ya parecía forzada.

—Sí.

—Si trabajaras en un estudio como este, te sorprendería lo que puede hacer un buen ingeniero de sonido. Ni siquiera se necesita disponer de la voz original para montar un mensaje falso.

—Quizá. Pero ningún ingeniero puede quitar ahora mismo del panel de la habitación de Wendy en el piso de Marcelo una cuartilla que tú imprimiste en braille ese mismo día con el texto que ensayabais, donde se ven el día y la hora. Lo he leído varias veces y ya me lo sé de memoria: «El jardín es el lugar en donde busco refugio y protección, no la casa. En la casa me esperan deberes y disgustos...».

Farfán dejó de sonreír, desaparecida la férrea seguridad en sí mismo que siempre había mostrado. Sus ojos estaban doblemente vacíos, no quedaba nada dentro de ellos, nada en las profundidades de las córneas, nada en la espesa mirada de ciego. Con los ojos muertos los había engañado a todos, había expresado muy bien inocencia, invalidez y generosidad cuando en él no había generosidad, ni invalidez ni inocencia.

—Y luego cargué con el cadáver, lo subí en un coche..., o mejor, en un taxi, y lo llevé hasta un descampado donde la encontraron —dijo todavía.

—No. Aquella noche perdiste la razón, te volviste loco con Wendy y apretaste su cuello hasta que dejó de respirar. ¿Qué pasó por tu cabeza? —insistió—. ¿Te pareció humillante que ella aceptara incluso a un tipo como Marcelo, con sobrepeso, descuidado con su higiene, un friki de los ordenadores con poca conversación que la consideraba una fuente de ingresos por el alquiler? Debió de irritarte que le hubiera dado a él lo que te negaba a ti, un hombre culto, refinado, elegante, generoso. La rabia que se siente cuando uno llama a la puerta, abren y, al comprobar quién es, se la cierran en las narices. Y te asustaste por lo que habías hecho. Pero enseguida viste tu oportunidad, no podías haber imaginado nada mejor, la situación te favorecía. Habías perdido los papeles, pero no todo estaba perdido. Todo había ocurrido de noche, sin testigos, en una casa ajena a la que tú no tenías acceso y con la que no podían relacionarte más que por contactos laborales. Era Wendy quien había abierto, tú no habías tocado nada... Bueno, habías intentado tocarla a ella. Solo tenías que desaparecer y siempre hay peligro en las calles para un ciego. Un ciego no pasa fácilmente desapercibido, tú lo has dicho, alguien puede fijarse en él si choca con algún obstáculo imprevisto: una papelera que han tirado de una patada en la acera o un contenedor fuera de su sitio, un patinete aparcado, un ciclista salido de la nada, una baldosa levantada por la raíz traicionera de una acacia... Pero es tu barrio desde que eras niño, conoces bien las calles y caminaste fingiendo soltura, invisible en el barullo de la ciudad en fiestas. Quizá incluso lo habías ensayado antes, quizá habías rondado la casa de Marcelo buscando encontrarte con Wendy, como rondan los enamorados la casa de la

amada. No tienes dos ojos para ver, pero tienes dos piernas que conocen muy bien el trayecto, la ubicación de las papeleras y la altura de los bordillos, y la casa de Marcelo no está lejos de aquí. O quizá te alejaste un par de calles para coger un taxi de regreso... Y tuviste más suerte todavía cuando, unas horas más tarde, al descubrir el cadáver en su piso, Marcelo se asustó, pensó que lo acusarían a él y se deshizo del cuerpo. Sin querer, te protegió. —Cansado de hablar, Cupido respiró para coger fuerzas, porque aún no había terminado—. Para salir impune de un asesinato no solo es necesario ejecutarlo sin errores, también hay que asegurar los movimientos previos y los posteriores, como el buen jugador de billar que no solo consigue una carambola, sino que deja las bolas preparadas para la siguiente o, en todo caso, cuando ve el final de la serie, las dispersa hacia la posición más difícil para el rival. Sin embargo, encontraste de manera casual la solución perfecta: Marcelo, con su miedo a ser implicado, desordenó el escenario y borró tus huellas.

—Ja. ¿Acaso crees que con esas teorías podrán implicarme?

—Sí lo creo. Los jueces odian especialmente las mentiras, no paran hasta averiguar la causa. Sospechan que quien los ha engañado una vez intentará engañarlos de nuevo. Y tú mentiste al decir que no volviste a ver a Wendy. Además de esa llamada, está el testimonio del viejo del piso. Y sobre todo está la cuartilla en braille que imprimiste aquella misma noche, el 1 de mayo, a las diez y media, mientras ella aprovechaba para enviar un mensaje. Era fiesta en Madrid y nadie trabajaba aquí en el estudio excepto tú. Solos tú y Wendy, sin testigos. Y será muy fácil que encuentren alguna huella tuya en el piso, en su habitación. No sabían dónde había muerto Wendy y no buscaron a fondo en casa de Marcelo, porque él tenía una coartada sólida y porque Wendy había vivido allí. Tampoco

buscaron a un ciego caminando de noche por la calle. Es probable que aparezca alguna pista más.

—Un buen abogado podrá cuestionar todas esas fantasías. No estés tan seguro de que vaya a ir a la cárcel. Nunca jamás iré a un sitio así.

—Supongo que allí hay celdas adaptadas para ciegos.

47

Hogar

Abrió la puerta con la llave y dejó a sus espaldas toda la contaminación de su trabajo para no entrar en casa oliendo a sangre, a chantaje, al tufo del dolor, que anularían el balsámico aroma a bebé que en cuatro meses había impregnado sus paredes.

Coro, sentada en la alfombra del salón, veía la tele y tenía junto a ella a los gemelos, cada uno en su moisés.

—Están dormidos —susurró llevándose el índice a la boca.

A Laura una sonrisa le doraba los labios, pero Raúl, a su lado, parecía preocupado incluso en el sueño, con un leve fruncimiento de la frente, como si tampoco dormir le resultara placentero. ¡Sus dos hijos, tan iguales, tan gemelos, tan unidos, pero al mismo tiempo tan diferentes e inconexos! El arrullo arropaba a Laura, pero se veía arrugado entre las piernas de Raúl, como si lo hubiera apartado a patadas.

Cupido se agachó junto a ellos. Sus hijos vivían ajenos al oficio de su padre y crecerían en un mundo distinto y en un tiempo distinto donde los valores, las referencias, las formas de expresión y de comunicación serían muy diferentes de los suyos, aunque no sabía si mejores o peores. Desde luego no pasaba por su cabeza la formación de ninguna dinastía. Hijos de un detective privado, quizá rechazaran el oficio paterno —si es que seguía existiendo dentro de unos años—, porque no era una profesión que inspirara respeto, no

podía obviarse su condición de mercenarios sin bandera, todavía estaba arraigada la idea de que un detective es un tipo bajo sospecha social.

Sin despertarlos, fue a la cocina y le puso un wasap a Senda:

Ya en casa.

Coro le dijo que todo había ido bien mientras él estaba fuera.

—Gracias. Ya puedes irte, si quieres. Ahora me encargo yo.

Se estaba cambiando en el dormitorio cuando oyó un gemido en el salón. Raúl se había despertado, como si hubiera detectado que no había ningún adulto cerca y tuviera miedo, pero al reconocerlo esbozó una sonrisa, como un cachorrillo moviendo la cola. Cupido lo cogió en brazos, lo apoyó contra su pecho y besó su tibia cabeza.

—Estoy aquí, estoy aquí —le susurró.

Se sentía impotente ante su enfermedad. En su profesión, había superado algunos episodios de violencia salvaje, había resuelto oscuros y complejos misterios que parecían irresolubles a partir de un indicio inadvertido, había identificado a los culpables y devuelto la paz a algunos inocentes que, manchados por la suciedad de la sospecha, habían tenido que soportar las miradas de recelo, los saludos retirados, la pérdida de patrimonio y de prestigio hasta que, por fin, restablecida la verdad, le habían manifestado la más honda gratitud. Sin embargo, no sabía cómo ayudar a su hijo, cómo aliviar su carga. Aquel pequeño ser, con sus vértebras tan delicadas como las de un pajarillo, estaba más allá de su capacidad de protección.

Laura también se despertó y el detective se sentó con ellos en la alfombra. Entusiasmada, había descubierto que al agitar un sonajero se producía una agradable música de cascabeles y no paraba de moverlo mientras emitía un gorjeo entrañable y Raúl extendía los brazos para quitárselo.

Así estaba cuando lo llamó Andrea, todavía desde Madrid, para contarle los últimos detalles de la investigación, consciente de que ya había regresado a Breda. Y poco después llegó Senda del trabajo y se asustó al verle el ojo morado por el golpe de Marcelo. Bañaron a los gemelos y, mientras cenaban, vieron en el informativo las últimas noticias sobre el *affaire* Gamma y sobre la resolución de las dos muertes. Andrea había cumplido su palabra y no aparecía ninguna referencia a su intervención, todo el mérito de la operación recaía sobre el trabajo conjunto de la policía y la Guardia Civil, ellos habían cazado a Los Tigres de Sinaloa con sus propias trampas. Adelantaron un fragmento de una larga entrevista con Adriana Beleza que emitirían más tarde, donde la *influencer* se declaraba inocente mirando a la cámara mientras una lágrima negra le titilaba en el párpado como una estalactita a punto de caer, pero de algún modo sujeta a las pestañas cargadas de rímel hasta que, finalmente, en un parpadeo se deslizó pómulo abajo, en cámara lenta, y Adriana la apartó con el dedo anular, en el que ya no llevaba anillo. En cambio, entre su dinastía de collares había elegido uno de perlas negras con dos vueltas.

Cupido le actualizó la información con los detalles que le había contado Andrea y concluyó:

—Excepto Roque, todos se han ido derrumbando ante la evidencia de pruebas que no pueden negar: Gamma ha reconocido que contrató a los mexicanos para resolver el problema del vídeo, pero asegura no saber nada de las dos muertes. Para evitar la cárcel, ha pagado la fianza de un millón de euros, le han retirado el pasaporte y tiene prohibido salir del país.

—Pues no sé si me parece justo —dijo Senda—. Tan horrible es un sicario como quien lo contrata.

—Para que no lo acusen de la muerte de Wendy, Marcelo ha reconocido que sacó su cadáver del piso.

—¡Vaya pandilla! ¿Y Farfán?

—Se ha suicidado, acaba de decírmelo Andrea. Me había asegurado que nunca iría a la cárcel y, al decretar el juez su encarcelamiento, decidió acabar con todo.

—¿Qué tenía en la cabeza?

—¿Quién lo sabe? Quizá todo fue un arrebato de deseo, rabia y violencia que se le fue de las manos. Quizá se vio despreciado porque Wendy le negaba lo que concedía a otros que él consideraba inferiores. Quizá había perdido la esperanza en el mismo momento en que perdió la vista, a los dieciséis años. Pero no lo sé y creo que no lo sabremos nunca. Esos motivos pueden explicar la muerte de Wendy, pero también pueden no explicar nada y quedará oculta la verdadera razón por la que lo hizo.

—¡Lástima que la condena a todos ellos ya no les sirva a ellos dos para nada! ¡Pobre Alkalino! ¡Y pobre chica! Durante años buscando triunfar como actriz, salir en televisión y que la gente la conociera... y ahora está en boca de todo el mundo porque la han asesinado.

—Jimena, la secretaria del King, dijo una vez que Wendy pertenecía a esa gente que no se queda quieta en ningún sitio, pero creo que fue porque nunca...

—Porque nunca encontró un lugar confortable donde refugiarse —concluyó Senda.

—Cuando volvió a Madrid desde Breda, huyendo de los mexicanos, llamó a sus dos amigas, Celeste y Nala, buscando alojamiento. El azar quiso que las dos estuvieran fuera de Madrid, aunque no sé qué habría ocurrido si se hubiera quedado en casa de cualquiera de ellas, porque habría acabado en las manos de quienes la estaban buscando.

—A todos nos ha pasado alguna vez —murmuró Senda.

—¿Qué?

—Que buscamos un refugio y no encontramos ninguna puerta abierta.

Cupido se quedó pensativo unos segundos antes de decir:

—De eso uno aprende a no cerrar la suya.

—¡Pobre Wendy! —repitió Senda—. No es una historia nueva. Cuando yo vivía en Madrid también conocí a chicas como ella que llegaban a la ciudad dispuestas a todo para arrancarle un milagro al dios del Espectáculo y que se rendían de admiración ante cualquier vip que prometiera ayudarlas. Muchachas imprudentes, tiernas y sentimentales, frágiles como serpentinas, pero de una enorme valentía, que se negaban a acatar las normas de las cofradías contra las chicas malas. No llegaban a integrarse del todo ni a perder por completo su acento de provincias, pero poco a poco iban perdiendo la esperanza de que un productor de música o un director de teatro descubriera su talento o de que, simplemente, alguien se enamorara de ellas de verdad y las quisiera para siempre.

—Así debió de ser Wendy, ni mejor ni peor que otras como ella.

—Pero un poco más desgraciada al chocar con... ¿Cómo no se dio cuenta de que Farfán era venenoso?

—Quizá sí lo advirtió, pero no encontró nada mejor y transigió con él como..., como...

—Como la rosa transige con la avispa, porque la necesita para su supervivencia.

—Sí.

—La verdad es que no siento ninguna pena por él. Lo que es atroz en un vidente también es atroz en un ciego.

La historia de Wendy Paraíso debía de evocarle a Senda algo de su pasado, porque esa noche estaba muy sensible defendiéndola.

Hicieron el amor con la misma emoción con que habían hablado, como una prolongación de la charla, sintiéndose afortunados por mantener extramuros de su casa las tensiones de su oficio. La historia de Wendy era el pasado y él ahora solo quería hundirse en el presente que representaban ella y las dos criaturas dormidas en sus cunas, alejado de los reclamos del móvil y del ordenador, exento por un tiempo de toda investigación.

Senda había expandido su mundo, lo había dotado de una nueva y más profunda dimensión, más allá de su trabajo. A Cupido, que hasta entonces había vivido solo, le parecía increíble compartir su tiempo cotidiano con ella, captar su tibio olor corporal en cualquier lugar de la casa y en el momento más inesperado, rozarse las manos cuando preparaban la comida en la cocina, besarse fugazmente al entrar y al salir de casa, dedicar una tarde entera del sábado a ver una temporada de *Happy Valley,* ella tumbada en el sofá con las piernas sobre él, tan cercanos a la plenitud emocional y física. Y con esa seguridad fueron entrando en el sueño.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, Cupido pasó por el parque y luego fue a casa de Berta y de Trino.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? ¿Te has chocado por ahí arriba con alguna nube? —le preguntó Berta con amabilidad.

—Me choqué con la puerta del mueble de la cocina.

Paula abandonó los deberes que estaba haciendo y se acercó a él corriendo, seguida por *Buscapiés.*

—Te he traído tres regalos.

—¿Tres? —Se iluminó la cara de la niña.

—Toma. —Le entregó una bolsa con hojas de morera—. Me gustaría ver cuánto han crecido tus gusanos.

Paula, entusiasmada, corrió a su habitación y volvió con la caja de zapatos.

—Están empezando a hacer los capullos y luego se convertirán en mariposas y se irán —le explicó—. Pero no te preocupes, porque antes ponen muchos huevos y cuando nazcan te daré algunos... para tus hijos.

—Gracias.

—Lo extraño es que al hacer los capullos se quedan dentro. —Señaló uno de los gusanos que se afanaba en envolverse con el hilo que iba segregando.

—Es su casa, cariño —dijo Berta.

—¿Y qué hacen luego ahí dentro tanto tiempo, sin comer y sin nada? Están solos y no pueden ver a nadie.

Cupido no pudo evitar una sonrisa.

—Dormir —sugirió Trino.

—Pero encerrados en un sitio tan pequeño y tan oscuro —insistió Paula.

—Quizá estén soñando —dijo Cupido.

—¿Con qué sueñan?

—Con todo lo que harán cuando salgan convertidos en mariposas y puedan volar.

La respuesta pareció satisfacer a Paula, que le preguntó:

—¿Y cuáles son los otros regalos?

El detective le entregó el balón firmado por Celeste.

—De parte de una futbolista amiga de tu mamá.

Paula cogió el balón, pero una sombra de tristeza recorrió su cara, de modo que Cupido le dio el tercer regalo, el dibujo de Morita.

—Es una grulla —dijo Paula.

—Sí. Creo que las grullas traen suerte, felicidad y una vida larga.

—¿Este dibujo te lo dio mi mamá?

—Quería que fuera tuyo —dijo Cupido.

Cuando Paula volvió a su habitación con los regalos, Berta dijo:

—Se parece mucho a Jaime cuando tenía siete años. Quizá podamos hacer algo para que cuando tenga veinte sea más feliz que él.

—Paula tiene mucha suerte de contar con vosotros —dijo Cupido.

—Nosotros tenemos mucha suerte de contar con Paula —murmuró Trino después de unos segundos, con la satisfacción de un contable que ha logrado cuadrar las cuentas en un ejercicio fiscal lleno de complicaciones—. ¿De qué otra forma, si no, podríamos soportar la ausencia de Jaime?

Berta le cogió la mano y miró a Cupido.

—Paula nos ayuda a comenzar de nuevo, nos obliga a no estar todo el tiempo mirando hacia el pasado.

—Me parece una buena opción. Tiene una alegría natural que en el futuro le será muy necesaria para combatir la tristeza que en algún momento le causará la carencia de sus padres.

Sin saber por qué, Berta se fijó en sus manos: grandes, tranquilas, amistosas, de palma ancha, dedos largos y nudillos algo abultados. Si era cierto que el corazón de cada persona tenía el mismo tamaño que su puño, su corazón no debía de ser pequeño.

—Hace unas semanas te pregunté si tú no odiabas a nadie. Y no me contestaste.

Cupido negó con la cabeza.

—Pero tu respuesta era *No*, ¿verdad?

—Sí. Alguien a quien apreciaba mucho me dijo una vez que el odio solo conduce a un absurdo derroche de energías, de tiempo, de juventud, de salud, de descanso, del propio prestigio y del aprecio

ajeno. En definitiva, a la soledad. Nadie quiere tener cerca a los odiadores.

—Al oírte, pensé que eras afortunado. Nosotros hemos tardado demasiado, pero hemos dejado atrás el odio hacia ella... Al fin y al cabo, tampoco Wendy fue feliz. ¡Quizá si hubiéramos intentado comprenderla, si hubiéramos hablado más!

Aquel lamento de Berta tampoco necesitaba una respuesta. Había dicho todo lo que tenía que decir y ahora solo le quedaba callar.

Volvió a casa a las cinco y media, pero la tarde de mayo ya era larga y tenía tiempo para pedalear un par de horas.

Coro se llevó al parque a los gemelos y Cupido se cambió y cogió la bicicleta. Dejó atrás las calles de Breda, esquivó a un hombre que llevaba largo de correa a un macroperro con una motosierra en las mandíbulas que le ladró y no encontró ningún mal augurio en los graznidos monocordes, de una sola nota, de dos urracas que levantaron el vuelo de un resto comestible en el asfalto cuando él se acercaba y le lanzaron una mirada colérica por haber interrumpido su festín. En la pequeña ermita del extrarradio de Breda, una campana convocaba a los fieles levantando las faldas como una bailarina de cancán.

Comenzó a descender hacia el Lebrón por la carretera de Silencio, porque no le apetecía el esfuerzo de subir desde Breda a El Paternóster, desde El Paternóster al Volcán o al Yunque.

Se habían ido definitivamente las lluvias y el tiempo era espléndido. El campo retumbaba de verde, las pequeñas antorchas de las amapolas iluminaban el trigo y las juguetonas margaritas de las cunetas se morían de placer columpiándose en la brisa que, en lo

alto, cuchicheaba con las copas de los chopos, cuyas ramas, un mes antes blancas como huesos, ahora ya se cubrían con la carne tierna de las hojas. Era la última primavera que había vivido el Alkalino, una primavera extraordinaria en la que los hombres no eran mucho más altos que la hierba, con un paisaje de plenitud y un clima perfecto que, a alguien como él, tan predispuesto a la bondad, le habrían hecho pensar que aún era posible la esperanza en un mundo mejor.

Lo echaría de menos, sin ninguna duda, pero el dolor y la culpa se irían calcificando y notaría en su interior una dureza dolorosa que ya no sería lacerante ni abrasiva. Y hallaría consuelo en lo que encontraba en casa. Al fin y al cabo, todo lo que había fuera, en el mundo, también lo había en Breda, una villa sólida, de economía saneada y población estable, sin la amenaza de pertenecer a la España vaciada: riqueza y pobreza, el horror y la clemencia, la compasión y la belleza y la orfandad y el miedo. La maldad sin causa ni explicación alguna, y la bondad, no menos misteriosa. Había ángeles y demonios, la misma brutalidad y sabiduría que en la urbe, la misma posibilidad de odio y la misma intensidad de amor. Y él se sentía bien allí, pedaleando de nuevo por las carreteras, pedaleando, sus músculos hechos carne con los tendones de la bicicleta. Al bienestar físico que le generaba el ejercicio se añadía la paz alcanzada tras resolver la investigación, una vez más agradecido al dios generoso que le había concedido el poder de descifrar lo oculto. Y al descubrir finalmente cómo había ocurrido todo, también disminuía su profundo sentimiento de culpa por la muerte del Alkalino, cuya amistad no olvidaba, cuyas palabras creía oír en el silencio de la carretera: «La muerte no es tan terrible. Mi vida ha sido larga, llena de experiencias y feliz en muchas ocasiones. Y lo que no viví, no merecí vivirlo».

AGRADECIMIENTOS

A Carlos Neila, Damián Gallego, José Antonio Lajas, Julio Gómez Santa Cruz, Paqui López Calvache y Victoria Pelayo Rapado.

Wendy es el duodécimo libro que publico en Tusquets Editores, muchos más de los que nunca había imaginado. Sin el rigor, el cuidado, el respeto, la libertad, la inteligencia, el buen humor y la generosidad de todo su equipo editorial, de los que están ahora y de los que estuvieron, esta novela no sería la misma ni yo sería el mismo escritor.

Wendy
Eugenio Fuentes

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Eugenio Fuentes, 2025

Ilustración de la cubierta: © Natasza Fiedotjew / Trevillion Images
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-1107-685-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
1. Un saco de huesos
2. جَمَال
3. Gemelos
4. Un vídeo erótico
5. Paula
6. La pena máxima
7. Familia
8. Gamma
9. Pepper
10. Retorno a Mistralia
11. Búsqueda
12. Cisne
13. El pasado
14. Gusanos
15. Amor
16. Tu mamá
17. Asfixia
18. Malas noticias
19. Desaparecido
20. Dron
21. Viaducto
22. Pesadilla
23. Un Hummer negro
24. Adriana Beleza
25. Asamblea
26. Mensajes
27. Grulla
28. Wifi
29. Ceguera
30. El mercurio
31. Percebes

32. Funeral
33. Malinche
34. Berta y Trino
35. Medio millón en la basura
36. Colirio
37. Los Tigres de Sinaloa
38. Ambulancia
39. Secuestro
40. Polígono
41. Weekend
42. Sumario
43. Nala
44. El cuerpo
45. Grabaciones
46. Última conversación
47. Hogar
Agradecimientos
Créditos